



HISTORIA  
DE  
LA VIRGEN



1—2

BT645  
07  
c. 1

008689

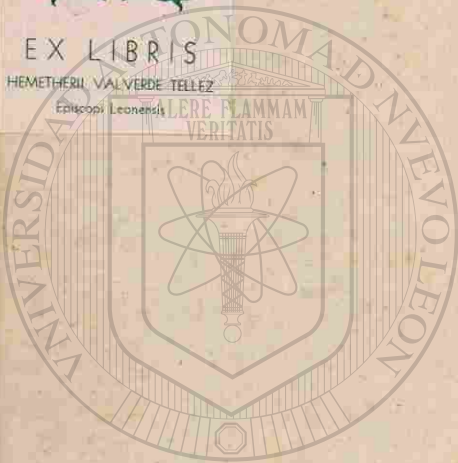


1080020968

EX LIBRIS

HEMETHERIU VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA VIRGEN.  
UANL

---

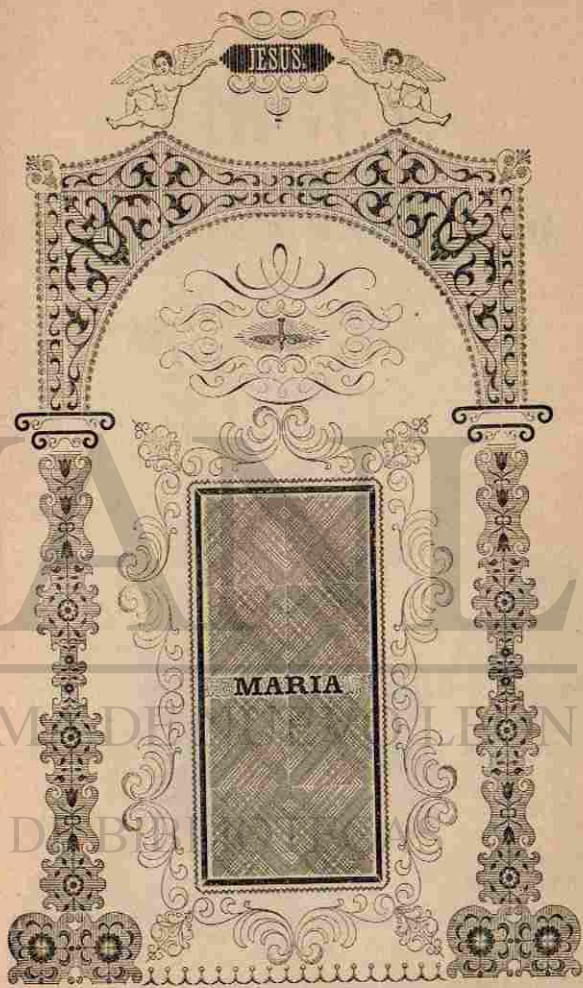
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

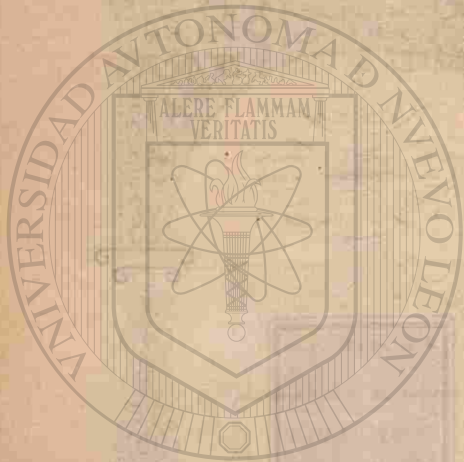
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA  
**VIRGEN.**

HISTORIA

DE MARIA, MADRE DE DIOS, Y DE SU CULTO,

COMPLETADA

POR LAS TRADICIONES DE ORIENTE, LOS ESCRITOS DE LOS SANTOS PADRES  
Y LAS COSTUMBRES DE LOS HEBREOS

Por el Abate *Genini*.

TRADUCIDA AL CASTELLANO DE LA ÚLTIMA EDICIÓN FRANCESA

POR

D. R. S. y D. C. de las C.

EDICION DE LA CIVILIZACION.

TOMO PRIMERO.



Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
MEXICO

MEXICO.

IMPRENTA DE LA VOZ DE LA RELIGION, CALLE DE SAN JOSE EL REANO. 11

M DCCC.LI.

45299

BT645

07.

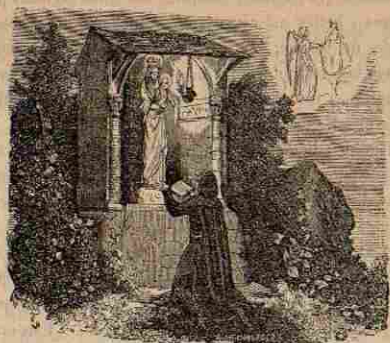
V.1-2

VIRGEN.



FONDO EDITORIAL  
VALVERDE Y TALUZ

1952



## INTRODUCCION.

Este libro, que el público se ha dignado acoger con benevolencia, no es una pretension ambiciosa a la celebridad; es una obra de paciencia y de fé, una flor depositada sobre el altar de MARÍA, con la sencillez de corazón de un peregrino de los antiguos tiempos. La Santa Virgen merecía, sin duda, mejor historiador; pero no podía hallar uno que mas sinceramente anhelase ver glorificado su nombre y extendido su culto.

La Historia de la Reina de los ángeles, de la Rosa misteriosa de la nueva ley, es un tema tan poético por

003580

sí mismo, que excitaba naturalmente todas las ideas patéticas y bellas, así como también todas las expresiones nobles del idioma. Es una narración del Oriente, que refleja las costumbres, las pompas y los paisajes más pintorescos del Asia; ¿será, pues, extraño que el estilo lleve el sello de un color oriental?

También hemos estudiado bastante á los Padres de la Iglesia, para saber que no han desdenado las gracias de la dición, y que han combatido bajo este respecto al paganismo, con armas iguales. Esto es lo que el gran San Gregorio llamaba en su lenguaje figurado, *cortar la cabeza de Goliad con su propia espada*. Y efectivamente, ¿qué cosa hay más elevada, ni más poética, que ciertas descripciones de San Juan Crisóstomo? Este orador sagrado rivaliza con frecuencia con los poetas orientales, y en una de sus homilias, se encuentra la comparación de *la tierra embalsamada con los perfumes de las rosas*, comparación que Saadi reprodujo más tarde en su Gulistan.

Las cartas y las homilias del gran San Basilio, llenas de bellas pinturas, que Fenelon ha imitado, sin superarle, exhalan un perfume de poesía, capaz de alamar á los espíritus tímidos, que en nuestros días tienen á este divino arte por un espectro, y que quisieran de buen grado desterrarla de todas las obras. El mismo San Gregorio Nacianceno, aquel sublime pensador cristiano, es el que se interrogaba sobre la naturaleza de su alma *bajo la sombra de espesos bosques, mientras que las brisas del aire, mezcladas con el canto de los pájaros, vertían un dulce sopor desde lo alto de las copas de los árboles, donde cantaban regocijadas con la luz, al mismo tiempo que las cigarras, escondidas en la yerba, ha-*

“al obispo de Blois) yo quisiera que los católicos consagrasen á las acciones inmortales de los santos los adornos que consagran los pecadores á sus criminales pasiones, y que hiciesen ver que saben adorar la virtud, mucho mejor que los profanos engalanar el vicio.”

Y si es permitido arrojar algunas flores poéticas sobre un tema religioso, lo es, ciertamente, cuando se trata de la Rosa mística de la nueva ley. Tan verdad es esto, que los doctores más graves de otros tiempos, se han hecho poetas sin querer y sin saberlo, hablando de esta gloriosa Criatura. San Gregorio Nacianceno, este austero y frío taumaturgo, halla los nombres más encantadores para la Madre de Dios, á quien llama *manantial de luz y flor inmaculada de la vida*. San Břren, ese sombrío y ardiente solitario, compara á la Santísima Virgen, al *incensario de oro, del cual se exhalan los más dulces perfumes*. San Epifanio llama á la Virgen, *océano espiritual, que encierra la perla celeste*. San Cirilo de Alejandria, *la lámpara inextinguible que ha dado el ser al Sol de justicia*. “Con qué maravillosas flores de alabanzas, os tejeremos, ó María! una corona,” dice San Basilio.” San Gregorio el Grande, compara á María, á *esta bella Virgen adornada de la gloria de su fecundidad, con una montaña elevada, que sobresale entre los coros angelicos, y se eleva hasta el trono de la Divinidad*. Alcuin, esa ilustre lumbrera de la corte de Carlomagno, ese sábio acostumbrado á trabajos áridos, se hace poeta para María: *Tú eres mi dulce amor, dice, tú eres mi gloria, ó Virgen Santa; tú eres la vida de los cielos, la flor de los campos, el lirio del mundo*. El papa Inocencio III compara á María con la *aurora*. Santo Tomás de Aquino, con *la estrella de los mares, que conduce*



á puerto de salvacion á los que navegan sobre sus ondas.  
 ¡Salve, noble Hija de reyes! exclama el sábio y místico  
 Nasmo: vos sois mas resplandeciente que la aurora, mas  
 apacible que la argentada luna, mas pura que el lirio re-  
 cien abierto, mas blanca que la nieve de las montañas, mas  
 graciosa que la rosa, mas bella que el rubí, mas casta que  
 los ángeles....

La prensa extranjera, pero principalmente la italia-  
 na, la alemana y la española, se han ocupado de la *His-*  
*toria de la Santísima Virgen*. En la imposibilidad de  
 citar todos los artículos que sobre ella se han escrito,  
 nos limitaremos al sábio fragmento de uno, que apare-  
 ció en *La Cruz*, diario español religioso, político y lite-  
 rario, que se honra de defender al clero, tan eminente-  
 mente católico en España.

“... El abate Orsini, recorriendo los anales de su cul-  
 to, que empezó con el cristianismo, y desenterrando  
 “pergaminos, que tal vez nos hubieran sido desconocidos  
 “sin el auxilio del autor, presenta al lector los títulos en  
 “que se funda la hiperdulía, y los progresos del culto de  
 “la Madre Dios, que por cierto ocupan una página de  
 “oro en los fastos del mundo, y excitan recuerdos de mu-  
 “cha gloria. Pero no es esto solo lo que hace el Sr. Or-  
 “sini: su obra comprende la biografía de Jesus, y en al-  
 “gun modo la del orbe entero, cuya historia es insepa-  
 “rable de la caída del hombre, y de la promesa de su re-  
 “dencion. Hay en el libro que recomendamos; profun-  
 “da teología, exquisita erudicion, juiciosa crítica, belle-  
 “zas que encantan, y poesía que deleita....

“El traductor, el Dr. F. I. P., ha querido añadir un  
 “diamante en nombre de los españoles, á la corona que  
 “todos los sábios de Europa han puesto sobre la frente

“del autor de la Historia completa de la Madre de Dios  
 “y de su culto. Este libro es una grande epopeya del  
 “Siglo XIX, digna de estar al lado de los Mártires...?”

Nosotros, en verdad, no citamos estos elogios, en los  
 que entra por mucho la indulgencia, por una vanidad  
 ridícula y una soberbia de mal género, sino para mani-  
 festar que la *Historia de María* ha sido bien recibida por  
 los católicos extranjeros, cuyas simpatías nos son infinitamente  
 gratas. No es menos consolador para nosotros,  
 el ver que se populariza en Alemania, en Inglaterra, en  
 Rusia, en América, donde quizá ha desterrado algunas  
 injustas preocupaciones entre los cristianos disidentes.

Por lo que respecta á la prensa francesa, ha tratado  
 este libro como ha querido, pues no se han puesto en  
 juego, ni intrigas ni recomendaciones de ninguna clase,  
 sin embargo, se ha manifestado en general tan benévola,  
 que solo tenemos que rendirle acciones de gracias.  
 Por una casualidad puramente providencial, la mayor  
 parte de los literatos que han dado cuenta de nuestra  
 obra, eran hombres de corazon, de saber y de genio, y  
 por eso han sido mas generosos: comunmente los talen-  
 tos privilegiados, son benévolos y tratables: los leones,  
 que tienen el sentimiento de su fuerza, perdonan con  
 frecuencia, por nobleza de alma, á una presa débil; no  
 así las víboras, que silban y muerden en el fango de su  
 charco nativo, para descargo de su conciencia.

Feliz el autor que cae en manos de hombres capaces  
 de apreciar un libro, y de examinarlo al abrigo de toda  
 influencia, con la probidad que conviene á la magistra-  
 tura del pensamiento; porque juzgar, es una tarea que  
 muchos emprenden, pero que pocos saben desempeñar  
 bien: para ello, es necesario ciencia, gusto y conciencia;

cosas que no todos poseen. Reciban aquí la expresión de nuestro sincero reconocimiento el Sr. Chantal, que sabe penetrar en el fondo de las ideas de un autor, y que las embellece desarrollándolas; el Sr. Dosihaire, cuya profunda probidad crítica, ha sido justamente apreciada en Francia, en Italia, y en otras partes; el Sr. Poujoulat, cuya reputación es europea; el Sr. Bonnetti, cuyos anales son tal vez una de nuestras mejores colecciones de filosofía católica; el Sr. Amadeo de Quesnel, cuya pluma elegante ofrece muchos estímulos á todo lo que tiende á civilizar y santificar las costumbres; y por fin, los literatos de París, de los departamentos y del extranjero, que se han sustraído á nuestra gratitud, bajo iniciales que nos ha sido imposible adivinar. Los elogios prodigados con tanta indulgencia, no han sido del todo exentos de crítica; gracias á los unos y á la otra. La crítica hecha en obsequio de los progresos del arte, y no para satisfacer en la oscuridad una envidia odiosa ó una baja malignidad, es con frecuencia útil, y siempre respetable.

Un sábio prelado, oculto para nosotros bajo el velo del anónimo, cuando escribimos la introducción de nuestra última edición, el finado Monseñor Cotteret, obispo de Beauvais, profundo teólogo y escritor muy distinguido, después de haber justificado el empleo que hemos hecho de las tradiciones orientales, tradiciones que el autor no tiene la pretensión, observa el sábio obispo, de *hacer aceptar como artículos de fe*, llega hasta decir: "El Sr. abate Orsini es uno de los escritores de nuestra época que mejor conoce sus exigencias, y que mejor ha aprendido su lenguaje: escribe como un verdadero discípulo del Sr. de Chateaubriand." Grande es el honor que

con esto se nos hace, aunque poco merecido: nosotros no hemos tenido la presunción de atrevernos á marchar, ni aun de lejos, sobre las huellas gigantescas del ilustre vizconde, y si por acaso nuestro estilo se parece un poco al de este gran maestro, podemos decir lo que decía en circunstancias semejantes un humilde poeta de Kurdistan: "Yo, lo mismo que Antar, ese poeta famoso, he salido del jardín de Nischabur; pero Antar era la rosa de ese jardín, y yo no soy sino un abrojo."

Se nos ha dirigido una observación, á la cual debemos responder, y es relativa al uso que hemos hecho de las costumbres de los hebreos, para completar la historia de la Santísima Virgen. Todo viajero que haya visitado el Oriente, todo literato que esté medianamente versado en el conocimiento de la historia y de las costumbres del Asia, verá claramente que nuestro trabajo es el fruto de largas y laboriosas investigaciones, y que en él no entra por nada la imaginación; ni siquiera nos hemos tomado el trabajo de inventar las fórmulas ordinarias de *alios*, y los *deseos de buen viage*: todo se ha tomado de fuentes respetables, que hemos escrupulosamente indicado, siempre que lo hemos creído conveniente. Nuestra obra, además, ha sido leída por sábios orientales que la han encontrado *bastante erudita*, y varios israelitas, de elevado rango é instrucción poco común, han alabado la fidelidad escrupulosa con que hemos hecho reaparecer los borrados esplendores de Sion y las antiguas costumbres de sus padres. Hoy día se exige, así del historiador como del pintor, un estudio profundo del color local; si un artista se permitiese introducir nuestros trages occidentales y los paisajes del Norte en un cuadro, cuyo asunto estuviese sacado de

los fastos de la antigua Asia, no se libraría en verdad de la justa censura de los inteligentes; una obra literaria es también un cuadro, que debe reproducir el color local, la configuración del país, los trages históricos, los hábitos y las costumbres de los grupos, que en sus páginas figuran. Al escribir la historia de la hija de los reyes de Judá, nos hemos sometido á las exigencias de nuestro tema; hemos creído que no se trataba de restaurar las costumbres del Oriente sobre las nuestras, y de distazarlas, como dice Strauss, con una careta occidental, sino de pintarlas tales cuales eran en la época en que vivió María; este era el único medio de conservar la verdad, y trazar la interesante historia que pasó en la sociedad judía del tiempo de Herodes. En cada página del Evangelio encontramos las costumbres y los usos de los hebreos, á los cuales se dignó conformarse el mismo Jesucristo, y no es dudoso que la Virgen se anticipó al ejemplo de su divino Hijo. Las costumbres hebreas estaban basadas sobre la Escritura y la tradición, la cual las santificaba á los ojos de la nación entera; separarse de los usos recibidos, habria sido una grave falta. Nada habia, hasta el vestido de los recién desposados, que no fuese un recuerdo de la Biblia y de las tradiciones antdiluvianas de la sinagoga.

Fuera de la prensa hemos recibido también testimonios de aprecio y simpatía, que nos han venido desde muy alto como dones de la Providencia. El príncipe Orsini, verdadero príncipe romano y amigo de las letras, después de haber tenido la bondad de aceptar la dedicatoria de nuestro libro, nos ha honrado escribiéndonos:

“Obra tan santa y tan notable como la vuestra, merece por

“cierto mas encumbrado protector de lo que yo soy. Siéntome penetrado del mas vivo reconocimiento, y por mas que apure las palabras, no podré jamas expresarlas con suficiente viveza los sentimientos de la mas justa obligacion, de que me ha llenado por vuestra parte una muestra de tanta bondad y de tanto aprecio. Roma colma de aplausos y de elogios vuestra obra, y la gloria que habeis procurado para la Madre de Dios, se empieza ya á reflejar sobre vos mismo.”

Si nosotros citamos estas lisonjeras palabras, que respiran toda la urbanidad de la alta nobleza de Italia, no es porque nos juzguemos dignos de ellas: las recibimos como un estímulo generoso para trabajar con mas fruto en lo sucesivo, y las colocamos respetuosamente á los pies de la Virgen Santísima, íntimamente convencidos que este honroso y benévolo sufragio de un príncipe tan eminente por su piedad como por sus luces, procede de ella y le pertenece.

Otra aprobacion preciosísima para nuestro corazon hemos recibido del Sr. comendador *Montinho-Luna*, ministro plenipotenciario del Brasil, que reúne á talentos diplomáticos de primer orden, un gusto ilustrado por las letras, que él mismo cultiva con brillante éxito.

“La nueva edicion que vais á dar de vuestra historia de la Santísima Virgen, algunos meses tan solo después de su aparición, nos escribe S. E., manifiesta bastante el interés con que el público ha recibido este libro. Con motivo de su reimpression, permítidme unir mi humilde voto al de vuestros numerosos lectores.

“Vuestra obra habrá contribuido, y contribuirá aún sin duda, á desarrollar y extender en Francia el culto tierno y amoroso de María, que San Bernardo propagó en otro tiempo en ella con tanto esplendor. Tengo la profunda conviccion de

“que do quiera la Iglesia cuente hijos, la *Historia de la Madre de Dios* producirá el mismo efecto: sirvaos mi nombre como “de prenda de este anuncio.”

Esta prenda es de un valor inapreciable para nosotros. Y en efecto, ¿qué mejor garantía de buen éxito podríamos desear, que la que nos ofrece un ilustre sábio, de cuya posesion se envanecen todas las academias de la península italiana, apreciado de la corte de Roma, revestido de la confianza del Brasil para sus mas caros intereses, y que no teme, en este siglo en que se disuelven las creencias, enarbolarse religiosa y caballerosa divisa: *Spes in Deo!* Honor al pais que se hace representar por hombres de corazon y de fe, honor á los diplomáticos que hacen respetar á su pais, dándole ejemplo de todas las virtudes públicas y privadas.

Nuestra *Historia de la Santísima Virgen*, no solo ha hallado gracia á los ojos de los grandes del mundo; gran número de doctores españoles é italianos, la han honrado con su voto de aprobacion. El Illmo. Sr. obispo de Salamanca, sábio prelado y digno de presidir la célebre universidad, que durante tantos siglos ha arrojado un brillo vivísimo por toda la Europa, la ha protegido noblemente en España. Su Eminencia Monseñor el arzobispo de Molins, cuya fama de sábio ha traspasado las fronteras de su patria, ha aprobado las ediciones belgas; y en fin, nuestro mismo obispo, celoso é ilustre prelado, que no tiene necesidad de la opinion de otros para formar la suya, y que jamas se ha dejado arrastrar por el juicio del vulgo, la ha tomado desde el principio bajo su proteccion.

Añadiremos á nuestras humildes páginas, un precioso fragmento de la carta de Monseñor *Casanelli d'Istria*,

como aquellas perlas que los religiosos de los tiempos antiguos engastaban en las cubiertas de marfil de sus misales. Si este libro está destinado á alguna duracion, puedan esos varios fragmentos enseñar á las edades futuras, que en una época en que las letras religiosas se hallaban en Francia sin apoyo de ninguna clase, hubo príncipes romanos, embajadores de paises remotos, y santos obispos que le protegieron. He aquí las palabras de Monseñor Casanelli:

“Mucho he tardado en daros las gracias por el bello presente que me habeis hecho con vuestra apreciable obra, y por el “placer que me ha causado la lectura de un libro doblemente interesante para mí, ya por la naturaleza del objeto, ya por el “encanto de la dición con que le habeis embellecido. Estimo “tanto mas este presente, cuanto que me ha sido ofrecido por “el autor, y que este es á la vez, uno de mis compatriotas y presbíteros. No he sido yo el único en apreciar el mérito de vuestra encantadora production. El sufragio de los lectores á quienes lo he presentado, se ha hallado acorde con los elogios que “habian hecho del mismo los diarios de Paris.

“Yo he visto con la mayor satisfaccion las primicias de vuestros trabajos literarios, consagrados á la Reina de los ángeles. “Tal preludio no puede menos de presagiaros el éxito mas feliz en la carrera en que os habeis anunciado de una manera “tan brillante.”

Ademas de habernos dirigido cartas tan benévolas, la *Historia de la Madre de Dios* ha obtenido, nos atrevemos á decirlo porque existen las pruebas, un éxito asombroso, no solo en Francia, sino en Europa, y aun mas allá. En Italia se han hecho tres traducciones; dos doctores españoles la han vertido al castellano; un eclesiástico de gran talento, la ha traducido en alemán, y en Leipzig

se acaba de publicar una segunda edicion magnificamente ilustrada; en Bélgica se han hecho multitud de reimpressiones: ha penetrado en el fondo de la Moscovia, y atravesando los mares mas lejanos, se ha extendido por toda la América; en fin, nuestra obra ha sido favorablemente recibida en Roma, en donde se ha propagado con el permiso del Sacro Colegio. Gracias á la proteccion de *MARIA*, el pequeño grano de mostaza ha llegado á ser un árbol frondoso, cuyas ramas se extienden á lo lejos sobre el Antiguo y Nuevo-Mundo. *Ella* ha bendecido este libro, á pesar de su escaso mérito, porque *Ella* sabe que ha sido escrito con intenciones puras, y únicamente en honor de la gloria de su culto y de su santo nombre.

Penetrados de reconocimiento hácia el público ilustrado que tan benévola acogida ha dispensado á nuestro libro, hemos redoblado nuestros esfuerzos para merecer mas y mas su simpatía, que tan cara nos es. Esta nueva edicion, impresa con el permiso de Monseñor el arzobispo de Paris, ha sido revisada con toda escrupulosidad, y considerablemente aumentada: es la última vez que retocamos este libro, y lo hemos hecho esmerada y concienzudamente. La segunda parte, que comprende el culto de *Maria*, ha sido refundida enteramente, y enriquecida con autoridades auténticas y hechos importantes sacados de documentos sumamente raros. A pesar de todos nuestros esfuerzos, confesaremos ingenuamente que nuestra obra queda imperfecta aún: tal es el defecto ordinario de las obras humanas; la perfeccion es la montaña del talisman, á cuya cima no le ha sido dado á mortal alguno subir, y al autor menos que á nadie.



## LIBRO I.

**Espectacion universal de la Virgen y del Mesias.**

EN aquellos lejanos tiempos que tocan á la cuna del mundo, cuando nuestros primeros padres fuera de sí y temblorosos, escuchaban bajo las sombras magestuosas del Eden (1), la voz aterradora de Jehová que los condenaba al destierro, al trabajo y á la muerte en castigo de su loca desobediencia, una prediccion misteriosa en que la bondad del Criador se traslucia al través de la ira del Dios irritado, vino á reanimar el abatido espíritu de aquellas dos frágiles criaturas que habian pecado por orgullo como Lucifer. Una hija de Eva, una muger de ánimo varonil, debia aplastar bajo sus piés la cabeza de la serpiente, y regenerar para siempre una raza criminal: esta muger era *Maria*.

Desde entonces corrió la tradicion entre las generaciones an-

se acaba de publicar una segunda edicion magnificamente ilustrada; en Bélgica se han hecho multitud de reimpressiones: ha penetrado en el fondo de la Moscovia, y atravesando los mares mas lejanos, se ha extendido por toda la América; en fin, nuestra obra ha sido favorablemente recibida en Roma, en donde se ha propagado con el permiso del Sacro Colegio. Gracias á la proteccion de *MARIA*, el pequeño grano de mostaza ha llegado á ser un árbol frondoso, cuyas ramas se extienden á lo lejos sobre el Antiguo y Nuevo-Mundo. *Ella* ha bendecido este libro, á pesar de su escaso mérito, porque *Ella* sabe que ha sido escrito con intenciones puras, y únicamente en honor de la gloria de su culto y de su santo nombre.

Penetrados de reconocimiento hácia el público ilustrado que tan benévola acogida ha dispensado á nuestro libro, hemos redoblado nuestros esfuerzos para merecer mas y mas su simpatía, que tan cara nos es. Esta nueva edicion, impresa con el permiso de Monseñor el arzobispo de Paris, ha sido revisada con toda escrupulosidad, y considerablemente aumentada: es la última vez que retocamos este libro, y lo hemos hecho esmerada y concienzudamente. La segunda parte, que comprende el culto de *Maria*, ha sido refundida enteramente, y enriquecida con autoridades auténticas y hechos importantes sacados de documentos sumamente raros. A pesar de todos nuestros esfuerzos, confesaremos ingenuamente que nuestra obra queda imperfecta aún: tal es el defecto ordinario de las obras humanas; la perfeccion es la montaña del talisman, á cuya cima no le ha sido dado á mortal alguno subir, y al autor menos que á nadie.



## LIBRO I.

**Espectacion universal de la Virgen y del Mesias.**

EN aquellos lejanos tiempos que tocan á la cuna del mundo, cuando nuestros primeros padres fuera de sí y temblorosos, escuchaban bajo las sombras magestuosas del Eden (1), la voz aterradora de Jehová que los condenaba al destierro, al trabajo y á la muerte en castigo de su loca desobediencia, una prediccion misteriosa en que la bondad del Criador se traslucia al través de la ira del Dios irritado, vino á reanimar el abatido espíritu de aquellas dos frágiles criaturas que habian pecado por orgullo como Lucifer. Una hija de Eva, una muger de ánimo varonil, debia aplastar bajo sus piés la cabeza de la serpiente, y regenerar para siempre una raza criminal: esta muger era *Maria*.

Desde entonces corrió la tradicion entre las generaciones an-

tidiluvianas de que una virgen hermosa y pura como la luz, repararía con su divino alumbramiento el mal que había hecho la primera mujer. Esa tradición consoladora, que sostuvo las esperanzas de una raza decayda, no se borró de la memoria de los hombres en la época de su grande dispersion en las llanuras de Sennaar; se llevaron mas allá de los montes y de los mares tan dulce si bien lejana idea, juntamente con el culto de Noe y los restos de las ciencias y las artes, salvadas del diluvio (2). Mas tarde, cuando la religion primitiva empezó á debilitarse, y las antiguas tradiciones se ocultaron entre nubes, la de la Virgen y del Mesías resistió casi sola á los embates del tiempo, y se elevó sobre las ruinas de las antiguas creencias, perdidas entre las fábulas del politeísmo como el arbusto siempre verde que crece sobre las ruinas de la que en otro tiempo fué la que se llamaba la grande Babilonia (3).

Recórranse en efecto las diversas regiones del globo; registre los anales religiosos de los pueblos desde el Septentrion al Mediodia, desde la aurora hasta el ocaso, y en el fondo de casi todas las teogonias se encontrará á la Virgen Madre y su divino alumbramiento.

En el Thibet, en el Japon y en una parte de la peninsula oriental de la India, es el dios Fú, que para salvar á los hombres, se encarna en el seno de la jóven prometida de un rey, la ninfa Lhamoghinpral, la mas bella y la mas santa de las mugeres.

En la China cuentan en el número de los hijos del cielo al emperador Hoang-Ti, á quien concibió su madre mediante la luz de un relampago; Yuo, otro emperador contemporáneo del diluvio, tuvo por madre á una virgen, á quien fecundizó un rayo de estrella; In, gefe de la primera dinastía, debió la vida á una perla, emblema de la luz en todo el Oriente (4), y descendió del cielo al casto seno de una jóven. Haon-Tsi, gefe de la dinastía de los Toheon, fué concebido por obra divina, sin que su madre perdiera la virginidad, y le dió á luz sin dolor y sin pecado en una gruta abandonada, donde los ciervos y los cuervos le calentaban con su aliento (5). La diosa mas popular del

imperio celeste, Sching-Mon, concibió al simple contacto de una flor, y su hijo, criado bajo el pobre techo de un pescador, llegó á ser un personage distinguido, é hizo milagros.

Los Lamas dicen que *Boddah* nació de la virgen *Maha-Mahai*. *Sommothkodom*, príncipe, legislador y dios de Siam, debe igualmente el ser á una virgen, á quien habian fecundizado los rayos del sol. *Lao-Tien* se encarnó en el seno de una virgen negra *maravillosa y bella como el jaspé*. La *Isis* zodiacal de los egipcios es una virgen madre. La de los Druidas debe dar á luz al futuro Salvador (6). Los Brahmas enseñan que cuando un dios se encarna nace del seno de una virgen por obra divina; así *Jugrenat* (7), el salvador mutilado del mundo, y *Chrichwa*, nacido en una gruta á donde venian á adorarle en su cuna ángeles y pastores, han tenido á una virgen por madre.

La Babilónica *Dogdo* ve en sueños á un brillante mensajero de Oroman que depone á sus piés magníficos vestidos; una luz celestial descendiendo sobre el rostro de la jóven dormida, y se vuelve hermosa como la estrella de la mañana; *Zerdascht*, *Zoroastro*, ó mas bien, *Ebraim-Zer-Aténcht* (8), el famoso profeta de los magos, es el fruto de aquella vision nocturna. El tirano *Nearonil* (9), avisado por sus astrólogos de que un niño, cuyo nacimiento estaba cercano, amenazaba á sus dioses y á su trono, mandó matar á todas las mugeres embarazadas que se hallaban en sus estados; *Zerdascht* se salvó tan solo por la astucia y prudencia de su madre (10). Los Macéuticos, que habitan en el Paraguay las orillas del lago Zarayas, cuentan que en una época muy remota una muger de rara belleza se hizo madre y quedó virgen; su hijo, despues de haber obrado insignes maravillas, se elevó un dia por los aires en presencia de sus discipulos, y se transformó en sol (11).

Reúnanse los trozos esparcidos de esas creencias adulteradas, y se compondrá casi en todos sus pormenores la historia de la Virgen y de Cristo. La Virgen, no obstante la sangre real que corre por sus venas, es de condicion humilde como la madre de Zoroastro; como aquella, recibe tambien la visita de un

ángel encargado de un mensaje celestial. El tirano Nemrond, que fué el peor de entre una multitud de príncipes perversos, puede pasar por el tipo de Herodes, y procuró la muerte del joven mago con un furor igual al que anima al cruel esposo de Mariamne contra el niño Jesús; ambos dejan escapar su presa. Nacido de una virgen que lo concibió durante una fervorosa oración, y que le dió á luz sin dolor y sin pecado, como el primogénito de la noble y piadosa Kiang-Yuen, nuestro divino Salvador vive en medio de las clases pobres, á semejanza del hijo de la diosa de la China; ángeles y pastores vienen á rendirle homenaje, como á Chirichna, en la noche misma de su nacimiento; mas tarde, después de haber calmado las borrascas, andado sobre las aguas, arrojado los demonios y resucitado los muertos, verifica su triunfante ascension en presencia de quinientos discípulos, cuyos ojos deslambrados le pierden de vista en las nubes, precisamente como lo cuentan las hordas salvajes del Paraguay.

Es ciertamente muy extraño que estas leyendas maravillosas que no se han copiado de los hechos evangélicos, puesto que son incontestablemente mas antiguas, formen al eslabonarse, la vida verdadera del Hijo de Dios. ¿Puede, acaso, la verdad nacer del error? . . . ¿Y qué pensar de estas bizarras narraciones, que tienen entre si tantos puntos de contacto? . . . ¿Se responderá con los filósofos mofadores de la escuela volteriana, y con algunos de los llamados pensadores alemanes de una época mas reciente, que los apóstoles tomaron sus fábulas de las diferentes creencias del Asia? Empero sin hablar del solícito cuidado con que se ocultaban entonces en las sombras impenetrables de los santuarios, los libros reputados como divinos; sin hablar del horror profundo que profesaban los judíos á leyendas idólatras, y del desprecio desdenoso con que miraban la ciencia del extranjero, ¿cómo unos pobres proletarios, cuya ciencia toda se limitaba á guiar un barquichuelo sobre las ondas del lago de Teberia-des, y cuyas redes destilaban el agua azulada de sus olas, cuando fueron promovidos al apostolado; cómo unos laboriosos arte-

sanos, obligados á trabajar, en medio de la predicacion, para ganar el sustento del día, cómo habrían podido compulsar los sagrados libros de los Indios, los Chinos, los Buetrianos, los Fenicios y los Persas? ¿Cómo es posible que Simón Pedro, los hijos del Zebedeo, ó aquel austero discípulo de Gamaliel, que decia en alta voz en Corinto, la rica y orgullosa ciudad de la Grecia: *Lo que es yo, no sé mas que una cosa, Jesus y Jesus crucificado!* hayan arrancado á la idolatría, cuya destruccion era el fin de su mision sublime, algunos de sus viejos retazos, para zurcirlos fraudulentamente á la vida tan sencilla y tan grande de Jesucristo? Aun mas; si no hubiese sido sino una cuestion de préstamos hechos á las leyendas místicas de los pueblos vecinos de la Palestina, como los Egipcios y los Fenicios, por injusta que la inculpacion hubiese sido, al menos tendria un colorido de verosimilitud; mas no! Estos puntos luminosos que se destacan del seno de las tinieblas de la idolatría, para formar como otras tantas estrellas á la aureola del Hijo de la Virgen, vienen de los lugares mas remotos y mas desconocidos de la tierra. Sin hablar de esa Galia de impenetrables bosques, que á la extremidad de la Europa occidental, escondia sus creencias misteriosas á la sombra de encinas seculares; de las grandes Indias, tan imperfectamente conocidas bajo el reinado de Tiberio; de aquella Sérica con sus torres de porcelana, cuyas remotas provincias no provocaron siquiera la codicia de los Romanos (12), ¿cómo hubieran hecho los Apóstoles para comunicarse con la desconocida América, separada del viejo continente por su verde cintura de altas ondas, y perdida cual una perla en medio de las aguas?

Peró yo quiero que los Apóstoles hubiesen tentado, no importa por qué medio, algun conocimiento de estas antiguas fábulas mitológicas, esparcidas sobre todos los puntos del globo: quiero mas; concedo, prescindiendo de la sencillez nativa, del testimonio sellado con sangre, y de la alta santidad de estos hombres divinos, que arrebatados, como dice Rouseau, por el ardor de la gloria de su Maestro, se les hubiese ocurrido por un momento, bordar algunas circunstancias fabulosas sobre la rica te-



la evangélica; esto habría sido superior á sus fuerzas. ¿Cómo, por ejemplo, habrían podido ellos atribuir á aquel Herodes, conocido de todo Jerusalem, y cuyo reinado trágico y glorioso sabían todos de memoria, un hecho atroz y falso, sacado no sé de qué rey de Persia, que quizás no existió jamás sino en la imaginación de los magos? Si la degollación de los inocentes hubiera sido un cuento *forjado ó copiado* por los Apóstoles, ¿puede creerse que los Bethlémitas, que sabían perfectamente lo que pasaba en la Santa ciudad, cuyas altas torres divisaban en el horizonte, no hubiesen protestado enérgicamente contra esta audaz mentira; que esos sutiles fariseos, que procuraban sorprender al mismo Jesús en sus palabras, le hubiesen dejado correr sin refutario, ó que los partidarios de Herodes hubiesen tolerado impasibles que se echara falsamente una mancha tan negra sobre la fama de un príncipe, á quien ellos consideraban casi como á un dios (13), y que les habia colmado de honores y riquezas? Si todos callaron, fué porque la cosa era harto verídica, harto pública, y además, muy reciente para que pudiera prestarse á denegaciones; fué porque á dos horas de marcha de Jerusalem, estaban las madres de los mártires, que habian pagado con sus tiernas vidas, el honor de pacer con Cristo; fué porque poblaciones enteras habian visto brillar el hierro homicida, y oído los gritos de muerte; fué porque al primer mentís dado á los cristianos, todo un pueblo se hubiese levantado para exclamar:

*¡Oh, nosotros estábamos allí!*

Lo mismo puede decirse del alhambamiento divino de Maria, de la visita de los pastores enviados por los ángeles, de todos los prodigios que señalaron la venida de Cristo. Los Apóstoles escribieron viviendo aquellos que figuraron en las escenas que cuentan, y antes de consignar en sus escritas los prodigios obrados por el Mesías, los habian predicado atrevidamente en el templo mismo de Jehová delante de un número inmenso de hebreos de todas las provincias, que acudían allí, ya para hacer sus sacrificios, ya para llevar sus primicias; es evidente, pues, que si hubiesen mentido, aquel auditorio habria sido el mas peligroso del mundo.

Lejos de temer que se le desmintiera, San Pedro se dirige con valentía á esta numerosa asamblea, seguro de su adhesión general; evoca los recuerdos, todavía recientes, de los que le escuchaban, y afirma, en fin, los milagros que han marcado con un sello divino la misión del Hijo de Maria, aun delante del gran consejo de la nación, que habia contribuido con todo su poder á que se crucificara á Jesús. Los senadores de Israel, espantados y furiosos, mandan apalea á San Pedro y á San Pablo, para obligarles á guardar silencio; pero no desmienten, como lo testifica el mismo Talmud, los milagros que quieren atribuir inútilmente á la magia. Así es que, conducidos los Apóstoles á su presencia por los guardas del templo, no les dicen (14): "vosotros no sois sino visionarios y mentirosos;" sino por el contrario, con una agitación que manifiesta sus secretos temores: "¡Callaos! ¿queréis acaso vernos apedrear por el pueblo?" A lo cual, aquellos dos hombres de corazón sencillo, pero de alma grande, respondieron resueltamente; "no, no nos callaremos! Dios nos manda hablar, y antes de obedecer á los hombres, es necesario obedecer á El..." La impostura no es nunca tan atrevida.

Después de haber examinado los actos, el carácter y la posición de los Apóstoles, todo hombre imparcial se verá obligado á convenir, en que no fueron ni embaucadores, ni engañados, y que no tienen parte ninguna en las afanidades que se notan entre los hechos evangélicos, y las tradiciones de los pueblos antiguos, mas ó menos mezcladas de fábulas.

Pero entonces, ¿cómo explicar esas analogías? ¿Es un capricho de la casualidad, una ocurrencia fortuita?

No es ciertamente por un efecto casual, que el misterio de la Encarnación de un Dios, en el seno de una Virgen, sea una de las creencias fundamentales del Asia; que las mujeres privilegiadas que llevan en su vientre esta emanación de la divinidad, sean siempre puras, bellas y santas; que tengan nombres gloriosos, y llenos de misterios, que signifiquen en todas esas lenguas antiguas: *hermosura esperada, virgen inmaculada, virgen*

fiel, felicidad del género humano, estrella polar; que haya, además, tanta semejanza entre ellas, que podría creérselas criadas sobre un tipo remoto, que nos oculta la noche de los tiempos; en fin, no es un efecto casual que un rayo luminoso una la naturaleza divina a la naturaleza humana.

Estas nociones, que llevan el sello de las épocas primitivas, se remontan evidentemente al nacimiento del mundo. Los patriarcas antediluvianos, esa cadena de ancianos que vivían la edad de los cedros, queriendo formarse una idea de la mujer entre todas bendita, cuyo alumbramiento prodigioso debía salvar al género humano, se la retrataron bajo la imagen de Eva, antes de su caída: le atribuyeron una belleza magestuosa y santa, que no podía producir en el alma de los hijos de los hombres otro sentimiento, que el de una religiosa veneración: la convirtieron en una amable estrella de resplandor dulce y velado, cuya salida debía preceder á la del Sol de justicia.

Los medos, decimos, por los cuales hizo Dios descender la fecundidad en este seno virginal, concuerdan entre sí de una manera sorprendente, en los diferentes pueblos del mundo. Echad una ojeada sobre las religiones antiguas, y en todas ballareis el fuego sagrado, pues entre los Persas, el fuego era el emblema terrenal del sol, y el sol mismo no era otra cosa que la morada del Altísimo, el pabellon glorioso del Dios del cielo (15).

Los Hebreos, que participaban de esta creencia, reconocían la presencia divina, ó la *Schechina*, entre la nube luminosa que se cernía entre los querubines del propiciatorio, y creían que Dios se vestía de la luz como de un manto, cuando en las ocasiones solemnes se manifestaba á los hombres. Esta era la opinión de la Sinagoga, y la tradición del templo refería, que en medio de un bosque de rosas salvajes, que ardía siempre sin consumirse, en el monte Horeb, donde Moisés, aquel gran pastor de los hombres, alimentaba los rebaños árabes de su abuelo, se distinguió un rostro muy bello, que en nada se parecía á los que vemos en la tierra, y que aquella vision celestial, mas luminosa que la llama, y mas brillante que el relámpago,

era sin duda la imagen del Eterno (16). Esto supuesto, no es difícil comprender por qué existía la opinion generalmente esparcida, de que un rayo luminoso debía llevar la fecundidad al seno de la Virgen reparadora, que era la esperanza de los pueblos.

A esta encantadora tradicion de una Virgen pura, admitida á las bodas celestiales, rodeadas de un misterio impenetrable, se ligaba la tradicion del Dios salvador, nacido de sus entrañas, el cual debía sufrir y morir por la salud del mundo (17). Esta tradicion no se perpetúa como la otra, por medio de imágenes brillantes, sino por el terror, que hacia una impresion indeleble, pero muy distinta de la causada por la de la Virgen, tan poética y graciosa. El sangriento sacrificio que encontramos establecido desde los tiempos mas remotos en casi todos los pueblos, no tuvo por objeto sino conservar entre los hombres el recuerdo de la promesa del sacrificio del Calvario: esto puede probarse fácilmente.

El culto, esta manifestacion del amor, este homenaje de gratitud que Adán y Eva tributaron á Dios en el instante mismo de su creacion, no se redujo, sin duda, en el Eden, sino á oraciones incesantes, y á ofrendas de frutos y de flores (18). Empero cuando estos ingratos quebrantaron el precepto, de fácil observancia, que el Señor les habia impuesto como un dulce yugo, para hacerles conocer tan solo que tenían un amo; cuando con los frutos inmortales del árbol de la vida (19), perdieron su talisman contra la muerte (20), y de las colinas encantadoras del Eden, descendieron á una tierra erizada de cardos y de espinas, cuyo seno virgen era preciso abrir para nutrirse, unieron á las frutas y flores salvajes, que producía la tierra del destierro, las primicias de su rebaño. Esto merece considerarse. Adán, que á la perfeccion de las formas rennia una alma inteligente y noble, en que el Señor habia infundido el gérmen de todas las virtudes y de todos los conocimientos, no podía estar privado de humanidad. Su fatal condescendencia por Eva, nos le muestra amante hasta la debilidad, y al mismo tiempo susceptible en el mas

alto grado, de afecciones dulces y benévolas. ¿Cómo le vino al pensamiento que el Criador pudiese complacerse en la muerte de su criatura, y que un acto de destrucción lo fuese de piedad?

La inmolación de los animales, que no tiene la menor relación con los votos y oraciones del hombre, y que el alimento enteramente vegetal de los pueblos primitivos dejaba sin otro objeto que su muerte, debió suscitar en el ánimo del padre del linaje humano mil repugnancias. Esos pobres seres, privados de razón, pero capaces de apego, habían compuesto en el Eden por largo tiempo la corte de este rey solitario; sentábase él entonces á la misma mesa, dormía sobre la yerba de la misma colina, refrescaba su sed en la misma fuente, y al despertar, como al morir el día, la oración del hombre subía hacia el cielo acompañada del gorgojo de los pajarillos, que también se reunían para entonar el himno de la mañana ó de la tarde. Envueltos en el infortunio del hombre los inocentes compañeros de su vida dichosa, compartían también con él su destierro (21); unos, cediendo á los instintos de ferocidad que no se habían declarado en el paraíso, huyeron al fondo de los desiertos y á los antros secretos de las montañas, desde donde comenzaron muy pronto una guerra á muerte contra su amor; otros, dulces é inofensivas criaturas, se establecieron al lado de la cabaña de su señor, y le ofrecieron benignamente, para satisfacer sus necesidades y endulzar sus penas, su leche, su trabajo, sus blandas lanas y sus conciertos melodiosos. Y bien, entre estos dulces amigos, que le habían quedado fieles en la desgracia, fué en donde Adán escogió, contó y señaló sus víctimas: en la garganta de la vaquilla, que agotaba sus ubres para nutrirle, en la paloma que se anidaba en su seno cuando el búitre se cernía en los aires, en el corderillo que dejaba su pasto florido para venir á dejarse ordeñar, en estos animales es donde le fué preciso sepultar su cuchillo. ¡Ah! cuando el hombre inexperto aun en matar, vió á sus piés á una criatura dulce y tímida, que forcejeaba entre arroyos de sangre, y en medio de las convulsiones de la agonía, debió quedar pálido y azorado, como el asesino que acaba de

cometer su primer crimen. Este pensamiento no salió de él; no fué un acto de su elección, sino de penosa obediencia; ¿quién se la impuso? Era aquel que puede disponer de la vida y de la muerte . . . Dios.

Adán cometió una falta tan enorme por sus circunstancias agravantes y sus consecuencias desastrosas, que la tradición hebrea, para expresar toda su extension, dice que el sol se cubrió de horror (22). Satanás le tentó en toda la plenitud de su fuerza, cuando solo conocía el bien, en la morada mas bella de la tierra, bajo el reciente sentimiento del inmenso beneficio de su creación, libre, feliz, tranquilo, inmortal y capaz de resistir con solo haberlo querido. Desde aquella altura rodó al espantoso abismo de la desobediencia y de la ingratitud. La justicia de Dios exigía un castigo proporcionado á la ofensa; el hombre fué condenado á morir de una doble muerte, y esta habria sido la desgraciada suerte de la especie humana, si un ser divino, predestinado desde antes del nacimiento de los tiempos, á cumplir la obra de nuestra redención, no se hubiese encargado de satisfacer por nosotros todos. Desde entonces se le llamó el Mesías, y fué revelado como un salvador desde el momento mismo en que la voz del Señor, *aquella voz que rompe los aires*, pronunció la sentencia de los tres culpables. "Porque has obrado así, dijo Dios á la serpiente corruptora, que estaba orgullosa de nuestra ruina, la semilla de la muger, es decir, un fruto nacido de ella, quebrantará tu cabeza."

Y la tradición hebrea añade, que apiadado Dios del arrepentimiento de nuestros primeros padres, les reveló por un ángel, que de ellos naciera un justo, quien mediante un sacrificio voluntario, aniquilaria los perniciosos efectos del árbol de la ciencia (23), y seria la salvación de los que pusiesen en él su esperanza (24). Según San Bernandino, esta gracia insigne que Jesucristo debía sellar con su sangre sobre la cruz, fué concedida en favor de *Maria*, y el Altísimo perdonó á la Eva pecadora y á toda su posteridad, para salvar de la nada á la Santa Virgen comprendida en la futura suerte de su linaje. Si nosotros

no adoptamos esta opinión piadosa, aunque demasiado exclusiva, no vacilamos, sin embargo, en creer que cuando el Eterno pesó el destino de los hombres contra la sangre de su divino Hijo, los méritos y virtudes de *AQUELLA* que debía ser un día la reina de los ángeles y la consoladora de los afligidos, hicieron inclinár el platillo fatal del lado de la misericordia. En otra parte nos enseñan las tradiciones árabes, que Dios, que es indulgente y misericordioso, quiso manifestar al hombre el modo de implorar su perdón. Este culto, revelado por Dios, fué evidentemente el sacrificio, ceremonia á la vez conmemoratoria, expiatoria y simbólica, por cuyo medio expresaba el hombre que merecía la muerte, y sustituyendo víctimas inocentes, le recordaba la grande víctima del Calvario.

Así, pues, la instrucción del sacrificio de sangre, que no fué invención humana, descansaba en el fondo sobre un pensamiento de misericordia divina, puesto que perpetuaba en todos los pueblos la tradición del Mesías, sin la cual la obra de la redención hubiera sido un beneficio perdido.

Dios madura sus resoluciones durante siglos, porque mil años para él son como un día; pero el hombre se desvive por obtener, porque su vida es corta. Parece que Eva creyó por las palabras del ángel, que ella sería la madre del redentor que se les había prometido, y en medio de transportes de un gozo extraordinario, producido por aquel pensamiento, dió á luz á Cain (25), á quien tomó por su salvador. Engañada por las inclinaciones perversas que desde luego manifestó, puso sus esperanzas en Abel, ese hijo amadísimo, cuyo nombre recuerda el luto y las lágrimas de su madre (26): creyó, por último, que sería Seth, pero en vano, porque las puertas del paraíso no se abrieron jamás para ella. Los justos de la descendencia de Seth, esos hombres puros, solitarios y meditabundos, á quienes la Escritura llama los hijos de Dios, mientras que las leyendas asirias los consideran como hombres benéficos, se mecieron largo tiempo en tan dulce esperanza; y la tradición judaica nos los muestra errando por las montañas vecinas del jardín del Eden (27), cu-

vos cedros gigantescos admiraban suspirando; pero lisonjeándose siempre de que un justo nacido de entre ellos, les abriría nuevamente sus puertas. Mas el nombre que estaba escrito en los decretos inescritables del Eterno, no era el de una virgen de los tiempos primitivos, y la tierra que se estremecía aún con la maldición divina, necesitaba ser purificada como por las abluciones de un bautismo, antes que los pasos de aquel que debía llevar la feliz nueva á través de las montañas, dejase impresas sobre la tierra las santas huellas de sus pasos.

Quando la tierra absorbió las aguas del diluvio, y los vientos la socaron, la nueva familia humana, que renació bajo la seguridad de promesas tan halagüeñas, se dedicó á restablecer el culto de Enoch. Noe, aquel fervoroso servidor de Dios, le añadió los siete preceptos que llevan su nombre, sin olvidar las tradiciones históricas y religiosas, que su larga existencia antes del diluvio, le habia proporcionado recoger. El fué quien contó que el hombre habia sido formado de tierra; su rebelion, su caducidad, su regeneración futura, que debería el mundo al prodigioso alumbramiento de una segunda Eva. El también, á la vista de los sacrificios sangrientos, ofrecidos para expiar la culpa de sus primeros padres, enseñó á sus descendientes á levantar los ojos hácia una Víctima mas augusta, sentada á la derecha de Jehová, en las brillantes profundidades del cielo; Víctima de la que era solamente un emblema la oblation de las terneras y de los corderillos (28).

Los pueblos al principio conservaron fielmente estas nociones primitivas, que se encuentran en el fondo de todas las creencias (29). Eleváronse alturas en la confluencia de los rios, en la cima de las montañas, en las playas del verdoso Océano, y sobre los montecillos de arenosos peñascos, en que el ajeno despliega sus hojas con el viento del desierto. La luz bella y apacible de la luna iluminó desde el principio esos silvestres templos, que no tenían otros límites que el horizonte, ni otra techumbre que el cielo con todos sus astros. En aquella remota época Dios fué adorado dignamente, y con unas ideas tan

claras, tan sublimes, tan uniformes y tan sencillas, que evidentemente se remontaban hasta El mismo.

Empero un elemento de terror supersticioso, fundado en el recuerdo espantoso y reciente de la sumersion del globo, recuerdo cuyos vestigios se encuentran visibles en la mayor parte de las fiestas religiosas de la antigüedad (30), se introdujo cual principio destructor, en el culto postdiluviano. Aglomerados los descendientes de Noe sobre las elevadas llanuras del Cáucaso y de las montañas de la Armenia, rehusaron descender á los valles con una obstinacion, que no pudo vencer toda la autoridad del mismo Noe. ¡Tanto es lo que temian un segundo diluvio! En vano era que el arco-iris ostentase entre las nubes, como para quitar todo temor á los hijos de los hombres, sus dulces y benignos colores, donde el verde esmeralda se une al azul del zafiro; este presagio feliz, esta bella prenda de un Dios aplacado, atenüaba, pero no podia arrancar del todo un terror arraigado profundamente. La torre de Babel asi lo testifica. Este monumento gigantesco ocultaba, bajo su insolente audacia, un miedo inmenso. Era como una fortaleza de refugio contra la eventualidad de una nueva inundacion, que aquella raza, que empezaba ya á corromperse, creyó que merecia aún. Y cuando la confusion de las lenguas, aquella terrible burla divina obligó á los hijos de Noe á dispersarse; cuando vieron tornarse en vergüenza propia su precaucion injuriosa á la clemencia jurada por el Señor, solo se horrorizaron mas y mas de su nuevo crimen.

Necesario es convenir, sin embargo, para disculparles en alguna manera, que la tierra entonces ofrecia un espectáculo poco á propósito para tranquilizarles. Los rios, desviados de su curso, formaban lagunas inmensas, y las llanuras vastas y deliciosas, embellecidas antes del diluvio con las graciosas tiendas de los pastores, se habian convertido en pantanos de aguas corrompidas (31). Los cedros yacian tendidos á orilla de los mares, mientras que los despojos del Océano encontrábanse sobre las cumbres de las montañas, cubiertas de eternas nieves. So-

lo se veia por do quiera torres demolidas hasta el nivel de la yerba (32), ciudades silenciosas y arruinadas. La roja del arado rompía por todas partes huesos y escombros. La mano vengadora del cielo irritado, habia caído sobre la especie humana de una manera tan terrible, que el hombre, cuyo corazon palpitava todavia de miedo al recuerdo de los peligros que corriera, se sintió mas dispuesto á temer á su soberano Señor con un gran temor, que á amarlo con amor profundo. ¡Temió á Dios! Dado de sus promesas y de su bondad, y cual náufrago infortunado buscó al rededor de sí un socorro cualquiera que pudiese interponerse entre ellos, y conjurar á su tiempo aquella cólera santa, pero terrible. Noe habia hablado de un ser influyente y divino, cuyo tierno amor para con los hombres era infinito, y el cual debia abogar por su causa delante del Eterno, cargándose con sus crímenes; ¿mas quién era este anunciado mediador, este amigo poderoso? . . . Nada mas se sabia. Los descendientes de Sem creyeron haberlo encontrado en los astros, que encantaban sus vigiliás solitarias, y á quienes suponian animados por inteligencias celestiales (33); suplicaron á estas inteligencias que los protegiesen, y en su honor encendieron grandes hogueras en lo alto de las montañas (34).

Tal fué el origen del sabeismo, que degeneró en idolatría, cuando la raza réproba de Cham, recurriendo á objetos materiales, adoró el fuego, la tierra, el viento, y mofándose insolentemente del culto de Noe, que no conocia las imágenes, consagró estatuas de plata á la luna, y de oro al sol (35).

Con el tiempo espesáronse las tinieblas: las religiones se cargaron de ritos; el culto del verdadero Dios se mezcló gradualmente al de los astros y de los elementos; el descubrimiento de los geroglíficos completó la confusion, y el corto número de verdades que escaparon al trastorno general de las creencias, sepultáronse misteriosamente en el fondo de los santuarios idólatras, como aquellas lámparas sepulcrales que solo arden para los difuntos. Se las ocultaron cuidadosamente á la multitud (36), que prodigó sus adoraciones insensatas á las piedras, á

los árboles, á los ríos, á las montañas y á los animales, cultos degradante aún, y que concluyó por colocar en el cielo sus vicios y sus pasiones. Entonces fué cuando especulando algunos impostores con la credulidad humana, enredaron ó rompieron promeditadamente los hilos ya bastante sueltos de las tradiciones patriarcales y sustituyendo con audacia el recuerdo á la esperanza, agruparon al rededor de la cuna de sus reyes fabulosos, de sus falsos profetas ó de sus divinidades impotentes, las maravillas de la Encarnación del Verbo, y las reminiscencias primitivas de su elevado y trágico destino.

Así se explican, según nuestro sentir, ciertas analogías que parecen incomprensibles á primera vista.

Sin embargo, no todas las naciones del politeísmo tomaron el misterio del Mesías como un hecho realizado. Los Druidas, poco antes de la era cristiana, elevaban altares en los negros bosques de la Galla á la *Virgen que debía parir*. Los Chinos instruidos por Confucio, que había encontrado ese oráculo en las tradiciones antiguas, aguardaban al *Saxro, nacido de una Virgen é hijo de Dios, que debía morir por la salvación del mundo* (37) en las regiones occidentales del Asia, y cerca de medio siglo después de la muerte del Hombre-Dios, le enviaban á buscar allí por medio de una solemne embajada. Los Magos, siguiendo las predicciones de Zerdascht, estudiaban atentamente las constelaciones, para encontrar en ellas la estrella de Jacob, que debía guiarles á la cuna de Cristo (38). Los Brahmas suspiraban por el glorioso *acatar* (39) de aquel que debía *perorgar al mundo del pecado*, y rogaban por su venida á Wicimou, colocando sobre su altar resplandeciente de piedras, olorosos ramos de albahaca, planta muy agradable al dios indio. Los fieros hijos de Rómulo, esos idólatras por excelencia, que habían creado legiones enteras de dioses, leían en los libros tan cuidadosa y políticamente guardados de la Sibila Cuméa, contemporánea de Aquiles y de Hector, la *Virgen, el décimo Niño, la adoración de los pastores, la serpiente abatida y la edad de oro vuelta de nuevo á la tierra*. En fin, hacía la época del Mesías,

todos los pueblos del Oriente estaban en expectación de un *Salvador futuro*, y Boulanger, mejor inspirado en su lecho de muerte, después de haber demostrado cuán general era esta esperanza, la denomina ilógicamente una quimera universal (40).

Empero ¿qué era todo aquello sino pálidos y vacilantes reflejos, impotentes para disipar las tinieblas de la idolatría, al lado del magnífico conjunto de resplandores, que iluminaba al pueblo escogido? Asómbrase uno efectivamente á la vista de esa cadena profética, cuyo primer eslabon toca á la cuna del mundo y el último al sepulcro de Cristo (41). La amenaza de Jehová á la serpiente infernal, encierra, lo hemos dicho ya; el primer oráculo del Mesías, y este oráculo tiene de singular, que al paso que descubre el poder del Hijo, reserva á la Madre el puesto de honor; *lo que nacerá de la mujer te romperá la cabeza*, dijo el Eterno. Hemos dicho también, y las tradiciones judías lo confirman, que este oráculo fué explicado después mas claramente á los desterrados del Eden, próximos al cielo porque se habían purificado con la penitencia (42). Noe, instituido por Dios heredero de la fe (43), transmitió á Sem estas revelaciones, y Sem, cuya larga vida igualó casi á la de sus antepasados, se las refirió al padre de los creyentes. Entonces fué cuando una bendición misteriosa, en que estaba envuelta la promesa del Mesías, dió á conocer el fruto bendito prometido á Eva, sería un vástago de Abraham. A las tradiciones primitivas sucedió bien luego la gran profecía de Jacob. El patriarca moribundo, que había visto con los ojos del espíritu el estado de las doce tribus, cuando hubiesen fijado su estancia en la Palestina, anunció á sus hijos reunidos en torno de su lecho de muerte, que Judá había sido escogido entre todos sus hermanos, para ser el trono de los reyes de Israel y el padre de aquel *Schilo* tantas veces prometido, que debía ser el Rey de los reyes y el Señor de los señores. La venida de Cristo está marcada terminantemente: "el se levantará de en medio de las ruinas de su patria, cuando el *schebet* (el cetro, la autoridad legislativa) haya pasado á manos del extranjero (44)."

El profeta salvado de las aguas, que fué llamado por permisión divina para reunir y consignar por escrito la historia de los primeros siglos y las antiguas tradiciones del género humano, tradiciones cuya memoria estaba aun viva en los pueblos, no dejó de prestar el poderoso apoyo de su testimonio á la profecía de Jacob: "Adonáí-Jehová, dice hablando al pueblo de Dios, "levantará de tu nación y del número de tus hermanos, un profeta semejante á mí: escuchadle; él te traerá las órdenes del cielo, y el Señor se vengará de cualquiera que recusare "oírle (45)."

La Sinagoga atribuyó siempre al Mesías un texto tan claro y explícito. San Felipe no titubeó en aplicarle á nuestro divino Redentor, cuando dijo á Nathaniel: "Hemos hallado á Aquel que han predicho los profetas, y de quien Moisés habló en la ley: Jesús de Nazareth."

Hacia el fin de la mision de Moises, y cuando Israel acampaba aún en el desierto, Balaam, cuyas maldiciones se habia grangeado un príncipe mosabita en el valle de los sancos (46), vino á fortificar á su vez la expectacion del Mesías, y á señalar de una manera terminante y precisa la grande época de su venida. De pie sobre la cima escapada del Phegor, rodeado de víctimas degolladas para un holocausto de odio, á la vista de un lago maldito, y de las estériles montañas de la Arabia, el adivino de las orillas del Eufrates, agitado por el espíritu de Dios, descubre como con ojos de uno que sueña (47), una admirable vision; sus palabras entrecortadas con pausas solemnes, son arrojadas sin órden y sin arte, cual los fragmentos de una conversacion misteriosa, tenida á media voz con las potestades invisibles. *Yo le verá... pero no todavia. Yo le contemplaré... pero no de cerca. Una estrella saldrá de Jacob; se levantará un vástago de Israel; él dominará sobre una muchedumbre de pueblos. A estas incoherentes palabras, sucede un magnífico cuadro, pero sombrío, de las conquistas del pueblo rey. Y no es sin designio que la vision profética muestra á Roma en el apogeo de su poder colosal: entonces es cuando Cristo debe visitar la tierra,*

y morir por nosotros en el árbol de infamia. El Profeta pinta á grandes rasgos esa época de sangre; diríase que las ciudades y los imperios todavía por nacer, se le presentaban en el espejo del desierto. El ve á la armada de los Césares, dejar los puertos de Italia, y dirigirse victoriosa hácia las blancas costas de la Siria: él ve la destruccion de esa Judea, que no debía existir sino mucho tiempo despues, y en donde el pueblo de Dios no posee aún en propiedad sino algunos sepulcros: él, en fin, ve la caída del águila romana, setecientos años antes del nacimiento de los hijos de Ilia, y cuando las cabras salvages del Lacio, pacian aún en paz por los herbosos declives de las siete colinas.

Pasan siglos y mas siglos sin otras promesas de Jehová; pero los oráculos del Mesías están confiados á la tradicion, que fielmente los conserva, ó se encuentran consignados en la santa Ley. Israel sostiene una lucha sorda, pero incesante y encarnizada, contra los pueblos idólatras, que rodean y oprimen á sus tribus; cede á las veces, á la inclinacion perversa que le arrastra á la idolatría, y entonces la espada fatal del Amorreo y del Mohabita, se desenvaina, sin saberlo, en defensa de la causa del Señor, y venga, sin querer, las injurias del Dios de Jacob. Empero durante estas fluctuaciones de la fortuna, el pueblo no olvida la venida de Cristo, y vive en la fé del Mesías; á falta de nuevas revelaciones, su vida misma llega á hacerse profética. Instituciones políticas y religiosas, usos locales y costumbres privadas, todo tiende al mismo fin, todo deriva del mismo origen, todo se refiere á la generacion del SALVADOR, nacido de una Virgen de Judá. La venida del Mesías, es lo que venian á pedir con fervorosa oracion, el profeta Samuel y los sumos Sacerdotes que se sucedieron mas tarde en el templo de Salomon, arrodillados ante el Santo de los santos, ante el Schequina, su divino y luminoso emblema. A la expectacion del mismo Mesías se refiere aquella ley de Deuteronomio, que previene que el hermano nombre un heredero á su hermano muerto sin hijos, á fin de que su nombre se perpetúe en Israel. Esa espé-

ranza perdida de pertenecer un día, de cerca ó de lejos, al Eviado celestial, es la que hace llorar sobre las montañas de la Judea, á la joven y dulce virgen de Galaad, á quien solo este pesar lleva á la tumba sangrienta, donde acababa de extinguirse la raza de su padre (48). A esta creencia tan general entre los Hebreos, hace alusión la mujer de Thécua, cuando revelando al rey David las maquinaciones secretas contra el único hijo que le habia quedado, poetiza sus temores de madre y de matrona judía á la vez, con estas tiernas palabras: "*Señor: quieren apagar mi última centella de esperanza.*"

Solo la presente incredulidad de los judíos, puede igualar á la fé de sus mayores. El gran negocio de esos hombres de la antigüedad, era la venida del Mesías; los que morian en una época lejana de aquella en que debian cumplirse las promesas divinas, morian en la firme persuasion de que se realizarian algun día, y desde el mismo umbral de la eternidad, saludaban de lejos la esperanza de ese día, así como Moisés, el gran profeta, saludaba con suspiros *aquella tierra de leche y de miel*, cuya entrada le habia prohibido el Señor.

Bajo el reinado de David y de sus hijos, antídase el hilo profético con mas fuerza, y el misterio de la Virgen y del Mesías, se manifiesta más que nunca, por medio de profecías magnificas y mas humiosas que el sol del medio día.

El Santo Rey, á quien Dios habia preferido á la raza de Saul, aseguró la virginidad de Maria, y el nacimiento milagroso del Hijo de Dios. "*Tu nacimiento, dice, no manchado como el de los hijos de los hombres, será puro como el rocío de la aurora.*" Despues, levantando mas los ojos al cielo, ve á Aquel que Dios le habia dado por Hijo, segun la carne, sentado á la derecha de Jehová, sobre un trono mas duradero que el cielo y los astros.

La Virgen Santisima fué siempre indicada desde el principio de las profecías, pero no de una manera tan clara que dejase estar un tanto entre sombras; y, por decirlo así, en el último término del cuadro; empero desde la época de David, la figura radiante de Maria, no ofrece ya tan vagos contornos, y Aquella

que debia inocular en las venas del Hombre-Dios la sangre de Abraham, de Jacob y de Jessé el Justo, se perfila con mayor nitidez. David habia hablado de su nacimiento virginal; Salomon se complació en trazar su imagen, con tal suavidad de pincel y delicados toques, que deja muy atrás las graciosas descripciones de las *Peris* del Oriente, esas risueñas y vaporosas deidades, que pasan al través de los sueños del pastor de la Arabia. El la ve elevarse en medio de las hijas de Judá, *cual un lirio entre espinas*; sus ojos son dulces y aterciopelados *como los de la paloma*; de sus labios rojos *como una centella de escarlata*, sale una voz pura y melodiosa como el sonido de las arpas, que animan á Israel al combate; su andar es ligero *como el vapor de los perfumes*; y su belleza rivaliza en brillantez, *con la luna que asoma en el Oriente*. Sus gustos son sencillos y llenos de poesia; plácele vagar por las frescas praderas *cuando las viñas florecen*, y los higos se anudan *cual esmeraldas á las ramas deshojadas*; *sus miradas buscan las rosas purpúras del granado*, el árbol del paraíso (49), y se deleita en escuchar el canto plañidero de la tórtola. Silenciosa y recogida, se oculta á la vista de los mundanos, y se encierra en su humilde morada, *cual la paloma que hace su nido en el hueco de las peñas*. Es elegida para un himeno místico, con preferencia á las virgenes y reinas de todos los pueblos, y en fin, hácela prometido una corona, por *aquel que ama su alma*, siendo el feliz lazo que la une á su real esposo, *mas fuerte que la muerte*.

Elias, orando en el Carmelo para alcanzar el fin de la larga sequia, que por espacio de tres años habia la tierra y agotaba las fuentes, descubrió á la Virgen prometida, bajo la forma de una nube trasparente, que se levantaba del seno de las aguas, para anunciar la vuelta de la lluvia. Las bendiciones del pueblo saludan con entusiasmo este favorable agüero (50), y el Profeta, que penetra los arcanos divinos, fabrica en el mismo lugar un oratorio á la futura Reina de los cielos (51). Isaías declara á la casa de David, cuyo gefe Acab tiembla por las amenazas del extranjero, *como una selva azotada por los huracanes*, que Dios



le dará una prenda segura del porvenir de la Judea, porvenir que será largo y glorioso: "Una Virgen concebirá (52), y dará "á luz un Hijo, á quien pondrá por nombre *Emanuel*, es decir, "Dios con nosotros. . . . Este niño, dado milagrosamente al "mundo, será un vástago del trono de Jessé, una flor nacida "de su tallo. Será llamado el Dios fuerte, el Padre de los si- "glos futuros, el Príncipe de la paz. Será expuesto á la vista "de los pueblos como un estandarte; las naciones vendrán á "ofrecerle sus homenajes y plegarias, y su sepulcro será glo- "rioso."

El misterio del Mestias se descubrió enteramente á los profetas; los unos ven á Belén ilustre con su nacimiento; los otros predican su entrada triunfante en Jerusalem, y hasta designan su lenta y pacífica cabalgadura. Ven entrar en el templo á este pontífice sagrado según el órden de Melchisedech; saben el número de monedas de plata que los verdugos de la Sinagoga dejarían caer en las manos del infame que debía vender á su maestro (53); contemplan el suplicio de los clavos, el brebago de hiel ofrecido insolentemente á un Dios agonizante, y la túnica tejida por manos de una madre, echada en suerte por bárbaros soldados: oyen el ruido de los clavos que despedazan las carnes del Salvador, chorreantes de sangre, y penetran con roncó sonido el leño maldito. Y despues cambia la escena, como en aquellos cuadros de Rafael, en que el asunto que comienza en la tierra, se continúa mas allá de las nubes. El Hombre de dolores, el humilde Mestias, á quien sus parientes han despreciado, á quien su pueblo ha desconocido, arroja desde lo mas alto de los cielos su triunfante mirada sobre sus enemigos confundidos; las naciones todas de la tierra se acuerdan de su Dios, olvidado por tantos siglos! . . . Los pueblos se reúnen en derredor del estandarte de la Cruz, y el imperio de Cristo no tendrá otros límites que los del mundo. Nada falta al cumplimiento de las profecías: Jacob ha predicho la venida del Schilo para el momento mismo en que los judios dejaron de gobernarse por sus propias leyes, lo cual equivalía á la ruina del estado;

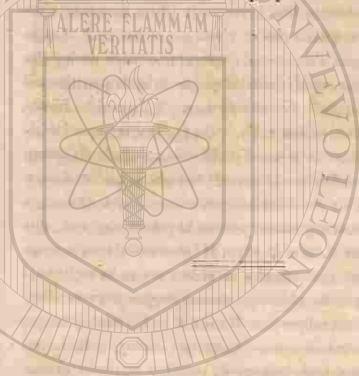
Balaan añade, que esta ruina será obra de un pueblo venido de Italia, y el sátrapa Daniel cuenta exactamente las semanas que habían de trascurrir hasta entonces.

"Todo lo que sucede en este mundo tiene una señal que le "precede, ha dicho un hombre de gran talento. Cuando el sol "va á despuntar, el horizonte se colora de mil matices, y el "Oriente se nos presenta como un volcán de fuego. Cuando "la tempestad se aproxima, oyese en la rihera un sordo mur- "mullo, y como que las olas se agitan por sí mismas." Las figuras del Antiguo Testamento, según el testimonio de los Padres de la Iglesia, son las señales que anuncian la aparición del *Sal de Justicia* y de la *Estrella del mar*. A Jesucristo, hijo de Dios, pertenece el poder; á *Maria*, la gracia y la bondad misericordiosa. *ELLA* es el árbol de la vida, plantado de nuevo por las manos del mismo Dios en la morada de los hombres, y además prenda de una felicidad, preferible á la que disfrutaron en el Eden nuestros primeros padres; la paloma del arca, que trajo de la tierra el ramo de olivo; la fuente sellada cuyas aguas nada impuro ha contaminado; el vellocino que ha recibido el rocío celestial; en fin, el bello y oloroso bosque de rosas salvages, á través del cual percibió Moisés á la Divinidad; bosque que lejos de consumirse con el fuego que destruye todas las cosas, fué en cierto modo conservado por él, y no perdía al contacto de la llama celeste, ni una hoja ni una flor (54).

Semejante á aquella embelesadora figura que un pintor de la antigüedad compuso en otro tiempo, tomando los brillantes rasgos esparcidos en las mas hermosas mugeres de la Grecia, la casta Esposa del Espíritu Santo, reasumió y reflejó en su persona todo cuanto las mugeres mas célebres de la antigua ley habían ofrecido á la admiración de sus contemporáneos. Bella como Raquel y Sara, supo unir á la prudencia de Abigail la resolución valerosa de Ester. Susana, casta como la flor cuyo nombre llevaba (55); Judith, cuya corona de lirios fué manchada por la sangre de Holofernes (56); Aza, cuya mano fué el premio de una ciudad conquistada, y esa madre tan grande y tan des-

venturada que vió morir á todos sus hijos por la ley, no fueron mas que pálidas imágenes de Aquella que debía reunir todas las gracias y perfecciones de la muger y del ángel.

Después de una expectacion de cuatro mil años, llega por fin el tiempo marcado por tantas profecias; desaparecen las sombras de la antigua ley, y **MARIA** se levanta sobre el horizonte de la Judea, como la estrella que precede al día.



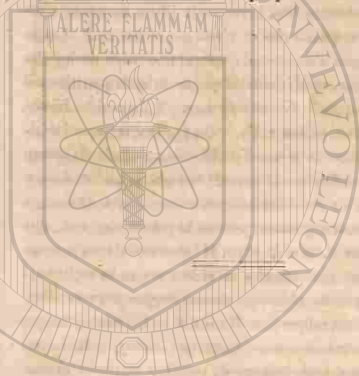
## LIBRO II.

### La inmaculada Concepcion.

UNA muger destinada desde la eternidad á salvar el mundo, divinizando nuestra naturaleza, y á encerrar en su casto seno á Aquel cuya morada está en el sol, que huela con sus plantas las alturas de los cielos; una muger esperada desde el principio de la creacion, revelada en el paraiso por el mismo Dios, y el término reconocido de todas las santas generaciones que se sucedieron desde el tiempo de los Patriarcas (1), no puede ser una muger ordinaria, y debe gozar de prerogativas sobrehumanas. La piadosa creencia de la inmaculada Concepcion de María de-

venturada que vió morir á todos sus hijos por la ley, no fueron mas que pálidas imágenes de Aquella que debía reunir todas las gracias y perfecciones de la muger y del ángel.

Después de una expectacion de cuatro mil años, llega por fin el tiempo marcado por tantas profecias; desaparecen las sombras de la antigua ley, y **MARIA** se levanta sobre el horizonte de la Judea, como la estrella que precede al día.



## LIBRO II.

### La inmaculada Concepcion.

UNA muger destinada desde la eternidad á salvar el mundo, divinizando nuestra naturaleza, y á encerrar en su casto seno á Aquel cuya morada está en el sol, que huela con sus plantas las alturas de los cielos; una muger esperada desde el principio de la creacion, revelada en el paraiso por el mismo Dios, y el término reconocido de todas las santas generaciones que se sucedieron desde el tiempo de los Patriarcas (1), no puede ser una muger ordinaria, y debe gozar de prerogativas sobrehumanas. La piadosa creencia de la inmaculada Concepcion de María de-

riva de esta idea de respeto. Herederos de un padre desgraciado, degradados por la rebeldía de nuestro jefe, manchados por la sentencia que le condena, en lugar de recibir de él la vida de la gracia, hemos recibido la muerte del pecado, y por una fatalidad espantosa somos condenados antes de nacer. Esa desgracia inherente á la raza humana, maldita en su origen cual si fuese un solo hombre, es comun á todos, y la Escritura no ha hecho excepcion alguna en favor de ningun hijo de Adan; empero la piedad de los fieles no ha podido soportar la idea de que la Madre de Dios estuviese sujeta á la sentencia infame, que nos marca con el sello del infierno en las entrañas de nuestras madres: ellos han creído, que el soberano Juez debió suspender el efecto general de su severa ley en favor de Aquella que no vino al mundo sino para contribuir al cumplimiento del mas secreto, del mas incomprendible de los decretos divinos, la Encarnacion del Mesias. A pesar del silencio del Evangelio, ha-se supuesto muy generalmente que la Virgen, en calidad de Madre de Dios, fué detenida, por decirlo así, al borde del abismo, que la fatal desobediencia de nuestros primeros padres abrió bajo nuestros pasos, y que su Concepcion fué immaculada como su vida.

Esta creencia, que los Griegos tomaron de la Palestina y que adoptaron con entusiasmo (2), dió lugar á la fiesta de la immaculada Concepcion, que desde principios del siglo VI se celebraba con mucha pompa en Constantinopla (3). En Occidente por el contrario, esta doctrina tan honrosa á la Virgen Madre, encontró contradictores, y contradictores poderosos; porque San Anselmo, San Bernardo, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino, Alberto el grande y otros muchos sábios escritores, todos grandes teólogos y ademas muy devotos de María, sostuvieron que fué concebida en pecado, y sometida á la ley general (4) aunque despues habia sido entoramente purificada por una gracia especial y excelente, que empezó su glorioso estado de Madre de Dios. Mas la creencia de la immaculada Concepcion de la Virgen Santisima, concluyó por atravesar la opinion de los

grandes doctores de la edad media; lo que no pudieron comprender las águilas de la ciencia, fué descubierto á los espíritus sencillos. Consultáronse nuevamente los escritos de los apóstoles y de los doctores; se examinó con mayor escrupulosidad lo que nos han trasmitido de siglo en siglo acerca de las grandezas de María, y estas investigaciones hicieron brotar vivos resplandores sobre ese punto nebuloso de la historia de la Madre de Cristo.

En efecto, remontándonos hasta los Apóstoles, se ve ya el título de santísima é *immaculada* aplicado á Maria (5). El Apóstol San Andrés, citado por el Babilonio Abdias, se expresa en estos términos: "Así como el primer Adan fué hecho "de la tierra antes que fuese maldecida, así el segundo Adan "ha sido formado de una tierra virgen y que no fué maldita jamas."

Los Santos y los Mártires que vivian en el tercer siglo, San Hipólito mártir (6), San Gregorio, obispo de Neocesarea, Orígenes (7), San Dionisio de Alejandria (8), dan á la Santa Virgen la calificacion de *pura* y de *immaculada*. San Cipriano es mas preciso y dice claramente: "que hay una grande diferencia entre la Virgen y el resto de los mortales, y que ella no tiene "de comun con ellos sino la naturaleza, pero no la culpa."

En el cuarto siglo, San Basilio y San Epifanio rinden el mismo homenaje á Maria: San Ambrosio la compara "á un tronco recto y lozano en que no se encontró jamas ni el nudo del "pecado original, ni la corteza del pecado actual (9);" San Juan Crisóstomo (10), que la proclama santísima é *immaculada*, bendita sobre todas las criaturas; San Gerónimo (11), que la llama poéticamente la atmósfera del dia, que jamas ha conocido las tinieblas; y San Basilio (12), cuyas huellas se han gloriado siempre de seguir los defensores de la immaculada Concepcion, no han variado jamas de parecer sobre esta pureza del lirio, que tan bien sienta á la Reina de los ángeles.

Un sacerdote de Jerusalem, Erisipo, autor muy antiguo, despues de haber dado á Maria el título de *immaculada*, añade:

“que nada tiene de comun con su pueblo perverso Aquella que “por su naturaleza sin tacha y sin pecado se parece á la rosa “plantada en un terreno erizado de espinas.”

En el siglo V, San Agustín (13) no puede sufrir que se mencionen solamente el nombre de María, cuando se trata de pecado; y San Pedro Crisólogo (14) afirma que “todo ha sido salvado “en la Virgen.”

San Fulgencio, que vivía al principio del siglo VI, dice que “la Santa Virgen fué excluida enteramente de la primera sentenciencia (15).” “Es una injusticia, añade San Ildefonso, arzobispo de Toledo, que floreció en el mismo siglo, “querer sujetar á la Madre de Dios á las leyes de la naturaleza, constando que ha sido libre y exenta de todo pecado original, y que “ha levantado la maldición de Eva.” Este santo obispo no se limitó á exponer su opinion sobre la Concepción inmaculada de la Santa Virgen; en su vida escrita por los Benedictinos, se ve que mandó celebrar solemnemente en toda España la fiesta de la Concepcion de la Madre de Dios. Se halla tambien en las leyes de los Visogodos, que el rey Ervigio (16) hizo una ley para obligar á los judíos á abstenerse de trabajos serviles en los días de fiesta de los cristianos, y entre esas fiestas se encuentra la de la Concepcion de la Virgen.

San Juan Damasceno, que murió hácia el año de 780, hablando expresamente de la Concepcion, dice que fué *pura é inmaculada*. “Tú eres toda hermosa, ó María (dice el humilde y “sábido abad de Celles), tú eres toda hermosa en tu Concepcion, pues no fuiste criada sino para ser el templo de Dios. “La mancha del pecado, sea mortal, venial ú *original*, no ha infectado jamas tu alma.”

En el siglo IX Teofanes, abad de Grandchamp; en el X San Tulberto, obispo de Chartres; hácia la mitad del XI, Ines de Chartres (17), una de las mas brillantes lumbreras de entonces, y poco mas tarde San Bruno (18), fundador de los Cartujos, creyeron firmemente en la inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen María.

Hasta el Islamismo se declara á favor de la Concepcion inmaculada, y los comentadores árabes del Alcoran, han adoptado á su manera la opinion de los teólogos católicos, que se han pronunciado en pro de esta doctrina. “Todo descendiente de “Adán, dice Cotuda, desde el momento que viene al mundo, “tiene á su lado á Satanás; sin embargo, es preciso exceptuar “á Jesus y á su Madre, porque Dios interpuso entre ellos y Satanás, un velo que los preservó de su fatal contacto.”

Estos testimonios en favor de la inmaculada Concepcion de María, llegan á debilitarse y se encuentran menos abundantes en los siglos XII y XIII: pocos autores de nota escribían entonces en este sentido, y muchos hombres eminentes por su saber y santidad sostuvieron la opinion contraria. En compensacion, la fiesta de la Concepcion de la Virgen se estableció en diferentes países.

Guillermo el conquistador instituyó esta fiesta en la Normandía, hácia el año 1074, y desde el reinado de Enrique I, su hijo, rey de Inglaterra y duque de Normandía, se celebraba en Ruan con extraordinaria solemnidad. “Esta fiesta fué establecida, dicen las antiguas crónicas, con motivo de la santa aparicion “que tuvo un abad digno de fé, hallándose próximo á perecer en “alta mar durante una deshecha tempestad. Una vieja historia “de las antigüedades de Ruan, añade, que desde el tiempo de “la institucion de la fiesta, se fundó una asociacion de las personas mas notables de la ciudad, que elegían cada año uno de “entre ellos, para ser el jefe de la cofradía, el cual ábria el “puy ó tribuna á todos los oradores, cualesquiera que fuese su “lengua, y daba premios excelentes y de rico valor, á todos “aquellos que con mas pompa, fidelidad y acierto, celebrasen “las alabanzas de la Virgen María sobre el punto de su *santa Concepcion*, con himnos, odas, sonetos, baladas, canciones reales, etc. (19).

Así, la Virgen llena de gracia, presidía á la restauracion de la poesía, y su Concepcion inmaculada suministraba piadosos temas á la patria de los trovadores.

Desde la Normandía la fiesta de la Concepcion de la Virgen, pasó el mar y se estableció en Inglaterra, en aquel vasto reino, entonces católico, cuyos príncipes y magnates veneraban profundamente á *nuestra Señora*. El primer concilio de Oxford, celebrado por San Estevan de Langton, arzobispo de Cantorbery, en el año 1222, la colocó en el número de las fiestas de guardar. En Francia, hacia el año 1288, un obispo de Paris, Renoul de Hombieres, dejó en su testamento una suma considerable, con el objeto de fundar el oficio de esta fiesta de la Santísima Virgen, la cual se introdujo en el Lionado hacia la misma época. En fin, un martirologio, manuscrito del siglo XIII, hallado en la biblioteca de los Dominicos de Dijon, señala la fiesta de la Concepcion de nuestra Señora el 8 de Diciembre. "Lo que es digno de notarse, observan los sábios Benedictinos que leyeron este manuscrito, es que esta fiesta era ya celebre en casi toda la Iglesia desde el tiempo de Santo Domingo."

La doctrina de la Concepcion inmaculada habia sido destrurada de las cátedras y de las escuelas, durante un largo espacio de tiempo, cuando los teólogos, que reconocieron que esta creencia se remontaba á las fuentes mas altas y puras del cristianismo, se propusieron resucitarla con el mayor entusiasmo. Los Franciscanos, que fueron los primeros en profesarla públicamente, ya por escrito (20), ya de viva voz, la apoyaron con razones tan fuertes y convincentes, que no solamente la masa de los fieles, si que tambien las corporaciones mas sabias de Europa la abrazaron con fervor. La Sorbona, que se llamaba entonces *el firmamento de la ciencia, el apoyo de la verdad y de la piedad en la Iglesia de Dios*, ordenó que todos los que fuesen promovidos al grado de doctor, se obligasen con juramento á sostener esta religiosa creencia (21). Así lo hicieron sucesivamente las universidades de Maguncia, Colonia, Valencia, Alcalá, Coimbra, Salamanca y Nápoles.

Entre las órdenes religiosas con que la Francia se honró por tantos siglos, solo los Dominicos se mostraron opuestos á la piadosa creencia de la Concepcion sin mancha; mas los doctos Be-

nedictinos, venerados aún por los mismos protestantes por sus sábios y numerosos trabajos científicos; los Cartujos, los Carmelitas, la orden de San Agustin, de San Norberto, y gran número de otras muchas, que sería largo enumerar aquí, animadas de una piedad esclarecida, de celo ardiente y conviccion profunda, se adhirieron á la doctrina de la Concepcion inmaculada.

Varios concilios han sido tambien favorables á esta creencia. El de Basilea, en su sesion de 21 de Setiembre de 1429, se expresa así: "Se ha promovido en este santo concilio una cuestion difícil acerca de la Concepcion de la gloriosa Virgen Maria, y el principio de su santificacion, opinando unos que su alma ha sido durante algun tiempo, ó al menos algunos instantes, sujeta de hecho al pecado original, y defendiendo otros por el contrario, que el amor que Dios la tuvo, se extendió hasta al primer momento de su creacion: que el Altísimo que la formó por sí mismo, y el Hijo que la escogió para ser su Madre sobre la tierra, la colmaron de gracias singulares y extraordinarias; y que Jesucristo la redimió de una manera superior y enteramente particular, preservándola de la mancha original, y santificándola desde el primer momento de su Concepcion." "Habiendo, pues, examinado con todo discernimiento las razones y autoridades, que desde muchos años se han alegado por una y otra parte en los actos públicos de este santo concilio; habiendo, ademas, atendido muchas otras reflexiones sobre este mismo asunto, todo bien pensado y maduramente considerado, decidimos y declaramos que la doctrina que enseña que la gloriosa Virgen Maria Madre de Dios, por un favor especial y por una gracia prevoiente y operante, no ha sido jamás sometida al pecado original, sino que ha sido siempre Santa, inmaculada y exenta de todo pecado original y actual, es una doctrina piadosa, conforme al culto eclesiástico, á la fe católica, á la recta razon y á la Santa Escritura (22); y que como tal debe ser aprobada, tenida y seguida por todos los católicos, de manera que á nadie sea permitido en lo sucesivo predicar ó enseñar lo contrario. Renovando ademas, la institucion de

“la fiesta de la Santa Concepcion, la cual, por una antigua y loable costumbre, se celebra el día 8 de Diciembre, tanto en Roma como en otras iglesias, queremos y ordenamos que esta fiesta se celebre en igual dia, bajo el nombre de la Concepcion de la Virgen, en todas las iglesias, monasterios y comunidades de la religion católica, y que se desahoguen en cánticos de alabanza y alegría.” El concilio dispensa tambien muchas indulgencias á esta solemnidad.

En 1437, el concilio de Avinion confirmó el decreto del de Basilea, y los padres del concilio de Trento, en su sesion de 1554 (23), declararon que en el decreto que habia dado en 1546, sobre el pecado original, no habia pretendido comprender á la bienaventurada é inmaculada Madre de Dios.

A pesar de la prudente reserva con que se propuso obrar la Santa Sede en esta espinosa cuestion, defendida é impugnada á la voz por famosos doctores é ilustres teólogos, no pudo impedir que se entreviese hácia qué parte se inclinaban sus simpatias. Desde el año 1483, el papa Sixto IV prohibió expresamente que se disputase en las cátedras y escuelas, sobre la Concepcion de nuestra Señora (24). Esto podria considerarse como un simple acto de neutralidad, si aquel pontífice no hubiese aprobado el oficio de la Concepcion, compuesto por un religioso de Verona, y concedido, además, cien dias de indulgencia á los que asistieran á él (25). Los sucesores de este gran papa, marcharon uniformemente por el sendero que él habia despejado y seguido. En España, el célebre cardenal Cisneros estableció en 1506, con el consentimiento del papa Julio II, una cofradía, bajo el título de la *Concepcion inmaculada*, fiesta consagrada á perpetuar el recuerdo de tan gloriosa prerogativa de la Santísima Virgen. El mismo papa, por un breve expedido el 17 de Setiembre de 1511, confirmó una orden de religiosos fundada bajo el mismo título por Inocencio VIII (26). En los himnos que Zacarías, obispo de Gordia, compuso por orden de Leon X y de Clemente VII, se dice que nuestra Señora fué creada en estado de gracia. El papa Pio V, en 1563, concedió

á los Franciscanos el permiso de celebrar el oficio de la Concepcion inmaculada, dispensándole las mismas indulgencias que á la fiesta del Santísimo Sacramento. Pablo V, por una bula año 1616, prohibió sostener en lecciones públicas la opinion contraria á la inmaculada Concepcion, y en 1622 Gregorio XV extendió esta prohibicion hasta á los discursos y las conversaciones privadas. En fin, nada faltaba á los papas sino celebrar esta fiesta en la misma Roma, y esto es lo que hizo Alejandro VII en 1661. Dedúcese de esta conducta de la Santa Sede, que todas las simpatias están á favor de la Concepcion sin mancha; sin embargo, jamás quiso anatematizar la opinion contraria, por respeto, sin duda, á santas y elevadas reputaciones. Ella sabia perfectamente que la piedad católica no necesitaba de una decision mas formal, para tributar á la Madre de los misericordias, á la consoladora de los pecadores, á aquella á quien la Iglesia nos señala como nuestra mediadora con Jesucristo, todos los honores debidos á su alta dignidad.

Una voz, cuyo peso es inmenso, la grande voz de Bossuet, se ha hecho oír en esta causa: *el escudo de la religion* se ha colocado noblemente ante la Santa Virgen: “La opinion, dice, de “la Concepcion inmaculada, tiene yo no sé qué fuerza que persuade á las almas piadosas. Despues de los artículos de fé, “no veo cosa mas evidente. Por esto no me admiro de que la “escuela de los teólogos de Paris obligue á todos sus hijos á defender esta doctrina. Por lo que respecta á mi, me complazco “en seguir sus intenciones. Despues de haberme nutrido con “su leche, me someto voluntariamente á sus preceptos con tanto mas gusto, cuanto que esta es tambien, me parece, la voluntad de la Iglesia; ella tiene una opinion muy favorable de la “Concepcion de Maria; no nos obliga á creerla *inmaculada*; pero nos da á entender que esta creencia le es agradable. Hay “cosas que manda, en las que damos á conocer nuestra obediencia; hay otras que insinúa, en las que podemos manifestar “nuestra afecion. A nuestra piedad toca, si somos verdaderos hijos de la Iglesia, no solamente obedecer sus mandatos,

"sino tambien inclinarnos á la menor señal de la voluntad de  
"una Madre tan buena y tan santa (27)."

Es inquestionable que la devocion á la immaculada Virgen se popularizó rápidamente en la Europa occidental, y que despues hizo progresos inmensos no solo en Francia y en Italia, estas dos naciones tan eminentemente consagradas á la Virgen, sino en otros países. La España, sobre todo, se ha distinguido siempre por su celo y entusiasmo en la propagacion de esta doctrina.



Al protestar la Iglesia española contra las pretensiones de la Iglesia de Normandía (28), que se atribuye la institucion de la fiesta de la immaculada Concepcion de nuestra Señora en Occidente, dice haber celebrado dicha fiesta con toda solemnidad desde el siglo VII. En lo que no cabe duda es, que en 1394, D.

Juan I, rey de Aragón, la instituyó por su real autoridad en todas las provincias de España, que habian sacudido el yugo del islamismo, afirmando en su real decreto sobre la fundacion de esta fiesta, que los reyes sus predecesores habian solemnizado antes que él la immaculada Concepcion de María (29). Nosotros no decidiremos esta delicada cuestion entre las dos iglesias; pero si la España no tiene sino derechos dudosos sobre la institucion de esta fiesta de María, que en Francia y en Inglaterra se llamaba la *fiesta de los Normandos*, no se la puede disputar el honor de haber sido la primera que crió iglesias y altares bajo el titulo del misterio de la immaculada Concepcion.

Los españoles de México colocaron en 1525 la espléndida catedral de *Puebla de los Angeles* bajo la invocacion de la Virgen immaculada, cuya santa imagen resplandecía entre piedras preciosas sobre un altar de plata maciza, circundado de una hilera de elegantes columnas con plintos y capiteles de oro bruñido. Los fieles mexicanos, con un lujo verdaderamente oriental, la erigieron un altar y una estatua de plata maciza en la Iglesia Metropolitana. Mas tarde las catedrales de Mérida, Maracaibo y Habana, fueron fundadas bajo la invocacion de la Virgen immaculada. El Perú á su vez crió en su honor, con religiosa piedad, varios templos. Esta entusiasta adhesion á la doctrina de la Concepcion sin pecado, no bastó todavía al celo de los pueblos sometidos á la dominacion española. En 1618, el virey de Nápoles, su corte y su ejército hicieron voto en la iglesia de nuestra Señora la Grande, de creer y defender la immaculada Concepcion de la Virgen. Una columna conmemorativa, coronada de una magnífica estatua de nuestra Señora, adornada de los signos simbólicos de su victoria sobre el pecado original, fué levantada en testimonio de este compromiso público, tan caballerescamente contraído.

El pueblo español, que se ha señalado muy particularmente en esta devocion, la ha adoptado tan general y profundamente, que no hay un solo predicador que al subir á la cátedra no empiece su sermón con una profesion de fé en honor de la Con-



cepcion sin mancha (30), la cual se ha llegado á introducir hasta en las conversaciones familiares, usándose muy frecuentemente al saludarse (31).

En fin, en 1771, mientras que el viento destructor de la filosofía sacudía violentamente las creencias cristianas en Francia y en otros muchos pueblos de Europa, Carlos III institua una orden en honor de la Virgen concebida sin pecado, y con la aprobacion de las cortes y un breve de la Santa Sede la declaraba solemnemente, UNIVERSAL PATRONA DE ESPAÑA Y DE LAS INDIAS (32).

En Francia, no obstante la licencia é incredulidad que el torrente revolucionario ha dejado tras sí, esta devocion sigue extendiéndose magestuosamente, y va penetrando hasta en las aldeas mas retiradas. La diócesis de Paris sobre todo, se ha distinguido por su celo en abrazar esta piadosa creencia, que cree allí á la sombra protectora de sus arzobispos (33), y lo cual confirman las maravillas que se cuentan de la medalla milagrosa grabada en honor del misterio de la Concepcion immaculada.

Si la tradicion de los Apóstoles, las simpatías de la Iglesia, la adhesion de las comunidades y de las órdenes religiosas, el asentimiento de los reyes y de los pueblos, la dedicatoria de suntuosos templos y ricos altares, la fundacion de oficios, la institucion de cofradías y órdenes reales, si todo esto puede contarse por algo en una controversia, que ha asombrado á los mismos paganos (34), la causa de la immaculada Concepcion de Maria, pendiente hace tanto tiempo ante el tribunal de la opinion católica, nos parece ganada al fin (35); y no creemos que sea temeridad suponer, que Dios preservó á su divina Madre del pecado original, diciéndole como Asuero á Esther: "Es-  
"ta ley que pesa sobre el mundo todo, no ha sido hecha pa-  
"ra vos."



### LIBRO III.

#### Nacimiento de Maria.

HACIA el ocaso de la religion y del gobierno de los Hebreos, en el tiempo señalado por los profetas, y cuando el cetro real estaba en manos de un extranjero, segun la grande prediccion de Jacob, vivia en Nazareth, ciudad de la baja Galilea, poco distante del monte Carmelo, un justo llamado Joaquin (1), de la tribu de Judá y de la descendencia de David (2), por Natham. Su esposa, que, segun la opinion de San Agustin, era de la tribu sacerdotal (3), se llamaba Ana, nombre que en Hebreo significa graciosa (4).

Ambos eran justos delante de Dios, y observaban sus mandamientos con un corazon perfecto (5); pero el Señor parecia haber apartado de ellos la luz de su semblante, porque les faltaba para su felicidad una gran bendiccion; hallábanse sin hijos, lo que les entristecia infinito, porque en Israel, la esterilidad era un oprobio.

Joaquín, que amaba á su esposa por su afectuosa dulzura y sus eminentes virtudes, no quiso agravar su infortunio dándole cartas de divorcio, que la ley concedía entonces con tanta facilidad (6); la conservó á su lado, y estos piadosos consortes, humildemente resignados á los divinos decretos, pasaban su vida en el trabajo, la oración y la limosna.

Tantas virtudes debían recibir su recompensa: despues de veinte años de esterilidad, Ana concibió como por milagro, y dió á luz aquella bienaventurada criatura, que fué mas perfecta, mas santa, mas agradable á los ojos del Señor, que todos los escogidos juntos.

Hacia el principio del mes de tisi (7), que es el primero del año civil de los Judios, y mientras que el humo de los holocaustos se elevaba al cielo en expiacion de los pecados del pueblo, nació la Virgen predestinada, que debía lavar la mancha del pecado primitivo (8); su nacimiento fué sin pompa, como el de su divino Hijo: sus padres pertenecian á la clase pobre, aunque descendientes de una larga serie de reyes, y llevaban, segun todas las apariencias, una vida oscura. Esta rosa misteriosa, que San Juan vió mas tarde revestida del sol como en un manto de luz, debía abrirse á impulsos del viento abrasador de la adversidad, sobre un tronco pobre y deshojado (9).

La cuna de la Reina de los ángeles, no fué ni recamada de oro, ni cubierta de colchas de Egipto ricamente bordadas, ni perfumada con nardo, mirra y aloé, como la de los príncipes Hebreos: compusieronla ramas flexibles, y unas cintas de grosero lino comprimieron los bracitos, que un día debían mecer tan dulcemente al Salvador del mundo. Los hijos de los reyes, envueltos todavía en sus mantillas de púrpura, ven á los grandes del Estado encorvar sus cabezas delante de ellos y decirles: *Señor!* La mujer que fué la Esposa y Madre de Dios, otorgó su primera sonrisa á unas pobres mugeres del pueblo, que tal vez se decian tristemente, pensando en el infortunio de las mugeres por la falta de consideracion que les habian señalado los hombres: *¡Todavía una esclava mu!* Pero la santa ma-

dre de la Virgen, instruida, segun se dice, por un ángel, del valor del rico presente que le hacia el cielo, dió solemnes gracias al Señor con un cántico que nos ha conservado la tradicion, y que pinta enérgicamente el gozo maternal.

“O beneficio excelente, exclama San Juan Damasceno, lleno de los sentimientos que deben animar á toda criatura racional con motivo del nacimiento de Maria; ó beneficio inexplicable, ó munificencia incomparable de nuestro Dios! Toda la naturaleza se desaboga en trasportes de júbilo por el nacimiento de Maria. Alégrense los hombres con la esperanza de ser libres de la corrupcion, en la feliz época del nacimiento de Aquella que sin mancha alguna debe engendrar al Criador del mundo.”

La Iglesia, que considera el nacimiento de la Virgen como un suceso que no ecde en grandeza ni en importancia, sino al nacimiento mismo de Jesucristo, hace resonar en este día los cristianos templos, con los solemnes ecos de una alegría profunda. Así, en la fiesta que ha instituido el ocho de Setiembre, á fin de celebrar su dichoso aniversario, exclama con entusiasmo: “vuestro nacimiento, ó Virgen Madre de Dios, ha llenado de gozo al universo, porque de vos nació el Sol de justicia, Jesucristo nuestro Dios, que librando al género humano de la maldición á que estaba sujeto, le colmó de bendiciones, y venció de la muerte, nos ha dado la vida eterna.”

Era costumbre en Israel, que á los nueve dias despues del nacimiento del niño, se le diese en una reunion de familia, el nombre que debía llevar entre los hombres. La hija de Joaquín recibió de su padre el nombre de *Miriam* (Maria), el cual se traduce en sirio por *Señora, Ama, Sobereña*, y que significa en hebreo *estrella del mar*.

“Y seguramente, dice San Bernardo, que la Madre de Dios no podía tener un nombre mas conveniente, ni que mejor explicase su alta dignidad. Maria es en efecto aquella hermosa y brillante estrella, que luce sobre el vasto y tormentoso piélago del mundo.”

Este nombre divino encierra un encanto poderoso y de tan maravillosa dulzura, que solo con pronunciarlo se enternece el corazón; solo con escribirlo se anima el estilo. "El nombre de "María, dice San Antonio de Padua, es mas dulce á los labios "que la miel, mas suave al oído que un cántico armonioso, mas "delicioso al corazón que la alegría mas pura (10).

Veinticuatro dias despues del nacimiento de una hija, la muger hebrea se purificaba solemnemente en el templo, donde llevaba á su primogénito. En cumplimiento de la ley de Moises, ofrecia entonces al Señor un corderito ó dos tortolillas; estas eran la santa ofrenda del pobre, y esa fué la de la esposa de Joaquín.

Pero la gratitud de la piadosa madre se extendió á mas que al sacrificio que estaba en uso; digna émula de Ana, muger de Elcana, ofreció al Señor una victima mas pura, una paloma mas inocente que las que acababan de caer palpitantes y ensangrentadas bajo el cuchillo del sacrificador: ella no tenia una corona votiva de oro purísimo, para colgarla en las paredes del templo (11); pero depuso á los piés del Altísimo la corona de su ancianidad, la Niña con que habia bendecido su vida; y contrajo el solemne empeño de traer su hija al templo y consagrarla al servicio de este santo lugar, tan luego como su tierna razon supiese distinguir el bien y el mal. El padre de María ratificó este voto, que desde entonces fué obligatorio (12).

Terminada la ceremonia, los dos esposos volvieron á emprender el camino de su pais nativo, de ese pais estéril en hombres grandes, y del que Israel estaba muy lejos de esperar un profeta (13) de nuevo; entraron en su humilde morada, abierta siempre al pobre y al extranjero. Allí fué en donde la hija de bendicion, la hija de la gracia y del milagro, hizo durante sus primeros años las delicias de su familia, y creció como uno de aquellos lirios, cuya belleza alaba Jesucristo, y que exhalan, segun dice poéticamente San Bernardo, el olor de la esperanza: *habens odorem spei*. Segun la costumbre de las mugeres de su pueblo, Ana debió por si misma criar á su hija.

La razon de María, como dia de las regiones privilegiadas por el sol, no tuvo apenas aurora; brilló desde la edad mas tierna. Su prematuro fervor y la sabiduria de sus discursos en un periodo de la vida, en que los demas niños solo disfrutaban de una existencia puramente fisica, hicieron juzgar á sus padres que la hora de la separacion era llegada. Tres veces despues del nacimiento de María, habia Joaquín ofrecido al Señor las primicias de la cosecha y de los frutos de la pequena heredad de sus padres, cuando los dos esposos, agradecidos y resignados, se encaminaron hácia Jerusalem, á fin de depositar en el recinto sagrado del templo, el tesoro que el SANTO DE ISRAEL les habia otorgado.



## LIBRO IV.

## La Presentación.

El Cison arrastraba con orgullo sus olas rojizas, engrasadas por las tempestades del equinoccio (1), y las verdes montañas de la Galilea empezaban a cubrirse de nieve, cuando los padres de María emprendieron el viage de Jerusalem. Ignórase el motivo que les determinó á dejar su país natal durante la estación de las lluvias. Quizá fué el deseo de asistir á las grandes solemnidades de la fiesta de la dedicacion del Templo; quizá fijaron simplemente su partida por la época del servicio de

Zacarías, príncipe de los sacerdotes, que habita en Hebron 6. Ain, y á quien sus funciones sacerdotales no llamaban al templo, mas que intervalos determinados de antemano (2).

Obligados los piadosos y prudentes viajeros á hacer muchos días de marcha durante la estación rigurosa con una niña tan tierna, no se encaminaron á la santa ciudad por el camino áspero y pedregoso que pasa á través de las áridas llanuras, de los espumosos torrentes y quebrados profundas de las montañas de Samaria: allí reinaba el invierno con todos sus rigores. Descendieron por las frondosas pendientes del Carmelo á las fértiles y encantadoras llanuras de la Palestina y las costas de la Siria; tierra feliz y exuberante, cuya temperatura es tan benigna, que los naranjos florecen en el corazón del invierno, mientras que las flores de Mayo se cierran en Diciembre (3). Habían ya dejado á sus espaldas los floridos campos, donde se levantaban en otro tiempo las tiendas de Issachar, tribu de pastores astrónomos (4), á quienes el soplo ardiente de la cólera del Señor había dispersado étal un puñado de pajas hasta las regiones salvajes y montuosas de la Media; habían también admirado al pasar, las cuevas cubiertas de palmeras, de plátanos y granados, que en otro tiempo componían la rica heredad de los hijos de Jessé, raza virtuosa y guerrera, afamada por su destreza en manejar el arco, cuando los viajeros galileos empezaron á costear el pequeño riachuelo de Gaas, con sus orillas bordadas de sauces; atravesaron las florestas de Ramatha, linda ciudad parecida á un camafio caído entre un canastillo de rosas, y llegaron al fin á los límites del antiguo territorio de los Tebuseos. Allí todo cambia de aspecto: ya no se ven mas flores ni verdura, no mas brisas olorosas que lleven á lo lejos el dulce azar del limonero; rocas estériles, profundos precipicios, donde el viento retumba con lúgubres silbidos; montañas elevadas y desnudas que repiten los gritos roncós y salvajes del águila; en una palabra, el paisaje mas sublime, mas triste, mas desolado y mas estéril de la tierra.

Seguia la pequeña caravana, ya hacia tiempo, un camino ás-

pero y cascajoso, que atravesaba la alta loma de una montaña, cuando deteniéndose repentinamente Joaquín en un brusco rescodó, extendió sus brazos hacia el Sud con un movimiento de religioso entusiasmo, mezclado de cierto orgullo nacional. El objeto que indicaba así á la atención de sus compañeros de viaje, era digno, en verdad, de su admiración, porque nada mas bizarro ni magnífico existía entonces en el Asia. Era una ciudad de trescientos tres estadios de circuito, encerrada entre piedras cual un rubí de Belouchistan; ciudad de mármol, de cedro y oro, que tenía no sé qué de sombrío, de feroz y receloso, que revelaba una autoridad inquieta por sus temores del extranjero, y un estado de cosas lleno de contrastes. Veíanse enormes torres magníficas cual palacios, y palacios fortificados cual ciudadelas. Su templo, resplandeciente de oro, que brillaba sobre la reducida llanura de la mas alta de sus montañas, como el globo de la luna llena cuando se levanta sobre las cumbres nevósas del Líbano (5), era una fortaleza casi inexpugnable que tenía á raya al pueblo santo del Señor; mientras que la torre Antonia, desde lo alto de sus cuatro elegantes torrecillos de mármol pulido, vigilaba sombría noche y día los atrios del mismo templo. Una triple cintura de murallas de enormes piedras (6), en las que estaban como incrustadas ochenta fortalezas, cerraban los flancos de aquella extraña ciudad, rodeada de valles silenciosos y tristes, profundidades espantosas y de peñascos inaccesibles. Esta ciudad guerrera, que parecía haber sido transportada mágicamente de las regiones fabulosas de Guinnistan (7) bajo el claro cielo de la Palestina, era ese paraíso de los judíos (Ghangh-li-houchi) tan poéticamente llorado sobre las orillas del Eufrates, la ciudad de David y de los macabeos; esa Jerusalén á quien en la abyección de su esclavitud, saluda aún todo el Oriente con el nombre antiguo, que le dió entonces el padre de Maria: *el Eods* (la Santa)!

Los padres de la Virgen entraron en la capital de la Judea por la puerta de Rama, sobre la cual se proyectaba la sombra de una torre (8) tan alta, que desde su plataforma se descubría

el monte Carmelo, el grande Océano y las montañas de la Arabia. Allí flotaba todavía la bandera verde de Judas Macabeo con su religiosa divisa; mas los soldados que la rodeaban, no la comprendían ya; eran francos, galos, germanos y los rubios hijos de la Galilea, enemigos irreconciliables de Jerusalem. Herodes los mantenía á sueldo, porque el miedo que tenía á los judíos, le obligaba á apoyarse en extranjeros, y escogía los que odiaban tanto como él al pueblo de Dios.

Los viajeros recorrieron despues algunas calles tortuosas y sombrías, bordadas de casas de construcción tosca y pesada, cuadradas, sin balcones y con techos de azotea, alineándose tristemente como otras tantas ciudades; al fin se detuvieron en la parte oriental de la ciudad, delante de una casa de modesta apariencia, que la tradición designa como la morada de Santa Ana (9).

Despues de haberse purificado por espacio de siete dias, segun la costumbre de los que venían á sacrificar al templo (10), proveyose Joaquín del cordero que debía ofrecer al Señor, se vistió de blancos hábitos (11), reunió algunos parientes y amigos que tenía en Jerusalem, y á la cabeza de ellos subió al templo con tanto entusiasmo, como si hubiese escalado la muralla de una plaza de guerra (12).

Aquel templo del Dios de los ejércitos, en el que la Virgen se presentaba entonces, cual la paloma del arca con el ramo de oliva, habia sufrido repetidas vicisitudes. Uno de los ascendientes de María, el sábio hijo de David, habia hecho de él la maravilla del Oriente. Allí habia prodigado el oro de Ofir, los perfumes de Saba, el cedro del Libano, el cobre que las flotas de Tiro, aquella reina de los mares, cuyos mercaderes eran príncipes, iban á buscar á regiones bárbaras, y la plata tan comun entonces que habia llegado á envilecerse. Estos esplendores habian pasado como un sueño, gracias á la ardiente codicia de los pueblos del Egipto y la Caldea; despojado veinte veces, pero restablecido siempre con magnificencia, se habia levantado de entre sus ruinas bajo el reinado de Zorobabel, que

le reedificó con la espada en la mano, á pesar de los esfuerzos de un gran número de envidiosas naciones. Con todo, el segundo templo, aun con su riqueza inaudita, era inferior con mucho al primero, no solo en grandeza, sino tambien en santidad. En vano era que los judíos derramasen allí con mano liberal el *poder del trigo y la sangre de la vid*; en vano tambien que arroyos de oro, enviados de todos los puntos del Oriente, viniesen á alimentar sin descansar su tesoro sagrado; en vano, por último, que los reyes paganos, reconociendo la terrible santidad del Dios de Israel, enviasen allí las ofrendas mas magnificas (13). Nada de todo esto podía suplir la ausencia del arca, con la cual habian desaparecido las tablas de la ley; es decir, los mandamientos de Dios escritos por él mismo á la luz de los relámpagos en el monte Sinai; la rama de almendro milagrosamente florida, el mas antiguo titulo de la familia de Aaron al sumo sacerdocio, y el mana del desierto, que atestigüaba con su larga duracion los mil milagros obrados por la libertad de Israel. Todos estos objetos preciosos se habian perdido, así como tambien el fuego sagrado, que las brisas de la montaña santa debian encender por sí mismas sobre el brasero de cobre del altar de los holocaustos y el aceite de la uncion compuesto por Moises, de donde los sacrificadores y reyes tomaban el bello titulo de ungidos del Señor. Empero lo que aun era mas sensible todavía, es, que la *Schekina*, aquella blanca nube que atestigüaba la presencia divina, no se habia dejado ver jamas en el segundo templo, y que las piedras mismas del *Racional*, este útilino y brillante oráculo del Dios de los ejércitos, habian perdido su resplandor profético, y no raticaban ya ni la derrota ni el triunfo (14). Todo esto es lo que llenaba de amargura el corazon de los descendientes de Aaron, al comparar la casa de Zorobabel con el templo del Hijo de David; todo esto tambien es lo que hacia decir á los doctores de la ley, que no podia esperarse ya el cumplimiento de la célebre profecía de Ageo, á menos que el mismo Mesias no se apareciese corporalmente en el segundo templo.

Después de haber entrado por esa magnífica puerta de cobre de Corinto, que veinte levitas podían apenas cerrar, y la cual se abrió por sí misma cuatro años antes de la ruina de Jerusalén, con gran consternación del pueblo deicida, á quien heló de espanto este sombrío presagio (15). María y sus parientes se encontraron en un vasto recinto, cuyo suelo estaba cubierto de grandes baldosas blancas y negras, y rodeado de altos pórticos que en tiempo de guerra servían de murallas (16). Un gran número de extranjeros y naturales, cuyos brillantes trages de colores recordaba un inmenso jardín de tulipanes, se paseaba conversando en ese forum de Jerusalén, que no se reputaba sagrado, y el cual llamaban el patio de los gentiles, porque los idolatras no podían pasar más adelante, so pena de muerte (17).

A cierta distancia de la muchedumbre, y bajo el pórtico de Salomón, la alta aristocracia de Israel, vestida de púrpura y escarlata, ó llevando esas largas túnicas, que se usaban en Babilonia y que costaban sumas inmensas, aguardaba el momento de la oración con cierta orgullosa reserva mezclada á la vez de menosprecio. Joaquín, que en nobleza de raza igualaba á los príncipes de su pueblo, aunque carecía de su opulencia, dirigióse hacia aquel lado, seguro de una buena acogida; porque aquellos judíos, tan desdenosos con los gentiles (18), se amaban entre sí como hermanos, sobre todo, cuando pertenecían á la misma sangre. Apenas lo reconocieron, cuando gran número de ilustres damas, de guerreros y de grandes señores de la familia de David, salieron á su encuentro, y después de los saludos de costumbre, se unieron á la familia galilea, como si hubiesen querido formar á María una corte de honor (19). Los Padres, que refieren esta circunstancia, opinan piadosamente que estos grandes personajes, la flor de la juventud judía, no se encontraron allí por casualidad, sino que Dios, que quería disponer en su templo una entrada triunfal á la futura Madre del Mesías, les había inspirado el pensamiento de concurrir.

En medio del patio de los gentiles elevábanse otros dos recintos, sagrados ambos, y que componían el templo. Visto de

abajo aquel magestuoso y resplandeciente santuario, ofrecía á la vista una masa cuadrilátera, cuyos muros, blancos como el alabastro, estaban adornados por diez soberbias puertas guardadas de espesas planchas de plata y oro. Como el templo propiamente dicho coronaba la cima del monte Moria, lugar propio para la morada del *Dios de las montañas*, el terreno iba siempre en escala ascendente, y los muros estaban rodeados por todas partes de gradas de mármol, que disimulaban un poco su elevada altura.

Después de haber subido la escalera del templo el grupo purificado, en medio del cual iba la Niña bienaventurada que debía consagrarse á Dios; se detuvo un instante sobre la pequeña plataforma del *chel* (20); allí los fariseos extendieron sus *tephilin* (21), y cubrieron sus frentes humilladas (22) con la falda de su *tal de lana blanca y finísima* (23), adornado con granadas de púrpura y de pequeños cordones de color de jacinto. Los valientes capitanes de Herodes medio ocultaron sus brillantes corozas bajo sus ricos mantos, prendidos graciosamente con broches riquísimos, y las hijas de Sion, por respeto á los ángeles encargados de la custodia del santuario (24), se velaron más estrechamente con los pliegues de sus velos de púrpura, de azul ó de gasa siria realzados con flores de oro.

Después, la divina Niña y su brillante comitiva entraron en el templo por la puerta oriental, la más bella de todas, aquella que derramó arroyos de oro líquido cuando los romanos, no pudiendo forzarla con la ayuda del hierro, la abrieron con el fuego (25).

En nuestras frías regiones del Norte se necesitan vastas basilicas, para ponerse al abrigo de las injurias del tiempo; por esto tenemos inmensas catedrales que pueden abarcar poblaciones enteras; pero en la antigua Asia los templos casi no servían más que para el uso de los sacerdotes; el pueblo oraba fuera. En Israel la *englobá ó asamblea santa* se celebraba ordinariamente en el patio de las mugeres: llamábase así el segundo atrio, porque las mugeres hebreas, á quienes la ley antigua semejava con

dureza a los esclavos, no podían pasar mas allá. Separadas de sus hijos y de sus esposos, que durante las ceremonias penetraban en el área del patio, ó se mantenían bajo los arcos del peristilo, oraban separadamente en las galerías superiores con la cabeza humildemente inclinada hacia la casa de Jehová, cuya magnífica techumbre de cedro, erizada de agujas de oro (26), descubrían a alguna distancia.

Según todas las probabilidades, la ceremonia de la Presentación tuvo lugar en el patio de las mujeres y no en el interior mismo del santuario, donde la han colocado algunos autores. Empezó por un sacrificio. Rodando silenciosamente la puerta de Nicanor sobre sus goznes de cobre para dejar pasar á la víctima, ofreció en perspectiva el último atrio, muy semejante á una vision maravillosa de aquel Eden tan sentido, cuyos palacios de oro rodeados de cedros seculares que con su sombra benéfica los embellecían, eran, según lo referían los fariseos, la morada de los justos (27). A través de las columnas de mármol de un soberbio pórtico, de lo alto del cual caen los pámpanos gigantescos y los racimos de una cepa de oro, descubriase un edificio, que á primera vista parecia tambien de oro macizo; tan grande era el resplandor que despedían bajo la poderosa y pura luz del sol del Asia las planchas de cien escudos, que cubrían su magnífica fachada!

Un número infinito de coronas votivas, en las que se entrelazaban las espigas de trigo, los lirios, los granados, las hojas de vid con esmeraldas, topacios y rubies según su color, estaban suspendidas en el templo con cordones de oro; y cuando el viento impetuoso de las montañas sopleba sobre ellas, habriáse las tenido por flores verdaderas; tan exquisito era el trabajo, y tan perfecta la imitación! De trecho en trecho veíanse banderas atribuladas de flechazos y manchadas de sangre idólatra, que los príncipes armados, héroes de eterna memoria, habían conquistado á los griegos de Siria en las guerras gloriosas de la independencia, y consagrado con sus propias manos sacerdotales y guerreras al Dios de los ejércitos. Herodes, príncipe cruel

pero capitán valiente, había añadido los estandartes recientemente conquistados en sus felices expediciones contra los árabes; y la vista de aquellos trofeos de guerra llenaba de patriótico orgullo y de belicoso ardor esos corazones hebreos, que tenían en tan poco la muerte cuando se trataba de combatir por aquello que les era mas caro que el oro, que la familia y que la vida... ¡el templo!

Los sacerdotes y los levitas, reunidos en la última grada, recibieron de las manos de Joaquín la víctima de prosperidad (28). Aquellos ministros del Dios vivo, no tenían la frente ceñida de laurel ó de verde apio, como los sacerdotes de los ídolos: una especie de mitra redonda de un tejido de tisú espesísimo, una larga túnica de lino blanco y sin vuelo, apretada con un cinturón bordado de jacintos y de púrpura, componían el traje sacerdotal, que no se llevaba más que en el templo. Uno de los sacrificadores tomó el cordero, cuya cabeza volvió hacia el Norte, y le hundió en el cuello el cuchillo sagrado, despues de una corta invocacion al Dios de Jacob: con la sangre recogida en un vaso de bronce, se rociaron los alrededores del altar. Terminadas las primeras ceremonias, el sacerdote colocó en un espacioso plato de oro una porcion de carnes palpitantes aún de la víctima, y una gran parte de sus entrañas, que los levitas habían lavado cuidadosamente en el salón de la fuente: entonces cubrió la oblation de incienso, y arrojó sobre ella la sal de la alianza: en seguida, subiendo con los piés desnudos el suave tramo que conducía á la plataforma del altar de los holocaustos, hizo libaciones de vino y sangre, y colocó en él la pacífica ofrenda, sobre los troncos secos y sin corteza que alimentaban el fuego sagrado. El resto de la hostia, á excepcion del pecho y de la espalda derecha, que pertenecían á los sacrificadores, fué entregado al esposo de Santa Ana, con el fin de que diese un banquete á sus amigos y parientes inmediatos, según era costumbre (29).

Espiraban los últimos sonidos de las trompetas sacerdotales á lo largo de los pórticos, y el sacrificio ardía aún sobre el al-



tar de bronce, cuando el sacerdote bajó al atrio de las mugeres, para terminar la ceremonia. Ana, seguida de Joaquin y llevando á Maria en sus brazos y la cabeza cubierta con un velo, se adelantó hácia el ministro del Altísimo, y, si se puede dar crédito á una tradición árabe que Mahoma mismo ha consignado en el Alcoran, le presentó la joven esclava del Señor, pronunciando con voz conmovida estas tiernas palabras: "Vengo á ofrecerles el presente que Dios me ha hecho (30)."

El sacerdote, en nombre de Dios que fecundiza el seno de las madres, aceptó el precioso depósito, que le confiaba la gratitud, y bendijo á Joaquin y á su piadosa esposa (31), como He li el pontífice había bendecido en otro tiempo y en una circunstancia semejante, al piadoso Elcana y á su dichosa consorte. Extendiendo en seguida las manos sobre la asamblea, que se inclinaba á su bendición pontifical (32): "Oh Israel, exclamó, "que el Señor envíe su luz sobre tí, que te haga prosperar en "todas las cosas, y te conceda la paz!" Un cántico de gozo y de acción de gracias, armoniosamente acompañado por las raras sacerdotales, terminó la Presentación de la Santa Virgen.

Tal fue la ceremonia que tuvo lugar, hácia los últimos días de Noviembre, en el santo templo de Sion. Los hombres que ordinariamente se paran en la superficie de las cosas, no vieron mas que una tierna niña, admirablemente bella y de maravilloso fervor, á quien su madre consagraba al Dios que se la había concedido á sus ayunos y á sus lágrimas; pero los ángeles del cielo que se cernían sobre el Santuario, descubrieron en aquella flaca y dulce criatura, á la Virgen de Isaias, á la prometida Esposa, cuyo místico himeneo había cantado Salomon, á la Eva celestial, que venía á volver á una raza degenerada, la esperanza de una gloriosa inmortalidad. Penetrados de júbilo al ver al fin brillar la aurora del día del Mesias, se asociaron, dicen los autores antiguos (33), á la festividad de la tierra, y cubriendo á la joven descendiente del rey David, con sus blancas alas, espárcieron bajo sus piés las olorosas flores del paraiso, y celebraron su entrada en el templo con melodiosos cánticos.

¿Qué pasó entonces en el alma de Maria, en esa alma suavemente abierta por el soplo del Espíritu santificador, en que todo era paz, amor y pura luz? ¿Con qué sagrados vínculos se unió á AQUEL, que la había preferido á las vírgenes y á las reinas de tantos pueblos? Este es un secreto entre ella y Dios; pero puede ser con razon creer, que jamas oblation alguna fué mas favorablemente acogida. San Evodio de Antioquia, San Epifanio de Salamina, San Andrés de Creta, y otros muchos padres latinos, concuerdan en mirar la consagración de la Virgen, como el acto de religion mas agradable á Dios, que el hombre haya nunca practicado.

Ignórase el nombre del sacerdote que recibió á la Santa Virgen en el número de las hijas del Señor: San German, patriarca de Constantinopla, y Jorge de Nicomedia, se inclinan á creer que fué el padre de San Juan Bautista: los lazos de parentesco que unian á Zacarias con la familia de Joaquin, el puesto elevado que ocupaba entonces en el sacerdocio (34), y la afeccion tierna y benévola que conservó Maria á él y á Santa Elisabet, dan á esta opinion un alto grado de verosimilitud.

Sea lo que fuere, la bienaventurada hija de Joaquin fué admitida solemnemente en el número de las *almas* ó *tiernas vírgenes*, que crecían á la sombra sagrada del altar.

Que Maria haya pasado sus mas bellos años en el templo, lo prueban la tradicion apostólica, los escritos de los padres y la opinion de la Iglesia, que no acostumbra sancionar hechos dudosos (35). Con todo, algunos hereges se han atrevido á tratar esta circunstancia de fabulosa, y hasta algunos autores católicos la han considerado como un punto oscuro, oculto bajo el velo de los antiguos tiempos, y que era muy difícil aclarar. La negativa de los primeros no nos asombra; pero la circunspeccion de los otros es verdaderamente extraña, pues si ha habido nunca una tradicion cristiana que tuviese el carácter de autenticidad, es seguramente esta. San Evodio, que ha referido el primero en una epístola intitulada *Liémen*, que Niceforas nos ha conservado, esa particularidad gloriosa de la infancia de la Santa Vir-

gen, floreció en la época misma de los apóstoles y de la Madre de Dios. Era obispo de Antioquia, ciudad de la Siria, en que había grande afluencia de judíos y cristianos, y el templo en que los nuevos fieles seguían con una veneración profunda las huellas del Hijo de Dios y de su divina Madre, subsistía aún en todo su esplendor. Esta tradición, que venía de la Iglesia de Jerusalem, Iglesia que se componía, además de los discípulos de Jesucristo, de una multitud de parientes de la Virgen y de San José, fue consagrada desde un principio por un monumento religioso, prueba demostrativa á los ojos de los mismos protestantes (36). En fin, la mayor parte de los padres (37), y en particular San Gerónimo, que vivía en medio de los lugares de la redención, y cuando las tradiciones estaban todavía recientes, la han referido y tenido por verdadera. Púedese, pues, colocar esta creencia tradicional, en el número de los hechos históricos mejor comprobados.



## LIBRO V.

**María en el templo.**

DENTRO del recinto fortificado del templo, en el sitio en que los cristianos de Jerusalem levantaron un oratorio, que los compañeros de armas de Godofredo convirtieron despues bajo la invocación de Santa María, en una iglesia de dorada cúpula (1), y que los valientes caballeros del *Temple* se complacieron con frecuencia en adornar con los despojos de los sarracenos, elevábase la parte del edificio religioso, que estaba destina-

gen, floreció en la época misma de los apóstoles y de la Madre de Dios. Era obispo de Antioquia, ciudad de la Siria, en que había grande afluencia de judíos y cristianos, y el templo en que los nuevos fieles seguían con una veneración profunda las huellas del Hijo de Dios y de su divina Madre, subsistía aún en todo su esplendor. Esta tradición, que venía de la Iglesia de Jerusalem, Iglesia que se componía, además de los discípulos de Jesucristo, de una multitud de parientes de la Virgen y de San José, fue consagrada desde un principio por un monumento religioso, prueba demostrativa á los ojos de los mismos protestantes (36). En fin, la mayor parte de los padres (37), y en particular San Gerónimo, que vivía en medio de los lugares de la redención, y cuando las tradiciones estaban todavía recientes, la han referido y tenido por verdadera. Púedese, pues, colocar esta creencia tradicional, en el número de los hechos históricos mejor comprobados.



## LIBRO V.

### Maria en el templo.

DENTRO del recinto fortificado del templo, en el sitio en que los cristianos de Jerusalem levantaron un oratorio, que los compañeros de armas de Godofredo convirtieron despues bajo la invocación de Santa Maria, en una iglesia de dorada cúpula (1), y que los valientes caballeros del *Temple* se complacieron con frecuencia en adornar con los despojos de los sarracenos, elevábase la parte del edificio religioso, que estaba destina-

da á las vírgenes consagradas al Señor: allí fué donde Zacarías condujo á su jóven parienta (3).

Aunque la virginidad no fuese en Israel mas que la virtud de una época de la vida, que debía bien pronto ceder su lugar á las virtudes conyugales, no carecía, sin embargo, de prerogativas y honores. Jehová prefería las oraciones de los niños castos y de las vírgenes puras, y así es que para la redencion del linage humano, escogió una virgen y no una reina.

Así tambien, cuando los profetas de Judá desplegaban á la vista del pueblo escogido, pero con frecuencia castigado, el profético cuadro de sus miserias ó de sus victorias, escogian siempre una virgen risueña ó llorosa, que personificaba las provincias y las ciudades. En las guerras de exterminio, en que la poderosa espada de los hebreos se cebaba en las mugeres, los niños y los ancianos de Moab, las vírgenes eran respetadas, y el soberano sacrificador, á quien una ley severa prohibia tributar los deberes fúnebres al amigo que *amaba como á su alma*, y hasta á los príncipes de su pueblo, podia asistir, sin faltar, á los funerales de su hermana, que hubiese fallecido virgen (8).

Las vírgenes ó *almas* figuraban en las ceremonias del culto hebreo, antes que aquel culto hubiese tenido un templo. Nosotros las vemos bajo la guia de Maria, hermana de Moises, celebrar con danzas y cánticos de triunfo el paso del mar Rojo (4). Esos coros danzantes de doncellas, trasladados desde el Egipto al desierto, se conservaron largo tiempo entre los hebreos. Las vírgenes de Silo, que parecen haber sido desde el tiempo de los jueces consagradas mas particularmente al servicio de Adonai que las demas doncellas de Israel, bailaban al eco de los cánticos y al tañido de las arpas, á poca distancia del lugar santo, durante una fiesta del Señor, cuando fueron arrebatadas por los benjamitas. Este grave suceso no hizo cesar este uso, que continuó hasta la época desastrosa en que se perdió el arca y fué destruido el primer templo (6).

Todas las *almas* eran admitidas probablemente en estos coros sagrados, cuando su reputacion no tenia la menor mancha; pe-

ro distinguiese entre la multitud una porcion escogida, que se agrupaba al rededor del altar con mas fervor y perseverancia. Mientras que el arca del Señor estaba aún acampada bajo las tiendas, *las mugeres que veaban y oraban á la puerta del tabernáculo*, ofrecieron á Dios los espejos de bronce que habian sacado de Egipto. Eran sin duda viudas piadosas que habian rehusado contraer nuevos lazos, para ocuparse con mas dedicacion de las cosas del cielo, y *almas* consagradas por sus padres al servicio del santuario, y colocadas bajo la egida de aquellas justas mugeres. San Gerónimo entendié así este pasaje del Exodo.

Como el voto ú ofrecimiento de los padres era ordinariamente redimible, y la redencion estaba fijada en una suma módica (6), se hacia ésta casi siempre al cabo de un corto número de años (7), y llamábanse esos votos temporales, *un préstamo hecho al Señor* (8). *Lo he prestado al Señor*, decia Ana conduciéndolo á Silo su tierno Samuel (9).

Después del regreso de la cautividad, la influencia de los persas, que desterraban las mugeres de sus solemnidades religiosas (10), se extendió á la institucion de las *almas*. Desde entonces cesaron de formar, en cierto modo, un cuerpo en el Estado, y de figurar ostensiblemente en las ceremonias del culto. Bajo el reinado de los pontífices reyes, ellas vivian encerradas, y pasaban sus dias en un retiro tan profundo, que cuando corrieron despavoridas en busca del gran sacerdote Onias, en el momento en que el atentado sacrilego de Heliodoro puso en alarma á toda Jerusalem, los historiadores judios encontraron este hecho tan extraordinario y singular, que lo consignaron en sus anales (11).

Habia, pues, por mas que se haya dicho, vírgenes dedicadas al servicio del segundo templo, en la época de la presentacion de Maria: acreditando las instituciones de los primeros cristianos (12), y afirmando San Ambrosio, San Gerónimo, y antes de ellos, el proto-evangelista Santiago. Pero ¿qué es lo que sucedió durante la permanencia de la Virgen en el templo? ¿Cuán-

les fueron en esta época interesante de su vida sus ocupaciones, sus gustos, sus inclinaciones, sus prácticas de devoción? Pocos documentos auténticos nos quedan á este respecto. Una vida tradicional de la Madre de Dios, que San Epifanio (que vivía en 390) miraba ya como muy antigua, se ocupaba sin duda de estos pormenores; pero se ha perdido. El evangelio de la infancia de la Virgen ha sido desechado por la Iglesia, y San Gerónimo, que nos asegura la admisión de María entre las hijas del Señor, casi limita á esto sus indicaciones. Para llenar este vacío de una historia, que Dios parece haberse complacido en rodear de nubes, solo tenemos algunas líneas indecisas, algunos pasajes truncados de los Padres, con los cuales es muy difícil, aun coordinándolos con todo cuidado, formar un bosquejo satisfactorio. No importa: á semejanza del obrero indiano, que va uniendo uno á uno los hilos de una tela cortada, y que ensaya con paciencia juntar otra vez los cabos, deshiliando, anudando y dejando correr la lanzadera con infinitas precauciones por toda la extension de esa trama delicada y fácil de romper, vamos nosotros á ocuparnos de ese trabajo, y reunir los trozos dispersos de la preciosa tela de la vida de la Virgen, á fin de enlazar otra vez su costadura, si posible fuere. Con la paciencia perseverante del Banian, huirémos de ofrecer suposiciones dudosas, pues nuestro profundo respeto hácia el tema que nos hemos propuesto, nos lo impide, y daremos, con el auxilio de las mejores autoridades y de un largo estudio de las costumbres de los hebreos, la idea mas precisa y la mas inmediata posible de la verdad de la vida casi claustral de María en el templo.

Antiguas leyendas se han complacido en rodear de una multitud de prodigios la primera infancia de la Virgen: nosotros pasamos en silencio esos hechos maravillosos, que no están suficientemente probados; pero debemos combatir una asercion inexacta, ó por mejor decir, inadmisible, que ha sido adoptada sencillamente y sin exámen por santos personajes y escritores piadosos (13). De que la Virgen haya sido la misma santidad, lo que nadie niega, se ha deducido que debió ser colocada en la

parte más santificada del templo, es decir, en el SANTO DE LOS SANTOS, lo cual es de todo punto falso. EL SANTO DE LOS SANTOS, ese impenetrable santuario del Dios de los ejércitos, estaba cerrado á todo sacerdote hebreo, á excepción del gran pontífice, que no penetraba en él mas que una vez al año, despues de numerosos ayunos, vigiliias y purificaciones. Además, aun entonces mismo no se presentaba allí, sino rodeado de una espesa nube de perfumes, que se interponía entre él y la Divinidad, que *ningua mortal puede mirar sin morir*, dice la Escritura; en fin, no permanecía en él mas que algunos minutos, durante los cuales, el pueblo arrodillado y con el rostro inclinado al suelo, se deshacía en sollozos, temiendo que el sumo Sacerdote pudiese encontrar la muerte. El mismo daba despues un gran banquete á sus amigos, para congratularse con ellos de haber escapado de un peligro tan inminente como terrible (14).

Júzguese, pues, según esto, si es posible que María haya sido criada en el SANTO DE LOS SANTOS.

Las tradiciones locales de Jerusalem protestan con no menos fuerza que el sentido comun contra esta opinion aventurada: la *Sakbra*, que fué en sus principios una iglesia cristiana edificada en el lugar en que estaba el aposento de la Virgen, es una dependencia separada de la mezquita de Omar, y no está incluida en este edificio; sin embargo, la mezquita de Omar está construida sobre el mismo solar del templo.

El padre Croisset, en sus *Ejercicios de piedad*, no ha adoptado esta tradicion; pero no queriendo desecharla enteramente, la ensayado una especie de conciliacion. Según él, la Madre de Dios no fué criada en el SANTO DE LOS SANTOS; pero los sacerdotes, prendados de sus admirables virtudes, le permitieron que fuese á orar allí de tiempo en tiempo. El sábio jesuita ha olvidado muchas particularidades al adoptar este *mezzo término*. La primera, que la muger entre los hebreos era un ser reputado por impuro, semejante al esclavo, y cuya oracion era apenas obligatoria (15); que se la relegaba á un atrio del que no podía pasar, y que el interior del templo era un lugar que le estaba

vedado, aun cuando hubiese sido profetisa ó hija de un rey: la segunda, que los sacerdotes no podían conceder á Maria un privilegio que ellos mismos no gozaban, y que por otra parte, segun el texto formal de la ley, hubiera sido exponerla á una muerte cierta (16): finalmente, que aun prescindiendo de esos temores religiosos entre los sacerdotes de Jehová, no hubieran permitido en manera alguna que nadie penetrase en el SANTO DE LOS SANTOS, pues les importaba ocultar al pueblo la desaparición del arca, perdida desde el tiempo de Jeremías en alguna oscura gruta de las montañas de la Judea (17).

Esta segunda version, pues, ó interpretación, no es mas admisible que la primera.

La educación que Maria recibió en el templo fué tan esmerada, como lo permitían los conocimientos de la época y las costumbres de los hebreos; concretóse principalmente á las labores domésticas, de que no se dispensaban la misma muger y la hija de César Augusto en su imperial palacio y en medio de las delicias de Roma (18). Nutrida en la estricta observancia de las leyes de Moises, y conformándose á las costumbres de su pueblo, Maria se levantaba al canto de los pájaros, en la hora en que los malos ángeles concuñecen, y en que las oraciones son acogidas mas favorablemente (19). Vestía con extremada decencia por respeto á la gloria de Dios, que lo penetra todo y que ve las acciones del hombre aun en medio de la noche mas sombría: al mismo tiempo daba gracias al Señor de haber añadido un dia á sus dias, y de haberla preservado, durante su sueño, de las tentaciones del espíritu maligno (20). Su compostura ni era larga, ni tenia nada de afectada: ella no llevaba ni brazalotes de perlas, ni cadenillas de oro engastadas de plata, ni túnicas de púrpura como las hijas de los príncipes de su raza. Un vestido color de jacinto, de visos bellos, suaves y aterciopelados, á semejanza de los de esa flor de los campos; una túnica blanca, apretada con un ceñidor con puntas flotantes; un largo velo cuyos pliegues arreglados sin artificio, pero con gracia, se confundían de tal manera que podían cubrir pronta y completamente

el rostro; en fin, un calzado correspondiente al vestido, componía el traje oriental de Maria (21).

Después de las abluciones de costumbre, la Virgen, sus compañeras y unas piadosas mugeres que eran responsables á Dios y á los sacerdotes de tan precioso depósito, se encaminaban hácia la tribuna rodeada de balcones (22), donde las *almas* se sentaban en el puesto de honor (23). El sol comenzaba á dorar con sus nacientes rayos las montañas lejanas de la Arabia; el águila se carria en las nubes; el sacrificio humeaba sobre el altar al sonido de las trompetas matinales, y Maria, con la cabeza inclinada bajo su velo, repetía con fervor las diez y ocho oraciones de Esdras, y pedía á Dios con todo Israel aquel Cristo tantas veces prometido á la tierra, y cuya venida era tan leñia.

“O Dios! Que vuestro nombre sea glorificado y santificado  
“en este mundo, que vos habeis creado por vuestra sola voluntad; *haced reinar vuestro reino*; que la redencion florezca, y que el Mesias venga prontamente (24).”

Y el pueblo respondía en coro: *Amen! amen!* Cantábanse en seguida los últimos versículos del bello salmo, atribuido á los profetas Ageo y Zacarias.

“El Señor liberta á los que están encadenados: el Señor ilumina á los que están ciegos.”

“El Señor ensalza á los humildes: el Señor ama á los que son justos.”

“El Señor guarda á los extrangeros: El tomará bajo su protección al huérfano y á la viuda, y destruirá la senda de los pecadores.”

“El Señor reinará por los siglos de los siglos: tu Dios, ó Sion, reinará en todos los linages (25).”

La lectura de la *Schena* (26) y la bendición del sacerdote, terminaban esta oracion pública que se renovaba todos los dias por mañana y tarde (27).

Después de haber cumplido con indecible fervor este primer deber religioso, Maria y sus jóvenes compañeras volvían á sus ocupaciones habituales: unas hacían dar vueltas en sus ágiles

deilos á los husos de cedro ó íthel (28); otras matizaban la púrpura, el jacinto y el oro sobre los velos del templo ó en los ricos cinturones de los sacerdotes, mientras que algunas otras, inclinadas sobre un telar sidonio, se aplicaban á ejecutar los variados dibujos de esos magníficos tapices, que valieron los elogios de todo Israel á la mujer fuerte, y que el mismo Homero ha celebrado (29). La Virgen se aventajaba á todas las muchachas de su pueblo en esas hermosas obras tan apreciadas de los antiguos. San Epifanio nos dice que ella se distinguía en el bordado y en el arte de trabajar sobre lana, biso y oro (30).

El proto-evangelio de Santiago nos la muestra sentada delante de un copo de lana teñida de púrpura, que se agitaba suavemente entre sus ligeras manos, cual la hoja movible del álamo blanco (31); los cristianos de Oriente han perpetuado la opinión tradicional de su habilidad sin igual para hilar el lino de Pelusa (32), llamando *hilo de la Virgen* esas rancias brillantes de una blancura sin rival y de un tejido casi vaporoso que se observan en el fondo de los valles durante las húmedas mañanas del otoño. Para recordar estas ocupaciones, que no desdenó la Reina de los ángeles, las graves y puras esposas de los primeros fieles en el momento de doblar su cabeza al yugo del himeneo, vinieron por largo tiempo á deponer sobre el altar de la Santa Virgen una rucra ceñida de cintillas de púrpura y cargada de una lana sin mancha (33).

La Iglesia de Jerusalem había consagrado desde un principio este recuerdo, colocando en el número de sus tesoros los sencillos husos de Maria.

En medio de esta vida religiosa y ocupada, la Virgen hallaba momentos para el cultivo de las ciencias, y su espíritu brillante y justo se desarrollaba rápidamente como una hermosa palmera, cuyas raíces bañan un torrente. San Ambrosio la atribuye una perfecta inteligencia de los libros sagrados, y San Anselmo pretende que ella poseyó á fondo ese viejo hebreo, la lengua del paraíso terrestre (34), en la que Dios trazó con su dedo poderoso sobre *pedras preciosas muy sólidas* (35) los diez

preceptos del Decálogo. Sea que Maria estudiando el idioma de Ana y de Debora se hubiese iniciado durante sus veladas solitarias en las sublimes concepciones de los profetas de Israel, sea que hubiese recibido del espíritu santificador, que tan ricamente la había dotado, un soplo de inspiración poética semejante á las brisas armoniosas que rozaban al arpa ecólica del rey David (36), jamás podrá rehusarse á la joven profetisa que dotó á la nueva ley de su mas bello cántico, el haber conocido las mas suaves y sublimes inspiraciones del genio.

Efectivamente, la mujer que compuso el *Magnificat*, no era una joven que pertenecía al pueblo ignorante, como han querido suponer algunos autores protestantes. La Virgen, á una santidad sin igual, reunía talentos del orden mas elevado. Sin embargo, esta parte brillante de su retrato ha sido apenas conocida; tan hábil era su angelical modestia en encubrirla. Conociendo los delicados deberes y verdaderos intereses de su sexo, huía el brillo con cuidado sumo, y pasaba sin hacer ruido ninguno, á la manera de esas estrellas silenciosas que siguen su curso á través de las nubes. Los ricos tesoros de su espíritu y de su corazón no fueron revelados á la tierra sino imperfectamente; aquellas dotes eran como las rosas de Yemen, que la joven árabe esconde bajo su velo y cuyo dulce perfume se deja apenas percibir.

Un poeta antiguo decía servilmente á Augusto, que el solo era la obra de muchos siglos, y que desde los primeros dias de la creación toda la industria de la naturaleza se había puesto en movimiento para producirle. Lo que era una hipérbola exagerada hasta el absurdo hablando del sanguinario sobrino de Julio César, se convierte en una verdad demostrada cuando se aplica á la Virgen. En efecto, Maria es la obra maestra de la naturaleza, la flor de las generaciones antiguas y la maravilla de los siglos. Jamás había visto la tierra, jamás verá tantas perfecciones reunidas en una simple hija de los hombres. Todo era gracia, santidad y grandeza en esta bienaventurada criatura; concebida en la amistad de Dios, santificada antes de nacer,

desconocía las pasiones que turban el apacible sosiego del alma, y el pecado que corrompe el corazón. Arrastrada hácia el bien por una pendiente suave y natural, gracias á su Concepcion immaculada, nadaba en una atmósfera pura y luminosa, y sus acciones santas y candidas se parecían á los copos de nieve que caen silenciosamente sobre las elevadas cumbres de las montañas, uniendo la pureza á la pureza, y la blancura á la blancura, hasta haberse formado un cono resplandeciente que reflecta la luz y que obliga al hombre á bajar sus ojos cual si mirara al sol. A ninguna otra criatura le ha sido concedido el poder presentar al Juez soberano de los hombres una vida semejante; solo Jesucristo la ha superado, pero Jesucristo era el Hijo de Dios.

Maria entró en el templo de Jerusalem como una de esas victimas sin mancha, que el espíritu del Señor había hecho ver á Malaquías. Bella, joven, noble, y pudiendo optar á todos los partidos en un pueblo que colocaba con frecuencia la belleza sobre el trono (37), se consagró al altar por un voto de virginidad, que balucieron casi al salir de la cuna sus labios infantiles, y que su corazón ratificó despues con una completa renuncia á las pompas y vanidades del siglo. Por este voto, hasta entonces desconocido en los anales del mundo, Maria *traspasó la barrera* que separaba la ley antigua de la ley nueva, y se sumergió tan profundamente en el mar de las virtudes avangélicas, que puede decirse que había sondeado ya casi todas sus honduras, cuando su divino Hijo vino á descubrirlas á los hijos de los hombres.

Dios no muda tan de improviso sus caminos; anuncia y prepara con mucha anticipacion los grandes sucesos que deben cambiar la faz del mundo: un precursor era preciso al Mesías, y lo halló en la persona de San Juan Bautista: era necesario un preliminar á la ley nueva, y las virtudes de Maria fueron al Evangelio lo que una aurora fresca y risueña es á un hermoso día.

San Epifanio, citado por Niceforas, nos ha dejado un encantador retrato de la Virgen; este retrato, trazado en el siglo IV

sobre tradiciones ahora extinguidas, y apoyado en manuscritos que ya no poseemos, es el único que nos ha quedado.

La Virgen, segun este obispo, no era de una elevada estatura, aunque su talla fuese un poco mayor que mediana; su tez ligeramente dorada como el de la Sulamitis por el sol de su patria, tenía el rico matiz de las espigas en sazón; sus cabellos eran rubios, sus ojos vivos, su pupila tirando un poco al color de acituna, sus cejas perfectamente arqueadas y de un negro el mas hermoso; su nariz, de una perfeccion notable, era aguilifeña, sus labios rosados; el corte de su semblante hermosamente ovalado; sus manos y dedos eran largos y torneados.

Todos los Padres concuerdan á porfia en la admirable belleza de la Virgen; San Dionisio Arocapagita, cuyo testimonio es del mayor peso, pues que vió á la divina Maria, nos asegura que era hermosa hasta á deslumbrar, y que él la hubiera adorado como á una diosa, si no hubiese sabido que no hay mas que un solo Dios.

Pero no era á esta reunion de perfecciones físicas á la que debía Maria el poder de su hermosura; emanaba este de un origen mas elevado. San Ambrosio lo ha comprendido perfectamente cuando dice que esa brillante corteza no era mas que un velo trasparente que permitia ver todas sus virtudes, y que su alma, la mas noble y pura que existió jamas despues del alma de Jeucristo, se revelaba toda en su semblante. La belleza física de Maria no era sino el reflejo lejano de sus bellezas intelectuales y eternas; era la mas hermosa de las mugeres, porque era la mas casta y la mas santa de las hijas de Eva (38).

Dios ha edificado un palacio de nacer á la perla de los mares (39); pero solo es la perla y no su brillante concha la que se engasta con el oro y se incrusta en la diadema de los reyes; los santos padres no se han engañado á este respecto; así, en lo que nos han dicho tocante á la persona de Maria, han dedicado una gran parte á las bellezas morales, única que no son el pasto de gusanos. Nosotros vamos á reunir las pequeñas piedras preciosas que ellos han sembrado en sus escritos, para componer un mosaico que ofrezca un segundo retrato de AQR-



ella que fué, según dice San Sofronio, *el jardín de las delicias del Señor* (40).

La mayor decencia reinaba en todas las acciones de la Virgen; era buena, afable, compasiva, y jamás dejaba de escuchar las interminables quejas de los desgraciados. María hablaba poco, siempre al caso, y jamás la mentira manchó sus labios. Su voz era dulce, penetrante, y sus palabras tenían un no sé qué de unción y consuelo que derramaban la calma en el corazón. Era la primera en las vigillas, la más exacta en cumplir la ley divina, la más profunda en humildad y la más perfecta en todas las virtudes. Jamás se la vió encolerizada; jamás ofendió, entristeció, ni murmuró de nadie. Era enemiga del fausto, sencilla en sus adornos y costumbres, y jamás pensó en ostentar su belleza, su antigua nobleza, ó los ricos tesoros de su espíritu y de su corazón. Cerca de ella se sentía uno más puro, más fervoroso; porque su presencia dulce parecía santificar cuanto la rodeaba, y su vista alejaba del pensamiento las cosas de la tierra. Su urbanidad no era una vana fórmula compuesta de falsas palabras; era una expansión de benevolencia universal que salía del corazón. Sus miradas revelaban ya á la Madre de las misericordias, la Virgen de quien se ha dicho después: *Ella pedirá á Dios hasta la gracia de Lucifer, si Lucifer pudiese pedir gracia.*

Aunque poco favorecida de la fortuna, María era liberal con los pobres, y su limosna de niña caía de continuo desaparecida en la cajita pegada á una de las columnas del peristilo, en donde Jesús vió más tarde deslizarse el óvulo de la viuda. San Ambrosio nos descubre el manantial puro y sagrado de donde María sacaba sus limosnas; privábase de todo y no concedía á su cuerpo, sino aquello que no podía rehusarle sin morir; así es que parecía alimentarse como las cigarras, del aire y del rocío (41). Sus ayunos frecuentes y rigurosos redundaban también en provecho de los pobres. Esos ayunos de la Santísima Virgen no eran como los ayunos de nosotros, que no duran sino una mañana y se limitan á la privación de algunos alimentos; los de

María consistían en una abstinencia completa de todas las cosas, que empezaba al ocultarse el sol y concluía al día siguiente al levantarse las estrellas (42). Durante este tiempo, María rechazaba todo lo que podía lisonjear sus gustos y su corazón: se imponía el trabajo más duro, y las obras de misericordia más repugnantes; dormía en el duro suelo, vestíase con sus trages más humildes, y no se concedía, durante esos días de mortificación y de lágrimas, que se prolongaban á veces semanas enteras, sino una ligera comida, compuesta de un pan cocido bajo la ceniza, de legumbres amargas y de algunos tragos de agua de la fuente de Siloé (43). Sus oraciones eran frecuentes, y su manera de orar tan recogida, tan atenta y tan profunda, que su alma parecía extasiarse en adoraciones ante el Eterno. Los bramidos de la tempestad y el estruendo del trueno, que hacían huir á César á esconderse bajo las bóvedas subterráneas de su palacio (44), no llegaban á los oídos de la tierra Virgen: completamente absorta en sus deberes religiosos, su alma se lanzaba á los pies del grande Autor del universo, mas allá de los límites del mundo y de la región de las tormentas. "Nadie, dice San Ambrosio, estuvo nunca dotado de un don más sublime de contemplación: su espíritu, acorde siempre con su corazón, no perdía jamás de vista á "Aquel á quien amaba con más ardor que todos los serafines "juntos: toda su vida no fué otra cosa que un ejercicio continuo "del amor más puro de su Dios, y cuando el sueño venía á cercar sus párpados, su corazón velaba y oraba todavía (45)."

Tales fueron las virtudes, tales las ocupaciones de María en el templo: allí brillaba entre sus jóvenes compañeras, como un rico diamante, que colocado entre otras piedras preciosas las apaga á todas con su brillo. Así es, que los ancianos que habían encanecido en el sacerdocio, no pasaban jamás cerca de ella sin bendecirla, y la consideraban como el más bello ornamento de la santa casa.



## LIBRO VI.

**María huérfana.**

ES preciso convenir, aunque sea bien extraño por cierto, en que la historia de la Virgen se encuentra árida en hechos y escasa de noticias: podríase la comparar muy bien á las ruinas magnificas de una antigua ciudad del desierto. Aquí columnas gigantescas, cuya base es incontrastable como la de las montañas; allí pórticos, que la Arabia, en sus cuentos maravillosos, celebra como obra de los genios; más allá templos enterrados en la arena, que la imaginación puede todavía volver á reconstruir; y después, de distancia en distancia, una arena desnuda y estéril, que no cría una mata de yerba para el camello del he-

duimo. En falta de los apóstoles, que ocupados, al parecer, totalmente de la grande imagen de Cristo, pensaron poco en su familia de la tierra, los santos padres nos han dado á conocer las virtudes de Santa Ana: nosotros hemos entrado con ellos bajo su humilde techo, hemos sido testigos de sus votos, de sus fervorosas oraciones, de los gozos de su tardía maternidad, de los desahogos de su gratitud; pero aquí el hilo de la tradición es tan delgado, que se rompe sin cesar, y el resto de la vida de Santa Ana, es casi enteramente conjetural. Esta madre, que había obtenido su bienaventurada hija después de tantos ayunos y lágrimas, que había rodeado su infancia con tanto cariño, y que la había llevado en sus brazos al Señor (1), y entregado, llorando, en su santuario, vuelve un solo instante á aparecer en la escena, y es solo para morir. Sin embargo, no es creíble que la esposa de Joaquín permaneciese nueve años sin ver á su hija. Los edificios exteriores del templo en que se educaban las niñas consagradas al Dios de Israel, no podían estar cerrados para las madres; una madre tiene igualmente derechos sagrados y religiosos; todas las naciones los declaran imprescriptibles, y por otra parte la Escritura nos enseña que Ana, mujer de Elcana, visitaba libremente en Siló á su hijo, en los días solemnes, y que no olvidaba jamás el llevar una túnica hilada por sus manos, al joven profeta, que ella había prestado al Señor. Ana había tenido después del nacimiento de Samuel, muchos hijos que veía crecer á su vista, cual tiernos olivos, y que partían con el servidor del templo su solicitud maternal: Santa Ana no tenía más que á María (2); la suma de su felicidad, la esperanza de su vejez y la fuente de su alegría sobre la tierra, dependía de ella. No puede, pues, dudarse que en compañía de su esposo, iba á verla cada vez que su piedad la llamaba al templo, y que velaba también á la luz de la lámpara doméstica, ó á los blancos resplandores de la luna (3), para hilar las virginales ropas de su Hija.

Creese que Santa Ana y San Joaquín volvieron á sus hogares después de la presentación de María, y que allí vivieron to-

davía algunos años antes de establecerse definitivamente en Jerusalén. Joaquín, que no era un artesano como José, cultivaba, según todas las probabilidades, la pequeña heredad de sus abuelos, y disfrutaba de aquella mediocridad feliz que han ambicionado siempre los sábios, los grandes y los poetas en sus ratos de mal humor contra la fortuna (4). Se han edificado iglesias en Séforis, Nazareth y Jerusalén, en los lugares que hacían parte de su patrimonio; pero el viñedo ó los campos de sus padres debían estar en las cercanías de Séforis: he aquí lo que les hizo volver á la baja Galilea. Joaquín era un verdadero israelita, muy adicto á la ley de Moisés: iba al templo en todas las fiestas solemnes con su esposa y una parte de su parentela, según la costumbre de los hebreos; y es de suponer, que el deseo de ver á su hija, aumentase mas su afición á las ceremonias del culto. ¡Con qué alegría su buena y piadosa compañera tomaría su velo de viage para ir á la ciudad santa! ¡Cuán largos le parecerían esos senderos que veía serpentear á lo lejos al través de las montañas y de las llanuras! Los acercaría con su vista, y veinte veces saludaría con el pensamiento, antes de llegar á ellos en realidad, los bosques de nopales, las florestas de laureles-rosas y de adelfas, los grupos de encinas ó de sicómoros, que se divisaban de distancia en distancia en su camino; porque salvado cada uno de esos puntos, se encontraba mas cerca de su hija, de su hija, don del Señor, la niña del milagro, aquella que un ángel había proclamado la gloria de Israel! ¡Con qué dulce emoción debía ella saludar desde el fondo del valle, esa torre Antonia, que se elevaba espléndida y amenazadora sobre su base de pulido mármol (5), para proteger la casa de la oración; y cuánto no debía conmovér á esa alma tierna y santa la vista del templo que encerraba á su Dios y á su hija!

Al caer de la tarde, y cuando las trompetas sacerdotales llamaban al pueblo á la ceremonia (6). Ana se apresuraba á venir á él para adorar á Dios y echar una mirada sobre su hija, que muchos meses hacia no había visto. El atrio, que no tenía otra bóveda que el cielo, mezclaba las deslumbradoras luces de sus

candelabros (7), al vacilante resplandor de las estrellas: millares de luces se cruzaban bajo los pórticos, adornados con frescas guirnaldas (8), y los príncipes de los sacerdotes atravesaban la muchedumbre con sus ricos ornamentos, traídos desde las orillas de la India por las caravanas de Palmira (9). De vez en cuando, las consonancias aisladas de las arpas parecían acompañar el murmullo, semejante al ruido de las olas (10), que hacia al tiempo de orar, la multitud de hebreos venidos de las riberas del Nilo, del Eufrates y del Tiber, para doblar la rodilla ante el altar único del Dios de sus padres (11). En medio de este concurso inmenso de creyentes nacionales y extranjeros, Ana, que rogaba con fervor, no levantaba la cabeza sino un instante (12); era cuando María y sus jóvenes compañeras pasaban vestidas de blanco y cubiertas con sus velos, con lámparas en las manos, á la manera de las vírgenes prudentes del Evangelio.

Terminada la fiesta, Ana, después de haber bendecido y abrazado á María, volvía á emprender con Joaquín el camino de las montañas: alejábase de Jerusalén á paso lento, sin atreverse á volver la cabeza, y llevábase recuerdos de felicidad por todo el espacio de tiempo que iba á discurrir hasta la fiesta inmediata.

Cuando la edad y los trabajos hubieron gastado las fuerzas de Joaquín, y ya no le fué posible cultivar por sí mismo el campo de sus padres, pensó en vivir cerca de su hija: los dos esposos dejaron para siempre la baja Galilea, y vinieron á habitar en Jerusalén, en un barrio inmediato al templo. Ana llegó entonces al colmo de sus deseos, porque podía servir al Señor en su santa casa, y ver con frecuencia á María. ¡Cuántas veces, durante las hermosas noches del verano, al dar vueltas á su huso en la azotea de su habitación, no debió dejarlo escapar de sus dedos inmóviles, mientras que sus miradas de madre se fijaban intensivamente sobre el techo de oro y cedro del templo! *En donde el hombre tiene su tesoro, dice la Escritura, allí está su corazón.*

Santa Ana hubiera podido abreviar el término de esta separación penosa, porque la ley de Moisés permitía compensacio-

nes. Sin embargo, no lo quiso; su reconocimiento á Dios hablaba todavía más alto que su ternura maternal; y cuando la voz de la religión se hacía oír, callaba el grito de la naturaleza.

Cerca de nueve años hacia que la Virgen vivía encerrada en el templo (13), cuando la primera nube sombría vino á ofuscar el cielo dulce y sereno de su tierna vida: su padre muy amado, Joaquín el justo, cayó gravemente enfermo, y bien presto se manifestaron los síntomas de una muerte cercana. Alarmados por su estado, corrieron á socorrerle sus parientes y amigos, y diéronle mil testimonios de afección y simpatía, porque reinaba una grande y loable unión entre las familias de Judea. El moribundo se sonrió benignamente á sus amigos y parientes: como Jacob, había sido largo tiempo viajador sobre la tierra, y poco le importaba que el viento de la muerte viniese á derribar su tienda, porque más allá de este planeta de barro, veía en espíritu las regiones dichosas en que iba á descansar para siempre en el seno de Abraham.

Cuando el aniquilamiento progresivo de sus fuerzas dió á conocer al santo anciano que su fin se acercaba, hizo, en alta voz y á presencia de todos, la confesión de sus pecados, á la manera de los Hebreos (14), y ofreció su muerte al soberano Juez, en expiación de las faltas inherentes á nuestra naturaleza, de que no se halla exento el más justo. Cumplido este deber, Joaquín mandó llamar á su hija para bendecirla. Presentóse María (15); sus fervorosas súplicas por la conservación del autor de sus días, no habían sido oídas: *el Dios celoso* quería destacar poco á poco los lazos terrestres de la esposa que había escogido para sí, á fin de que no tuviese sobre la tierra más apoyo que el suyo.

Piadosos autores han creído que en el momento en que Joaquín extendió sus manos desfallecidas para bendecir á su hija, una revelación de lo alto le hizo ver de repente los gloriosos destinos que el cielo reservaba á María: el júbilo de los escogidos se derramó por su rostro venerable, dejó caer los brazos, inclinó la cabeza y murió.

La casa entonces resonó con gemidos y gritos agudos: las mujeres se golpearon el seno y se arrancaron los cabellos (16); los hombres se cubrieron la cabeza con ceniza, y desgarraron sus vestiduras, mientras que algunas matronas judías, movidas por un principio de devoción y de caridad, extendieron un espeso velo sobre el rostro pálido del hombre justo, á quien ya no era permitido ver sobre la tierra, al mismo tiempo que cerraban el dedo pulgar sobre su mano, en señal de que abandonaba todas las cosas de la tierra.

Después de haber lavado el cadáver con una agua mezclada de mirra y de rosas secas, lo envolvieron en un lienzo de lino, que aquellas piadosas mujeres ataban con cintillos, según era costumbre en el Egipto. Abriéronse en seguida las puertas y las ventanas de la casa (17), y encendiéndose al lado del cadáver una lámpara de bronce con varios mecheros, lámpara de difuntos, que arrojaba sus lúgubres resplandores sobre el lecho de muerte.

Al día siguiente, un numeroso cortejo, en que se hacían notar algunos tñidores de flauta (18), se detuvo delante de la casa mortuoria. Los parientes penetraron en el salón alto, en que Joaquín había sido expuesto según la costumbre, y colocaron el cadáver en un atad (19), que cargaron sobre sus hombros. Atravesaron así las calles de Jerusalem, salmodiando cánticos fúnebres que se mezclaban al sonido dulce y patético de las flautas, y á los lamentos ruidosos de las mujeres que lloraban á los muertos. Ana y María se hallaban presentes á los funerales, y caminaban con la cabeza inclinada en medio de las matronas de su familia, que derramaban abundantes lágrimas (20).

El acompañamiento pasó la puerta de los ganados, que llevó después, entre los cristianos el nombre de puerta de la Virgen. Llegado al lugar de la sepultura, cesaron por algún tiempo el sonido de la flauta, los cánticos y los lloros; y el que hacía de cabeza del duelo, dirigió al cadáver esta allocución: "Bendito sea "Dios que te alimentó, sostuvo, y que te ha quitado la vida. ¡Oh muertos, El sabe á qué número pertenecéis, y El os resu-

"citará algún día! ¡Bendito sea aquel que quita la vida y la "da! (21)"

Púsose un pequeño saco de tierra sobre la cabeza del difunto, y se abrió en seguida una gruta sombría, llamada *la casa de los vivos* (22), en la cual el Patriarca iba á dormir su último sueño, aguardando á los demás miembros de su familia. Entonces eleváronse de todas partes unos gritos que traspasaban el corazón. Ana se arrojó sobre los restos mortales de su esposo, para darle sus últimos adioses, y fué preciso sacarla de allí desfallecida. Después de haber entregado á la tierra los santos despojos del hombre justo, se colocó en la entrada de la caverna sepulcral una piedra enorme, que nadie podía quitar *bajo pena de excomunion*. Volvieron entonces á comenzar los gritos fúnebres, y los espectadores, arrancando por tres diferentes veces un manojo de yerba, y arrojándolo á sus espaldas, exclamaron en tono lúgubre: *ellos florecerán como la yerba de los campos!* Estos ritos terminaron las exequias del descendiente de los reyes de Judá, del padre de María, del abuelo de Jesucristo, según la carne (23).

Esta primera pena, que era el preludio de tantas otras, despedazó el corazón de la Santa Virgen. El infortunio le tendió la mano en el umbral de la adolescencia, y la noble Niña no retrocedió en su camino: lloró, porque su alma, como la de su divino Hijo, nunca fué ni seca ni insensible; pero agotó el cáliz de amargura, diciendo á Dios: "¡Oh Jehová, hágame vuestra "voluntad!" La madre y la hija tomaron luto, según la costumbre de los hebreos, vistiéndose de un camelote ordinario, estrecho y sin pliegues, que se llamaba cilicio; con la cabeza y pies desnudos, el rostro oculto con las faldas de sus vestidos, y observando ayuno y abstinencia (24), permanecieron sentadas en el suelo durante siete días, llorando con sus parientes, y rogando por el alma del difunto (25). Cumplidos los siete días, Ana mandó encender lámparas en la sinagoga, donde pidió oraciones para su esposo, dando, además, limosnas proporcionadas á su fortuna. Por su parte María ayunó todas las semanas

el día en que había quedado huérfana, y oró mañana y tarde por el reposo del alma de su padre. Estos ayunos y oraciones duraron once meses consecutivos (26).

"Señ bienvenida, desgracia, si vienes sola, decían los griegos." Este primer infortunio fué seguido de otro mas acerbo y grande aún; otro luto vino á confundirse bien pronto con el luto de Joaquín. Apenas la lámpara mortuoria se había apagado en la triste morada de Santa Ana, cuando fué preciso encenderla nuevamente; apenas se habían secado las últimas lágrimas que la Virgen había derramado por uno de los autores de su vida, cuando tuvo que deplorar la pérdida del otro (27). Una noche, María, acompañada de una de sus parientas, bajó desde el templo á la calle estrecha y oscura en que vivía su madre. Los rojos y débiles rayos de una lámpara, alumbraban las ventanas estrechas y enrejadas de la pobre casa. En el dintel de la puerta, se agrupaban en silencio esas plañideras mugeres, que aun hoy día ganan la vida en todo el Oriente llorando á los muertos; semejantes á las aves de mal agüero, que solo se presentan en los funerales, así estas sinistras criaturas aguardaban que una familia sumida en la tristeza mas profunda, viniese á comprarles sus lágrimas (28).

Santa Ana recogió sus fuerzas desfallecidas para bendecir á su hijo, recomendándola patéticamente á sus parientes; pero sobre todo á AQUEL que es el Padre del huérfano, y se durmió en el seno de los justos (29). María, anegada en lágrimas, se inclinó sobre el rostro helado de su madre; mezcláronse sus rubios cabellos con los blancos de la difunta; hubiérase dicho que quería revivirla con sus lágrimas; pero solo el soplo de Dios puede reanimar á los muertos! Después del primer desahogo de un dolor tan legítimo, María cerró con sus manos los párpados de la Santa, y le dió un largo y triste beso, el adios supremo de su pueblo (30).

El dolor de la joven huérfana, fué silencioso, profundo, y noblemente soportado. No quedándole sobre la tierra otro apoyo que la Providencia, refugióse en el seno de Dios, y desde

alli, cual desde el fondo de una bahía tranquila, escuchó el estruendo lejano de las tormentas del mundo, y comprendió toda la vanidad de las cosas de la vida: la vanidad del rango, de las grandezas, de la fortuna y de la hermosura, cosas que brillan y pasan como los globulillos de agua en el curso de un torrente de invierno, y que desaparecen al concluir la estación.

En esta época de duelo, de aislamiento y de meditaciones solitarias, supone juiciosamente un historiador, que hizo María el voto de virginidad perpetua (31); y efectivamente, en ninguna parte se encuentra que este voto hubiese sido conocido de Ana y de Joaquín, sin cuyo consentimiento no era válido ni ante la ley civil, ni ante la ley religiosa (32). Entonces fué seguramente despues de la muerte de sus padres, cuando María eligió al Señor por su esposo, y se consagró á su servicio sin limitacion de tiempo, dice Bernardino de Busto, con intencion de no salir jamas del santo templo. Como el augusto gefe de su linage, la Virgen conoció que *un día pasado en las tabernáculos del Dios de Israel, valia mas que otros mil fuera*, y ella tambien hubiera preferido mejor ser la última en el lugar santo, que la primera bajo las tiendas de Cedar.



## LIBRO VII.

**Matrimonio de la Virgen.**

SEA que Joaquin en su lecho de muerte hubiese puesto á la Virgen bajo la protección especial del sacerdocio; sea que los magistrados que cuidaban de los huérfanos, le hubiesen escogido tutores en la poderosa familia de Aaron, á la cual pertenecía por parte de madre; sea, en fin, que la tutela de los niños consagrados al servicio del templo perteneciese por derecho á los levitas, es evidente que Maria, despues de la muerte de los piadosos autores de sus dias, tuvo tutores de linaje sacerdotal. Es verosímil, y las tradiciones árabes lo afirman, que los cuidados de esta tutela fueron particularmente confiados

al piadoso esposo de Isabel, á Zacarías, cuya alta reputacion de virtud, y su título de pariente cercano (1), parecian designarle para ese cargo protector (2). La diligencia que puso la santa Virgen, dos ó tres años mas tarde, en atravesar toda la Judea, para ir á ofrecer sus felicitaciones á la madre de San Juan Bautista, y su prolongada permanencia en las montañas de Hebron, parecen indicar, en efecto, relaciones mas íntimas que las del simple parentesco. El techo que abrigó á María durante una visita tan larga, no podia ser, segun las reglas observadas con rigor entre los hebreos, sino un techo tan sagrado como el paternal.

Sean cuales fuesen los sacerdotes que se honraron con la tutela de la bienaventurada hija de Ana la santa, cumplieron escrupulosamente las obligaciones que les imponia este cargo; así es que, cuando la Virgen hubo llegado á los quince años, pensaron en darle un esposo digno de ella. Este proyecto de himeneo puso á María en una turbacion extrema: aquella alma tan elevada, tan pura, tan contemplativa habia adivinado el Evangelio, y la virginidad le parecia el estado mas perfecto, mas santo y mas glorioso que una muger pudiese abrazar. Un autor antiguo citado por San Gregorio Niceno, refiere que ella se resistió largo tiempo y con mucha modestia á la determinacion que le anunciaron, y que suplicó humildemente á su familia que le permitiesen pasar en el templo una vida inocente, retirada y libre de todo lazo, excepto los del Señor. Su peticion sorprendió en gran manera á todos los que disponian de su suerte. Lo que ella imploraba como una gracia era la esterilidad, es decir, el oprobio, estado solemnemente maldito por la ley de Moisés (3); era el celibato de una heredera única (4), es decir, la extincion total del nombre de su padre, idea casi impia entre los judios, que miraban como una insigne desgracia que su nombre no se perpetuase en Israel. En cuanto al voto de virginidad con que ella habia querido encausar su vida, no podia ser de modo alguno un obstáculo, puesto que podia ser anulado por una decision del consejo de familia. Sábese que la muger era siempre y en todas partes considerada como menor, hasta que la promulgacion del código

inmortal vino á arrancarla gloriosamente de la maldicion y de la esclavitud, haciendo del hombre libre, de la muger y del esclavo un pueblo de hermanos.

Las súplicas de la Virgen, pues, hallaron poca simpatía aun entre los mismos sacerdotes de Jehová; ellos no estaban á la altura de semejantes virtudes, y para aquellos hombres de ciencia y de penetracion el alma santa y angelical de María era un libro cerrado con siete caudales de bronce. Su pensamiento, que se adelantaba á su siglo y chocaba con las viejas preocupaciones de su nacion, quedó sin ser comprendido, y cuanto pudo alegar para reáitirse á abrazar un estado que contrariaba sus mas ardientes y queridos votos, de nada le sirvió. Además, ¿cómo habria podido ella convencer á otros, cuando el mismo Dios estaba en su contra? Su matrimonio con un hombre justo que debia atestiguar la pureza de su vida, sustraerla á las importunidades de los jóvenes hebreos que habrian podido pretender su mano hasta en el templo, como lo observa San Agustin (5); y, en fin, protegerla, como tambien á su divino Hijo, en la hora de la adversidad, todo entra en las miras secretas de la Providencia. Este era el único medio de ocultar el misterio de la Encarnacion á las malévolas indagaciones de un mundo perverso, que habria tomado por pretexto el milagro para entregarse á conjeturas abominables, y cuyo falso celo le hubiera llevado, quizá, hasta el extremo de apedrear á la madre del Salvador, como quiso hacerlo mas tarde con la muger pecadora del evangelio (6); porque los hebreos no contaron jamás la misericordia en el número de sus virtudes prodicetas, y el mismo Dios les reprocha, por la boca de sus profetas, que tenían el corazón tan duro como el diamante.

A estas razones poderosas, pero ocultas en la impenetrable noche de los decretos divinos, vino á añadirse otra tomada de la fuente de las tradiciones antediluvianas y del orgullo nacional, la cual por sí sola hubiera dejado poca esperanza de buen éxito á la humilde oposicion de la Virgen. La castidad perpétua, que los cristianos consideran como la reina de las virtudes, era casi un contra-sentido entre los discipulos de



Moisés, que vivían desde tantos siglos en la ansiosa expectación del *rey Mesías* (Melech Hamaschiak). Una tierna flor del tronco de Jessé, una hija de David, no era libre de sustraerse al yugo del himeneo; ella debía un hijo á la ambiciosa piedad de su familia, que no hubiera renunciado por todos los tesoros del gran rey á la esperanza de contar un día en el número de los suyos al Libertador de Israel. Esta esperanza, que había sostenido á los judíos cuando los caldeos, montados en caballos mas ligeros que el viento, habían tomado por asalto la hermosa ciudad de Sion, y arrojado su pueblo á las orillas del Eufrates, se había convertido en un terrible deseo de venganza desde que los romanos dominaban en Asia. Los hebreos esperaban ver muy pronto el día en que las águilas huirían á la vista del estandarte de color de esmeralda (7), y en el cual, igualmente, la enseña de los macabeos (8) ondearía triunfante sobre el Senado de Roma. Jamás se había creído tan cercano el cumplimiento de los oráculos del Mesías, y por consiguiente el momento no era favorable para obtener la gracia que María imploraba.

Segun el Evangelio de la Natividad de la santa Virgen, y el proto-evangelio de Santiago, los tutores de María, sin tener en cuenta sus repugnancias y súplicas, convocaron una reunión de sus parientes mas cercanos, todos, así como ella, del linaje de David y de la tribu de Judá (9), á fin de proceder á la elección del esposo que pretendía dársele. Entre los que podían aspirar á su mano hallábanse una multitud de jóvenes israelitas, hermosos y valientes los unos, propietarios los otros de férricos campos, de viñedos, ganados y bosques enteros de olivos. Los capitanes de Judá hubieran añadido al dote de María una parte de los despojos y esclavos tomados en los combates; los mas ricos de su tribu la hubieran cubierto de telas de la India bordadas de oro y de púrpura de Tiro: dos veces teñida, mientras que los comerciantes, que traficaban en esmeraldas de Egipto, en turquesas de Iran y en perlas del golfo Pérsico, hubieran puesto á sus pies cadenas de piedras preciosas, brazaletes de inmenso valor, y pendientes cuyo precio igualaría al rescate de un príncipe, en fin, todas las

magníficas y brillantes insignias de la seruidumbre del sexo débil. Empero aquellos ilustres partidos fueron pesados en la balanza y se encontraron ligeros. Despreciando las ventajas de la juventud, de la hermosura, del rango, de la fortuna y de la gloria de las armas, los sacerdotes tutores de María, y los ancianos de su familia, fijaron su elección en un anciano (10), en un patricio abatido, cuya fortuna habían absorbido las guerras políticas y religiosas de la Judea, como absorbe la mar una gota de agua, no dejándole otra cosa que sus brazos y las herramientas de su oficio; este proletario, descendiente de una familia ilustre, que segun el proto-evangelio de Santiago era viudo (11), y célibe segun San Gerónimo, cuya opinion ha prevalecido en la Iglesia, era José, el carpintero de Nazareth.

Quando se reflexiona sobre la rara belleza de María, la educación que recibió en el templo, las grandes alianzas de su familia, su calidad de heredera que la constituía entre los judíos, que dotaban á sus mugeres y casi nada recibían de ellas (12); un partido envidiable y hasta brillante, nos admiraría esta decision de familia, si los santos padres no nos enseñasen que José fué elegido por medio de la suerte y la manifestación expresa de la voluntad divina (13). Una tradición antigua, consignada en el proto-evangelio de Santiago, y referida por San Gerónimo, cuenta que los pretendientes, despues de haber rogado á *Aquel que preside á los destinos*, depusieron por la noche en el templo su varilla de almendro, y que al día siguiente el ramo muerto y seco de José, hijo de Jacob, hijo de Mathan, se encontró verde y florido como aquel que en otro tiempo había asegurado el sacerdocio á los Aarónidas. La historia del monte Carmelo dice, que á la vista de este prodigio que destruía sus esperanzas, un jóven de alto linaje, pariente de una de las mas poderosas familias de Judea y poseedor de una grande fortuna, rompió su vara con todas las señales de desesperación, y corrió á enterrarse en una de las grutas del Carmelo con los discípulos de Elias (14).

Quando la elección de los tutores fué decidida, se la manifestaron á María, y esta jóven admirable, acostumbrada á ele-

gantes trabajos, criada en medio de los perfumes, de cánticos melodiosos y de las magnificencias encantadoras de la Casa santa, no vaciló en consagrarse á una vida oscura, á ocupaciones vulgares y á penosos trabajos con el humilde y viejo artesano que lo presentaban sus parientes. Una inspiración divina, según se dice, le había dado á conocer que este hombre justo no sería para ella mas que un protector, un padre, un guardián de su castidad (15). ¿Qué quería mas? El Señor la había oído; dejándola permanecer fiel á los votos que había hecho, le concedía, como un nuevo beneficio, el mérito de la obediencia.

El matrimonio proyectado entre José y María, debió causar alguna sorpresa en Nazareth y en Jesuralem; por la poca analogía que había entre la edad, la fortuna y la condicion de los futuros consortes. Se engañaría, sin embargo, el que creyese que esta union que parece de todo punto desproporcionada, fuese mirada por la sociedad judia, acostumbrada á los hábitos sencillos y primitivos, como un casamiento completamente desigual. Sin ocupar en el Estado un puesto distinguido, la profesion de artesano no era baja ni degradante en Israel (16). Obsérvese en la genealogía de la tribu de Judá una familia de trabajadores de lino fino, y otra de alfareros, cuya memoria es honrada; la misma Escritura ha transmitido á la posteridad los nombres de Belesél y de Hiram; y sabido es que San Pablo, célebre en el estudio de las leyes, el famoso doctor fariseo Hillel, y despues de ellos otros muchos doctores, que, según el lenguaje de los rabinos, *sembraban la luz en medio de la santa nacion*, se dedicaban á las artes mecánicas mas humildes, sin que de ello se avergonzaran lo mas mínimo. Hay mas: todo israelita era artesano, porque el padre de familia, cualquiera que fuese su posición social, estaba obligado á hacer enseñar á su hijo un oficio mecánico, ó *menos*, decía la ley, *que no quiera hacer de él un ladrón* (17).

Los judíos, cuyo patrimonio estaba en manos de los extranjeros, no tenían otra alternativa, mientras esperaban la grande época que debía restablecer sus fortunas, que expatriarse, ó vivir pobremente del trabajo de sus manos en el

seno de sus montañas natales. Aquellos, á quienes el amor de la patria inducía á tomar este último partido, no se envilecían de manera ninguna, y permanecían aptos para todos los empleos. Israel no tenía castas como el Egipto y la India; todo su orgullo se fundaba en su creencia religiosa, y en su descendencia de los patriarcas. “Ser descendiente de Abraham según la carne, dice el águila de Meaux, era una distinción que los elevaba naturalmente sobre todos los demas.” En efecto, el último de los hebreos se reputaba por un príncipe en comparación de los extranjeros (18).

Había, no obstante, así entre los judíos como entre los árabes, unas tribus mas ilustres y familias mas nobles las unas que las otras; la tribu de Judá, que llevaba el estandarte nacional á la cabeza de los *millares* de Israel el día de las batallas, y de cuyas manos no debía salir el cetro hasta la venida del Mesías, había siempre tenido la preeminencia; y la familia de David era la primera y la mas honrada entre las familias de Judá. José, pues, aunque pobre, era del linaje de David; la sangre de veinte reyes circulaba en sus venas, y Zerobabel, uno de sus abuelos, fué quien sacó al pueblo de Israel de la tierra del destierro. Despues de este tiempo la brillantez de su casa se fué gradualmente oscureciendo; su familia se confundió en el pueblo, como la de Moisés y de Samuel; pero su ilustre origen era conocido. En nuestros días, los últimos Abasidas que vegetan en el fondo del Hedjaz no son menos respetados como descendientes de Aaron-al-Raschid, y ninguna familia de la Arabia se desdenaría de unirse á ellos.

La santa hija de Joaquín, pues, no perdía tanto como pudiera creerse, casándose con el *Carpintero*. Empero, si se considera bajo un aspecto mas elevado esta union que á primera vista parece tan poco adecuada, descúbresse que fué efectivamente un noble enlace. Dios no dió por esposo á la Virgen amada del cielo un hombre, cuyo mérito consistiese únicamente en sus campos, en sus viñedos y en sus *sietos* de oro, cosas que cambian frecuentemente de dueño, y que no están mas pegadas al rico que los vestidos de que por la noche se despoja: le dió un hombre *justo*, la mas perfecta de sus obras. El

Señor no se deja deslumbrar por los vanos fantasmas que arrastran al vulgo; á sus ojos todas las clases son iguales entre unas pobres criaturas que se arrastran un instante en el polvo, para convertirse bien pronto en alimento de gusanos. *El hombre juzga por las apariencias*, dice la Escritura, *pero Jehová mira al corazón*. Si Dios escogió al humilde José para esposo de la Reina de los ángeles, y para padre adoptivo del Mesías, fué porque poseía tesoros de gracia y de santidad capaces de excitar la envidia de los espíritus celestiales; fué porque sus virtudes le habían hecho el primero de su nación, y porque estaba colocado en mas alto lugar que César en el libro de la vida, esos nnales herédicos de la eternidad. La Virgen no fué confiada al mas poderoso, sino al mas digno; así el arca á que no osaban acercarse los príncipes y los valientes de Israel, por temor de ser heridos de muerte, atraía las bendiciones del cielo sobre la casa de un simple levita, cuyo pobre techo la abrigó.

Los desposorios de María se celebraron con toda la sencillez de los antiguos tiempos. José, en presencia de los tutores y de algunos testigos, le presentó una pequeña pieza de plata, cuyo valor se ignora, diciéndola: "Si consentes en ser mi esposa, acepta esta prenda." María, aceptando el don, quedó solemnemente comprometida, y solo una sentencia de divorcio podía restituirla desde entonces la libertad. Los escribanos estendieron el contrato en términos breves y descargado de meras fórmulas (20). El esposo prometía honrar á su muger, y proveer á su manutencion y vestido segun la costumbre de los maridos hebreos, y le señalaba un dote de 200 zuses (50 escudós), dote igual para la hija del príncipe y la del labrador, pero á la cual podia añadir alguna cosa á proporcion de sus bienes. Despues de haber asegurado este dote sobre todo lo que poseía, hasta sobre su manto, que la ley no permitia reclamar sino despues de su muerte (21), suscribió José el contrato, en el qual María habia puesto igualmente su firma. Una corta bendicion en alabanza de Dios, terminó esta ceremonia, que debia preceder algunos meses á la del matrimonio.

Las bodas de la santa Virgen se celebraron en Jerusalem, y

las personas mas notables de su familia se hicieron un deber el concurrir á ellas con aquel esplendor que no pertenece sino al Oriente, y que los viajeros de Europa no mencionan jamás sin una admiracion mezclada de asombro, porque aun los mas pobres ostentan en semejantes ocasiones un lujo verdaderamente inaudito (22). No convidar á todos los parientes en una festividad tan solemne, hubiera sido recusarse á seguir las costumbres de sus abuelos, cosa imposible de suponerse en aquella nacion tradicional, que era inmutable en sus costumbres y en sus prácticas religiosas, como lo decia con tanta verdad el judío Filon al emperador Cayo; por otra parte, hubiera sido faltar á las instituciones ó usos establecidos en la sociedad hebrea, y la presencia de María en las bodas de Caná prueba por el contrario que se conformaba en todo á ellas.

En un hermoso día de invierno (23), en el momento en que la luna nueva se levantaba lentamente por detrás de las montañas (24), vióse dirijir á la morada de María una larga hilera de mugeres ricamente adornadas; las antorchas de abeto resinoso que llevaban en sus manos una multitud de esclavos, hacian brillar sus cintos de oro, sus redeñillas de perlas, los arcos de pedrería que adornaban sus frentes, y los diamantes de sus tiaras al estilo persa (25). Aquellas hijas de Sion habian conservado el uso del afeitó, que ya se conocia en el tiempo de Jezabel; sus cejas y pestañas estaban pintadas de negro, y la extremidad de sus dedos era encarnada como las bayas del rosal silvestre (26). Introducidas en el aposento interior, donde se hallaba la tierna y santa Desposada en compañía de algunas piadosas matronas de su familia, bendijeron á Dios que le daba un protector en la persona de su esposo, y la felicitaron por su matrimonio, de cuyas fiestas venian á participar.

María recibió sus parabienes con una humildad graciosa y una dignidad sencilla, que encantaron á la reunion, porque ella poseía en supremo grado, dice San Ambrosio, el sentimiento de la oportunidad, y usaba en el trato de una corteja propia de una hija de reyes. Perteneciendo á la sociedad judía, en la que cada detalle de las jóvenes desposadas era un recuerdo bíblico, María debió someterse por un instante á las

exigencias del lujo oriental, aunque conociese bien lo vano de las pompas del mundo. El oro, las perlas, las ricas telas de tisú no son en sí mismas cosas reprehensibles; lo que es malo son los pensamientos de orgullo y vanidad, que hacen nacer en las cabezas débiles y en los espíritus lijeros. La reina Bathilde, bajo sus vestidos cargados de bordados y sembrados de diamantes, era mas humilde que las mugeres vestidas de paño burdo, con quienes vino á confundirse despues de su gloriosa regencia: las crónicas de aquel tiempo lo refieren con toda ingenuidad.

Evitando, pues, afectar en su compostura un desaliño que hubiera disgustado á todos, é imponiendo la costumbre á los esposos así como á los convidados un adorno de circunstancias, como el Evangelio de la vestidura nupcial nos lo daría á conocer, cuando no estuviere ahí todo el Oriente, así antiguo como moderno, para probarlo, la jóven de los descendientes del rey Judá debió vestir un trago rico y apropiado, y reliquias auténticas son un testimonio irrecusable de que efectivamente fué así (27).

Su vestido, que se conservó con el mayor esmero en Palestina, de donde se envió á Constantinopla, como nos lo dice Niceforo, era de un tisú bellissimo por sus dibujos y adornos; su fondo era color de malva, con flores blancas, azules, violetas y oro; es hoy día la santa reliquia de Chartres.

En memoria de los tiempos antiguos y de las costumbres patriarcales de sus mayores, llevaba, como Rebeca, pendientes y brazaletes de oro, regalo modesto é indispensable que debió José enviar algunos dias antes de la ceremonia (29), y al cual los hebreos ricos añadian collares de perlas y magníficos aderezos de diamantes. En lugar de la corona de oro almenada (30), que llevaban las esposas de las clases opulentas, veíase colocada sobre los cabellos rubios y rizados (31) de la reina de las vírgenes, una sencilla guirnalda de mirto; en la primavera se la hubieran añadido rosas (32); su velo nupcial la cubría de la cabeza á los pies, y flotaba cual una nube á su alrededor (33).

Un palio de tela preciosa aguardaba fuera de la casa á la esposa futura: llévanle enatro jóvenes israelitas (34). María

debió colocarse en él entre dos matronas, de las cuales la una estaba á su derecha, representando á su madre, y la otra era, quizá, aquella María de Cleofas, que han creído algunos autores que era la primogénita de santa Ana, pero que no era en realidad sino la hermana política de la Virgen (35). En seguida marchaba todo el séquito nupcial, agitando, en señal de alegría, ramos de mirto y de palmera (36), y al sonido de las arpas, de las flautas y de los tamboriles, que tocaban armoniosamente aires de una melodía grave y sencilla (37), y que eran tal vez los mismos que los de los coros del rey David. El esposo, con la frente adornada de una magnífica corona transparente como el cristal, y que era peculiar de su pueblo (38), iba delante seguido de una multitud de amigos, que cantaban un epitalamio imitado del Cántico de los cánticos, ese magnífico y misterioso canto de himenco, cuyas metáforas sublimes tienen un sentido oculto y divino. Enalzaban la belleza de la nueva esposa, *cuyos cabellos se asemejaban á los tiernos retoños de las palmeras, el tallo flexible y derecho como las ramas del crax, los dientes blancos como los cordelillos cuando vuelcen del baño, y los ojos dulces como los de aquellas palomas que se paran á la orilla de las grandes arroyos*; decían que *la buena opinion de su fama se parecia al suave perfume que se exhalaba de sus vestidos; que era el lirio de las jóvenes vírgenes, y el objeto de la alabanza de las matronas*. Pasando luego al elogio del esposo, *ataban su figura magestuosa é imponente como el Líbano, la dulzura de su voz, la graciosa urbanidad de sus maneras, y añadian, que se distinguía del comun de los hombres, cual se distingue el cedro de todos los árboles*. Descendiendo despues á consideraciones mas generales y elevadas, decían que el esposo debe ser para su muger como un ramillete de mirra que lleva sobre su corazon; que debe atravesar la vida apoyada sobre él, cual si cruzase un desierto; porque *los celos son inflexibles como la muerte, y sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas*. Añadian tambien, que la ternura entre los esposos es cosa tan preciosa y encantadora, que *pagándola con todas sus riquezas el hombre mas opulento, aun debería creer que no habia dado nada*.

De vez en cuando las jóvenes que cerraban la marcha formaban danzas, semejantes á la danza sagrada, que en su principio se asociaba á las fiestas religiosas (39), ó bien lanzaban, en señal de regocijo, gritos agudos y prolongados, costumbre en boga aún hoy día entre los árabes (40), y que un viajero moderno que ha recorrido últimamente la Siria, compara á las estrepitosas voces de los vendimadores de la Francia meridional durante la estación de las vendimias. Todo el acompañamiento arrojaba á los pobres, que los colmaban de bendiciones, una verdadera nube de monedas de plata (41), que llevaban por efigie ya una hoja de vid, ya las tres espigas de trigo, que eran el emblema de la Judea (42). Las mugeres de Israel, agrupadas al tránsito de los esposos, arrojaban palmas á sus pies, y á veces detenían á la Desposada, para derramar sobre sus vestidos esencia de rosa (43). María también debía tener su día de triunfo en Jerusalem.

Llegada á la casa nupcial, los amigos del esposo y las compañeras de la esposa exclamaron en coro: *¡bendito sea el que viene!* José, cubierto de su *talud*, y María de su velo, se sentaron bajo el pábulo al lado el uno del otro. María tomó la derecha, porque el Salinista ha dicho: *Tu muger estará á tu derecha* (44); y se volvió hácia el medio día. El esposo entonces puso un anillo en el dedo de su compañera (46): *He aquí, le dijo, tú eres mi muger según el rito de Moisés y de Israel.* Quitóse el *talud*, y cubrió con él á su esposa, á fin de imitar lo que pasó en el matrimonio de Ruth, quien dijo á Booz: "estiendo un lienzo de tu capa sobre tu sierva" (47). Un pariente cercano vertió vino en una copa, lo gustó, y dió á gustar á los dos esposos, bendiciendo á Dios por haber eriado al hombre y á la muger y establecido el matrimonio. Mientras que los esposos llevaban á sus labios la copa sagrada del himeneo, entonóse al Dios de Israel un cántico, que encerraba seis bendiciones. José arrojó en seguida el resto del vino, en señal de liberalidad, y los concurrentes puñales de trigo, símbolo de la abundancia; para terminar la ceremonia, rompió un niño la copa (48).

Toda la reunión que con antorchas en la mano rodeaba á los esposos, bendijo al Señor, y pasó á la sala del banquete, en

el que, según cierto antiquísimo obispo de Bressa (49), que hacía remontar esta tradición hebrea hasta el tiempo de Jesucristo, se procedió al nombramiento del rey del festín, olegido de entre la clase *sacerdotal*, el cual debía servir las viandas y el vino, y obligar á los convidados á guardar el decoro que exigían la religión y la honestidad. José y María se levantaron también; pero antes de seguir á sus convidados, hubo entre ellos, en presencia del cielo y de los astros que proclaman la gloria del Altísimo, algunas palabras secretamente pronunciadas (50). *Tú serás como mi madre*, dijo el Patriarca á la santa Virgen, *y yo te respetaré como al mismo altar de Jehová.* Desde aquel momento no fueron más á los ojos de la ley religiosa, que hermano y hermana en el matrimonio, aunque su unión permaneciese íntegramente (51).

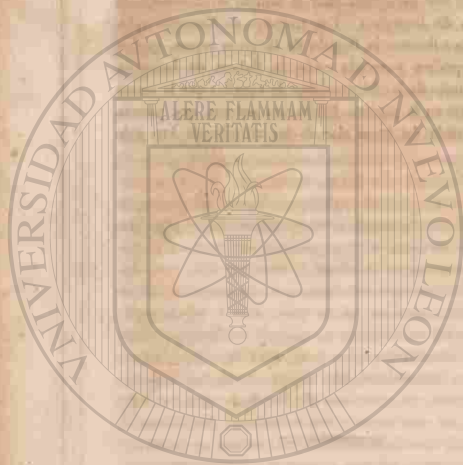
Las fiestas, que simbolizaban la ceremonia religiosa del sacrificio, duraron siete días, como en el tiempo de los patriarcas. Concluida la semana de las bodas, José y María, acompañados de una multitud de parientes, que formaban á su alrededor una brillante cabalgata, volvieron á tomar el camino de la Galilea. La pequeña caravana se puso en marcha al sonido de los címbalos, y no se detuvo hasta cerca de la fuente de Anathot (52), en donde los de Jerusalem se despidieron de los esposos con llanto en los ojos, bendiciones en la boca, y una mano puesta solemnemente sobre el corazón. Los Nazarenos prosiguieron su viaje, atravesando las montañas de la Samaria, en que el águila desde lo alto de su nido los miraba pasar, sin cuidarse de su presencia. Sichern se ofreció en seguida á la vista de los viajeros con sus bosques siempre verdes, con sus arroyos de limpidas aguas y sus magestuosos edificios, como fluctuando en medio de las enramadas. Dejaron luego atrás el monte Gazarim con los costados rojizos, en donde se veían las ruinas del templo cismático, rival vergonzoso de la Casa santa, que Juan Ircam entregó á las llamas vengadoras, y al cual debía reemplazar más tarde una iglesia dedicada á María; después las altas cumbres del monte Hébal, y en seguida Sebaste, que elevaba sus nuevos palacios bajo la égida de Augusto, y que Herodes se complacía servir-

mente en embellecer, como á único altar en que pudiese sacrificar al genio de Roma.

Hacia la mitad del segundo día de camino se divisó el monte Thabor, que diseñaba su verdadera cabeza sobre el cielo de color de plata claro de la Galilea, y mas allá las altas cimas del Libano, que ocultaban en las nubes sus aguijas de piedra cargadas de eternas nieves. Desde las faldas arboladas del Hermon, en que las cabras pacían los tiernos renuevos de los arbustos, descendieron á una llanura deliciosa que se extendía cual un inmenso canastillo de flores, entre colinas cubiertas de verdes robles, de mirtos, de viñedos y de magníficos bosques de olivos. Campos de cebada, de trigo, de trébol y de *doura* en todo su verdor, ondeaban blandamente á impulsos de una suave brisa, entibada por la aproximación de esa primavera mas temprana y cálida que la de nuestras regiones occidentales. Una luz pura y dorada acariciaba esa fértil tierra, en que se desplegaba una vegetación vigorosa, y cuyas aguas azuladas que el estío debía agotar tan pronto, deslizábanse á manera de listones de plata en aquel nuevo Eden. Veíanse asomar aquí y allí bajo las elevadas columnatas de palmeras opulentas poblaciones, y mas allá, de distancia en distancia, sobre la cresta escarpada de una roca, un castillo solitario, cuyos soldados, nacionales aun y encargados de una misión protectora, no medían sus sables fabricados en Damasco, sino con los bandoleros nocturnos ó con los árabes del desierto. Ese valle de maravillosa frescura y encerrado entre los sombríos bordes de altas montañas, era el valle de Esdréon, á cuya estremidad aparecía una pequeña ciudad pintorescamente situada sobre la espalda de una colina, y que brillaba cual una flor en medio de las aldeas inmediatas: ¿esa ciudad risueña y linda era Nazareth, la ciudad natal de la Virgen, la cuna de Cristo! (53)

Sin duda María no pudo ver de nuevo sin emoción aquella ciudad, donde abrió por primera vez los ojos á la luz, y cuyo recuerdo, debilitado pero no borrado, se había reproducido de continuo en sus sueños. Ella la había dejado muy niña por los espléndidos muros del templo, y volvía allí hermosa, joven, perfecta, y virgen á la vuelta como á la partida.

Los viajeros descendieron á la casa de santa Ana, morada antigua y misteriosa, cavada en parte en la roca, como las grutas proféticas de los antiguos tiempos (54), y que bien pronto debía ser mas santa que el templo de Jerusalem, la casa misma de Jesucristo. Las mugeres de Nazareth saludaron con bendiciones la llegada de la joven esposa, que se adelantaba púdica y velada como la Rebeca de Isaac; y María, en medio de las felicitaciones de aquellas que la vieron nacer, penetró en la pacífica habitación paterna, que parecía aun impregnada del buen olor de las virtudes de Ana y de Joaquin.



## LIBRO VIII.

**La Anunciación.**

FACIL es imaginarse la existencia dulce y bendita que llevaron los dos esposos durante los primeros meses de su casta unión; la paz de Dios reinaba en su humilde morada, y partían su vida entre el trabajo y la oración, que santificándolo, lo hacía menos pesado. Según una antigua costumbre, que subsiste aun entre los árabes y en una gran parte del Oriente, José ejercía su profesion en un local distinto del en que vivía la Virgen (1). Su taller, en el que trabajó el mismo Jesucristo, era un cuarto bajo de diez á doce pies de

aicho, y otros tantos de largo. Afuera de la casa habia un banco de piedra, para descansar el pasajero ó viajante, á quien resguardaba de los rayos abrasadores del sol una especie de esterilla hecha de ramas de palmera (2). Allí era donde descansaba el laborioso artesano que construía arados, yugos y carros de labranza. Algunas veces hacia levantar á su vista las cabañas del valle; otras su brazo todavia robusto, derribaba los altos sicómoros y los pegros terebintos del monte Carmelo (3). El salario que recibia por tantas fatigas era muy corto, y sin embargo lo partia con los pobres.

Por su parte su dulce y santa compañera no estaba ociosa. Dotada de un espíritu ilustrado, juicioso y prudente, sin echar de menos el pasado, sin ilusiones para el porvenir, mirando el mundo tal cual es y su situacion bajo su verdadero punto de vista, conformóse á ella sin esfuerzo, y quiso cumplir con escrupulosa exactitud sus sagradas obligaciones. Desde el momento en que tomó posesion de la casa de su madre, se revistió de la pobreza como de un traje de honor enviado de parte de Dios, y fué lo que debía ser en la condicion oscura á que la habia hecho descender la Providencia, una jóven y sencilla muger del pueblo. Todos los brillantes y lijeros trabajos pertenecientes á la vida cortesana, fueron olvidados y sustituidos por los cuidados fatigosos y las ocupaciones monótonas de una familia pobre, en que la ama de casa no tiene esclavos ni criados. Las delicadas manos de María, acostumbradas á labrar tejidos de seda, tejieron con hojas de palma, ó cañas arrancadas en la orilla del Jordan, la estera que cubria el agreste techo de su habitacion; su huso se cargó de un lino más ordinario; ella tuvo que moler con sus manos el grano de trigo, de cebada y de doura (4), cuya tosca y amarillenta harina amasaba en tortas redondas y delgadas. Cubierta con su blanco velo, y con un antiguo cántaro sobre la cabeza (5), iba por agua á una fuente poco distante (6), á semejanza de las mugeres de los patriarcas, ó á lavar sus azules túnicas en la corriente del arroyo, como las princesas de Homero.

Jesucristo, testigo de las ocupaciones laboriosas de esta noble muger, ha hecho algunas veces alusion á ellas en sus parábolas, y los sencillos trabajos de María están conservados

en la tela evangélica, así como una flor marina en el ámbur. Véase en ella efectivamente, la muger diligente poniendo la levadura en tres medidas de harina (7), barriendo con cuidado su habitacion para encontrar una cosa perdida (8), y zarcando económicamente sus pobres vestidos (9). Cuando Jesus busca un ejemplo para recomendar la pureza de corazon, lo toma en el recuerdo de la pobreza de aquella que limpiaba cuidadosamente el interior y el exterior del vaso (10); y se colige que piensa en María, cuando alaba la ofrenda de la viuda que no da del sobrante, sino de su inteligencia. Así es como el cantor de Chio representa la justicia bajo los rasgos de su madre, pobre muger del pueblo, pesando exactamente la lana que va á hilar para alimentarse ella y su hijo, y conservándose honrada y justa hácia el rico, en medio de la mayor miseria (11).

Al caer de la noche, cuando los pájaros buscan un albergua bajo la enramada de los árboles, María colocaba sobre una mesa limpia y reluciente, obra de las manos de José, los pequeños panes de cebada ó de maiz, los sabrosos dátiles, los lacticiños, las frutas y legumbres secas que constituían la frugal comida del descendiente de los principes de Israel. Estas viandas sencillamente aderezadas componian el principal alimento de los antiguos hebreos, raza sobria que en tiempo de necesidad sabia contentarse con pan y agua (12). En cuanto á la Virgen, vivia con tan poco, que algunos autores antiguos, amigos de lo maravilloso, han creido que era alimentada por los ángeles.

Quando José, fatigado de los trabajos del dia, volvía al ponerse el sol á entrar en su pequeño cuarto bajo, encontraba allí á su jóven compañera, que se apresuraba á presentarle una trás otra, el agua tibia que le habia preparado para lavarse los piés, y la fria y limpia de la fuente, en un vaso puro de todo contacto inmundo (13), para las abluciones anteriores á la comida. Aquel hombre grave y sencillo, con su hermosa figura patriarcal en que no respiraba el fuego de las pasiones, aquella angelical muger toda solícita en servirle con la tierna solicitud de una hija querida, formaban un grupo digno de la edad de oro (14).



Entre tanto, había llegado ya la hora que el Eterno señalara en sus divinos decretos para la encarnación de su CRISTO. El ángel Gabriel, uno de los cuatro (15) que están siempre delante del Señor, recibió una misión secreta, que le alejó por algunos instantes de las regiones celestes. Cubriéndose con uno de esos magníficos mantos de aire condensado en que se envuelven los espíritus puros, cuando quieren presentarse á la pobre vista de los ojos de los hombres (16), el Angel dejó el palacio de oro con muros de esmeraldas de la Jerusalem celestial, cuyas puertas son doce perlas (17), y desplegó sus vastas alas blancas, al mismo tiempo que su frente brillaba con un santo gozo, porque conducía un mensaje de paz á la tierra, y los santos ángeles se regocijaron tanto de la felicidad de los hombres, como se alegraron los malos espíritus de su perdición y sus dolores.

Después de haber recorrido los desiertos inmensurables de las regiones eternas, cuyas estrellas son oasis, el Angel que había predicho á Daniel la venida del Mesías, y que era entonces el portador del cumplimiento de aquella gran promesa de Dios, dirigióse con la rapidez del pensamiento hácia nuestro pequeño planeta, que su mirada distinguió desde una lontananza inmensa cual una pequeña nubecilla; que le pareció después que brillaba con un débil resplandor de plata, y que, al fin, tomó la redondez y la luz tranquila de la luna, cuyas fases experimenta.

Al acercarse á este globo, que el hombre ha dividido orgulosamente en zonas y hemisferios, y en el cual se agita con un arbor insensato, para amontonar algunas partículas de oro del cual hace su dios, el Angel comenzó á distinguir charcos de aguas azules y brillantes, coronadas de puyos negros parecidos á pequeñas rocas submarinas; eran nuestros océanos y nuestras elevadas montañas. Las ciudades no se distinguían aun, los hombres mucho menos; ¡son tan pequeños! En fin la tierra, que á primera vista se había presentado bajo una forma microscópica, estendiéndose gradualmente en vastos países, cubiertos de reinos, entrecoartados por desiertos y plantados de bosques inmensos. Llegado al cénit de la Palestina, la mirada del Angel, cual una bendición del cielo, cayó de lo alto sobre

la linda ciudad de Nazareth; y descendiendo entonces suavemente de las nubes, á la manera de esos brillantes astros desprendidos de sus órbitas, bajóse graciosamente como un hermoso cisne, que plega sus magníficas alas después de un largo viage, sobre la pobre y santa casa de José, aquel noble carpintero galileo, cuyos antepasados eran reyes.

El sol declinaba lentamente hácia el alto promontorio del Carmelo, y muy pronto iba á ocultarse en el horizonte del mar de Siria, cuando el Angel se presentó en el modesto oratorio de la Santa Virgen (19). Fiel observadora de las costumbres de su pueblo, María, con la cabeza vuelta hácia el templo (20), ofrecía al Dios de Jacob su oración de la tarde (21). “Salve, llena de gracia,—dijo el celeste enviado, inclinando su radiosa frente,—el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mugeres.”

María experimentó un involuntario temor á esta aparición maravillosa. Tal vez temió, como Moises, ver á Dios y morir; tal vez, como lo creyó san Ambrosio, se alarmó su pudor virginal á la vista de aquel hijo del cielo que se introducía á la manera de los rayos del sol en la celdita solitaria, en que ningun hombre había penetrado; tal vez fué la actitud sumisa y la magnífica salutación del Angel, lo que confundió su humildad. Sea como fuere, el Evangelio refiere que María se turbó, y procuró, aunque en vano, penetrar el objeto de tan asombrosa visita, y el oculto sentido de tan misteriosa salutación.

El Angel, que conoció su turbación, la dijo con dulzura: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. Concebirás en tu seno y parirás un hijo, á quien pondrás el nombre de Jesús. Será grande, y será llamado el Hijo del Altísimo. Dios le dará el trono de su padre David; reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.” A estas palabras, que habrían llenado de un gozo immoderado á otra que no fuese María, la casta y prudente jóven solo pensó en su blanca corona de virgen, que quería conservar á toda costa; y preguntó sencillamente: cómo podía conciliarse aquella magnífica profecía con el voto de virginidad perpetua que encadenaba su vida (22).

El pudor de una joven es cosa santa á los ojos de los ángeles, y así es que Gabriel, á fin de tranquilizar á María, no vaciló en descubrirle una parte del casto misterio de la Encarnacion. "La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, le dijo, y el fruto santo que de tí ha de nacer, será llamado el Hijo de Dios." (23) Entonces, según la costumbre de los mensajeros de Jehová, quiso darle una prenda que confirmase la verdad de sus palabras: "Elisabet tu prima, prosiguió el Angel, ha concebido un hijo en su ancianidad, y este es el sexto mes de embarazo de la que es reputada estéril, porque nada hay imposible á Dios."

Sara se sonrió con cierto aire de incredulidad, cuando un mensajero celestial, sentado á la sombra de las grandes encinas que cubrian su tienda, le anunció un hijo á ella anciana y estéril. María, á quien se le anunciaba un prodigio nuevo, como dice Isaías, una cosa sin ejemplo bajo el cielo, una maternidad virginal en fin, dió crédito, sin vacilar, á la promesa divina; y humillándose ante Aquel que la colocaba sobre todas las mugeres, respondió con sumisa voz: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra." A estas palabras desapareció el Angel, y el Verbo se hizo carne, para habitar entre nosotros (24). Así fué como el ángel de luz desempeñó la misión de nuestra salvacion cerca de la nueva Eva, y como la culpa de la Eva pecadora que habia tramado nuestra perdicion con el ángel de las tinieblas, fué gloriosamente reparada; así fué como una simple mortal fué elevada á la dignidad sin igual de *Madre de Dios*, y virgen y madre al mismo tiempo, reunió por un nuevo portento los dos estados mas opuestos y mas sublimes de su sexo. "No pasemos mas adelante en este misterio, dice san Juan Crisóstomo, y no inquiramos cómo el Espíritu Santo pudo obrar esta maravilla en la Virgen; esa generacion divina es un abismo tan profundo, que ninguna mirada curiosa puede sondear." (25)

Hemos adoptado la opinion de los doctores y teólogos que sostienen que José era legalmente el esposo de María en el momento de la Encarnacion; sin embargo, esta opinion está controvertida entre los autores, que pretenden que María no era todavía la esposa, sino solamente la prometida de José (26).

Encontramos en primera línea al mismo san Juan Crisóstomo. María, no obstante, según la opinion del mismo santo padre, habitaba en la casa de San José, cuando el Angel se le apareció; "porque era antigua costumbre, dice este ilustre orador sagrado, hacer venir las prometidas á la casa de sus esposos, lo cual aun se hace algunas veces. Sábese que los yernos de Lot habitaban en casa de su suegro con sus futuras esposas." (27)

A pesar de la veneracion profunda que inspira san Juan Crisóstomo, la Iglesia no ha seguido su opinion. La cita de los yernos de Lot, con que pretende apoyarla, está por otra parte mal escogida; la Escritura no dice que viviesen con Lot, y todo induce á creer lo contrario, pues que el Patriarca se vió obligado á salir de su casa en un momento de turbacion y espanto, mientras que el motin mas horroroso se propagaba sorlamente en la ciudad; á fin de avisar á sus yernos futuros que abandonasen á Sodoma. Aun suponiendo que los jóvenes prometidos de las hijas de Lot hubiesen hecho parte de la familia de este patriarca, cuyos rebaños cubrian los montes y los valles de una provincia entera, según las costumbres de aquel tiempo esos jóvenes no hubiesen sido á las orillas del Jordan, sino lo que Job fué mas tarde en Mesopotamia, á saber: activos y vigilantes criados, sufriendo en las llanuras el calor del día, y helados por el viento de la noche (28). En ninguna parte se lee que tuviesen á sus prometidas dentro de sus tiendas; ellas vivian bajo la égida del patriarca, de quien eran aquellos los primeros pastores: nada hay en esto que esté en contradiccion con las costumbres de la antigua Asia. Por el contrario, húrfana, aislada y viviendo bajo el techo de su prometido, la santa Virgen se hubiera hallado en una situacion del todo escepcional. Una costumbre generalmente recibida entre los hebreos podria solamente autorizar semejante suposicion, y nosotros no hallamos en el código mas que una ley espesa que á ello se opone (29). San Juan Crisóstomo, acorde en esto con los antiguos teólogos, nos enseña que Dios cubrió largo tiempo con un espeso velo la maternidad milagrosa de María, á fin de salvarla de una sospecha injuriosa y humillante, que hubiese ofendido tan peligrosamente á la

divinidad del Hijo, como igualmente al respeto que el universo entero debía á la Madre. Además de que solo el matrimonio, con su manto de honor, podía encubrir el misterio de la Encarnación, porque los simples desposorios no podían bastar; á lo que debe añadirse, que si José y María no hubiesen sido más que prometidos en el momento de la Encarnación del Verbo, no habrían sido otra cosa cuatro meses más tarde, puesto que el Evangelio nos enseña que María, después de la Anunciación, partió á toda prisa para ir á visitar á Santa Elisabet, y que no fué sino al regreso de su viaje de Hebron, que había durado tres meses, cuando fué reconocido su embarazo, frase que indica una posición visible á todo el mundo. Si el matrimonio de María no se hubiera celebrado, sino cuando su maternidad se hizo un hecho patente, reconocido é innegable, ¿qué habrían pensado las dos familias? ¿qué hubiera dicho todo Nazareth, acudiendo á ver la ceremonia? ¿De qué murmuraciones no hubiera sido objeto la Virgen pura, en un pueblo en que el honor de las mugeres era una cosa tan sagrada, que infaliblemente era vengado con el último suplicio? El nacimiento del Mesias, ese nacimiento que debía ser puro como el rocío de la aurora, según la poética expresión de David, ¿no habria sido entonces atacado y manchado? Los judíos, y sobre todo los de Nazareth, que se mostraron tan hostiles á Jesucristo, y que le llamaban *el hijo del Carpintero*, no le hubieran echado en cara la irregularidad de su nacimiento? Si no lo hicieron, fué seguramente porque nada tenían que objetarle á este respecto.

He aquí, sin duda, las razones que han decidido á un gran número de ilustres teólogos á adoptar la opinión del matrimonio, no obstante el apoyo que el partido contrario hallaba en las palabras de San Mateo, palabras que parecen prestarse á diferente interpretación; pero que, sin embargo, no ofrecen un sentido bastante explícito para cortar la dificultad (30). En fin, la disputa no ha recaído jamás sobre el punto principal; esposa ó prometida, nada entre los cristianos ha puesto en duda jamás que la Madre de Dios fué la más pura y la más santa de las vírgenes; los mismos musulmanes convienen en que *ella era la fuente y la mina de toda pureza*.



## LIBRO IX.

## La Visitacion.

INSTRUIDA María por el Angel de la milagrosa preñez de Elisabet, resolvió ir á ofrecer sus tiernas felicitaciones á su venerable parienta. No fué esto, como se han atrevido á decir algunos hereges, porque la Virgen quisiese cerciorarse por sus propios ojos de la realidad de aquel suceso, que se apartaba de las leyes ordinarias de la naturaleza; ella sabía perfectamente que nada es imposible á Dios, y por otra parte no podia suponer que un Enviado del cielo le trajese de parte del Altísimo palabras de engaño y de mentira. Partió, pues, no para asegurarse, porque ya estaba segura; partió á toda prisa, porque la caridad, dice san Ambrosio, no admite dilaciones ni retardo, y además, porque buena y benévola, como lo fué toda su vida, le parecia que tardaba en llevar á unos parientes, cuya proteccion habia cubierto su infancia, y que

divinidad del Hijo, como igualmente al respeto que el universo entero debía á la Madre. Además de que solo el matrimonio, con su manto de honor, podía encubrir el misterio de la Encarnacion, porque los simples desposorios no podian bastar; á lo que debe añadirse, que si José y Maria no hubiesen sido mas que prometidos en el momento de la Encarnacion del Verbo, no habrian sido otra cosa cuatro meses mas tarde, puesto que el Evangelio nos enseña que Maria, despues de la Anunciacion, partió á toda prisa para ir á visitar á Santa Elisabet, y que no fué sino al regreso de su viage de Hebron, que habia durado tres meses, *cuando fué reconocido su embarazo*, frase que indica una posicion visible á todo el mundo. Si el matrimonio de Maria no se hubiera celebrado, sino cuando su maternidad se hizo un hecho patente, reconocido é innegable, ¿qué habrian pensado las dos familias? ¿qué hubiera dicho todo Nazareth, acudiendo á ver la ceremonia? ¿De qué murmuraciones no hubiera sido objeto la Virgen pura, en un pueblo en que el honor de las mugeres era una cosa tan sagrada, que infaliblemente era vengado con el último suplicio? El nacimiento del Mesias, ese nacimiento que debia ser puro como el rocío de la aurora, segun la poética espression de David, ¿no habria sido entonces atacado y manchado? Los judios, y sobre todo los de Nazareth, que se mostraron tan hostiles á Jesucristo, y que le llamaban *el hijo del Carpintero*, no le hubieran echado en cara la irregularidad de su nacimiento? Si no lo hicieron, fué seguramente porque nada tenían que objetarle á este respecto.

He aquí, sin duda, las razones que han decidido á un gran número de ilustres teólogos á adoptar la opinion del matrimonio, no obstante el apoyo que el partido contrario hallaba en las palabras de San Mateo, palabras que parecen prestarse á diferente interpretacion; pero que, sin embargo, no ofrecen un sentido bastante explicito para cortar la dificultad (30). En fin, la disputa no ha recaído jamás sobre el punto principal; esposa ó prometida, nadie entre los cristianos ha puesto en duda jamás que la Madre de Dios fué la mas pura y la mas santa de las vírgenes; los mismos musulmanes convienen en que *ella era la fuente y la mina de toda pureza*.



## LIBRO IX.

## La Visitacion.

INSTRUIDA Maria por el Angel de la milagrosa preñez de Elisabet, resolvió ir á ofrecer sus tiernas felicitaciones á su venerable parienta. No fué esto, como se han atrevido á decir algunos hereges, porque la Virgen quisiese cerciorarse por sus propios ojos de la realidad de aquel suceso, que se apartaba de las leyes ordinarias de la naturaleza; ella sabia perfectamente que nada es imposible á Dios, y por otra parte no podia suponer que un Enviado del cielo le trajese de parte del Altísimo palabras de engaño y de mentira. Partió, pues, no para asegurarse, porque ya estaba segura; partió á toda prisa, porque la caridad, dice san Ambrosio, no admite dilaciones ni retardo, y además, porque buena y benévola, como lo fué toda su vida, le parecia que tardaba en llevar á unos parientes, cuya proteccion habia cubierto su infancia, y que

por largo tiempo la habian considerado como á su hija, un poco de esa satisfaccion y gracias celestiales que brotaban en su alma como inagotables fuentes de agua viva, desde que llevaba en su casto seno al Criador del universo.

Con aprobacion de san José, cuya alma sencilla pero elevada era unisona con la suya, y que no tenia con ella mas que un corazon y una voluntad, María partió de Nazareth en la estacion de las rosas, y se dirigió hácia las montañas de Judea, donde habitaba Zacarias el Aaronita. La Escritura, que olvida los detalles y toma los acontecimientos para referir el hecho, no dice si la Virgen fué acompañada durante este viage: algunos autores han inferido de esto que le hizo sola, lo cual es contrario á toda verosimilitud. En efecto, la distancia de Nazareth á la ciudad de Ain (1), es de cinco dias de camino; es preciso atravesar una parte de la Galilea, la hostil Samaria, y casi todas las tierras de Judá. Además, el pais está crizado de altas montañas, cortado por torrentes y sembrado de desiertos (2). El camino, que los romanos repararon mas tarde, hundido entonces por las fierbas pisadas de los camellos, y cubierto de piedras resbaladizas, amenazaba á cada paso al viagero con una caída fatal. Cuando venia la noche, era preciso dormir en algun parador de caravanas, en que no se encontraba otra cosa que un pequeño recinto, desprovisto de viveres y amueblado con una simple esterilla de juncos (3), porque la hospitalidad primitiva habia marcado con sucesivas menguas las diferentes fases de la civilizacion, entonces adelantada entre los hebreos. En semejantes circunstancias, ¿es presumible que un hombre lleno de dias y de esperiencia, como José, hubiese espuesto por puro gusto, á una jóven bella, delicada, educada lejos del mundo y confiada como la inocencia, á los peligros é incomodidades de toda clase que ofrecia un viage solitario? Semejante asercion está en contradiccion con la historia del pueblo de Dios y las costumbres del Asia (4); jamás una muger judia se hubiese aventurado, sin una escolta respetable, á tal distancia de su casa.

Si san José, como creó el padre Croisset, no pudo acompañar á María, es probable que la Madre de Dios se reuniese á algunas de sus parientas, á quienes su piedad atraía á la

ciudad santa con sus esposos y criados, y que desde allí prosiguiese su camino con una escolta segura. Así la encontramos viajando siempre en medio de los ayos, sea que vaya á Jerusalem en las grandes solemnidades, sea que siga las predicaciones de Jesús con otras santas mugeres, en un período mucho mas avanzado de su vida. Aunque nunca tuvo mejor guardian que ella misma, dice san Ambrosio, jamás se la vió fuera sino fielmente escoltada (5).

Llegada María á la ciudad sacerdotal, donde vivia el levita Zacarias y su feliz esposa, hizose conducir inmediatamente á su morada, bastante conocida de todos, sin tomarse siquiera el tiempo necesario para descansar. Elisabet, informada por una de sus sirvientas de la visita inesperada de su prima, salió á recibirla con grandes demostraciones de gozo.

Al verla llegar, inclinóse la jóven Virgen, y poniendo la mano sobre su corazon: *La paz sea contigo*, dijo, apresurándose á ser la primera en saludarla (6). Elisabet retrocedió un paso: la expresion animada y amistosa de su fisonomía habia dado lugar á un profundo respeto; sus facciones se fueron iluminando por grados; veíase que pasaba en ella alguna cosa de acostumbrada y portentosa. La simple fórmula de urbanidad que la Virgen pronunció con su voz suave y dulce, habia conmovido á su parienta. De repente el espíritu profético descendió sobre Elisabet, y exclamó: "*Bendita eres entre todas las mugeres, y bendito es el fruto de tu vientre; ¿y de dónde me viene la dicha, anadió, de que la madre de mi Señor venga á visitarme? porque apenas ha llegado á mis oidos el sonido de tu voz, que me saludaba, mi hijo ha saltado de gozo en mi seno. Bienaventurada tú por haber creído; pues lo que te se ha dicho de parte del Señor será cumplido.*"

La respuesta de María fué la sublime improvisacion del *Magnificat*, el primer cántico del Nuevo Testamento, y el mas bello de las santas Escrituras:

"Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se arroba de gozo en Dios mi Salvador.

"Porque ha atendido á la humildad de su esclava; en adelante será llamada bienaventurada en toda la serie de los siglos.

"Porque ha obrado en mí grandes cosas AQUEL que es todopoderoso, y cuyo nombre es santo.

"Su misericordia se estiende de edad en edad, sobre los que le temen.

"El ha desplegado la omnipotencia de su brazo; él ha pulverizado á los que se llenaban de orgullo con los pensamientos de su corazón.

"El ha arrojado á los grandes de su trono, y ha ensalzado á los humildes.

"El ha colmado de bienes á los que estaban hambrientos, y ha empobrecido á los ricos.

"El se ha acordado de su misericordia, y ha tomado bajo su protección á Israel su servidor.

"Segun la promesa hecha á nuestros padres, á Abraham y á su linaje para siempre."

Así fué como la Virgen vió de un golpe, con una luz sobrenatural, esas antiguas profecías y su perfecto cumplimiento; mil veces mas ilustrada y mas privilegiada ella sola, que todos los profetas juntos. "En esta célebre entrevista y en esta admirable conversacion, dice san Ambrosio, Maria y Elisabet profetizaron ambas por la virtud del Espíritu Santo, de que estaban alumbradas, y por el mérito de sus hijos."

La Virgen permaneció tres meses en el país de los heheos, pasando esta larga visita á corta distancia de la ciudad de Ain, en el fondo de un sombrío y fértil valle, en que Zacarías tenia su casa de campo (7). Allí fué donde la hija de David, profetisa tambien, y dotada de un genio igual al del ilustre jefe de su familia, pudo contemplar á satisfaccion el cielo estrellado, los bosques sonoros, y el vasto mar que desplegaba al horizonte sus olas agitadas ó apacibles sobre las azuladas y retumbantes playas de la Siria. La santa Virgen no miraba por cierto con indiferencia esas espléndidas escenas de la creacion. Las obras todas de la naturaleza le hablaban de su granle Autor, y despues de haber encantado su vista, venian á arrobar dulcemente su alma. La llanura que se ostendia á sus ojos mas allá de las montañas de la Arabia, la bóveda azulada que cual un vasto pabellon se despliega sobre las habitaciones de los hombres, le daban una idea del Dios

criador; las espigas doradas de las cosechas, los sabrosos frutos, y la frescura del manantial de la montaña, le anunciaban su providencia; la voz de las tempestades, su poder; la armonia de los cielos, su sabiduría; y el cuidado que toma de los pobres pajarillos del aire, y de los insectos, su bondad.

¡Cuán grande es, decia la Hija de los profetas, cuán grande es Aquel que da sus órdenes á la estrella de la mañana, que señala á la aurora el punto del cielo en que debe aparecer, que manda al trueno, y á quien el rayo mismo dice al presentarse: ¡héme aquí! ¡Cuán grande es! pero su bondad es igual á su poder. El es quien ha puesto la cordura en el corazón del hombre, y dado el instinto á los brutos animales: El es quien provee á las necesidades incesantes de todas sus criaturas, quien da calor bajo la arena al huevo del avestruz, y vela sobre el behemoth cuando se duerme en medio de un canaveral á la sombra de los sauces del torrente; quien prepara al cuervo su alimento, cuando sus polluelos ponen sus gritos en el cielo y van errantes y hambrientos por el campo. Entonces, á imitacion del Salmista, la santa Virgen convidaba á toda la naturaleza á bendecir con ella al Criador.

En sus excursiones campestres al traves de las montañas, AQUELLA á quien piadosos autores han dado el dulce nombre de *Margarita de la tierra*, se complacia en contemplar esas sencillas flores del campo, á las cuales la compara Salomon en su misterioso cántico. Un dia, dicen los doctores de la Persia que nos han conservado esta tradicion, la gloriosa Virgen Maria puso su mano sobre el tallo de una flor que los árabes llaman *calthuita*, y el contacto de su mano virginal comunicó inmediatamente á la planta una suave fragancia que desde entonces ha conservado (8). La tradicion de los cristianos de oriente, designa tambien una fuente bullidora, hacia la cual dirijia algunas veces sus pasos la Madre de Jesus, por gustarle mucho su eco plañidero y sus aguas saltadoras. Esta fuente, llamada *neplita* en el tiempo de Josué, lleva ahora el nombre de Maria (9).

Tras de la elegante *casa de campo* del pontifice hebreo, estendiese uno de esos jardines llamados *paraísos* entre los persas, y cuyos adornos y disposicion habian imitado los cau-

tivos de Israel del pueblo de Ciro y de Semiramis; velanse allí los mas bellos árboles de la Palestina, y amenizaban su sombra encantadora las mazoreas de flores arrojadas á la ventura entre las florestas, el suave perfume de los naranjos, y los arroyos de agua que serpenteaban bajo los ramos pendientes de los sauces. Allí era dando la dulce y tierna conversacion de María hacia olvidar á Elisabet sus temores sobre un suceso cuya esperanza la colmaba de gozo; pero que su avanzada edad podia hacer funesto para ella. ¡Cuán religiosa debia ser la plática de aquellas santas mugeres! La una jóven, sencilla é ignorante del mal, como Eva al salir de las manos del Criador; la otra cargada de dias, y enriquecida con una larga experiencia de las cosas de la vida; profundamente piadosas entrambas, y objeto de las complacencias de Jehová; la una llovando en su seno, por largo tiempo estéril, á un hijo que debia ser profeta y mas que profeta; la otra, el fruto bendito del Altísimo, el gefe y el libertador de Israel.

En las hermosas noches del estío, cuando el pálido resplandor de la luna alumbraba las florestas, colocábase bajo una coposa higuera, ó bajo los verdes pámpanos de un frondoso parrao (10), la comida de la opulenta familia: el corderillo alimentado con la yerba aromática de las montañas, el sabroso cabrito, el pescado cogido por los pescadores sidonienses, y el panal de miel silvestre sacada del hueco de la vieja encina; en seguida, traíanse en verdes canastillos diestramente hechos con hojas de palmera, los dátiles de Jericó (11), que se ostentaban sobre la misma mesa del César, los albaricoques de Armenia, los alfonzigos de Alepo, y las sandías de Egipto; en fin, circulaba en ricas copas, que iban llenando los criados con alegres rostros, el dorado vino del Líbano, el jugo perfumado de las cepas lejanas del mar de Chipre y el vino de los collados de Engaddi, que el mayordomo conservaba en cubas de piedra (12). María, parca como siempre, en medio de esta abundancia se contentaba con algunas frutas y un vaso de agua límpida. Su frugalidad no era para ella una virtud forzosa, una abstinencia de circunstancias; era un hábito de eleccion (13).

Algunos autores, para realzar la humildad de la santa

Virgen, que no necesita de que nadie venga en su apoyo, han pretendido que desempeñaba al lado de Elisabet las funciones de criada, y casi de esclava.

Semejante asercion es verdaderamente absurda. Elisabet no habria permitido jamás que una muger á quien ella misma habia proclamado la Madre de su Señor, y á quien habia altamente ensalzado sobre todas las hijas de Sion, se humillase así en su presencia. A la santa esposa de Zacarías (14) no debian faltar esclavos ni criados. Según la confesion de los cristianos y judíos, esta familia era distinguida; y el ilustre nacimiento de san Juan Bautista oscurrió en cierto modo el de Jesucristo, nacido de padres mucho menos notables, y viviendo pobremente la vida ordinaria del pueblo.

Los cuidados que la amable y dulce Virgen prodigaba á Elisabet, nada tenian de penoso, ni de servil: eran tan solo aquellas atenciones afectuosas y delicadas, que habria prodigado á su madre si el cielo se la hubiera conservado; y frecuentemente, sin duda, creyó ver á los autores de sus dias en la pareja cariñosa, devota y venerable, que la amaba paternalmente, y le demostraba desde la primera entrevista, en que sus grandezas se revelaron de un modo tan prodigioso, un sentimiento de admiracion mezclado de respeto, que María se esforzaba humildemente en desviar, pero que sin embargo no pudo disipar.

Fácil es comprender, dicen los santos Padres, cuántas bendiciones atrajo la visita de la Virgen sobre aquella familia sacerdotal, que tan tiernamente la habia acogido. Si el Señor bendijo á Obbedon y á cuanto le pertenecía, hasta el punto de inspirar celos al santo rey David, por haber guardado tres meses en su casa el Arca de la alianza, ¿cuántas gracias no debieron descender de lo alto sobre Zacarías y todos los suyos, durante los tres meses de permanencia de AQUELLA de quien el Arca de la antigua ley era únicamente el emblema, por santa y respetable que fuese! “La pureza con que vivió siempre san Juan, dice san Ambrosio, fué un efecto de la uncion y gracia derramadas en su alma por la presencia de la Virgen.”

Ignórase completamente si la Madre de Dios asistió al alumbramiento de Elisabet. Orígenes, san Ambrosio, y otros

graves autores así antiguos como modernos, se declaran por la afirmativa; y no hay duda que esta opinion es la mas verosímil; porque ciertamente hubiera sido muy extraordinario que María, despues de haber pasado tan larga temporada en casa de su parienta, la dejase bruscamente en la hora del peligro, y sin ningun motivo razonable que justificase una marcha tan intempestiva como precipitada. La costumbre exigia que todas las matronas de la familia rodeasen á la nueva madre, para regocijarse con ella de su felicidad: el mismo Evangelio nos dice que Elisabet no fué abandonada en esta circunstancia, y que para celebrar el nacimiento de san Juan Bautista, se reunió en casa de su padre un gran número de parientes y de amigos.

Los teólogos que han abrazado la opinion contraria á la de Orígenes y san Ambrosio, se apoyan principalmente en el pasage de san Lúcas, que no habla del alumbramiento de Elisabet, sino despues de haber regresado la Virgen á Galilea. Nos ha parecido que esto valia el trabajo de reflexionarlo bien: hemos por eso examinado escrupulosamente el Evangelio de este Santo; su exámen minucioso nos ha convencido, salvo error, de que dicha razon no es concluyente, porque san Lúcas tiene el método de hacer esa especie de trasposiciones, de lo que podemos citar otros dos ejemplos del mismo género. Despues de haber seguido la predicacion de san Juan Bautista y anunciado su prision, san Lúcas habla en el versículo siguiente del bautismo de Jesucristo, cuya prioridad á la prision y muerte del Precursor no es dudosa. Refiriendo la adoracion de los pastores, san Lúcas se estiende sobre la narracion maravillosa que hicieron de su viage á la gruta de Belen, y del asombro que esa narracion causó; despues de lo que, volviendo sin transacion á la escena suspendida de la adoracion de los pastores, habla de su marcha del establo de Belen. He aquí lo que nos ha hecho adoptar la opinion de san Ambrosio, cuya probabilidad salta á primera vista.

A mas del pasage de san Lúcas, aléganse razones de decoro, para motivar la ausencia de María. Dicese que las vírgenes no asistian á esta especie de fiestas, lo que es muy regular; pero María estaba casada, y por consiguiente obligada á des-

empeñar aquellos deberes de urbanidad, de que no podia dispensarse sin faltar á las costumbres admitidas por tanto tiempo entre los patriarcas. Argúyese sin razon con los hábitos retirados y solitarios de la Virgen, para concluir de aquí que la sola proximidad de las fiestas con que se celebró el nacimiento del precursor de Jesucristo, la hizo emprender de nuevo su marcha, cual una tierna paloma espantada. María, sin embargo, pudo muy bien conciliar su poca inclinacion al mundo, con aquel sentimiento esquisito de conveniencia que le atribuyen los santos Padres, y con su tierna sollicitud por la sobrina de su madre. Así, pues, debió permanecer bajo el techo del pontífice hasta que Elisabet estuviere fuera de peligro; y en seguida, huyendo de la admiracion que nunca dejaba de excitar, dejó las montañas de la Judea, despues de haber abrazado y bendecido al nuevo Elias (15).

Un autor religioso dice, que la bienaventurada hija de Joaquin habia ido á toda prisa á visitar á su prima, pero que se alejó lentamente y como á su pesar, de los frescos valles cuyas encinas habian dado hospedage á los ángeles (16); ella quizá, cual el pájaro de los mares, tenia tambien el presentimiento de las tormentas.





## LIBRO X.

**La Vuelta de Hebron.**

DE retorno de Nazareth, Maria entró de nuevo sin esfuerzo en la vida del pueblo, y emprendió nuevamente las humildes ocupaciones que habia tenido necesidad de suspender, en la elevada esfera que acababa de dejar. Volvió á ser la jóvan ama de casa, activa y diligente, que hallaba tiempo para la orasion, tiempo para la lectura de los libros sagrados, cuya conversacion toda estaba en el cielo, y que parecia haberse aplicado aquellas hermosas y prudentes palabras del Salmista:

"Todo el honor de la hija de un príncipe, consiste en el interior de su casa." Entró tanto, avanzaba en su preñado virginal, y José empezaba á volverse melancólico.

Una punzante incertidumbre, una vacilación dolorosa, traspasaban el alma recta y noble del patriarca. Al principio no dió crédito á sus propios ojos, y le pareció mejor dudar del testimonio de sus sentidos, que de la pureza de una esposa que había creído siempre un prodigio de candor y de santidad. Preguntábase si era posible que una muger tan reservada, tan honesta y tan fervorosa, una muger cuya hermosura no revelaba sino pensamientos dignos, y cuyas acciones, las mas sencillas, estaban marcadas con el sello del cielo, hubiese faltado al honor y manchado el nombre y la vida del hombre, que la había recibido bajo su techo como á una cosa santa. Esto era imposible, era una sugestión del infierno, y José rechazaba esta idea como una blasfemia. Empero, el estado de María se hacia cada dia mas y mas palpable: *se conoció que estaba preñada*, dice el Evangelio, lo que quiere decir que todo Nazareth lo advirtió, y que los parientes de José, ignorando el casto lazo que unia á los dos esposos, le ofrecieron con la mayor inocencia de corazón felicitaciones crueles, que debió recibir sin que su rostro se alterase, y que le alumbraron de repente á la manera del rayo. ¿Qué hacer entonces! ¿Tener en su casa á una muger adúltera? Eso era pecar contra la ley, y cubrirse de infamia á sus propios ojos; porque Salomon ha dicho: "el que tiene consigo á una muger adúltera, es un loco, un insensato." ¿Repudiarla sin alegar la verdadera causa? Pero María preñada queda repudiada por el solo hecho del repudio; jamás se hubiera creído que un hombre grave y temeroso de Dios, un hombre de costumbres austeras y sencillas, repudiase al mismo tiempo á la madre y al hijo, sin los motivos mas imperiosos. Según el proto-evangelio de Santiago, en la primera expansion de su dolor, José se prosternó delante del Señor, con el rostro inclinado y lloroso, y exclamó: "¿Quién me ha traicionado! ¿Quién ha traído el deshonor á mi casa!" Cediendo despues á su ternura por la jóven huérfana, á quien siempre habia mirado como la perla y el honor de su sexo, se acusó amargamente de

no haber aguardado lo bastante. "¡Ay! se decía á sí mismo, mi historia es la de Adán; cuando reposaba con mayor confianza en su gloria y en su felicidad, he ahí que Satanás engañó á Eva con palabras mentirosas, y la sedujo!" (1) Cuando José se hubo calmado lo suficiente para reflexionar, encontróse en una alternativa cruel.

La adúltera, según la ley de los judios, era castigada con la muerte. Cuando no había testigos (bastaba uno solo), y la muger negaba la culpa, conducíase por orden del sacerdote, á la puerta oriental del templo, y allí á presencia de todos, despues de arrancarle su velo violentamente, se le ponía en la garganta una cuerda traída de Egipto, para hacerla recordar los milagros que Dios había obrado en aquel lugar, y con los cabellos tendidos sobre las espaldas, lo cual era una señal de infamia para las judias, un sacerdote, al tiempo de pronunciar la fórmula de una maldición terrible, á la cual debía ella responder *Amen*, le presentaba la célebre copa de *las aguas de los celos*, que tambien se llamaban *aguas amargas*, porque tenían el sabor del acibar (2). Esta copa maldita mataba infaliblemente á la esposa criminal, á menos que su marido no hubiese sido igualmente infiel, en cuyo caso el milagro era imposible. "atendiendo, decían los doctores de Israel, á que no hubiera sido justo que uno de los culpables fuese absuelto, mientras el otro era castigado por Dios" (3). Un esposo de carácter violento, no hubiese dejado de arrastrar á María á presencia de los sacerdotes del Señor, á fin de someterla á la espantosa prueba de las aguas amargas; pero José, el mas moderado como el mas justo de los hombres, ni siquiera pensó en tomar este partido extremo. No pudiendo conservar á María bajo su techo, pues que la ley del honor y la de Moises se lo prohibian de consuno, quiso tomar al menos todas las precauciones posibles para que esta dolorosa separacion no arrojase mancha ninguna sobre su virtud; *porque era justo, y no quería deshonrarla*. "La repudiare, se decía tristemente José; pero será delante de Dios, y no á presencia de los jueces, que la condenarian á morir, y á mí á arrojarle la primera piedra" (4). Quiero salvarla de las reconveniones de su familia y del menosprecio del mundo, ¿pero cómo salir de este

laberinto, en que el honor y la muerte se ofrecian á todas las salidas?" Y el hijo de David quedó sumergido en el mayor abatimiento.

Entonces fué cuando la Virgen debió felicitarle de haber concedido su mano al pobre artesano; con cualquiera otro esposo, su muerte hubiera sido trágica, y su memoria deshonrada; porque los judíos llevaban al exceso el fanatismo del honor y los resentimientos de los celos, como lo prueban las historias de Dina, de Thamar, y de la noble Marianna. *La pasión de los celos es dura como el infierno*, decía Salomon, que conocia bien al pueblo sometido á su cetro, *y el marido no perdona en el día de su venganza*. El vínculo paternal que unia á José con su joven esposa, escluía, á la verdad, los arrebatos de la pasión y el furor de los celos; pero quedaba el honor israelita, quedaban los tormentos del padre, y el engaño cruel del hombre que ve á su tesoro trocado en una cosa vil; quedaba, en fin, la voz imponente y severa de Jehová gritando por el órgano de su profeta legislador, *que la muger adúltera muera de muerte*; y José fluctuaba incierto entre mil proyectos contrarios, y hubiera dado mil vidas porque otro Daniel le hubiese dicho: *esta muger es inocente y pura*. Pero ningún profeta se le aseguraba, y la misma María nada le decía.

El Eterno, desde lo alto de su estrellado solio, dirigia una mirada de complacencia sobre el hombre justo que EL habia puesto á tan dura prueba, antes de elevarle al supremo honor de ser su representante sobre la tierra; y los ángeles, hijos los ojos sobre la santa casa de Nazareth, esperaban con ansiedad el resultado de esta lucha interior y profunda, en la que estaban combatiendo la humanidad, el deber, y los mas nobles sentimientos del alma. Al fin decidióse el patriarca por una idea tan generosa como heroica, y que casi le coloca al nivel de la reina de los ángeles; resolvió sacrificar su honor, la estimacion que le habia valido una vida sin mancha, los medios de subsistencia que le proporcionaban el sustento del día, y en fin, el aire de su país nativo, tan agradable de respirar cuando uno se acerca al sepulcro, y todo para salvar la reputacion de una esposa que ni siquiera procuraba justificarse, y á quien las apariencias tan cruelmente neusaban. Solo un

medio habia de dejar á María, sin perderla; porque su familia hubiera provocado esplicaciones que habrian tenido un fin funesto; y ese medio era expatriarse, ir á morir lejos en el suelo del destierro, y atraer sobre sí propio toda la odiosidad de semejante abandono. Hay resignaciones tan gloriosas como triunfos y dolores sufridos con paciencia, que el cielo premia con tanta munificencia como el martirio: el sacrificio desconocido del esposo de la Virgen fué de este número. Para conciliar sus deberes y su humanidad, aceptó de antemano las tristes calificaciones de esposo sin corazon, de padre sin entrañas, de hombre sin conciencia ni fé; aceptó el menosprecio de sus parientes, el odio mortal de los de María, y resolvió arrancar con su propia mano la corona de su buena reputacion, para arrojarla á los piés de aquella joven, cuyo estado misterioso é inesplicable llenaba su corazon de tristeza y su vida de amargura.

San Juan Crisóstomo no se cansa de admirar la bella y noble conducta de san José. "Era preciso, dice *esto gran santo*, que á la aproximacion de la gracia del Salvador apareciesen ya muchas señales de una perfeccion mas heroica que todo lo que hasta entonces se habia creído mas perfecto sobre la tierra. Como cuando el sol va á aparecer, el oriente se colora de vivos resplandores, antes que los primeros rayos del día hayan salido del horizonte; asimismo Jesucristo, antes de salir del seno de la Virgen, iluminaba ya el mundo antes de nacer. He aquí por que, aun antes de su divino nacimiento, los profetas saltaron de gozo en el seno de sus madres, las mugeres profetizaron, y José resplandeció con una virtud sobrehumana."

Heimos seguido en esto la opinion de san Juan Crisóstomo, con preferencia á la de san Bernardo, que supone que José penetró por sí mismo el misterio de la encarnacion de Jesucristo, y que viendo á María en cinta, "no dudó, atendida la profunda veneracion que la profesaba, de que fuese la Virgen milagrosa de Isaías. Lo creyó, dice el apóstol de las cruzadas, y solo por un sentimiento de humildad y respeto, semejante á aquel que hizo decir despues á san Pedro: "Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador;" san José, que no era

menos humilde que Pedro, quiso también alejarse de la Virgen, no dudando que estaba en cinta del Salvador de los hombres.<sup>7</sup>

Esta interpretación, muy piadosa sin duda, y digna de aquel que ha sido honrado con el título de *devoto capellán de María*, está más conforme con las ideas ascéticas de la edad media que con las costumbres antiguas de los hebreos, y se pulveriza, por consiguiente, con el exámen detenido del texto. En efecto, las palabras del Evangelista son tan claras, que necesario es un gran talento para desconocerlas. No es aquel movimiento instintivo de temor religioso que nos hace permanecer á distancia de un objeto sagrado, el que sugirió á José la idea de abandonar á María; es un pensamiento de conciencia y de deber. "El era justo, dice Bossuet, y su justicia no le permitía permanecer al lado de una mujer que no podía creer inocente; porque el sospechar tan solo que aquella encarnación se había efectuado por obra del Espíritu Santo, milagro verdaderamente sin ejemplo, era cosa que no podía caber en la razón humana." (6)

Según la hipótesis de san Bernardo, las palabras del Angel no habrían tenido sentido, ó lo tendrían falso, lo que es imposible. "No temas,—lo dijo el embajador del Altísimo,—guarda á esa mujer bajo tu techo, porque ninguna mancha humana la ha deshonrado; lo que en ella ha nacido es el fruto del Espíritu Santo." ¿José protesta de su indignidad en el momento que adquiere la certeza de que María lleva en su seno al mismo Autor de la naturaleza? ¿Espone al Angel sus escrúpulos, que debían ser entonces más fuertes que nunca? ¿Pide que esa preciosa copa de honor que le presenta el celeste nuncio, pase de él á un mortal más digno que él? Nada de esto hace: cálmase las borrascas de su corazón, y goza de aquella tranquilidad dulce y profunda que se sucede á las grandes tormentas morales.

Arguyen algunos que las profecías del Mesías eran familiares á José como á todos los hebreos; que él debía saber que los tiempos del Mesías estaban cercanos, y que considerada la santidad de María, que esta llevaba en su seno al Salvador del mundo. La inteligencia de las profecías que versaban

sobre el misterio de la redención, no era tan fácil de obtener como se cree. Sean que las descripciones alegóricas del reino glorioso del *Emmanuel*, del Mesías, hubiesen inducido en error á la Sinagoga; sea que el espíritu codicioso de los judíos no pudiese remontarse encima de la tierra, y lo concretase todo á los bienes terrenales; ello es que el pueblo hebreo, ese pueblo de dura cerviz, había entrado en un falso camino y no quería apartarse de él. El enviado de Dios, el desecado de las naciones, debía ser un legislador, un guerrero, un monarca magnífico y temible como Salomón. Los mismos apóstoles se engañaron por largo tiempo acerca de la misión humilde y pacífica del *Rey pobre que pasaba sin hacer ruido*: veíanlos mecerse en sueños dorados y esperanzas de reinos, aun á la vista de la ciudad deicida, en que su maestro entraba para morir. Solo con grandes esfuerzos pudo traerlos Nuestro Señor al camino del espiritualismo, rectificando sus ideas siempre dispuestas á entrar de nuevo en el estrecho círculo de los bienes materiales y palpables, en que los retenían las ilusiones ambiciosas de los doctores y fariseos tradicionales.

Si, pues, los Apóstoles, esos hombres divinos que fundaron el cristianismo, tuvieron tanto trabajo para despojarse de las preocupaciones de su infancia, siendo así que vivían en medio de los milagros y en la intimidad del Mesías, ¿cómo José, por sí mismo y sin socorro del Altísimo, lo hubiera hecho? El vestido de paño burdo del cortesano, tenía poca analogía con la púrpura de los reyes de Judá, y lo que menos se esperaba era tener el Mesías nacido del pueblo. Por otra parte, la Galilea era el último país en que se hubiera pensado. "Leed la Escritura; decían los doctores de la ley á los discípulos de Cristo, y vereis que nada podemos esperar de la Galilea." En efecto, los profetas habían designado nominativamente á Belén de Judá, Belén, *la casa del pan*, como el lugar del nacimiento del Mesías; y los rabinos comentadores, adelantándose á los profetas, designaban hasta el barrio de la ciudad donde debía nacer (7). José era demasiado humilde para creer que su modesta morada debía abrigar tanta grandeza, y el silencio de María nada tampoco le permitía conjeturar.

En cuanto á la idea de restituir á la Virgen á su familia

por *puro respeto*, como lo pretenden los sabios teólogos que se adhieren á la opinion de san Bernardo, hubiera sido impracticable en una nacion tan recelosa en todo lo que era relativo al honor de las mugeres. Maria era huérfana, y por consiguiente dependia de sus parientes, que no todos eran de carácter pacífico y algunos de los cuales no habian tal vez aprobado la union de su jóven parienta con el oscuro nazareno. Así, pues, es poco probable que se hubiesen contentado con las razones de José, y que hubiesen creído, sin auxyos y mejores datos, que la Virgen estaba en cinta del *Rey Mesías*. Por el contrario, todo induce la presuncion de que ellos hubiesen hecho comparecer al esposo ante el tribunal de los ancianos, para obligarle á dar las explicaciones que motivasen su conducta; porque no se trataba solo de un simple divorcio, sino tambien del estado del niño que llevaba en su vientre Maria, muger jóven, de sangre ilustre, y mal casada en cuanto á fortuna, si contamos los once que, segun san Gerónimo, se habian disputado el honor de enlazarse con la bella heredera de Joaquin.

De esto hubieran resultado dos graves hechos: ó bien José habria guardado silencio, y entonces se le hubiera condenado á tomar por segunda vez á su muger, con prohibicion de no separarse jamás de ella (8); ó bien hubiera afirmado bajo juramento que el niño que llevaba Maria no era suyo, y entonces ese hijo no reconocido quedaba inhábil para todos los cargos públicos; su nacimiento, manchado en su origen, le prohibia la entrada en las asambleas nacionales, las escuelas públicas, el templo y las sinagogas; su posteridad, heredera de su infamia, no habria sido admitida á gozar de los privilegios de los hebreos hasta la décima generacion; finalmente, hubiera sido un *paria*, sin asilo, sin derechos, sin patria, y la sentencia que hubiese deshonrado á su madre, condenándola á ser apedreada, habria tambien marcado su frente y la de sus hijos con el signo reprobador de Cain. Pero nada de esto hubiera sucedido; antes de consentir esa mancha sobre su real genealogia, los orgullosos descendientes de David habrian quizá inmolado á la Virgen con sus propias manos. Tales ejemplos no son raros, y se reproducen todavía en nuestros dias, así en la Judea como en la Arabia (9).

José era demasiado prudente y humano para colocarse en una ú otra alternativa, y encontró, como siempre, que el partido mas generoso era tambien el mejor. Resolvió, pues, dejar su pueblo y la esposa amada, aunque sospechosa, que le habia proporcionado una vida tan dulce y feliz. Cuando se disponia á tan triste separacion, y dormia con un sueño agitado en su lecho solitario, apareciósele el ángel del Señor: "José, hijo de David,—le dijo el enviado celeste,—no temas tener contigo á Maria tu esposa, porque lo que ha nacido en ella ha sido formado por obra del Espíritu Santo. Ella dará á luz un hijo, á quien pondrás el nombre de Jesus, porque él será quien salvará á su pueblo, librándolo de sus pecados." José, despues de aquel sueño y de las palabras del ángel, encontróse enteramente cambiado. El honor que Dios le hacia, transmitiéndole sus derechos sobre su hijo único, no le hizo olvidar su humildad; pero iba á ser padre y era esposo por el corazon, y así es que solo pensó ya en cuidar á Maria y á su divino Niño. La revelacion del ángel habia disipado todas sus dudas.

Pregúntase san Juan Crisóstomo, ¿por qué el ángel del Señor se apareció en sueños á José, y no manifiestamente, como á los pastores, á Zacarías, y á la Virgen? "Es, se responde el mismo, porque José tenia mucha fé, y no necesitaba de una revelacion mas clara. En cuanto á la Virgen, como se le debian anunciar cosas mas grandes y mas extraordinarias que cuanto se habia dicho á Zacarías, era preciso que se le anunciaran antes de que se ejecutasen, y por medio de una revelacion manifiesta. Tambien los pastores, como mas rústicos, tenian necesidad de una vision muy clara. Mas, José habiendo advertido ya el preñado de Maria, *del que concibió amargas sospechas*, y hallándose dispuesto á cambiar su dolor en gozo si alguno se anticipaba á aclararle el misterio, recibió con sumo júbilo la revelacion del ángel.... Esta conducta de la Providencia fué infinitamente sabia, porque sirvió para demostrar la excelencia de la virtud de José, y hacer la historia evangélica mas creíble, representándole agitado por los mismos sentimientos de que cualquier hombre hubiera sido susceptible en iguales circunstancias." (10)



## LIBRO XI.

**Nacimiento del Mesías.**

ENTRE tanto, *el imperio romano* (1) había llevado sus águilas hasta las estremidades del globo; los romanos habían encerrado al mundo oriental como en una red; el sarmata temblaba á su presencia en el fondo mismo de sus desiertos, y los pueblos mas apartados del Asia, los pacíficos chinos, enviaban al César una solemne embajada para solicitar su poderosa amistad. Ya el Egipto y la Siria no eran mas que provincias romanas; la misma Judea era tributaria, y el rey de los judíos, comprando á precio de oro una proteccion caprichosa, apenas era otra cosa que un esclavo coronado. Había llegado al fin la época; los oráculos del Mesías iban á cum-

plirse, el poder de Roma estaba en su apogeo, como lo había profetizado Balaam, y según la gran profecía de Jacob, había salido el cetro de las manos de Judá, porque el fantasma de dignidad real que dominaba todavía sobre la santa ciudad, no era siquiera un fantasma nacional. Entonces fué cuando se publicó en la Judea un edicto de César Augusto, mandando hacer el empadronamiento de todos los pueblos sometidos á su cetro. Este padrón, mucho más exacto y completo que el que se había hecho en el sexto consulado del sobrino de Julio César (2), comprendía no solamente las personas, si que también los bienes y las diferentes cualidades de las tierras; era la base sobre la cual se quería fijar el tributo de la esclavitud (3).

Los gobernadores romanos fueron los encargados del cumplimiento del edicto imperial, cada uno en su departamento (4). Sexto Saturnino, gobernador de Siria, comenzó desde luego por la Fenicia y la Alta-Siria, comarcas ricas y populosas que exigieron un largo y minucioso trabajo. Puede dar una idea aproximada de este empadronamiento, el que Guillermo el Conquistador mandó hacer en nuestra Europa mil años después, á fin de formar el famoso registro conocido de los ingleses con el nombre de *Doomsday-book*. Después de haber ejecutado las órdenes de César en el imperio romano, como asimismo en los reinos y tetrarquías que dependían de él, tres años después de la fecha del decreto (5) se llegó al fin á Belén, precisamente en la época memorable del nacimiento del Salvador. César y sus agentes, al asegurarse de la población y de los recursos del imperio, sólo creyeron hacer una operación administrativa; pero Dios, para sus fines humanos, tenía otros designios, que ellos ejecutaban sin saberlos. Su Hijo debía nacer en Belén, la humilde patria del rey David, porque así lo había revelado por su profeta más de setecientos años atrás; y he allí que todo el universo se conmovía para que se cumpliera esta profecía. El orgullo, pues, y la codicia de los romanos, instrumentos dóciles y ciegos de la divina Providencia, servía también al cumplimiento de aquella profecía: *los hombres se agitan y Dios los conduce*.

Parece que los judíos, fieles á una costumbre antigua, se

hacían todavía inscribir por familias y por tribus. Habiendo David nacido en Belén, sus descendientes miraban aquella pequeña ciudad como su país nativo y la cuna de su casa; así es que se reunieron allí, para dar sus nombres y el estado de sus bienes, en observancia del edicto de César.

El otoño estaba al concluirse; los torrentes se despeñaban con estruendoso ruido al fondo de los valles, el viento del norte silbaba entre los elevados terebintos, y un cielo cargado de pardas nubes anunciaba la aproximación de las nieves. En una mañana triste y sombría del año 748 de Roma (6), veíase á un nazareno muy ocupado en los preparativos de un viage, que sin duda no podía diferir, porque la ocasión parecía mal escogida, y la jóven que le acompañaba y á quien él hacía sentar con precaución sobre la tranquila y suave cabalgadura que las hijas del oriente prefieren aún, estaba muy adelantada en su embarca. De la silla del hermoso animal (7) que montaba la jóven galilea, pendía una cesta de hojas de palmas, que contenía las provisiones del viage; dátiles, higos y racimos secos, algunos panecillos de cebada, y una vasija de barro de Ramla, para sacar agua de la fuente ó de la cisterna. Un odre de fábrica egipcia estaba colgado del lado opuesto. El viajero echó sobre sus espaldas un saco que contenía algunos vestidos, ciñóse con una faja la cintura y envolvióse en un manto de piel de cabra, tomando en una mano su palo encorbado, y agarrando con la otra la rienda del jumento que conducía á su jóven esposa. Así dejaron abandonada su pobre casa, que por sí sola se guardaba, y atravesaron las estrechas calles de Nazareth en medio de los votos por su buen viage y feliz regreso de sus parientes y vecinos, que les gritaban de todas partes: *¡Id en paz!* Esos viajeros, que se ponían en camino en una nebulosa mañana de invierno, eran los humildes descendientes de los grandes reyes de Judá, José y María, que obedientes á las órdenes de un pagano y extranjero, iban á inscribir sus oscuros nombres al lado de los más ilustres del reino.

Ese viage, emprendido en una estación rigurosa, y en un país como la Palestina, debió ser sumamente penoso para la santa Virgen en la situación en que se hallaba, y sin embargo,

nunca se quejó. Esta joven tierna y delicada, tenía un espíritu fuerte y animoso, una alma elevada, que no se enorgullecía con las grandezas, que sabía moderarse en la alegría, y aceptaba en silencio el infortunio. José, que caminaba pensativo á su lado, meditaba sobre los antiguos oráculos, que hacia ya cuatro mil años que prometían un Salvador á su pueblo; dirigiéndose hacia Belén, á donde le conducía la voluntad suprema de un romano, pensaba en las palabras de Michías: "Y tú, Belén, llamada *Effata*, tú eres pequeña entre las ciudades de Judá; pero de tí saldrá Aqueel que debe reinar en Israel" (8). Arrojando despues una ojeada sobre su pobre equipaje y su modesta compañera, cuyo sencillo traje era acomodado á su condicion, recordaba en su espíritu los grandes oráculos de Isaias: "Et se levantará á la vista del Señor, como un vástago que sale de una tierra seca: no tendrá hermosura ni esplendor... nos ha parecido un objeto de menosprecio, el último de los hombres" (9). Y el patriarca comenzaba á comprender los designios de Dios sobre su CRISTO.

A los cinco dias de una marcha penosa, los viageros distinguieron á lo lejos á Belén, la ciudad de los reyes, situada sobre una elevada eminencia, en medio de risueñas colinas plantadas de viñedos, de bosques de olivos y de besnegillos de encinas. Tropas de camellos montados por mugeres envueltas en mantos de púrpura y con la cabeza cubierta de velos blancos; *naks*, ó caballos árabes, aguijoneados á rienda suelta por jóvenes caballeros espléndidamente vestidos, y grupos de ancianos montados sobre blancas pellinas, platicando gravemente como los antiguos jueces de Israel (10), subian á la ciudad de David, compada ya por una multitud de hebreos llegados los dias anteriores. Fuera de la ciudad, aunque poco distante de ella, elevábase un edificio de forma cuadrada, cuyas blancas paredes se destacaban del verde claro de los olivos que cubrian la colina; habíasele tomado por un gran parador de la Persia. Al través de su grande puerta veíanse ir y venir dentro de su vasto patio, una multitud de esclavos y criados; era una posada. José, apretando el paso de la cabalgadura de la Virgen, se dirigió hacia aquella parte, esperando llegar á tiempo de conseguir uno de aquellos aposentos

que pertenecian de derecho al que llegase primero, y que á nadie se rebasaban (11); pero la posada rebosaba de mercederos y de viageros; no quedaba ni siquiera un lugar. Tal vez á peso de oro hubiérase hallado alguno, porque el tesonero era judío, y judío de Belén; mas, José no tenia oro.

Volvió melancólico el patriarca al lado de María, que le recibió con una sonrisa de resignacion, y tomando de nuevo las riendas del pobre animal, rendido de fatiga, se puso á recorrer las plazas y calles de la pequeña ciudad, con la esperanza, aunque en vano, de que algun belenista, caritativo le ofreciese un asilo por amor de Dios. Nadie se lo ofreció. El viento de la noche soplabá frio y penetrante sobre la tierna Virgen, que no profuria ni una queja tan solo, pero que á cada paso se iba poniendo mas y mas pálida, y apenas podia ya sostenerse. José, muy afligido, continuaba sus infructuosas tentativas; y mas de una vez vió abrirse ante un extranjero rico la puerta que bruscanente se le acababa de cerrar á él. Necesario era que el interes, esa pasion dominante de los judíos, hubiese petrificado todas las almas, para que la situacion de María no inspirase compasion alguna á sus odiosos compatriotas. Aproximábase la noche: los dos esposos viéndose rechazados por todo el mundo, y sin esperanza de conseguir un asilo en la ciudad de sus mayores, salieron de Belén, sin saber á donde encaminarse, y se avanzaron á la ventura á la campiña alumbrada por los pálidos resplandores del crepúsculo, y que resonaba con los agudos gritos de los chacales, que buscaban su presa.

Hacia el Mediodia y á corta distancia de la ciudad inhospitalaria, descubriase una oscura caverna abierta en la cavidad de una roca; esta caverna, cuya entrada miraba al Norte, y que angostándose hacia el fondo servia de establo comun á los belenistas, y á veces de asilo á los pastores en las noches tempestuosas. Los dos esposos bendijieron al cielo por haberles guiado á aquel abrigo salvaje; y María, apoyándose sobre el brazo de José, fué á sentarse sobre una roca desnuda, que formaba una especie de asiento estrecho é incómodo en lo mas hondo de la cueva.

Allí fué, en la caverna construida en la dura piedra, como



lo había predicho Isaías (12), y en el momento en que la aparición de la misteriosa constelación de la Virgen mareaba la media noche (13), cuando el *alma* (14) de la grande profecía del Mesías, en medio del solemne silencio de la naturaleza, oculta por una nube luminosa (15), dió á luz á Aquel á quien Dios mismo había eriado *antes que las colinas* (16), y *cuya generacion existia ab-eterno*; á Aquel, á quien David llamaba su *Señor*. El se apareció á los ojos de su pura é inocente madre, sobreogida de asombro, como el rayo del sol que se desprende del seno de las nubes; viniendo así á tomar posesion del trono de su pobreza, mientras que todos los ángeles de Dios, arrodillados ante él, con el rostro cubierto con sus alas, le adoraban en su forma humana (17). Este alumbramiento virginal fué exento de gritos y dolores, y ni un gemido tan solo vino á turbar el silencio de aquella noche de prodigios y misterios. Jesus, milagrosamente concebido, nació mas milagrosamente aun.

Dios preparaba al mundo un espectáculo nuevo y grande, cuando hizo nacer un rey pobre. El palacio que le destinó fué un establo abandonado y desierto, nullo á propósito para aquel que en el curso de su vida debía decir: "Las raposas tienen sus guaridas, los pájaros del cielo sus nidos, pero el hijo del hombre no tiene donde reposar su cabeza." Moises, proscripto al nacer, tenia al menos una cuna de juncos, cuando su hermana, la joven Maria, le abandonó entre las cañas y las plantas sagradas, que al caer de la tarde surgen sus hojas en el Nilo (18); pero Jesus el divino, que vino á habitar entre nosotros para sufrir y morir, no tuvo esta magnificencia siquiera: fué acostado en un pesebre, sobre un puñado de paja húmeda, providencialmente olvidada por algun conductor de camellos del Egipto ó de la Siria, que se apresuró á partir antes del alba. Dios proveyó á la cuna de su Hijo único, como provee á los nidos de las aves del cielo.

Necesario era abrigar á este nuevo Adán, cuyos tiernos miembros hubiera devorado el viento helado de la noche, y á quien el pudor debía cubrir tanto como la indigencia. Abriólo, pues, Maria, con el velo de lana con que cubria sus castas manos. Entonces el Dios recién nacido fué adorado

por ella y por su esposo, como en otro tiempo lo habia sido por sus padres el antiguo José, el mas bello tipo de Jesucristo.

"Ah, Maria!—esclama san Bernardo,—ocultad solamente el esplendor de ese nuevo sol, ceñid con pobres pañales á ese Dios niño; esos pañales son vuestras riquezas; los pañales de mi Salvador son mas preciosos que la púrpura, y este pesebre es mas glorioso que los tronos de los reyes; la pobreza de Jesucristo es mas rica que todos los tesoros!"

San Basilio, descorriendo el velo con que Maria encubria el fervor y arrobamiento que experimentó su alma, nos la muestra dividida entre el amor de madre y la adoracion de la santa. "¿Cómo os deberé yo llamar?—decia la hija de los patriarcas, dirigiéndose á su Hijo-Dios. ¿Cómo debo llamarme?... ¿Un mortal?... pero yo os he concebido por obra divina... ¿Un Dios?... pero tenéis forma humana. ¿Debo acercarme á vos con incienso á ofreceros la leche de mis pechos? ¿Debo prodigaros los cuidados de una madre tierna, ó serviros como vuestra esclava, con la frente humillada en el polvo? ¿Oh contraste maravilloso! ¿el cielo es vuestra morada, y os meceo sobre mis rodillas! ¿Estais en la tierra, y no estais separado de las regiones celestiales; los cielos están con vos!" Así es como se cumplieron los grandes oráculos de Micheas y de Isaías.

"Habia en las cercanías unos pastores, que pasaban la noche en el campo, velando sucesivamente para guardar sus rebaños. De repente presentóse ante ellos un ángel del Señor, y viéronse rodeados de una luz divina, lo cual les llenó de un temor inmenso." Entonces el ángel les dijo: "No temais, porque vengo á traeros una nueva que será para todo el pueblo motivo de grande regocijo; hoy mismo, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es el CRISTO. He aquí la señal con que le reconoceréis: encontraréis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. En el mismo instante juntóse al ángel un grande ejército de espíritus celestiales alabando á Dios y diciendo: GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS, Y PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD." (19)

La vision maravillosa habia desaparecido, los cánticos celestiales cesado, y los pastores inclinados sobre sus mudos

cayados, escuchaban todavía. Cuando las brisas de la noche gimieron solas en el valle, y no quedó en el cielo un solo punto blanco y radioso que pudiese parecer un ángel, los pastores se reunieron en consulta, y se dijeron unos á otros: "*Vamos á Betén, y veámos lo que ha sucedido.*" Entonces, llenando sus cestos con sencillos presentes, tales como podían proporcionarles sus cabanas, abandonaron sus rebaños á la custodia de los ángeles de la soledad; y á la brillante claridad de las estrellas se encaminaron á la pequeña ciudad de David. A la vista del pobre establo, sintieron, como los discípulos de Emmaus, que su corazón se llenaba de gozo, y exclamaron: "¿Quizá es aquí! porque sabían que el Niño divino no había nacido bajo ricos artesanos, ni estaba acostado en una cuna suntuosa como un tropo: nada de eso les había anunciado el ángel. Avanzaron, pues, con fé, con esperanza y con amor, hácia el pesebre abandonado, donde tuvieron la felicidad de encontrar al Salvador prometido, pues ellos le venían á buscar con intenciones rectas y almas puras.

Mirando al fondo de la caverna, para asegurarse de si habían llegado realmente al término de su romería nocturna, *esos hombres de buena voluntad* descubrieron á Aqret, que venía á anunciar el Evangelio á los pobres, y á abolir la maldición de la esclavitud, bajo la humilde forma de un niño tranquilamente dormido en un pesebre.

La Virgen, inclinada sobre su recién nacido, le contemplaba con humildad afectuosa y ternura profunda; José, por encima de ellos, encorbaba su cabeza de anciano ante ese Hijo adoptivo, que es Dios. Un suave rayo de luna alumbraba ese grupo divino, que forma un cuadro interesante con las paredes rojizas de la cueva. Fuera de ella, todo dormía con aquel silencio magnífico y solemne de una noche estrellada (20).

Aquí es, se dijeron los pastores; y arrodillándose respetuosamente ante el pesebre del Rey de los reyes, ofrecieron al Dios pobre que acababa de nacer, el óbolo y los homenajes del pobre.

En seguida se pusieron á contar la aparición de los ángeles, sus armoniosos conciertos, sus palabras de esperanza, de paz y de amor. José admiró aquella manifestación divina, y María,

que escuchaba en silencio esta sencilla narración, grababa todas las palabras en su corazón. Cumplido aquel deber y terminada su misión, los pastores de Judá se retiraron alabando á Dios, y esparcieron en las montañas la nueva de las maravillas de aquella santa noche. Penetrados de asombro los que les escuchaban, se decían entre sí: "¿Es esto posible? ¿Estamos acaso en los tiempos de Abrahán, en que los ángeles visitaban á los pastores?"

Quizá fueron esas narraciones, hechas al caer de la tarde á la orilla de los bosques, ó en el fondo de los barrancos, mientras que los camellos bebían juntos en la fuente solitaria, las que indujeron á una tribu de árabes del desierto á divinizar á María y á su Hijo. La dulce imagen de la Virgen, teniendo á su Hijo sobre sus rodillas, fué esculpida en una de las columnas de la Coaba, y puesta solemnemente en el número de las trescientas sesenta dividades de las tres Arabias. Ahí permanecía aun en tiempo de Mahoma, como lo atestiguan graves historiadores árabes (21). Después del degüello de los santos Inocentes, esta valiente tribu se levantó instantáneamente cual un hombre solo, lanzó un grito de venganza, y sin espantarse del número atacó al hijo de Herodes, no obstante que era vasallo y protegido por los romanos (22).

Esta anécdota auténtica, tan curiosa y tan generalmente ignorada, viene en apoyo del hecho sobrenatural contado por san Lucas, hecho que los filósofos mofadores de la escuela volterriana, y los adeptos del panteísmo, mas paganos aun, si es posible, se han atrevido á relegar á la región de las fábulas. La devoción extravagante de esos árabes, que mezclan la idolatría con el culto del verdadero Dios antes de la predicación del Evangelio, no puede referirse sino al conocimiento de los milagros de la santa noche de Navidad.

El octavo día después de su nacimiento, el Hijo de Dios fué circuncidado, y llamado Jesús, según la orden de su Padre celestial. Debíó tener un padrino, como todos los israelitas; pero ignórase completamente á qué hombre favorecido por Dios, cupo tan señalado honor. En cuanto á la ceremonia de la circuncision, que se hacia siempre bajo los auspicios de Elias, cuya asistencia invisible no faltaba jamás, según decían

los hebreos (23), tuvo lugar, según san Epifanio, en la misma cueva en que nació Jesús; y san Bernardo presume, con bastante verosimilitud, que san José fué su ministro.

Unos hombres del pueblo, dóciles al llamamiento de los ángeles, habían ido á adorar en su pobre pesebre al Niño Dios, y á partir con él su pan negro y la leche de sus cabras. Un milagro mas grande aun y de mas alta fama, originado por un hecho enteramente distinto, condujo poco tiempo despues á la misma cuna las primicias de la gentilidad convertida. Los pastores de Judá habían tomado la iniciativa; tocábale, pues, su turno á los sabios y á los reyes.



## LIBRO XII.

### Adoracion de los Magos.

EN el curso del otoño que precedió al nacimiento de Jesucristo, los Magos caldeos, tan hábiles en estudiar la marcha de los astros, descubrieron una estrella de primera magnitud, que por su rápida carrera y otras señales no menos ciertas, la tomaron por *aquella estrella de Jacob*, predicha por Balaan

deado mucho tiempo atrás, que debía aparecer radiosa en el horizonte en la misma época del nacimiento del Mesías. Según las antiguas tradiciones de Iran, recogidas por Abulfarago, Zoroastro, el restaurador de la religión de los Magos, hombre de mucha ciencia, grande astrónomo, y muy versado además en la teología de los hebreos (1), anunció, bajo el reinado de los primeros sucesores de Ciro, y poco después del restablecimiento del templo, que un Niño divino, destinado á cambiar la faz del mundo, naciera de una Virgen pura é inmaculada, en la región mas occidental del Asia. Añadió, que una estrella desconocida en su horizonte señalaría este noble acontecimiento, y que á su aparición los Magos deberían por sí mismos llevar presentes á este jóven rey. Píeles y religiosos ejecutores de las voluntades de Zoroastro (2), tres de los mas ilustres sabios de Babilonia apenas hubieron observado la estrella, cuando hicieron resonar la trompeta de partida. Dejando detras de ellos la ciudad de los Seleucides con sus elegantes edificios de madera de palmera (3), y Babilonia, donde el viento del desierto, llorando sobre sus inmensas ruinas, parecía contar á esos silenciosos restos los asombrosos oráculos del hijo de Anós, salieron del país de los dátiles, y tomaron el arenoso camino de la Palestina. Delante de ellos, enal la columna luminosa que guiaba en otro tiempo hácia las desiertas playas del mar Rojo á las turbas fugitivas de Israel, marchaba la *estrella del Mesías*. Ese nuevo astro, libre de las leyes invariables que rigen á los globos del firmamento, no tenia un movimiento regular, ni que fuese propio; ya se adelantaba á la cabeza de la caravana, siguiendo siempre una línea recta hácia el occidente, ya permanecía estacionaria encima de las tiendas levantadas para pasar la noche, y parecía balancearse suavemente en el seno de las nubes, cual un alabastro dormido en las regiones aereas. Al despuntar el alba, daba la señal de partida, como habia indicado el lugar del reposo (4).

Por fin, divisáronse á lo lejos las elevadas torres de Jerusalem, en medio de las cimas desnudas y salvajea de sus montañas; los camellos y las yeguas apagaban su sed en una fuente que se hallaba en el camino, cuando los magos lanzaron un grito de sorpresa y de espanto: la estrella acalaba de ocultarse en

las inmensidades del cielo, como una criatura inteligente que descubre un peligro cercano (5).

Tan desconcertados entonces como los navegantes de los antiguos tiempos cuando una masa de negras nubes les ocultaba la estrella polar, los magos se consultaron entre sí. ¿Qué significaba la desaparición de su brillante conductora? ¿Habían llegado, quizá, al término de su largo viaje, y debían levantar ya la tienda de su morada? Era muy posible, y aun probable, que el Rey Niño, á quien ellos venían á adorar desde las riberas del Tigris, se encontrase en Jerusalem. *El Dios del cielo*, dijeron, no prolonga inútilmente sus milagros; estos cesan, cuando los agentes humanos bastan; esto está en el orden natural. ¿Qué importa que nos haya dejado la estrella? ¿No podemos hallar sin su auxilio, al que venimos á buscar, en la capital de sus estados? Para encontrar la cuna del jóven rey Mesías, bastará entrar en la primera calle que esté cubierta de verdes ramos, perfumada con esencia de rosa, y entapizada con ricas colgaduras de brocado de oro; el sonido de las harpas de los hebreos, sus coros de danzas y sus gritos de alegría nos indicarán bastante la dirección que debemos seguir. Aapresurando entomeca el paso de sus cabalgaduras, atravesaron la puerta de la muralla, protegida y dominada por una elevada torre reputada por inexpugnable, y penetraron en la antigua Sion, entre dos filas de soldados bárbaros.

El aspecto de Jerusalem era melancólico: su población, ocupada y silenciosa, no tenia aire de júbilo ni de fiesta; únicamente se formaban algunos grupos de distancia en distancia, para ver pasar á los viajeros, á quienes se reconocía por los sátrapas del gran rey por sus largas túnicas blancas, apretadas con magníficos cinturones de color de aurora, por sus *barbubens* (6) ó brazales enriquecidos con piedras preciosas, y sobre todo por la belleza varonil de sus fisonomías. Los caballeros orientales continuaban su camino, inclinándose á veces sobre el cuello de sus dromedarios, para preguntar á alguno de los numerosos espectadores que se aglomeraban á su alrededor: *donde estaba el rey de los judíos recién nacido*, cuya estrella habían visto en Babilonia. Los habitantes de Jerusalem se miraban con sorpresa, sin saber qué responder á

esa pregunta... Un rey de los judíos... ¿qué rey? Ellos no conocían más que á Herodes, á quien aborrecían en el fondo de su alma, y que no tenía ningún hijo en la cuna. Asombrados los Magos á su vez, de que todos los hebreos á quienes preguntaban les manifestasen su ignorancia, y no viendo, por otra parte, en la ciudad ninguna señal de regocijo, subieron consternados la calle populosa que conducía al antiguo palacio de David, y fijaron sus tiendas en sus patios ruinosos y sombrados.

Entre tanto, la aparición de aquellos grandes de la Persia, que viajaban entonces tan raramente en las montañas de la Judea, sus sorprendentes preguntas, que asombraron á toda la población, á quien tenía en la mayor alarma el rígido sistema de espionaje seguido por Herodes (7), puso muy pronto en conmoción á la ciudad mas sediciosa y revolucionaria del Oriente. El nombre del rey Mesías pronunciado por los fariseos, siempre prontos á inquietar al anciano monarca con el recuerdo de su casa y la duración de su poder, cayó en medio de los grupos de curiosos, como una chispa sobre el rastrojo. ¡El rey Mesías!... En la libertad, la conquista, la gloria, la bandera de Judá flotando vencedora sobre el mundo vencido! Los sátrapas de Persia pasaban por los primeros astrólogos del mundo (8); y habían sin duda leído en los astros el nacimiento del *Goel* (9) hebreo. El heredero de los reyes de Judá iba á subir al trono de sus abuelos, y á arrojar de él á la raza de Herodes, esos *medio-judios* que no eran sino los esclavos de Roma. Un sordo rumor, parecido al que precede á las grandes tempestades del océano, circuló al instante en las casas, en las calles y en las plazas públicas. Jamás los judíos se sintieron menos dispuestos á obedecer el edicto real, que les prohibía no mezclarse en otra cosa que en sus negocios particulares (10). En vano coronaban las murallas y las plataformas de las torres los feroces soldados de Herodes: el pueblo había recuperado su fuego; no temía, y conspiraba públicamente. *En todo Jerusalem se notaba una efervescencia desconocida, y muy luego llególe su vez al tirano de temer también.*

Herodes habitaba entonces su palacio de Jerusalem, cuyos jardines, llenos de flores, poblados de pájaros raros, y entre-

cortados por límpidos arroyuelos, que iban á perderse bajo los ramáges de un pequeño bosquecillo (11), no podían distraerlo de los sombríos recuerdos y de las siniestras previsiones que le atormentaban, haciéndole pasar una vida sobresaltada. Instruido por el jefe de sus espías de la llegada de los Magos, y de sus extrañas preguntas, su vasta frente, surcada por arrugas profundas, se oscureció como un horizonte tempestuoso, y su inquietud se dió á conocer á todos.

Concíbese muy bien la turbación del rey de los judíos, y se explica perfectamente por su posición. Herodes no era ni el ungido del Señor, ni el elegido del pueblo: un ramo de laurel cogido en el recinto idólatra del capitolio, formaba su corona tributaria, corona de esclavitud entretregida de espinas, y cada hoja de la cual había sido pagada con montones de oro arrojado á las economías del rico y á la indignancia del pobre. Aborrecido de los grandes, cuyas cabezas hacia rodar á la menor sospecha; temido de sus parientes, cuyas tumbas llenaba trágicamente; odioso á los sacerdotes, cuyos privilegios había pisoteado; detestado del pueblo por su religión problemática y su origen extranjero; Herodes no podía oponer mas que sus cortesanos, sus sicarios, sus esclavos, y la secta opulenta, pero poco numerosa de los herodianos, fascinados por su magnificencia, al odio activo, ardiente y abiertamente declarado del resto de la nación. El amigo de César era insultado frecuentemente por sus indómitos vasallos; los fariseos, secta artificiosa y muy poderosa, le habían recusado con bafa y escarnio el juramento de fidelidad; los esenios, cuyo valor en los combates les hacía temibles, habían seguido el ejemplo de los fariseos; y los jóvenes y entusiastas discípulos de los doctores de la ley acababan de derribar en medio del día con sus hachas vengadoras el águila de oro, que por complacer á los romanos había hecho colocar sobre la puerta principal del templo.

Por todas partes se urdían conspiraciones contra la vida del príncipe, en las cuales se aliaban reservadamente sus parientes y amigos mas queridos; y en muy poco estuvo que no muriese á vista de todos, bajo el puñal de algunos jóvenes exaltados, que creyeron hacer una acción virtuosa y patriótica,

desembarazando la tierra de un príncipe que reinaba como un loco (12). Atribuyendo ese atrevimiento inaudito al menosprecio que inspiraba su ancianidad, agotó todos los secretos de la ciencia para rejuvenecerse (13). Quiso persuadirse á sí y á toda la nación, que era siempre aquel Herodes, joven y arrogante, que aventajaba á la mayor parte de los hebreos en los juegos gimnásticos: Herodes, el bizarro caballero, el diestro cazador, el bello y desdichoso monarca que había despreciado el amor de aquella célebre reina de Egipto, por quien Antonio había perdido el imperio del mundo. Pero ¡ay! los blancos cabellos que comenzaban á mezclarse con la negra cabellera de sus hijos, sus ardientes deseos de reinar, el espíritu inquieto y revolucionario que se notaba en el pueblo, y la insolencia de los bandidos que comenzaban de nuevo sus robos en la Galilea, le revelaban claramente que su terrible reinado tocaba ya á su fin. Agobiado por tantas sospechas, y desconfiando de sus mismos espías, vagaba solo y disfrazado algunas noches por las calles y las plazas públicas de su capital (14). Allí oía por sí mismo las sordas imprecaciones, los insultos sangrientos, y las burlas amargas que llovían sobre el *hombre sin abuelos, el Ascalonita, la bestia salvaje*, que había asesinado á su inocente esposa, una perla de belleza, un modelo de honor, y que había hecho ahorcar en seguida á los hijos que tuvo de ella; aquellos dos príncipes tan melancólicos, tan hermosos y tan valientes, á quienes el pueblo amaba tiernamente, en recuerdo de los héroes asmeones, sus abuelos, y de su infortunada madre. El día siguiente de esas escursiones nocturnas, era un día de suplicios, de desolacion, y de llanto: á nadie se perdonaba; el hacha del verdugo, despues de haber derribado las cabezas mas nobles, descendía hasta el polvo. Así, pues, por do quiera se ofrecían votos contra la vida del príncipe; y siempre que la falsa noticia de su muerte se extendía por las provincias lejanas, ya fuese por acaso, ya de propósito, el pueblo acogía con ávido placer el cebo engañador que lisonjeara sus deseos, y se apresuraba á encender por todas partes, en señal de alegría, hogueras, que apagaba con sangre el mismo Herodes.

En medio de estos elementos de discordias civiles, cuando

bullía sordamente en todo el ejército el pensamiento de rebelion, y en fin, cuando la revolucion, cual un fruto maduro, parecia provocar los conatos de los sediciosos, llegan á Jerusalem unos estrangeros distinguidos, que preguntan, sin misterios ni rodeos, por *el rey de los judios recién nacido*, cuya estrella habian visto. Herodes se admira; interroga ansiosamente á sus recuerdos; las fatales predicciones contra su dinastía que hacen circular los fariseos, los orientes de los profetas, á los cuales no habia prestado hasta entonces mas que una atencion distraida y secundaria, todo se agolpa á su memoria. Ese Mesías guerrero, ese descendiente de David, que debe pasar desde el oriente al ocase sus banderas victoriosas, empieza á inspirarle vagas inquietudes. No es Dios quien así hace estremecer al anciano monarca; es el príncipe. Cuánto mas discurre, tanto mas le parece corresponder este acontecimiento misterioso á un vasto complot que tiende á levantar sobre las ruinas de su trono un poder oculto y rival. ¿Y qué! ¿habría él derramado como agua la sangre ilustre de los macabeos, sin inquietarse de si hacia latir el pecho de su esposa y de sus hijos; habria pulverizado bajo las ruedas de hierro de su despotismo, cuanto le oponia alguna resistencia; habria perdido su alma, su honor, el reposo de sus noches, en que le turbaban el sueño sus sangrientas victimas (15)... y esto, ¿para qué? para allanar el camino del trono á la familia de David (16)... Ese cetro tan caraamente comprado, ese cetro humedecido todavia con la sangre de los suyos, ¿no seria, pues, sino una caña estéril y maldita, que el viento de la muerte rompería sobre su tumba?... ¿Debia pasar como el relámpago de una noche tempestuosa sobre esta tierra, cuya antigua gloria volvería despues de él á florecer con toda brillantez!... Y ese pueblo, que le aborrecía con un odio tan intenso y mortal que sus mismos beneficios no podian extinguirle, ¿con cuánto amor y simpatías no reducirian al vástago de sus antiguos reyes! Esta última idea se derramaba, amarga como el acibar, sobre el corazón sombrío y desolado del anciano rey; porque en medio de sus actos de violencia, experimentaba la necesidad de ser amado; necesidad extraña ciertamente, pero muy real en aquella naturaleza escepcional,

que parecía formada de contrastes, y que tenía emulidades muy nobles, puestas al servicio de la pasión más dominante y cruel que puede devastar el alma humana: la ambición.

“Que ese niño sea príncipe de la tierra, ó profeta de Dios, dijo Herodes después de un momento de silencio, es preciso que muera... y morirá, aunque estuviese seguro de extinguir con esa débil centella todas las glorias que nuestros sabios sueñan para el porvenir. ¿Qué importa que los hebreos sean esclavos y miserables después de mi muerte! Ellos han repudiado mi gloria, ajado mi nombre y renegado de mi política... por más que yo haya derrinado mi sangre por ellos en veinte campos de batalla, que los haya alimentado durante la carestía, que haya decorado su ciudad con soberbios palacios y realizado el templo de Jehová; no por eso dejo de ser á sus ojos, Herodes el extranjero, Herodes el profésito, Herodes el verdugo!... Y otro vendría á hacerles grandes y felices, á fin de que después hollasen mi memoria! No; yo seré aborrecido, pero no eclipsado; y si la estrella de mi reinado ha sido siniestra, á lo menos será, en cuanto yo pueda, la última estrella de su cielo... Pero ese hijo de David no es más que un niño, que tal vez gime aun... ¿de dónde me viene, pues, esta cobarde compasión? Atalia, esa hábil muger, que también sabía reinar, no olvidó, cuando se hizo morir á la real familia de Judá, sino á un niño en la cuna... y aquel niño le arrebató el trono y la vida... Yo procuraré no olvidar á nadie. Empero, ¿dónde se oculta ese rey de los judíos recién nacido, que proclaman los astros, y á quien vienen á buscar estos insolentes sátrapas á la puerta misma de mi palacio?... ¿Será, en efecto, el *Sañó* profetizado por Jacob?... ¿ó son, quizá, puras delirios de astrólogos?... No importa; es preciso cerciorarse de ello.” Pocas horas después, los doctores de la ley y los príncipes de los sacerdotes, reunidos en consejo bajo la presidencia de Herodes, escuchaban una pregunta que les parecía bastante estraña en boca de tal príncipe: *¿En qué lugar debe nacer el Mesías?*

La respuesta, que no se hizo aguardar, fue unánime: *en Belen de Judá.* Y los ancianos de Israel, gozosos de inquietar al amigo de los romanos, añadieron, que tocando ya á su fin

la última semana de Daniel, los tiempos del Mesías estaban ya próximos. Estas indicaciones poco satisfactorias, no bastaron para tranquilizar á Herodes, que deseaba saber á donde dirigir sus golpes; por lo cual resolvió interrogar á los Magos, y averiguar, si le era posible, la época precisa del nacimiento del niño, calculada sobre la de la aparición de la estrella. Demasiado hábil político el rey para conceder á los sabios de Iran una audiencia pública, que hubiera dado gran importancia á un rumor que le importaba mucho sofocar, les hizo llamar en secreto, y los estrechó con reiteradas preguntas sobre el tiempo en que se les apareció la estrella. “Informase minuciosamente, no del niño, sino de la estrella, dice san Juan Crisóstomo, á fin de guardar toda la circunspección y reserva posible en el lazo que quería tenderles.” Instruido de lo que deseaba saber, el sanguinario Herodes despidió á los extranjeros de una manera afable y graciosa. “Id, les dijo, á Belen, é informaros exactamente de ese niño, y cuando lo hayais encontrado participádmelo inmediatamente, á fin de que yo vaya también á adorarle.”

Los Magos, como todos los hombres superiores, como todos los hijos de la meditación y de la ciencia, eran buenos, sinceros y nada inclinados á sospechar mal. Comprendían en un príncipe el despotismo y la crueldad, pero no la mentira; porq̄e la primera cosa que los reyes de Persia aprendían en su infancia, era el decir la verdad. Dieron, pues, crédito á las falsas palabras del Idumeo, y volviendo á pasar bajo los elegantes pórticos de su palacio, que competía en magnificencia con los del gran rey, pero que no tenía en medio de sus soberbios bronces y de sus arcos la campana de oro de los *suptientes* (17), dejaron á Betzetha (18), mandaron plegar sus tiendas, y atravesaron por segunda vez la ciudad santa para encaminarse al lugar presumido del nacimiento del Mesías. Cuando se alejaban de las murallas enriquecidas con los trofeos del nuevo anfiteatro, cuya desusostimbrada decoración era objeto de inagotables sarcasmos para los fariseos, encontraron al rey Herodes, que rodeado de un verdadero bosque de lanzas tracias y germanas, se dirigía hácia Jericó (19).

Los persas salieron de Jerusalem por la puerta de Damasco,

y tomando la izquierda, se empeñaron en profundos barrancos, cortados por colinas, que los fué necesario trepar. Hallábanse con corta diferencia, á una hora de marcha de la capital de la Judea, y daban de beber á sus camellos en una cisterna, cuando apareció en el cenit un punto brillante; y descendió rápidamente hacía ellos cual una exhalacion. *¡La estrella! ¡nuestra estrella!* gritaron los esclavos, transportados de alegría. *¡La estrella!* repitieron sus dueños con el mismo entusiasmo; y cuartos esta vez de haber encontrado el buen camino, se volvieron á poner en marcha con nuevo aror.

Disponjansé á entrar en la ciudad de David, cuando la estrella, inclinándose al Mediodia, se detuvo de repente encima de una cueva abandonada, que tenia la apariencia de un establo rústico, y descendiendo á lo mas inferior de la atmósfera, vino á colocarse, por decirlo así, sobre la cabeza del Niño Dios. La vista de aquel astro inmóvil, cuyos dulces rayos caian como una manga luminosa sobre esta gruta escavada en la roca, llenó á los Magos de una gran fé; y era, en efecto, preciso que su fé fuese grande, para reconocer al rey Mesías en un niño desprovisto de todo, alojado en una pobre caverna, acostado en un pesebre, y cuya madre, aunque hermosa y llena de gracia, era evidentemente de una condicion muy oscura.

Dios, que sin duda queria hacer avergonzar á los juulos de la dureza de sus corazones; manifestádoles el celo religioso y la fé dócil de los infieles, permitió que la extraordinaria humillacion de la santa familia no hiziese vacilar la firme creencia de los Magos.

Los adoradores del sol, los gentiles, á quienes la Cruz venia á salvar como á los hijos de la promesa, penetraron en la miserable morada del Cristo, con tanta veneracion como en sus templos contruidos encima de fuegos subterráneos, donde giraban esferas estrelladas (20). Segun la costumbre de su pueblo, llevaron á su frente el polvo de la misera morada, y despues de haberse descalzado sus ricas sandalias, adoraron al recién nacido, como los hijos de Oriente adoraban entonces á sus dioses y señores. Abriendo en seguida unos cofrecitos de madera olorosa, en que estaban los presentes destinados al Mesías, sacaron el oro purísimo recogido en las cercanias de

Ninive la grande, y los perfumes cambiados por frutos y perlas con los árabes del Yemen. Estos dones misteriosos nada tenian de sangriento, como las ofrendas de los judios. La cuna de Aquia, que venia á abolir los sacrificios de la Sinagoga, no debia regarse con sangre; por esto los Magos no le inmolaron corderos sin mancha, ni blancas vaquillas; ofreciéronle oro, como á príncipe de la tierra; mirra é incienso, como á Dios (21). Despues, postrándose ante Maria, á quien encontraron *bella como la luna y humilde como la flor de Nymphar*, invocaron sobre ella las bendiciones de Dios, *deseándola que la mano del infortunio no la alcanzase jamás.*

Esta fué la última escena de esplendor en que figuró la Virgen Santísima. El primer periodo de su vida, cual un dulce sueño del Guinistan, habíase deslizado bajo artesonados de cedro y oro, en medio de los perfumes sagrados, de los cánticos magestuosos y el sonido de las liras y las arpas. El segundo, lleno de prodigios y misterios, la habia puesto en relacion con los habitantes del cielo y los príncipes del Asia. El tercero iba á abrirse bajo auspicios bien diferentes; llegada su vez á las persecuciones, á las angustias secretas, y á los dolores inconcebibles.

Los Magos, entre tanto, á quienes nada detenia ya en la Judea, y deseaban publicar cuanto antes en su lejana patria el feliz éxito de su expedicion, se dispusieron á salir de Belen. Proponianse, segun su promesa, ir á encontrar al rey á su palacio de Jericó, para decirle donde estaba el Mesías; pero el Angel del Señor les reveló en sueños los negros designios de aquel príncipe pérfido, y les intimó la órden de cambiar de ruta. Los hijos de Zoroastro dieron gracias al Señor del sol y de la estrella de la mañana; atribuyeron esa revelacion á su genio tutelar (22), y mercediendo por su gran hostilidad el bien de la fé, que recibieron mas tarde (23), en lugar de costear las playas estériles y peligrosas del lago maldito, que refleja sobre sus sucias y estancadas aguas las sombras de las ciudades réprobas, dirigieron la cabeza de sus camellos hacía el lado del grande océano, y se creyeron transportados á las llanuras plantadas de dátiles (24) y sembradas de rosas, que banan el Eufrates y el Bend-Emir, recorriendo las hermosas orillas de la Siria.





## LIBRO XIII.

**La Purificación.**

CUARENTA días después del nacimiento del Salvador; la Virgen se creyó obligada á ir á Jerusalem, para obedecer el precepto del Levítico, que prescribía la purificación de las madres y el rescate de los primogénitos. Sin duda que esta ley no obligaba á María; porque si era la madre del Redentor,

también era cierto que había quedado Virgen, y que su concepción sin pecado había sido seguida de un alumbramiento sin mancha. "Empero, sometiese voluntariamente, para ejemplo del mundo, á una ley penal, á la cual no estaba sometida, dice Bossuet, sino porque era desconocido su alumbramiento virginal." María, bien lejos de manifestar al mundo el prodigio asombroso de su maternidad virginal, le cubrió con un triple velo, y quiso confundirse humildemente entre la multitud.

José y María, equipados pobremente y perdidos entre la muchedumbre, cuando su primera aparición en el camino de Ephrata, no habían atraído las miradas de nadie, ni dejado tras ellos esos grandes recuerdos que se elevan al estado de tradición entre los pueblos. Sin embargo, no fué así cuando su viñeta á Jerusalén, gracias, sin duda, á las maravillosas relaciones de los pastores y á la brillante visita de los Magos. A corta distancia de Belén, María, á fin de alimentar á su divino hijo, sentóse bajo un terebinto; y aquel árbol, según la creencia general del país, tuvo desde entonces una virtud oculta, que durante seis siglos obró gran número de maravillas. Así lo cuentan, al menos, los cristianos del Asia, y los turcos; porque este árbol era, ha doscientos años, un objeto de veneración y un lugar de romería. (1)

Los dos esposos, después de aquel breve rato de descanso, cuya memoria se ha conservado, llegaron á la tumba de Raquel (2), donde todo hebreo debía orar antes de seguir su camino. Este túmulo de los tiempos primitivos, que se componía de doce grandes piedras cubiertas de musgo, y sobre cada una de las cuales se leía el nombre de una tribu de Israel, no tenía por epíteto sino una blanca rosa de Siria; dulce y frágil emblema de la belleza de aquella joven que, enal la flor de Job, se había marchitado en el momento de abrirse. Al detenerse, para rezar la oración de los muertos sobre el polvo venerado de uno de los santos de su pueblo, José y María no se imaginaron siquiera que los quejidos de la paloma, que la Escritura presta á aquella hermosa Asiria, tendrían tan pronto su aplicación, y que la madre de José y Benjamín era el tipo de las madres desoladas que algunos

días después debían llorar, sobre las montañas de Judea, á sus hijos asesinados en lugar de Jesucristo.

Al salir del valle de Rephaim, cuyas encinas seculares sombreaban las herbosas tumbas de los gigantes de la raza de Enoc, la Virgen fijó sus ojos en un árbol de aspecto siniestro, cuya vista le oprimió fuertemente el corazón; era un olivo estéril, que desplegaba al soplo de las brisas de la tarde su pálido follaje, y cuyo ruido lúgubre asemejábese á un quejido humano. María, al pasar bajo su mustio ramaje, que ningún pajarillo alegraba con sus trinos, experimentó esa sensación de frío mortal que causa la sombra venenosa del funesto manzanillo. Aquel árbol, si algo vale la tradición local, era el madero infame donde fué crucificado el Cristo (3).

En el momento en que José y María penetraban en el sagrado recinto, con los siglos de plata del rescate y las palomas del sacrificio, un santo anciano llamado Siméon (4), á quien se había revelado, por disposición divina, que no moriría sin que hubiese visto al Cristo del Señor, entró en el atrio impulsado por el espíritu de Dios. A la vista de la santa familia, se sintió inspirado el pecho del hombre justo; y adivinando al rey Mesías bajo las pobres mantillas del niño del pueblo, le tomó de los brazos de su madre, le levantó á la altura de su rostro, y se puso á contemplarle con el mayor asombro, mientras que lágrimas de gozo rodaban por sus venerables mejillas. "Ahora es cuando, ¡oh Señor!—exclamó el piadoso anciano, levantando sus ojos humedecidos al cielo,—ahora es cuando vos dejaréis morir en paz á nuestro siervo, según vuestra promesa, porque mis ojos han visto al Salvador que nos habéis dado, y á quien destináis para ser espuesto á la vista de todos los pueblos, como la luz de las naciones y la gloria de Israel." Siméon, al concluir estas palabras, bendijo solemnemente á los dos esposos; y dirigiéndose en seguida á María, después de un silencio triste y grave, añadió, que aquel niño nacido para la salvación y pérdida de muchos hijos de Israel, sería objeto de la perversidad de los hombres, y que el dolor traspasaría el alma de su madre como la punta acerada de un cuchillo.

A esa luz inesperada, que arrojaba una sombría claridad sobre el gran destino del Cristo, reveláronse de repente á la

santa Virgen las ignominias, los tormentos y las agonías de la cruz. Las aciagas palabras de Simeon la hicieron inclinar su cabeza como un viento de tempestad, y su corazón se oprimió dolorosamente (5). Empero, María sabía aceptar, sin quejarse ni murmurar, cuanto la venía de Dios. Sus labios pálidos se arrimaron á ese cáliz de acibar y de hiel; ella le agotó hasta las heces, y dijo en seguida con dulzura, devorando ens lágrimas: *¡ Señor, hágase vuestra voluntad!* En aquel momento, la hija de Abrahán elevóse mas alto aun que el gefe y el padre de su pueblo: ella también inmolaba á su hijo sobre el altar del Señor; pero tenía la triste certidumbre de que el sacrificio sería aceptado, y *¡ ella era madre!* " Si ella hubiese podido, dice san Buenaventura, hubiera aceptado para sí misma los tormentos y la muerte de Cristo; pero para obedecer á Dios, le hizo la grande ofrenda de la vida de su adorado hijo, dominando, si bien con un profundo dolor, la estremada ternura con que le amaba."

Reflexionaba aun la santísima Virgen en estos grandes pensamientos, cuando llegó una profetisa llamada Ana, hija de Samuel, de la tribu de Aser: esta casta viuda estaba continuamente en el templo, sirviendo á Dios noche y día entre el ayuno y la oración. A la vista del divino Niño, se puso á alabar al Señor en alta voz, y á hablar de él á todos los que esperaban la redención de Israel.

" No solamente, dice con este motivo san Ambrosio, los ángeles, los profetas y los pastores publican el nacimiento del Salvador, sino que también los justos y los ancianos de Israel hacen brillar esta verdad. Uno y otro sexo, jóvenes y viejos, autorizan esta creencia confirmada con tantos milagros. Una Virgen concibe; una mager estéril da á luz un niño; un mudo habla; Elisabet profetiza; los Magos adoran; un niño encerrado en el vientre de su madre salta de gozo; una viuda publica este acontecimiento maravilloso, y los justos lo esperan."

Como el último patio del templo estaba prohibido á María, y como el Niño, por razon de su sexo, debía ser ofrecido al Señor, José le llevó por sí mismo á la sala de los primogénitos, preguntándose si las escenas que acababan de suceder á la

entrada de Jesús en la santa casa, se renovarían en el atrio de los pontífices hebreos. Sin embargo, nada descubrió al Niño Dios en esa parte privilegiada del templo; todo permaneció triste y nublado bajo los naciendes rayos del nuevo *Sol de justicia*. Un sacrificador desconocido á José, recibió distraidamente de las manos callosas del hombre del pueblo, á quien miraba como la basura del mundo (6), las firmidas palomas prescritas por la ley, y sin dignarse honrar á Castro con una mirada tan solo. El amor del oro, esa vergonzosa idolatría, que esconde entre sombras su culto ignorado cuando aun le queda algun pudor para avergonzarse de él, el amor del oro habia cambiado en dura piedra el corazón mezquino, egoísta y rencoroso (7) de la mayor parte de los príncipes de la Sinagoga; dejando el monopolio del trabajo y de las privaciones á los simples levitas, á quienes reducían á vivir con yerbas é higos secos (8), pasaban cerca del indigente que yacía sobre sus umbrales de mármol, y volvían la cabeza con indiferencia al ver al viajero mortalmente herido en el camino de la montaña; en el fondo, ellos no amaban á Dios ni á los hombres. He aquí lo que nuestro Señor que instituyó un sacerdocio todo de caridad, les reprocha con una santa y punzante ironía en la sublime parábola del Samaritano. Así como lo habia anunciado Malaquías, *Dios maldice sus bendiciones*, y apartaba sus miradas de un templo que bien pronto iba á entregar al hierro y al fuego de los romanos.

La presencia del Mesías, que abrasaba el corazón de los discípulos de Emás, aun antes que hubiesen conocido á su maestro en la fracción del pan, deslizóse sobre el alma de los Aarónicas, como se desliza el rayo de la primavera sobre las eternas nieves del Ararat. Este momento solenne, en que los conciertos sagrados resonaban al rededor del trono de Dios, atrayendo las miradas de la Milicia celestial sobre un solo punto del universo; este momento, vaticinado por Ageo, en que la gloria del segundo templo debía ofuscar la del primero, pasó desapercibido ante los ojos oscurecidos de los sacerdotas y los doctores. Ninguno reconoció la ofrenda pura y sin mancha que habia profetizado Malaquías. El desdado de las naciones; Agra, cuyos ángeles habian preparado el camino, el

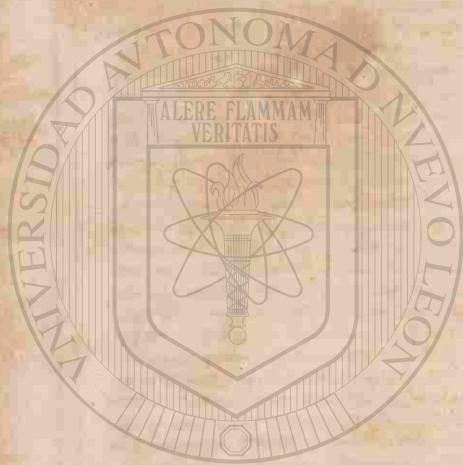
gran Redentor tan prometido y esperado, estaba allí en figura corporal, en su santa casa, y nadie pensaba en recibirle con palmas, gritando sobre las murallas almenadas del templo y sobre los techos de Jerusalem: *Hosanna al hijo de David*. Ellos sabían reconocer muy bien, dice el Evangelio, la aproximación de la lluvia, cuando las nubes se amontonaban por el lado del ocaso; sabían prever el calor, cuando soplaban el viento del Mediodía; pero estos hombres tan experimentados en presagiar las variaciones de temperatura por los diferentes aspectos del cielo, *no vieron que la higuera de Salomon iba á dar su fruto* (9), y el hijo del pueblo no les hizo presagiar á Dios. ¡Oh pobreza! cuán magnífico disfraz eres aun para la misma naturaleza divina! El verdadero Cristo estaba entre los suyos; pero era pobre, y los suyos no le reconocieron: así es como se han quedado sin Salvador, porque ningún *Mel-Hanuschiale* vendrá á manifestarles la injusticia de sus incredulos menosprecios contra el divino Hijo de la Virgen; y se hallan reducidos á decir con una rabia fría y desesperada: *Perezcan los que calculen los tiempos del Mesias* (10).

Y el niño Dios, que había reconocido, al atravesar Jerusalem, los sitios de la redención, contaba en silencio á sus verdugos en aquella multitud grave y pomposa: en medio de los coros de música, que cantaban con el arpa himnos de alabanza al Eterno, el Cristo distinguió las voces arrogantes y siniestras que mas tarde debían gritar violentamente: *¡Crucifícadle! ¡Crucifícadle!*

Raza de Aaron, ¿dónde existes tú ahora? El soplo vengador del Crucificado te ha esparcido, cual una ligera paja, por todos los ámbitos del globo. Absorvida en esas masas que tú despreciabas, ya no te conocen tus mismos compañeros de destierro. Mas, entonces, poco cuidadosos del porvenir que se iba oscureciendo sobre sus cabezas, los sacrificadores hebreos ofrecían á Dios, que los desechaba, las víctimas escogidas por los grandes y el pueblo. Uno de ellos tomó las palmas de José, subió la suave escalera del altar de los holocaustos, y ofreció al Señor este pobre y sencillo sacrificio.

“Después que José y María hubieron cumplido lo que estaba ordenado por la ley del Señor,—dice san Lucas,—se

volvieron á Galilea, para irse á vivir á Nazareth, su ciudad natal.” (10).



## LIBRO XIV.

### La Huida á Egipto.

APENAS José y María hubieron regresado á la Baja Galilea, se vieron obligados á emprender un lejano y peligroso viage, cuyo término era la tierra del destierro. Una noche el Angel del Señor apareció en sueños á José: "Levántate, le dijo, toma el Niño y á su madre, huye á Egipto, y permanece allí hasta que yo te avise que es tiempo de volver; porque Herodes va en busca del Niño, con intencion de matarle." A estas palabras levántese José todo azorado, adora al Señor, y corre á despertar á María, que dormía el sueño dulce y tranquilo de los ángeles cerca de la cuna de su Hijo. La tierna madre comprendió al instante la necesidad de tan acelerada como oculta huida. Arroja sobre su hijo una mirada de angustia,

reune á toda prisa algunas provisiones y unos enantos pañales y vestidos, de los cuales tenia absoluta necesidad en su fuga. Hechos estos ligeros preparativos, precedida de José y llevando á Jesus en sus brazos, se alejó de su ciudad natal, en que todo reposaba á la pálida claridad de los astros nocturnos.

Las profecias de Simeon se habian verificado demasiado pronto. No bien habia nacido, cuando la persecucion de un tirano venia á buscar á Jesus en su cuna; y su madre, tan pura, tan jóven y tan santa, se veia obligada á huir durante la noche, cual un criminal, en compañía de un anciano de cabellos blancos, que solo podia oponer la paciencia y el ruego á la lanza del árabe emboscado en los desfiladeros de las montañas, ó á la persecucion homicida de los soldados de Herodes. Habriase dicho que Dios mismo abandonaba á su suerte á esta santa familia; porque al intimarles su envio la orden de partida, no les prometió protegerlos, durante el viage, de todo peligro, como en otro tiempo ofreció el ángel Rafael librar de todo mal al jóven viagero de Reyes. El esposo de la Virgen comprendió, que no habiendo llegado todavía el momento solemne de la manifestacion de Cristo, Dios queria salvarlo de las asechanzas de Herodes, por medios sacados de la prudencia humana. A José, pues, quedaba todo el estido y todo el honor de esta difícil empresa; á él, pobre y oscuro anciano, derrocar los planes, de burlar las tramas, de engañar la sospechosa vigilancia de un tirano receloso, hábil y servido por sus emisarios como un déspota del Oriente. ¿Qué será de ellos, y qué partido tomar, si tenían algun fatal encuentro en el camino de Jerusalem? La pronta marcha de los Magos habia despertado las sospechas de Herodes, y estas sospechas se habian justificado con las palabras de Ana y Simeon. Las investigaciones ocultas, las sortas pesquizas empezaban ya, y nadie podia decir hasta dónde llegaría el principio sanguinario que derramaba el oro con profusion en las manos enrojecidas del asesino. Quanto mas José ahondaba su pensamiento, tanto mas claro presentaba alguna medida horrible, cuyo vago terror le helaba la sangre en las venas. Por su parte Maria, pálida y silenciosa como la muerte, paseaba sus tímidas miradas por los barrancos de los valles, las espesuras de los bosques, ó lo

largo de las sinuosidades solitarias de la vereda penosa y difícil que José habia escogido de la mas segura y apartada de las habitaciones de los hombres. La luna alumbraba con sus rayos suaves y aterciopelados aquella marcha silenciosa, que una hermosa noche oriental ocultaba bajo sus velos de azul.

“Erase todavía en la estacion de invierno (1), dice san Buenaventura, y al atravesar la Palestina la santa familia debió escoger los caminos mas ásperos y solitarios. ¿Dónde se habrá alejado durante las noches? ¿qué lugar habrá podido escoger durante el dia para reponerse un poco de las fatigas del viage? ¿dónde habrá tomado la frugal comida que debia sostener sus fuerzas?” (2)

La tradicion calla sobre una gran parte de eso interesante y peligroso itinerario. Sin duda los santos viageros hicieron marchas largas y penosas á través de las montañas, aprovechando las primeras horas del dia, y aguardando tambien con frecuencia, para partir, en que la luna se levantase en el horizonte. Mientras que atravesaron la Galilea, las grutas profundas que la cruzan, llenas de ramificaciones desconocidas en que es muy fácil ocultarse á todas las miradas, les ofrecieron un lugar de reposo y abrigo; pero tambien esas cuevas, con sus huecos ó cavernas, tenian sus peligros, porque bandas numerosas de ladrones, que largo tiempo tuvieron ocupadas todas las fuerzas del reino y á quienes la enfermedad de Herodes animaba á comparecer de nuevo (3), las escogian ó preferian como lugares de seguridad. El temor de penetrar sin saberlo en una de esas guaridas de asesinos, debió mas de una vez hacer vacilar á José en la entrada protectora de esas retiradas cavernas.

En fin, despues de mil peligros y de mil incomodidades de toda especie, la santa familia llegó á las cercanías de Jerusalem. Aquí multiplicáronse las precauciones y las inquietudes, en razon de la inminencia del riesgo: los fugitivos no se atrevian á acercarse á las ciudades, ni aun á las poblaciones mas numerosas, donde una nube de espías y delatores tenian la vista fija sobre los estrangeros (4); ellos seguan la direccion de los arroyos, ocultábanse en caminos ignorados ó bajo las húmedas

enramadas de los bosques, no atreviéndose á separarse para renovar sus provisiones agotadas, y sufriendo á un tiempo miedo, frio y hambre; ellos habian pasado mas allá de Anathot, y se dirigian por el lado de Rámala á fin de bajar á las llanuras de la Siria; con el afán de sustraerse á una peligrosa vecindad habian aprovechado algunas horas de la noche, cuando vieron desembocar de una oscura barranca unos hombres armados que les impidieron el paso. El que parecia ser gefe de aquella tropa de bandidos, se separó de los demas para reconocer á los viajeros. José y Maria se habian detenido, mirándose con inquietud; Jesus dormia. El bandidero, que venia á tomar sangre ú oro, arrojó una mirada de asombro sobre ese viejo sin armas, muy semejante á un patriarca de los antiguos tiempos, sobre esa muger cubierta de un velo, que parecia querer ocultar su hijo en su corazon, tanto era lo que le apretaba contra su pecho con afán el mas doloroso. "Son pobres, dijese el bandido á sí mismo, y viajan de noche como unos fugitivos!"... Quizá él tambien tenia un hijo en la cuna; tal vez la atmósfera de dulzura y misericordia que rodeaba á Jesus y á Maria obró sobre esa alma feroz; bajó la punta de su lanza, y tendiendo á José una mano amiga le ofreció hospedaje para la noche en su fortaleza suspendida en el ángulo de una roca, como el nido de una ave de rapiña. Esta oferta hecha lealmente, fué aceptada con una santa confianza, y el techo del bandido fué en esta ocasion hospitalario como la tienda del árabe (5). Al dia siguiente, hácia el medio dia, la santa familia se detuvo en medio de un inmenso bosque de palmeras, nopales é higueras silvestres, que se estiende á corta distancia de Rámala (6); un entapizado de siemprevivas, de narcisos y de anémomas recibió al Soberano del cielo y de la tierra; los calores del verano reinaban en la llanura, y el gorgo de los pájaros, el perfume de las plantas, la espesa sombra de las higueras y el ruido lejano de una fuente, arrullaron el sueño de Cristo. Despues de un corto descanso cuyos momentos debieron ser contados, los viajeros se pusieron en marcha. Ignórase el motivo que los determinó á dirigirse á Belen; la tradición ha conservado el recuerdo de su tránsito, y los cristianos han elevado un altar en la gruta en que Maria se ocultó

con su Hijo (7), mientras que José subia á la ciudad, ya sea para informarse de la marcha de una caravana, ya sea para trocar por un camello, indispensable en el desierto, la leuta cabalgadura de la santa Virgen. Sea cual fuere el motivo que condujo á José y Maria al mismo crater del volcan, no es dudoso que solo se detuvieron pocas horas, y que se dirigieron á toda prisa á una ciudad marítima de los filisteos para unirse á la primera caravana cuyo destino fuese el Egipto.

Si se consultan los eruditos cálculos de los cronologistas, que no admiten intervalo en este largo viage, los santos esposos debieron encontrar una caravana que estaba de marcha para las costas de la Siria. Esto es tanto mas verosímil, cuanto que se acercaba el equinoccio de primavera, y todos querian anticiparse á la estacion en que el *simon* ejerce su imperio en el desierto y vuelve su mar de arena tan pèrida como las mismas olas (8). A escepcion de la inquietud mortal por la encarnizada persecucion de Herodes, la segunda parte del viage de la santa familia no cedió á la primera ni en fatigas, ni en padecimientos, ni tampoco en inseguridad. Al partir de Gaza, cuyas torres medio arruinadas resonaban por el estruendo de las olas, los viajeros no vieron delante de sí mas que inmensas soledades de arena, de un aspecto desolador y de un desabrigo horroroso, que abria á sudores el viento abrasador del desierto, y sobre las cuales se desplomaba un cielo de fuego. Nada de vegetacion, si no es algunos socos matorrales que crecian de trecho en trecho sobre montecillos aislados; nada de agua, si no es el manantial salobre en que la Virgen y José, fatigados, pobres, y á quienes nada protegia, no podian apagar su sed sino despues que los ríos muerdadores, sus esclavos y camellos la habian casi agotado, y que de esa agua turbia y escasa, apenas quedaba con que llenar el bucco de la mano. Cuanto mas se alejaban de las fronteras de la Siria, mas se hacia sentir la sed y mas raras eran las fuentes. A veces distinguíase á lo léjos, en medio de una llanura sin límites, un grande lago azul y claro como el lago de Tibiades; reflejábase el cielo en sus aguas transparentes, en que se veia la imágen de una palmera solitaria. Un grito de alegría anunciaba ese descubrimiento; apresurábasa el paso de los

camellos, y María levantaba su cabeza desfallecida, como una rosa de Jericó á la proximidad de la lluvia (9). Tocábase ya ese lago bendito, en el que con la imaginación apugaban todos la sed; pero, ¡oh miseria! un demonio burlon se llevaba el lago algunas leguas mas lejos, y no dejaba en su lugar mas que una arena abrasadora! (10)

Otra ilusión óptica que se reproduce frecuentemente en estas regiones áridas y quemadas, es el hacer tomar á los viajeros distantes, proporciones gigantescas. Aparecieron de lejos caballeros árabes, cubiertos con largos mantos flotantes, rayados de negro y blanco, armados del *ajombre*, especie de puñal de hoja curva, que todo viajero del desierto lleva en su cinturón, y se les veía altos como torres, y parecía que se mecían en el aire. La Virgen se estrechaba y apretaba mas estrechamente á Jouscrito á su corazón; pero el semblante tranquilo de José disminuía sus temores, si bien ella no se podía dar cuenta del fenómeno que les hacia aparecer tan altos. (11)

A la caída de la tarde cesaba el canto de los camelleros (12): el jefe de la caravana desplega la bandera que señalaba el lugar de descanso, y todos los viajeros venían á agruparse al rededor de aquella señal de reunión. Seguía una animadísima escena al tiempo de hacer la parada. Descargábase á los camellos arrodillados á los pies de sus amos, amontonábanse los tercios en figura piramidal, y elevábase en círculo una fila de estacas, fijadas muy hondo en la arena, para amarrar las bestias de carga; los viajeros ricos hacían aderezar sus tiendas, y el jefe de la caravana colocaba centinelas que debían advertir la aproximación de los beduines, esos foragidos del desierto, que eran, y que son aún, ladrones como Ismael, y hospitalarios como Abraham. Los mercaderes, después de haber tomado su comida de dátiles y leche, se entregaban al sueño debajo sus tiendas de fieltro, esperando la salida de la luna. Los esclavos y los viajeros pobres, en cuyo número estaban el Hijo de Dios, en divina Madre, y José, sentábanse sobre una esterilla de juncos estendida en el suelo, sin otra techumbre que el cielo, y recibían sobre sus miembros languidecidos por el calor y quebrantados de fatiga, el soplo helado de la noche (13). Dejábase oír á veces un grito de alarma;

eran los árabes del desierto, que rondaban al rededor de la caravana entregada al sueño al vacilante resplandor de las estrellas; desconcertados por la vigilancia de los guardias, hacían un disparo de flechas que anunciaba su partida, acompañada por los gritos de dolor de los heridos. Entonces la tierna Virgen, que de su mismo cuerpo había hecho una muralla á su adorado hijo, levantaba hacia el cielo sus humildes ojos llenos de lágrimas, y su frente pálida de espanto; ¡ella sabía muy bien que Jesús podía morir como el último de los hijos de los hombres!

Cuando la luna derramaba su blanca luz sobre ese desierto silencioso y donde las brisas de la soledad no encontraban una sola mata de yerba para formar un suspiro, doblábanse las tiendas; el jefe de la caravana consultaba la estrella del polo, y la penosa marcha volvía á empezar, con todas las incomodidades, sufrimientos y sustos experimentados y previstos desde la vigilia.

Finalmente, llegóse á los confines de la region de los prestigios y del silencio: el Egipto, esa antigua cuna de todos los conocimientos y de todas las idolatrías, ofrecióse á la vista de los viajeros, con sus obeliscos de granito color de rosa, sus templos con cúpulas de pulido acero (14), sus colosales pirámides, sus pueblos parecidos á islas, y su río providencial orlado de cañas y cubierto de barquichuelos. Ese país parecía mas rico, mas poblado, mas comerciante que la Judea; pero, ¡era el país del destierro! Del otro lado del desierto se hallaba la patria. El corazón de los desterrados de Israel se había quedado en ella.

Después de un viaje de ciento cuarenta leguas (15), los fugitivos llegaron á Heliópolis, la ciudad natal de Moisés, en la cual su pueblo había fundado una colonia. En esta ciudad elevábase el templo de Jehová, que Onías había hecho construir sobre el plan de la santa casa. Los adornos de ese templo egipcio igualaban casi á los del otro; solamente en señal de inferioridad, una maciza lámpara de oro suspendida en la bóveda, reemplazaba el famoso candelero de siete brazos de Jerusalem. A la puerta de la ciudad, cuya población se componía en gran parte de egipcios y de árabes idolátras, había



un árbol magestuoso del género de los *mimosa* ó sensitiva, al cual tributaban una especie de culto los árabes del Yemen, establecidos en las orillas del Nilo (16). Al acercarse la santa familia, el árbol ídolo bajó lenta y graciosamente sus sombrías ramas, como para ofrecer el *salem* al joven Dueño de la naturaleza que María llevaba en sus brazos (17); y si se debe creer á Paladio y á un gran número de piadosos escritores, en el momento en que los divinos viajeros pasaban bajo los arcos de granito de la puerta principal de Heliópolis, todos los ídolos del templo vecino inclinaron sus rostros contra la tierra (18).

Jesé y María no hicieron mas que atravesar la ciudad del sol, y se dirigieron á Matrieh, hermoso pueblo sombreado de sicómoros, en que se encuentra la única fuente de agua dulce que hay en Egipto. Allí, en una habitación semejante á una colmena de abejas, en que hacían su nido las palomas, la familia refugiada respiró en paz, lejos de Herodes.

Ese príncipe cruel, despues de haber esperado inútilmente á los Magos en su palacio de Jericó, su residencia favorita, supo, en fin, que habían atravesado las fronteras de su reino, y que, sin darle cuenta de su misión, se volvían á la Persia. Batido ya por la lenta fiebre que le consumía, el rey de los judios se puso mas pálido aun de cólera. Había sido burlado, en el momento mismo en que se deleitaba con el pensamiento de su sagacidad sin igual para engañar á los demas... burlado por unos extranjeros que, contra todas las probabilidades, habían penetrado su política nefanda y suspicaz! Si los Magos no hubiesen encontrado al niño, hácía el cual les guiaba la estrella, ciertamente hubiesen vuelto... Habían, pues, descubierto su secreto asilo, y ese asilo se hallaba en Belen ó en sus inmediaciones, puesto que ellos no habían estendido mas lejos de él sus investigaciones... ¿Cómo distinguir ese niño peligroso, de las demas criaturas del pueblo?... Solo había un medio de hacerle desaparecer; un medio estremo, para aniquilarle: era envolverle en un degüello general... Mas, ¿el pueblo!... A este pensamiento el anciano rey pensó un instante; despues, una sonrisa estraña y particularmente desdeñosa corrió por sus labios. El pueblo no se atreve á rebelar, se dijo Herodes, contra los reyes, que ante ningún obstáculo retroceden!

“Y mandó matar en Belen y en sus alrededores, á todos los niños que no pasasen de dos años,” creyendo comprender en esta edad al niño Jesus, segun la confesion de los Magos (19).

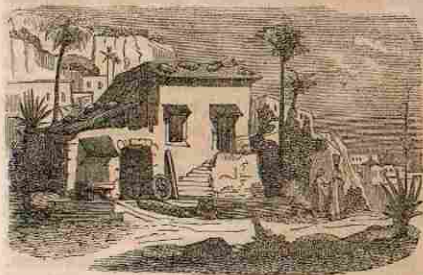
Segun una multitud de autores graves y respetables autoridades (20), que tienen á su favor la tradicion y la verosimilitud, la santa familia estuvo siete años en Egipto, donde se hallan todavía vestigios de su permanencia. La fuente en que María iba á lavar los pañales del Niño (21), el otero cubierto de zarzales en que los ponía á secar al sol, el sicómoro á cuya sombra gustaba la amable Virgen sentarse con su Hijo sobre sus rodillas (22), allí existen todavía, hace diez y ocho siglos. Los peregrinos de Europa y de Asia saben su camino, y los descendientes de los Faraones se complacen en enseñarlo. A cada lugar está pegada, como el musgo á las húmedas paredes de una ruina religiosa, alguna leyenda ó inscripcion sencilla de los antiguos tiempos (23).

María, en Nazareth, había llevado una vida humilde y laboriosa; pero no había padecido ni las vigiliass, ni el temor horrible, ni las duras y terribles privaciones que arrastra consigo la indigencia: en Heliópolis pasó por el crisol de la pobreza, y experimentó la miseria bajo todos sus aspectos. Fué preciso crearse recursos; cosa difícil, lejos de su patria, y en un pueblo dividido en corporaciones nacionales y hereditarias, que miraba con desprecio á los extranjeros. El hijo de David y de Zorobabel se hizo simple jornalero, y la hija de los reyes trabajaba una parte de las noches para suplir el corto é insuficiente salario de su esposo. “Como eran pobres, observa san Basilio, es evidente que debieron entregarse á penosos trabajos para procurarse lo necesario”... Pero este necesario, ¿lo tenían siempre? “Con frecuencia, dice Landolfo de Sajonia, el niño Jesus, acosado por el hambre, pidió pan á su madre, que no podia darle otra cosa que sus lágrimas!”

Empero, Herodes había muerto de una enfermedad horrible y desconocida, despues de haber sido devorado, aun en vida, por los gusanos del sepulcro. Preocupado hasta el último momento con el pensamiento del gran gozo que iba á experimentar el pueblo al saber su muerte, pidió con lágrimas á su hermana Salomé, una muger infame, que hiciese matar á

flechazos á la flor de la nobleza judía, á quien había mandado prender con este fin, con el objeto único de que se llorase en sus funerales (24), por grado ó por fuerza. Su cadáver fué conducido al palacio de Herodion, en una litera de oro cubierta con un paño color de escarlata y enriquecida con piedras preciosas. Sus hijos y su ejército seguían el fúnebre ataud con un aire abatido; mientras que el pueblo, con el gozo de la libertad, que se retrataba en su semblante, le echaba tantas maldiciones como gotas de agua vierte una nube.

José, avisado en sueños por el Ángel del Señor de la muerte de Herodes, volvió con el Niño y María al país de Israel; "mas, habiendo sabido que Archelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes" tuvo algun recelo de ir allí, y se retiró á la Galilea.



## LIBRO XV.

### María en Nazareth.

¡AH! cuán triste es el destierro, y cuán dulce respirar el aire del país nativo! El pan del extranjero, así como el del malvado, deja arenilla en la boca y amargura en el corazón; sus arroyos no nos recuerdan los juegos de nuestra infancia; falta una nota melodiosa al canto de sus pájaros; sus paisajes están destituidos de aquel atractivo suave y encantador que tienen los sitios de la patria!...

¡Cuánto no debió ser el gozo de los dos santos esposos, al volver á ver esa tierra de Canaan, cuyos líneas grandiosas, suaves contornos, armonía de conjunto y variedad de aspectos contrastaban de un modo tan feliz y tan sorprendente con la

esplendorosa monotonía del Egipto? Aquí una población rústica y emprendedora, de talento marcial, trato franco, culto grave y puro; allí, esclavos divididos en castas, hábitos al robo, mezclando á su culto insensato prácticas infames, y empobreciéndose para elevar templos al buey Apis, al cocodrilo y á la cebolla albarrana. Era preciso ser profundamente religiosos como José y María; era preciso amar á su país como le amaban entonces los hebreos, para comprender las piadosas y dulces impresiones que hizo en los dos esposos galileos el aspecto de la tierra de Jehová, y de su hermosa ciudad de Nazareth, que se levantaba al extremo de su estrecho y ameno valle, con la gracia natural de una flor campestre.

Después de una ausencia tan larga, la santa familia volvió á entrar en su humilde hogar en medio de las felicitaciones, del asombro y de las preguntas repetidas de sus parientes, que todos á competencia la obsequiaron. Empero, la desolación y los amargos recuerdos se hicieron bien pronto lugar á través de toda esa alegría. La casa abandonada de la pobre familia era apenas habitable; el techo, medio arruinado y roto en algunos parages, ostentaba aquí y allí grandes matas de yerbas parásitas, y había dejado penetrar libremente en lo interior el viento del invierno y las lluvias deshechas de los equinoccios (1). El aposento bajo era frío, húmedo y verdecido; unas palomas silvestres hacían sus nidos en la celdita misteriosa y santificada en que el Virano se hizo carne; las zarzas estendían por el pequeño patio sus guirnalda morenas y espinosas; todo, finalmente, en esta antigua casa enrojecida ya por los años, había tomado aquel aspecto ruinoso y desolado que se advierte en los edificios abandonados, como el sello de la ausencia de su dueño. Fué preciso ocuparse de esas urgentes reparaciones; fué preciso reemplazar los enseres y muebles inservibles ó perdidos; fué preciso, tal vez, pagar una deuda contraída en Egipto para la vuelta. Entonces fué, sin duda, cuando vendieron hasta el jubilarlo, es decir, los campos que formaban la herencia paterna. De todo lo que poseían José y María antes de su largo viage, no les quedó otra cosa que la casa arruinada de Nazareth, el taller de José y sus brazos; pero Jesús estaba allí. Joven aun, Jesús tomó el

hacha y siguió á su anciano padre por los pueblos en que se le ofrecía ocupación (2); el trabajo proporcionado á su edad y fuerzas nunca faltó á su madre. El bienestar había desaparecido por largo tiempo; pero á fuerza de privaciones, de vigiliyas y esfuerzos se proveyó á las urgencias de primera necesidad. Jesús, María y José se entregaron á duros trabajos; y Aquel que podía mandar á legiones de ángeles, jamás pidió á Dios para él y los suyos, otra cosa que el pan de cada día.

La vida interior de aquella bienaventurada familia, que ha sido llamada *la Trinidad de la tierra*, no ha llegado al conocimiento de los hombres; es el arroyuelo que se pierde entre las yerbas, es el *Santo de los santos* con su nube de perfumes y su doble velo. Sin embargo, estudiando minuciosamente y examinando uno por uno y bajo todos sus aspectos los hechos evangélicos, lo que se sabe hace adivinar hasta cierto punto lo que se ignora, y la vida pública de Jesucristo arroja algunos brillantes resplandores sobre su vida privada y la de la santa Virgen. Vamos á ensayar el llenar esta laguna con toda la reserva y aplicación concienzuda que exige una materia tan grave.

Jesús, en quien estaban ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (3), no tenía necesidad de ser enseñado por los hombres; así pues, toda opinión contraria es reprobada espresamente por la Iglesia. También san Juan, en su Evangelio, nos dice, que los judíos contemporáneos de Jesucristo le consideraban como un joven sin estudios (4); y el asombro de los nazarenos al verlo tan versado en las letras sagradas, testifican bastante que ignoraban que hubiese sido educado, como san Pablo, *á los pies de un maestro*. Los talmudistas y los autores judíos de los Toldos sostienen, por el contrario, que un rabino célebre inició á Jesús en los misterios de la ciencia y de la magia; mas, como la consecuencia que se deduce de la segunda parte de esta asercion es completamente absurda, y se considera el hecho bajo el punto de vista puramente humano, como lo hacen los racionalistas, semejante aserto es evidentemente falso, por dos razones. Desde luego, Jesús no era zelador ni tradicionalista; y se ve en todo el Evangelio, que desaprobadamente las mezquinas miras del egoísmo, las

distinciones capciosas y las pobres sutilezas de la Sinagoga. En segundo lugar, es preciso considerar que el rabino Juan Peradua, á quien se le dá por preceptor, no habia nacido aun, pues no floreció sino cien años más tarde.

Colocar á Jesús entre los rabinos en calidad de discípulo, sería una cosa tan poco lógica, como querer sostener una encina rodeándola de cañas. El no enseñaba como ellos, dice un Evangelista (5); y esto se concibe sin dificultad alguna, porque sacaba su sabiduría de sí mismo; y sus doctrinas, aun tomadas bajo el punto de vista humano, parecen deslizarse de una alma purísima, nobilísima y muy recta, y de un espíritu tan vasto y tan uniformemente elevado, que se percibía bien no habia sido falseado por las polémicas escolásticas.

Strauss conviene en que toda la sabiduría y la ciencia de la época habrían sido impotentes para formar un hombre semejante á Jesucristo. "Aun cuando Jesús, dice, hubiese agotado todas las fuentes de instrucción conocidas en su tiempo, es evidente que ninguno de aquellos elementos habria bastado, ni con mucho, para hacer una revolución en el mundo, ni dar el impulso á una obra tan grande, si él no hubiera sacado sus doctrinas de las profundidades de su alma."

Su elocuencia era tan peculiar de él solo, como su moral: no era las exageraciones enfáticas de los rabinos, ni la dicción magistrosa, fuerte, enérgica y levantada de los antiguos profetas; era, como lo decía el mismo, un manantial de agua viva, que reflejaba en su corriente los pájaros del cielo, las mieses y las flores de los campos... Esta elocuencia tan sencilla, penetraba hasta el fondo de las cosas y se enlazaba sin esfuerzo á los grandes pensamientos. Cada palabra era una preciosa semilla de virtud; cada doctrina proyectaba sobre los misteriosos espacios del porvenir un largo regnero de luz, que debía engrandecerse y extenderse insensiblemente hasta el día de la perfecta regeneración del mundo. Aun los mismos que han negado audazmente sus milagros, confiesan que sus palabras eran las de un Dios (6).

Jesús estaba dotado de una alma elevada y meditabunda, que tenia necesidad de un dilatado espacio para desarrollarse; ocupado durante el día en un trabajo manual que absorbía

todos sus instantes, se desquitaba por la noche de sus oscuras fatigas, y se convertía en legislador y profeta á la presencia del cielo estrellado. De pié sobre la azotea elevada, desde donde se descubrían las montañas y los extensos bosques de la tierra de Canaan, abría su alma delante del Autor de la naturaleza, de quien era el Enviado, el Hijo y el igual. Estas conversaciones solitarias con Dios en el silencio de la noche, del desierto y del pensamiento, fueron una de las costumbres de Jesucristo, de la que se hallan muchos ejemplos en el Evangelio. El Hombre-modelo, el Verbo encarnado, quería sin duda enseñar á los suyos á separar el oro puro de la oración, de la liga monstruosa de ostentación é hipocresía, que con tanta habilidad sabían mezclar los fariseos de su tiempo.

La Virgen, que nunca fué ni importuna ni exigente, no se oponía de modo alguno á ese aislamiento que entraba en los hábitos de su Hijo: ella sabía que Jesús echaba entonces la sonda al fondo del abismo incommensurable que se entreabría bajo los piés de la raza humana, y que la redención del mundo sería el fruto de aquellas meditaciones silenciosas. Respetando el trabajo de ese espíritu sublime que se replegaba sobre sí mismo, y llevando sus miradas hácia el porvenir de gloria que á cada instante se acercaba, María veía ya el cielo abierto, la muerte vencida, y al Mesías reuniendo todos los pueblos de la tierra al rededor de su estandarte... Pero de repente, al estremo de esa perspectiva encantadora, la profecía del anciano del templo se presentaba lúgubre como un ataud; un estremecimiento involuntario, cual el helado calabro de la agonía, corría por las venas de la pobre María, y su corazón, en que tenia tanta parte el amor de Jesús, se deshacía en angustias infinitas. Gritábale una voz secreta: "¡Es necesaria una expiación de sangre; es preciso que muera el Cristo!" Entonces, dejando el humilde trabajo á que la obligaba su indigencia (7), la hija de David iba á buscar á su Hijo: tenia necesidad de verle, de asegurarse con su abrazo maternal que estaba todavía allí, que vivía aun.

A su vista, Jesús bajaba hácia la tierra sus ojos pensativos clavados en los astros: su tierna frente, arrugada por una idea vasta como el mundo, se convertía en la frente lisa y tersa del

niño. María, entonces, ocultando en el pecho sus siniestros temores, prescribale el reposo después de la larga vigilia. Era preciso reparar sus fuerzas para el día siguiente, el curso sería fatigoso y duro el trabajo. . . . el Hijo de Dios seguía en silencio á su madre mortal, porque la amaba, y *le estaba sujeto*.

San Bernardo no admira menos la dignidad de la santa Virgen, que la sumisión de Nuestro Señor. "Este Dios, dice el apóstol de las cruzadas, este Dios, á quien están sometidos los ángeles, á quien obedecen los principados y potestades, estaba sujeto á María. Admirad la que mas querais de esas dos cosas: ó la asombrosa humildad del Hijo, ó la eminente dignidad de la Madre; en cuanto á mí, una y otra me asombran, y son á mis ojos grandes portentos. Que un Dios obedezca á una muger, es una humildad sin ejemplo: que una muger mande á un Dios, es un grado de gloria que no tiene igual."

Un incidente extraordinario, que apesará el alma de la santa Virgen, señaló la entrada de Jesus en la adolescencia. José y María, religiosos observadores de la ley de sus padres, iban regularmente todos los años á Jerusalem, en la época del tiempo pascual. Este viage, que habían hecho furtivamente y confundidos entre la multitud, mientras el hijo del enemigo de Dios había ocupado el trono de los Macabeos, se habia hecho mas fácil desde el destierro de Arquelao y la ocupacion de los romanos. Cuando Cristo hubo llegado á los doce años, sus padres, libres de inquietud por parte de Herodes, le llevaron consigo á Jerusalem. Los peregrinos hebreos salieron juntos de Nazareth; pero después, en el camino, se fraccionaron en pequeñas partidas, segun la edad, el sexo, y las relaciones de familia y de amistad (8).

Al rededor de la Virgen estaban María de Cleofas, la bella hermana de José; otra María, designada en el Evangelio bajo el nombre de *altera Maria*; Salomé, muger de Zebedeo, venida de Betsaida con sus hijos y su esposo; Juana, muger de Chos, y una multitud de nazarenos de su vecindario y parentesco. José la seguía á alguna distancia, discurriendo gravemente con Zebedeo el pescador y los ancianos de su tribu. Jesús marchaba en medio de los jóvenes galileos, que el Evan-

gelio, segun el espíritu de la lengua hebrea, ha llamado sus *hermanos*, y que eran sus inmediatos parientes.

Entre ese grupo de jóvenes que iba delante de los demás, distinguíanse los hijos de Zebedeo; Santiago, impetuoso como el lago de Tiberíades en un día de tempestad; Juan, mas jóven aun que Jesus, y cuya dulce fisonomía puesta al lado de su hermano, parecia personificar el cordero de Isaias viviendo en paz con el leon del Jordan. Al lado de los pescadores de Betsaida, que Jesus denominó mas adelante con el renombre de *boanerges* (hijos del trueno), caminaban los cuatro hijos de Alfeo; Santiago, que fué obispo de Jerusalem, jóven austero y grave, de larga cabellera, semblante pálido, aspecto frio y mortificado. Engreído por haberse consagrado al nazarenato, dábale tal vez, con aquel que *solo* consideraba como á hijo del *carpintero*, un tono de superioridad desagradable. Descubriense en su carácter las virtudes é imperfecciones propias del país: una firmeza incontrastable; inclinaciones rectas y religiosas; pero tambien un desprecio grande de todo lo que no era salido de Abraham, y una alta opinion de sí mismo. Judas, Simon, y José, los otros hijos de Alfeo, eran jóvenes de ademan tosco, sencillez y adusto, llegados ya á la adolescencia, y que consideraban al Hijo de la humilde María por su inferior en todo; cosa de que se ve en el Evangelio que tuvieron algun trabajo en deshabituarse (9). ¿Y Jesus? Jesus nada afectaba, ni la devoción, ni la austeridad, ni la prudencia, ni la sabiduría; porque poseía la plenitud de todas esas cosas, y ordinariamente solo se afecta lo que no se tiene.

Al verle vestido sencillamente como un esenio, sus largos cabellos de color de bronce antiguo (10), separados en su frente morena y cayendo con gracia sobre sus hombros, se le hubiera tomado por David en el momento en que el profeta Samuel le vió venir, pequeño, tímido y en trago de simple pastor, para recibir la santa unción. Había, sin embargo, en los ojos garzos y sombríos de Cristo (11), alguna cosa mas, que no tenia el ojo lleno de poesia y de inspiracion de su grande abuelo. Descubriase un no sé qué de penetrante y de divino, que profundizaba el pensamiento y sondeaba los pliegues mas íntimos del alma; pero Jesus templaba entonces el resplandor

y viveza de sus miradas, como cubría Moisés su frente radiosa cuando salía del tabernáculo. El marchaba conversando prudentemente, bien que acomodando sus discursos á su edad, con sus jóvenes parientes según la carne, de quienes quería hacer sus apóstoles; descubría bajo su grosera corteza el peso y el valor de esos diamantes sin pulir, que debían brillar despues con una luz tan viva; y amáhalos en su porvenir. Su esperanza no quedó burlada: estos hombres, que tenían, como el resto de la nación, sus sueños de oro y de poder en orden al Mesías, se despojaron á su vez de todas las preocupaciones nacionales y religiosas, para adoptar una doctrina calumniada, cuyos principios y promesas, semejantes á las maldiciones de la antigua ley, no hablaban de otra cosa que de sufrir tormentos y persecuciones. Uniéronse á él con cadenas tan fuertes, que ni los príncipes de la tierra, ni el frío, ni la desnudez, ni el hambre, ni la espada, pudieron separarlos de su amor. Marcharon por su camino, hollando animosamente las espinas que el mundo sembraba bajo sus plantas, y dejándose tratar como la escoria del género humano. ¡Ellos no se avergonzaron ni del Hijo del hombre, ni de su Evangelio, ni de la *locura de su cruz!* ¿Y por qué habian de hacerlo? Los impostores son los que deben avergonzarse, y los apóstoles no predicaron jamás sino conforme á sus últimas convicciones. Aquellos corazones rectos y sencillos, dieron á su testimonio todo lo que podia hacerle creíble y sagrado entre los hombres; lo abandonaron todo, lo sufrieron todo, todo lo perdonaron; y sellaron con su sangre el Evangelio de su divino Maestro (12).

Empero, hácia la época de que hablamos, esas virtudes heroicas no estaban todavía en flor; y esos jóvenes galileos se hallaban muy distantes de pensar que un día darían su vida para sostener la divinidad de su compañero de viaje.

Al cabo de cuatro jornadas, los peregrinos llegaron á la ciudad santa, á donde afluia un inmenso concurso de judíos extranjeros. La familia de José y de María se reunió para comer el cordero pascual, que los sacerdotes cuidaron de inocular entre las dos viglias (14), en el patio del templo, y al que se añadieron panes ácimos, lechugas amargas, y todo lo que constituía esta antigua ceremonia.

Pasados los días de la fiesta, los parientes de Cuero se reunieron para emprender otra vez el camino de su provincia; pero como se volvian en el mismo orden con que habian venido, los dos esposos no advirtieron desde luego la falta de Jesús. María le creyó con José, ó con los dos Santiagos; José por su parte, le creyó con sus jóvenes deudos ó con María.

A la caída de la noche reuniéronse los diversos grupos, y la santa Virgen buscó, pero en vano, á Jesús entre la multitud de viajeros que llegaban sucesivamente á la posada: nadie sabia lo que se habia hecho el Salvador. Inexplicable fué el dolor de los dos santos esposos. “¡El depósito del cielo, el Enviado de Dios!” esclamaba tristemente José. “¡Mi Hijo!” decia la pobre madre, sollozando. Buscáronle durante la noche; le buscaron durante el día; preguntaban por él en los caminos; llamábale por los bosques; fijaban sus miradas en los precipicios, temiendo tan presto por su vida como por su libertad, y no sabiendo que hacerse si se habia perdido. Entraron otra vez en Jerusalem; corrieron á las casas de todos sus amigos, y fatigados de recorrer los diferentes barrios de la gran ciudad, penetraron finalmente en el templo. Bajo el pórtico en que se reunian los doctores de la ley, habia un niño que tenia asombrados á los ancianos de Israel con la profundidad de sus discursos y observaciones, y la exactitud de sus respuestas á las preguntas y cuestiones mas difíciles. Habíase formado un círculo á su rededor, y todos se maravillaban de su sabiduría precoz y prodigiosa. “¡Es un Daniel, ó un ángel!” esclamaban á pocos pasos de la desconsolada Virgen. “Es Jesús,” dijo la jóven madre, adelantándose por el lado en que estaban los doctores. Entonces acercándose al Mesías con la espresion de una estremada ternura, ténida, por decirlo así, de los últimos reflejos del pesar: “Hijo mío,—le dice con dulzura,—¿por qué has obrado así con nosotros? he aquí á tu padre y á mí que te buscamos sumergidos en la mayor aflicción!”

El niño habia desaparecido ante el Dios; la respuesta fué seca y misteriosa. “¿Por qué me buscáis? ¿no sabiais que es preciso que yo me ocupe de lo que concierne al servicio de mi Padre?” Ambos esposos guardaron silencio y no con-

prendieron inmediatamente el sentido de la respuesta del Mesías.

Jesús se levantó, y les siguió á Nazareth. Su perfecta sumisión á la voluntad de sus padres, borró bien pronto esa ligera nube. "Pues su madre conservaba en su corazón todas estas cosas. Y Jesús crecía en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres."

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS



## LIBRO XVI.

### **María en las Predicaciones de Jesús.**

"DOS mundos hay en la historia, ha dicho uno de los mas bellos genios de nuestra época: el uno mas allá de la Cruz; el otro mas acá." El mundo primitivo, llegado á la decrepitud al tiempo de la misión regeneradora de Jesucristo, presentaba un espectáculo el mas extravagante, porque lo burlesco se daba la mano con lo horrible. El árabe y el galo, despues de haber conservado por espacio de muchos siglos la idea primordial de la unidad de Dios, adoraban la acacia y la encina (1). El indio divinizaba el Ganges, é inmolaba victimas humanas á Sactis, diosa de la muerte (2). El Egipto, el pueblo sabio por excelencia, tributaba un devoto culto al ajo, al loto, y á casi todas las plantas bulbosas (3). Las poblaciones desconocidas

prendieron inmediatamente el sentido de la respuesta del Mesías.

Jesús se levantó, y les siguió á Nazareth. Su perfecta sumisión á la voluntad de sus padres, borró bien pronto esa ligera nube. "Pues su madre conservaba en su corazón todas estas cosas. Y Jesús crecía en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres."

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS



## LIBRO XVI.

### **María en las Predicaciones de Jesús.**

"DOS mundos hay en la historia, ha dicho uno de los mas bellos genios de nuestra época: el uno mas allá de la Cruz; el otro mas acá." El mundo primitivo, llegado á la decrepitud al tiempo de la misión regeneradora de Jesucristo, presentaba un espectáculo el mas estravagante, porque lo burlesco se daba la mano con lo horrible. El árabe y el galo, despues de haber conservado por espacio de muchos siglos la idea primordial de la unidad de Dios, adoraban la acacia y la encina (1). El indio divinizaba el Ganges, é inmolaba victimas humanas á Sactis, diosa de la muerte (2). El Egipto, el pueblo sabio por excelencia, tributaba un devoto culto al ajo, al loto, y á casi todas las plantas bulbosas (3). Las poblaciones desconocidas



de la jóven América adoraban al tigre, al buitre, á las tempestades y á las sonoras cataratas (4). Finalmente, los griegos y los romanos, según su propia confesión, llenaban sus templos de demonios (5); y esas naciones de tanto ingenio, tan civilizadas y que abundaban en hombres de un mérito superior, habían divinizado el vicio en sus formas más asquerosas, y poblado su Olimpo de ladrones, de adúlteras y de homicidas.

Las costumbres eran consiguientes á las creencias: la corrupción descendiendo como un vasto río de lo alto de las siete colinas imperiales, inundaba las provincias más remotas. La Judea, que no se había librado tampoco del contagio del vicio, se iba corrompiendo con asombrosa rapidez; su religión no consistía ya en sus dogmas fundamentales, sino en una multitud innumerable de superfetaciones parásitas, mientras que los delirios de sus rabinos resonaban en la cátedra de Moisés (6).

¿Qué había de ser en medio de esas aberraciones deplorables de la soberbia *Razon*, esa reina de las inteligencias, para quien los límites del universo son un horizonte mezquino, y pone á los dioses sobre el lecho de Procrusto? ¿Dónde estaba su imperio? ¿Dónde había plantado su bandera, mientras que por todas partes eran batidos en brecha sus baluartes? Si ella podía sin auxilio extraño reconquistar el terreno que había perdido, ¿por qué no lo hizo?... pero bien conoció que el torrente traspasaría sus débiles diques, é impotente á contenerlo, se contentó con observar sus estragos. Apoyada en la filosofía, lloraba sobre los restos exánimes del cuerpo social, cuya caída no pudo prevenir. Sobre vino el cristianismo, que dijo al cadáver: *¡levántate y marcha!*... el cadáver se levantó y anduvo.

A contar desde este día, una raza nueva, curada de todos sus males y lavada de todas sus manchas en la santa Piscina, se agrupó en torno de la Cruz, que el hijo de María había enarbolado sobre el mundo regenerado, como el trofeo de Dios sobre el infierno.

Esta revelación gloriosa, que colocó la caridad sobre el trono, dándole por acompañamiento todas las virtudes; este suceso para siempre memorable, que cambió la faz del mundo, y cuyo

eco se hará sentir hasta la consumación de los siglos, tuvo á Nazareth por punto de partida. Del hueco de aquella roca sin nombre, fluyó el humilde cristianismo, "manantial oscuro, gota de agua desconocida en que dos pajaritos no hubieran podido apagar su sed, que un rayo del sol habría podido secar; y que hoy, semejante al grande Océano de los espíritus, ha llenado todos los abismos de la sabiduría humana, y bañado con sus aguas inagotables el pasado, el presente, y lo futuro." (7)

Nada se sabe acerca de los medios que prepararon este grande hecho, que domina tan altamente la historia de los tiempos modernos.

Desde su manifestación en el templo, el Hijo de Dios vivió oculto y meditabundo en la compañía de su padre adoptivo, y de su madre. Esta época, perdida para el mundo, fué sin duda aquella en que la Virgen pasó sus días más tranquilos; porque la vida humana no es más feliz, cuando corre con estruendo cual un torrente de invierno, sino más bien cuando parece á una corriente de agua que se desliza en plateados hilos por entre la yerba de las praderas. María, privada de todos los goces del lujo, y hasta de las comodidades del bienestar, pero viviendo al lado de su Hijo, trabajando para él, estudiando sus inclinaciones, viéndole á todas horas, ofreciéndose á él como las primicias de su santa cosecha, haciéndose la primera, la más humilde y la más dócil de sus discípulos, y sometiendo su razón perfeccionada ante la razón superior y la divinidad de su Hijo; María debió ser entonces feliz. Si alguna vez, mientras que Jesús le descubría el sentido más profundo de las profecías, encontraba algún pasaje que hablase de tormentos venideros, una parola púbe se estendía sobre la casta frente de la Virgen; bien pronto, empero, su dulce y agraciado semblante volvía á serenarse un poco. La tempestad resonaba todavía lejos, y su barquilla estaba amarrada en una bahía tranquila. Su Hijo estaba allí, y ella pendiente de sus miradas, de sus palabras, de sus menores gestos. ¿Cuánto se afanaba para servir á su Hijo tan querido! ¿Con qué placer velaba noches enteras para hilar, para tejer sus túnica de trabajo y sus vestidos de fiesta, esa ropa sin costura, obra

maestra de habilidad y de paciencia, que mas tarde....! ¡Ah! pero entonces *el Señor no había consagrado aún á su Cristo sino con aceite de gozo.* Compañera del esposo, la Virgen prudente del Evangelio *dejaba que el día siguiente se proveyese á sí misma.* "y la paz de Dios, que es superior á toda otra idea, guardaba su corazón y su espíritu."

Jesus era la misma perfeccion, la omnisciencia, el tres veces santo, el poder y la sabiduría por esencia, el esplendor y la gloria de su Padre celestial: como Dios, nada podia deber á sus criaturas; pero como hombre, debió alguna cosa á María. Ella fué la que le inició, desde su mas tierna infancia, en las humildes virtudes inherentes á la humanidad, y á sus gustos sencillos y poéticos. Esa dulzura paciente é inalterable, que supo unir á la firmeza de legislador y de profeta; esa compasion misericordiosa, que templaba la indignacion del Dios irritado, y constituia al Hombre-modelo, al justo completo, al sosten y apoyo del hombre pecador; esa ternura tan expresiva y halagüena hacia los niños, que se complucia en acariciar y bendecir durante su mision divina; mil rasgos imperceptibles, mil reflejos medio absorbidos en las inmensas masas de luz que componen la vida mortal de Jesucristo, llevan el sello de María (8). Asi el cielo se embalsama con júbilo con el aroma de las flores, aunque las flores sean lajas de la tierra.

No puede dársele que Jesus volvía á la Virgen ternura por ternura, y cuidado por cuidado. Una muger tan noble por la sangre y por el corazón, tenia derecho al respeto de todos; pero muy particularmente del Hijo por cuyo amor se habia impuesto, en la primavera de su vida, tantas privaciones, trabajos y sacrificios. AQUEL que en el cielo tendria cuenta hasta de un vaso de agua dado en su nombre, debió guardar con amor la memoria de las obligaciones que debia á su madre. Si vemos, en el Evangelio, que Cristo habló algunas veces á su divina madre menos como su Hijo que como su Señor, no era esto de su parte falta de afeccion, ni indiferencia, sino porque se aislaba de cuanto le rodeaba en la tierra, para mejor glorificar á su Padre, cuyos intereses debieron siempre marchar en primera linea, y ante cuya grandeza todo desaparecia en el espíritu de Jesus. La Virgen conocia harto bien

la mision sagrada de su Hijo, para perturbarse con sus palabras alguna vez severas: esperaba, entonces, que el legislador hiciese lugar al joven galileo á quien habia alimentado con su leche; y jamás la transformacion se hizo aguardar mucho tiempo; la naturaleza humana concedia bien pronto lo que la divina habia rehusado.

En la época en que Jesus cumplia veinte y nueve años, el ángel de la muerte vino á diezmar la santa familia. José, aquel patriarca de costumbres antiguas, cuya fé sumisa y la sencillez de corazón recordaban á Abraham y la época de las tiendas; José, que el mismo Espíritu Santo ha condecorado con el hermoso título de *Justo*, se durmió dulcemente en el seno del Señor, entre su Hijo adoptivo y su casta esposa. Lloráronle Jesus y María, é hicieron al rodear de sus frios despojos una triste vigilia de difuntos; solo el viento de la media noche se mezcló á los lamentos de la pobre familia. Los Nabales de la Galilea morian con mas fausto, aunque no tuviesen mas allá de la tumba las magníficas esperanzas del *carpintero* de Nazareth.

Los funerales del hijo de David fueron humildes como su fortuna; pero Maria derramó abundantes lágrimas sobre su lecho fúnebre, y el Hijo de Dios se puso á la cabeza de este senello duelo. ¿Qué Emperador obtuvo jamás tales exequias?

En fin, llegó el tiempo de predicar el Evangelio, y Aquel á quien Dios destinó desde *ab eterno* á ser su pontífice y su apóstol, dejó á Nazareth, para encaminarse á las orillas del Jordan, en que bautizaba Juan. Entre la Virgen y su Hijo debió tener lugar una sensible y solemne despedida. La vida pública de Jesus iba á empezar. Solo, pobre, salido del pueblo, sin otros recursos que su valor, su paciencia y el don de milagros que jamás empleó para su uso personal, iba á atacar un orden de cosas *no bastante fuerte para resistirle, pero lo bastante para hacerle morir* (9). La Virgen no pudo evitar un movimiento de espanto, viendo á Jesus lanzarse sobre la mar borrascosa del mundo judaico, en que habian naufragado tantos y tan ilustres profetas. Ella conocia el orgullo invencible de los fariseos, el fanatismo mezquino y rencoroso de la Sina-

goga, y los caprichos sanguinarios de Herodés Antipas: ¡conocía también los oráculos del Mesías que hablaban de tormentos y de ignominia!... La hija de los reyes de Judá, que no era de un linaje débil, y que sabía que su Hijo era Dios, no por eso dejó de tener su alma lacerada por esta primera despedida, que le pareció el preludio y la imagen de una separación todavía más cruel. Ella dejó partir á Jesús, arrancándosele el corazón; y cuando el ruido de sus pasos se fué gradualmente debilitando á medida que se alejaba; cuando se encontró sola, completamente sola en esa casa en que había pasado tantas horas y tan dulces entre su Hijo y su esposo, dejó caer la cabeza entre sus manos, y quedó muda y pensativa como la estatua del Dolor sobre la piedra de un mausoleo.

La ausencia de Cristo se prolongó bastante: la Virgen supo con admiración profunda, pero sin sorpresa, las maravillas de su bautismo, durante el cual la Trinidad, por decirlo así, se había manifestado y revelado á los hombres. Díjosele que una blanca paloma extendía sus alas divinas sobre el Salvador de los hombres, mientras que al mismo tiempo una voz del cielo le proclamaba el Hijo del Altísimo. A este gozo siguióse una inquietud extrema, cuando llegó á su noticia que salido apenas Jesús de las aguas del Jordán, se había internado solo en las gargantas profundas y peligrosas de la alta montaña de la *Cunscentina* (10), para prepararse, por medio de la meditación, del ayuno y la oración, á la grande obra de la salvación del mundo. ¡Cuánto no debió sufrir su corazón de madre, al pensar que Jesús iba errante por una región estéril y desolada, donde los mismos pájaros no encuentran ni una sola mata de musgo para su nido, ni una flor salvaje para mantener su pobre vida, y en que todo es piedra y fuego! ¡Qué angustias, cuando la tempestad bramaba á lo lejos! ¡Dónde estaba Jesús? ¡Qué hacía solo y sin abrigo en esas montañas de Jericó, cuyos peligrosos senderos, llenos de guijarros, serpentean por medio de espantosos precipicios! (11) ¡Ningun medio de salvarse, si se le resbalaba un pie á la orilla de un abismo! ¡ningun socorro, si durante este ayuno tan austero, tan largo y tan poco conforme á las fuerzas de la naturaleza, caía de debilidad en el camino! Esos cuarenta días fueron para

María cuarenta siglos: la inquietud maternal hace de cada minuto pasado de este modo, una eternidad; mas Jesús al cabo volvió á Nazareth con sus discípulos; y su presencia, tan deseada, fué para María como el soplo embalsamado de la primavera despues de los hielos del invierno.

Entonces fué cuando se celebraron unas bodas en Caná de Galilea. Los esposos, que eran parientes de la santa Virgen (12), convidaron á María, á Jesús y á sus discípulos, y todos aceptaron aquella cordial invitación; y María, siempre buena y obsequiosa, se anticipó para ayudar á los preparativos del festín, en que las costumbres del país exijian cierto grado de esplendor. Sin embargo, la reunión era numerosa y la familia pobre; el esposo había calculado mal, y los pellejos del vino estaban casi agotados, cuando nuestro Señor, que quería elevar el matrimonio al rango de las cosas santas, purificándole con su presencia, entró en la sala del banquete, seguido de Pedro, de Andrés, de Felipe y de Natanael, cuatro jóvenes pescadores, á quienes había inspirado la confianza de su misión y de su genio. El vino faltó completamente á la mitad de la comida; y habiéndolo María observado la primera, en vista de una señal de apuro de los esposos, volvióse hácia Jesús, que estaba colocado á su lado, y le dijo con santa y caritativa intencion: "no tienen vino."

Jesús le respondió en voz baja y acentuada: "muger, ¿qué hay de comun entre vos y yo? Mi hora no ha llegado aun." (13)

La Virgen, que deseaba salvar á sus parientes de una humillación que les hubiera cubierto de vergüenza, no se tuvo por desairada. Ella juzgó que si no había llegado aun la hora de la manifestación, la adelantaria Jesús por consideración hácia ella, á pesar de la austeridad de sus palabras; y con aquella fé que sacaría los montes de sus quicios, dijo con suavidad á los criados: "Haced todo lo que os diga." Había allí seis grandes cántaras de piedra, que servían para las purificaciones; por mandato de Jesús, llenáronlas hasta el borde del agua pura de una fuente vecina, y esta agua se convirtió en vino delicioso.

Así fué como la santa Virgen logró las primicias de los

milagros de su divino Hijo, y su intercesión misericordiosa hizo ablandar la misma voluntad de Dios.

El milagro de Caná fué bien pronto seguido de otros muchos, que marcaron con el sello de la divinidad la sublime y providencial misión del Salvador. A su voz, se aplicaban los huracanes, las enfermedades humanas desaparecían, los demonios eran arrojados á su sombrío reino, los cadáveres salían del sepulcro; y do quiera se fijaba la huella de sus benditas plantas, se aliviaban y calmaban todos los dolores del alma y del cuerpo (14). Venían á él de Sidon, de Tiro, de la Idumea y de la Arabia; la multitud, agrupándose á su paso, besaba la orla de sus vestidos, y le pedía con fé pura y humilde la salud y la vida: cosas que solo un Dios puede conceder.

María, á quien nuestro Señor no habia juzgado aun conveniente asociar á su vida penosa y errante, escuchaba esas narraciones maravillosas con un gozo mezclado de turbacion, y una admiración inquieta. Sus alarmas eran fundadas; porque si el pueblo seguía al Mesías colmándole de bendiciones, los fariseos, los escribas y los principes de la Sinagoga comenzaban á escandalizarse en gran manera de la conducta del Hijo de Dios. El perdonaba los pecados; ¿qué blasfemia! Consolaba y convertía á los pecadores; ¿qué bajeza! Curaba á los enfermos el día del sábado; ¿qué impiedad tan grande y notoria! Su doctrina se deslizaba de sus labios como un benéfico rocío, y no como una lluvia de tempestad; en nada, pues, se semejaba á los antiguos profetas. El predicaba la humildad, el perdón de las injurias, la pobreza voluntaria, la limosna hecha por amor de Dios y sin saberlo los hombres, la caridad universal... ¿Cuál otra doctrina de algun innovador fué nunca como aquella! A cada nueva predicación que hacia, se levantaba contra él una multitud de enemigos, ya fuese en las ciudades, ya en el desierto. El no podia combatir la hipocresía sin chocar con los fariseos; clamar contra la avaricia y la usura, sin indisponerse con los doctores de la ley. Los descontentos, prontos siempre á urdir tenebrosas conspiraciones que estallaban en locas y sangrientas revueltas, se escandalizaban de que no predicase la sedición contra el César; los partidarios de Heródes le acusaban de ambicionar el trono;

y los saduceos no podían sufrir que predicase la vida eterna. Esos hombres, divididos en miras, en creencias é intereses políticos, daban tregua á sus sordas antipatías, para unirse en su odio al Galileo. Hacían causa común con la intención de dañarle, y se rennían contra él para perderle. Cada palabra era un lazo, cada sonrisa una traición, y cada elogio una insultante bfa. Tratábanle unos, sin consideración alguna, de impostor, de hereje, y de samaritano; otros insinuaban con astucia que era un loco; mas la cohorte mas compacta componíase de aquellos envidiosos de baja ralea, incapaces de hacer nada bueno, pero ardientes para denigrar y dañar, que despedazan todas las glorias, y cuyos ojos, amigos de las tinieblas, pestañearían de horror al escaso resplandor de una luciérnaga oculta en una mata: aquellos, fastidiados de las alabanzas que el pueblo rendía á aquel nuevo profeta, y no pudiendo negar sus milagros, se los disputaban para atribuirlos á Satanás. “Si arroja á los demonios, decían, es por medio de Beelzebub, príncipe de los demonios: *In Beelzebub principe dæmoniorum egicit dæmonia*” (15). Esos vagos rumores espantaban á María, y el siniestro modo de pensar de los que la rodeaban, no era muy propio para tranquilizarla. De todas las ciudades de la Galilea, Nazareth era la mas incrédula y endurecida á la palabra santa; y de todas las familias de Nazareth, la de Jesuoristo era la menos dispuesta, parece, para aceptarle por el *Rey Mesías*. Como el divino alumbramiento de la Virgen no habia sido jamás revelado á sus parientes, y los milagros que habian acompañado la infancia del Señor, habian acontecido en regiones distantes, ellos no veían en el hijo crecido de José mas que un jóven israelita, sin estudios, educado entre ellos, alimentado como ellos, alojado con mas pobreza, vestido con mas sencillez, y viviendo diariamente con el producto del trabajo de sus manos, y el cual no le ponía en relación sino con las clases inferiores. El Castro, que queria ennoblecér la pobreza aceptándola como patrimonio en herencia, sufrió las consecuencias de la posición poco favorable que él mismo se habia elegido. “*Sus hermanos*, dice san Juan, no creían en él” (16). La fama de los milagros que acompañaban la predicación del Evangelio asombró á esos tercios

nazarenos, sin poder convencerlos. Sabiendo que Jesús era saludado por toda la Galilea con el título poligrafo de *Hijo de David*, y que turbas de dos ó tres mil personas se apañaban á su alrededor para oírle, temieron que esas reuniones numerosas causasen recelos á Herodes Antipas, y que por consiguiente los descendientes de los reyes de Judá fuesen inquietados por causa del joven Profeta. Preocupados de esta idea, dijeron públicamente que Jesús era un insensato, y juraron que le conducirían á Nazareth con buena escolta. Ocultando cuidadosamente á María este complot de familia, se la llevaron con ellos á Cafarnaúm, á fin de autorizarse con su nombre para llegar mas fácilmente hasta Jesús. (17)

El Mesías enseñaba en la Sinagoga, en medio de una multitud de oyentes atentos y respetuosos, cuando llegaron los nazarenos. Blasfemando una autoridad que no tuvieron abultar á los ojos de la muchedumbre, como lo observó san Juan Crisóstomo, hicieron saber deliberadamente al Salvador que sus hermanos y su madre le aguardaban fuera; mas Jesús leyendo en el pensamiento secreto de sus parientes según la carne, y aprovechando esta circunstancia para ensanchar los estrechos límites de la antigua ley, adoptando solemnemente y sin escepcion de personas toda la grande familia humana, dió esta respuesta admirable al indiscreto mensaje de sus parientes: "Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?" En seguida, dirigiendo sus miradas sobre sus numerosos discípulos: "Mi madre y mis hermanos, exclamó, son aquellos que escuchan la palabra de Dios, y la practican." Después de esta reprensión severa que los hijos de Alfeo pudieron comprender, Jesús salió inmediatamente, dice san Juan Crisóstomo, para tributar á su madre todo el honor que el decoro exigía de él.

Luego que hubo saludado á María y detenidose algun tiempo con ella á la orilla del mar, el Salvador subió á un barquichuelo, desde donde se puso á enseñar al pueblo. La Virgen, confundida entre la multitud, pero profundamente atenta, escuchó con religioso silencio la parábola del sembrador. Los nazarenos, asombrados por la elocuencia irresistible y la dignidad sobrehumana de Jesucristo, se preguntaban sorprendidos,

si era verdaderamente el hijo de María. Experimentaban esa especie de fascinación que encanta á la serpiente de los desiertos de América, cuando oye en el fondo de los bosques la suave música que la atrae. Ellos habian venido con la presteza del miedo, con la elocuencia del egoismo, y con la arrogancia de la superioridad, para apartar á Cristo de su peligrosa misión; y flaqueaban á su simple mirada, hasta el punto de no atreverse á desplegar los labios en su presencia. Esto es lo que indica claramente el testo de san Márcos, quien, despues de habernos iniciado en sus intenciones hostiles, en ninguna parte da á entender que se atreviesen á hablar siquiera á nuestro Señor.

Algun tiempo despues, Jesús volvió á Nazareth. Grande fué el gozo de la santa Virgen. Ver á su Hijo sentarse sobre la misma estera en que se sentaba cuando niño; comer el pan que habia cortado, bendiciéndolo; llevarlo ocultamente á la cabecera de algun pobre enfermo, á quien volvía la salud, encargándole el secreto; ver poderoso en obras y palabras al que por espacio de tanto tiempo habia sido el hombre del silencio y del trabajo, era demasiada felicidad en la copa de su existencia. Empero Dios, que affige muchas veces á los que ama, derramó en breve en aquella copa una gota de hiel. El día del sábado, el Hijo y la madre se fueron juntos á la Sinagoga: un gran concurso del pueblo se habia reunido allí, para ver y oír á Jesús; mas la prisa de los nazarenos no tenía aquel carácter de confianza y de atencion respetuosa, que Cristo habia encontrado tan frecuentemente en otras partes. Allí estaban escandalizados de antemano de lo que iba á decir y hacer el Hijo de la Virgen, y admirablemente dispuestos á arrojarle la primera piedra, si la ocasión se presentase.

Hay países decididamente hostiles á todo lo que les honra, hasta que la yerba de los sepulcros crece sobre la tumba de todo lo que es objeto de su envidia.

Uno de los ancianos presentó al Salvador de los hombres el libro del profeta Isaías; y Jesús, desplegando el pergamino, leyó este pasaje con una gracia sencilla y una dignidad maravillosa: "El espíritu del Señor ha descendido sobre mí; por esto me ha consagrado con su unción: él me ha enviado para predicar el Evangelio á los pobres, para curar á los que tienen

el corazón enfermo, para anunciar á los cautivos su libertad y á los ciegos el recobro de la vista; para poner en libertad á los que púdecen en cadenas; para publicar el feliz reinado del Señor."

Cerrando entonces el libro, se sentó, y hablando con aquella elocuencia viva y natural que impresionaba tan fuertemente á sus oyentes, se aplicó á sí mismo el oráculo del Mesías, y enseñó no como un discípulo de la Sinagoga, sino como maestro de la misma Sinagoga. Un sordo rumor circuló por toda la asamblea. Unos se maravillaban de la pureza y de la gracia de sus discípulos, mientras que otros, fieles á su sistema de difamación despreciativa, decían en alta voz: "¿No es este el hijo del carpintero?" Y Jesús, penetrando sus pensamientos y leyendo como en un libro abierto en aquellos corazones falsos y envidiosos, les arrojó estas palabras, tan verdaderas, que han llegado á ser proverbiales: "Un profeta en todas partes es honrado, menos en su patria, en su casa, y en el seno de sus parientes." Como él sabía que tenían intención de pedirle prodigios semejantes á aquellos que había presenciado la ciudad de Cafarnaúm, les dijo claramente que su incredulidad les había hecho indignos de ellos, y que para obtener milagros es preciso solicitarlos con fe. Acudiendo, en seguida, á la propagación de su Evangelio, y á aquel olivo silvestre ingerido en el antiguo tronco de la Sinagoga, que simbolizaba la vocación de los apóstoles: "Yo os digo en verdad que había muchas viudas en Israel en tiempo de Elías, cuando el cielo estuvo cerrado por espacio de tres años y seis meses, y hubo una horrosa hambre en toda la tierra; y sin embargo, Elías no fué enviado á casa de ninguna de ellas, sino á la de una muger de Sarepta, en el país de los Sidonios. Había también muchos leprosos en Israel en tiempo del profeta Eliseo; y sin embargo, ninguno de ellos fué curado, y sí solamente Nauman, que era de Siria."

Estas últimas palabras fueron la gota de agua que hizo desbordar el vaso. Heridos en su orgullo nacional, en sus odios hereditarios, en sus esperanzas tradicionales, todos los de la Sinagoga llenáronse de un furor que pedía sangre. *Levantáronse en tumulto, arrojaron á Jesús fuera de la ciudad, y*

*le llevaron hácia la cima de la montaña en que estaba edificada á fin de precipitarle.*

Sentada la Virgen en medio de las mugeres del pueblo, en una tribuna enrejada, había observado con una ansiedad mezclada de temor, los progresos crecientes de la tormenta. Leyendo los siniestros proyectos de los nazarenos en su vista alterada y en sus gestos furiosos, no titubeó en arrostrar el peligro para abrirse un camino hasta su Hijo; mas sus fuerzas engañaron su valor. Allí era de ver cómo corrían esos judíos que tuvieron siempre los pies ligeros para dorrarar la sangre; y María, temblando como la hoja de un árbol, y pudiendo apenas sostenerse, marchaba de lejos tras ellos, como en un sueño. Ella ve á Jesús en la cumbre de la roca escarpada que domina un horroroso precipicio, ella oye desde lejos los gritos de muerte; flaquean sus rodillas, estiéndose una nube opaca sobre sus ojos, espira su voz en medio de un doloroso gemido, y cayó desmayada, como una rama florida que la tempestad ha despedazado en su carrera, y quedó postrada en la colina con el rostro contra el suelo (18).

Entre tanto, encarnizados los lobos en la persecucion del Cordero, habían sido burlados en sus designios: la hora del sacrificio no había sonado aun para el Hijo del hombre, y ninguno podía atentar contra su vida, si él no la entregaba. Llenando de ceguedad á esa horda homicida, Jesús pasó en medio de sus discípulos, sin ser de ellos conocido, y tomó de nuevo el camino de Cafarnaúm, á donde fueron á reunirse con él su madre, María Cleofas y los hijos de Alfeo.

Jesús, despues de haber predicado el Evangelio en las cercanías del bello lago de Tiberíades, cuyas olas brillan como la luz, y obrado también el gran milagro de la multiplicacion de los panes en el gran desierto de Betsaida, atravesó el Jordán con sus discípulos, para ir á Cesarea de Felipo, la antigua Dan de Nephtali, á quien Felipo, hijo de Herodes, acababa de cambiar el nombre; y de paso visitó las aldeas y pueblecillos situados en su camino.

En esta época fué, probablemente,—porque Estevan (20), que cuenta aquel hecho tradicional, deja indecisa la fecha,—cuando las aguas ya santificadas del Jordán, presenciaron una

tierna ceremonia. Jesús, María, y los apóstoles se dirigieron un día á la salida del sol, hacía ese hermoso río profundamente encajonado, que, según Tácito, corre á través de dos lagos y va despues á lanzarse en el tercero (20). Una vegetación magnífica adorna las orillas; acá y allá se levantan pequeños islotes de su seno, extendiéndose en medio de sus doradas ondas cual graciosos canastillos de verdura, de frutas y de flores; parvas azules se cernían sobre sus floridas islas, donde las palomas y las blancas tortolillas hacen siempre sus nidos de musgo sobre las ramas de los granados silvestres. El rocío brillaba sobre las verdes hojas de los árboles, cual una lluvia de pulidos diamantes; y los juncos del Jordán, que ocultan á veces á los tigres, se doblaban suavemente bajo la brisa ligera, que agitaba las cimas de las palmeras, de donde colgaban racimos de dátiles color de coral. En la ribera opuesta, y sobre las pendientes de las altas montañas grises y suspendas de rojo, veíanse paecer hacia lo lejos numerosos rebaños de gacelas; mientras que en las llanuras arenosas volaban sus corceles, rápidos como el viento, algunos feroces hijos del desierto, armados con aquellas largas lanzas de caña cogidas en las riberas del Eufrates, de las cuales se sirvieron desde los siglos cereanos al diluvio, si se ha de dar crédito á las leyendas persas (22). Nubes de un violeta del mas rico tinte, ó de un color de rosa dulce y pálido, flotaban cual hermosas flores por el vivo azul del firmamento; y el músico, que se complacía en cantar entre los grandes sicómoros que sombreaban el río sagrado de la Palestina, dejaba oír sus dulces y encantadores acantos.—La naturaleza estaba de fiesta por el bautismo de María.

La Virgen iba vestida de blanco, según el uso de los hebreos cuando figuraban aisladamente en alguna santa ceremonia, y permaneció grave y profundamente recogida, al lado de su Hijo y de su Salvador, hasta que entraron al río. Levantando entonces con su divina mano el velo oriental de su bella y casta madre, fijó sobre ella Castro su dulce y penetrante mirada con una ternura infinita; despues dejó caer sobre la Virgen el agua sagrada que regenera; y El, que era una de las tres divinas personas, la bautizó en el nombre de la Santísima Trinidad.

Entonces fué cuando la santa Virgen dejó sus costumbres solitarias, para seguir á Jesús en sus viages. Ella lo habia piadosamente servido por espacio de treinta años, en pais extranjero y en el de sus abuelos; ella habia trabajado para él, llorado sobre él, sufrido por él, y como no lo dice san Alberto el Grande, le habia adorado continuamente dia y noche, desde que niño aun sollozaba en su cuna, exhalando tiernos vagidos. Era, pues, natural que uniéndose ahora á su suerte perseguida, abandonase el pacífico techo que le habia visto nacer, para marchar tras sus benditas huellas, mientras que él enseñaba el Evangelio á los hebreos.

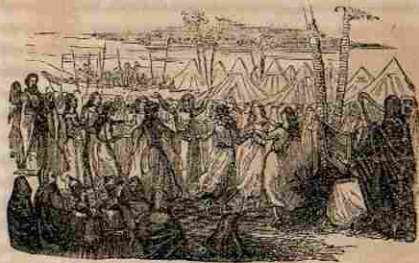
En medio de las agitaciones de una vida llena de turbación y de lágrimas, la Virgen fué admirable como siempre. Amando á Jesús mas que madre alguna amó nunca á su hijo, y siendo la única que podia llevar ese amor extremo hasta los últimos limites de la adoración, jamás su ternura maternal le distrajo en provecho propio de los momentos cortos y preciosos de su misión regeneradora; jamás le habló de sus fatigas, de sus temores, de sus siniestras previsiones, ni de sus necesidades personales. María no era solamente una paloma santa que se esconde en el hueco de una peña, una virgen pura destinada á alimentar con su leche y á moeér en sus brazos un huésped celestial; era una muger fuerte, que el Señor se complacía en colocar sucesivamente en todas las situaciones de la vida, á fin de dejar á las hijas de Eva un ejemplo que seguir y un modelo que imitar.

No hubiera sido conveniente que la Madre de Dios siguiese sola á Jesús y á sus apóstoles al través de la Judea; así es que componian el séquito de la Virgen, María de Cleofas, madre de Santiago, de Simón, de José y de Judas, vulgarmente llamados los hermanos del Señor; Salomé, madre de los hijos de Zebedeo, á quienes el Salvador amaba mucho; Susana, esposa del mayordomo del Tetrarca, y algunas galileas ricas, pero que se habian hecho pobres por Jesucristo. Una de ellas, judía jóven, rica, noble y de una sorprendente hermosura, era la mas tiernamente obsequiada de la divina madre de su Señor. Esta muger, cuyo corazón ardiente, pero agitado de tormentas como las olas del mar Egeo, habia alimentado mil impuras llamas á

la faz del mundo y arrostrado la opinión pública con burla y desprecio, había venido sumisa y penitente á doblar su altiva cabeza bajo los piés de Cristo, y pedir al que confesaba por su Dios la curación de los males de su alma; y el casto amor del Señor había absorbido todos los vanos amores y todas las aficiones mundanas de la jóven dama de Magdalen. Ella había pisoteado sus collares de perlas, sus cadenas de oro y de pedrería, vendido su palacio situado entre las adelfas, laureles y rosales que circuyen el hermoso mar de Galilea; y al presente, sin otro adorno que un pobre sayal y su magnífica caballera negra con la que había enjugado los piés del Señor, la jóven patriota, rica por sus limoenas y mas bella con sus nuevas virtudes, derramaba las lágrimas de su arrepentimiento en el seno misericordioso y puro de Maria. La Virgen inmaculada había recibido en sus brazos y acogido en su pecho á la grande pecadora, y cultivaba en ese suelo fértil y por largo tiempo inculco, las flores que se abrian para el cielo.

Despues de muchos padecimientos y sustos largos de referir, la Virgen entró en Jerusalem, la ciudad funesta, en seguida de Jesucristo, para celebrar la última pasena que el Señor hizo con sus discípulos. Ella vió á los habitantes de la ciudad de los reyes salir en tropel al encuentro del Hijo de David, que venia á ellos llenos de dulzura, montado como lo acostumbraban los jóvenes príncipes de su linaje, y recibiendo con benignidad los sencillos obsequios que le ofrecia espontáneamente esa multitud deseosa de ver á su profeta; porque Jesucristo no desechó jamás los humildes testimonios de gratitud y de amor que le ofrecian sus criaturas. Por pequeñas que fuesen esas muestras de afección y de agradecimiento, eran recibidas con una bondad divina desde el momento en que salian del corazón.

Magdalena, contemplando á la vez á su Señor y á esa multitud de pueblo que hacia resonar los aires con los gritos de *hosanna*, lloraba tiernamente bajo su velo. Maria tambien tenia los ojos humedecidos; pero sus miradas estaban dirigidas hácia el Nordeste, con direccion al *Calvario*.



## LIBRO XVII.

## Maria en el Calvario.

LAS palmas que los hijos de los hebreos habían arrojado bajo los pasos de Cristo, cubrian todavia con sus verdes hojas el áspero camino de Betánia; el eco del valle de los cedros (1) repetía aun los lejanos sonidos de los gritos de triunfo y de júbilo con que la hija de Sion había saludado al *Rey pobre*, cuando Jerusalem fué profundamente conmovida por un nuevo suceso, de una grande y triste importancia.

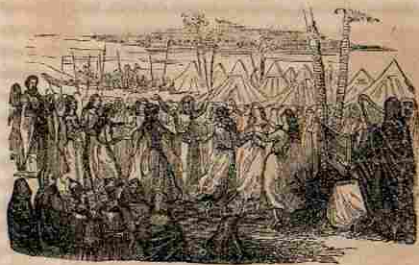
Los príncipes de los sacerdotes, los senadores y los fariseos, deseaban aprehender, aunque fuese á precio de oro, y sin retroceder ante la traicion doméstica, á un *gran Culpable* que ponía en peligro, segun decian, el culto y el estado. Preciso era, efectivamente, que ese hombre fuese muy peligroso, pues



la faz del mundo y arrostrado la opinión pública con burla y desprecio, había venido sumisa y penitente á doblar su altiva cabeza bajo los piés de Cristo, y pedir al que confesaba por su Dios la curación de los males de su alma; y el casto amor del Señor había absorbido todos los vanos amores y todas las aficiones mundanas de la jóven dama de Magdalen. Ella había pisoteado sus collares de perlas, sus cadenas de oro y de pedrería, vendido su palacio situado entre las adelfas, laureles y rosales que circuyen el hermoso mar de Galilea; y al presente, sin otro adorno que un pobre sayal y su magnífica caballera negra con la que había enjugado los piés del Señor, la jóven patria, rica por sus limoenas y mas bella con sus nuevas virtudes, derramaba las lágrimas de su arrepentimiento en el seno misericordioso y puro de Maria. La Virgen inmaculada había recibido en sus brazos y acogido en su pecho á la grande pecadora, y cultivaba en ese suelo fértil y por largo tiempo inculco, las flores que se abrian para el cielo.

Despues de muchos padecimientos y sustos largos de referir, la Virgen entró en Jerusalem, la ciudad funesta, en seguida de Jesucristo, para celebrar la última pasena que el Señor hizo con sus discípulos. Ella vió á los habitantes de la ciudad de los reyes salir en tropel al encuentro del Hijo de David, que venia á ellos llenos de dulzura, montado como lo acostumbraban los jóvenes príncipes de su linaje, y recibiendo con benignidad los sencillos obsequios que le ofrecia espontáneamente esa multitud deseosa de ver á su profeta; porque Jesucristo no desechó jamás los humildes testimonios de gratitud y de amor que le ofrecian sus criaturas. Por pequeñas que fuesen esas muestras de afección y de agradecimiento, eran recibidas con una bondad divina desde el momento en que salian del corazón.

Magdalena, contemplando á la vez á su Señor y á esa multitud de pueblo que hacia resonar los aires con los gritos de *hosanna*, lloraba tiernamente bajo su velo. Maria tambien tenia los ojos humedecidos; pero sus miradas estaban dirigidas hácia el Nordeste, con direccion al *Calvario*.



## LIBRO XVII.

## Maria en el Calvario.

LAS palmas que los hijos de los hebreos habían arrojado bajo los pasos de Cristo, cubrian todavia con sus verdes hojas el áspero capino de Betánia; el eco del valle de los cedros (1) repetía aun los lejanos sonidos de los gritos de triunfo y de júbilo con que la hija de Sion había saludado al *Rey pobre*, cuando Jerusalem fué profundamente conmovida por un nuevo suceso, de una grande y triste importancia.

Los príncipes de los sacerdotes, los senadores y los fariseos, deseaban aprehender, aunque fuese á precio de oro, y sin retroceder ante la traicion doméstica, á un *gran Culpable* que ponía en peligro, segun decian, el culto y el estado. Preciso era, efectivamente, que ese hombre fuese muy peligroso, pues

que aquellos venerables personajes se habian impuesto un ayuno extraordinario para apoderarse de él (2), habiendo hecho asimismo, en la ciudad, algunas limosnas á son de trompeta. Los fariseos, esos hombres de conciencia, que no robaban sino á los incircuncisos, y que habrían dejado perecer á su prójimo en el fondo de un pozo en el día del sábado, si bien habrían sacado prontamente su buey ó su asno, se habian encargado de propalar en el pueblo, tan fácil de engañar y seducir, rumores alarmantes y vagas noticias, que le habian puesto en una especie de inquietud febril, de la cual no podia salir sino por un exceso de ferocidad. Estando las cosas preparadas de este modo, vióse descender en una tarde, del monte María, á una tropa perfectamente armada, en la que se encontraban algunos senadores, y mandada por el capitán de los guardias del templo (3); la cabeza de los principes de los sacerdotes venia despues, y á la cabeza de aquel batallón, que marchaba á paso mesurado al resplandor de algunas antorchas de resina, y de esas grandes linternas que los asiáticos atan á unos elevados palos, á fin de levantarlos en alto; á la cabeza, decimos, caminaba un hombre de frente ebata, mirada recelosa y fisonomía vil, cuyo cinto estaba lleno de oro robado á los pobres (4), y al cual creía ya reunidas las treinta monedas de plata que iba á ganar, entregando á la Sinagoga,—muy judia para pagar adelantado una traicion,—á su maestro, á su amigo, á su Dios. Porque era el hijo de David, el triunfador de la víspera, Jesus de Nazareth el gran profeta galileo, á cuya voz la muerte largaba su presa, y cuyas órdenes respetaban los vientos, era á él á quien los sicarios de los principes, de los sacerdotes y de los fariseos iban á buscar en la montaña de los Olivos, á donde, segun lo cuenta san Lucas, se retiraba por la noche, despues de haber enseñado en el templo. No se habian atrevido á prenderle á la luz del día, porque temian alguna resistencia de parte de la multitud, que de todas partes venia á esnecharle bajo el pórtico de Salomon.

La tropa armada y conducida por Iscariote, atravesó el estrecho recodo por donde corre el Cedron, aquel torrente de aguas tenebrosas (5) que vió pasar al rey David cuando huía con un puñado de fieles servidores de la soldadesca insur-

reccionada por su hijo Absalon. Mientras que los soldados del templo, silenciosos y feroces, seguian las orillas del torrente, donde se reflejaban sus antorchas, á fin de ganar las alturas de Gethsemani, y mientras que el viento de la tarde agitaba las copas destrepzadas de los sauces, que muy presto debian ver á Judas ahorcado de una de sus ramas, suplicio dulcísimo para tal traidor, pero al cual añade diariamente alguna cosa la eterna maldición de las generaciones que se suceden sobre el globo; mientras que aquella pasaba, decimos, otra escena solemne y tierna tenia lugar en el jardín de los olivos, á donde el indigno apóstol iba á buscar á su maestro, para perderle.

Crispo, despues de haber orado largo tiempo con el rostro postrado en tierra, y despues tambien de haber sufrido esa espantosaagonía que cubrió de un sudor de sangre su divina frente, se puso en pié con resignacion sumisa á la terrible voluntad de su Padre, y pronto á beber hasta las heces el caliz de la amargura. Levantó sus rasgados y dulces ojos al cielo estrellado, cuyas constelaciones señalaban media noche, y en lo alto del cual brillaba la luna, esa bella lámpara del firmamento, cuya útil luz bendecian en sus oraciones los hijos de Abraham (6). Estaba entonces en el plenitimo, y derramaba una verdadera sabana de luz sobre aquel austero paisaje, cuyas sombrías montañas, que parecen sobrepuestas las unas á las otras, se destacan sobre el límpido azul de los cielos. Jerusalem, medio inundada en la sombra, y espléndidamente alumbrada á trechos, enviaba á lo lejos las emanaciones aromáticas de las raras plantas de sus jardines, al mismo tiempo que balanceaba al soplo de la brisa sus bosquecillos de palmas, de donde se elevaban blancas torres de mármol. El silencio, por la parte de las montañas, era profundo; pero un ligero murmullo se levantó del fondo del valle. Jesus se estremeció. Son ellos, se dijo á sí mismo; y se dirigió lentamente al lugar en que habia dejado á tres de sus apóstoles, á quienes habia escogido entre todos para que participen con él su vigilia solitaria. ¡Ah! la fatiga, ó el soplo embriagante del viento que gemía entre el follaje espeso y pulido de los álamos, habia dormecido gradualmente á esos centinelas descuidados. Jesus

les vió dormir un instante con santa amargura: les habia anunciado que su muerte estaba próxima, que la hora del peligro habia llegado; y dormían, sin embargo, ellos, sus parientes, sus amigos, sus discípulos por eleccion, indiferentes al parecer á su peligro y á su muerte. . . . Oh vanidad de la beneficencia, de los lazos de la sangre y de la amistad! ¡Ellos estaban perfectamente despiertos sobre el Thabor á la hora de la gloriosa transformacion; pero dormían en el momento de la prueba y del infortunio!

Dejóse sentir un sordo rumor hacia el hondo camino que conduce á la pequeña aldea de Gethsemani: á poco la luz de las antorchas alumbró los árboles. Entonces dirigiéndose Jesus á sus apóstoles, que dormían aun, les dijo con voz baja, pero profunda: "¡Levantaos, vamos! El que debe venderme está ya cerca de aquí." Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando llegaron Judas y su banda. Adelantándose hacia Jesus, con la mudacia retratada en sus ojos y la sonrisa de la falsedad sobre sus labios, le señaló á la tropa hostil que le buscaba, dándole aquel beso sacrilego que lleva su nombre. Así estaba convenido. Jesucristo recibió benignamente al traidor, y le dijo con una penetrante dulzura: "Amigo mio, ¿que habeis venido á hacer aquí?"

¡Qué habia venido á hacer! . . . Habia venido á ganar los treinta siclos de plata de la Sinagoga. La codicia, que es una pasion fria y calculadora, comete diez veces mas infamias que la violencia, y crímenes mucho mas negros.

Judas no tuvo tiempo de responder á esta embarazosa pregunta, porque avanzándose sobre los otros se arrojaron sobre Jesus, y se apoderaron de él. Entonces se apoderó la cólera del corazón de Pedro (7), el príncipe de los apóstoles: sacó su espada é hirió á uno de los servidores del gran sacerdote; pero Jesus detuvo su brazo, el único que se habia levantado para defenderle, y le mandó que volviese á envainar su espada. "Es necesario que se cumplan las Escrituras," dijo la víctima santa, — es necesario que las cosas pasen así." El Cordero de Dios queria ser inmolado por los pecados de los hombres.

La tropa enemiga, despues de haber atado á Jesus como á

un criminal, tomó otra vez el camino de la santa ciudad, y se dirigió hacia el puente de piedra que los príncipes sumoneos habian levantado sobre el Cedron; pero el pueblo de Jerusalem, que habia corrido en gran muchedumbre á su encuentro, le ocupaba ya, y la tradicion cuenta que Jesus fué arrastrado á través del arroyo, para que se cumpliese así á la letra la profecía: "El beberá en el camino del agua del torrente." Las santas huellas de los piés del Salvador, y una de sus rodillas, están impresas en el álveo y sobre las márgenes de piedra del Cedron. Despues de haber subido la cuesta de Sion, entraron en Jerusalem por la puerta Esterquilina, y fueron á casa de Caifás, gran sacerdote, donde se hallaban reunidos los escribas y los ancianos. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas preguntaron entonces á Jesus, si él era el Cristo. "Si os lo dijese, — respondió dulcemente el Salvador, — no me creeríais." ¿Sois el Hijo de Dios? preguntó Caifás. — Lo soy, respondió Jesus. — Ha blasfemado! gritó el gran sacerdote, desgarrando sus vestidos. — "¡Merece la muerte!" dijeron los escribas y los fariseos.

Entonces le escupieron al rostro, le hirieron con sus puños y le dieron de bofetadas, diciéndole con burla: "¿Cuatro profetiza, pues, y di quién te ha herido?"

"Durante este tiempo, Pedro, que habia jurado morir antes que abandonarle, le negó tres veces en el patio del gran sacerdote."

Al dia siguiente, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos condujeron á Jesus á casa de Pilatos, á quien aborrecían con toda su alma, desde que habia introducido de moda en Jerusalem las insignias imperiales (8); pero como aborrecían mas aun al Hijo de Dios, y solo los romanos podían condenarle á muerte (10), se resignaron á entrar en el pretorio de aquel idólatra, si bien tomando las precauciones mas minuciosas para no esponerse al contacto de sus vestidos, de sus banderas, como asimismo de su tribunal, lo cual les hubiera manchado para toda la vida. Despues de haber hecho cuanto estuvo de su parte para evitar un peligro tan grave, aquellos hombres escrupulosos acusaron á Jesus de haber pervertido al pueblo con su doctrina; de haber sido causa de que no se pagase el

tributo al César; y en fin, de haber tomado el título sedicioso de *Rey de los judíos*. . . . Tantas mentiras como palabras.

Jesús no opuso á sus falsas acusaciones sino el silencio. Convencido Pilatos de la infame maldad de sus acusadores y de la inocencia del acusado, hubiera querido salvar á Jesús; pero no lo consiguió. Hábiles los fariseos en levantar motines populares, salieron al pueblo para que pidiese tumultuosamente la muerte del vástago de sus antiguos reyes; y el gobernador, que sabía calmar muy bien los clamores de los judíos cuando le convenía, contentóse con defender, apenas, al inocente, contra los fariseos que deseaban arrancarle una sentencia inicua, siendo así que debía haberle protegido con valentía y resolución. Cansado el romano de tantos gritos, y vencido por su pertinacia, se lavó las manos de su sentencia, y la pronunció (11), como se la pedían. Después, á fin de hacerse perdonar, sin duda, sus impulsos de clemencia hacia Jesucristo, y grangearse otra vez el corazón del populacho judío, á quien últimamente había hecho apalearse por sus lictores (12) en un motin ocasionado por el tesoro sagrado, del cual quería apoderarse só pretexto de construir un acueducto que no era necesario, hizo azotar con varas al Hijo de David y de Salomón, entre los aplausos del pueblo deicida, que había osado colocar sobre su cabeza y la de sus hijos la terrible responsabilidad de su muerte. Una vez hecho esto, lleno de compasión y á la vez de admiración (13), le abandonó á los insultos de una soldadesca que horrorizaba á los príncipes de la Sinagoga, pero que, sin embargo, se había degradado hasta conculcarla, con el fin único de que su odio fuese mejor saciado (14); porque esos *guardadores* de la ley de Moisés, que querían matar y escarnecer á Cristo por el amor de Dios, sabían también aborrecer infinitamente.

Cuando Jesús llegó al patio del pretorio, se le hizo sentar sobre una columna destruida (15), y la cohorte entera aguzó su ingenio para burlarse de él del modo mas atroz é insolente. Era entonces la época en que estaba florido el peligroso rhamus (16), que en otro tiempo había tenido suspendido de sus ramas al certero simbólico del sacrificio de Abraham (17); uno de los soldados se apresuró á coger una rama, y con ella hizo á

Cristo una corona derisoria, cuyas flores se tuvieron bien pronto con su sangre, mientras que cada una de sus espigas le hacía una herida profunda é insuportable. Después de haberla reducido á la desnudez de los esclavos, ceñáronle sobre las espaldas un harapo de púrpura, puséronle en la mano una caña por estro, y con amargos sarcasmos y genuflexiones irrisorias, saludaron ese fantasma de dignidad real. Todo su cuerpo, destilando sangre por el azofamiento reciente, no era otra cosa que una dilatada llaga, porque los látigos con puntas acoradas habían esparcido por la sala de la ejecución los pedazos sangrientos de su carne; sobre su dulce y pacientísimo rostro, manchado con asquerosas salivas, hallábase aquí y allí gotas de negra sangre que corría de su herida frente, á la cual no podían llegar sus manos encadenadas! . . . Los príncipes de los sacerdotes, los doctores y los fariseos contemplaban esta escena con íntima satisfacción; aquellos *venerables* hombres trataban la pielul de bejeza de última (18).

Cuando los pontífices y los fariseos hubieron degradado bastante á Jesús á los ojos del pueblo para destruir la idea de su divinidad, viendo que les apremiaba la escrutina del sábado, tomaron su víctima, que el pretor romano les entregó con repugnancia; y después de haber cargado con el peso enorme de la cruz sus espaldas chorreantes y despolzadas, apretaron con el asta de sus lanzas la marcha dolorosa y tardía hacia el Calvario, á donde iban á crucificarle.

Una multitud inmensa de espectadores llenaba las calles y obstruía las plazas públicas. Unos manifestaban altamente una alegría feroz, y maldicían á gritos al Hijo de Dios; otros se compadecían de la muerte del joven profeta, que no había hecho sino bien á los hombres, y que los hombres habían abandonado y vendido. Empero esas muestras de estéril simpatía apenas se percibían: los buenos lloraban ocultamente; aquellos que él había alimentado con cinco panes en el desierto, los que había curado, los que había amado, estaban allí confundidos entre la multitud, y ninguna voz se alzaba protestando contra su suplicio (19); ¡aquel de sus apóstoles que mas le amaba, le había negado cobardemente! ¡los demás, á excepción de uno solo, habían huido!

Al tiempo de bajar pensadamente por la larga calle que conduce á la puerta *judicaria*, una muger penetró por medio de la multitud. Esa muger, notablemente hermosa, y que llevaba impreso en su dulce y suave fisonomía el tipo de la honestidad, parecía aborta toda ella en un dolor inexplicable. Sufria tanto; estaba tan pálida; sus ojos, que habian derramado ya sus últimas lágrimas, dejaban caer una mirada tan amortecida, tan santamente triste, sobre las espantosas llagas del Salvador, que al verla las mugeres de Jerusalem se pusieron á llorar, diciéndose en voz baja: *¡Pobre madre!* Ella se deslizó en silencio á través del pueblo, que se apartaba por un instinto de compasion y de simpatía para franquearle paso. Algunos fariseos de corazon empedernido, arrojaban á Jesus, bañado en sudor y espirante bajo la cruz, espresiones las mas insultantes; ella no las oyó: los soldados extranjeros que rodeaban á su Hijo le dirigieron gestos amenazadores; ella no los vió: pero cuando un grupo de lanzas, con la punta dirigida contra su pecho, se interpuso entre ella y Jesus, salió de sus ojos fijos y desencujados un relámpago que reveló la sangre de David, y su cabeza hermosa é inspirada tomó tal espresion de grandeza dolorosa y de frío desprecio de la muerte, que los soldados vencidos bajaron lentamente sus armas ante aquella heroica y santa muger. Por feroces que les hubiese hecho la vida de los campamentos, se acordaron de sus madres.

María dirigió sus pasos vacilantes hácia el Salvador. Fijó sus miradas, llenas de angustia, sobre esa figura humillada que se arrastraba, sangrienta y casi desnuda, bajo una carga demasiado pesada; sobre ese rostro imponente, misericordioso y dulce, que en otro tiempo hubiera temido manchar rozándolo con sus castos labios, y que ahora hinchado, cárdeno, cubierto de polvo y de sangre, apenas conservaba ya nada de la imágen del Criador. María pasó tristemente su mano sobre su frente, como para asegurarse de que no era el juguete de una pesadilla horrible. Ni un solo gemido alivió su corazon oprimido; ningun gesto de desesperacion inició á los espectadores en los misterios de su agonía; se creyó solamente que iba á morir, y en efecto hubiera muerto mil veces durante esta solemne y destrozadora pausa, si Aqrel, que *mide el viento á la lana de la*

*oreja*, no la hubiese sostenido con el poder de la divinidad. Jesus observó bien pronto, á algunos pasos de él, esa figura muda é inmóvil; inclinándose entonces ante ella su frente encorvada bajo el peso de la cruz, pronunció el nombre de *Madre!* A esta palabra, que resonó cual una campana fúnebre á los oídos de la santa Virgen, un dolor agudo le traspasó el corazon, viósele vacilar, palidecer; y en seguida, dobándose sobre si misma, cayó sobre aquellas losas desiguales y enrojecidas, en que Jesus al pasar habia dejado huellas sangrientas... (20)

Un jóven galileo de rostro sombrío y abatido, una jóven muger anegada en lágrimas, se abrieron paso hasta María; sin duda Juan y Magdalena, que la amaban y veneraban como á su madre, hicieron cuanto les fué posible por arrancarla á la escena de sangre y de muerte que se preparaba sobre el Gólgota; pero sus instancias fueron inútiles, y levantándose con esfuerzo María comenzó á subir, bajo un sol abrazador, la pendiente mas escarpada del Calvario... era el camino mas corto, y el mismo que habian hecho seguir á Jesus.

Habian llegado al término doloroso de esa triste peregrinacion, y pisaban el suelo fatal y sagrado en que el Condere de Dios iba á satisfacer á la justicia del Cielo irritado, colocándose en lugar de todas las victimas y cargando con todas nuestras miserias. Allí iba á ofrecerse el gran sacrificio, cuya eficacia se remonta por una parte hasta la culpa original, y se estiendo por otra en la noche de los siglos futuros hasta la consumacion de los siglos. Esa pequeña esplanada pedregosa era el nuevo altar desde el cual debía la sangre de Cristo correr á torrentes, para lavar los pecados del mundo y destruir para siempre el decreto de muerte y de perdicion que nos entregaba al nacer á los ángeles del abismo. Pero ¿qué se habia hecho la victima santa? ¿Dónde la ocultaban sus verdugos á los ojos desolados de su madre? María estendió sus inquietas miradas sobre la árida montaña; vió al pueblo en expectacion, las cruces tendidas en el suelo, y unos trabajadores abrian con indiferencia los profundos hoyos que debian recibir los tres instrumentos del suplicio... y Jesus, ¿dónde estaba?

Apareció al fin; pero ¿en qué estado! despojada de sus

últimas vestiduras, sin un harapo con que cubrir sus carnes despedazadas y sus llagas chorreantes, ¡el, tan casto y tan puro! Sus verdugos, arrastrándole con ignominia, lo espusieron así por algún rato á la burla del pueblo; en seguida el Justo se tendió sobre la cruz, ¡ese lecho de honor que le ofrecía por premio de su amor inmenso la gratitud de los hombres! Era este un espectáculo demasiado espantoso para que pudiesen presenciarlo aquellos que le amaban; lleváronse á Maria á algunos pasos de allí, en una especie de cueva natural, en que permaneció de pie, blanca y fría como una estatua de mármol. Percibíase á la parte de afuera un murmullo semejante al de las abejas de Engaddi, cuando el pastor de Israel las arroja del hueco de sus encinas. A veces elevábase de repente en medio de ese sordo murmullo, una tempestad de rechillas, de gritos, de burlas y de espantosas carcajadas de risa. El populacho de todas las naciones ha tenido siempre instintos feroces; pero el de los hebreos se estendió en esta ocasión.

En un intervalo de profundo silencio, causado sin duda por alguna nueva barbarie que cautivaba la atención de la multitud, oyóse un golpe de martillo, un golpe sordo como que caía sobre la madera y las carnes despedazadas. Magdalena estremecida apretó su pecho contra el de Maria, y el discípulo amado de Jesus se arrimó instintivamente á las paredes de la cueva. Un segundo golpe, mas sordo, mas sofocado y mas siniestro aun, se volvió á oír; y fué seguido de otros dos ó tres que caían á intervalos iguales, y todo quedó concluido. "Mirad como le clayan en la cruz," hizo observar á sus camaradas un soldado romano. Juan y Magdalena lanzáronse mutuamente una mirada de desolacion: experimentaban una sensacion semejante á la que se experimenta en medio de una tempestad nocturna, cuando los gritos de los naufragos á quienes es imposible socorrer, llegan sobre las olas y se apagan uno tras otro en el fondo de las aguas. ¡Y Maria!... un sudor frio cubria su cuerpo, un temblor convulsivo agitaba sus miembros; ella tambien, pobre y débil muger, acababa de ser crucificada; porque jamás confesor estendido en el potro, jamás mártir alguno en medio de las llamas, sufrió en el alma y en el cuerpo tan espantosos tormentos.

Bien pronto se percibió el rozamiento agudo de las cuerdas sobre las poleas. La cruz se levantaba lentamente en los aires, y el Hijo del Hombre, con el rostro vuelto hacia las regiones del Occidente que aguardaban la luz tanto tiempo hacia, fué enarbolado como un estandarte á la vista de las naciones infieles; así estaba escrito. Entonces el pueblo réprobo lanzó un ronco y dilatado rugido de alegría: "¡Salud al rey de los judios! ¡Si Dios le ama, que le salve! ¡Si tú eres Hijo de Dios, nazareno, baja de la cruz!" Y el ladrón crucificado á su izquierda le maldecía tambien entre las agonias de la muerte; el miserable probó ser judío hasta el fin. Jesus, sosteniendo con una dignidad tranquila y sublime su gran carácter de profeta y de Dios salvador, sellaba silenciosamente con su sangre las altas doctrinas de la nueva ley. Ninguna queja, ningún reproche se le escapaba en medio del suplicio infame que padecía á la vista de un pueblo entero; por el contrario, él lanzaba sobre ese pueblo alucinado miradas de misericordia, y procurando aplacar la justicia divina en favor de los que le crucificaban, exclamó con voz agonizante: *¡Padre mio, Padre mio, perdónadles, porque no saben lo que se hacen!*

"Y sin embargo, han transcurrido diez y ocho siglos, y el Padre Soberano no les ha perdonado aun; y ellos arrastran su suplicio por toda la tierra, y en toda la tierra el esclavo se ve obligado á bajarse para verlos." (21)

La Virgen habia dejado el asilo momentáneo en que se habia refugiado, y caminaba con la cabeza baja hacia el lugar del suplicio. A algunos pasos del arbol de infamia, unos groseros soldados echaban suertes sobre la túnica sin costura que ella habia hilado y tejido con sus manos (22); y se repartían con algazara las vestiduras sagradas que habian obrado tantas maravillas (23). Una ligera convulsion alteró el semblante de Maria. Se acordó del tiempo en que, rica solamente con el amor de Jesus, pero asea de inquietudes cercanas, trabajaba por las noches á su lado en la tela de esa túnica de fiesta; y ese pensamiento la causó un dolor agudísimo, porque la luz que le ofrecía en lo pasado la imagen de sus dias de felicidad, no hacia mas que espesar las sombrías tinieblas de su desgracia presente. Levantó los ojos al cielo, para buscar allí, como

siempre, la fuerza para sufrir, y su mirada se cruzó con la del Dios crucificado. A ese horrible espectáculo sus pies lánguidos se clavaron en el suelo, y quedó muda y como petrificada de un horror tan grande, de un estremecimiento tan atroz, que todo lo que había sufrido hasta entonces no le pareció mas que un sueño triste, una vision espantosa, pero casi desvanecida; todo se absorbía en la cruz (24).

Jesús, dejando caer sobre la Virgen santa una mirada dulce y misteriosa, pareció decirle, como en la víspera á sus apóstoles: ¡Madre mía, la hora ha llegado!

¿Qué hora?

La hora mas memorable y fecunda en acontecimientos extraordinarios, cuyo paso señaló la oscuridad del sol, aun despues que el hombre habia dividido la duracion para darse cuenta del tiempo; la hora en que el Hijo de Dios iba á triunfar del mundo, de la muerte, del infierno, y de la misma justicia divina; la hora del cumplimiento de las profecias, de la abolicion de los sacrificios, de la rehabilitacion de la muger, de la libertad del esclavo y de nuestra redencion eterna. Y la Virgen creyó que veia pasar delante de sus ojos á los patriarcas, los reyes justos, los profetas inspirados de Dios, que se inclinaban ante el Cristo como las haces de los hijos de Jacob delante de la haz maravillosa de José. Ella creyó ver á Moisés y á Aaron poniendo al pié del nuevo árbol de vida, el arca de alianza, el efol, el racional, la plancha de oro y el ramo de almendro, simbolo del sacerdocio hebreo, cuya mision iba á concluir; en seguida, á David colocando tambien su urpa profética al lado de la espada de Finéas, del cuchillo sagrado de Abraham, y de la serpiente de bronce. Los sacerdotes y las victimas, los ritos y las ordenaciones, los tipos y los simbolos, agrupados al rededor de la cruz, esperaban allí su consumacion, mientras que el libro de los siete sellos de bronce se habia abierto á los piés del Gran Pontífice, segun el orden de Melchisedec, que reemplazaba á los Aoronitas. El mundo antiguo, retirándose como las olas que se plegan lentamente sobre sí mismas, cedió el lugar á nuevas imágenes. María creyó ver entonces á todas las naciones de la tierra aguardando al pié de la Cruz para recibir el Evangelio. La Etiopia y las

islas tendian sus manos hácia el Mesías; el desierto, que comenzaba á recogerse, *florecia como la rosa*; el conocimiento de Dios llenaba la tierra, como las grandes aguas cubren el lecho de arena del Océano, y mil voces parecian repetir en mil idiomas bárbaros: "*¡El Cristo ha vencido, bendito sea!*"

La noble y generosa muger, dando tregua á los agudos dolores que la destrozaban, unióse simpáticamente al triunfo de la ley de gracia y á la grande regeneracion social; pero la vision de gloria no tardó en desvanecerse, y el dolor penetró de nuevo por todos sus poros. María, como Raquel, lloraba por su primogénito, y desechaba todo consuelo.

Entre tanto, la naturaleza entera parecia participar del sufrimiento de su Dios. El dia se apagaba por grados, y su luz agonizante coloraba con un tinte lúgubre ese grande y estéril paisaje, tan bien apropiado al crimen de que era teatro. A cada momento espesábanse las tinieblas; caia el rocío por la repentina interrupcion del calor; las águilas, arrojando agudos gritos, volaban á su asilo nocturno; los chacales rugian á las orillas del Cedron; y el Calvario, tan triste ya por sí mismo, comenzaba á tomar el aspecto de un gran catafalco de negro mármol. El pueblo, fuertemente impresionado por este extraordinario suceso, empezaba á guardar el silencio del miedo, y solamente algunas voces aisladas y altaneras, las voces de los fariseos y de los gefes de la Sinagoga, continuaban maldiciendo á Cristo.

Bien pronto, á través de los opacos y sombríos celajes que cubrian la faz del firmamento, aparecieron las estrellas, como antorchas funerales que arden al rededor de un féretro, derramando sobre el teatro del deicidio una claridad espantosa y verluza, que daba á las masas de espectadores curiosamente agrupados en las vertientes del Gihon, el aspecto de una asamblea de demonios y espectros. Ellos se miraron unos á otros, y palidicieron. En vano los escribas y los fariseos, harto avanzados en las aguas del crimen para atreverse á volver á la orilla, se esforzaban en atribuir este prodigio á causas naturales; cuanto mas se prolongaba la ausencia de la luz, menos concluyentes parecian sus razones. Los ancianos, sacudiendo sus cabezas enconecidas, afirmaban no haber visto jamás un

eclipse semejante; y los sabios, versados en las ciencias de los caldeos, sostenían por su parte que ese eclipse ni estaba previsto, ni era posible en la posición en que se hallaba la luna (25).

Este eclipse de tres horas, era uno de los prodigios del Mesías, que manifestaban la ira del cielo, cuando el Cetro fuese entregado á la muerte. "En ese día,—había dicho el profeta Amos,—el sol se ocultará á medio día, y la tierra se cubrirá de tinieblas en medio de la luz." Esas tinieblas se extendieron hasta el Egipto, en donde se encontraba entonces san Dionisio Areopagita, que estaba estudiando la filosofía en Hermópolis. Atemorizado el joven griego, gritó, dirigiendo la palabra á su preceptor Apolofanes: "*¿á el mundo va á desaparecer, ó sufre el Autor de su naturaleza?*" (26)

En medio de la consternación general, Jesús se ocupaba de los amigos fieles que se habían reunido al pie de la cruz en la hora de las ignominias. Enternecido del valor de Juan y de la tristeza profunda que ese joven y amante discípulo no procuraba ocultar, quiso dejarle una prenda de su divino afecto. No podía legarle una parte de sus bienes terrenos, *quien no tenía una piedra en que reclinar su cabeza*, y que iba á deber hasta la limosna de un sepulcro á la caridad de sus discípulos; ¡no le quedaba en el mundo otra cosa que su Madre! ¡su Madre, que no la había desamparado nunca, y que se moría de dolor al verle sufrir tanto! El la legó, pues, solemnemente á su discípulo querido, como una prenda de los bienes celestiales, que le reservaba en el reino de su Padre. Sabiendo hasta qué punto era amado de esas dos almas santas, él previó con su bondad, adoptible el aislamiento horroroso en que su muerte iba á dejarlos, y quiso fortificar esos dos arbustos sin apoyo, enlazando sus ramos separados.

Por esta disposición, que añadía un nuevo y apreciable interés á su vida, debió comprender la Virgen que no le estaba comediado el seguir á su Hijo á la tumba, y que no había llegado al término de su peregrinación sobre la tierra. Ella se resignó á los decretos divinos por amor hacia nosotros, á quienes adoptaba en la persona del santo apóstol. El sacrificio de María igualó casi entonces, humanamente hablando, al de Jesucristo.

El consentía voluntariamente en morir por nosotros, ella en vivir!... Eran dos corazones fuertes, abrasados de amor hacia los hombres, y que solo ellos se comprendían bien; porque sus pensamientos no se parecían á los nuestros, y el oro de sus virtudes era sin mezcla alguna.

El modo con que Jesús legó María al joven pescador de Betsaida, fué noble y sencillo, como todos los actos de su vida mortal. "Muger,—dijo,—he aquí á tu hijo;" y al discípulo amado: "He aquí á tu madre."

Si al hablar á María, no empleó una locución mas tierna, es porque conocía el poder del nombre que juzgó conveniente omitir, y no quería abrir de nuevo y revelar unas llagas tan vivas ya y tan profundas.

"Después de esto, Jesús, juzgando que todas las cosas estaban cumplidas, y á fin de que se cumpliese también la última palabra de la Escritura, dijo: "*Sed tengo.*"

"Y como hubiese allí un vaso lleno de vinagre, los soldados empaparon en él una esponja, y rodeándola á la punta de una caña, cual un hisopo, se la colocaron sobre la boca."

¡Infames hasta el fin!

Jesús, habiendo gustado el vinagre, dijo: *Todo está cumplido.* Queriendo después probar al mundo que moría, no por el poder de la muerte, sino por un acto formal de su voluntad, exhaló un grito penetrante, bajó la cabeza y espiró...

En este momento los ídolos del paganismo vacilaron sobre sus pedestales de mármol; la estrella de Moisés, que no había brillado sino en un punto del globo y que no debía brillar mas que en un cierto espacio de tiempo, descendió al horizonte de los valles; y el Sol del Evangelio, destinado á iluminar al mundo de polo á polo y á durar tanto como el universo, se levantó radiante por la parte de la aurora. Pero Dios debía manifestar con algunos prodigios la dignidad despreciada de su Hijo, y las señales de la ira del cielo no se hicieron esperar. A las tinieblas sobrenaturales que empezaban á disiparse, sucedieron los sacudimientos espantosos de un terremoto, que destruyó veinte ciudades del Asia (27). Al mismo tiempo rasgóse el velo del templo, partiéronse las peñas, y muchos cuerpos de santos que dormían el sueño de la muerte, resucitaron y se aparecieron en



Jerusalén, causando un nuevo espanto en la población consternada.

Entonces fué cuando se obró una reacción portentosa en favor de Jesús: el centurion y sus soldados que habían presido la ejecución, exclamaron todos á una voz, que el Profeta nazareno era ciertamente mas que un hombre: y aquella turba inmensa de pueblo, que habia prodigado á Cristo agonizante las injurias, las burlas y los sarcasmos, bajó de la montaña golpeándose los pechos, y repitiendo aterrorizada: ¡ESTE ERA VERDADERAMENTE EL HIJO DE DIOS!

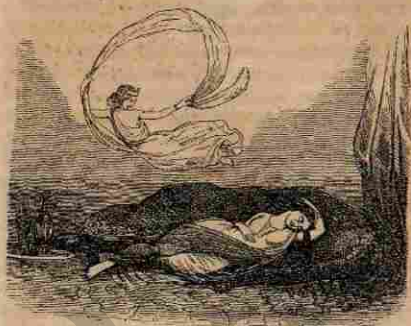
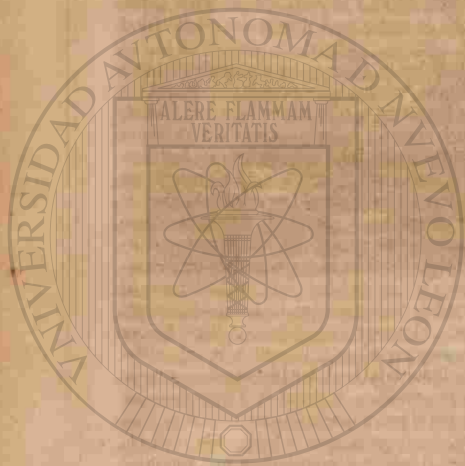
En medio de los gritos de espanto del pueblo que huía sin saber á donde dirigirse, y mientras que el Gólgota abría con furor sus entrañas de piedra y temblaba sobre sus antiguos cimientos, viése, á la pálida y moribunda luz que alumbraba esta escena de horror, una muger, de pié y completamente inmóvil, en medio de las ruinas y convulsiones de la naturaleza. Esa muger aislada, parecia inaccesible al espanto general; con las manos juntas en actitud de orar, estaba absorta en la contemplación dolorosa del Profeta crucificado.

Y las hijas de Jerusalén comenzaron á llorar de nuevo, diciendo: *¡pobre madre!*

Al caer de la noche los fariseos fueron á pedir á Pilatos permiso para quitar los cadáveres de la cruz, temiendo que se faltase á la santidad del sábado, que iba á comenzar al terminar la noche. Obtenida esa licencia, arrimaron escaleras á los patibulos donde los dos ladrones crucificados agonizaban aun, y después de haberles desatado desapiadadamente los piés y las manos, acabaron de quitarles la vida rompiéndoles los brazos y las piernas. En cuanto á Jesús, como estaba perfectamente muerto (28), se contentó un soldado con introducirle una lanza en el costado, y la sangre divina, que debía lavar el mundo de sus crímenes, corrió á gruesos raudales por la tierra. A alguna distancia, dos mugeres, cubiertas con sus velos y apoyada, la una sobre la otra, revelando en su actitud el dolor mas profundo, miraban tímidamente como obraban los soldados romanos: eran María y Magdalena; porque Magdalena estaba allí tambien, y mas lejos veíanse otras mugeres de Galilea, que lo habian dejado todo por seguir á Jesús, y que no le aban-

donaron en la hora del suplicio y de la ignominia. “¡Honor á ellas!—dice Abelardo,—porque cuando los discípulos y los apóstoles huían como cobardes á través de las montañas, aquellas criaturas débiles y valerosas acompañaron á Cristo hasta el pié de la cruz, y no le dejaron sino colocado en el sepulcro.”

Entonces llegó José de Arimatea, un rico senador, discípulo secreto del Mesías, y el cual habia obtenido de Poncio Pilatos el cadáver de Jesús, á fin de tributarle los honores de la sepultura. Bajó de la cruz, y se disponia á envolverlo en un fino lienzo de Egipto, que se habia proporcionado en Jerusalén, cuando vió á sus piés á una muger pálida como la muerte, que le tendia los brazos para recibir al Dios crucificado, manifestando en su semblante todo lo que el dolor tiene de mas tierno y mas sublime. Aquella muger, cuyo cuerpo todo se estremecía por temblores llenos de angustia, no tenia voz para articular la súplica que parecia vagar sobre sus labios; pero en su rostro, inundado de lágrimas, no habia un solo músculo que no rogase. El senador, que reconocia á María, hizo un gesto de simpática compasión, y depositó sobre sus rodillas temblorosas la divina carga, que él habia conducido respetuosamente sobre sus espaldas. Entonces la Virgen Santísima pudo abandonarse al amargo placer de apretar contra su corazón dilacerado, que sangraba como si hubiese sido traspasado con mil puñales, el cadáver desfigurado de su Hijo, y de depositar sus labios descoloridos sobre las llagas que habian hecho los clavos de la cruz. Magdalena, arrojada, regaba con lágrimas de fuego los piés sangrientos de su Señor, y lloraba como una paloma herida. En segundo término de este cuadro de desolacion estaban las mugeres galileas, que derramaban tambien abundantes lágrimas (29). Durante esta escena, algunos servidores de José preparaban los perfumes sobre la piedra de la unción (30), mientras que otros abrian el sepulcro tallado en la roca, que debía recibir los mortales despojos del Hijo de Dios.



## LIBRO XVIII.

**Muerte de Maria.**

VOLVIA la calma á renacer, y las señales de la ira celeste habian cesado de asombrar á los judíos que acababan de derramar la sangre del Salvador. Como todos los animales feroces, los verdugos de Cristo se habian despojado momentáneamente de sus instintos salvajes en la hora del peligro. Espantados, al principio, de lo mismo que habian hecho, temieron que las rocas comovidas del Calvario no les cogiesen en su caída, y que la tierra no les hiciese descender vivos á las oscuras profundidades del *sheol*; pero sus remordimientos se

desvanecieron con sus temores, y al ver serenarse el cielo, entraron otra vez gradualmente en su naturaleza rencorosa y maligna.

No pudiendo negar los prodigios que un pueblo inmenso había visto con sus propios ojos, y que atestiguaban los flancos entreabiertos de las montañas, las tumbas apenas cerradas y el velo del templo hecho pedazos, los atribuyeron á la magia, y sostuvieron que ese Jesús que aplacaba con una señal los vientos y las olas, no era más que un hijo de Belial que había fascinado al pueblo y mandado á los elementos, ¡gracias al nombre inefable del Dios de Israel, que por sorpresa había arrebatado del Santo de los santos! y el pueblo se dejó engañar por esa mentira ridícula que sus gefes dieron por alimento á su curiosidad; porque no hay absurdo colosiano que no encuentre oídos crédulos para acogerlo, y lenguas dóciles para referirlo. Entre tanto, una guardia vigilante, escogida entre los satélites del gran sacerdote, velaba armada el rededor del sepulcro; porque Jesús había anunciado que resucitaría glorioso al tercero día, y los príncipes de la Sinagoga afectaban tener que sus discípulos no le arrebatasen durante la noche.

El día tercero empezaba á despuntar, y el oriente se coloreaba apenas, cuando algunas mugeres de Galilea, llevando goma de cedro, mirra, cinamomo, y otras sustancias aromáticas para embalsamar á Jesús á la manera de los reyes de Judá (2), aparecieron sobre la montaña del sepulcro, encaminándose pensativas hácia el jardín en que estaba el sepulcro de Cristo. Según la tradición, María se hallaba entre estas santas mugeres. Su semblante abatido asemejábase á una hermosa ruina ojeada por el viento tempestuoso de la adversidad; pero sus miradas no expresaban solamente el dolor, si que también la esperanza. Jerusalem, la deicida, dormía envuelta entre las nieblas de la mañana; las flores entreabrían sus corolas cargadas de rocío; los pajarillos cantaban suavemente, mecidos en los húmedos ramos de las higueras silvestres, y habríase dicho que el sol derramaba rubia sobre la bóveda azulada del firmamento; la naturaleza toda parecía revestirse con una alegría extraordinaria, de un brillante ropaje de luz; y el paisaje grandioso, pero sombrío y triste, que rodeaba á

Jerusalem, tomaba una expresión suave y alegre que jamás había tenido hasta entonces, y que parecía anunciar un misterio glorioso, cuyo secreto quería guardar.

De repente, en medio de esa risueña escena, dejase sentir una especie de sacudimiento. La piedra que cierra el sepulcro rueda sobre sí misma, como empujada por un robusto brazo; los guardias caen semimuertos, el rostro contra el suelo; y las mugeres que no habían abandonado á Jesús en la cruz, páliden ahora y retroceden, temiendo que van á renovarse los prodigios espantosos que acompañaron la muerte del Hijo del hombre. Pero un Ángel, cuyas vestiduras igualaban en blancura á la nieve de las montañas y cuyo agraciado semblante brillaba como una centella, se sienta encima de la piedra del sepulcro y tranquiliza á las siervas de Jesucristo. "No temáis, los dico con voz apacible; sé que buscáis á Jesús que ha sido crucificado; no está aquí; ha resucitado como lo había predicho; venid y ved el lugar en que colocaron al Señor." Mientras que las piadosas galileas penetraban temblando en el sepulcro, y se maravillaban á la vista del sudario y de las fajas perfumadas de mirra que habían quedado en sus bordes, María, cuya frente radiaba con un gozo inmenso, se había apoyado, á alguna distancia, sobre un antiguo olivo. Un joven, vestido á la usanza del pueblo, hablaba con ella en voz baja. Aquel joven era el primer resucitado de entre los muertos, el glorioso vencedor del infierno, Jesucristo (3). Nadie ha sabido lo que pasó en esa entrevista solemne; pero puede creerse que María, cuya alma fuerte había experimentado un dolor sobrehumano, sintió entonces un gozo tan grande, que nosotros no podríamos soportar sin morir.

Nuestro Señor, durante los cuarenta días que siguieron á su resurrección, se dejó ver con frecuencia de los apóstoles, y conversó con ellos de las cosas concernientes al reino de Dios, y de la regeneración que iba á obrarse entre los hombres por medio del bautismo. Algunos piadosos han pretendido que la Virgen fue la más favorecida en esas apariciones consoladoras, y que en ellas participó de antemano de la felicidad de los escogidos. Las aguas amargas de su aflicción cambiáronse en manantiales de gracia, y el Salvador la almeó con el

*maná oculto que reserva á los que guardan la paciencia ordenada por su palabra.*

Finalmente, llegó la hora en que los decretos divinos llamaban á Cristo al cielo; cumplida estaba su misión redentora, y los Apóstoles, á quienes su resurrección había convencido plenamente de su divinidad, habían recibido de él las instrucciones necesarias, para coconvertir las naciones á su admirable Evangelio.

Hacia la mitad del cuatragésimo día, salió con ellos de Jerusalem, y se dirigió hacia las alturas de Betánia. Esta dirección no se tomó casualmente. Allí estaba ese monte coronado de olivos, donde el Salvador, apartándose de la multitud, había orado con frecuencia á su Padre á la hora en que la luna silenciosa alumbraba con su claridad de ópalo las aguas plomizas del Mar Muerto, el verde valle del Jordán, y las gigantes palmeras de la llanura de Jericó; lugares lejanos, que parecían ostentar á sus pies la variedad de su riqueza. Allí estaba, también, ese jardín célebre donde Jesús había experimentado dolorosamente las primeras ansias de la agonía. Justo era que su gloria comenzase en los mismos lugares en que habían principiado sus generosos sufrimientos, y que esos campos, esos bosques, esas soledades sombrías que habían sido tan frecuentemente testigos de sus meditaciones y de su oración, recibiesen también el sello de los últimos pasos que dio antes de subir al cielo.

Llegado el Salvador á la cumbre de la alta montaña, desde la cual podía descubrir una gran parte de la Judea, y saludar con un tierno adiós los lugares que había hecho célebres por sus milagros y por su muerte, se detuvo en un espacio libre, á corta distancia de un bosque de olivos que abrían sus espesas ramas á los rayos abrasadores del medio día, y que fué cortado por los romanos en la época del sitio de Jerusalem. Allí, después de haber levantado sus manos, penetradas aun con las heridas de los clavos de la cruz, hacía su Padre celestial, como para recomendarle su naciente Iglesia, los bajó sobre María y sobre sus discípulos, como lo hiciera Jacob sobre los hijos de José; después se elevó por su propia virtud, y subió lentamente hacia los cielos. Este último acto del Salvador selló digna-

mente su misión divina. Durante su vida, *posaba haciendo bien*; sobre el Calvario, rogó por sus verdugos; y subió al cielo bendiciendo á los humildes amigos que dejaba en la tierra. Y como tuviese aun las manos extendidas sobre sus discípulos prostrados, le vieron entrar en una blanca nube que le ocultó á sus ojos.

La Ascension de Nuestro Señor nada tuvo de aquel carácter sombrío y terrible que helaba de espanto á los pueblos en los antiguos tiempos. La ley de Moisés había sido proclamada al sonido de las trompetas, entre el estruendo de los truenos y la siniestra luz de los relámpagos. Elías fué arrebatado al cielo en un carro de fuego; pero el Salvador del mundo lo fué suavemente en medio de una ligera nube, con aquella especie de magestad serena y apacible que conviene al genio del Evangelio, y al tierno carácter de su Autor.

Y los ángeles, esos espíritus benévolos que se regocijan de la felicidad de los hombres, figuraron también en esa última escena que desenlazaba el gran drama de la redención. Sus cánticos divinos habían anunciado á los pastores el nacimiento del Rey Mesías; su voz había proclamado su resurrección de entre los muertos; convenia, pues, que sus palabras viniesen á confirmar su Ascension gloriosa.

Hallándose los discípulos atentos en mirar á Jesús cómo subía al cielo, dos jóvenes vestidos de blanco se les presentaron de repente, diciéndoles: "Varones de Galilea, ¿por qué os entretenéis en mirar al cielo? Ese Jesús, que al separarse de vosotros se ha elevado á los cielos, volverá del mismo modo que le habeis visto subir."

Los apóstoles y los discípulos bajaron sus ojos deslumbrados, á la voz de los ángeles. ¿Pero la Virgen los bajó también? ¿Puede negado el ver á su divino Hijo tomar majestuosamente su asiento á la derecha de Jehová, en la luz inaccesible de los santos? ¿Fué realmente menos favorecida que san Estévan y el discípulo amado? Esto no es presumible. Aquella que moralmente se había crucificado con Jesús en el Calvario, merecía ser glorificada con él: este era su derecho, ¡y cuán caro lo había adquirido! Si; María debió penetrar con su mirada mortal esa región pacífica y bienaventurada, cuya

entrada acababa Jesús de abrirnos con su sangre, y donde enjuga el mismo las lágrimas de los justos (4). En seguida, las puertas de perlas de la Jerusalén celestial (5) volviéronse á cerrar lentamente tras el Dios vencedor; y María, separada por poco tiempo del Hijo que adoraba, se encontró sola sobre la tierra, como una enredadera arrancada del tronco.

Cuarenta días después la encontramos otra vez orando en el Cenáculo, en donde recibió al Espíritu Santo, en compañía con los apóstoles.

María fue la columna luminosa que guió los primeros pasos de la naciente Iglesia. A ella fué á quien los apóstoles ofrecieron en homenaje las numerosas espigas que arrancaban en el campo estéril de la Sinagoga, para encerrarlas en los graneros del Padre de familias. Ella aceptaba ese tributo en nombre de su Hijo, con una humildad llena de gracia; y se la veía continuamente rodeada de pobres, de infelices y de pecadores: porque amó siempre con predilección aquellos á quienes podía hacer bien. Los Evangelistas venían á pedirle luces; los apóstoles, unción, valor y constancia; los afligidos, consuelos espirituales; los nuevamente convertidos, la fuerza de llevar su cruz á imitación de Jesucristo, y de abandonarlo todo para seguirle; todos la dejaban colmándola de bendiciones. *El Sol de Justicia* se había ocultado en el sangriento horizonte del Gólgota; pero la *Estrella de los Mares* reflejaba todavía sus más suaves rayos sobre el mundo renovado, y derramaba sus benignas influencias sobre la cuna del cristianismo.

La santa Virgen permaneció en Jerusalén hasta que la terrible persecución que estalló contra los cristianos en el año 44 de Nuestro Señor, la obligó á salir de allí con los apóstoles. Su hijo adoptivo la llevó entonces á Efeso, á donde Magdalena quiso seguirla. Esos nobles corazones se habían enlazado al pie de la cruz con cadenas de diamante, que solo la muerte pudo romper, y que se han vuelto á enlazar en el cielo.

Ninguna noticia nos ha quedado de la permanencia de María en Efeso, y este vacío se explica fácilmente por las circunstancias de aquella época. Después de la resurrección del Salvador, los apóstoles, únicamente ocupados en la propagación

de la fe, consideraban como cosas secundarias todo lo que no entraba de un modo directo y notorio en un interés que abarcaba todos los demas. Llenos de su noble y grandiosa misión, consagrados enteramente á la salvación de las almas, se olvidaron de sí mismos en tanto grado, que apenas nos han dejado un pequeño número de documentos incompletos acerca de los trabajos evangélicos que cambiaron la faz del mundo; de manera que su historia se parece á un epitafio sublime, pero casi borrado, que no tiene principio ni fin. Que la Madre de Jesús haya seguido la suerte de los apóstoles, es fácil concebirlo. Habiendo pasado los últimos años de su vida lejos de Jerusalén, en un país extranjero, en que su permanencia no se señaló con ningún hecho notable, no ofrecen otra cosa que una superficie plana que no ha dejado vestigio alguno durable en la memoria fugitiva de los hombres; sin embargo, el estado floreciente de la iglesia de Efeso, su tierna devoción á María, y los elogios que san Pablo tributa á su piedad, indican bastante los cuidados saludables de la Virgen, y las bendiciones divinas que la acompañaban á donde iba. *La Rosa de Jesús* dejó un poco de sus perfumes en el aire; y este vestigio, por leve que sea, es una revelación preciosa de su paso.

Las costas del Asia Menor, sembradas de ciudades opulentas, ricas de una vegetación admirable, y bañadas por un mar sureado en todas direcciones por una multitud de buques, hubieran parecido á uvas desterradas vulgares una espléndida recompensa por las altas y estériles montañas de la Palestina. Dudoso es que así lo juzgase la Virgen de Nazareth; ¡los pasos del Hombre-Dios no habían santificado esa tierra encantadora, y los sepulcros de sus padres no existían allí!...

¡Cuántas veces, sentadas bajo la sombra de un platano á la orilla de ese hermoso mar Icario, cuyas olas venían á estrellarse al pie de los arroyos sobre una estrecha faja de arena, María y Magdalena, siguiendo con la vista una galera griega que dirigía su proa hacia la Siria, excitaron los recuerdos de su país natal! Volvian entonces á su memoria las nieves inmundadas del Líbano, las cumbres azules del Carmelo, y las aguas movedizas del lago de Tiberíades: los sitios de la patria ausente, embellecidos por la distancia, pasaron sucesivamente

por su imaginacion, y les parecian mil veces preferibles á esa blanda y risueña Jonia, que era en efecto, con respecto á la tierra de Jehová, lo que la lira de Anacreonte es al de la arpa de David.

Durante su permanencia en Efeso fué cuando María perdió la fiel compañera que, á imitacion de Ruth, habia abandonado á su pais y su pueblo para seguirla mas allá de los mares. Magdalena murió, y María la lloró como Jesus habia llorado á Lázaro (6).

De todos sus lazos de afeccion y de parentesco, nada mas lo quedaba á la Virgen que san Juan, el humilde y amable discipulo á quien su Hijo agonizante la habia encomendado. Ella le siguió, segun se cree, en sus viajes; y fué sin duda, en sus conversaciones con la Reina de los profetas, donde san Juan perfeccionó la ciencia maravillosa que en su Evangelio desplega. Ayudado de las luces de Aquella que los padres han comparado al candelero de oro de siete brazos, el joven pescador de Betsáida penetró mas que nadie en el misterio incomprendible de la esencia increada del Verbo, y su pensamiento se elevó con un vuelo tan atrevido hacia las alturas místicas del cielo, que á su lado los demas Evangelistas, por perfectos ó inspirados que sean, apenas parecen que rozan con la tierra (7).

Entre tanto, los sembradores de Cristo habian sembrado el buen grano de la palabra santa por todos los puntos del mundo romano; la cosecha evangélica estaba en todo su verdor, y los obreros del Padre de familias trabajaban con ardor en el campo sagrado. María juzgó que su mision sobre la tierra estaba cumplida, y que la Iglesia podia en adelante sostenerse con sus propias fuerzas. Entonces, como una segadora fatigada que busca la sombra y el descanso en medio del dia, ella empezó á suspirar por las hermosas sombras del árbol de la vida que crece cerca el trono del Señor, y por las aguas vivas y santificantes que le riegan (8). Aquella que sondea los mas ocultos repliegues del alma, sorprendió este deseo en el corazón de su Madre; y el Angel que se mantiene á su derecha, vino á participar á la futura Reina del cielo que su Hijo la habia oido (9).

En esta revelacion divina, en que se la comunicó, segun

san Niceforo, el dia y hora de su muerte, la hija de Abraham sintió despertarse poderosamente en su corazón el amor de la patria ausente: María quiso visitar otra vez las altas montañas de la Judea, donde estaban aun palpitantes los recuerdos de la redencion, y morir á la vista del Calvario, donde Jesus habia exhalado su último suspiro. San Juan, para quien sus menores deseos habian sido siempre órdenes, hizo inmediatamente los preparativos del viaje, para volver á la Palestina.

Los viajeros hebreos se embarcaron probablemente en Mileto, cuyo puerto famoso era el punto de reunion general de las galeras de Europa y de Asia, que navegaban por aquellas aguas. Durante su travesía por los mares de la Grecia, la Virgen y el Evangelista reconocieron á su paso la isla de Chio, cuyo pueblo, que poseyó por largo tiempo el imperio de los mares, introdujo el odioso uso de comprar esclavos, costumbre que el Evangelio iba á abolir lentamente; despues Lesbos, la patria de los poetas liricos, en que los himnos á la Virgen purísima debian suceder á las odas abrasadoras de Safo, y á los cantos mas vigorosos de Alfeo. Al ver esconderse en las nubes la cúpula del templo de Esculapio, que atram á la isla de Cos un inmenso concurso de extranjeros, la Madre del Salvador de los hombres se acordó de que su divino Hijo era el único que habia tenido sobre la tierra el poder de curar instantaneamente las enfermedades, y de resucitar á los muertos (10). Delos, la cuna de Apolo, Rodas, la de Júpiter, surgieron á su vez del medio de las aguas, con sus montañas esmaltadas de verde y sus antiguos templos poblados de dioses, á quienes debia bien pronto lanzar á los infiernos el Dios crucificado sobre el Gólgota. A alguna distancia de Chipre, divisióse en la region de las nubes un punto negro que se delineaba sobre el azul aterciopelado del cielo; era la montaña en que el profeta Elias habia levantado en los antiguos tiempos un altar á la futura Madre del Salvador, y donde sus discipulos estaban próximos á ponerse bajo su proteccion y socorro. El dia siguiente la galera entraba á fuerza de remos en un puerto de la Siria, Sidon quizá, cuyas relaciones mercantiles eran muy frecuentes con la Palestina, segun nos refieren los sagrados libros.

Así fué como volvieron á ver á Israel, despues de una ausencia de muchos años. Maria se retiró á la montaña de Sion, á corta distancia del palacio arruinado y desierto de los príncipes de su linaje, y á la misma casa que habia sido santificada por la bajada del Espíritu Santo. San Juan entonces fué á buscar á Santiago, pariente de la Virgen y primer obispo de Jerusalem, para participarle, así como á los fieles que componian su iglesia, ya numerosa, que la Madre de Jesus volvía á morir entre ellos.

Era el día, y habia flogado la hora. Los santos de Jerusalem vieron otra vez á la hija de David, siempre pobre, siempre humilde, siempre bella; porque se hubiern dicho que esta admirable y santa criatura se libraba de la accion destructora del tiempo, y que predestinada desde su nacimiento á una completa y gloriosa inmortalidad, nada en ella debia perecer (11). Con semblante grave, pero no enferma, Maria recibió á los apóstoles y discípulos recostada en un pequeño lecho de pobre apariencia, acomodado á su trage de muger del pueblo, que nunca habia dejado. Brillaba en su aspecto, lleno de nobleza y de modestia, alguna cosa tan majestuosa y patética que toda la asamblea se deslizo en lágrimas. Solo Maria permaneció tranquila en este vasto y elevado salon, en que se habian agolpado una multitud de antiguos discípulos y de nuevos cristianos, ansiosos todos de verla y oirla.

La noche habia descendido rápidamente, y unas lámparas de varios mecheros, suspendidas del techo con cadenas de bronce, parecia derramaban con su blanca luz un no sé qué de misterioso y de solemne sobre aquella reunion triste y silenciosa. Los apóstoles, vivamente conmovidos, estaban de pié en torno del lecho fúnebre. San Pedro, que tanto habia amado al Hijo de Dios durante su vida, contemplaba á la Virgen con un sentimiento de dolor; y su elocuente mirada parecia decir al Obispo de Jerusalem: ¿cuánto se asemeja á Jesucristo! En efecto, la semejanza era admirable (12); y la actitud inclinada de Maria, que recordaba la del Salvador durante la cena, acababa de completarla. Santiago, que habia recibido de los mismos judíos el renombre de *Justo*, y que sabia dominar sus emociones, devoraba las lágrimas que se asomaban

lentamente al borde de sus párpados. El Príncipe de los apóstoles, hombre franco y de primer movimiento, hallábase profundamente conmovido, y ni aun se cuidaba de disimularlo. San Juan tenia envuelto el rostro con un lienzo de su manto griego; pero sus sollozos le descubrian. No habia en toda la asamblea un corazón que no estuviese partido de dolor, ni un ojo del que no manasen lágrimas. Participando Maria de la ternura general, y olvidando los esplendores que le aguardaban en lo alto, tomó la palabra con el fin de enjugar las lágrimas que se vertian sobre la tierra, para afirmar á sus hijos en la fé, para implorar sus santas esperanzas y reanimar la caridad. Hablóles con una elocuencia sin igual y profundamente afectuosa, de esas cosas elevadas y sublimes que se escuchan sin respirar, que elevan al hombre sobre sí mismo, haciéndole capaz de comprenderlas. Su dulce palabra, que la Escritura ha comparado poéticamente á un hilo de miel, se hacia gradualmente mas y mas poderosa; la hija de David y Salomon, la profetisa inspirada, que improvisara en otro tiempo el himno de triunfo del *Magnificat*, elevóse á tan altas consideraciones y á reflexiones tan sublimes, que todos se olvidaron, en medio de su arrobamiento, que el cisne cantaba para morir. Empero, aproximábase la hora fatal. Maria estendió sus manos protectoras sobre los pobres huérfanos que iba á dejar, y alzando sus bellos ojos hacia los astros que brillaban en el firmamento con una magestad serena, vió el cielo abierto y al Hijo del Hombre que le tendia los brazos desde el seno de una nube luminosa, para recibirla en los confines de la eternidad (13). A esa vista, un color sonrosado se esparció por su semblante; sus ojos pintaron todo lo que el amor maternal, el júbilo llevado hasta el arrobamiento y la adoracion infinita pueden espesar; y su alma, dejando sin esfuerzo su bella y virgen cubierta, cayó dulcemente en el seno de Dios (14).

Maria no existía ya; pero su semblante, que habia tomado la imagen de un sueño tranquilo, se presentaba tan hermoso á la vista, que se hubiera dicho que la muerte vacilaba en plantar su bandera sobre ese trofeo que solo un día podia conservar.

Encendióse la lámpara de los difuntos; abriéronse todas las

ventanas, y las suaves brisas del estio penetraron en el aposento con los pálidos rayos de las estrellas. Dícese que una luz maravillosa alumbró la cámara mortuoria en el momento en que María acababa de exhalar el último suspiro; era sin duda la gloria de Dios que rodeaba el alma purísima de la Virgen predestinada. Cuando no quedó duda alguna de la muerte de María, no se oyeron al principio mas que lloros y profundos gemidos; en seguida eleváronse cánticos fúnebres en medio del silencio de la noche; los ángeles los acompañaron con sus sistras de oro (15); y los ecos del palacio arruinado de David los repitieron tristemente á los sepulcros de los reyes de Judá.

El día siguiente los fieles llevaron con santa profusion los aromas mas preciosos y las telas mas finas, para sepultar á la Reina de las vírgenes. Fue embalsamada, segun los usos de su pueblo; pero sus benditos restos exhalaban un olor mas suave que las cintas perfumadas que los ceñían. Terminados los preparativos del duelo, colocóse á la Madre de Dios en un lecho portátil, lleno de aromas (16); cubriéscela con un velo suntuoso, y los apóstoles reclamaron el honor de llevarla sobre sus hombros hasta el valle de Josafá (17). Los cristianos de Jerusalem, llevando antorchas encendidas y cantando himnos y salmos, siguieron con aire triste y abatido los funerales de María.

Llegado al lugar de la sepultura, paróse el lúgubre acompañamiento. Gracias á los cuidados de las santas mugeres de Jerusalem, el sepulcro se habia despojado de su aspecto sombrío, y la cueva funeraria no presentaba á la vista mas que una cuna de flores (18). Los apóstoles depositaron en ella con todo cuidado el cuerpo de María, derramando al mismo tiempo copiosas lágrimas al encomendársela á la tierra. De todos los panegíricos que se pronunciaron en esta ocasion, el de Hieroteo fué el mas notable. San Dionisio Areopagita, que refiere esta escena como testigo ocular, dice que alabando á la Virgen el orador estaba como fuera de sí mismo (19).

Durante tres dias los apóstoles y los fieles velaron y oraron al pié del sepulcro, en que los conciertos sagrados de los ángeles parecian entonar el último sueño de María (20).

Un apóstol, que volvia de un país lejano y que no se habia hallado presente en la muerte de la Virgen, llegó en este intermedio; era Tomás, aquel que habia puesto su mano en las llagas de su Maestro resucitado. Corria para echar una última mirada y regar con sus lágrimas los frios despojos de la Muger privilegiada que habia llevado en sus castas entrañas al dueño soberano de la naturaleza. Vencidos por sus instancias y sus lágrimas, quitaron los apóstoles la roca que cerraba la entrada del sepulcro; pero no encontraron mas que las flores apenas marchitas, sobre las cuales habia descansado el cuerpo de María, y su blanco sudario de precioso lino de Egipto, que exhalaba un olor celestial. El cuerpo purísimo de la Virgen inmaculada no debia ser presa de los gusanos de la tumba; durante su vida la tierra y el cielo habian tenido parte en la formacion de esta noble y admirable criatura; despues de su muerte, el cielo lo habia tomado y glorificado todo (21).





NOTAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

## NOTAS.

### LIBRO I.

#### Espectación universal de la Virgen y del Mesías.

(1) La palabra *Eden*, así entre los árabes como entre los hebreos, es el nombre del paraíso terrestre, y el paraíso de los elegidos. En hebreo significa un lugar de delicias; en árabe, un lugar propio para el pasto de los rebaños.

(2) Es evidente que la raza de los hombres primitivos, que fué agreste, pero no salvaje, conoció desde muy temprano las artes análogas á sus necesidades y á sus placeres. Apenas los hijos de Adán formaron pequeñas reuniones de hombres, cuando los vemos establecer un culto público, fabricar tiendas, levantar ciudades, trabajar el hierro, fundir el bronce, inventar instrumentos de música, y seguir el curso de los astros. La historia de la astronomía debe remontarse, según Bailly, á un pueblo antediluviano, cuyo recuerdo se ha perdido, y del cual se han salvado de la revolución general algunos rastros de conocimientos astronómicos. Teniendo Lalande que esta aser-

ción probase demasiado en favor de los libros sagrados, atribuye únicamente á los egipcios el origen de esta ciencia; pero los hebreos, que á título de vecinos, de contemporáneos y de antiguos huéspedes de Egipto, tienen derecho de resolver esta cuestión, deciden en favor de Bailly y en contra de su adversario; enseñándonos que los egipcios debieron sus primeros conocimientos astronómicos á las tradiciones salvadas del diluvio.—Véase Josefo, *Antigüedades judaicas*.

(3) No se halla mas que un solo árbol en medio de las ruinas de Babilonia; los persas le dan el nombre de *Athels*. Según ellos, este árbol existía en la antigua ciudad, y fué conservado milagrosamente, á fin de que su profeta Ali, yerno de Mahoma, pudiese atar su caballo despues de la batalla de Hilla. Es un arbusto siempre verde, y tan raro en estos países, que solo se halla otro igual en Basora.—*Memorias de Rich's*.

(4) “La perla,—dice Chandin,—tiene en todas partes nombres propios. En Oriente, los turcos y los tartaros la llaman *marifajun*, globo de luz; los persas, *naroid*, produccion de la luz.”

(5) Encuéntrase en el *Chi-King*, dos bellas odas sobre este nacimiento maravilloso de Harn-Tai, y las glosas y las paráfrasis de los literatos sobre estos versos, concuerdan en explicarlas de una manera que hacen la semejanza mas perfecta aun con el alumbramiento divino de Maria. “Todo hombre, al nacer,—dice Ho-Son,—desgarró el seno de su madre y le ocasiona los mas fuertes dolores. Kiang-Yuen dió á luz su fruto sin ruptura, sin lesion y sin dolores. Es porque el Tien (cielo) quiso hacer brillar su poder, y mostrar cuánto se diferencia el Santo, de los hombres.” “Habiendo sido concebido por obra de Tien, que le dió la vida milagrosamente,—dice otro glossador, Tsou-Tsong,—no debió nacer sin desvirtuar la virginidad de su madre.”

(6) *Hinc Druida statuum in intinis penetralibus creverunt, Isidi seu virgini hanc dedicantes, ex qua filius ille proditurus erat (nempe generis humani Redemptor)*.—Elius Schedius, de His Germanis, cap. 13.

(7) *Jagrenat*, la séptima encarnacion de Brahma, la representan en forma de pirámide, sin pies y sin manos. “Las ha perdido,—dicen los brahmas,—queriendo cargar el mundo para salvarle.”—(Véase Kircher.)

(8) *Zor-Ateucht*, significa *lavado en plata*. Este renombre fué dado á Zoroastro, porque, segun dicen los guéltros, él probó su mision á un príncipe sabco que le perseguia, emergiéndose en un baño de plata derretida.—(Véase á Tavernier, tom. II, pág. 92.)

(9) Este Nemroud, que Tavernier llama *Nemiront*, es segun unos, Nemrod el famoso cazador; segun otros, el tirano Zohac de los persas, rey de la primera dinastia de los príncipes que han reinado inmediatamente despues del diluvio. Segun el autor del *Mefatih aloloun*, Nemroud debió ser el mismo Caicoon, segundo rey de la segunda dinastia de Persia, llamada de los Caianides. Los historiadores persas le atribuyen cerca de dos siglos de reinado, lo que parece demasiado largo. Unos lo pintan como un impio que tuvo la estraña venidad de querer subir al cielo en un carro tirado por cuatro de aquellas aves monstruosas llamadas *ksrkes*, de que hacen mención en sus romances los autores antiguos de Oriente; añadiendo, que despues de haber vagado algun tiempo por los aires, cayó sobre una montaña de la Persia con tan fiero golpe, que fué conmovida hasta sus cimientos: así lo refieren las antiguas leyendas de Persia. Segun otros, este Nemroud hizo arrojar á Zardascht, que confunden con Abraham, en un horno ardiente; y no falta quien supone que Nemroud era de religion sabco, y que fué el primero que introdujo el culto del fuego.—(Herbelot, *Biblioteca oriental*, tom. III, pág. 32). Los judios reclamanon para Abraham, padre y tronco de su pueblo, esta persecucion de Nemroud, que los persas atribuyen á Zerdhucht, su legislador. San Jerónimo cuenta una antigua tradicion de los judios, que asegura que los caldeos arrojanon á Abraham al fuego, por no haber querido adorarle.—(Hieron., *Quest. in Genes.*) Los judios rabinos mucho mas modernos, confirman esta tradicion: R. Chaim ben Adla cuenta, que habiendo encastrado Abraham á una niña que llevaba un idolo, le rompió, y que habiéndolo sabido Nemroud, dió orden inmediatamente de que Abraham adorase el fuego. El noble patriocho respondió entonces sencillamente, que seria mas natural adorar el agua, que apaga el fuego; á las nubes, de donde viene el agua; al viento, que amontona y hace desaparecer las nubes; y en fin, al hombre, que es un ser mas perfecto que el viento. Irritado Nemroud de esta atrevida respuesta, hizo arrojar á Abraham al fuego, pero este le respetó.

(10) Véase Tavernier, tom. II, pág. 92.

(11) Véase á Muratori.

(13) Bajo el reinado de Augusto fué cuando el pueblo romano recibió la primera embajada de los *Seres*, que hoy llamamos chinos: sus embajadores pretendieron que habían gastado tres años en hacer el viage.

(13) Los aduladores de Herodes, deslumbrados por la grandeza y magnificencia de este príncipe, sostuvieron que era el Mesías. Esto dió lugar á la secta de los herodianos, de que tanto se habla en el Evangelio, y que los mismos paganos han conocido; pues que Perso y su escolador nos enseñan que todavía en tiempo de Nerón, el nacimiento del rey Herodes era celebrado por sus sectarios como la solemnidad del sábado.

(14) "Ni Josefo, ni los rabinos hablan de la degollacion de los inocentes,—dice Strauss. Macedio, que vivió en el siglo IV, es el único que dice algunas palabras de la degollacion ordenada por Herodes."—Strauss está equivocado; los Toldos, de donde Celso ha sacado una gran parte de los hechos injuriosos al cristianismo, que con profusion ha sembrado en sus escritos, hablan terminantemente de este acontecimiento, y el hecho se encuentra en el Talmud. He aquí cómo responde Bossuet á los que niegan la fé Evangelica, y ninguna respuesta mas clara y terminante fué dada jamás. "¿Dónde están, dice, los que, para rectificarse en su fé, quieren que los historiadores profanos de aquel tiempo hiciesen mencion de esta crueldad de Herodes, así como de otras? ¿Debe acaso depender nuestra fé de lo que la negligencia ó la afectada política de los historiadores del mundo les obligó á decir ó á callar en sus historias! ¡Alejemos estos débiles pensamientos! Aun quando el Evangelista no hubiese tenido sino miras humanas, habrian sido estas bastante para que él no quisiese desacreditar su santo Evangelio, consignando en él un hecho que no hubiese sido público y probado."

(15) Los persas suponen que el trono de Dios está en el sol, dice Hanway; y de ahí viene su veneracion á este astro.

(16) Phifon, *Vida de Moissés*.

(17) Esta tradicion se encuentra en los libros sagrados de la China. (Véase la obra del Padre Premare, titulada: *Selecta quedam vestigia precipuorum christianae religionis dogmatum, ex antiquis libris scripta*.)

(18) Porphyr, *de Abst.*, lib. II.

(19) Dios podía dar á las plantas ciertas virtudes naturales que tuviesen relacion con nuestro cuerpo, y pudiese creer muy bien que el fruto del árbol de la vida tenia la virtud de nutrir el cuerpo con un alimento tan proporcionado y tan eficaz, que nunca se hubiese muerto, sirviéndose de él.—(Bossuet, *Elect. sur les Myst.*, t. I, p. 231.)

(20) El hombre no ha sido jamás inmortal en este mundo en el sentido de los puros espíritus, porque un cuerpo formado de polvo debe naturalmente volverse en polvo: él lo era por un favor sin ejemplo y condicionalmente concedido, lo cual le elevaba y mantenía en una situacion muy superior á su propia esfera. El hombre no adquirió la inmortalidad en la tierra por derecho de nacimiento. Todo cuerpo terrestre debe perecer por la disolucion de sus partes, á menos que lo impida una voluntad particular del Criador, la cual se manifestó en favor de nuestros primeros padres. Dios plantó en el jardín delicioso en donde había colocado al hombre mortal, el árbol de la vida, planta de celestial origen que tenia la propiedad de rechazar la muerte, así como el luzel en sentir de los antiguos rechazaba el rayo. De este árbol misterioso dependia la inmortalidad de la humana especie. Lejos de su abrigo protector, la muerte volvia á recuperar su presa, y el hombre caía desde las alturas del cielo en su miserable cabaña de barro.—(August, *quest. vet.*, et *Nov. Test.*, q. 19, pág. 430). Nadie pondrá en duda, según creo, que Dios no usase de su derecho arrojando á Adán del paraíso despues de su desobediencia: el destierro llevaba consigo la sentencia de muerte para el hombre y su posteridad; sin el árbol de la vida no era mas que una criatura frágil y perecedera, sujeta á las leyes que rigen los cuerpos criados. Quando el antidoto no obra su efecto, es muy natural que el veneno mate. Vuelto Adán á la condicion de mortal, engendró hijos mortales como él, los cuales debieron seguir la suerte de su padre. En esto Dios no hizo agravio alguno á la raza humana: nosotros somos mortales por nuestra naturaleza; él nos ha dejado tales como éramos. Retirar un favor gratuito, quando el objeto de este favor desgarrá con sus manos el acto que se le confiere, no es dureza sino justicia.

(21) No se sabe exactamente el tiempo que Adán y Eva permanecieron en el paraíso terrenal. Sin embargo, esta permanencia debió ser de alguna duracion; y así lo ha comprendido Milton, que citamos aquí no en su calidad de poeta, sino de profundo orientalista. Si además se recuerda que fué en el Eden donde Adán aprendió á distinguir y llamar por sus nombres

á todas las aves del cielo, á todos los animales de la tierra, y á todos los peces que nadan en las aguas; que allí aprendió las virtudes de las plantas y lo que le plugo á Dios enseñarle acerca del curso de los astros, se concluirá que todo esto no fué obra de un día. Los persas y los chinos hacen permanecer al primer hombre en el paraíso durante un espacio de muchos siglos. Según el sentir de los árabes y de los rabinos, él no permaneció más que la mitad de un día; pero esta mitad equivale á quinientos años, según los mismos, porque un día del paraíso corresponde á mil años. Este espacio de tiempo es demasiado largo, á nuestro entender. Créese comúnmente que Cain el fratricida, cuyo nacimiento se liga estrechamente en el Génesis á la expulsión de sus padres, nació el año 13 de la creación, lo que fijaría á corta diferencia en doce años la permanencia de Adán en el paraíso. Este término, aunque algo corto, habría sin embargo bastado al primer hombre para establecer sólidamente su autoridad sobre los animales sometidos á su cetro, y unirlo á sus humildes súbditos con los lazos de la costumbre.

(22) En recuerdo del pecado de Eva, á cuya vista, según los judíos, el sol había ocultado su luz, las mugeres judías están encargadas especialmente de encender las lámparas que en todas las casas arden en la noche del sábado. "Es justo, dicen los autores hebreos, que enciendan la antorcha que extinguieron, y que estén encargados de este trabajo en expiación de su pecado."—(Basn., lib. vi, ch. 13.)

(23) Existe la creencia general entre los cristianos, de que el árbol de la ciencia era un manzano. Los persas sostienen, por el contrario, que este árbol fatal era una higuera. En nuestros días, el alemán Cichhorn cree que fué una especie de manzanillo. "La deducción que se saca de lo maravilloso que rodea la caída del hombre, dice un escritor racionalista, es que en efecto la constitución del cuerpo humano ha sido viciada desde su origen, por el uso de un fruto venenoso."—(Cichhorn's *Argeschichte*.)

(24) Basnage, lib. vi., ch. 25, p. 417.

(25) Todos los árabes llaman *Cabel*, á Cain. Este nombre quiere decir el *primero*, y quizás es su nombre propio. El sobrenombre de Cain, que significa *traidor*, le fué dado después.—(Savary, en una nota al cap. 1 del Corán.)

(26) Abel, que los árabes escriben *Habel*, no es, según ellos,

sino el sobrenombre de aquel joven pastor, que fué el primer tipo de Jesucristo. En efecto, él recuerda el triste acontecimiento que sumió en una profunda amargura á la familia de Adán,—dice Savary, en el lugar citado,—*él dejó con su muerte á una madre desconsolada*. Josefo dice asimismo, que el nombre de Abel significa duelo.—(Antiq. Jud., p. 4.)

(27) Véase Basnage, lib. vi, ch. 25.

(28) Las tradiciones árabes colocan el paraíso terrestre en el hermoso valle de las Damas, que los poetas orientales designan bajo el nombre de la esmeralda del desierto. Su admirable situación, su belleza y su fecundidad, justifican esta opinión; y un sabio comentarista del Génesis no ha vacilado en considerar aquel bello lugar como el jardín del Eden, aunque los nombres del Eufrates y del Tigris indican un parage muy diferente. A media jornada de las Damas se enseña, en apoyo de esta tradición árabe, una alta montaña de mármol blanco, sembrada por magníficos árboles, donde se encuentra una caverna que miran como la morada de Adán, de Abel y de Cain; véase allí también el sepulcro de Abel, que es en extremo respetado por los turcos: y el lugar en donde se cometió el fratricidio está señalado por cuatro columnas.—(D'Herbelot, Biblioteca oriental, pag. 772 y 780. El Padre Pacífico, en sus *Comentarios sobre la Biblia*.)

(29) Los grandes cedros del Eden han quedado tradicionalmente en la memoria de los hebreos, que han hecho su paraíso del paraíso terrestre. En la mayor parte de sus epitafios se leen estas palabras: "Ha descendido al jardín del Eden, para acompañar á los que habitan entre los cedros."—(Basnage, t. v, lib. vi.)

(30) "Toda la ley antigua se distingue por un carácter de sangre y de muerte, en representación de la ley nueva establecida y confirmada por la sangre de Jesucristo."—(Bossuet, Consideraciones sobre los Misterios, t. 1, p. 428.)

(31) Los indios, los chinos, los peruvianos y hasta los europeos reconocen que el primer hombre fué formado de la tierra. Los brahminas, que hacen una pintura encantadora de su *choram* ó paraíso, ponen en él un árbol cuyos frutos, si fuese permitido comerlos, darían la inmortalidad. Los persas refieren que Ahriman, el genio del mal, sedujo á nuestros primeros padres bajo la forma de una culebra. La historia de la muger

seducida al pié de un árbol, de la cólera de Dios, y del primer fratricidio, era tradicional entre los iroqueses. Los tartaros atribuyen nuestra caída á una planta dulce como la miel y de una hermosura maravillosa; los tibetanos, á la falta de haber gustado de la peligrosa planta llamada *schino*, dulce y blanca como el azúcar; por este fruto fué revelado el conocimiento del estado de desnutrición. La tradición de la mnger y de la serpiente era igualmente conocida en México, etc.—(Véase Roselli de Lorgues, en su obra: *Cristo delante del siglo*, cap. 9.)

(32) Véase á Boulanger, *Antigüedades*.)

(33) La historia nos ha conservado pruebas de la mudanza de los ríos después del diluvio. En el libro n de Strabon, se lee que el Aroges que riega la Armenia, estaba aun sin cauce é inundaba la campiña, cuando Jason, jefe de los Argonautas, abrió un canal subterráneo, por el cual corrió el Aroges al mar Caspio. En el célebre *Chon-King* de Confucio, dice el emperador Tao, que las aguas que en otro tiempo se habían elevado hasta el cielo, caían aun á la base de las mas altas montañas, haciendo intrasitables las llanuras que inundaban.—(Trevet, *Chron. de los Chinos*, 1.ª parte.)

(34) La torre de Babel, tan cercana al gran cataclismo, puede dar una idea de la arquitectura anti-diluviana; en ella se empleó el ladrillo y el betun. Si, como todo induce á creerlo, esa torre inmensa se parecía á la antigua y famosa torre de Bel, en Babilonia, estaria rodeada de una escalinata exterior, de suave subida, que se elevaba en espiral hasta la plataforma, y daba á este edificio el aspecto de siete torres sobrepuestas unas encima de otras.

(35) Existe la antiquísima creencia en todo el Oriente, de que los astros están dotados de vida: los doctores judíos habían caído en este error, que era mas antiguo que su pueblo. Tilon dice, que los astros son criaturas inteligentes, y las cuales no solo no han hecho ningun mal, sino que son incapaces de hacerlo. Las estrellas, según Marmonides, conocen á Dios que las ha criado, se conocen á sí mismas, y sus acciones son siempre buenas y santas.—(Philo, de *Mundi Opificio de Gignat.*, de *Sonnit.* Marmonides, *Mora nevochim*, par. ii, c. iv, p. 194; y de *Jundam. legis.*, c. m, § 11.) Los persas modernos sacrifican aun al ángel de la luna.

(36) Según R. Rechai, los sabeos no adoraban al sol; tan

solo encendian hogueras sobre la tierra, para dar gracias á Dios por la antorcha que alumbraba en el cielo para ellos; y al dirigir su mirada á los astros, rogaban á los ángeles que Dios colocaba en ellos para moverlos, que les fuesen en todo tiempo favorables.—(R. Rechai, *Comm.* in Genes., c. 1.) Los fuegos que aun se encienden en todos los países de Europa y de América, y que en Francia se llaman fuegos de san Juan, no son otra cosa que un resto de zabeismo.

(37) Según los antiguos sábios de la China, dice el erudito y sabio Schmit, el Santo, el hombre milagroso reformará el universo, cambiará las costumbres, expiará los pecados del mundo, morirá abrumado de ignominias y de dolores, y abrirá las puertas del cielo.—(Véase *Kedempt. del género humano*.)

(38) Abulfaraje (*Historia dynastiarum*) dice que Zerdascht predijo á los magos el nacimiento del Mesías del seno de una virgen, y añadió, que en el tiempo de su nacimiento aparecerá una estrella desconocida que les guiará hacia su cuna, y les mandó que le llevasen presentes. Sharistani, autor musulman, refiere igualmente una predicción de Zerdascht relativa á un profeta que debía reformar el mundo tanto bajo el respecto de la religion como el de la justicia, y al que se someterian los reyes y príncipes de la tierra.

(39) *Avatar*, encarnacion fabulosa de una divinidad india.

(40) Un testimonio unánime es del mayor peso, dice Bernardino de Saint-Pierre, porque no puede existir sobre la tierra un error universal.—(*Estudios de la Naturaleza*. Estu. viii, pág. 598.)

(41) Es una tradicion enseñada en la Sinagoga y reconocida por verdadera en la Iglesia, que todos los profetas, sin escepcion, no han profetizado mas que para los tiempos del Mesías. (Véase san Cipriano, de *la vanid. de los idol*.)

(42) Basnage, t. IV, lib. vii.

(43) Epist. S. P. ad Hebr., n.

(44) Los cristianos aplican esta revelacion de Jacob, al Mesías, y prueban con ella á los incrédulos judíos, que ha venido un largo tiempo, pues que hace diez y ocho siglos que sus tribus están mezcladas, sus sacrificios abolidos y su gobierno

estinguído; que ellos no tienen ni territorio ni príncipes de su nación, y que en todos los lugares en que se hallan dispersos están sujetos á las leyes de las naciones extranjeras. Para eludir la fuerza de este argumento, los judíos pretenden en la actualidad, que la palabra *schebet*, que nosotros traducimos por *cebro*, significa igualmente la vara que castiga al esclavo; y parten de aquí para sostener, que aun cuando este oráculo fuese aplicable al Mesías, todo lo mas que de él podría inferirse es, que su castigo duraría hasta su venida, que debe librarlos de él. En fin, ellos niegan que la palabra *Schilo* pueda traducirse por Mesías. Pero sus antiguos libros los desmienten; esta profecía se entiendo del Mesías en el Talmud, y he aquí como la paráfrasis de Onkelos explica este pasaje: "Judá no estará sin un gose revestido de la autoridad suprema, ni sin escribas de los hijos de sus hijos, hasta tanto que venga el Mesías." Jonathan, á quien los judíos señalan el primer lugar entre los discípulos de Hillel, y á quien reverencian casi al igual de Moisés, traduce igualmente *schebet* por principado, y *Schilo* por Mesías; y sigue también esta opinion la paráfrasis de Jerusalem. Así los comentarios mas antiguos, mas auténticos y mas respetados entre ellos, suministran armas victoriosas para combatirlos.

(45) De allí viene esa esperanza de una ley nueva que los judíos aguardan con el Mesías; ley que suponen muy superior á la de Moisés. *La ley que el hombre estudia en este mundo no es mas que vanidad*, dicen sus doctores, *en comparacion de la del Mesías*.—(Medrasch-Rabba, sobre el Eclesiastes II, 8.)

(46) La llanura de Babilonia, entrecortada por rios y por canales, y por lo mismo muy pantanosa, abundaba en saucos. De aquí viene el ser llamada en la Escritura, *el valle de los saucos*.

(47) Aun cuando se ignorase que la profecía de Balaam es muy antigua, lo indicaría bastante el modo con que está hecha. Balaam, astrólogo caldeo, no profetiza como los antiguos profetas de Judá; necesita de un vasto horizonte, desde el cual se descubre á la vez la tierra, el mar y el cielo; y se expresa como hombre que se detalla á sí mismo las cosas que ve en el momento en que habla, y que le impresionan en el mas alto grado. Este género de profecía se parece algo á lo que los montañeses de Escocia llaman una *segunda vista*.

(48) Algunos rabinos pretenden que la hija de Jetté no fué

inmolada, sino tan solo condenada á un celibato perpetuo. Esta asercion está desmentida por el texto de la Escritura, que dice: *que todas las hijas de Israel se reunian una vez al año para honrar á la hija de Jetté de Galaad durante cuatro dias*, (Jud., cap. XI, v. 10.) Mas no se honra á una persona viva. Flavio Josefo afirma igualmente que la hija de Jetté fué sacrificada.—(Antig. jud., t. II, l. 5, c. 9.)

(49) Los orientales dan á la granada el nombre de *fruto del paraíso*.

(50) Cuando llueve en Palestina, produce una alegría general en el pueblo; júntase en las calles, canta, se agita y grita con todas sus fuerzas: ¡Oh Dios! ¡oh bendito!—(Volney, *Viaje á la Siria*.)

(51) El oratorio que Elias edificó sobre el monte Carmelo, fué dedicado por él á la Virgen que debía parir, *Virgini parturæ*. Esta capilla se llamaba *Semacum*, que significa lugar consagrado á una *impératrice* (emperatriz), que no puede ser otra que María, *impératrice de cielos y tierra*.—(Historia del monte Carmelo, sucesion del santo Profeta, cap. xxxi.)

(52) Esta gran profecía de Isaias ha sido el objeto de una larga y espinosa controversia entre los judíos y los cristianos. Los rabinos que han contentado el texto despues de Jesucristo, queriendo desfigurar las pruebas que les condenan, y asemejar las palabras del Profeta, han pretendido que la palabra *haima* que se encuentra en el texto hebreo, significa simplemente una mujer jóven, aunque los Setenta la hayan traducido por *Virgen*. Los santos Padres han refutado victoriosamente esta objecion. "Los setenta intérpretes (dice san Juan Crisóstomo) son los que merecen mayor crédito. Ellos han hecho su version mas de un siglo antes de la venida de Jesucristo; eran muchos reunidos; su nombre y su union les hacen mucho mas dignos de fe que á los judíos de nuestros dias, que han corrompido maliciosamente muchos pasajes de las santas Escrituras."—(Sermon 4, cap. v.) San Jerónimo, el mas profundamente versado en la lengua hebrea de todos los intérpretes y comentaristas de la Escritura, asegura sin temor, dice, de ser desmentido por los judíos, que *haima*, en todos los pasajes en que se halla de las santas Escrituras, significa únicamente una *Virgen* en toda su inocencia, y en ninguna parte una mujer desposada.—(Comentarios sobre Isaias, lib. 3.) Lutero, que hizo tan deplorable uso de una ciencia verdaderamente grande,

esclama con el fuego y vehemencia que le era genial: "Si alguna vez un judío ó un hebreo puede demostrarme que *halma* significa en alguna parte una *muger cualquiera*, y no una virgen, le daré 100 florines, donde quiera Dios que los encuentre."—(Obras de Lutero, tom. vii, p. 129.) El mismo Mahoma ha tributado un testimonio de la virginidad de la Madre de Dios: "Y María, hija de Imram, la cual ha conservado su virginidad, y á quien nosotros hemos encomendado nuestro espíritu, habia creído en las palabras de su Señor, y en sus Escrituras."—(Koran, cap. 66.)

(53) Este lugar, en que el mismo Dios señaló el número de monedas de plata de aquella venta infame, respira todo él una amarga y terrible ironía. "Y el Señor me dijo: id á arrojar al alfarero esa plata, esta bella suma en que me han tasado, al ponerme á precio. Yo tomé, pues, aquellas treinta monedas de plata," etc.—(Zach. xi, 13.)

(54) Philon, que ha hecho esta observación, y que descubre en aquel zarzal abrasado una misteriosa alegoría, la aplica falsamente á la nacion judía, recurriendo á suposiciones nada probables. Josefó, que ha querido igualmente comprender este misterio, no lo ha podido conseguir. Aquellas rosas campestres, emblema de las vírgenes públicas, que exhalan su modesto perfume en la soledad, y á las cuales hace resplandecer el contacto de la divinidad, sin alterar la santa pureza de su blancura y frágil corola, son la imágen mas sorprendente de María, esta rosa misteriosa de la ley nueva.

(55) El nombre de Susana quiere decir *lirio*.—(Favyn, ii, 2.)

(56) Los antiguos atribuían al lirio la virtud de neutralizar los hechizos y de evitar los peligros. "Judith cinó su frente, dicen los rabíes, con una corona de lirios, para penetrar sin temor en la tienda de Holofernes."—(Comn. R.R. in Judith.)

## LIBRO II.

### La Inmaculada Concepcion.

(1) Según san Agustín, la descendencia hácia la cual aspiran todos los patriarcas es Jesucristo, y Jesucristo en María, de cuya sola fecundidad podia alcanzarse. "En efecto, dice el citado doctor, si la naturaleza por medio de todos sus esfuerzos se dirige hácia Jesucristo como Señor de los siglos, no es que pueda por eso burlarse de llegar hasta el Hijo de Dios por su sola virtud; la estension de su poder se confíe al llegar á la humilde María, que estaba destinada á llevar en su seno purísimo el gérmen bendecido, no por la virtud de sus abuelos, sino por la virtud del Altísimo."—(S. Aug. 5, *contr.* Jul. 9.)

(2) Se lee en las *Menécs*, tan antiguas entre los griegos, estas palabras, que exponen sencillamente su creencia con respecto á la Concepcion inmaculada: "Por una especial providencia el Señor ha querido que la santa Virgen fuese tan pura desde el primer instante de su vida, cuanto convenia que lo fuese la que debia ser digna de concebir y dar á luz á Jesucristo, el Verbo encarnado."

(3) San Andres de Creta hace mencion de esta fiesta de la Concepcion inmaculada, á la que san Sabas compuso el oficio, añadiéndole una antífona san German, patriarca de Constantinopla.

(4) Los que han contradecido la Concepcion inmaculada, se vanaglorian de contar en su número á san Anselmo, san Bernardo, san Buenaventura, santo Tomás, Alberto el Grande, etc. Tan respetables como sean estos nombres, es necesario no dejarse deslumbrar con tal testimonio, porque se sabe positivamente que estos doctores, en oposicion consigo mismos, han sostenido el *pro* y la *contra* de esta cuestion, en la que han incurrido en estrañas contradicciones.



- (5) Santiago el mayor, y san Marcos, en sus Liturgias.
- (6) San Hip., en un discurso sobre la consumacion del mundo.
- (7) Orig., *hom. in S. Math.*
- (8) San Dionisio, en una epístola inserta en la *Bibliot. de los PP.*
- (9) "Virgo in qua nec nodus originalis, nec cortex actualis culpe fuit."—(San Amb., de *Inst. Virg.*, c. 5.)
- (10) San Juan Crisóstomo, en su Liturgia.
- (11) Comentarios de san Jerónimo sobre el Salmo lxxvii. "Diduxit eos in nubo dixi: nubes est pecca Virgo, que pulchre dicitur nubes dici, quia non fuit in tenebris, sed semper in luce."
- (12) San Basilio, en su Liturgia.
- (13) Debe advertirse que san Agustín defendía entonces la doctrina del pecado original, contra los pelagianos.
- (14) San Pedro Crisólogo, de *Anunciati.*, Sermón 140.
- (15) San Fulgencio, *Elogios de María.* Sermón.
- (17) Los dos santos obispos de Chartres, Fulberto é Ives, se han declarado absolutamente por la doctrina de la Concepcion inmaculada. Ives la ha defendido en el púlpito, y Fulberto dió en su Paráfrasis de la Salutación del Ángel á la Virgen: "Ave María, docta et insignis inter filias, que immaculata semper exististi ab exordio tuæ creationis, quia parturita eras Creatorem totius sanctitatis."
- (18) San Bruno, en su explicacion de estas palabras del Ps. ci: *Dominus de caelo in terram aspect,* las aplica á la santísima Virgen.
- (19) *Antigüedades y singularidades de la ciudad de Rouen*, por N. Taillépiet, doctor en teología.
- (20) Recorria Monfaucon la Italia hácia el año de 1698, y

yendo á visitar, en Pavia, la biblioteca del caballero Elerido, tan afamado por su piedad, quedó altamente sorprendido al encontrarse que toda aquella inmensa coleccion de libros no se componia mas que de tratados escritos por los Franciscanos en defensa de la Concepcion inmaculada.

(21) He aquí el decreto de la Sorbona: "Provenimus y declaramus, que ninguno será admitido en lo sucesivo en nuestra Facultad, que no preste previamente el juramento de sostener toda su vida esta doctrina de la inmaculada Concepcion." "*Statuentes ut nemo detinceps hinc nostro collegio adscribitur, nisi se hujus doctrine assertorem semper pro viribus futurum, simili juramento profitetur.*"

(22) "Háse promovido en este santo Concilio (el de Basilea.) una cuestion difícil sobre la Concepcion de la gloriosa Virgen María, Madre de Dios, y sobre el principio de su santificación. Los unos dicen que su alma, durante algun tiempo, ó por lo menos algunos instantes, ha estado sujeta al pecado original. Los otros sostienen, por el contrario, que habiéndola amado Dios desde el primer momento de su creacion; que, elegida por el Padre desde el principio, y el Hijo, que la habia formado para ser su madre en la tierra, la colmaron de gracias singulares y extraordinarias; que Jesucristo la habia rescatado de una manera superior y enteramente especial, preservándola de la mancha original y santificándola desde el primer instante de su Concepcion.

"Habiendo, pues, examinado con discernimiento las razones y las autoridades que desde hace muchos años se han alegado por una y otra parte, en los actos públicos de este santo Concilio; teniendo ademas en consideracion otras muchas cosas relativas al mismo punto, todo pesado y maduramente reflexionado, declinamos y declaramos: que la doctrina, por la qual se enseña que la gloriosa Virgen María, Madre de Dios, por un favor especial y por una gracia obediencia y obediencia, no ha estado jamas sujeta al pecado original, sino que ha sido siempre santa, inmaculada, y esenta de todo pecado, declaramos, pues, que la doctrina que enseña todo esto, es una doctrina piadosa, conforme al culto eclesiástico, á la fé católica, á la regla, razon y á la Escritura Santa; y que, como tal, debe ser aprobada, tenida y seguida por todos los católicos, de tal modo que no sea á nadie permitido en lo sucesivo predicar ó enseñar lo contrario. Renovando, ademas, la institucion de la fiesta de la Santa Concepcion, la qual por una antigua y laudable costumbre se celebra el dia 8 de Diciembre, tanto en

Roma como en todas las demas iglesias, queremos y ordenamos que esta fiesta continúe celebrándose en el mismo día bajo el nombre de la *Concepcion de la Virgen*, en todas las iglesias, monasterios, y comunidades de la religion católica, con cánticos de alabanza y de alegría." El Concilio concede, ademas, indulgencias á esta solemnidad.

(23) "Declarat hinc sancta synodus, non esse intentionis sue comprehendere in hoc decreto, ubi de peccato originali agitur, beatam et INMACULATAM Dei Genitricem."—(Conc. Trid., sess., 1564.)

(24) Véase la Constitución de Sixto IV, que comienza por *Grave nimis*.

(25) Véase la Constitución del mismo Pontífice, que comienza: *Cum praecepsa*.... Extravag. commun.

(26) En esta Orden ó cofradía de la Inmaculada Concepcion, cada hermana se consagra expresamente con la fórmula siguiente, cuyas palabras no son ambiguas: "Yo, hermana N., por el amor y el servicio de Jeunioris Nuestro Señor, y de la Inmaculada Concepcion de su bienaventurada Madre, prometo" etc.

(27) Bossuet, *sobre la Concepcion*.

(28) "La iglesia española fué la primera que celebró la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen; cuya fiesta tuvo lugar en ella desde el siglo VII."—(El maestro Villador, en el cap. de Festiv. Ecles., t. I, part. 2ª.)

(29) He aquí el decreto del rey D. Juan I, de Aragon: "Nos D. Juan, por la gracia de Dios rey de Aragon y de Valencia, etc.—¿Cómo es posible que algunas personas se admiren de que la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, haya sido concebida sin pecado original, en tanto que no se pone en duda que san Juan Bautista hubiese sido santificado en el seno de su madre por el mismo que, viniendo de lo alto del cielo, y del trono de la Santísima Trinidad, se hizo hombre en el seno bendito de una virgen? ¿Qué gracias podemos nosotros imaginar que hubiera podido rebusar el Señor á la muger escogida para ser su madre, por el prodigio admirable de su fecunda virginidad? Amándola como se ama á sí mismo, ha debido sin duda dispensarle los mas gloriosos privilegios, así

en su Concepcion, como en su Natividad, y en todas las demas fases de su santa vida.

"¿Por qué ha de ponerse en duda la gloriosa concepcion de una Virgen tan privilegiada, y de la que nos obliga la fé católica á creer tantas y tan grandes maravillas, que no basta nuestro entendimiento á comprenderlas y admirarlas? ¿No es, en efecto, una cosa admirable para todos los cristianos, el que una criatura haya concebido á su Criador, y que haya venido á ser madre sin dejar al mismo tiempo de ser virgen? ¿Cómo, pues, ha de ser suficiente el débil espíritu humano para alabar y ensalzar cuanto se debe á esta bienaventurada Virgen, á quien el Todopoderoso habia predestinado para que reuniese á un tiempo mismo, con el privilegio inefable de la maternidad divina, la gloria de la virginidad mas pura; para ser elevada sobre los profetas, sobre los santos, sobre los ángeles, como su reina y soberana? ¿Habria de faltar alguna pureza, alguna gracia á esta Virgen excelente, en el primer momento de su concepcion, para poder imputársele la mancha del pecado original, ella á quien el ángel del Señor, enviado del cielo, dijo estas palabras: *Yo os saludo, María, llena de gracia; el Señor está con vos; bendita sois entre todas las mugeres!* Que calle, pues, todas esas personas que hablan tan mal y tan fuera de propósito; avergüéncense los que se atreven á proponer tan vanos y frívolos argumentos en contra de la Inmaculada Concepcion de la Santa Virgen; puesto que era conveniente que ella estuviera dotada de tan gran pureza que, despues de la de Dios, ninguna otra pudiera igualársele. Y verdaderamente, ¿cómo no habia de ser purísima y perfectísima la que habia de tener por hijo al Criador y al Padre de todas las cosas, y que desde el principio y antes de todos los siglos, por un decreto eterno, habia sido escogida entre todas las criaturas para contener en su seno á Aquel que llena con su inmensidad todo el universo?

"Mas, nosotros, que entre todos los reyes católicos hemos recibido de esta Madre de Misericordias tantas gracias, tantos beneficios, sin haberlos merecido, nosotros creemos firmemente que la Concepcion de esta bienaventurada Virgen, en cuyo seno el Hijo de Dios se dignó hacerse hombre, ha sido enteramente santa é inmaculada.

"Nos, por lo tanto honramos con un corazón puro ese misterio inefable de la Concepcion Inmaculada de la Santísima Virgen María, Madre de Dios; y nos y todos los de la casa real la celebramos cada año en una fiesta solemne, lo mismo que lo han hecho nuestros ilustres predecesores de gloriosa memoria, estableciendo una cofradía perpétua. Por lo tanto, nos ordenamos

que esta fiesta de la Inmaculada Concepcion se celebre todos los años con gran solemnidad y respeto en todos los reinos de nuestro dominio, por todos los fieles católicos, sean religiosos ó seculares, sacerdotes ú otras personas de cualquier estado y condicion que sean; y que además no sea permitido, lo prevenimos á todos los predicadores y á cuantos den lecciones públicas de Evangelio, decir nada, ni publicar nada, ni avanzar en nada sobre algun punto en que bajo cualquier aspecto pudiese ocasionarse algun perjuicio en esta creencia y ofender á la pureza y santidad de esta concepcion dichosísima. Por el contrario, ordenamos que los predicadores, y cuantas personas hayan tenido opuestas ideas, guarden un completo silencio; puesto que la fe católica no nos pone en ninguna necesidad de sostener y profesar una opinion contraria; y que las demás que tienen en su corazón la nuestra, que es tan santa y tan saludable, la expresen en sus discursos, y manifiesten con mucho celo su devocion celebrando con alabanzas al Altísimo la gloria y el honor de su Santísima Madre, que es la Reina del Cielo, la puerta del paraíso, la que tiene en su seno el puerto seguro de la salvacion, y la áncora de esperanza para todos los pecadores que ponen en ella su confianza.—Por el tenor de las presentes, nos establecimos espresamente y á perpetuidad, que si en lo venidero sucediese que algun predicador ó algun otro de nuestros súbditos, de cualquier estado y condicion que sean, no observasen esta ordenanza, sin que sea necesario otro edicto, sean destruidos de sus conventos ó de sus casas; y en tanto que persistan en esa opinion contraria á la nuestra, sean considerados como nuestros enemigos y salgan de toda la extension de nuestros reinos. Queremos también y ordenamos con toda ciencia y madura deliberacion, bajo pena de incurrir en nuestra indignacion, á todos y cada uno de nuestros oficiales en cualquier lugar en que se hallen, guardar y hacer guardar con grande diligencia y respeto este nuestro edicto, tan luego como de él tengan conocimiento; y de hacerlo publicar cada uno en su distrito exactamente y con toda solemnidad, al son de trompetas y por todos los lugares acostumbrados, á fin de que nadie pueda alegar ignorancia; y que la devocion de la Concepcion Inmaculada de la Santísima Virgen María que los cristianos hace tan largo tiempo tienen en sus corazones, se apruente mas y mas, y que no se oiga ya en lo de adelante abrir la boca á esas gentes que profesan ideas contrarias. En fe de lo cual nos ordenamos expedir las presentes, autorizadas con nuestro sello.

“Dado en Valencia el 2 de Febrero, dia en el cual celebrábramos la purificacion de esta Santísima Virgen, del año de Nuestro Señor 1834, y el octavo de nuestro reinado.”

(30) “Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y la Inmaculada Concepcion de la Virgen María, concebida sin pecado original en el primer instante de su ser natural.”

(31) Al presentarse en una casa española, las primeras palabras que los visitantes pronuncian antes de dar los buenos dias son estas: “Ave María Purísima.” Los dueños de la casa responden al punto: “Sin pecado concebida.”

(32) “Por la devocion que desde nuestra infancia hemos tenido á María Santísima en su misterio de la Inmaculada Concepcion, deseamos poner bajo los auspicios de esta celestial protectora la . . . . Nueva Orden y mandamos que sea reconocida en ella por patrona . . . .”—(Leg. 12, t. III, l. vi, *Novis Recop.*)

(33) Esta es un hecho que creemos propio de nuestro celo el atestararlo, deseando que su noticia llegue hasta los ángulos mas remotos del mundo católico en nuestra diócesis ha ido con el tiempo echando raíces profundas esta devocion; y aun las mismas desgracias y contratiempos han contribuido á afirmarla y á estenderla con un progreso verdaderamente maravilloso. (Véase el Mandamiento de Monsiñor el arzobispo de Paris, con motivo de la consagracion de la iglesia de Nuestra Señora de Loreto.)

(34) “;Como es eso! exclamaba Juliano el apóstata dirigiéndose á un obispo que sostenia la universalidad del pecado original; vos sois el nacimiento de María al imperio del diablo!”—(San August, l. iv, *Op. imperf.*)

### LIBRO III.

#### Nacimiento de María.

(1) Un historiador de María (el padre Cristóbal de Castro, jesuita de Ocaña), ha investigado que según los rabinos, San Hilario y otros santos padres, el padre de la Santísima Vir-

gen tuvo dos nombres, Heli y Joaquín.—Los árabes y los musulmanes le conocen bajo el de Amram, hijo de Máté, y le distinguen de otro Amram padre de María, hermana de Moisés.—(D'Herbelot, *Biblioteca Oriental* tom. II.)

(2) Según el proto-Evangélio de Santiago y el evangélio de la Natividad de María, Joaquín era de la familia de David. Justino que floreció cincuenta años después de la muerte del apóstol San Juan, que había nacido en Palestina, y pudo recoger las tradiciones todavía recientes, afirma igualmente que María descendía por línea recta del rey David.

(3) San Agust. *De consent.* Evangél.

(4) Los mahometanos, herederos de las tradiciones de los árabes, conocen á la buena venturada madre de la Santa Virgen bajo su propio nombre de Hannah, (Ana), la que, según ellos, era hija de Nakher y muger de Amram.—(D'Herbelot, *Biblioteca Oriental* t. II.)

(5) Santa Ana y San Joaquín fueron públicamente venerados en la Iglesia desde los primeros siglos. San Juan Damasceno hace grandes elogios de sus virtudes. Justiniano I hizo construir una iglesia en Constantinopla bajo la invocación de Santa Ana hacia el año 550. El cuerpo de la Santa fué trasladado, según se dice, desde Palestina á Constantinopla en 710. (Véase Godescardo, tom. V, pág. 319). Lutero era muy devoto de Santa Ana, antes de su herejía; y á esta Santa hizo la promesa de abrazar el estado monástico, ante el cadáver de uno de sus camaradas que vió caer muerto por un rayo.

(6) Los fariseos fueron los que introdujeron ese abuso del divorcio, tan altamente reprobado por Nuestro Señor.—(*Math.*, cap. XIX, v. 8). Ellos enseñaban que se podía repudiár á una muger por los motivos mas fútiles; por ejemplo, por haber hecho cocer demasiado la vianda del *amo de la casa*, ó puramente por no ser bastante agraciada.—(Bain., I. vii, cap. 22.)

(7) El 8 de Septiembre según lo establece la Iglesia. Baronio dice haber nacido María el año 733 de Roma, 21 años antes de la era vulgar, el 8 de Septiembre, un sábado al amanecer. Le Nain de Tillemont, dice que la Virgen nació el año 734, cuya opinión es la mas seguida.

(8) He aquí lo que los turcos refieren con respecto al naci-

miento de la Santa Virgen. La esposa de Amram (Joaquín) dijo á Dios: Señor, yo te he consagrado el fruto de mi seno, acéptalo con bondad ¡oh tu que lo ves y lo sabes todo!" Cuando hubo nacido la Virgen, añadió Ana: "Señor, yo he dado á luz una hija á quien he llamado *Miriam* (María), yo la pongo bajo tu protección á ella y á su posteridad, para que las preserves de las astucias de Satanás.—(Súrate cap. 3. v. 36).

(9) Isaías lo había vaticinado, diciendo: *Saldrá un renuevo del tronco de Jessé*; porque esta palabra tronco, en sentido hebraico, significa como lo observa S. Jerónimo (*in Is.*, cap. 2), un tronco sin ramas y sin hojas, para denotar, continúa el santo Doctor, que la augusta María debía proceder del linaje de David cuando esta familia hubiese perdido todo su esplendor y decaído á absolutamente.

(10) *Nomen Virgini Mariae, mel in ore, velo in aure, jubilitum in corde*, dijo poéticamente San Antonio de Padua. "*El nombre de la Virgen María es miel en los labios, melodía en los oídos, y júbilo en el corazón.*"

(11) *Macab.*, lib. 4.

(12) Había entre los judíos dos especies de votos: el primero llamado *neider*, era un voto simple, según el cual podía redimirse lo que se había votado al Señor (este fué el de Ana, madre de María); el segundo, *therem*, era un voto indispensablemente obligatorio; se cedían absolutamente y sin esperanza de recobro, todos los derechos sobre la cosa prometida. Todo israelita podía de este modo votar ó ceder cuanto le perteneciese; casas, tierras, ganados, hijos, esclavos, etc., y las cosas así votadas no podían ser vendidas ni rescatadas á ningún precio.

(13) "¿Puede venirnos algo bueno de Nazareth?" decía Nathaniel á los que lo hablaban de Castro. Y esto aludía á lo muy pequeño y despreciable que era este lugar, dice san Juan Crisóstomo, y no solamente este lugar, sino toda la Galilea.—(*Serm.* 9, *in S. Math.*)

## LIBRO IV.

## La Presentación.

(1) El Cison es un pequeño río que corre entre Nazareth y el monte Carmelo. Insignificante y pobre durante el estío, como casi todos los arroyos de Palestina, viene á aumentarse considerablemente en la estación de las lluvias. Las tropas que mandaba un general del ejército de Jabin, se sumergieron al vadear este río salido de madre.

(2) Según lo estableció David, los sacerdotes judíos estaban divididos por clases, de las que cada una hacía su turno en el servicio del templo por semana. Cada clase estaba subdividida en siete partes, de las que hacían su turno en cada día de la semana; y cada parte de esta subdivisión desempeñaba el servicio que le tocaba en suerte. Zacarías era del turno ó servicio de Abia.—(Prid. *Hist. de los Judíos*.)

(3) Volney refiere haber visto naranjos cargados de flores y de frutos, al aire libre, por el mes de Enero, sobre las costas de la Siria. Entre nosotros, dice, la naturaleza ha separado las estaciones por los meses; allí no lo están sino por las horas. Si os sentís molesto por los calores de Julio, no tenéis más que emprender una marcha de seis horas á las montañas vecinas, á donde hallareis la temperatura de Marzo; si, por el contrario, os incomodan las heladas de Diciembre en medio de las montañas, con solo una jornada de camino volveis á las riberas que esmalitan las flores de Mayo.

(4) San Gerónimo asegura que los hijos de Issachar eran muy doctos en calcular el tiempo, y que ellos, por lo mismo, designaban la época de las fiestas.—(Hieron., *Que in 1 Paralip.*, 112, p. 1390, et in *Genes.*, 49.) Esta tradición se conforma con la de los rabinos, que aseguran que los de la tribu de Issachar se dedicaban mucho al conocimiento de la astronomía.—(Maimon., in *Kiddosh, hachodesh, et Zachuth, in Juchasin.*) Por último, la Escritura autoriza esta tradición,

pues que refirió que los hijos de Issachar eran muy espertos en el conocimiento del tiempo para saber lo que debería hacerse en Israel.—(9 *Paralip.*, XI, 32.)

(5) La fachada exterior del templo estaba toda cubierta de láminas de oro, tan incientes que desde que empezaba á amanecer, deslumbraba con los rayos del sol naciente. En cuanto á los otros costados en que no había oro, las piedras eran tan blancas y tan tersas, que viendo desde lejos esta soberbia masa de arquitectura, parecía una montaña cubierta de nieve.—(Joseph., *de Bello*, lib. v, c. 13.)

(6) “Extrema rupis abrupta: et turres ubi mons jubisset et sexaginta pedes, inter dexera, in centenos vicinosque attollebantur; mira specie, ac procul intuentibus pares.”—(Tacit. *Hist.*, lib. v.)

(7) El Guinnistan, que las tradiciones maravillosas de los Asirios colocan al pié del monte Géneaso sobre las orillas del mar Caspio, era la morada de las Peris, especie de raza bella y fabulosa que guarda alguna analogía con nuestras hadas. Estos seres poderosos, nacidos antes del diluvio, gobernaban los elementos, y disponían de todo lo que bajo algún respecto pudiera serles agradable. Su ciudad capital la habían fortificado de manera que fuese inaccesible á todos los genios maléficos y temibles; era esta ciudad de mármol, de oro, de rubies y de diamantes.

(8) La torre *Psefna*.

(9) Se edificó un monasterio sobre esta casa de santa Ana, que después se convirtió en mezquita. En tiempo de los reyes cristianos estuvo habitado por unas religiosas.—(*Itiner. de Paris á Jerusalem*, tomo II, pág. 211.)

(10) No se trataba solo de presentarse al templo con la víctima; la ley exigía que antes de penetrar en él se pasasen siete días enteros en purificaciones solemnes, y el tercero y el último con la ceniza y el hisopo. Sin esto, no se podía sacrificar.—(Philo, *Tract. de Sacrif.*, c. 3.)

(11) Según los rabinos, no tenía virtud el sacrificio si el que lo presentaba no iba con vestidos blancos.—(Barn., lib. IX, c. 4.)

(12) Tal era la obligacion: los hebreos debian subir al templo con tanto ardor y decision como un soldado cuando sube á la muralla para dar el asalto; esto lo motivaban en el Salmo iv, en el que David dice que entraba á la casa de Dios como á una ciudad fuerte.—(Barn., *Hist. de los judios*, t. vii, c. 17.)

(13) Puede verse en el Josepho, la descripcion de la magnífica mesa de oro macizo incrustada de piedras preciosas, y de los vasos no menos espléndidos, de que Tolomeo Philadelfo hizo donacion al templo. Casi todos los principes del Asia lo habian enriquecido con sus dones, y por el tiempo en que tuvo lugar la presentacion de la Virgen, la emperatriz Livia envió á él, en su nombre y en el de Augusto, magníficos vasos de oro.—(Joseph., *de Bello*, lib. ii, c. 17.—Philo., *ad Cajum*.)

(14) Dios se servia de las piedras preciosas que el supremo sacrificador llevaba sobre el *racional* para presagiar la victoria; porque antes de acamparse las tropas, salia de él una luz tan viva que el pueblo conocia por esta señal que la Soberana Majestad estaba presente y pronta á ayudarles; pero cuando ya he comenzado á escribir esto, habian pasado ya doscientos años sin que el *racional* despidiese ninguna luz.—(Flavio Josepho., *Ant. Jud.*, lib. iii, c. 8.)

(15) Joseph., *de Bello*, lib. vi.

(16) Tacit., *Historiarum*, lib. vi.

(17) Joseph., *de Bello*, lib. v et vi.

(18) Basnage hace notar, que en el tiempo de Jesucristo los judios miraban á los gentiles como perros, y los odiaban de muerte. "Si los idolatras se ahogan, decian los doctores, no debe sacárselos del agua ni darles ningun socorro; lo mas que se puede hacer por ellos, es no sumergirlos si llegan á sobrenadar, ó no empujarlos mas al precipicio en donde tal vez hayan resbalado."—(Basn., lib. vii, c. 25.)

(19) *Primarios quoque Hierosolymitas viros et mulieres inter fuisse huic deductioni, succinctibus universis angelis.*—(Isid. de Thess.)

(20) El *chel* era un espacio de diez codos, entre el patio de los gentiles y el de las mugeres.

(21) Los *tephelines* eran unos pequeños pedazos de pergamino sobre los que se escribia, con tinta hecha á propósito, cuatro sentencias de la Escritura, y los que llevaban los judios en medio del brazo izquierdo y sobre la frente. Estos *tephelines* ó *phylacteres* estaban muy en boga en tiempo de Jesucristo, que se llevaban como una señal de distincion, y que trajeron por lo mismo sus repressions.—(Basnage, *Hist. de los judios*, lib. vii, cap. 17.)

(22) Los fariseos, para manifestar un exterior humilde, caminaban siempre con la cabeza baja, y aun algunas veces erraban los ojos, como para evitar que la vista de algun objeto les escitase una tentacion; por eso les sucedia muy frecuentemente pasando por las calles, el dar con la cabeza contra las paredes.—(Basn., lib. iii, c. 3.)

(23) *Thated*, especie de manto cuadrado que los judios llevaban en el templo para hacer oracion: unos lo rodeaban al cuello, otros se cubrian con él la cabeza; esto último era la costumbre mas general.—(Basnage, t. V, lib. vi, c. 17.)

(24) *Ideo debet mulier potestatem habere supra caput propter angelos.*—(1 Epist. S. Paul. ad Corinth., cap. xi, v. 10.)

(25) Josepho refiere que cuando Tito mandó poner fuego á las puertas del segundo vestibulo del Templo, el oro y la plata derretidos corrian como corre el agua de una fuente.—(De Bello, c. 26.)

(26) Se habia tomado esta precaucion para impedir que los gorriones y palomas, que abundaban mucho en Jerusalem, posasen sobre la fachada del templo y la manchasen.

(27) Los judios creian que las almas de los justos moraban en el jardin del Eden, cuya entrada impedia á los vivos el ángel de la muerte. Ellos hacen una descripcion magnífica de ese lugar de delicias perennes, en el que suponen palacios contruidos de piedras preciosas, y rios de aguas olorosas. Por el contrario, suponian en el infierno un rio de fuego cayendo sobre los condenados, quienes estaban sufriendo alternativamente los últimos grados del frio y del calor.—(Matmonides, *Menase*, etc.)

(28) Sca que se pidiese un favor á Dios, ó que se le diesen

gracias de haberlo obtenido, se le llamaba *sacrificio de propiciación*.

(29) Este festin, que se consideraba como sagrado, podía hacerse en dos días consecutivos; pero la ley prohibía expresamente reservar algo para el tercero, porque prescribía asimismo dar á los pobres hasta el último residuo. Había dos razones para ello, según Philon: la primera, porque perteneciendo á Dios la víctima, quien es por sí tan munificente y liberal, debería hacerse partícipes á los necesitados; la segunda, para impedir que la avaricia, que es vicio de esclavo, no deshonrase con su influencia una práctica santa.—(Philon, *Tract. de Sacrif.*, c. 2.)

(30) Según una tradición mahometana, cuando santa Ana hubo dado á luz á la santísima Virgen, la presentó á los sacerdotes, diciéndoles estas palabras, que se hallan también en el Koran: *Dhouneon hadih almedhirat*; que es decir: "he aquí la ofrenda que os presento." Hossain Vaez añade á estas palabras, en su paráfrasis persiana: *Kih ez an Khordai*; lo cual significa, "porque es un don que he recibido de Dios"; ó mas bien, "porque de este presente ha de venir Dios."—(D'Herbelot, *Bibl. Orient.*, t. II, pág. 620.)

(31) Hefí bendijo á Elcana y á su muger, y dijo á Elcana: "Que el Señor os conceda hijos de esta muger, por el depósito que habeis puesto en las manos del Señor." Y ellos se volvieron entonces á su casa.—(*Reg.*, lib. 1, c. 2, v. 20.) Véase lo que sobre esta ceremonia dice el padre Croisset.—(*Exerc. de Piété*, t. XVIII, p. 48.)

(32) Mientras el pontífice daba su bendición, el pueblo estaba obligado á poner las manos sobre los ojos y á ocultar el semblante, porque no era permitido mirar las manos del sacerdote. Los judíos se imaginaban que Dios estaba detras del pontífice, y les miraba al través de sus manos estendidas; por lo mismo, no se atrevían á levantar los ojos hácia él, porque ninguno puede ver á Dios y vivir.—(Basn., lib. vi, cap. 15.)

(33) San Andrés de Creta, y san Jorge de Nicomedia.

(34) Los judíos creían que san Juan Bautista era superior á Jesucristo, porque era hijo de un gran sacerdote.—(S. J. Crisost., *Serm.* 12, in Matth.)

(35) En 1373, hallándose Felipe de Maziere, caballero

frances y canceller del rey de Chipre, en la corte de Carlos V, le refirió que en el Oriente, á donde habia estado mucho tiempo, se celebraba la fiesta de la Presentacion al templo de la Santa Virgen, para conmemorar este hecho acaecido en su vida á la edad de tres años. Felipe añadió: "reflexionando que esta gran festividad no era conocida en la Iglesia de Occidente, y hallándome de representante del rey de Chipre coroa del Papa, hablé de ello á S. S., presentándole asimismo el oficio, que hizo examinasen escrupulosamente los cardenales, los prelados y los doctores en teología; disponiendo, en seguida, la institucion de esta fiesta." Los griegos la habian celebrado antes, bajo el título de *Entrada de la santa Virgen en el Templo*.

(36) El mismo Gibben no ha podido menos de reconocer la autenticidad de las tradiciones religiosas en Palestina. Los cristianos, dice, fijaron por una tradicion *nada dudosa*, la escena de cada suceso memorable (tom. IV, pág. 101); confesion de gran peso en la boca de un escritor tan instruido como el historiador inglés, y de un hombre al mismo tiempo tan poco favorable á la religion. Según dice el Sr. de Chau-teaubriand, si alguna hay probada incontestablemente, es la autenticidad de las tradiciones cristianas en Jersalen.

(37) San Epifanio, san Gregorio de Nicea, san German, patriarca de Constantinopla, san Gregorio Nacianceno, san Jorge de Nicomedia, san Juan Damasceno, etc.

## LIBRO V.

Maria en el templo.

(1) La mezquita de Omar (*el Aksa*), representa para los cristianos el antiguo templo de Salomon. *El sakhra* (la roca) está construido en el mismo parage en que vivió Maria desde

la edad de tres años hasta sus esposales con José... Este lugar era en aquella época una dependencia del templo de Salomon, así como el *sakbra* es actualmente una dependencia de la mezquita de Omar. Antes de las cruzadas, *sakbra* no era mas que una capilla; los francos añadieron una iglesia que coronaron con una cúpula dorada. Cuando los vencedores derribaron la gran cruz que brillaba sobre la cúpula del *sakbra*, los gritos de alegría de los musulmanes, y los de dolor de los cristianos, fueron tan grandes que, según dice un autor árabe, pareció que el mundo iba á abismarse.—(Correspon. de Orient., tom. V.) Según Schonah, se escribió en la ciudad un gran tumulto, que el mismo Saladino tuvo que apaciguar.

(2) San German afirma que fué san Zacarías quien se encargó de colocar á la Virgen en el templo. Las tradiciones árabes refieren igualmente, que Dios confió á Zacarías la guarda de la Virgen (*Onaca falha Zacharia*). El Koran, en el *Surate* que trata de la familia de Amram, añade á este hecho una leyenda maravillosa, recogida entre las tribus cristianas del desierto. Dice que Zacarías, que iba á visitar de vez en cuando á su joven parienta, encontraba siempre en torno de ella multitud de los mas hermosos frutos de la Tierra Santa, y siempre impropios de la estacion; lo cual le obligó á preguntar una vez á María, de dónde le enviaban aquellos hermosos frutos. María le respondió: *Hou men and Allah iarzoc man tascha begair hissa*; que quiere decir: "Todo esto que veis, viene de parte de Dios á los que le place, sin cuenta y sin número."—(D'Herbelot, *Biblioteca Oriental*, t. II, art. *Miriam*.)

(3) Levit., c. xxi, v. 3.

(4) María y sus jóvenes compañeras (*las almas*) cantaron cánticos al paso del Mar Rojo, acompañándose con el tamboril. (R. sal. *Yarhli*.)—*Exod.* c. xv.

(5) Estas danzas religiosas que recuerdan el paso del Mar Rojo, y á las que acompañaban cánticos de alabanza, se consideraban entre los judíos como una práctica altamente piadosa. "La danza sagrada," dice Philon, se componía de dos coros, uno de hombres y otro de mugeres, cuya reunion presentaba un todo armonioso, y en las hermosas palabras que al son grave y melodioso de la música entonaban, se manifestaba que los devotos danzantes solo tenían por objeto el honor y servicio del Dios de Israel.—(Philo, *de Vita cont.*)

(6) Moisés habia fijado el rescate de este voto, por una ley expresa, en la suma de 50 ciclos á lo mas. El ciclo de plata tenia de peso cuatro dracmas átticos, y su valor era aproximativamente á dos reales de plata de nuestra moneda.

(7) Los hijos, en esta especie de esclavitud, conservaron sus derechos á la herencia paterna, y podían rescatarse á sí mismos si sus padres no los rescataban.—(*El abate Guenté*.) Joseph observa que los hombres y las mugeres que, despues de haberse consagrado voluntariamente al ministerio, deseaban romper sus votos, pagaban á los sacrificadores cierta suma, y que los que eran insolventes se ponian á discrecion del sacerdote.—(*Antiq.*, t. IV.)

(8) El padre Croiset, *Exerc. de Piété*.

(9) *Idcirco et ego commodavi cum Domino*.

(10) En Bombay, los descendientes de los persas tienen un templo consagrado al fuego; y concurren en gran multitud á el atrio mismo con sus brillantes trages blancos y sus turbantes de color, para saludar al nacimiento del sol, ó ofrecer sus homenajes á sus últimos rayos, prosternándose humildemente ante él. Las mugeres no se muestran entonces, porque es el momento en que van á buscar el agua á los pozos.—(Buckingham, *Cuadro de la India*.)

(11) *Macab.*, l. i, c. 2.

(12) Se sabe que los primeros cristianos, especialmente los de Jerusalem que eran hebreos de origen, conservaron algunas instituciones de la antigua ley; tal, por ejemplo, como la de las vírgenes y víndas que se encuentran agregadas á las primitivas iglesias para ejercer algunas buenas obras propias de su sexo.—(Fleury, *Costumbres de los israelitas y de los cristianos*, p. 115.)

(13) San Andres de Creta, Jorge de Nicomedia, etc. ®

(14) *Frisiaux*.—*Basnage, Historia de los judios*, l. v, cap. 15.

(15) La impureza de la muger, según los rabinos, data de la seducción de Eva por la serpiente, y no debe ser estirpada sino al advenimiento de su Mesías. Su oracion no es tan obli-



gatoria como la del hombre, y ni aun está obligada á la mayor parte de los *mandamientos* imperativos. En fin, los judíos dicen todavía en su oración de la mañana: *Statis benedicto, oh Señor, Rey del universo, por no haberme hecho nacer mujer*. La mujer humillada dice por su parte, con una triste resolución: *Statis benedicto, oh Señor, que me habéis hecho como habéis querido*.—(Basnage, *Hist. de los jud.*, tom. V, p. 169.)

(16) "El santuario es un lugar tan sagrado, dice Philon, que no hay entre nosotros ninguno, si no es el pontífice supremo, que pueda penetrar en él; y eso solamente una vez al año, después de un ayuno solemne, para ir á quemar incienso en honor de Dios, y pedirle humildemente que aquel año fuese dichoso á todos los hombres. Si alguno, no ya del pueblo de nuestra nación, pero aun cuando fuese un príncipe de los sacerdotes, se atreviese á penetrar en él, ó aun el mismo gran sacrificador entrase dos veces al año, ó varias veces en el día en que le era permitido hacerlo, le costaría la vida, sin que ningun poder humano pudiese salvarlo; tanto así el gran legislador Moisés había prescrito reverenciar este lugar y hacerlo inaccesible."—(Philon, *ad Cajum*, c. 16.)

(17) Los judíos no están acordes acerca de la suerte que corrió el Arca, después de la ruina del primer pueblo: unos pretenden que Jeremías la había ocultado en el centro de una caverna entre las montañas, cuya entrada no pudo hallarse nunca; otros dicen que el santo rey Jonás, advertido por la profetisa Holda que el templo quedaría destruido poco tiempo después de su muerte, hizo poner este precioso depósito bajo una bóveda subterránea, que el rey Salomón había hecho construir.

(18) Augusto no llevaba jamás otros vestidos que los hilados por su esposa y su hija.

(19) Basnage, tom. V, p. 300.

(20) Basnage, *lugar citado*.

(21) Las monjas anunciadas de Génova llevaban, en el siglo décimosexto, el traje de la santa Virgen; esto es, blanco por debajo y azul celeste encima, á fin de que un tal hábito les recordase continuamente su memoria. Los zapatos de las religiosas de coro son igualmente cubiertos de cuero azul.—(Regla de las anunciadas de Génova, cap. II.) El señor de

Lamartine ha encontrado en el Oriente, en que todo parece inmóvil, el traje de Maria copiado en el de las mugeres de Nazareth. Ellas traen, dice el poeta viajero, una larga túnica azul celeste apretada por un ceñidor blanco, cuyas puntas llegan hasta el suelo; los pliegues hinchados de una túnica blanca, caen graciosamente sobre la azul. El señor de Lamartine luce subir este traje al tiempo de Abraham y de Isaac; y esta suposición nada tiene de inverosímil. Se ve que existe una diferencia bien lijera entre el traje adoptado en el siglo décimosexto sobre las tradiciones de Italia, y el que observó en los mismos lugares el viajero francés.

(22) En la fiesta del paso de las aguas, los hombres se colocaban arriba de los balcones que había en torno del peristilo de las mugeres.

(23) Orígenes, san Basilio, san Gregorio Niceno y san Cirilo, nos han conservado una tradición que señala á las vírgenes un lugar de honor y separado en el peristilo de las mugeres.

(24) Esta oración, que se llama *Kaddisch*, es la mas antigua de todas las que han conservado los judíos; y como es leída en lengua caldea, creése que es una de las oraciones que se hicieron al regreso de Babilonia.—(Basn., tom. V, p. 314.) Prídeaux afirma, que estaba en uso largo tiempo antes de Nuestro Señor, y que los apóstoles la han ofrecido frecuentemente con el pueblo en las sinagogas. Se la recitaba durante el servicio divino, y la asamblea estaba obligada á responder muchas veces: *amen*.

(25) Leon de Modena.—Maimónides.

(26) Leon de Modena, cap. xi, p. 29; entiéndense por la *Schema*, tres secciones diferentes del Deuteronomio y de los Números. Es una especie de profesión de fe que se recita por mañana y tarde, y en la que se reconoce que no hay mas que un Dios, que ha sacado á su pueblo de la cautividad de Egipto.

(27) Es cierto que la santa Virgen ha debido asistir con mucha frecuencia á las oraciones públicas de la mañana y de la tarde; estas oraciones pasaban por mas eficaces que las demas; y hasta doctores hebreos hay que sostienen que Dios no escucha sino aquellas.

(28) El *ithel* es una especie de acacia que se dá en la Arabia. La madera es de un hermoso negro, muy parecido al ébano. Se cree que de este árbol era la vara de Moisés.

(29) Véase la *Isaíta*, l. vi.

(30) En la edad media, en memoria de las obras de lino de la Virgen, los tejedores se habían alistado bajo la bandera de la Anunciación; los fabricantes de brocados de oro y de telas de seda, tenían por patrona á *Nuestra Señora la rica*, cuya imagen llevaban en su bandera, cargada de magníficos bordados.—Alex. Monteil, *Vida de los franceses de diversos estados*.

(31) La Iglesia de Jerusalem había consagrado desde muy ántes este recuerdo, poniendo en el número de sus tesoros los husos de que se sirvió María. Estos husos fueron posteriormente enviados á la emperatriz Pulqueria, quien los colocó en la iglesia de los Guins, en Constantinopla.

(32) Los vestidos que los principales sacrificadores se ponían por la mañana, eran, dice la Misnah, de lino muy fino de Pelusa, ciudad de Egipto, en que el lino era exquisito: *ex pelusiaco filius componere lino*.

(33) Este uso subsistió todavía en algunas aldeas del norte y del poniente de la Francia.

(34) Según los rabinos, y los comentaristas de la Biblia, la lengua que se habló en el Paraíso terrestre era la hebráica antigua.

(35) Tradición hebráica.—Véase Basnage. Según algunos autores orientales, las tablas de la ley eran de rubi rojo, ó carbunelo; pero la opinión mas común entre los árabes y los musulmanes es que eran de esmeraldas, dentro de las cuales estaban de tal modo esculpidos los caracteres, que se podían leer de todos lados.—(D'Herbelot, *Bibliot. Orient.*, tom. II.)

(36) Según una antigua tradición india, David tenía una arpa que sonaba durante la noche cuando sopaba cierto viento. Basnage se burla de esas cuerdas que resuenan solamente con el soplo de las noches, y califica altamente esta asercion de *simpleza*. La invencion, ó mas bien la reinvention de las árpas élicas, cuyos sonidos majicos encantan los parques ingleses, ha dado la razon á los rabinos.

(37) Se sabe que David, Salomón y otros reyes de Judá, colocaron con frecuencia en su real tálamo mugeres de una condicion oscura. La célebre Sulamites de Salomón era, según se dice, una jóven labradora del pequeño pueblo de Sulam, situado á poca distancia de Jerusalem. En tiempo de Maria, Herodes el grande se había casado con Mariana, hija de un simple sacrificador, solo por su grande hermosura.

(38) No es el clima, ni los alimentos, ni los ejercicios del cuerpo lo que constituye la belleza humana; es el sentimiento moral de la virtud, que no puede subsistir sin la religion. La hermosura del semblante es la verdadera fisonomía del alma.—(Bernardino de Saint Pierre, *Estudios de la naturaleza*, cap. x.)

(39) *Bahr-al-Akhdhar*: uno de los nombres del golfo pérsico.—(D'Herbelot.)

(40) *Vere Virgo erat hortus deliciarum, in quo consistit sicut universa florum genera et odoramenta virtutum*.—(Sophron, *Serm. de Ass.*)

(41) Los antiguos creían que las cigarras vivían con el aire y el rocío.—(Philo, de *Vita cont.*, p. 531.) Homero, en el tercer libro de la *Iliada*, dice: "Semejantes á las cigarras, que balanceándose en las ramas del bosque hacen oír su canto melodioso (después de haber bebido el rocío)." Las cigarras se alimentan no mas con el rocío.—(Pesciro, *Idi. 4.*) Y Virgilio:

"*Dum thymo pascentur apes, dum vore ciendo.*"  
"En tanto que las abejas solo se alimentan del thymo, y las cigarras del rocío."

(42) Los judios creían que no podia reputarse ayuno aquel en que no se hubiese puesto el sol.

(43) Basnage, lib. vii, c. 18.—Fleury, *Costumbres de los Israelitas*, p. 104.

(44) Augusto, si ha de creerse á Suetonio, temia los truenos y los rayos con una debilidad que apenas se podria perdonar á una muger. Al menor anuncio de tempestad, iba á ocultarse bajo unas profundas bóvedas, á donde no pudiese oírse el trueno ni penetrar la luz del relámpago.

(45) San Ambrosio, *De Virg.*, lib. II.

## LIBRO VI.

—  
 Maria Inocentiana.

- (1) Liguori, *Glorias de María*, Dis. 3, p. 59.
- (2) Se ha pretendido atribuir á santa Ana otra hija del nombre de María, nacida veinte años antes de la santa Virgen; pero esta tradicion no ha sido recibida por la Iglesia.
- (3) Las mugeres judías hilaban juntas durante el verano, á la claridad de la luna; pues que los doctores autorizaban al marido á repudiar á su muger cuando murmuraban de él las mugeres que hilaban á la luz de la luna.—(Sotah, cap. vi, p. 250.) Esta costumbre de hilar á la claridad de la luna, subsiste todavía en muchos países meridionales.
- (4) Segun san Gregorio Nicens, el padre de la santa Virgen era un *ciudadano distinguido*, de una piedad ejemplar y muy temeroso de Dios. El padre Valverde asegura, que disfrutando Ana y Joaquín de cierta abundancia, daban una parte de sus economías al templo y la otra á los pobres. Véase tambien el padre Ribadeneira, en sus *Vidas de santos*, pág. 45.
- (5) La torre *Antonia* podia considerarse como la ciudadela del templo, y habia sido en otro tiempo el palacio de los príncipes asmeoneos. El peñasco encima del cual estaba situada era inaccesible de todos lados, y tenia de alto cincuenta codos. Herodes lo habia hecho erigir de mármol desde su pié hasta la cumbre, á fin de que no se pudiese subir ni bajar por él.—(Josepho, *Ant. Jud.*, lib. xv., cap. 14.)
- (6) Las fiestas religiosas de los judíos han empezado siempre por la tarde.

(7) Estos candelabros eran de oro, y altos de cincuenta codos. El resplandor que hacían se divisaba, segun dicen los rabíes con su acostumbrada esageracion, desde una increíble

distancia de Jerusalem; y hasta en la misma ciudad las casas quedaban tan bien iluminadas, que las cocineras podían sin el auxilio de sus lámparas limpiar los granos para la comida.—(*Talmud*, tratado succa, fol. 3. Véase tambien la tercera carta de un rabino convertido, por M. Drach.)

- (8) Estas guirnaldas de verdura se ponían durante la fiesta de los tabernáculos.—(Basnage, lib. vii, cap. 16.)
- (9) Los vestidos que los sacrificadores llevaban por la tarde en las fiestas solemnes, venían de la India, y costaban muy caros.—(Basnage, lib. 7, cap. 15.)
- (10) Es sabido que los judíos y los árabes rezan en alta voz.
- (11) Mientras subsistió el templo, los judíos tenían á devocion particular el ir á visitarlo. En la ruina de Jerusalem por Tito, perecieron mas de un millon y cien mil personas, porque se habian reunido para la fiesta de la Pascua cuando fué sitiada aquella ciudad.—(Basnage, lib. vii, cap. 11.)
- (12) El padre Croiset; *Ejercicios de piedad*, tom. XVIII, pág. 59.
- (13) Su retiro en el templo no era una clausura monástica, y san Joaquín vivía entonces en Jerusalem.
- (14) La confesion hebraica es la mas antigua: los judíos la hacían en artículo de muerte, no solo en *alta voz*, sino *ante diez testigos y un rabino*. Haron Ben-Berachia, en su libro intitulado: *Maavar Jobbok*; en que trata del modo de bien morir, y de cómo debe asistir á los moribundos, refiere la práctica de la confesion y las oraciones de la agonía. Abraham Ben-Isac ha escrito igualmente un libro intitulado: *El escudo de Abraham*; obra muy estimada de los judíos, y en la cual se trata de la confesion de los pecados.—(Véase tambien Basnage, lib. vii, cap. 24.)
- (15) Habia la costumbre, que remontaba á los patriarcas, de que los hijos recibiesen la bendiccion de sus padres moribundos. María debió conformarse á esta costumbre.
- (16) San Gerónimo observa, que en su tiempo algunos judíos se hacían cortaduras en la piel, y se volvían calvos arrancándose los cabellos, que ofrecían en sacrificio al difunto.

(17) Los cuerpos muertos, entre los judíos, manchan y hacen inmundos á los que los tocan. Cuando las puertas están cerradas, se mira á la casa del muerto como un sepulcro, y por consiguiente está manchada; por el contrario, cuando las puertas están abiertas se va la impureza.—(*Maimónides*.)

(18) Jeseristo encontró unos músicos de flauta que hacían gran ruido en la puerta de un señor cuya hija resucitó. Maimónides dice, que el judío más pobre está obligado á alquilar dos músicos de flauta y una planidera para el entierro de su muger, y que los ricos debían aumentar su número á proporción de sus bienes.—Véase también Fleurí, *Costumbres de los israelitas*, pág. 106.

(19) Estos lechos fúnebres eran muy anteriores á los atahudes, cuyo uso aún no se conoce todavía entre los árabes, quienes entierran á sus muertos envueltos únicamente en un lienzo; así sucede que los chacales, que descienden por la noche á los cementerios, desentierren con mucha facilidad los cadáveres para devorarlos.

(20) Las mugeres y los niños asistían á los funerales de sus maridos y padres. La viuda de Naim seguía el cuerpo de su hijo. José conducía el duelo de su padre, y esta costumbre subsiste aún en la Judea. Los hijos de los hebreos recibían la bendición de sus padres, cerraban sus párpados, y los acompañaban al campo del reposo, para reunirse allí con los restos de sus abuelos.—(Salvador, *Historia de las instituciones de Moisés y del pueblo hebreo*, t. II, pág. 398.)

(21) Leon de Módena, *Costs. de los Judios*.—Buxtorf, *Syn heb.*, pág. 502.

(22) Al sepulcro que habria debido llamarse la *Casa de los muertos*, se le daba, por el contrario, el nombre de *Casa de los ricos*, para manifestar de este modo que el alma cesista aun despues de su separacion del cuerpo, y se atribuye á los fariseos esta denominacion.—(Basn, l. vii, cap. 24.) Los rabinos hacen una descripción exacta de estos sepulcros. Ellos tenían la puerta muy estrecha, de modo que una piedra bastase para cubrir la entrada. Se dejaba un espacio vacío, suficiente para que los conductores pudiesen depositar la caja del muerto antes de colocarla. Los sepulcros se colocaban comunmente en los linderos de los grandes caminos, á fin de excitar los recuerdos de los pasajeros, y conservar la memoria

de los muertos.—(*Lightfoot, Cent. chorogr.*, c. 100.) En el Evangelio, vemos que el sepulcro de Lázaro era una gruta, cuya entrada cubria una piedra gruesa.

(23) Salom. Ben-Virga, *Hist. jud.*, p. 193.—Leon de Módena, *Costumbres religiosos de los judios*.—Baenage, lib. vii, cap. 25.

(24) El ayuno era muy riguroso entre los judios; se debían contentar con ciertas legumbres: habas, por ejemplo, ó lentejas, que eran un alimento de duelo; los huevos eran permitidos, porque consideraban la figura del huevo como la imagen de un hombre afligido. El vino no estaba menos prohibido que la carne.—(Basnage, lib. vii, cap. 28.)

(25) Durante los dias del duelo, se recitaba el Salmo xlii.—(Leon de Módena, *Costs. de los judios*, pág. 182.)

(26) Basnage, lib. vii, cap. 11, pág. 182.

(27) Segun las mejores autoridades, santa Ana y san Joaquín nacieron con poca diferencia de tiempo uno de otro.

(28) En todo el Levante es costumbre alquilar mugeres para que lloren á los muertos; las que tienen esto por oficio, se les paga á tanto por hora, y ellas se esfuerzan en ganar su salario, arrojando los mas lastimeros gritos.—(Burkhardt, *Viaje á la Arabia*, t. II, pág. 139.)

(29) Algunos graves historiadores afirman que la santa Virgen asistió á la muerte de su madre; lo cual era muy conforme á la costumbre de los hebreos.

(30) Este uso es muy antiguo; porque Philon, refiriendo los lamentos de Jacob por la muerte imprevista de su hijo, le hace decir, *que no tendria el consuelo de cerrarle los ojos, y de darle el último beso*.

(31) Descoutures, *Vida de la santa Virgen*.

(32) Una doncella judia podia hacer votos, comprendiendo en ellos aun el de la virginidad; pero este voto podia ser invalidado por la autoridad de su padre, porque hallándose bajo la potestad paternal, no podia violar el poder que le da la naturaleza. Todos los votos que una joven doncella, ó una

muger casada, hacian á escusas ó contra la voluntad de su padre ó de su marido, eran nulos y de ningun valor.—(Num., cap. xxx.)

## LIBRO VII.

## Matrimonio de la Virgen.

(1) Los judíos, como también Celso, Porfirio y Fausto, han tomado pretexto de ese parentesco, para sostener que la Virgen era de la tribu de Levi. Los doctores católicos combaten esta opinión, y defienden que María era de la tribu de Judá y de la familia de David. En efecto, san Mateo nos enseña que Jesucristo es llamado hijo de David, según la carne; luego, no podía ser hijo de David sino por María, pues que no tenía padre entre los hombres. Cuando se pregunta cómo es posible que María, siendo de la tribu de Judá, sea prima de Isabel que era de la tribu de Levi; san Agustín responde, que nada tiene de imposible el que un hombre de la tribu de Judá haya tomado muger en la de Levi, y que la santa Virgen, salida de ese matrimonio, fuese parienta de Isabel por el lado de su madre. Consta, por otra parte, que la prohibición de enlazarse con otra tribu, no alcanzaba sino á las huérfanas herederas de los bienes paternos.

(2) El Koran, en que se encuentran muchas tradiciones árabes con respecto á María, dice formalmente que Zacarías la tomó bajo su custodia.—(Koran, cap. iii.)

(3) Orígenes observa, que la ley imprimía en la esterilidad un sello de maldición; pues que está escrito: *El que no dejare descendencia en Israel, sea maldito.*

(4) María era heredera, porque pareció conveniente que la descendencia de David, de donde debía venir el Mesías, fuese

una heredera única, que dando al mundo el heredero eterno del trono de David, terminase con El la progenie real.—(Oldshausse.)

(5) San Agustín, *De Sancta Virgo*, cap. iv.

(6) Véase san Juan Crisóstomo, *serm.* 3; y el P. de Ligny, *Vida de Jesucristo*, t. I, pág. 12.

(7) El estandarte de Judá era verde.—(Dom Calmet.)

(8) La divisa de los Macabeos llevaba estas palabras: "¿Quién como tú, Dios Eterno!" *Mi camocha bacim Jehovah?*

(9) Toda joven heredera de una propiedad, y no las jóvenes en general, como dice la Vulgata, estaba obligada á casarse con un hombre de su familia y de su tribu, y no con su mas cercano pariente, según ha dicho Montesquieu; á fin de que los patrimonios no pasasen de una tribu á otra.

(10) El proto-Evangélio de Santiago, cap. ii, y el *Evangélio de la Natividad de María*, cap. vii, libros cuyo contenido ha sido aprobado por todos, y aun los mismos Padres de la Iglesia, dicen simplemente que san José era ya anciano en la época de su desposorio con la Virgen. San Epifanio le atribuye ochenta años, y el padre Pezzon cincuenta. La madre Agreda le da puramente treinta y tres. La primera suposición no puede sostenerse, y está ademas en oposición con la ley de los hebreos, que prohibe la union de una joven con un viejo, en los términos mas vergonzosos.—(Basnage, lib. vii, cap. 21. *Historia de las Instituciones de Moisés*.) Ni los pontífices ni san José hubieran querido hacer una cosa espresamente reprobada por la ley. La edad que le concede la madre Agreda, no era tampoco de acuerdo con la opinión de los santos padres de la Iglesia. La opinión, pues, del padre Pezzon, es la mas discreta y la que ofrece mayor verosimilitud.

(11) Muchos padres han creído que san José era viudo cuando se casó con la santa Virgen. El proto-Evangélio de Santiago, y el *Evangélio del nacimiento de la Virgen*, aseguran que era viudo. San Epifanio dice que había tenido cuatro hijos y dos hijas; san Hipólito de Tebas apellida su primera muger Salomé. Orígenes, Eusebio, san Ambrosio y otros muchos padres, han seguido la misma opinión. Esta, sin em-

bargo, es la menos recibida, y se cree commente que san José vivió en la virginidad. Así lo opina san Gerónimo, quien dice espresamente, escribiendo contra Helvidio: "en ninguna parte se lee que haya tenido otra muger que María; *aliam uxorem cum habuisse non scribitur.*" San Agustín deja la cuestión indecisa; pero san Pedro Damiano afirma que toda la Iglesia cree que san José, que pasaba por el padre del Salvador, ha sido virgen como María.

(12) En el momento del contrato, la muger no recibía de sus padres sino las cosas necesarias á su adorno personal. El marido era quien aportaba el dote.—(*Instit. de Moisés*, t. II, cap. 1.)

(13) San Gerónimo, in Dam., lib. iv, cap. 5.—Greg. N., Hom. de san Nat.—Niceph., lib. II, cap. 7.

(14) Este jóven, que se llamaba, segun se dice, Agabus, se hizo célebre posteriormente por su santidad, y se volvió cristiano.—(*Hist. del Carmelo*, cap. xi.)

(15) Descoutures, *Vida de la santa Virgen*, p. 49.—*Vida de Jesucristo*, por el padre Valverde, tom. I, p. 72.

(16) Los artesanos disfrutaban todavía en la Judea de esta consideración. En Palestina y en Siria, dice Burkardt, las corporaciones de artesanos son casi tan respetadas como lo fueron en la edad media en Francia y en Alemania. Un maestro artesano es igual, en cuanto á la clase y consideración, á un comerciante de segunda clase; puede tomar una muger en las familias respetables de la ciudad, y tiene comunmente mayor influencia en su barrio que un comerciante cuya fortuna sea triple de la suya.—(Burekh., *Viaje á la Arabia*, tom. II, pág. 139.)

(17) Los turcos han adoptado esta ley tan prudente; entre ellos los mismos sultanes están obligados á aprender un oficio.

(18) Aun habiendo perdido su nacionalidad, los judíos han conservado esta opinión hasta hoy.

(19) Hillel y Schammai disputaron vivamente acerca del valor de esta pieza de moneda que se daba en los esponsales, sin que llegasen á ponerse de acuerdo.—(Basnage, lib. vi, c. 21.)

(20) He aquí el modelo literal de los contratos de matrimonio hebreos, que sube á los tiempos mas remotos, y del que tuvieron que servirse precisamente José y María:—"En el año . . . . el día . . . . del mes de . . . . , Benjamin, hijo de . . . . , ha dicho á Raquel, hija de . . . . , sé mi esposa segun la ley de Moisés y de Israel. Yo prometo honrarte y proveer á tu mantenimiento y á tus vestidos, segun la costumbre de los maridos hebreos que honran á sus mugeres y las mantienen como conviene. Yo doy desde luego . . . . (*la suma prescrita por la ley*), y te prometo, á mas de los alimentos, los vestidos y todo lo que te será necesario, la amistad conyugal, cosa comun á todos los pueblos del mundo. Raquel ha consentido en ser la esposa de Benjamin, quien de su voluntad, para formar una viudedad conforme á sus propios bienes, añade á la suma anteriormente indicada, la de . . . . (*Instit. de Moisés*.)

(21) Basnage, lib. vii, cap. 21.

(22) Véase Isaías, cap. iii.—No se tiene en Europa una idea del lujo que en semejante ocasion se despliega en Oriente, dice Mr. Geramb en su *Peregrinación á Jerusalem*: el vestido nupcial de casi todas las mugeres, es de terciopelo encarnado bordado de oro, al que añaden otros adornos de diamantes, perlas finas, etc. Mr. de Lamartine quedó igualmente admirado de los trages espléndidos y de la profusión de piedras preciosas que ostentan las mugeres de Siria, en las bodas de una de sus compatriotas. Esta magnificencia existía en el mas alto grado, sin duda, en tiempo de María; y á ella alude san Juan en su Apocalipsis: *Y yo, Juan, vi descender del cielo la Ciudad santa, la Nueva Jerusalem que venia de Dios, adornada como una esposa que se ha puesto sus mas ricos vestidos para comparacer delante de su esposo.*—Cap. xxi, v. 2.

(23) Al mediar el siglo XVI, permitió la Iglesia solemnizar esta fiesta, celebrándose el 22 de Enero, día en que se pretende tuvo lugar el matrimonio de María y de José. La ciudad de Arras hace esta conmemoración el día 23 de Enero, y algunas iglesias de Flandes el 24 del mismo mes.

(24) No se consideraba indiferente, entre los israelitas, la elección del día para celebrar sus matrimonios: por lo comun se escogía el tiempo de la luna nueva, y un miércoles con preferencia á cualquier día de la semana.—(Basn., l. vii, c. 21.)

(25) Isaías, cap. iii.

(26) En todo el Oriente se tienen las mugeres de color rojo la estremidad de los dedos, empleando para ello el *hetne, lassonia inermis* (Linn.) Esta planta es muy abundante en la isla de Chipre.

(27) Existen dos túnicas de la santa Virgen, cuya tela es muy preciosa. Chardin ha visto una en Mingrelia, sembrada de flores bordadas con la aguja sobre un fondo de nankin. Esta túnica tiene ocho palmos romanos de largo sobre cuatro de ancho; el cuello es estrecho y las mangas anchas. Se conserva en la iglesia de Copis.

(28) De esta túnica hizo donacion el rey Carlos el Calvo á la iglesia de Chartres, en 877: se le atribuyen muchos milagros.

(29) Los cristianos de Damasco han conservado esta costumbre. Algunos dias antes de la fiesta nupcial, el desposado remite á la novia un par de brazaletes de oro ó de diamantes, segun la fortuna del futuro esposo, una pieza de tela bordada de oro, y 160 piastras para los gastos del baño y de la comida de las bodas.—(*Correspon. de Orient.*, carta 147.)

(30) La corona de la esposa era comunmente de oro, y hecha en forma de torre como la de Cibele. Esas coronas venian ordinariamente de Persia, y fueron abolidas durante el sitio de Jerusalem por Tito, en señal de luto.—(Basnage, lib. vii, cap. 21.)

(31) Entre los hebreos nada habia, ni aun en el aderezo de las mugeres, que no estuviese sometido al imperio de la tradicion. Se buscaban peinadoras para rizar el pelo de las novias, por la razon, decian gravemente los rabinos, de que el mismo Jehová ordenó en bucles los cabellos de Eva cuando la unió á Adán en el paraiso.—(Basnage, *cap. xxi*, pág. 393.)

(32) Las jóvenes desposadas que eran del pueblo, llevaban coronas de mirto y de rosas.—(Basnage, l. vii, c. 21.—*Mischna*, tit. *Sotah*, cap. ix, sec. 14.)

(33) Estos velos nupciales, bordados de oro ó de plata, están todavía en uso en toda la Siria.

(34) El orden de esta pompa nupcial, que se remonta á los tiempos mas remotos, se encuentra todavía en Egipto. Nie-

buhr describe así un matrimonio egipcio: "La desposada, cubierta desde la cabeza á los pies, marcha entre dos mugeres que la conducen bajo un palio llevado por cuatro hombres. Precedenla muchos esclavos, algunos de los cuales tocan el tamboril; otros llevan quitamoseas, otros derraman sobre ella aguas de olor. Siguenla muchas mugeres y músicos, montados sobre asnos. La marcha se hace de noche, y algunos esclavos la alumbran con antorchas."—(*Viaje á la Arabia*, tom. I.)

(35) Segun Mr. Peignot, historiador concienzudo que ha hecho sobre este punto numerosas investigaciones, esta santa muger era la esposa de Cleofas, hermano de san José, y por consiguiente cuñada de la Virgen.—(Véanse *Investigaciones históricas sobre las personas de Jesucristo y Maria*, p. 249.)

(36) La música de los orientales es en todo diferente de la nuestra: ella es grave, sencilla, y sin muchas modulaciones. Todos los instrumentos tocan unísonos, á menos que alguno no quiera, por capricho, estar haciendo bajo continuo, repitiendo una misma nota.—(Niebuhr, tom. I, p. 136.)

(37) Véase Fleury, *Costumbres de los hebreos*.

(38) Esta corona, que encerraba, segun dicen algunos autores judios, una leccion misteriosa, estaba compuesta de sal y de azufre. La sal era trasparente como el cristal, y se trazaban en ella con el azufre varias figuras.—(*Collect. M. S.* apud Wagenseil *in Misnan*.—*Mischna*, tit. *Sotah*, cap. ix., sec. 14.)

(39) La danza, que en su origen tuvo por objeto imitar el movimiento de los astros, formaba parte de todas las fiestas religiosas de la antigüedad. Ella, sin duda, se inventó antes del diluvio, y debió al mismo proceder á la invencion de los instrumentos de música.

(40) Véase Niebuhr, en el libro citado.

(41) Basnage, lib. vii, cap. 21.

(42) Se han encontrado algunas monedas judias del tiempo de los Macabeos y del reinado de Herodes: no llevaban grabada la efigie de ningun principe, sino solamente espigas de trigo y hojas de viña.

(43) Esta costumbre fué tomada del Egipto, como muchas otras.

(44) *Psalm. xlv.*

(45) Barnage, lib. vii, cap. 21.

(46) Se dice que este anillo se halla en Perna, adonde se conserva preciosamente.—(Basn. l. vii, cap. 21.)

(47) Véase Buxtorf.

(48) Barnage, lib. vii, cap. 21.—*Lastit. de Moisés*, lib. vii, cap. 1, pág. 336.

(49) Gaudent., *Serra. 9. B. P.*, t. II, p. 38.

(50) Santo Tomás opina que inmediatamente despues de la celebracion de su matrimonio, fué cuando José y María hicieron de comun acuerdo voto de virginidad.

(51) Este voto de continencia en el matrimonio, que ha sugerido tantos impios sarcasmos á los filósofos volterrianos, no era una cosa inaudita entre los hebreos; era solamente un voto dictado por el entusiasmo y la cólera, mientras que el de los dos santos esposos lo fué por la piedad. Si un marido decía á su mujer: *tú eres como mi madre*, ya no le era permitido usar mas de sus derechos de esposo; y con mayor razon cuando habia hecho intervenir en este voto el altar de Jehová, el templo, ó el sacrificio. Las mugeres hacian lo mismo algunas veces; y aunque esos votos fuesen poco aprobados, porque regularmente provengan de esposos y maldiciones, no por eso, despues de hechos, se estaba menos obligado á cumplirlos religiosamente.—(Basn., cap. xix, pág. 352.—Leon de Módena, *Ceremonias y costumbres de los judios*, cap. iv.)

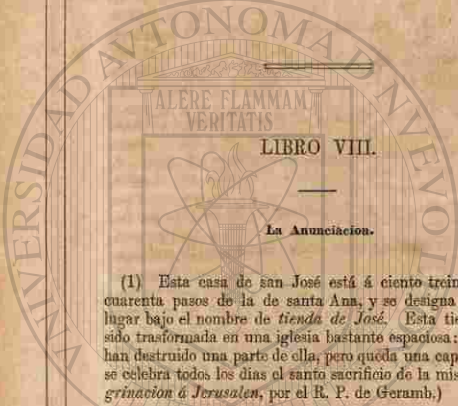
(52) Todos los parientes escoltaban á caballo á la desposada hasta la casa de su esposo, cuando éste no habitaba á mucha distancia del lugar de la fiesta; y este uso subsiste aún entre los árabes. Nosotros hemos hecho separar la caravana nupcial en Anathot, pequeña ciudad á cinco leguas de Jerusalem, porque es el primer lugar de alto.

(53) Los filósofos del siglo último se han esmerado mucho

en despreciar la Palestina; la impresion que han hecho dura todavia, y el estado de pobreza y de despoblacion de este pais, que respira apenas bajo el sable de los musulmanes, les ha hecho triunfar con frecuencia á los ojos de los lectores superficiales. Sin embargo, no es dudoso que, á escepcion de las cercanías de Jerusalem, cuya esterilidad nadie ha negado, se encuentra en este pais, y sobre todo en la parte que pertenece en otro tiempo á los cananeos, la tierra de promision de Moisés. Vamos á dar dos descripciones de la Galilea, escritas á diez y ocho siglos de distancia, en prueba de esta proposicion. “La Galilea, dice Flavio Josefo, se divide en alta y baja, la una y la otra muy fértil; el terreno es á la vez pingüe y ligero, abundante en pastos, propio á toda especie de producciones, y lleno de árboles de toda clase; véase sobre todo grandes plantios de viñedos y olivares, y está regado por los torrentes que caen de las montañas, y por un gran número de fuentes y arroyos que surten de agua continuamente, y que suplen la de los rios cuando los disipan los calores del verano. La bondad del suelo es tal, que continúa el trabajo á los hombres menos laboriosos: por tanto todo está cultivado, y no se ve terreno alguno sin producir. Sus habitantes son robustos y guerreros; las ciudades y pueblos muchos, y tan poblados que el menor puede contar hasta quince mil almas.”—(Josefo, *de Bello jud.* lib. iii, cap. 2.) “Si se quisiese dar una idea del aspecto de la Galilea, dice á su vez un viajero moderno, no seria la Francia quien ofreceria la semejanza, sino el *Agro romano*; al rededor de Nazareth, como al rededor de Roma, se ve en todo la misma luz, la misma configuracion del terreno. La naturaleza es sublime como el Evangelio. La Galilea es un cuadro en miniatura de la Tierra Santa, y cuando se la ha visto bajo todos los aspectos del dia y de la noche, se comprende lo que fué en tiempo de Jesucristo. Para un artista, la Galilea es un Edén; nada le falta, ni los accidentes del terreno de la Judea, ni las soledades luminosas de la Palestina, ni la verdosa fecundidad de la Samaria. El Garizim y el Monte de los Olivos no son mas sublimes que el Hermon y el Thabor, ni las playas azuladas de Ascalon mas sedenas que las riberas perfumadas del lago de Tiberiades, en que el aire desaparece bajo la luz. El suelo galileo ofrece por todas partes monumentos de la historia y milagros, pisadas de héroes y el sello de un Dios; y concócese, al contemplar la Galilea desde las alturas del Thabor, que ella fué el pais que habitó el Hombre-Dios. . . . En tanto grado los recuerdos religiosos y las maravillas de la tierra y del cielo se mezclan á lo infinito.”—(Véase *Correspon. de Oriente*, tom. V.)



(54) Hállanse todavía en Nazareth, dice el padre Geramb, algunas casas semejantes á la de san José; es decir, pequeñas, poco elevadas, y teniendo comunicacion con una gruta practica en el costado de la montaña.—(Véase De Geramb.)



(1) Esta casa de san José está á ciento treinta ó ciento cuarenta pasos de la de santa Ana, y se designa todavía el lugar bajo el nombre de *tienda de José*. (Esta tienda había sido transformada en una iglesia bastante espaciosa: los turcos han destruido una parte de ella, pero queda una capilla en que se celebra todos los dias el santo sacrificio de la misa.—(*Peregrinacion á Jerusalem*, por el R. P. de Geramb.)

(2) Estas tiendas existen aún del mismo modo en todo el Levante.—(Véase Borchardt, *Viage á la Arabia*, tom. I.)

(3) San Justino mártir (*Dialog. cum Tryphone*), refiere que Jesucristo ayudaba á su padre adoptivo á hacer yugos y carros. San Ambrosio (*in Luc.* lib. III, cap. 2.) asegura que san José trabajaba en cortar y pulimentar los árboles, edificar casas y hacer otras obras de este género.

(4) De estos molinos de mano los habia en cada familia judía y árabe, y se muestra aún en la Meca, en una hermosa casa que pasa por haber sido la de Khadyje, una profundidad en la que se dice que Fatme, apellidada la *brillante*, hija de Mahoma y esposa de Ali, daba vueltas á su molino de mano cuando tuvo edad de hacerlo.—(Véase Borchardt, *Viage á la Arabia*.) Las mugeres de los Scheiks árabes, tienen todavía á su cargo esta penosa ocupacion. Bajo el reinado de los hijos de Clodoveo, santa Radegunda, reina de Francia, molia por

sus manos, á imitacion de la santa Virgen, todo el grano que consumia durante la cuaresma.—(Le Grand d'Aussi, *Historia privada de los franceses*.)

(5) Estas urnas son unos enormes vasos de tierra, de una altura desmedida. Las nazarenas las llevan sobre la cabeza, y bajo un peso tan enorme, y algunas veces un niño bajo del brazo, marchan con una ligereza que admira.—(De Geramb, tom. II, pág. 229.)

(6) Esta fuente es llamada en el pais *Fuente de María*. La tradicion refiere que la divina Madre de Jesus iba habitualmente á recoger allí el agua de que necesitaba; y para convencerse de que así debía ser, hasta considerar que el agua escasea estremadamente en Nazareth. El camino que conduce á esta fuente, en que la piadosa madre de Constantino habia hecho construir unos hermosos pilones y receptáculos, está circuido de nopales y otros árboles frutales.—(De Geramb, lugar citado.)

(7) San Lucas, cap. XIII, v. 21; y san Mateo, cap. XIII, v. 33.

(8) *Ibid.*, cap. V, v. 36.

(9) *Ibid.*, cap. XV, v. 8.

(10) *Ibid.*, cap. XI, v. 39; y san Mateo, cap. XXII, v. 25.

(11) Las gentes arregladas comian despues de haber trabajado, y bastante tarde.—(*Costumbres de los israelitas*.) La principal comida de José y María se haria hacia las seis horas de la tarde, como la francesa.

(12) Véase Fleury, *Costumbres de los israelitas*, p. 61.

(13) Entre los judíos habia que tomar una multitud de precauciones relativas á la pureza de los vasos con que se recogia el agua, y en los cuales se preparaba la comida. No solamente se procuraba que no hubiesen pertenecido á personas estrañas, sino que tambien se llevaban los escrúpulos mucho mas lejos, porque mil circunstancias les hacian inmundos.—(Véase Mischna, *ordo puritatum*.)

(14) *Non dedignabar parare et ministrare quæ erant ne-*

*cosaria Joseph*, hace decir á la Virgen un autor antiguo; y esto está en perfecta conformidad con los usos todavía costiantes.

(15) "Había cuatro ángeles que no se les veía nunca en la tierra, dicen los rabinos, porque siempre se hallaban cerca del trono de Dios. Estos ángeles son: Miguel, que está á la derecha; Gabriel, que está á la izquierda; Uriel, que está por delante; y Rafael, que está detrás de Dios."—(*Bibl. rabin.*, I, p. 206.)

(16) Santo Tomás de Aquino: *Cuestión única acerca de las criaturas espirituales*, art. 6.

(17) *Apocalip.*, cap. xxi, v. 21.

(18) Los judíos representan á los ángeles con alas, lo mismo que los cristianos. El *Koran* dice que el ángel Gabriel tiene ciento cuarenta pares de alas, y que no necesita mas que una hora para venir desde el cielo á la tierra.—(*Legenda de Mahoma*.)

(19) Se cree comunmente que la visita del Ángel á la santa Virgen se verificó al declinar el día, ó mas bien á la hora del crepúsculo.

(20) Los pueblos de Oriente se vuelven hácia cierto punto del cielo cuando oran, lo que se llama el *kebla*. Los judíos se vuelven hácia el templo de Jerusalem; los mahometanos hácia la Meca; los sabeos hácia el Mediodía; y los magos hácia el Oriente.

(21) Los judíos oran tres veces al día: por la mañana al salir el sol; al medio día á las tres, que es cuando se ofrece el sacrificio; y por la tarde al ponerse el sol. Según los rabinos, Abraham estableció la oración de por la mañana, Isaac la del medio día, y Jacob la de por la tarde.—(*Basn.*, lib. vii, c. 17.)

(22) Calvino, ese orgulloso herejearca, que hacia quemar á Servet al mismo tiempo que predicaba la tolerancia; y que desacreditaba las costumbres del clero católico bajo el peso de una sentencia que declaraba las suyas infames, se ha atrevido á calumniar á la Virgen, tomando pretexto de esa respuesta para acusarla de incredulidad. San Agustín y san Teófilacto le habian respondido mucho tiempo antes. "La Virgen no

duda, dicen estos grandes doctores; ella solamente desea instruirse del modo con que va á obrarse el milagro. San Juan Crisóstomo añade, que esta pregunta es el efecto de una profunda y respetuosa admiración, y no de una vana curiosidad.

(23) Esta narración evangélica ha sido adoptada por los mismos musulmanes. Hé aquí cómo refiere el *Koran* la entrevista de la Santa Virgen y el ángel. "El ángel dice á María: Dios te anuncia su Verbo; él se llamará Jesus, el Mesías, hijo de María, grande en este mundo y en el otro, y confidente del Altísimo: los hombres escucharán su palabra desde la infancia hasta la vejez, y será el justo entre los justos.—Señor, respondió María, ¿cómo tendré un hijo si no he conocido ningún hombre?—Pues así será, replicó el ángel: Dios forma las criaturas según su voluntad; si desea que exista una cosa dice: Hágase, y es hecha." (*El Koran*, cap. 3.)

(24) Según el P. Drexelius, el misterio de la Encarnación se verificó en la noche del 25 de Marzo.

(25) San Juan Crisóstomo, *sermon* 4.

(26) M. Descontours ha colocado indebidamente á San Juan Crisóstomo en las filas opuestas; dicho escritor, generalmente juicioso, lo ha citado probablemente por referencia.

(27) San Juan Crisóstomo, *sermon* 4.

(28) Génesis, cap. XXI, v. 40.

(29) *Mischna*, tom. 3 de *Sponsalibus*—Bartenora, Maimonides, Surenus, Selden *Uxor hebraica*.

(30) El versículo que ha dividido á los doctores es este: *Cristi aussem generatio sic erat: cum esset desponsata mater ejus Maria Joseph, atque conveniret inventa est in útero habens de Spiritu Sancto*. Los que se detienen en la fuerza de las palabras dicen que la Virgen no era mas que desposada ó prometida, porque el verbo griego que traduce la expresión hebrea de San Mateo, quiere decir *desponderi*, estar prometido, y que hay otro término para significar el estar casado, así como se halla entre los latinos *desponderi* y *ubere*; de manera que San José no habia aún conducido á su casa la santa Virgen, lo que ellos prueban por aquel pasaje del versículo 20: *noli timere accipere Mariam conjugem tuam; quod enim in*

ea natum est, de Spiritu Sancto est, que esplican así: tomad sin temor á María por vuestra esposa, porque lo que ha nacido en ella ha sido por obra del Espíritu Santo. Pero para traducir así sería preciso que dijese: *in conjugem tuam*. El partido contrario, que se halla sostenido por Padres de la Iglesia, intérpretes respetables y casi todos los teólogos, se acoge para combatir á sus antagonistas al segundo capítulo de San Lucas; pues que no obstante de que la Virgen estaba ya casada con San José, el Evangelista emplea un término griego que significa *estar prometido*, y dice: *ut proficeretur cum Maria desponsata sibi uxore pregnante*, á fin de que se declarase con su inmer que era su desposada y estaba en cinta; y en el versículo 19 del cap. I de San Mateo, San José es llamado *vir ejus*, su marido, y no su desposado. Cuando San Mateo llama á la Virgen *sponsa*, desposada, aunque fuese ya esposa, esto no es decir que no hubiese todavía contraído matrimonio, sino solamente para mostrar, según lo observa un santo padre, que ella no tenía relaciones mas íntimas con su marido que si no hubiese sido mas que su desposada ó prometida.

## LIBRO IX.

### La Visitacion.

- (1) Zacarías habitaba en Ain ó Aen á dos leguas al Sur de Jernalen; y Santa Helena hizo fabricar una iglesia en el lugar en que estuvo la casa.
- (2) Aunque la Judea estuvo mucho mas poblada que en la actualidad, quedaban sin embargo algunos distritos de tal manera áridos, que no permitian cultivo alguno: el Evangelio hace mención de desiertos poco apartados de las ciudades, en que Jesucristo iba á orar.
- (3) No existían mesones en ningún punto de la Siria ni de

la Palestina, según dice Mr. de Volney; pero las ciudades y la mayor parte de los pueblos tienen un grande edificio llamado *Kerwan-seray* que sirve de asilo á todos los viajeros: esos hospedages situados siempre fuera de las poblaciones se componen de cuatro alas al rededor de un patio cuadrado que sirve de parque, pero allí no hay ni viveres ni mulebles.

(4) Nadie viaja solo en Siria, y si solamente en tropas ó caravanas; es preciso aguardar que muchos viajeros quieran ir á un mismo punto: estas precauciones son necesarias en un país abierto á los árabes como la Siria y la Palestina. (Volney, *Viaje á la Siria*.)

(5) San Ambrosio, de *Virginibus l. II.*

(6) Esta salutación que Jesucristo empleó con frecuencia, está todavía en uso en todo el Oriente. Cuando los orientales se encuentran después del saludo, dicen: *«La paz sea con vosotros» Salem [alaticom]*, llevando al mismo tiempo la mano sobre el corazón. Esta salutación se acostumbraba desde el tiempo de Abraham. (Savary, *Nota sobre el cap. II del Koran*.)

(7) Esta casa de campo estaba á una corta distancia de Ain en el fondo de un valle agradable y fértil, que sirve ahora de jardín al pueblo de San Juan. Habíase construido en este paraje en honor de la Visitacion una iglesia, que en la actualidad no es mas que un monton de ruinas. (*Viajes de Jesucristo*, pág. 4.)

(9) De esta fuente mana tan grande abundancia de agua como que riega y fecunda todo el valle. La tradicion refiere que María iba á ella algunas veces, y esta fuente que llevaba el nombre de Neplia en tiempo de Jesús, lleva hoy el de *Fuente de la Virgen*.

(10) Los hebreos comian gustosos en los jardines bajo los árboles y emparrados, porque es natural en los países cálidos buscar el aire fresco. (Fleuri, *Costumbres de los israelitas*, pág. 101.)

(11) Los dátiles de Siria y de Judea son amarillos y negros, casi redondos como manzanas y muy dulces. Plinio cuenta hasta cuarenta y nueve especies de esta fruta.

(12) Los judíos establecidos en Yemen se sirven todavía de estas jarras. (Niebuhr, *Viaje á la Arabia*.)

(13) Su abstinencia no parecia un ayuno, porque era mas bien una costumbre de no hacer uso de alimentos, si así puede decirse. (El padre Valverde, *Vida de Jesucristo*, tom. 1, pág. 60.)

(14) Zacarías descendía de Abías, padre de la octava familia sacerdotal. Estas antiguas familias eran raras, y algunas de ellas se habían fijado en Persia despues del cautiverio. Elisabet descendía de Araon y de David. (Valverde, *Vida de Jesucristo*, tom. 1, pág. 63.)—Los judíos ponían á San Juan Bautista muy superior á Jesucristo, porque habia pasado su vida en el desierto y era hijo de un gran sacerdote. Jesucristo por el contrario, nacido de una pobre muger, les parecia un hombre común. (Crisóstomo, sobre San Mateo, sermon 12.)—Los musulmanes han conservado una grande idea de San Juan Bautista, á quien llaman *Jahia ben Zacaría*, Juan hijo de Zacarías. Saadi en su *Gulistan* hace mención del sepulcro de San Juan Bautista venerado en el templo de Damasco; en él hacia sus oraciones, y refiere las de un rey árabe que fué allí en peregrinacion. El califa Abdal Malek quiso comprar esta iglesia á los cristianos; pero habiendo rehusado estos la cantidad de cuatro mil *dinars* ó doblas de oro que les habia ofrecido, se apoderó de ella. (D'Herbelot, *Bibliot. orient.* tom. 2.)

(15) Los teólogos que han abrazado la opinion contraria á la de Orígenes y de San Ambrosio, se apoyan sobre el pasaje de San Lúcas que no habla del alumbramiento de Santa Isabel sino despues de la vuelta de la Santísima Virgen á Galilea. Parece nos que debe muy bien reflexionarse acerca de este punto: tambien hemos escaminado cuidadosamente el evangelio de este apóstol; y este escámen minucioso nos ha convencido de que esta razon no es concluyente, atendiendo á la manera con que San Lúcas acostumbra hacer sus trasposiciones, de que podríamos citar muchos ejemplos; pero uno solo basta á nuestro propósito. Despues de haber seguido la predicacion de San Juan Bautista y anunciado su aprehension, San Lúcas habla en el versículo siguiente del bautismo de Jesucristo, que no puede caber duda antecedió á la prision y á la muerte trágica del precursor. Ved aquí lo que nos induce á adoptar la opinion de San Ambrosio, cuya verosimilitud se palpa desde luego.—El padre Valverie, que ha estudiado profundamente á los Santos Padres de la Iglesia, es igualmente

de opinion que la Santa Virgen no dejó á sus parientes, sino despues de haber abrazado y bendecido al precursor del Mesías.

(16) En el valle de Mambré, que no está mas que á seis estadios del Hebron, se mostraba todavía en el tiempo de San Jerónimo un árbol de una estremada corpulencia, bajo el cual se suponía habia recibido Abraham la visita de los tres ángeles que le anunciaron el nacimiento de Isaac.

## LIBRO X.

### La vuelta de Hebron.

(1) *Proto-evangelio de Santiago* en los apocrif. de Fabricio, t. I, pág. 97.

(2) Basnage, lib. VII, cap. 22.

(3) *Wagenseil*, in *Sotah*. p. 244.

(4) La ley de los judíos prevenia que el acusador arrojase la primera piedra contra el que habia hecho condenar. (*Instit. de Moises* tom. II, pág. 65.)

(5) "Sin duda, dice Bossuet (*Elev. sur les Myst.*) Dios habria podido evitar á José todas estas penas revelándole desde luego el misterio de la preñez virginal de María; pero entonces no se hubiera sometido su virtud á aquella prueba, y venido despues la victoria que obtiene el Santo Patriarca sobre la mas indomable de las pasiones, y cómo los mas justos y fundados zelos quedan vencidos á los pies de la virtud.

(6) Bossuet, *Elev. sur les Myst.* tom. II, pág. 135.

(7) ¿De dónde es el Mesías? de la ciudad real de Belén de

Judá. ¿Dónde se hallan sus parientes? en el barrio *Birat-Harba* de Belén de Judá. (*Talmud de Jerusalem*.)

(8) *Instit de Moises*, tom. 2, lib. 7<sup>o</sup>.

(9) Niebulh refiere que en un café del Yemen habiendo un árabe preguntado á uno de sus compatriotas si era el padre de una jóven y hermosa muger recién casada en su tribu, el padre que sospechó una intención burlona en esta pregunta y que creyó comprometido el honor de su familia, se levantó friamente, corrió á casa de su hija y sin decir una palabra le clavó un puñal en el corazon. El P. de Gerain refiere una anécdota de la misma especie:

“La vinda de un belemita católico, dice él, fué objeto de una sospecha infamante: no sabiendo cómo sustraerse á la venganza de sus parientes, se refugió al convento de los padres de Tierra Santa, y se puso bajo la proteccion sagrada del altar; pero su asilo fué desabierto y forzadas las puertas del santuario, fué arrancada de él y arrastrada á la plaza pública en medio de los gritos del populacho, que sofocaban las voces suplicantes de los religiosos que imploraban en el nombre del Dios Crucificado, gracia y misericordia para aquella desgraciada que protestaba llorando su inocencia. En su desesperacion llamaba á su padre, á sus hermanos, conjurándoles de la manera mas tierna á que la salvarsen de una muerte cruel. Ellos se adelantaron con un aspecto sombrío y terrible, llevando cada uno un puñal; la infeliz se estremece al verlos, y un instante despues los tres puñales se habian hundido en su seno: los asesinos empapando sus manos en la sangre de su hija y de su hermana, se felicitaban friamente de haber lavado de este modo la afrenta de su familia.”

(10) San Juan Crisóstomo, *sermon* 4.—Véase tambien el P. Valverde, *Vida de J. C.* tom. 1, pag. 114.

## LIBRO XI

### Nacimiento del Mesías.

(1) Los judíos designaban el imperio romano con el nombre de *Imperio impio*.

(2) Augusto mandó hacer tres empadronamientos generales en todas las provincias del imperio: el primero durante su sesto consulado con Marco Agripa en el año 28 antes de la era cristiana; el segundo bajo el consulado de Cayo Mario Censorino y de Cayo Asinio Gallo el año 9 antes de la misma era, y el tercero y último bajo el consulado de Sexto Pompeyo Nepos y de Sexto Apuleyo Nepos el año 14 de dicha era. El segundo empadronamiento es el de que habla San Lucas; y el decreto que lo ordenaba se espidió el año nono antes de la era cristiana. (*Sueton. in Octav. 27.*)

(3) Augusto hacía trabajar entonces una obra que contenia la descripcion del imperio romano y de los países que tenía bajo su dependencia. Tácito, Suetonio y Dion Casio hacen mencion de aquel libro y dan todas las descripciones ó mapas particulares que se levantaron en las provincias. Atendido el modo con que del mismo hablan, era preciso que fuese alguna cosa muy semejante al *Doomsday-book*.

(4) Tertuliano asegura que este fué el caso en que se halló con respecto á la Siria Sexto Saturnino, que era su presidente.

(5) Los tres años que se emplearon en este empadronamiento ejecutado por el prefecto romano, no pueden ofrecer dificultad; porque ciertamente era necesario este tiempo para levantar el catastro de la Siria, de la Sele-Siria, de la Fenicia y de la Judea. Joab habia empleado cerca de diez meses en hacer la simple clasificacion de los hombres aptos para las armas en las diez tribus; y el empadronamiento mandado hacer por Augusto á la época del nacimiento de Jesucristo presentaba muchas mas dificultades y exigia mas detalles, pues que no solo se extendia á todos los individuos, sino tambien á todas las calidades de sus tierras. Guillermo el conquistador, que mandó ejecutar un trabajo semejante entre los ingleses, empleó seis años enteros, aunque el *Doomsday-book* no comprendió ni la Escocia, ni la Irlanda, ni el país de Gales, ni las islas Normandas.

(6) Ninguna ha sido mas controvertida que la del nacimiento de Jesucristo. Nosotros adoptamos la de los autores del *Arte de verificar las datas* que nos parece la mas fundada y que fija la del nacimiento del Salvador en el día 25 de Diciembre del año 748 de Roma, seis antes de la era vulgar.

Segun opina Baronio, el dia del nacimiento de Nuestro Señor fué un viernes.

(7) Los asnos son en Palestina de una belleza notable.

(8) Miquias, cap. V, versículo 2.

(9) Isaías, cap. LIII, v. 2.

(10) El caballo entre los judíos servía especialmente para la guerra; así es que se le consideraba como el símbolo de los combates. Los juecos, por el contrario, cabalgaban sobre asnos de una raza perfectamente bella: de ahí toman origen las palabras bíblicas: *Vosotros que estáis montados sobre jumentas blancas y que os sentáis en la silla de la justicia; halad!* (Judic., cap. V., verso 3.)

(11) No se encuentra en estas celditas mas que las cuatro paredes, polvo y algunas veces escorpiones. El guardián está encargado de dar la llave y una estera; el viajero tiene que proveerse de lo demás; y así debe llevar consigo su cama, su batería de cocina y hasta sus provisiones. (Volney, *Viaje á la Siria*.)

(12) En virtud del nacimiento de Jesucristo en una caverna, Justino el filósofo invoca la profecía de Isaías XXXIII, 16: *"El justo habitará en la caverna formada de piedra fuerte. ...."*

(13) Es un hecho independiente de todas las hipótesis, dice Dupuis, independiente de todas las consecuencias que he querido sacar, el de que precisamente á la hora de la media noche, el 25 de Diciembre, en estos siglos en que apareció el cristianismo, el signo oesleto que se vió snbir en el horizonte y que presidia al comienzo de la nueva revolucion solar, era la *Virgen de las constelaciones*."

(14) La palabra *alma* de que se servia Ismaís, significa en hebreo una virgen en toda su inocencia. Ya hemos dicho en la nota 55 del primer capítulo que esta palabra ha dado motivo á muy grandes controversias entre los judíos y los cristianos.

(15) *Proto-evang. de Santiago* c. 17.

(16) Segun la opinion de los rabinos, el Mesías se halla en el paraíso terrestre al lado de nuestros primeros padres. (*Soor Chadasch*, f. 82, 4.)—El existia antes que fuese el mundo. (Nezach Israel, c. 35.)—Y antes de ser hombre estaba en el estado de gloria al lado de Dios. (Phil., c. II, verso 6.)—De este modo, inmediatamente antes de la venida de Jesucristo, la idea de una preexistencia del Mesías, se hallaba en la alta teología de los judíos.

(17) Hebr. I. 6.—Salmo XLVI, 7.

(18) El *lotus*, que estaba consagrado al sol, es una planta acuática cuyas hojas se sumergen en el Nilo cuando el sol se pone, y salen á flor de agua cuando sale. Esta planta tiene una virtud soporífera. Se decía á los que habian hecho un largo viage que habian comido del *lotus*, es decir, que habian olvidado su patria. (Basnage lib. IX, cap. 15.)

(19) En una llanura muy agradable situada á un cuarto de legua al Norte de la ciudad de Belén, se encuentra la aldea de los pastores, y en el fondo de un valle el campo tan célebre en que esos pastores apacentaban sus rebaños durante la noche de Navidad.—Segun opinion de autores graves, tanto sagrados como profanos, la aparición de los ángeles á los pastores no es el solo prodigio que haya señalado el nacimiento del Dios niño. Refiérese que durante esta noche santa florecieron las viñas de Engaddi; que en Roma el templo de la Paz se desplomó súbitamente, y que los oráculos de los demonios callaron para siempre. El solo nacimiento de Nuestro Señor fué una sentencia de destierro para esas divinidades paganas; á quienes habia sido permitido hasta entonces el profetear oráculos. Milton con un estro poético admirable, describe así en una de sus primeras piezas de verso la fuga de esas pretendidas deidades en la noche de Navidad.

"Los oráculos enmudecen; ninguna voz, ningún murmullo siniestro hace resonar palabras falaces bajo las bóvedas de los templos. Apolo abandonando con un grito de desesperacion la colina de Delfos, no puede pronosticar el futuro. Ningún éxtasis nocturno, ninguna inspiracion secreta saliendo de una caverna profética, se hace sentir al sacerdote de ojos espantados."

"Sobre las montañas solitarias y á lo largo de las resonantes riberas no se oyen mas que llantos y lamentaciones. Lígênio se ve forzado á alejarse, suspirando, de las frentes y de los valles que habitaba en medio de los pálidos chopos; y las

ninfas despojadas de sus guirnaldas de flores gimen á la sombra de los espesos matorrales."

"Los Larces y las Larvas hacen oír sus quejas nocturnas en la tierra consagrada y sobre los santos hogares. Las urnas y los altares despiden sonos lúgubres y desfallecidos que espantan á los flámines ocupados en su servicio, y el mármol helado parece cubrirse de sudor mientras que cada deidad abandona su sitio acostumbrado."

"Peor y Baal huyen de sus opacos templos con el dios arrojado de la Palestina. Astaroth bajo el nombre de la luna, reina y madre del cielo al mismo tiempo, ya no brilla mas cercana del santo resplandor de las antorchas. El Hammon de la Libia oculta sus cuernos, y las hijas de Tiro lloran en vano su Thammuz herido."

"El sombrío Moloch se escapa dejando en la sombra á su ídolo reducido á negros carbonos; en vano el ruido de los instrumentos y de la danza, llama al rey feroz cerca de un horno ardiente. Los dioses del Nilo de la raza de los brutos, se alejan tambien rápidamente, y el perro Anubis sigue á Isis y á Osiris."

(20) Los persas llaman la noche de Navidad *seháb jaldái*, noche clara y luminosa, á causa de la aparición de los ángeles. (D'Herbelot, *Bibliot orient.*, tom. II, pág. 294.)

(21) El Azrakí alega el testimonio ocular de muchas personas respetables para probar un hecho muy singular, del que no creo se haya hecho mención hasta este momento: que la figura de la Virgen Maria este es, el de con el niño *Aisá* (Jesus) sobre sus rodillas, estaba esculpida como una divinidad sobre una de las columnas mas inmediatas de la puerta de la Caaba. (Burchardt, *Viaje á la Arabia*, tom. I, pág. 221.)

(22) Esta particularidad, que comprueba la relacion del historiador árabe, se encuentra consignada en los *Toldos*, libro judío muy antiguo, y escrito en un espíritu de odio furioso contra el cristianismo. Por él se ve que Herodes el grande y su hijo tuvieron que sostener una guerra contra una tribu del desierto, que adoraba á *la imagen de Jesus y de Maria su Madre*. Esta tribu intentó aliarse con algunas ciudades de la Palestina y especialmente con la de Hai. Luego ya que los judíos mismos colocaban este suceso durante la vida de Herodes, es preciso que haya sido motivado por el degüello de los san-

tos Inocentes; pues que el anciano Rey no sobrevivió mas que un año al nacimiento del Salvador.

(23) *Basnago*, lib. 7, cap. 10.

## LIBRO XII.

### Adoracion de los Magos.

(1) Algunos hacen á Zoroastro discípulo de Jeremías; pero las épocas no concuerdan, y es mucho mas probable que lo fuese de Daniel.

(2) No se está precisamente de acuerdo acerca del país de los Magos; unos los hacen venir del fondo de la Arabia feliz, otros de las Indias, lo cual es de todo punto improbable. Los mejores autores les dejan por patria á la Persia, y esta opinion es la que mas ha prevalecido. Los nombres de Gaspar, Melchor y Baltasar, que se dan á los Magos, son babilónicos. En efecto, Babilonia, y despues de su ruina Seléucia situada á una corta distancia, fueron la morada de los mas célebres astrónomos de la antigüedad. Además, esas ciudades están al Oriente de Jerusalem; y se puede en veinte dias de marcha trasportarse desde las orillas del Eufrates hasta Belén. Orígenes, que era un sábio y muy instruido, asegura que los Magos se ocupaban de astrología. Draxellius se burla de Orígenes con este motivo, lo que prueba que estaba poco versado en la historia del antiguo Oriente, en que todo astrónomo era astrólogo. —D'Herbelot, cuyo nombre hace autoridad cuando se trata del Oriente, afirma tambien que los Magos vinieron de la Persia.

(3) *Strabon*, lib. 17.

(4) Véase á Juan Crisóstomo, *sermon* 6, sobre San Mateo. —Colcidio, filósofo pagano que vivía hácia el fin del siglo ter-

cero, hace mención de esta estrella y de los sabinos del Oriente que ella guió á la cuna de Cristo. Hé aquí lo que dice San Agustín, el águila de los doctores: "Aquel cuya muerte debía oscurecer el antiguo sol, hizo comparecer en su nacimiento una nueva estrella. ¿Cuál era, pues, esa estrella que jamás había aparecido en medio de los astros, y que después nadie ha podido encontrar en el firmamento? ¿No era este un lenguaje magnífico del cielo para contar la gloria de Dios y el alumbramiento de una Virgen?"

(5) Esta cisterna ó pozo situado en el camino de Jerusalem, lleva todavía el nombre de *cisterna de los tres Reyes ó de la estrella*, en memoria de este suceso. (*Viajes de Jesucristo*.)

(6) Brazaletes antiguos adornados de diamantes y de perlas, que los sátrapas de la familia real llevaban encima del codo; el rey de Persia y sus hijos llevan todavía los *barubends*. (Véase Morier, *Viaje á Persia y Armenia*.)

(7) Véase Josefo, *Antig. de los judíos* l. XV, cap. 13.

(8) Todo el Oriente creía entonces en la astrología, y Philon nos refiere que los sátrapas de Persia pasaban por los primeros astrólogos del mundo.

(9) *Goel* (Salvador) uno de los nombres con que designan los hebreos al Mesías.

(10) Herodes había prohibido á los judíos severamente hablar de los negocios del Estado; y no podían ni aun reunirse en familia, para celebrar, según la costumbre, grandes festines. Los espías diseminados en Jerusalem y hasta en los caminos principales, arrestaban al momento á los que infringían el edicto del rey; se les conducía secretamente, y algunas veces en la mitad del día á las fortalezas, á donde eran castigados severamente. (Josef, *Antig. Jud.*, lib. XV, cap. 13.)

(11) Josefo, *de Bello*, lib. O, cap. 13.

(12) Tan lejos estaba el pueblo de aplaudir el descubrimiento de esta conspiración y de regocijarse en la salvación del rey, que por el contrario, se apoderó del delator y haciéndolo trizas lo dió por pasto á los perros. (Josefo, *Antig. Jud.*, lib. XV, cap. 11.)

(13) Herodes con el fin de parecer joven todavía, se hacía teñir de negro los cabellos y la barba. [*Ibid.* l. XVI, 11.)

(14) Frecuentemente se mezclaba de noche y á favor de un disfraz entre el populacho, según dice Josefo, para saber la opinión que se tenía de su gobierno; castigando después sin misericordia á los que desaprobaban sus medidas. [*Ibid.* l. XV, cap. 13.)

(15) *Ibid.* lib. V, cap. 13.

(16) Algunos se han admirado de los temores que causaba á Herodes un vástago de la familia de David; sin embargo, no fué Herodes el único que penóguó á esta noble familia en odio de sus antiguos derechos y de sus gloriosas esperanzas. Eusebio, según el testimonio de Hegeaso, refiere que después de la conquista de Jerusalem, Vespasiano ordenó buscar y destruir la posteridad de David; bajo el imperio de Trajano la persecución duraba aún. Finalmente, Domiciano se hizo conducir á Roma dos vástagos de esa raza ilustre, que descendían del apóstol San Judas. El emperador, después de haberles interrogado, sabiendo que solo poseían 39 fanegas de tierra que cultivaban con sus propias manos, les permitió volver á su patria; tranquilizada su ambición por su pobreza.

(17) Los reyes de Persia administraban la justicia de un modo enteramente patriarcal. Ellos tenían encima de su cabeza una campana de oro, y á esta campana estaba atada una cadena cuyo extremo pendía en la parte exterior de las paredes del palacio; cada vez que sonaba la campana, los oficiales del príncipe salían de sus habitaciones é introducían delante del *Gran Rey* á los suplicantes que pedían justicia al mismo príncipe, y este se la administraba inmediatamente y con equidad. (*Antar, Trad. de Arab.*)

(18) El cuartel llamado *Betzetha* ó la ciudad nueva que Herodes había incorporado á Jerusalem, estaba situado al Norte del templo, y encerraba la piscina inferior; la piscina probética y el palacio de Herodes.

(19) Nosotros hemos seguido á los autores que pretenden que Herodes pasó á Jericó, donde estuvo algún tiempo enfermo, en el momento en que los Magos se dirigieron hácia Belen; esto concuerda de todo punto con lo que refiere el Evangelio; porque si Herodes se hubiese hallado en Jerusalem al



tiempo del regreso de los Persas, estos le hubieran visto probablemente antes del aviso del ángel, que no les comunicó los proyectos del rey hasta la primera noche de viaje. La enfermedad de Herodes desviando su atención de los Magos y del Niño, dejó á aquellos la libertad de volver pacíficamente á su patria, y á la Santa familia el tiempo de emprender otra vez el camino de Nazareth.

(20) Estas esferas, compuestas de círculos de oro agujerados como el de nuestras armilares, dan rápidas vueltas cuando nace el sol. Véase todavía en Oulan, en donde los güebros tienen un templo. [*Rabbi Benjamin.*]

(21) Se han elogiado con justicia estos versos de Juvenio, el mas antiguo de los poetas cristianos de cuyas obras tengamos noticia, sobre los presentes de las reyes Magos:

Homini que Aurum, thes, myrrham, regique, Deoque,  
Dona ferant. . . .

(22) De Ormuzd en *Zend ahuró-mazdao* (el rey muy sabio), y de Ahriman, en *zend ahuro-mangus* (el malo inteligente), segun la mitología persiana, nacieron génios buenos y malos á los que atribuyeron diversas funciones en el universo, ya para inspirar el bien, ya para propagar el mal. Uno de estos buenos genios llamado Srosch, daba cada noche siete vueltas al rededor de la tierra para velar por la seguridad de los servidores de Ormuzd. (*Viage al Amschaspand-Named, y el Libro de los reyes, de Firdousi.*)

(23) Autores muy antiguos afirman que los Magos recibieron el bautismo de manos de Santo Tomás: créese que sufrieron el martirio en la India á donde predicaban el Evangelio.

(24) Los palmeros de Babilonia, dice Diodoro de Sicilia, producen dátiles exquisitos; son de medio pié de largo, unos amarillos, otros rojos y otros de color de púrpura; de manera que no son menos agradables á la vista que al paladar. El tronco del árbol es de una altura sorprendente, derecho y redondo por todas partes; pero la copa ó el ramaje no es en todos de la misma forma. Algunos palmeros extienden sus hojas en derredor, y el fruto sale en racimos que brotan de la corteza hendida hácia el medio; otros llevan todas sus ramas á un solo lado, y el peso de ellas las hace inclinarse hácia la tierra, tomando el árbol la figura de una lámpara suspendida

en el aire; y otros en fin, separan sus ramas en dos partes iguales y las dejan caer á derecha ó izquierda en una perfecta simetría.—En cuanto á los campos y á los jardines de rosas tan comunes en la antigua Persia, véase á Firdousi en el *Libro de los reyes.*

### LIBRO XIII.

#### La Purificación.

(1) Este árbol bajo el cual descansó María para dar de mamar al Niño Jesus, fué destruido antes del último siglo, pero se conserva la memoria del parage á donde se hallaba.

(2) Segun los doctores judíos, Jacob al enterrar á su muy querida esposa á orillas del camino de Bethlem, fué porque su ciencia profética le hizo descubrir que una parte de sus descendientes seguirían esta misma ruta en calidad de cautivos de los asirios, y quiso por lo mismo que Raquel pudiese interceder por ellos con Jehovah, á medida que fueran pasando por enfrente de su tumba. Los protestantes han declamado mucho contra los talmudistas á propósito de este pasaje que favorece la intercesion de la Virgen y de los santos. Esta tumba de Raquel era tan venerada, que todos los judios que pasaban cerca de ella, se creian obligados á visitarla, y á grabar su nombre en alguna de las piedras: estas piedras eran enormes y en número de doce, como simbolo de las doce tribus. [*Talmud de Jere.*]—Se sabe que las lágrimas de Raquel de que habla Jeronimas, no eran sino la figura de las lágrimas vertidas por las mugeres judias despues de la matanza de los inocentes. (*San Mateo, cap. II, v. 17, 18.*)

(3) A una media legua de Jerusalem se halla el monasterio de la Santa Cruz. Se muestra en la iglesia de este monasterio el parage que ocupaba el olivo estéril del cual se sirvie-

ron los jerusalemitas para construir la cruz de Nuestro Señor. En el lugar que ocupaba; el tronco del olivo se halla ahora una piedra de mármol que está en el fondo de un pequeño nicho bajo el grande altar, en donde se ve una lámpara que arde constantemente.

(4) Los árabes dan á Simeon el título de Siddik (el que verifica) á causa de haber dado testimonio de la venida del verdadero Mesías en la persona de Jesús hijo de María, que todos los musulmanes están obligados á reconocer como tal. (Herbelot, *Bibliot. orient.*, tom. III, pág. 266.)

(5) "María, mi soberana, decía á este propósito San Anselmo; yo no puedo creer hubieses podido vivir un solo instante con semejante dolor; si Dios que dá la vida no os hubiese confortado."

(6) Prideaux, *Historia de los Judíos*.

(7) Los doctores judíos tenían entonces y aun conservan una miosima que horroriza; ellos enseñan que aquel que no alimenta su odio y no se venga, es indigno del título de rabino. (Basnage, l. VI, cap. 17.)

(8) El lujo y la avaricia de los príncipes de los sacerdotes de Jerusalem eran increíbles. Los pontífices enviaban por los campos á arrebatár los diezmos en las haciendas y se los apropiaban; lo que reducía á los simples sacerdotes á vivir de nueces y de higos. A la primera quexa, los desgraciados levitas acusados de revuelta y de insubordinacion, eran entregados á los romanos: el gobernador Félix echó una vez cuarenta en la cárcel para complacer á los príncipes de la Sinagoga. (Véase Josefo, *Antigüedades judaicas*, lib. I, y Basnage, lib. I, cap. 4, pág. 123.)

(9) San Lucas, cap. XII, v. 55 y 56 y cap. XXII, v. 29 y 30.

(10) Basnage, lib. 6, cap. 25. Talmud, 319.

(11) Hemos seguido la opinion de San Lucas, San Juan Crisóstomo y otros autores, haciendo marchar la Santa Familia para Nazareth despues de la purificacion. Este es el único medio de concordar á San Mateo, que no habla de los maravillosos sucesos de la presentacion al templo, con San Lucas que

nada dice sobre el degüello de los Inocentes y de la huida á Egipto. "¿Qué diremos nosotros para conciliar esos dos evangelistas, dice San Juan Crisóstomo, si no es que el regreso á Nazareth precedió á la huida á Egipto? Porque Dios no mandó á José y á María el huir á Egipto antes de la purificacion, á fin de que la ley en nada fuese violada. Pero llenado este deber, ellos volvieron espontáneamente á Nazareth, donde recibieron la orden de huir á Egipto."

## LIBRO XIV.

### La huida á Egipto.

(1) Hacia la mitad de Febrero, estacion aun fria en las montañas del interior, en que la temperatura, segun Mr. de Volney, es muy semejante á la nuestra, las llanuras de la Siria por el contrario sufrían ya los calores del verano. (Véase la nota 3.<sup>a</sup> del libro 4.<sup>o</sup>)

(2) San Buenaventura, *de vita Christi*.

(3) Esas bandas armadas, fuertes á veces de dos ó tres mil hombres, eran mandadas por getes experimentados que dieron mucho que hacer á Herodes y á los romanos. Algunas tenían un objeto político y hacían una especie de guerra de partidarios; otras no eran mas que una reunion de asesinos que llevaban unos largos puñales ocultos bajo sus vestidos, y mataban á aquellos de quienes querían deshacerse hasta en las calles de Jerusalem. (Josefo, *de bello jud.* l. 2.)

(4) Herodes, que perfeccionó el espionaje en el Oriente, cubria con sus espías los grandes caminos de la Judea.

(5) El sitio en que la tradicion local ha colocado esta escena y en el que se ven todavia las ruinas de la fortaleza del

bandido, continúa en tener muy mala fama. Durante las cruzadas los francos, á quienes era familiar dicha tradicion, habian trasformado al jefe de bandidos en un señor feudal: es raro, sin embargo, dice el padre Nan con una seriedad admirable, que un señor de marca se convierta en ladrón de caminos reales: los cruzados entendian mejor la historia que el padre Nan. Háse unido á esta leyenda que parece auténtica, un cuento que nosotros no garantizamos, pretendiendo que el bandido hospitalario era el *buen ladrón* en propia persona.

(6) Es un parage amenísimo en el que la tradicion coloca uno de los altos ó paradas de la Santa Familia: véase en el to-davá, las ruinas de un monasterio. [*Itiner. de Paris à Jevrus.*, tom. 2.)

(7) Esta gruta se llama *la gruta de leche de la Virgen*, porque se cree que algunas gotas de leche de la Madre de Dios, cayeron sobre la peña en tanto que daba de mamar al niño Jesús.

(8) Los árabes llaman al viento cálido del desierto *Simoun* ó veneno: púedese comparar su impresion á la que se recibe de la boca de un horno ardiente en el momento de sacar el pan. Esos vientos soplan con mayor frecuencia durante los cincuenta dias que rodean á los equinoccios. (Volney, *Viage á la Siria.*)

(9) Esta rosa, cuya corola se abre y se cierra segun las variaciones atmosféricas, es para los árabes lo mismo que un barómetro. (El vizconde de Marcellin en su *Viage á Oriente*, tom. II.)

(10) Tal es el fenómeno conocido bajo el nombre de *miraje* ó reverbero. Durante la expedicion que hicieron los franceses en Egipto en 1798, los soldados recorriendo los áridos desiertos de este pais abrasador, devorados por la sed eran con frecuencia engañados por esa cruel ilusion. Todos los objetos que sobresalian de la tierra y se ofrecian á sus ojos en medio de esos mares de arena, les parecian rodeados de agua: así un montecillo que descubrian de lejos les parecia que se elevaba en medio de un lago: pareciendo de necesidad corrian allí, pero llegados al mismo lugar reconocian su error: el lago habia huido y se mostraba mas lejos á sus ávidas miradas. (Pellens, del *Miraje*, art. 6.)

(11) "Yo tuve ocasion de notar, dice Niebuhr, un fenómeno que me conmovió extraordinariamente, pero que con el tiempo llegó á serme muy familiar. Un árabe montado sobre un camello que vi venir de lejos me pareció tan alto como una torre que se moviese en el aire, y él venia lo mismo que nosotros caminando sobre la arena. Esta ilusion de óptica proviene de una refraccion en la atmósfera, tan fuerte en estas áridas regiones tan cargadas de vapores de una naturaleza muy diferente de los que impregnan el aire en los países de una temperatura templada." [*Viage á la Arabia*, tom. I, pág. 208.]

(12) Es una costumbre muy general en Oriente la de animarse para la marcha ó para el trabajo entonando alguna cancion. Un peregrino musulmán ha hecho una descripcion sumamente pintoresca de la marcha nocturna de una caravana de la Meca á la luz misteriosa de las lanternas colocadas sobre los camellos, y el canto cadencioso y melancólico de los conductores de aquellos animales.—[*Viage de Abdoul Kerim*] Los camelleros cantan todavia esas canciones que son propias del Egipto y de la Siria. [*Correspondencia de Oriente*, tom. IV.]

(13) Aunque los dias sean ardentísimos en el desierto en esta estacion, las noches son muy frias. (Vol-Sav.)

(14) Encima de la cúpula del santuario del templo principal de Heliópolis, observábase un inmenso espejo de acero bruñido que reflejaba los rayos de la luz celeste. Otro semejante existia en lo mas alto del faro de Alejandria, y la imagen de los navios se reproducia en él mucho tiempo antes de que apareciesen en el horizonte. [*Correspondencia de Oriente*, tom. V.—*Cartas de Savary.*]

(15) Véase Barad, tom. I, cap. 8.—El autor de los viages de Jesucristo no cuenta mas que cien leguas; pero tal vez omita los rodeos de los caminos.

(16) Los árabes que habian gradualmente olvidado al Dios de Abraham, adoraban entonces una multitud de ídolos mas extravagantes los unos que los otros. La palmera, dice Azrakí, era adorada por la tribu de Kjosna, y los Beni-Thekif veneraban una roca; un grande árbol llamado *zataromá*, era adorado por los Koreisch, &c. Los persas calificaban desdeñosamente á los árabes con el título de *adoradores de las piedras.*

(17) Debemos á Sozomeno esta particularidad, que es preciso tener algun valor para reproducirla en este siglo burlon, y que sin embargo, apenas puede llamarse un milagro. Es cierto que existe en la Arabia un árbol del género de las *sensitivas* y *mimosas*, que inclina sus ramas al acercársele un hombre. Niebuhr, que no es sospechoso de credulidad, ha hallado este árbol en el Yemen, y los árabes que le dan el nombre de *árbol hospitalario* le tienen en tanta veneracion, que no permiten arrancar una sola hoja. Si esta *mimosa* por un fenómeno natural abaja sus ramos á la cercanía de un hombre, con mayor razon debió abajarlos á la cercanía del Hijo de Dios.

(18) Paladio no es el único que refiere ese milagro: lo atestiguan igualmente Doroteo mártir, Sozomeno, San Anselmo, San Buenaventura, Lira, Dionisio Bartojano, Testado, Ludolfo, Barradio, &c.

(19) Este hecho evangélico se comprueba no solamente por nuestros libros sagrados, sino tambien por el testimonio de los judíos y los paganos. (Macrobio, lib. 11, cap. 4 de los *Saturales*.—Origenes *contra Celso*, lib. 11, cap. 58.—Toldos, Huldr., p. 12, 14, 20.) Véase tambien la erudita historia del Nuevo Testamento por el abate James.

(20) *Vid. Trombel. in Vit. Dep. Zachariam in dis. ad Hist. Eccl.*—Ansel-Cantual.—Euseb.—Santo Tomás.

(21) Esta fuente se llama todavia *Fuente de Maria*: una antigua tradicion refiere que la Santa Virgen banaba en ella al niño Jesus. Desde los primeros tiempos del cristianismo los fieles edificaron en este lugar una iglesia; mas adelante los musulmanes construyeron una mezquita, y los discípulos de ambas creencias iban á pedir á la *Fuente de Maria* la curacion de sus males. La fuente todavia existe: las peregrinaciones continúan; pero no queda ningun vestigio ni de la iglesia ni de la mezquita. (Savary, tom. I, pág. 122.—*Correspond. de Orient.*, tom. 6, pág. 3.)

(22) No lejos de la fuente se me hizo entrar en un cercano plantado de árboles: un musulman que nos conducia nos hizo detener delante de un sicómoro y nos dijo: "*Hé aquí el árbol de Jesus y de Maria.*"—Vansleb, cura de Fontainebleau, refiere que el antiguo sicómoro habia caído de vejez en el año 1058; los padres franciscanos del Cairo conservaban piadosamente en su sacristia los últimos restos de ese árbol: ya no

quedaba en el jardín mas que un tronco, del que provino sin duda el árbol que hemos visto. El general Kleber despues de su victoria de Heliópolis, quiso visitar como peregrino el árbol de la Santa Familia, y escribió su nombre en la corteza de una de sus ramas; pero este nombre ha desaparecido despues borrado por el tiempo ó por una mano envidiosa. [*Correspondencia de Oriente*, tom. VI, carta 141.]

(23) Hé aquí una de esas leyendas traída de los países de Ultramar por uno de los antiguos barones franceses, el Señor de Englure: el autor de esta obra la traslada con toda la gracia nativa del tiempo antiguo, que no es posible conservar en la traduccion; pero procuraremos imitar toda su sencillez. "Cuando Nuestra Señora Madre de Dios hubo pasado el desierto y llegó á este lugar, puso á Nuestro Señor en tierra y se fué á buscar agua por el campo, pero no pudo hallarla: volvióse muy triste á su querido hijo que yacia tendido sobre la arena, el cual hirjó con los talones el suelo, y salió inmediatamente una fuente de agua muy buena y dulce, de lo que quedó muy alegre Nuestra Señora, y dió gracias á su amado Hijo, á quien recostó otra vez y lavó sus pañales en el agua de dicha fuente, y despues los extendió por encima de tierra á fin de enjugarlos; y del agua que destilaban al tiempo de enjugarse, por cada gota nacía un arbolillo, cuyos arbolillos producen el bálsamo, &c."

(24) Josefo, *Ant. Jud.*, l. XVII, c. 8.—La memoria de Herodes fué maldecida por los príncipes del pueblo y los sacrificadores, quienes instituyeron una fiesta que se celebraba el 25 de Septiembre en regocijo de la muerte de este cruel príncipe. *Hay una fiesta el 7 de chisleu* (dice el calendario judío) *á causa de la muerte de Herodes*; porque habia merecido el odio de los sábios y es motivo de regocijo ante el Señor el que los impíos salgan de este mundo. (Basnage, tom. I, lib. II, cap. 8.)

## LIBRO XV.

## María en Nazareth.

(1) El tiempo de las lluvias en la Judea es el de los equinoccios, y sobre todo el del equinoccio de Otoño; y es también la estación de las tempestades, que regularmente van acompañadas de ráfagas violentas ó de granizo. (Volney, *Viaje á Siria*.)

(2) San Justino mártir, en el diálogo con *Triphone*, refiere que Jesucristo ayudaba á su padre putativo á fabricar coyundas y carros; y hasta Godecardo (tom. 14. pág. 436. *vida de la Santa Virgen*) dice: "un autor muy antiguo asegura que en su tiempo se enseñaban todavía las coyundas que el Salvador había fabricado con sus manos."

(3) San Pablo, *Ep. ad Coloss. c. II, v. 9.*

(4) San Juan, *esp. VII, v. 15.*

(5) San Mateo, *cap. VII, v. 29.*

(6) Yo os aseguro que la magestad de las Escrituras me admira, dice Rousseau; la santidad del Evangelio habla profundamente á mi corazón. Hé ahí los libros de los filósofos con toda su pompa, ¡qué pequeños son junto de la Biblia! ¿Puede creerse que este libro tan sencillo y sublime á la vez, sea obra de los hombres? ¿Que aquel de cuya historia se trata sea no mas que un hombre? ¿Es este el tono de un entusiasta ó de un ambicioso sectario? ¿Qué dulzura! qué pureza en sus costumbres! ¡qué admirable gracia en sus instrucciones! ¡qué elevacion en sus máximas! ¡qué profunda sabiduría en sus discursos. . . .!" [*Emilio*, t. III, pág. 365.)

(7) Tertuliano dice en el tercer siglo que María ganaba su vida trabajando; y Celso en el segundo reprochaba á los cristianos que María era una muger que se había mantenido con el trabajo de sus manos.

(8) San Epifanio y San Bernardo nos enseñan que en estos viajes los hombres iban por grupos separados de las mugeres; y que hallándose San José y la Santa Virgen el uno en un grupo y el otro en otro, esto fué causa de que no se inquietaron al principio de la desaparición de Jesús, y no repararon en ella hasta la noche en ocasion de reunirse todos los viajeros.—Véase tambien Aelredo abad de Revery: *Serm. seu tractatus de Jesu duodenni—Dominica infra octav. Epiphian.*

(9) Véase San Juan Crisóstomo, sermón 44.

(10) Los rabinos han tomado ocasion del color que se notaba en la estremidad de los cabellos de Jesús, para entregarse á odiosas imprecaciones contra él; pero ¡qué extraño es que le dirigiesen los mismos reproches que al rey David! *El era rojo como Esau: tenía la sangre sobre la cabeza; el alma de Esau había pasado á él.*

(11) Véase Nicéforas, *Hist. ecles.* tom. I, pág. 125.—El retrato de Nuestro Señor, trazado segun la tradicion, es el mas auténtico que nos haya quedado.—El reverendo Mr. Walsh, autor de un libro muy reciente consagrado á los monumentos raros ó inéditos de la primera edad del cristianismo, acaba de llamar la atencion sobre una medalla muy curiosa conocida ya hácia el siglo XV. El anverso representa la cabeza de Nuestro Señor vista de perfil, los cabellos están divididos en iguales partes á estilo de los nazarenos, asentados hasta las orejas, y ondulantes sobre las espaldas; la barba espesa poco larga pero hendida; el semblante hermoso como tambien el busto, sobre el que cae la túnica en graciosos pliegues.

(12) Pascal ha dicho: "Yo creo de muy buena gana las historias cuyos testigos se dejan degollar."

(13) La pascoa reunia en Jerusalem hasta dos millones y quinientas mil personas. (*De Bello*, lib. VII, cap. 17).—Cesito queriendo persuadir á Nerón que la nacion judia no era tan despreciable como se la juzgaba, computaba al pueblo por el número de los sacrificadores. En la fiesta de la pascoa se de-

gollaban seiscientos cincuenta y seis mil seiscientos corderos, y habia un cordero por cada familia.

(14) Es decir, después de medio día, ó una hora hasta la puesta del sol. (Basnage, t. V, l. VII, cap. 2.)

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

LIBRO XVI.

Maria en las predicaciones de Jesús.

(1) Los galos paganos del sexto y séptimo siglo, divinizaron á las encinas, encendían antorchas delante de ellas, y las invocaban como si hubiesen podido oírles; las piedras enormes vecinas de esos árboles participaban del honor que se les rendía. [Hist. eclec. de Bretaña, tom. 4, siglo séptimo.—Capitul. Caroli Magni, l. i, tit. 64]

(2) Véase Cuadro de la India por Buckingham.)

(3) Bien conocido es el sarcasmo de Juyenal: *O sanctas gentes quibus hæ nascuntur in hortis númera.* (Sátira 15, verso 10.)

(4) Véase Garcilaso lib. 1, cap. 2 y 12.)

(5) Porfira, que conocia muy bien los resortes del politeísmo, confiesa que los demonios eran el objeto del culto de los gentiles. "Hay, dice, espíritus impuros, engañosos, malvados, que quieren pasar por dioses y hacerse adorar de los hombres. Es preciso aplacarlos, de miedo que no nos dañen. Los unos alegres y divertidos se dejan ganar con espectáculos y juegos; el humor sombrío de los otros quiere el olor de grasa, y se complace en los sacrificios de sangre."

(6) Es una máxima entre los judíos que la alianza se hi-

zo con ellos en el monte Sinaí bajo el pié de la ley natural, no bajo el de la escrita. Destruyen la segunda para entronizar la primera, reduciendo toda su religion á la tradicion. Llegó á tal punto esta corrupcion entre los judíos, aun en tiempo de nuestro Señor, que les reprende en san Marcos haber destruído la palabra de Dios por sus tradiciones. Actualmente es mayor su error, pues comparan el texto sagrado al agua, y el *Mishnah* ó el *Talmud* al mejor vino; además, dicen que la ley escrita es la sal y el *Talmud* la pimienta, la canela, etc.

(7) Mr. de Lamartine, *Viaje á Oriente.*

(8) Nel vestire il Verbo d'umana carne non gli diede ella (la Virgen) punto, o di potenza, o di santità, o di giustizia che egli (Gesù) già da se solo non possedesse; ma gli dié molto bensì di misericordia. (P. Paolo Segneri, *Magnificat spiegato.*)

(9) Mr. de Lamartine, *libro citado.*

(10) El nombre de Cuarentena, dado al desierto en que ayuno Jesucristo por espacio de cuarenta dias, es debido á esta circunstancia. Este desierto se halla situado en las montañas de Jericó á una legua de esta ciudad, en la ribera occidental del Jordan. La montaña de la Cuarentena es una de las mas elevadas que se encuentran hácia el Norte, y presenta un abismo profundo en su falda como para impedir el acceso; del Poniente al Norte ofrece una cadena de rocas escarpadas que se abren en muchos lugares y forman grutas naturales. No puede llegarse hasta la cuarta parte de la altura de la montaña mas que por una pendiente rápida en extremo, sembrada de guijarros que ruedan al poner sobre ellos la planta. Cuando se ha llegado á este punto se encuentra un sendero estrecho que conduce á una especie de escalerilla rodeada de horribles precipicios, por cuya cima es preciso pasar exponiéndose á grandes peligros, ayudándose de algunas piedras salientes á que es preciso agarrarse con pies y manos, porque si faltasen estos puntos de apoyo, era inevitable la caída en el precipicio mas espantoso. (*Viajes de Jesucristo, XI.*)

(11) El santo retiró donde pasó cuarenta dias el Hombre-Dios, es una gruta natural á que no se puede llegar sino después de haber pasado por un sendero practicado en la roca. Se ha abierto un nicho en uno de sus costados como para colocar un altar. Aunque casi borradas, se distinguen aun algunas pinturas al fresco representando ángeles. Una sólida pared cierra

esta especie de capilla, que recibe la luz por una ventana, desde la cual no puede verse hácia abajo sin temor. (*Ibid.*)

(12) La tradicion oriental que los mahometanos recibieron de los cristianos, es que san Juan Evangelista era el esposo de las bodas de Caná, y que al ver el milagro obrado por Jesucristo, dejó inmediatamente á su esposa por seguirlo. (D'Herbelot, *Biblioteca oriental*, tom. II.)—Baronius, tom. I, p. 106.—Makd. (*in Johan.*) adopta tambien esta opinion, de la que no salimos garantos.

(13) La respuesta de nuestro Señor á su santa Madre debió ser, en nuestra opinion, un *aparte*; lo que se comprende por el tenor de la narracion evangelica. Parece en efecto imposible que Jesucristo hiciese en alta voz semejante respuesta enigmática á su Madre; los convidados, que no estaban en el secreto, la hubieran mirado como muy dura para Maria. Obsérvese que los criados al oír lo que les dice la santa Virgen ignoran la negativa aparente del Salvador.

(14) Un poeta musulman ha descrito en versos elegantes aquel imperio que Jesucristo ejercia sobre los males del alma; he aquí su traduccion hecha por D'Herbelot:

"El corazon del hombre afligido saca todo su consuelo de vuestras palabras."

"El alma recobra su vida y su vigor oyendo solamente pronunciar vuestro nombre."

"Si jamás el espíritu del hombre puede elevarse á la contemplacion de los misterios de la Divinidad."

"De vos es de quien saca sus luces para conocerlos, y sois vos quien le llenais del atractivo de que se halla penetrado."

Un cristiano no podría expresarse con mas energía y propiedad, observa el sabio orientalista.

(15) El *Methnevi Manevi* hablando del odio impotente y envidioso de los judíos contra Jesucristo, expresa su opinion en estos términos sobre esos ataques tan comunes contra todo lo que obtiene un buen éxito, ataques que en último análisis no dañan sino á sus autores.—"La luna despide su luz y el perro ladra, dice el autor persa, pero los ladridos del perro no quitan á la luna su resplandor. Arrojanse tambien basuras en el agua corriente de un rio, y esas basuras sobrenadan en la superficie del agua sin que puedan ni detenerla ni ensuciarla. El Mesías por un lado resucita á los muertos, y por otro ved á los judíos consumidos de envidia, que se muerden los dedos y se arrancan la barba." (Hussein-Væz.—D'Herbelot.)

(16) San Juan, cap. VII, v. 5.

(17) San Marcos, cap. III, v. 21, 23, 32, 33, 34, 35.

(18) "Entre la montaña escarpada en que los judíos habian formado el proyecto de precipitar á Jesucristo y la ciudad de Nazareth, descúbrense á mitad del camino, dice el P. de Geramb, las ruinas de un monasterio habitado en otro tiempo por unos religiosos, y las de una iglesia muy hermosa edificada por santa Elena y dedicada á la santa Virgen bajo el título de Nuestra Señora del *Tremore*, ó sea del temblor. Segun algunos autores, Maria se hallaba ya en este lugar cuando los judíos conducian á su Hijo hácia la cumbre de la montaña para precipitarle. Segun otros, á la primera noticia de los homicidas proyectos de esos hombres furiosos, ella corrió allí apresuradamente, pero llegó ya demasiado tarde; sobrecogida de espanto, no pudo pasar mas adelante."

(19) Los mas antiguos herejes, abriendo la puerta al racionalismo moderno, que se adorna sin decirlo con los viejos andajes, pretenden que nuestro Señor habia pasado, gracias á una ilusion producida por una niebla, *illudera per caliginem*. Tertuliano se declara enérgicamente contra esta suposicion. (*Ido. Mare*, 4, 8.)

(20) Segun san Eutimio, nuestro Señor no bautizó mas que á la santísima Virgen y á san Pedro, quien bautizó después á los demás apóstoles. "Algunos, dice este santo escritor, que floreció en Palestina en el cuarto siglo, han escrito que el mismo Jesucristo bautizó á la santa Virgen y á san Pedro."

(21) Nec Jordanes pelago accipitur: sed unum atque alterum lacum interger perluit; tertio retinetur. (*Taciti Historiarum*, lib V.)

(22) Crecen á las márgenes del Eufrates cañas que valen tanto como los bambús de las Indias. Desde los primeros tiempos se sirvieron de ellas para sus lanzas los árabes y los asirios. (Firdonsi, *El libro de los Reyes*.)

## CAPITULO XVII.

## María en el Calvario.

(1) *Valle de los Cedros*, que era el antiguo nombre de Valle de Josaphat.

(2) Hállase esta anécdota en el *Toldos* publicado por Hildric, págs. 56 y 60.

(3) Este empleo es conocido por el Evangelio, que habla frecuentemente de estos capitanes del templo, á quienes distingue del comandante romano que vigilaba con su cohorte en torno de este grande edificio para impedir los agolpamientos de la gente y los desórdenes que la multitud podía causar. Los capitanes de que hablamos eran necesariamente judíos y se elegían entre las familias sacerdotales; confiándose con las llaves la guardia del templo á fin de proveer á la seguridad del tesoro y de los vasos sagrados; además, en virtud de su nacimiento tenían la libertad de entrar en todos los consejos de los sacerdotes. (Barnage, libro I, cap. 4.)

(4) Entonces Judas Iscariote, que era el que había de traicionar á Jesús, dijo: "¿Por qué mejor no se venden esos perfumes en trescientos dineros para dárselos á los pobres?" Y esto decía no por compasión á los pobres, sino que como era ladrón y él llevaba la bolsa del dinero, quería introducir en ella esa suma. San Juan, cap. XII, v. 4, 5 y 6.

(5) El *Cedron* es un torrente que pasa por el valle de Josaphat entre Jerusalem y la montaña de los Olivos. Se le llamó *Cedron* porque tiene su curso por entre oscuras profundidades: su nombre hebreo significa *tenebrosus fuit*.

(6) El día de la luna nueva es festiva para los hebreos: las mujeres se abstienen del trabajo y los devotos ayunan desde la víspera. Después de haber leído cierto número de súplicas en la sinagoga, se da en seguida un banquete, en el que reinaba el mayor regocijo. Tres días después se reúnen los judíos en una plataforma en donde se ponían á mirar fijamente la luna, y

bendecían á Dios por medio de una larga oración de haberla criado, y porque la renueva constantemente para ensayar de este modo á los israelitas que deben tambien renovarse las criaturas. ¡Oh luna! bendito sea tu Criador, bendito sea Aquel que te ha hecho! y entonces saltan tres veces lo mas alto que pueden, diciendo: *Como nos saltamos hácia ti sin poder tocar-te, puedan nuestros enemigos levantarse sin poder llegar á nosotros...* (Barnage, libro VII, cap. 16.)

(7) *Pedro ben Cephas* (Pedro hijo de Pedro). Con este nombre se conocia al príncipe de los apóstoles en el Oriente.

(8) *Josepho*, *Antig. Jud.*, l. XVIII, cap. 4.

(9) Antes de que la Judea fuese sometida á los romanos, el *Sanherin* tenia el derecho de vida ó de muerte; pero estos conquistadores lo despojaron de él. Era costumbre de los romanos dejar á los pueblos vencidos sin templos y sin dioses; mas por lo relativo al orden civil se les obligaba á seguir las leyes y las disposiciones de la república. En el tiempo en que Jesucristo fué sentenciado, los romanos eran los señores absolutos de la jurisdicción temporal, y la autoridad de los judíos se limitaba á los asuntos puramente religiosos. Los talandistas reconocían este hecho, pues que ellos confiesan que el poder de juzgar se había quitado á los judíos cuarenta años antes de la ruina de Jerusalem, es decir, tres años antes de la muerte de Jesucristo. (Véase Barnage, lib. VII, cap. 4.)

(10) Se conserva en Jerusalem la sentencia pronunciada por Pilato contra nuestro Señor. Nosotros la damos no como documento auténtico, sino como tradición local; hela aquí: *Jesum Nazarenum subversorem gentis, contemptorem Cesaris, et falsum Messiam, ut majorum suorum testimonio probatum est; ducit ad communis supplicium locum, et cum Iudithio regio majestatis in mediis diorum latronum affligit. I. Victor, expulsi cruceis.* Conducid al lugar ordinario del suplicio á Jesús de Nazareth, seductor del pueblo, rebelde á la autoridad del César, y que se manifestó como falso Mesías, según se le ha probado por el testimonio de los ancianos de su nacion; crucificadle entre dos ladrones con el título irrisorio de rey. Vé, victor, y prepara las cruceis. (Aldricom, *In descrip. Jesus.*)

(11) Pilato emprendió construir un acueducto con el dinero del tesoro sagrado, á fin de conducir el agua á Jerusalem desde una distancia de doscientos estadios. Irritado el pueblo violentamente contra el gobernador romano, cuyas intenciones pe-



netraba, invadía en grupos de millares de personas las calles y las plazas de Jerusalem, que hacia resonar con gritos é inculpaciones contra Pilato, y en fin, como dice Josepho, agasajaron al gobernador con esas bellas injurias con que se manifiesta un pueblo amotinado. Pilato, que no se espantaba por tan poco, hizo que sus gentes armadas de palos gruesos que llevaban ocultos bajo de los vestidos, rodeasen á este populacho alborotado, y cuando los principales sediciosos, después de haber cobrado aliento, empezaron de nuevo sus clamores y ultrajes, Pilato hizo una señal á sus gentes, que empezaron al momento á descargar golpes en todas direcciones y sin hacer distincion de los provocadores á los pacíficos y curiosos. Estos pobres, que no tenían armas ningunas, síade con una compasiva simpatía á su nacion el historiador Josepho, fueron tratados inhumanamente: algunos murieron de los golpes, y otros muchos quedaron lastimados, apaciguándose el tumulto por este medio. (Josepho, *Antig. Jud.*, lib. XVIII, cap. 4.)

(13) Tiberio por las relaciones que le envió Poncio Pilato, propuso al senado el conceder á Jesucristo honores divinos. Tertuliano lo refiere como un hecho notorio en su apologética que presentó al senado en nombre de la Iglesia, y seguramente no hubiera él querido debilitar una causa tan buena como la suya con hacer mérito de un hecho sobre el que hubieran podido confundirlo fácilmente. Tertul., *apolog.* 5.—Eusebio, *Historia Eclesiástica*, II, 2.

(14) Mr. Salvador, autor de las *Instituciones de Moisés*, quisiera disculpar á sus correligionarios, atribuyendo á los soldados romanos los ultrajes inauditos que Jesús recibió en el pretorio; pero es evidente que los romanos no obran en esto sino por las instigaciones de los enemigos de Jesucristo. He aquí sobre este punto la opinion de san Juan Crisóstomo: "Los mismos judíos son quienes condenan á Jesús á muerte, aunque se cubren con el nombre de Pilatos. Ellos quieren que su sangre caiga sobre si y sobre sus hijos. Ellos son los que le insultan, que le atan, que le conducen á Pilatos, y que le hacen tratar tan cruelmente por los soldados. Nada de esto habia mandado Pilatos." (Sermon 77, sobre san Mateo.)

(15) Esta columna, que es de mármol gris y que no tiene mas de dos pies de alto, está en Roma en la iglesia de Santa Praxedis.

(16) Los espinos separados que se poseen de esta corona,

se han reconocido por el *rhamus spina Christi* que ha clasificando Lineo.

(17) San Gerónimo (*in Philon*) dice que el *mouton* que Abraham vió subir en el *duitron*, era la figura de Jesucristo coronado de espinas.

(18) Basn., I, VI, cap. 17.—La pena de azotes era muy antigua entre los judíos, y no se la consideraba infamante. Segun el Talmud, los mismos reyes estaban sujetos á ella en ciertas ocasiones. La tradicion nos enseña, dice Maimonides, que el rey no debia tener mas de diez y ocho mujeres; si tomaba una mas de este número, era azotado; si tenia mas caballos que los necesarios para su carro, era azotado; si hacia construir mas monedas de oro ó plata de las que necesitaba para pagar á sus ministros, era azotado. (Maimonides, *Halach*, Malach, c. 3.)

(19) Se lee en el *Misnah* que en el tiempo en que los judíos se gobernaban por sus propias leyes, cuando se conducia á un condenado al lugar del suplicio, un heraldo de armas marchaba delante de él gritando: "Este hombre es condenado por tal crimen; si alguno puede producir alguna cosa en su defensa, que hable." En efecto, si alguno se presentaba se detenia al culpable, y dos jueces que iban á sus lados examinaban la validez de las razones que se exponian, y fallaban en el acto de este modo podia hasta por cinco veces intentarse la salvacion del reo. (*Misnah*, *Tract. de Syne*, cap. VI, p. 233.)—Jesucristo, condenado por las leyes romanas, no pudo aprovecharse de esta costumbre nacional.

(20) La tradicion, apoyada en la autoridad de san Bonifacio y de san Anselmo, refiere que Jesucristo saludó á su Madre con estas palabras: *Salve, mater*. Como se encuentra á la santa Virgen al pié de la cruz, esa tradicion de los padres nada tiene de improbable. "La fe no se opone á esas tradiciones, dice Mr. de Chateaubriand; ellas muestran hasta qué punto la maravillosa y sublime historia de la pasion está grabada en la memoria de los hombres. Diez y ocho siglos han transcurrido; parecuciones sin fin y revoluciones sin número no han podido borrar ni ocultar las huellas de una madre que viene á gloriar sobre su hijo."—Construyese en memoria del *descenso* de la santa Virgen una iglesia, que fué consagrada bajo el título de Nuestra Señora del Espasmo; allí fué, dice el P. de Guernon, donde María rechazada por los soldados encontró á su Hijo arrastrando el leño ignominioso sobre el cual iba á morir.

(21) Este camino, que conducía en otro tiempo al Calvario y por donde pasó el Salvador, ya no existe: hállase cubierto de casas, en medio de las cuales se ve una gruesa columna que marca la nona estación; el fanatismo turco se ha complacido en hacer desagradable su proximidad, amontonando inmundicias y obscenidades á fin de alejar á los cristianos. (De Geramb, tom. I, pág. 363.)

(22) Cerca del paraje en que la mano de los verdugos enclavó á nuestro Señor á la cruz, vese una capilla dedicada á Nuestra Señora de los Dolores. Aquí fué donde se retiró la santa Virgen durante los preparativos sangrientos del suplicio de su Hijo. (De Geramb, tom. I, pág. 151.)

(23) Mr. de La-Mennais.

(24) Refiero una antigua tradición que la santa Virgen habia tejido con sus propias manos la túnica de su Hijo.

(25) La catedral de Treves posee uno de estos vestidos sagrados, y en la exposicion del año de 1815 los encargados de la policía han hecho constar en un registro la presencia en dicha ciudad de veinticinco mil peregrinos.

(26) Los padres y los doctores de la Iglesia atestan, que los sufrimientos de Maria en el Calvario son superiores á los de todos los mártires reunidos. *Virgo universos martyres tantum excedit quantum sol ad reliquastra*, dice san Basilio; y san Anselmo añade: *Quidquid crudelitatis inflicium est corporibus martyrum leve aut potius nihil comparatione tua passionis.* (De Es. Virg., cap. 5.)

(27) "Phlegon refiere que en la olimpiada 203, correspondiente al año 33 de nuestra era, hubo el mayor eclipse de sol que se haya visto jamás, y que á la hora de mediodía se descubrieron las estrellas en el cielo; pero habiendo demostrado la astronomía que en aquel año no hubo ningun eclipse, forzoso es reconocer que la causa de semejante inaudita oscuridad fué toda sobrenatural." (Roselly de Lorgues, *Cristo delante el siglo*, pág. 367.)—"Nosotros observamos, dice san Dionisio Areopagita (que en aquel momento estaba en Heliópolis), que la luna vino impensadamente á interponerse entre el sol y la tierra, aunque el tiempo de esa conjuncion no estuviere en el orden natural de las leyes á que los astros están sometidos, etc." (*Epistola 7 á Policarpo*.)

(28) *Ibid.*

(29) Plinio y Estrabon hablan de este terremoto, el cual fué tan fuerte, segun dicen estos dos autores, que se hizo sentir hasta en Italia.

(30) Addison refiere que un viajero inglés que era deista, visitando á Jerusalem procuraba volver en ridiculo las explicaciones que dan los católicos acerca de los santos Lugares; pero la vista de la hendidura de las rocas le desconcertó despues de haberla examinado con cuidado: *yo empiezo á ser cristiano*, dijo á un amigo que le acompañaba. Y continuó: yo he hecho un largo estudio de la física y de los matemáticas, y estoy seguro que las roturas de esas peñas no han podido ser efecto de un terremoto ordinario y natural: semejante trastorno hubiera en verdad separado las diversas capas de que la masa se compone; pero lo hubiera hecho siguiendo las venas que la distinguen y rompiendo sus enlaces por los parajes mas débiles. Así lo he observado en las rocas levantadas por los terremotos, y la razón nada nos enseña que se oponga á esta observacion; pero aquí todo es al revés: la peña está hendida transversalmente, y la rotura cruza las venas de un modo extraño y sobrenatural. Yo veo, pues, de un modo claro y demostrativo que esto es puro efecto de un milagro que ni el arte ni la naturaleza podian producir. He aquí por qué, añado, yo doy gracias á Dios de haberme conducido aquí para contemplar ese monumento de su maravilloso poder; monumento que tanto contribuye á demostrar la divinidad de Jesucristo. (De la religion cristiana, traducción del inglés, segunda edicion, tom. II, pág. 120.)

## LIBRO XVIII.

### Muerte de Maria.

(1) Véase Basnage, lib. 6, cap. 27 y 28.

(2) Es claro que se trataba de un nuevo modo de embalsamar á Jesús, pues que Nicomedes le habia ya, envuelto con fajas de mirra.

(3) San Ambrosio, que vivía en el cuarto siglo, dice que la santa Virgen fué la primera que tuvo la dicha de ver á Jesucristo resucitado; y el poeta Sedulo, que floreció poco tiempo después de san Ambrosio, consigna igualmente esta tradición en sus versos: Ambos hablan de ella como de una creencia generalmente recibida entre los cristianos. Los historiadores árabes han conservado igualmente la misma tradición: Ismael, hijo de Ali, dice que Jesús bajó del cielo para consolar á su madre María que le lloraba amargamente. Hase elevado un altar en el sitio en que ocurrió esa poética entrevista.

(4) Véase el Apocalipsis, cap. 21, v. 4.

(5) Idem, cap. 21, v. 21.

(6) Léase en algunos autores griegos, del siglo sétimo y siguientes, que después de la ascension de Jesucristo, santa María Magdalena acompañó á la santa Virgen y á san Juan á Efeso, y que en esta ciudad murió y fué enterrada. Esa es tambien la opinion de Modesto, patriarca de Jerusalem, que florecia en 920, de san Gregorio de Tours y de san Gualleband. Este último en la relacion de su viaje á Jerusalem, dice que vió en Efeso el sepulcro de santa Magdalena. El emperador Leon el Filósofo hizo trasportar los reliquias de la santa de Efeso á Constantinopla, y las depositó en la iglesia de San Lázaro hácia el año de 890.—Otra tradicion defendida por sabios no menos apreciables, pretende que santa Magdalena concluyó sus dias en la Provenza: nosotros hemos adoptado la opinion contraria porque nos ha parecido mas verosímil, pero sin decidir la cuestion.

(7) El abad Ruperto en el libro 1.º sobre el *Cántico de los cánticos*, afirma que la santa Virgen suplia con sus luces lo que el Espíritu Santo, inspirado con medida á los discípulos, no les habia manifestado; y todos los santos Padres convienen en que por la santa Virgen sabia san Juan algunas circunstancias maravillosas y particulares de la infancia de Jesucristo.

(8) *Apocalipsis*, cap. XXII, v. 1 y 2.

(9) La tradicion refiere que la santa Virgen recibió la noticia de su muerte por el ministerio de un ángel que le predijo el dia y la hora. Descout, p. 235.—El Padre Croisset, t. XVIII, p. 138.

(10) Los sectarios de Mahoma han conservado tradicional-

mente la memoria de los milagros de Jesucristo. Ellos pretenden que el soplo de nuestro Señor, al que llamaban *bad Mesih*, el soplo del Mesías, no solamente resucitaba los muertos, si que tambien podia dar la vida á las cosas inanimadas. (D'Herbelot, *Bibliot. orient.*, tom. 1, p. 365.)

(11) San Dionisio, testigo ocular de la muerte de la santa Virgen, afirma que en esta época adelantada de su vida era todavía de una belleza admirable.

(12) Jesucristo inclinaba un poco la cabeza, lo que le hacia perder algo de su talla. Su semblante se parecia mucho al de su Madre, sobre todo en la parte inferior. (Nieéforo, *Hist. Eccles.*, tom. 1, p. 125.)

(13) San Juan Damasceno.

(14) Pág. 243.—Algunos padres antiguos, y entre otros san Epifanio, parecen dudar si la madre de Dios murió verdaderamente, ó si ha permanecido inmortal, habiendo sido elevada en cuerpo y alma al cielo; pero el sentir de la Iglesia es que la santa Virgen falleció realmente, segun la condicion de la carne, y así lo dice claramente en la oracion de la misa en el dia de la Asuncion.—La santa Virgen murió en la noche anterior al 15 de agosto. La fecha de su muerte es muy cierta. Ensebio-la fija en el año 48 de nuestra era: segun esto María habria vivido sesenta y ocho años. Pero Nieéforo, lib. 11, cap. 21, dice formalmente que ella terminó su vida en el año 5.º del reinado de Claudio, es decir, en el año 798 de Roma ó 45 de la era vulgar. Entonces suponiendo que la santa Virgen tuviese diez y seis años cuando el Salvador vino al mundo, habria vivido sesenta y un años; mas Hipólito de Tebas asegura en su crónica que la santa Virgen parió de edad de diez y seis años, y murió once años después de Jesucristo. Segun los autores del *Arte de compilar las fechas*, la Virgen habria fallecido á la edad de sesenta y seis años.

(15) Toda la milicia celestial, dice san Gerónimo, vino al encuentro de la Madre de Dios en el momento en que expiró, cantando himnos y cánticos que fueron oídos de toda la reunion *Milítiam colorum cum suis agminibus festive obeiam venisso Genitrici Dei cum laudibus et canticis, eamque ingenti lumini circum fulsisse et usque ad tronum perduxisse.*

(16) Los féretros entre los judíos del tiempo de María eran una especie de lecho construido de manera que se pudiese lle-

var fácilmente el cadáver, y ese lecho se llenaba de sustancias aromáticas. Josefo, haciendo la descripción del entierro de Herodes el Grande, dice que su féretro estaba adornado de piedras preciosas; que su cuerpo descansaba bajo un manto de púrpura; que llevaba la diadema y la corona sobre la cabeza, y que toda su familia seguía detrás de él.

(17) Metrafasto asegura que los apóstoles cargaron el cuerpo de la Virgen para conducirlo á la tumba.

(18) Gregorio Turonense, *sermon* 1 y 2 de la Asunción.—Damiano y otros.

(19) *Libros de los nombres divinos*.—Estos libros de san Dionisio Areopagita han sido despreciados por los protestantes; pero no están menos autorizados por una multitud de testimonios de los mas antiguos padres y doctores de la Iglesia, por el tercer Concilio Canónico de Constantinopla, y por otros mas que no mencionamos.

(20) Juvenal, patriarca de Jerusalem, que vivia en el siglo V, escribiendo al emperador Marciano y á la emperatriz Pulqueria, dice que los apóstoles relevándose unos á otros pasaban el dia y la noche con los fieles junto al sepulcro de María, mezclando sus voces y sus cánticos con los de los ángeles, que durante tres dias no cesaron de hacer oír las mas celestiales melodías.

(21) Una observacion muy juiciosa de Godescardo viene en apoyo de la Asunción, y consiste en que "ni los latinos ni los mismos griegos, tan amigos de novedades y tan fáciles de persuadir en materia de reliquias, de relaciones y de leyendas; en una palabra, ningun pueblo, ninguna ciudad, ninguna iglesia se ha alabado jamás de poseer los despojos mortales de la santa Virgen, ni parte alguna de su cuerpo. Así, sin prescribir la creencia de la Asunción corporal de María al cielo, la Iglesia da á entender bastante la opinion á que se inclina." (Godescardo, tom. 14, pág. 440).—Una hermosa iglesia ha sido construida sobre el sepulcro de la santa Virgen, al que se baja por una escalera muy espaciosa que tiene unos cincuenta escalones. El sepulcro está en la parte oriental de la cruz de la iglesia. Hacia la mitad de esta se halla á un lado el sepulcro de san José y al otro los de san Joaquin y santa Ana. Este hermoso monumento está entre las manos de los esirniacos, que lo han usurpado á los latinos. (Anales de la propagacion de la fe, tom. 28, pág. 519.)

FIN DEL TOMO PRIMERO

## INDICE

### DE LOS CAPITULOS DEL TOMO PRIMERO.

	PAGS.
INTRODUCCION. . . . .	V
LIBRO I.—Espectacion universal de la Virgen y del Mesias. . . . .	1
— II.—La Inmaculada Concepcion. . . . .	25
— III.—Nacimiento de María. . . . .	37
— IV.—La presentacion. . . . .	43
— V.—María en el templo. . . . .	55
— VI.—María huérfana. . . . .	69
— VII.—Matrimonio de la Virgen. . . . .	79
— VIII.—La Anunciacion. . . . .	95
— IX.—La Visitacion. . . . .	103
— X.—La vuelta de Hebron. . . . .	113
— XI.—Nacimiento del Mesias. . . . .	123
— XII.—Adoracion de los Magos. . . . .	133
— XIII.—La Purificacion. . . . .	145
— XIV.—La huida á Egipto. . . . .	153
— XV.—María en Nazareth. . . . .	163
— XVI.—María en las predicaciones de Jesús. . . . .	173
— XVII.—María en el Calvario. . . . .	189
— XVIII.—Muerte de María. . . . .	207

ÍNDICE  
NOTAS.

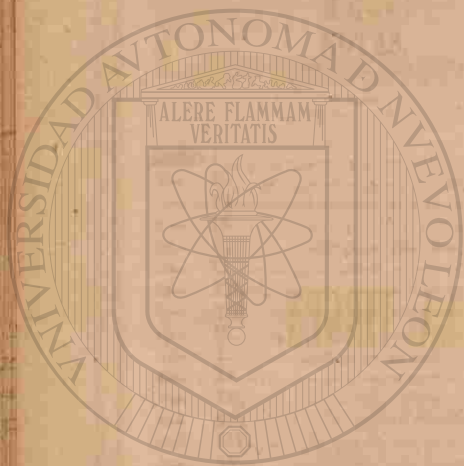
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

	PAGS.
LIBRO I . . . . .	223
— II . . . . .	235
— III . . . . .	241
— IV . . . . .	244
— V . . . . .	249
— VI . . . . .	256
— VII . . . . .	258
— VIII . . . . .	268
— IX . . . . .	272
— X . . . . .	275
— XI . . . . .	276
— XII . . . . .	281
— XIII . . . . .	285
— XIV . . . . .	287
— XV . . . . .	292
— XVI . . . . .	294
— XVII . . . . .	298
— XVIII . . . . .	303

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





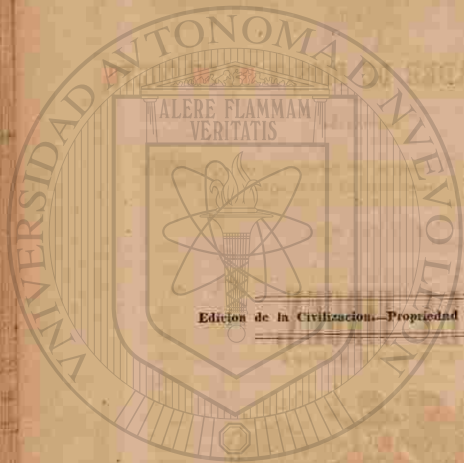
VIRGEN  
DE MARÍA, MADRE DE DIOS Y DE SU ÚNICO HIJO

UANI LA VIRGEN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Edición de la Civilización.—Propiedad del editor.

LA  
**VIRGEN.**

HISTORIA

**DE MARIA, MADRE DE DIOS, Y DE SU CULTO,**

COMPLETADA

POR LAS TRADICIONES DE ORIENTE, LOS ESCRITOS DE LOS SANTOS PADRES  
Y LAS COSTUMBRES DE LOS HEREMITAS.

Por el Abate Orlandi.

TRADUCIDA AL CASTELLANO DE LA ÚLTIMA EDICIÓN FRANCESA

POR

D. R. M. y D. C. de las C.

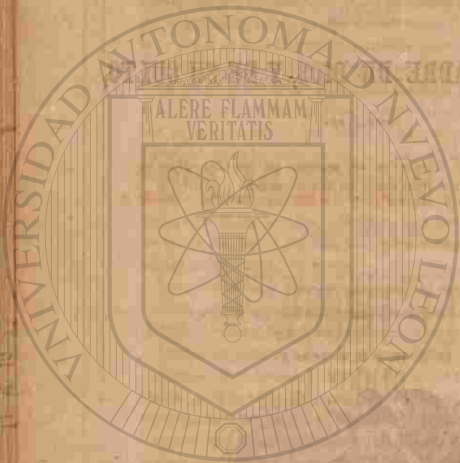


TOMO SEGUNDO.

MEXICO:

O'SULLIVAN Y NOLAN, IMPRESORES.

ESQUINA DEL PORTAL DEL COLEGIO VIEJO Y CALLEJON DEL ESPÍRITU SANTO.  
M.DCCCL.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA DE  
**MARIA, MADRE DE DIOS.**

LIBRO I.

**Origen y antigüedad del culto de María.**

EL culto de los santos, que los herejes con tan mala fe nos imputan á idolatría, y al que un clérigo protestante no ha tenido llamar *la enfermedad de los cristianos del siglo IV*, data tan poco de esta época, comparativamente aproximada, que es, por el contrario, de tradición apostólica y de origen judaico. Los hebreos pedían á los muertos consejos y curas milagrosas, cuando estos muertos eran los profetas escogidos del Señor. Los profetas eran sus santos, y santos que leían



en el libro abierto del porvenir, desde el fondo de la gruta sepulcral donde descansaban al lado de sus padres. Ved á Saul ante la Pitonisa de Endor; la sombra de Samuel, aunque evocada por los encantos que la ley de Moisés prohíbe, aparece, por la permisión del Señor, para atemorizar al monarca reprobado por el cielo. El profeta, envuelto en su manto, sale lentamente de la tierra con una majestad siniestra; la hechicera lanza un grito de espanto á la vista de aquella gran figura, que ella equivoca con la de Dios. Saul se inclina ante la sombra de aquel que fué por tanto tiempo el juez supremo de Israel, preguntale sobre el éxito de la batalla que debe dar á los filisteos, y el profeta le responde con una voz que no tiene nada de humano, porque su cuerpo está en Ramatha, donde todo Israel le ha llorado: "Mañana, tú y tus hijos seréis conmigo; la batalla se perderá, y el Señor abandonará á los filisteos el campo mismo de Israel."

Los judíos creían, pues, que sus santos conocían el porvenir. En el libro IV de los Reyes, vemos que un muerto rescita al contacto de los huesos de Eliseo.

Luego, los santos de Israel hacían milagros.

Leemos en el libro X de los Macabeos, que el gran sacerdote Onías, y el profeta Jeremías, fueron vistos, después de su muerte, intercediendo por el pueblo; y encontramos en el Génevo, que Caleb se salvó de las manos de sus enemigos, porque fué á rogar á la tumba de sus abuelos, á fin de poder evitar el peligro (1).

Así, pues, los judíos creían que la intercesión de los justos finales, era de alguna importancia.

Los israelitas, desde los primeros tiempos de su establecimiento en la Palestina, visitaban la tumba de Rachel; monumento primitivo compuesto de doce grandes piedras, sobre las cuales cada peregrino escribía su nombre. La tumba de Joseph, el salvador de Egipto, cuyos huesos profetizaban (2), era así mismo un lugar de oración.

Desde la dispersión de las tribus, una inmensa muchedumbre visitaba la gruta sepulcral de Ezequiel, enterrado á orillas del río Chabar, en donde tuvo visiones divinas; hasta que los chaldeos, temiendo que estas reuniones no ocultasen, bajo

la espía religiosa, algún proyecto de revolución política, resolvieron caer de repente sobre estos peregrinos y dispersarlos con la punta de la espada. Una matanza general se habría seguido irremisiblemente, si el profeta muerto no hubiese obrado un milagro para salvar á su pueblo, dividiendo las aguas del Chabar (3). Este sepulcro de uno de los santos de Israel, que se veía cerrado de un soberbio edificio, y delante del cual ardía día y noche una lámpara de oro que los gefes del cantiverio estaban encargados de alimentar (4), se ha convertido en una caverna sencilla; pero esta caverna es visitada por todos los judíos del Asia, que jamás pasan al lado de Bagdad sin desviarse de su camino para orar allí.

A la falda del Oronte, cuyas hermosas sombras jugueteaban sobre mil arroyos plateados que reflejan el magnífico esplendor del sol de Asia, existe una ciudad, en otro tiempo capital de un grande imperio, célebre tambien en otro tiempo, y que ahora yace casi arruinada en medio de piras destruidas, de templos trastornados, y de sarcófagos de granito rojo, cargados de inscripciones escritas en una lengua muerta y perdida: esta es Rebatava, la vieja capital de los medos, y hoy día la oscura Hamadan. En una de las extremidades de la ciudad caída, se levanta un monumento de baldosa; cuya puerta, según el estilo antiguo sepulcral del país, es muy pequeña y construida de una piedra excesivamente tosca: está en la tumba de una hermosa reina, jóven y piadosa, que afrontó la muerte por salvar á su pueblo; de la noble Esther, que fué depositada allí sobre una cama de marfil realizado de oro, embalsanada con almizcle y ambar, y envuelta en un sudario de seda de la China (5), al lado del gran patriota hebreo Mardoqueo (6). Esta tumba ilustre, que los judíos de Persia miran como un lugar de santidad peculiar, y donde concurren en gran número en la época de la fiesta del Phunim (7), es el objeto de una romería que dura hace miles de años.

En la edad media, bajo la ocupación sarracena, y durante una larga sequía que esterilizaba la Siria y la Palestina, habían los árabes amenazado á los judíos con un degüello general si no llovía en un día dado. Estos se reunieron en tropel al rededor de la tumba de Zacarías, que aun subsiste en las cer-

canías de Jerusalem, y allí, arrojados sobre la ceniza y armados del cilicio, oraron durante muchos días, para obtener de Dios, por la intercesión de su profeta, que los salvase de una muerte segura, haciendo llover sobre la tierra.

La costumbre de invocar para los vivos los méritos de los muertos, es de origen hebreo; y se encuentra la prueba en una liturgia de la sinagoga de Venecia. En el oficio intitulado *Maxir mehamot* (commemoración de las almas), se lee una oración concebida en estos términos: "Oyenos, oh Señor, por el amor de aquellos que te amaron y que ya no existen; oyenos por el amor de Abraham, de José, de Jacob, de Sara, de Rachel," etc.

De este modo, la invocación á los santos no es, pues, un *cuanto calórico*.

Además de los santos, los judíos rogaban á los ángeles, invocados por los antiguos árabes, y á quienes los asirios, que les atribuían funciones benéficas sobre la tierra, ofrecían sacrificios (8). Jacob confesaba que él era deudor á un ángel de la preservación de los males que le habían amenazado, y le ruega que bendiga á sus hijos: *Angelus qui eripuit me de cunctis malis, benedical pueris istis* (9). Esta oración se dirijo á un ángel. Debe creerse, así mismo, que los judíos llevaban demasiado lejos el culto á los ángeles, pues se les atribula el adorarlos (10). Este culto solo ha desaparecido entre los pueblos modernos hácia la época de la pretendida reforma, cuando lo abandonaron para congraciarse á los novadores de Alemania. Existe en la biblioteca del Vaticano un manuscrito hebreo que contiene las letanías compuestas por R. Eliezer Akah, en donde se dice al ángel Acturiel: "Libra á Israel de todo dolor, y pedid cuanto antes su redención." Se pide así mismo toda clase de gracias á Barachiel, á Wathiel, y á los otros príncipes de los ángeles. La letanía concluye diciendo á Michael: "Príncipe de misericordia, rogad por Israel, á fin de que se eleve á una grande altura."

Las tumbas de los mártires fueron veneradas desde muy temprano por los cristianos del Asia. La primera á donde se hicieron romerías fué verosimilmente á la de san Juan Bautista, que es la más respetada de los orientales, sin distinción de

creencia, despues del santo sepulcro y la tumba de la Virgen santísima. El cuerpo del precursor del Hombre-Dios, estaba en Samaria, donde San Pablo le visitó en el siglo IV; y su cabeza, cuidadosamente embalsamada por sus discípulos, estaba en Hems, de donde fué transportada á Damascó bajo el reinado de Teodosio. Allí se le depositó en una soberbia iglesia del nombre de san Zacarías, la cual tomó desde entonces el de san Juan. El kalifa Abdelmeleek se apoderó á viva fuerza de esta iglesia, y el día de hoy la tumba venerada del hombre que fué *profeta, y mas aún que profeta*, existe encerrada en una mezquita turca. Pero no está allí solitaria y sin honores; los musulmanes corren de todas partes en romería, y el mismo célebre Saadi cuenta en su Gulistan, que yendo á rogar en ella se encontró con dos príncipes de la Arabia. A fines del siglo I, los fieles del Asia-menor se reunian en gran número en Bpheso, al pié de la tumba de san Juan Evangelista, cuyo polvo, cuidadosamente guardado, era fama que obraba maravillosas curaciones (11).

San Estevan, primer mártir, cuyas reliquias hicieron tantos milagros, certificados por san Agustin, y que murió antes que la Virgen santísima, fué igualmente invocado desde muy temprano por los antiguos cristianos, que tributaron tambien reverente culto á los restos bendecidos de san Ignacio y san Policarpo (12). San Astéro de Amasia, nos ha conservado en un sermón sobre los mártires, esta oración dirigida por un cristiano de los primeros tiempos, á un santo cuya tumba visitaba: "Vos habeis invocado á los mártires, antes de ser vos mismo uno de ellos; habeis encontrado buscando; sed, pues, liberal con los bienes que recibisteis."

Eusebio de Cesaria, que floreció hácia el fin del siglo III, defendiendo nuestros dogmas sagrados contra los sofismas de los idólatras, se apoya en los honores que ellos tributaban á sus antiguos héroes, para justificar el culto de los santos, y prosigue en estos términos: "Honramos como amigos de Dios á aquellos que han combatido por la religion verdadera; vamos á sus tumbas, y les ofrecemos nuestros oraciones, haciendo profesion de creer que somos socorridos de Dios por su intercesion." (13)

Estas palabras de Eusebio, que en su doble calidad de obispo é historiador debía estar bien informado, indican claramente una antigua costumbre, un uso aprobado por la Iglesia y generalmente recibido. Por otra parte, Vijilancio y Aerio, enemigos del culto de los santos, fueron tratados abiertamente de *novadores* y de *hereges*, por san Epiphania, san Gerónimo y san Agustín. ¿Es presumible, acaso, que estos grandes doctores se hubiesen atrevido á calificar de *hereges* y de *novadores* á hombres que en tal caso no habrían trabajado sino para restablecer á su primitiva pureza la antigua doctrina de la Iglesia? Esta palabra de *novadores* lo dice todo; y es necesario no perder de vista que Vijilancio vivía en una época tan vecina del tiempo de los apóstoles, que no había entre ellos y él sino las vidas de tres ancianos.

San Cipriano, cuyo martirio se verificó en Cartago en el año 261, nos muestra á los cristianos de Africa corriendo en tropel á las tumbas gloriosas de los mártires, dando convites fúnebres el día de su nacimiento, y tan apresurados por invocarles, que sin esperar ni á su misma muerte, se atropellaban para implorar las oraciones de los confesores, encarcelados, á quienes la tortura de los verdugos paganos dejaba algunos restos de vida (14). San Juan Crisóstomo por su parte nos refiere, que en su tiempo los sepuleros de los mártires formaban el mas hermoso ornamento de las capitales; que los días que les estaban consagrados eran días de gozo; que los grandes dignatarios del imperio, y hasta el mismo emperador, se despojaba de sus fastuosas condecoraciones y de su poder, antes de atreverse á pasar el lintel de los lugares consagrados, en donde se encontraban esos gloriosos sepuleros de los siervos del Dios Crucificado... “; Cuánto mas ilustres no son esos monumentos sencillos levantados á los pobres que fueron humildes y miserables en medio de los hombres,—esclama el grande orador cristiano,—que las soberbias tumbas de los reyes! Al rededor de los sepuleros de los reyes solo reinan el silencio y la soledad; pero á los otros corre siempre y se apresura un gran concurso.” (15)

Veid allí hasta donde se remontan el culto de la *Dulia* (de los santos), que los protestantes califican de idolatría y de de-

testable, y esto en siglos que llaman ellos mismos los siglos por excelencia, *los siglos puros* (16).

En cuanto al culto de *hiperdulia* (de la Virgen), que sin ser de adoracion, cosa que á Dios no agrada, es sin embargo muy superior al de los santos, comienza segun toda probabilidad en su tumba misma. Los doctores judios nos han conservado, en el Talmud, un hecho histórico mucho tiempo desconocido, y que justifica la mas remota antigüedad de este culto piadoso, contra el cual se han vertido tantas blasfemias.

Una tradicion del templo, consignada en sus Toldos, este libro donde la Virgen es tan insolentemente tratada, y el mismo que ellos esparcieron desde muy temprano en Persia, en Grecia, en todos los lugares donde podia dañar al cristianismo naciente aún, cuenta que los *nazarcanos* que venian á orar en la tumba de la madre de Jesus, sufrieron una violenta persecucion de parte de los principes de la sinagoga, que costó la vida á cien cristianos, parientes de Jesucristo, por haber elevado un oratorio sobre su tumba (17). Este acto de bárbaro fanatismo, de que ellos se envanece, estando en un todo conforme con su conducta hacia san Estevan, san Diego y san Pablo, y no teniendo el oratorio elevado sobre una tumba venerada nada de opuesto con las costumbres y las tradiciones de aquellos; se puede mirar, en nuestro concepto, como un hecho auténtico, sin que sea un acto de excesiva credulidad.

La tradicion, testificada por monumentos religiosos, asegura que el culto de María es de institucion apostólica. San Pedro, volviéndose á Antochia, elevó, dicen, un monasterio á la Virgen santísima, en una de las ciudades de la antigua Fenicia, y lo inauguró con gran solemnidad. San Juan el apóstol colocó bajo la invocación de su madre adoptiva, la bella iglesia de Sida. La primera iglesia de Milan fué dedicada á María, por san Bernabé el apóstol. Nuestra Señora del Pilar, en España, y Nuestra Señora del Carmelo, en Siria, disputan á estas iglesias la antigüedad, y manifiestan una pretension muy atrevida, pero tambien muy controvertible. Segun la tradicion española (18), la santísima Virgen se apareció antes de su muerte á Santiago, á orillas del Ebro, y le encomendó fabricar una iglesia en el lugar mismo donde él se encontraba. Segun

la tradición Siria, el profeta Agabo, el mismo que predijo el hambre acontecido bajo Claudio, levantó también, viviendo la Virgen, esta iglesia que se distingue en el mar desde tan lejos, y donde los peregrinos y los viajeros de todas las religiones y de todas las regiones del globo, reciben, en el nombre de María, una hospitalidad tan tierna. Sin disputar la antigüedad de estos dos santuarios, demasiado venerables por cierto, y reverenciados con justicia por los pueblos, nos atreveremos á decir que es poco probable que la Virgen santísima, la más humilde de las hijas de Eva, hubiese pedido altares á los apóstoles en el tiempo de su vida. Que el reconocimiento, que la piedad de los apóstoles se los hayan erigido después de su muerte, es una cosa muy sencilla; pero que ella los haya ordenado durante su vida, es demasiado dudoso.

En cuanto al oratorio del Carmelo, Flavio Josefo, que habla precisamente de los discípulos de Elías, á propósito de Vespasiano, á quien uno de ellos prometió el imperio, no dice de ningún modo que ellos estuviesen convertidos al cristianismo; y se deduce más bien lo contrario de su narración. Esta autoridad negativa es de mucho peso.

## PRIMERA ÉPOCA.

CULTO DE MARÍA, ANTES DE CONSTANTINO.

## LIBRO II.

### Oriente.—Los ídolos.

COMO lo hemos manifestado, el culto de la Madre de Dios tuvo por cuna su tumba misma, y la primera luz que se encendió en honor de María, fué una lámpara sepulcral, al rededor de la cual los cristianos de Jerusalem se juntaban á orar. Esto parece que no duró por mucho tiempo. La sinagoga, como todo poder que abriga el miedo de suembir, y sospechosa como todo el que tiene la conciencia de obrar mal, se asustó de los simples homenajes que se tributaban á la madre del joven profeta, á quien ella no solo había rehusado reconocer por el Mesías, á pesar de sus milagros, sino que le había audazmente crucificado, como sedicioso y embustero, entre dos ladrones.

Ella apagó las lámparas, hizo cesar los cánticos, y despedazó sin misericordia á los primeros siervos de María. Al menos

esto es lo que ella misma afirma, y de lo que era muy capaz. Obró así, parte por fanatismo, parte por amor propio, y parte por miedo. No quería que este Jesús de Nazareth, á quien ella habia condenado injustamente á un suplicio infame, fuese ensalzado él y los suyos, desde el Gógotha deshonrado. La importunaba oír que el galileo, á quien llamaba hijo de Belial, cuyos milagros trataba de vanos prestigios, era un Dios, y su madre una gran santa; además, temía que este nuevo culto, que se enlazaba á la religion de las tumbas, apoyado con milagros incuestionables que los apóstoles hacían en Jerusalem, no obrase de un modo enojoso sobre el espíritu móvil de la multitud, y provocase así una reaccion danosa en favor del profeta crucificado. Pues como sencillamente habia confesado á Pedro y á Juan, ella no se cuidaba de ningún modo de dar cuenta al pueblo de la sangre de Jesús.

Por todas estas consideraciones, los señalores y sacerdotes se adelantaron sobre la pendiente resbaladiza del crimen, para mantener la equidad del juicio en la abominable sentencia que hicieron entregar á los romanos, y se aplaudieron altamente de haber ahogado en su cuna el culto de la Virgen. Quedaron burlados, sin embargo, en este inicuo atentado. Los tiranos más sanguinarios y mejor obedecidos en las tenebrosas fantasías de su crueldad, no pueden matar el recuerdo, esta flor del alma, que se despliega misteriosa y consoladora en la inaccesible region de las ideas, y á la que el embate del viento de las persecuciones solo hace arraigar mas profundamente. La de la Virgen madre resistió á este huracan judaico. Ya no se canta en la gruta, es verdad; pero se viene á llorar allí, y las lágrimas que la devoción hace verter, valen tanto como los incienso de Sebá, que nacen tambien de una corteza bendecida, en forma de lágrimas.

El culto de María, arrancado violentamente por las manos sacrilegas de los príncipes del pueblo reprobado de Dios, fué trasplantado por los apóstoles á un suelo idólatra aún. Mientras vivieron, se le ve retoñar en la Siria, la Mesopotamia, el Asia-menor, el Egipto, y la España. A la verdad, este culto tan tierno y tan poético, que debia sustituir al culto impuro y seductor de las divinidades del Olimpo, no brilló desde luego

sino como una nubecilla en el zenit de algunas ciudades; porque el cristianismo no fué, en el principio, sino la religion de las ciudades, y tan solo del populacho de las ciudades. El paganismo, repudiado por los espíritus serios, menospreciado por los filósofos, escarnecido sobre los teatros, en donde se leia públicamente *el testamento de Júpiter*, y burlado con una malicia completamente volteriana por los jóvenes epicureos de la corte de los Césares (1), conservaba, á pesar de eso, un número inmenso de partidarios; ligado á numerosos intereses, defendido por las preocupaciones y las supersticiones antiguas, atrayendo por el esplendor de sus fiestas, y mezclado á todos los recuerdos de gloria, aunque estaba en su decadencia, destimbraba sin embargo. Soberbio de sus ventajas, no se desdenó de temer al *hijo de un carpintero* y á la *jóven hilandera de Nazareth* (2). ¿Por qué temerlos? ¿é no los veia. La religion de un Dios pobre y de su santa Madre, avanza sin ruido por el largo camino rudo y doloroso del pueblo; ella se dirige con preferencia al artesano, á la muger, al esclavo, á todos aquellos que eran pequeños, débiles y oprimidos por la sociedad pagana, esa sociedad profundamente egoista, codiciosa, muella y corrompida, y que se mostraba brillante y fria, como sus dioses de mármol.

Pronto se apercebe que el mundo moral, ese viejo Titan que tocaba á la decrepitud, rejuvenece bajo la influencia poderosa y oculta de un filtro regenerador. ¿Qué mágico habia vuelto á este nuevo Eson la sangre activa y el ardor de sus mas hermosos años? ¿Qué nuevo Prometeo habia escalado el cielo para restituir al hombre, cadáver helado ya por el egoismo, una centella del fuego sagrado? Porque allí no habia temor de equivocarse; en la sociedad se obraba algo de extraño y de grande, que la conducía á devolverle sus pasos fuertes y juveniles; entraba de nuevo, á ojos vistos, en aquellos bellos tiempos tan sentidos por Horacio, en los que, menospreciaba el fausto, honraba á los dioses, y blasonaba de su pobreza. Ya manos invisibles, pero perseverantes, parecían haber levantado de sus ruinas caídas sobre la verba, el altar antiguo del pudor, y los templos austeros de la fé, del honor y la virtud. La beneficencia, que no miraba humear los sacrificios desde que

los goces materiales eran frónicamente codiciados, volvia, parece, á ser misteriosamente honrada. La vieja igualdad del tiempo de Saturno, se mostraba de nuevo en todas partes sobre la tierra. En fin, la humanidad llevaba en sus brazos los hijos que las elegantes matronas de la sociedad pagana abandonaban á las orillas de los rios, en el fondo de los bosques, sobre la márgen de los precipicios, donde las águilas, los perros salvages y las bestias feroces se arrancaban sus pobres miembros palpitantes y sangrientos (3). La caridad, sosteniendo con una mano enérgica al proletario que jadeaba bajo el peso del trabajo, tendia la otra al anciano enfermo, abandonado sobre las plazas de los templos. ¡Oh dioses de la Grecia, dioses viageros que fuisteis abrigados bajo el techo de paja de Philemon y de Bancis! ¿es por esto que recorréis de nuevo la tierra, para restablecer en ella el bello reinado de la virtud? No, porque vosotros sois, como dice la Escritura, dioses sordos, dioses impotentes, dioses ciegos; ó por mejor decir, vosotros no sois nada.

¡Mirad! En medio de esta sociedad lánguida, risueña, que coronada de rosas brinda en copas de oro á los dioses del Olimpo, aparecen de trecho en trecho grupos de gentes de severo talento, que se distinguen por sus rasgos generosos, y que apartan los ojos de estas orgias paganas con una indignacion mezclada de ironia... ¿Serán acaso filósofos estoicos? No, porque ellos no derraman una lágrima de piedad sobre el indigente que les implora, ni deslizan, ocultándose, la rica limosna que asombra al infeliz. ¿Es, pues, una vestal aquella jóven que marcha con los ojos bajos, al lado de su madre, cubierta como ella? No, porque no tiene ni los cintillos bordados ni las ropas con franjas de púrpura de las *anatas*, y el pudor es tan solo su único adorno. Aquellas viudas de veinte años, que no encienden otra vez la antorcha de himeneo, mientras que las grandes señoras del paganismo cuentan sus divorcios por consulados (4), ¿de dónde vienen? Y estos jóvenes que se inclinan con reverencia delante de los ancianos, enrojeciéndose cual niños, y que en el combate son bravos como leones, ¿quienes son? No se les vé en el teatro, ni frecuentan el circo, ni figuran tampoco en las academias paganas con guir-

naldas de flores ni cestas llenas de frutos sagrados; y pasan, además, delante de los soberbios templos de la Grecia sin entrar. La vista de un sacrificio les hace huir, y sacuden precipitadamente sus negros mantos cuando, por casualidad, cae en ellos alguna gota del agua lustral. En fin, querian mas bien morir que tocar las viandas ofrecidas á los dioses. ¿Acaso serán impios estos hombres cuya mano curá con el oro las llagas horribles de la miseria, y cuyas costumbres respiran honestidad? No, porque ellos se renuncen tres veces al día, y alguna vez tambien durante la noche (7), para rogar en general, con los manos levantadas al cielo, á un Dios desconocido; y sobre el altar de sus antiguos dioses lares, cuya lámpara enclavada en el mármol ahumbraba siempre (8), apércibese la imagen graciosa de una jóven del Asia, medio velada en un ligero manto azul (9), que lleva en sus brazos un niño divino. Esta muger aparece bella y límpida como las ondas del mar Egéo, cuando el zéfiro las roza con solo la punta de sus ligeras alas. Es la emperatriz del pudor, de la castidad, del sacrificio, de la misericordia, la protectora del honor y del hogar; en una palabra, es la dulce Virgen Maria, á quien los griegos dieron el bello nombre de *Panagia*, que quiere decir la toda santa.

El Asia reclama el honor de haber colocado el primero de los oratorios y capillas bajo la invocacion de Maria. El mas antiguo de estos santuarios fué el de Nuestra Señora de Tortosa, que, segun las tradiciones de Oriente, fundó el mismo san Pedro sobre las costas de Fenicia. Estas primeras iglesias sirias, no fueron desde luego sino edificios muy sencillos, con techos de cedro y ventanas enrejadas. El altar estaba vuelto hacia Occidente, como el de Jerusalem; y una enramadura encerraba el coro, en memoria del célebre velo del Santo de los santos. Tenian cruces en sus iglesias, y tuvieron asimismo desde muy temprano imágenes de Maria; puesto que la tradicion refiere que estaba pintada sobre una de las columnas de la bella iglesia de Lydda, que le habia dedicado su hijo adoptivo; y que san Lúcas ofreció á la catedral de Antiochia un retrato de la Virgen pintado por el mismo. Esta imagen, á la cual se asegura que la Madre de Dios habia concedido gracias, fué tan célebre, que la emperatriz Pulcherica

la hizo traer á Constantinopla, en donde fabricó una magnífica iglesia para colocarla.

Edeso, la capital de aquel rey Abgar que estuvo á punto de hacer la guerra á los judíos para vengar la muerte de Nuestro Señor, y á quien el temor de atraerse el enojo de los romanos, sus señores, solo pudo detenerle; aquella capital, dice Eusebio, tuvo así mismo, desde el siglo I, su iglesia de Nuestra Señora, adornada de una imagen milagrosa. El Egipto se envanece de haber tenido, hacia el mismo tiempo, su iglesia de Nuestra Señora de Alejandría; y Zaragoza, en España, que se llamaba entonces Cesar-Augusta, su celebre santuario de Nuestra Señora del Pilar. Pero en ningún lugar del mundo se acogió con mas entusiasmo el culto de María, que en el Asia Menor. Eplieso, donde el recuerdo de la santísima Virgen está aún palpitante, fabricó al punto en honor de María, la *Miriam*, una soberbia catedral, donde se tuvo, en el siglo IV, el famoso concilio que le aseguró el bello título de Madre de Dios.

Este ejemplo fué seguido de un extremo á otro del inmenso imperio romano. La Frigia se hizo cristiana, olvidando sus dioses troyanos cantados por Homero. La Capadocia dejó extinguirse, faltos de alimento, los fogos sagrados que los persas habían encendido allí al lado de los templos elegantes de las divinidades de la Grecia; y las cavernas que habían prestado poco antes sus bóvedas sombrías á los sangrientos misterios de Mithra (10), durante las persecuciones religiosas que en ninguna parte estallaron con mas furor que en medio de las colonias griegas, vinieron á ser un lugar de refugio para los cristianos y su Dios proscrito. En fin, los dioses de la Grecia, aquellos dioses indignos, salidos de la espuma brillante del mar Egéo, metidos bajo las palmeras todavía existentes de Uyelides, ó arrastrados á la sombra de los bosques que coronan las altas cuestas de las montañas de Creta, fueron desamparados por el Dios muerto en el Calvario, y la Virgen de Nazareth; pero tan bien, tan completamente desamparados, que Plinio el joven, á su llegada á la Bitinia, de la que él acababa de ser nombrado gobernador, escribía á Trajano que el cristianismo había invadido no solo las ciudades sino tambien los campos, de manera que había encontrado abandonados los templos, los dioses, y el imperio (11).

El Asia Menor poseyó desde los primeros tiempos imágenes milagrosas de Nuestra Señora. Las dos mas celebres eran la de Dilinia, á la que San Basilio, durante el reinado de Juliano, fué á rogar por la Iglesia afligida; y la de Sosopoli, imagen pintada en madera, que desilaba un aceite maravilloso, el cual obraba curaciones sorprendentes, dando motivo tambien á una cuestion en el segundo concilio de Nicea.

La Grecia, esta brillante patria de las letras y las artes, no tardó en honrar á María. Desde los tiempos de San Pablo, Corinto, donde la libertad griega, parecida á una lámpara que se estingue, habia arrojado su postor resplandor antes de espirar, se convertía casi enteramente al cristianismo. Los fieles se reunieron desde luego en los grandes salones de las casas particulares, donde la Virgen fué solemnemente invocada. Poco á poco el vacío se apoderó de los templos del paganismo, y cien años mas tarde los viajeros y los curiosos ascendían solitarios los flancos escarpados del Aeno-Cerunio, para visitar el templo de Venus, cuyos altos pórticos se levantaban bajo el océano de verdura de los árboles que los circundaban, diseminándose sobre el cielo griego, cuyo azul es tan puro y tan dulce. La diosa protectora de los corintios, habia sido destronada por la santa mujer que rehabilitaba en su innoble patria el pudor desconocido y la maternidad menospreciada. Gracias á ella, los placeres puros de la familia, los tiernos gozos del hogar, se sustituyeron sin esfuerzo á los desórdenes vergonzosos, á las orgías gigantescas, á las costumbres depravadas de esta pequeña república, que se habia visto brillar siempre en medio de los pueblos corrompidos. Corinto, desfigurada, viene á ser una cristiana espartana, y el elegio que san Clemente papa hace de su iglesia hacia el fin del siglo I, da una idea maravillosa de su fervor.

La Arcadia, cuyos bosques estaban poblados de dioses campestres, y donde cada antro salvaje, cada fuente murmurante tenía su altar, algórá tambien, pero con menos viveza, el culto de Pan y de las Ninfas, por el culto de la humilde Virgen, cuyo Hijo divino habia querido recibir por primer homenaje la sencilla adoracion de los pastores; pero como las supersticiones antiguas son mas difíciles de arrancar en los campos

que en cualquiera otra parte, aun se creyó largo tiempo en las pequeñas aldeas de Arcadia, que Diana cazaba en los grandes bosques de Menala y de Licó. Los jóvenes y crédulos pastores, vacilantes entre las creencias cristianas y las supersticiones de sus abuelos, se imaginaban ver de vez en cuando, al resplandor dudoso de la luna, bellas y blancas Dryades en medio de los árboles; Náyades inclinando su cabeza pensativa á la orilla de las fuentes; ó Nápécs jugueteones danzando sobre los rancúnculos y las margaritas de las praderas. Pero hacia el tiempo de Constantino, la Virgen santísima habia triunfado definitivamente sobre la naturaleza divinizada, y las numerosas iglesias bajo su advocacion, que adornan aún los sitios agrestes de la patria de los antiguos Pelagios, testifican el profundo amor de los arcadios á su culto.

La Ebla fabricó igualmente, desde muy temprano, una iglesia en honor de la santísima Virgen, á orillas de un río consagrado á las aventuras romancescas, el Alpheo; y como estaba cercado de soberbios viñedos, le dió el nombre de Nuestra Señora de las Uvas.

La Macedonia adelantóse á la Grecia, propiamente dicha, en el culto tributado á María: Tesalónica tuvo un obispo desde el tiempo de los apóstoles; y vése aun hoy una soberbia basílica con columnas de jaspe, que el pueblo de Alejandría habia consagrado á la Virgen santísima, y que los turcos han convertido en una mezquita (12).

Neron, viajando en el Peloponeso, no osó transpasar las fronteras de Laconia: la austera sombra de Esparta le dió miedo. La dulce y tímida Virgen de Galilea, fué mas valerosa que el César: pasó el Eurotas, que esconde sus ondas humilladas bajo laureles y rosales, y se presentó al pueblo de Leónidas, cuya antigua virtud se habia humedecido de nuevo en las aguas amargas pero fortificantes de la pobreza; acogióse la con entusiasmo, y se apresuró á fabricar el mas bello templo de la Grecia á la jóven Virgen estrangera, que venia á enseñar á las hijas de Esparta á bajar los ojos.

Desde entonces María reina en Esparta con un poder absoluto; para ella se abren las primeras violetas que el Eurotas ve florecer á sus orillas. Delante de su imagen, pintada grose-

ramente de rojo y azul sobre la muralla de sus moradas, es donde las jóvenes laedemonias encienden todas las noches una lámpara de barro ó de bronce; accion piadosa que los improvisadores griegos, que hacen el elogio fúnebre de los muertos, no dejan de celebrar en el día de sus funerales. En fin, los habitantes de Laconia substituyeron el nombre de Cristo y de la Virgen, en todas partes en donde sus antepasados colocaban el nombre de Júpiter, como una aseveracion; y este juramento se ha perpetuado de tal modo en uso, que antes de la revolucion griega los mismos turcos de Ministra, en lugar de jurar por Alah y por Mahoma, como los otros Osmanlis, juraban como los griegos de Esparta, por la Virgen santísima (13).

La elegante y sabia Atenas, celebra por sus monumentos, los mas bellos del mundo, y sus escuelas, que frecuentaba la flor de la juventud estudianta de la Europa y del Asia, se convirtió al cristianismo mas lentamente que los otros países de la Grecia. Desde los primeros tiempos tuvo, no obstante, un templo dedicado á María, Nuestra Señora Spiliotisa, ó Nuestra Señora de la Gruta; pero el politeísmo aun se mantenía bajo la brillante égida de Minerva, y Atenas estaba á la vez llena de iglesias cristianas y de ídolos. En una de estas iglesias fué donde Juliano, bajo el reinado del emperador Constantino, desempeñó el oficio de lector; pero solo en el Parthenon, y leyendo á Homero, fué donde se atrevió á soñar en el restablecimiento de la idolatría.

Que el culto de la Virgen santísima ha influido poderosamente en la propagacion del Evangelio en Grecia y Asia, es un hecho que las costumbres y gustos de los orientales habrian hecho probable, si del mismo modo, en un discurso que nos ha quedado, no lo hubiese testificado san Cirilo ante todos los obispos del Levante, en el primer concilio de Epheso. “;Salve María, Madre de Dios!—dice este santo y sabio obispo,—gracias á vos numerosas iglesias han sido fundadas en las ciudades, en las aldeas y en las islas, por aquellos que han recibido la verdadera fe.” (14)

Al otro lado del Océano muchos tribus de árabes se habian convertido al cristianismo, y honraban solemnemente á María, la *Sultana del cielo*, como la llaman aún. Sentados á la



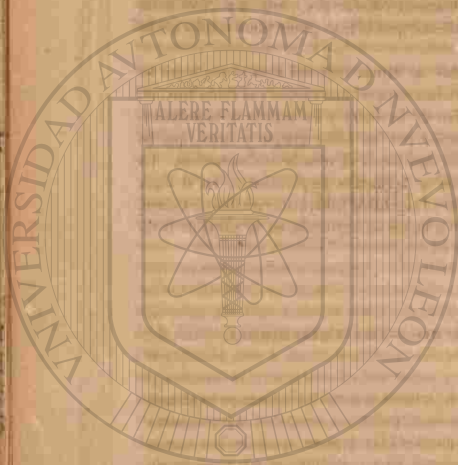
sombra de las palmeras ó de los arbores cuyas verdes ramas se levantan á la orilla de los salobres manantiales, y aspirando con delicia la frescura que la noche esperece sobre sus arenas abrasadas (15), los moradores cristianos, á la claridad de esas lámparas eternas de Dios, que ellos imaginan prendidas á la bóveda celeste por cadenas de oro (16), referían los hechos principales de la vida de la Virgen, colorándolos con aquel tinte de lo maravilloso, que tanto agrada á los hijos de Ismael. Contaban, como despues el Evangelio árabe, la infancia, y las tradiciones del desierto; de la manera que los santos ángeles venían á traer á la Virgen, en el templo en que le habia colocado Zacarias su tutor, los dátiles admirables, las uvas ambarinas, los higos mas dulces que la miel, y las flores perfumadas cogidas en los jardines celestiales que abundaban en limpidas fuentes y en verdes árboles: porque el Paraiso, en las climas cálidos, está siempre adornado de frescas aguas y de bellas sombras.

Despues contaban, siempre á su manera, los prodijios del nacimiento de Jesus; al que todos los musulmanes nacidos desde entonces, llaman *al milad*, el nacimiento por excelencia. Colocaban la escena en un desierto á orillas de una fuente, y al pié de una palmera desecada, sin ramas y sin hojas, que se cubre repentinamente de frutos y verdura á la voz del ángel Gabriel, á quien Dios habia enviado á María para enjugar sus lágrimas. Estas narraciones maravillosas aumentaban su veneracion por la Virgen santísima; y en aquellas tierras lejanas creían poder adorar, en el cielo, á la que los ángeles habian servido sobre la tierra; y le ofrecían, en efecto, oblaçiones de tortas amasadas con harina y miel, de donde les viene el nombre de *collipidians*, de la palabra griega *collipic* (torta). San Epifanio les reprende vivamente este culto, que traspasaba los límites permitidos; y les enseña que la ofrenda y el sacrificio no deben ofrecerse sino á Dios.

Por otra parte, los árabes idolatras habian colocado la imagen de María en la *Caaba*, con un número de ángeles, que representaban bajo la figura de ningeres jóvenes, y á las cuales llamaban *los hijos de Dios* (17). María, á quien habian hecho la hermana de estos espíritus puros, recibía con ellos honores divinos; se le inmolaban víctimas adornadas de hojas y de

flores; se le ofrecían las primeras espigas, como los primeros dátiles de las palmeras; y en vasos de oro, la leche espumosa de los camellos consagrados (18). La imagen de la Virgen, llevando en sus brazos el Niño divino, quedó en la Meca hasta el tiempo de Mahoma, que la hizo quitar junto con los géneos y los ángeles.

El santo nombre de María comenzó á ser invocado por los pueblos que habitaban entre el mar Caspio y el Ponto Euxino; pero los santuarios de la Judea y los lugares de la redencion eran ¡ay! profanados por los ídolos griegos y sirios, que no fueron arrancados sino hasta el reinado de Constantino. La estatua de Júpiter se levantaba sacrilegamente en el lugar donde María, llena de lágrimas, habia visto crucificar á Cristo, y era á un Adonis á quien se sacrificaba en la gruta de Bethleem.



## LIBRO III.

## Occidente.—Las Catacumbas.

LA vina santa del cristianismo multiplicábase ya en el Asia de tal modo, que podia estender sus pámpanos sagrados sobre una multitud de pueblos (1); pero se arraigaba con menos velocidad en Occidente. Roma, embriagada con la sangre de los mártires, que hacia correr como el agua de los rios, defendia el polytheismo con todo su poder, y su poder se extendia sobre el mundo todo.

En Oriente, un signo misterioso que hacia estremecer á Satanás en el fondo mismo de sus reinos abrasados, anunciaba que el reinado de Dios estaba próximo; pero en Italia, y en las regiones situadas mas allá de los Alpes, el cristianismo no se hallaba aún sino en el estado de una sociedad secreta. Afiliábase el creyente con toda suerte de precauciones y misterio; reconocianse en algunas señales convenidas, y sin duda el signo de la cruz, cuyo origen se ignora, era una de estas señales misteriosas que revelaban un cristiano desconocido á sus hermanos esparcidos entre la multitud. Y no era que los

cristianos de los países del Oeste fuesen en número reducido; ellos habrían podido ya formar ejércitos; pero perseguidos por los gobernadores idólatras, acosados como bestias salvajes, y no encontrando ningún apoyo en las leyes romanas, que no los alcanzaban sino para castigarlos, vivían aislados como esas gotas de lluvia que el Señor derrama sobre la yerba, que no se amontonan entre ellas, ni aguardan nada de los hijos de los hombres (2).

Las primeras iglesias latinas fueron capillas domésticas, y los primeros altares cofres de madera portátiles, como el arca, y de la cual tenían la forma y los anillos de metal (3). Estas iglesias primitivas de Roma, que existían ya antes de la llegada de san Pablo, se componían en la mayor parte de griegos y judíos convertidos al cristianismo; pero el pueblo romano oyó presto hablar de esa ley nueva que decía que los hombres son hermanos, que son iguales, y que deben amarse unos á otros. Esta ley santa, encuéntrala bella, quiere seguirla y viene en tropel á recibir el agua regeneradora del bautismo. "Entonces fué cuando se percibió con una sorpresa profunda, dice Tácito, que Roma encerraba una multitud increíble de cristianos" (4). Tiemblan los sacerdotes y los ídolos; Nerón, emperador y pontífice supremo, se alarma, y empiezan las persecuciones (5).

Juntábase, desde luego, donde se podía, como respondió san Justino, mártir, al prefecto de Roma, que quiso subir inútilmente en donde se tenían las reuniones cristianas. Pero las cámaras y salones de las casas eran demasiado estrechos, y las indagaciones del senado mas y mas rigurosas cada día: era necesario buscar un templo demasiado vasto para contener esa gran muchedumbre del pueblo, y demasiado escondido para escapar á las averiguaciones de esa nube de delatores que era entonces, en el imperio, un azote solo comparable á las plagas de Egipto. Algunos cristianos de atrevido corazón, propusieron las catacumbas. Allí se encontraban salas inmensas y tenebrosas, galerías interminables, donde la oscuridad era tan profunda, dice san Jerónimo, que parecía que se bajaba vivo al sepulcro, y cuyos muros estaban tapizados de cadáveres inhumados. Este laberinto de féretros para despojos perdidos,

donde el que se aventuraba sin guía estaba seguro de perecer; estas bóvedas vertiginosas, bajo las cuales reinaban el silencio, el miedo y la muerte, no espantaron á los primeros fieles de Roma. El domingo, que se llamaba entonces el día del sol, reuníanse en esta espantosa iglesia metropolitana, para leer los escritos de los apóstoles ó de los profetas; despues ofrecíase sobre un altar de piedra gruesa el sacrificio del pan y del vino, precedido de un sermón, y seguido de una colecta para los pobres (6). Algunos toscos frescos, que representaban al Salvador ó á Maria, y que aun pueden verse medio borrados en las catacumbas de Nápoles ó de Roma, eran el solo adorno de este lugar de oración, cuya audiencia se componía de diez generaciones muertas y una generación viva. ¡Qué templo! ¡En lugar de vasos de oro incrustados de zafiros y rubíes, cálices de madera! ¡en lugar de lámparas romanas de plata maciza, antorchas lúgubres! ¡en lugar de ópinos despojos, los terribles trofeos del ángel del exterminio! Al lado, enfrente, delante y atrás del lugar en donde se estrecha esa asamblea de fieles, largas avenidas subterráneas donde brillan de vez en cuando antorchas lejanas, y en donde se agitan figuras veladas que se asemejan á espectros ambulantes. Bajo los piés, el polvo de una república entera, que se había llevado sus virtudes entre los pliegues de su gran sudario. Dentro, el terror; fuera, en caso de descubrimiento, el Anfiteatro, donde el área estaba enrojecida como una llaga inmensa, mientras que la sangre cristiana corría de ella cual el agua de un arroyo impetuoso.

Cuando se reflexiona en esto, se pregunta uno lleno de temor: ¿qué héroes intrépidos venían á luchar con estos terrores espantosos?... Estos héroes que afrontaban la muerte y el miedo, no eran sino ignorantes labriegos, criados en medio de augurios, de presagios y de los milares de supersticiosos temores del paganismo; eran vírgenes tímidas, acostumbradas á florecer lejos del mundo, como las rosas solitarias (7); eran opulentas y bellas patricias, servidas por legiones de esclavos, que dormían en techos de oro macizo, que comían sobre tablas de limonero, que habitaban palacios artesonados de marfil, y que caminaban sobre baldosas regadas con arena finísima de plata y oro; eran jóvenes envueltos en ricos mantos de escar-

lata, que se llamaban *Amicio, Olíbrio, Probo, Graco* (8), la flor del patriciado, en fin; eran caballeros abonados al anillo eonestre, grandes oficiales de palacio, tribunos del pueblo, favoritos, parientes del César, y cuyos hijos estaban designados para sucederle en el imperio. . . . Mas aún, de príncipes de la sangre, que atravesaban de noche, escoltados de algunos esclavos fieles, el ático de su palacio de oro del monte Palatino, y se deslizaban cual mariposas fuera de la ciudad de Rómulo, para ir á adorar en el fondo de las catacumbas, *al galileo*, como decía con desdenoso desprecio la alta aristocracia idólatra, é invocar esta dulce Virgen María, por quien los descendientes de los Gracos y de los Scipiones abandonaron su templo favorito de Juno-Lucina (9).

Si el Tiber, desbordado, salía de su cauce; si faltaban las lluvias, ó sobrevenia un gran terremoto; entonces el pueblo romano, para conjurar estos desastres, gritaba según su costumbre: "¡ Los cristianos á los leones!" (10) y mas tarde, llevábase ante el altar los féroces llenos de huesos recogidos en el anfiteatro. Entonces un canto de triunfo dulcemente salmodiado, se levantaba del seno de la tierra, yendo á confundirse con el ruido continuo de los rios que los acueductos llevaban bajo las murallas de Roma, y el murmullo dulce y ligero de los grandes álamos de Italia, que imita el murmullo de los arroyos. Comúnmente el obispo, un santo anciano, apoyado sobre un pobre cayado de verdadero pastor, reprendía á los desertores del campo de las riquezas, que venían á adornar al rey pobre con un resto de apégo al lujo romano. Decía á las grandes señoras que le esnechaban en una actitud pensativa, que no convenia á mugeres cristianas llevar en anillos y brazaletes *el alimento de mil familias desgraciadas*. Algunos días despues, se preguntaba una hija de los Amicios, ¿qué había hecho de sus pedrerías? Los pobres, paganos y cristianos de su vecindad, habrían podido responder, mostrando pan y restos del oro que aun les quedaba. Otras veces levantaba su voz contra la esclavitud, y el día siguiente repetíase por todas partes con una sorpresa profunda, que un prefecto de palacio acaba de libertar quinientos esclavos. Allí era donde la caridad se enseñaba sobre todas las cosas: ¡y qué caridad!

*¿La limosna es un misterio*, decía el sacerdote de Jesucristo; *cuando la practiqueis, cerrad las puertas!*

Y al salir de estas asambleas donde el fervor crecía de nuevo, las pobres mugeres del pueblo iban á recoger á orillas del Tiber, los niños que abandonaban allí las grandes señoras idólatras; los patricios convertían en hospitales una parte de sus palacios; y los jóvenes señoras cristianas emprendían viajes lejanos para socorrer á sus hermanos del Africa ó del Asia. Estos actos de caridad, de abnegacion, de sacrificio, llenaban de sorpresa á los paganos, que no podían explicárselos; tan incapaces eran de obrar como ellos (11).

Las nobles matronas de Roma llevaban entonces imágenes de María grabadas sobre esmeraldas, émeraldas ó zafiros; y al morir, las legaban á sus hijos como símbolos de su creencia. Galla, viuda de Sínacbo, hizo construir, mucho tiempo despues, una soberbia iglesia, para depositar allí una de estas piedras preciosas, reliquia de una fé perseguida: el trabajo era tan bello que se la creyó salida de una mano mas que humana, y se la veneró como un don del cielo (12).

Otro de los adornos que servía á las mugeres cristianas de señal de reconocimiento, era poner en medio de las flores sobre el altar doméstico, en donde por tanto tiempo habian reinado los dioses lares, figurillas de plata ú oro que representaban á Jesucristo, la Virgen, ó los apóstoles. Estas pequeñas estatuas, cuya simple vista habria enrastrado á toda una familia al anfiteatro, eran generalmente demasiado pequeñas para poder hacerlas desaparecer á la primera señal, ó esconderlas consigo (13).

Un poco mas tarde, las capillas particulares recibieron los cadáveres de los mártires, á quienes se revestía de blancas y preciosísimas vestiduras, y se les depositaba magníficamente en sarcófagos de mármol. Durante las últimas persecuciones, Aglaé, una opulenta y bella matrona de Roma, envió á buscar estos cuerpos hasta el fondo de la Bithinia, donde los gobernadores romanos, gantes positivas que trabecaban con todo, hasta con cadáveres, los vendían carísimos (14).

En el intervalo de una persecucion á otra, reunieron sus muertos en cementerios situados fuera de las murallas de Roma,

é iban allí continuamente á orar. Los muros de estos cementerios, pintados al fresco, representaban á Jesucristo sobre su tribunal, en la actitud imponente que conviene á un juez soberano de los hombres; á su lado, María, vestida á la romana, se encontraba siempre pronta á implorar su misericordia para los pecadores (15).

Durante los días de alicion en el reinado de Alejandro Severo, conociendo los cristianos de Roma que este príncipe honraba á Jesucristo, cuya imagen había colocado en su *lavarium*, en medio de los santos (16), y contando con el apoyo de su madre, la emperatriz Mamaea, que era cristiana, pidieron y obtuvieron, no obstante los clamores de los sacerdotes de los ídolos, el permiso de construir una iglesia en el lugar de unas ruinas abandonadas. Esta fué la primera que se levantó su cruz al lado de los templos de mármol de los dioses del imperio; dedicáronla á María, y tomó el nombre de Nuestra Señora del otro lado del Tiber.

El cristianismo, violentamente comprimido en Italia, era cruelmente perseguido en las Gálias, donde no hacia, dice san Sulpicio Severo, que escribía en el siglo III, sino progresos muy lentos. Contábase, sin embargo, desde el siglo III algunos obispos, entre otros el de Leon, donde san Pothino había establecido el culto de María; y misioneros, entre cuyo número veíanse figurar hasta á los mismos caballeros romanos, recorrían las Gálias; pero estos plantadores del Evangelio caían comunemente bajo la cuchilla impia de los gobernadores idólatras, que les perseguían como á bestias salvajes (17), antes que su tarea estuviese bien adelantada. Sus trabajos incompletos no fueron perdidos, sin embargo; su sangre generosa fertilizó el suelo que habían trazado, y mas tarde otros trabajadores vinieron á recoger la cosecha.

La isla de los bretones se envaneció de haber adelantado á las Gálias en su conversión al cristianismo; y si se ha de dar crédito á los antiguos cronistas, ella tuvo el primer rey cristiano del mundo. El venerable Beda omenta, que en el tiempo de los emperadores Mario-Aurelio y Comodo, un príncipe nombrado Lucio pidió al papa Eleuterio dos misioneros de Italia para predicar el Evangelio en el pequeño reino que gobernaba

con la aprobacion de los romanos. La demanda fué perfectamente acogida, y dos hombres apostólicos, á quienes los galos erigieron altares mas tarde (18), vinieron á predicar el Evangelio á los pueblos de la gran Bretaña, divididos entre el druidismo, aún floreciente, y los dioses de los Augustos. El Señor bendijo sus esfuerzos: los bretones, medio bárbaros aún, salían en tropel de sus cabañas parecidas á colmenas de abejas, para escucharlos; y sucedía á veces que en el fondo de las tierras desiertas sembradas de piedras enormes, á donde los sectarios de Eso, reunidos á la pálida claridad de la luna (19), iban á encontrarse en un sacrificio secreto, alguna jóven sacerdotisa de los celtas, que había escuchado con aire pensativo las santas palabras, apoyada contra la encina que proyectaba á lo lejos su sombra gigantesca, dejaba escapar de entre sus manos la hoz de oro, bajo cuyo filo debía caer el muerdago silvestre, aquella planta sagrada que brotaba en la corteza sulcada de los robles, y encorvando ante el ministro de Jesucristo su rubia cabeza adornada aún de la guirnalda sacerdotal, que ceñía sus cabellos esparcidos, gritaba con una voz llena de emoción: "¡Soy cristiana!" y el sacerdote, arastrándola con suavidad, hacía la fuente adorada todavía, derramaba el agua santa del bautismo sobre la frente de la jóven y para neólita, que abandonaba su soberbio nombre de *Whaldea* (sublinada), para tomar el dulce y extranjero nombre de María (20).

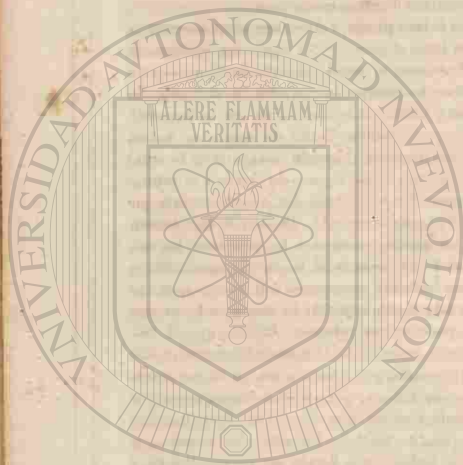
Segun las mas respetables autoridades, el cristianismo, durante el reinado de Diocleciano, salvó la doble muralla que separaba los bretones (á quienes sus vencedores habían políticamente encorvado,) de sus bulliciosos y salvajes vecinos del Norte. La isla británica, donde la civilizacion romana se encontraba como una flor pálida y temprana en medio de la barbarie, tenia ciudades adornadas de baños, de palacios de mármol, y de templos deslumbrantes de oro, al lado de sus tierras sembradas de encinas, y de sus vírgenes y espesos bosques; pero la Caledonia, á donde no había penetrado el Aguila de los Césares, era aún la tierra de los torrentes, de los matorrales y los peñascos, y no había otro culto que un druidismo casi borrado, y mezclado de supersticiones germánicas. Todo en las creencias de estos pueblos era vago é indeciso, como un

paisaje visto á través de la bruma. Mal avenidos los druidas con los grandes gefes, habian sido expulsados en el siglo IV (21), y sus nociones sobre el único Dios estaban casi olvidadas; pero creían en el Espíritu de las aguas, en el Espíritu de las montañas; y en un palacio aéreo en que estaban sus abuelos, quienes vagaban errantes por la noche sobre sus carros de nubes, ostentando sus blancos ropajes plateados por la luna, y llevando á guisa de espadas en sus diáfanas manos, meteoros medio estinguidos (22). Los apóstoles, cristianos de estas regiones entonces casi desconocidas, hasta que aquel sol frío brilló como á su pesar, marcharon á través de mares tormentosos, á tomar posesión de las grutas que los druidas habian abandonado (23), y se establecieron al borde de los torrentes, en el fondo de los bosques, ó sobre el declive de las montañas. De vez en cuando solia llegar algún cazador de las *highlands* (24), que desecidando perseguir entre los matorrales los gamos rojos y los corzos, venia á sentarse sobre la piedra gris y carcomida por el moho, que indicaba la sepultura de un guerrero, para conversar con el anciano de la gruta, el *culdee* cristiano (25), que le hablaba de Cristo y de su Madre. Con un brazo puesto sobre su arco flojo, y una mano pasada sobre la cabeza de su lebrél favorito acostado á sus piés, el gefe escocés escuchaba en una postura respetuosa y atenta, las graves palabras del solitario. Despues, cuando la cantidad del Evangelio habia en fin hablado á su corazon, cuando con las manos juntas y la mirada brillante de entusiasmo habia dicho, ¡Creo! todo su *clan* repetia, cual un eco fiel: ¡Nosotros tambien creemos!

Poco satisfechos, sin embargo, de haber esparcido su doctrina sobre las montañas y las llanuras, los sacerdotes de Cristo quisieron acosar la idolatría hasta en el mas antiguo y el mas lejano de sus santuarios. La isla de Jona, una de las islas del archipiélago de las Hebridas, á la que rodea un mar enverdecido y furioso, estaba consagrada por los señores de las islas y los gefes de las montañas, quienes concurrían allí para jurar la paz sobre un ara antigua, que ellos llamaban *stone of power* (piedra poderosa). Bien pronto el ara desapareció, y vióse elevar en medio de las rocas pintorescas que aun hacen

mas hermosas las belladamas, la buglosa y el acebo de mar, la mas antigua y la mas respetable de las abadías de Escocia. Hoy mismo el viento gime tristemente en esas ruinas venerables, bajo las cuales duermen tantos reyes.

Cuatro siglos habian pasado, y el cristianismo se estendia ya desde la aurora hasta el ocaso. "No somos sino hombres de ayer,—dice Tertuliano al senado idólatra de Roma,—y ya llenamos de nuevo los palacios, las ciudades, las fortalezas, los ejércitos de mar y tierra; no dejamos vacíos sino los templos." Y era verdad; pero ¡cuántas lluvias de sangre no habian enrojecido, en este intervalo, el grande estandarte de la cruz! La última persecucion estuvo á punto de arrancar el cristianismo como aquella flor de que habla Job, á quien la tierra que la criara dice: "¡Jamás te conocí!" Diocleciano hizo destruir ó cerrar todas las iglesias, encadenó á los sacerdotes, las ciudades cristianas fueron pasadas al filo de la espada (26), y prometió las mas brillantes recompensas á la apostasía, que no floreció á pesar del estímulo imperial: los cristianos de entonces generalmente preferían ser mártires. Creyóse que el cristianismo parecia sin remedio; los idólatras palmoteaban, aplaudiendo su próxima caída, y el infierno hacia ya oír sus prolongados ahullidos de triunfo; pero las potestades celestes se miraban sonriendo, y decían entre ellas: "El Castro triunfará muy pronto; ¡bendito sea!"... Entonces fué cuando una jóven, natural de Bithinia, que llevaba por nombre Helena, y con quien el César Constancio-Chloro se habia desposado por sus virtudes y rara belleza, acababa de dar á luz un niño, á quien se puso por nombre Constantino.



## SEGUNDA ÉPOCA.

DESDE CONSTANTINO HASTA LA EDAD MEDIA.

### LIBRO IV.

#### Oriente.—Los Iconoclastas.

SOBRE las riberas encantadas del Bósforo de Tracia, á vista de las montañas lejanas del Asia Menor, cuyas elevadas crestas se tiñen cada día de un color de oro y de carmín, la costa de Europa se arquea en una larga bahía de una belleza incomparable, y bajo la sabana azul de sus brillantes aguas, que parecen rodar cual ondas de zafiros, se levanta una gran ciudad enteramente blanca y enteramente cristiana (1); es Constantinopla, á quien el hijo de Helena y de Constancio-Chloro acababa de dedicar solemnemente á Maria; porque el amo del mundo, que aun es tratado como un *dios* en Roma, ídola todavía, está ya con Jesucristo; y la cruz por la cual

él ha vencido, brilla sobre las monedas y corona las suntuosas basílicas que acaba de colocar bajo la invocación de santa Sofía, de la Virgen y de los doce apóstoles.

La idolatría aun no ha desaparecido para siempre; pero es una palmera desecada cuyas mas altas ramas están ya muertas. Ya no se vé sino altares desamparados, bajo el zócalo de los cuales se arrastran reptiles intumidos; los bulos comienzan á anidar en los pórticos de los templos desiertos, donde la araña hila tranquilamente sus telas. La virgen cepa ostenta las hojas verdes sobre sus murallas de mármol pulido, y el caminante corta irreverentemente su baston de viage de esta manera consagrada, á la que nadie en otro tiempo podia arrancar una sola rama bajo pena de la vida: las ceremonias del culto pagano han cesado en Grecia; los ídolos mas venerables no sirven sino de ornamento en las plazas públicas de Constantinopla; pero á ninguno se le fuerza para que entre en las iglesias, porque aunque el politeísmo sea un culto malo é insensato en el fondo, el César respeta la libertad de conciencia, que los paganos comprendieron tan mal cuando abusaron del terrible derecho del mas fuerte; y Lactancio, una de las mas vivas lumbreras de la Iglesia, sienta como principio, en una célebre obra contemporánea, que *nihil est tam voluntarium quam religio* (2). Esta es la moderación con que debe triunfar una causa santa.

Constantino no se limita á manifestar su respeto por María dedicándole la nueva Roma; á su ruego la emperatriz Helena, convertida por él, pónese en camino para la Palestina, y la cubre de monumentos sagrados, en los que la Virgen tuvo una buena parte. La gruta de la Natividad, tapizada de mármol, alumbrada con lámparas de oro, fué cercada de una soberbia iglesia que lleva el nombre de Santa María de Bethlem. Santa María de Nazareth, levantada en el lugar de la humilde casa que habia habitado la santa familia, pasó largo tiempo por una de las mas bellas iglesias del Asia. La gruta sepulcral del valle de Joseph fué considerablemente ensanchada, y adornada de una soberbia escalera de mármol: lámparas de plata fueron suspendidas al rededor de la tumba de la Virgen. En fin, dos iglesias suntuosas conmemoraron la visitación de

María, y su destnayo cerca de la roca de donde los nazarenos quisieron precipitar á Jesus.

Los sucesores del primer César de Bizancio, se mostraron en general muy devotos de la santísima Virgen. Teodosio el jóven, habiendo sabido que una grande afluencia de peregrinos de Europa y Asia iban á la tumba de la Virgen, hizo levantar una suntuosa basílica bizantina, que los árabes llamaron la *Giasmariak* (la iglesia del cuerpo). Kosrou-Paniz (Cosro II), la destruyó, á instigación de los judios, en su invasión á Siria y Palestina; pero arrepintiéndose mas tarde de este acto de violencia, que Lira, su esposa cristiana, le reprocha llorando, el sectario de Zoroastro fabrica él mismo una iglesia á la Virgen, en su ciudad de Micaotarkin (3). La emperatriz Pulcherica, hija de Teodosio y esposa del emperador Marcio, hizo construir ella sola tres iglesias bajo la invocación de la *Panegia*, dentro del recinto mismo de Constantinopla. No habiendo podido enriquecerlas con reliquias de la Madre de Dios, pues que el cuerpo de María estaba en el cielo, procuró sin embargo suplir esta falta con algunos de sus vestidos que le enviaron los fieles de Jerusalem. La bella iglesia de Blaquernes tuvo sus vestidos; la de Chaleoprata tuvo su cinto; pero la de los Guidos fué la que obtuvo la mejor parte. Allí se colocó, sobre un altar resplandeciente de oro y embellecido con columnas de jaspe, un retrato de la Virgen enviado de Antiochia, que se creyó pintado en vida de María por san Lúcas, y al cual la Madre del Salvador habia concedido gracias (4). Este retrato fué considerado como el *palladium* del imperio; se le llamó causa de victorias; y los emperadores, entre otros Juan Zimiceo y los Comenas, la llevaban al ejército, de donde se la volvia sobre un carro triunfal tirado por magníficos caballos blancos. En las grandes solemnidades, sacábase esta imágen milagrosa de la iglesia de los Guidos, donde era guardada con un cuidado celoso y precauciones infinitas. El pueblo saludaba siempre su presencia con gritos de gozo y cánticos de alegría. El fin de esta imágen célebre ha quedado dudoso. Algunos sostienen que fué la que el duque Henrique Dandolo hizo transportar á Venecia, despues de la toma de Constantinopla por los latinos, en 1024; otros quieren que sea



aquella que los turcos encontraron en el saqueo de la ciudad de Constantino, y que hollaron indignamente bajo sus piés, despues de haberle arrancado el oro y los diamantes que formaban su valioso marco.

Leon I hizo fabricar, en 460, una suntuosa basilica que dedicó á Nuestra Señora de la Fuente, en reconocimiento de que la Virgen santísima se le había aparecido á orillas de un manantial solitario, y le había prometido el imperio, mientras que él no era sino un jóven soldado de Tracia que conducia por la mano un pobre, anciano y ciego. No bien la diadema de los Césares había ceñido su frente, cuando se ocupó en perpetuar por este monumento, el recuerdo de la protección de María (5).

El emperador Cenon, yerno de Leon I, no fué menos devoto á la Virgen que su suegro. Hizole fabricar una iglesia sobre el monte Gamzin, la montaña sagrada de los samaritanos; y como este pueblo inquieto, que estaba entonces en plena revuelta, había maltratado algunas imágenes de María, ciñó la montaña de una muralla que hizo guarnecer de soldados, para prevenir la renovacion de estos sacrilegios.

El emperador Justino hizo reedificar magníficamente, en Constantinopla, Nuestra Señora de Chaleopatra, destruida por un terremoto. Dos iglesias fabricadas en honor de la santísima Virgen, en Jerusalem, Santa María la nueva, y otra sobre la montaña de los Olivos; un monasterio levantado sobre una de las mesetas del Monte Sinai; y en Africa una soberbia basilica del nombre de Nuestra Señora de Cartago, testifican la piedad del emperador Justiniano hacia la Madre de Nuestro Señor. No contentos con fabricarle templos, los Césares de Constantinopla veneraron piadosamente á María en sus oratorios particulares; ofrecianle espléndidas coronas de oro (6), y llevaban con ellos su estátua de oro macizo (7). Transportábase, en los últimos dias de cuaresma, del monasterio de Odegium al palacio imperial de Constantinopla, la célebre imagen de la Virgen *Hodegetrie* (conductora), y allí permanecia hasta la segunda feria de Pascuas. A esta Virgen fué á la que Miguel Paleólogo, despues de haber lanzado de Constantinopla la raza toda de los señores de Courtenay, honró por el triunfante suceso de sus negocios.

El pueblo griego seguía con gozo el ejemplo de sus emperadores; la *Panagia* reciplazó muy luego, casi en todas partes, á los dioses lares y á las divinidades del Olimpo. Véasele á la sombra de los bosques, sobre el altar purificado de las Driadas y las Napeas, al borde de las aguas donde la Náyade ponosativa zambullía su cántaro, y sobre las cimas de los promontorios donde se sacrificaba en otro tiempo á las ninfas del Océano. Los altares de Baco, con sus verdes guirnalda de yedra, habían sido destruidos, y Nuestra Señora de las Uvas recibia, en medio de los viñedos, los homenajes de los vendimiadores. Céres misma comenzaba á ser olvidada: entre las ruinas de su misterioso santuario de Eleusis, destruido por los godos en el siglo IV, junto con los templos de Delphos, de Corinto y de Epheso: en fin, el monte Athos, la montaña de Júpiter, había venido á ser, en la época de Constantino, una pequeña colonia de ermitas y de solitarios, por quienes María había sido proclamada la reina. Los hechos evangélicos de su vida eran reproducidos en frescos, sobre fondo de oro, en las paredes de un número infinito de capillas fabricadas en su honor en medio de las viñas y olivares que revestian los flancos de esta alta montaña, cuya sombra se estiende sobre el mar hasta la isla lejana de Lemos.

¿Quién lo creería?; entre estos griegos tan devotos de la Virgen, fué donde se lanzaron las ideas mas contrarias á su dignidad personal y á la perpetuidad de su culto! Constantinopla vió nacer dentro sus murallas la heregía de Nestorio, que disputaba á María su título de Madre de Dios, y la de los Iconoclastos, que arrastraban sus imágenes por el lodo, y las quemaban sobre las plazas públicas. Bajo Leon de Isaurica, que había sacado, se dice, de entre los judios un odio furioso contra la pintura y la estatuaaria aplicadas á los objetos del culto, vióse á los católicos fieles á las tradiciones de la Iglesia, arrojados á montones en el Bósforo de Thracia, ó azotados con varas hasta matarlos, por haber encendido lámparas delante de una Madona, por haber rogado al pié de la cruz de Nuestro Señor, ó arrodillado al pasar cerca de un santo (8). Constantino Copronio, sucesor de este inieno príncipe, le sobrepasó en crueldad; y Leon, su hijo, marchó por los mismos pasos del uno y del otro; pero Irene, sinceramente afecta al catolicismo, hizo convocar

el segundo concilio de Nicea, donde el culto de las imágenes fué solemnemente restablecido (9); y la emperatriz Teodora, ayudada del patriarca Metodo, consolidó la piadosa obra de Irene.

Si el insulto había sido grave, la reparación fué completa. Desde entonces procuraron honrar á María por cuantos medios pudieron imaginar; se la decretaron coronas de oro, en adelante no se la representó sino con vestiduras de púrpura, cintillos de perlas y diademas de emperatrices (10); grábase su efigie sobre las monedas; bătense medallas en su honor, y solo se combate bajo sus auspicios. "Romanos,—dice Narcés, en el momento de dar á los godos la batalla de Taginas,—Romanos, batios valientemente, la Virgen está con nosotros; no dejéis de invocarla durante la pelea, porque ella mira nuestras falanges, y nos abandonará estos impios que le rehusan el título de *Madre de Dios*." Corre muy pronto el rumor entré las filas, que la *Panagia*, á la cual Narcés era muy devoto, le había prometido la victoria y señalado la hora de ataque. Persuadidos que el cielo favorecía su causa, desplegaron los griegos una energía á que no estaban acostumbrados. Totila fué despedazado, su ejército puesto en fuga dejando el campo cubierto de muertos, y la Italia, libertada á nombre de Nuestra Señora de la Victoria, bendijo altamente á la Virgen y á Narcés.

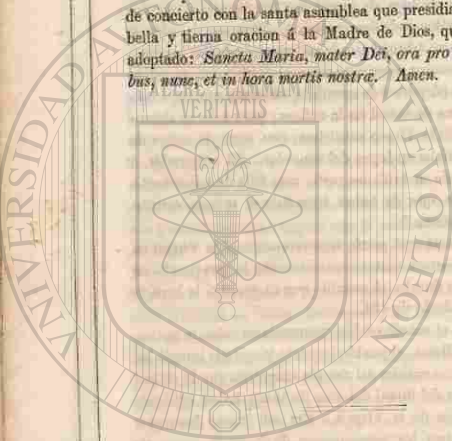
Nicéto nos ha conservado un hecho histórico que prueba hasta qué punto los emperadores del Bajo-Imperio honraban á María. "Juan Comeno despues del triunfo de una batalla,—dice este historiador,—quizo entrar triunfante en Constantinopla, como era su derecho: dispúsose todo para la ceremonia del triunfo; las calles fueron entapizadas de seda y de brocado de oro; erigíronse gran cantidad de tablados en las plazas públicas para ver desfilar esta pompa, que había atraído una infinidad de espectadores de todas las provincias del imperio. Los trompetas, coronados de laureles, marchaban á la cabeza del cortejo; en seguida venían las representaciones de las ciudades conquistadas y de los enemigos vencidos, trabajadas en pintura ó escultura, en mármol ó en marfil, y todo de la manera mas delicada (11); seguían los despojos de los enemigos, armas, telas preciosas, vasos de oro enriquecidos de pedrería

que maravillaban á los espectadores; despues de lo cual aparecian los cautivos, que eran príncipes bárbaros de alta estatura, de semblante fiero y magestad terrible, que marchaban encadenados segun la costumbre, el semblante abatido, los ojos tristes, la cabeza ya baja de vergüenza, ya levantada por un movimiento de rabia y de desesperacion. Despues de ellos se adelantaba el carro triunfal tirado por cuatro caballos blancos; procurábase reconocer sobre este carro al *emperador*, revestido de un manto de púrpura ó de escarlata adornado con ricos bordados, y la corona de laurel en la cabeza; pero solo se descubria la imagen de la Virgen santísima, que, como la causa de la victoria, triunfaba en lugar del vencedor. El emperador, á caballo, seguido de su brillante corte, mas feliz de haber hecho triunfar á María, que de haber triunfado él mismo, cerraba esta marcha cristiana."

Para saber hasta qué punto se reverenciaba á la Virgen en el Asia Menor, bastará contar sumariamente lo que pasaba en Epheso mientras duraba el concilio que excomulgó la heregia de Nestorio, en el año de 431.

El día en que el concilio debía pronunciarse sobre la maternidad divina de María, el pueblo inquieto y agitado inundó las calles, y apretóse al rededor del templo magnífico que la piedad de los habitantes del litoral del mar de Icaris había edificado bajo la invocacion de la Virgen. Era allí donde doscientos obispos examinaban las proposiciones de Nestorio, quien no osa venir á defenderlas: tan poco fiaba él en la justicia de su causa y la fuerza de sus argumentos. Las oleadas de pueblo que se mantenían en filas oprimidas en el átrio de la basilica y en las calles vecinas, guardaban un silencio profundo, y la inquietud se pintaba sobre el rostro móvil de esos griegos, cuyos rasgos bellos y expresivos pintan tan bien las impresiones diversas del alma. Un obispo aparece, en fin, y anuncia á la muchedumbre muda y embargada, que el concilio ha lanzado su excomunion contra el innovador, y que la santísima Virgen es gloriosamente mantenida en su augusta prerogativa. Entónces los transportes de gozo estallan por todas partes. Los de Epheso y los estrangeros que han corrido de todas las partes del Asia, rodean á los padres del concilio, besan sus manos, sus

vestidos, y queman en las calles que ellos debían atravesar pastillas odoríferas. La ciudad se encuentra espontáneamente iluminada, y jamás gozo ninguno fué mas universal. Créese que fué en este concilio de Epheso, donde san Cirilo, de concierto con la santa asamblea que presidia, compuso esta bella y tierna oración á la Madre de Dios, que la Iglesia ha adoptado: *Sanctus Maria, mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostrae. Amen.*



## LIBRO V.

### Oriente.—Las guerras santas.

LOS cristianos del Asia Mayor no ponían menos celo que los griegos de ultra-mar, en manifestar su devoción á Maria. Desde antes de Constantino, una iglesia con el nombre de la Virgen se elevaba cual un faro sobre las alturas del monte Carmelo, donde las olas que se precipitan á morder sus piés, dejan huecos á los que viene á anidarse la golondrina marina. Tiro, la reina destronada, pero poderosa aún en los mares del Levante, se distingue por su catedral de cedro y de mármol, que eclipsa las basílicas bizantinas de los Césares. Damasco, la esmeralda del desierto, gastó sin pesar doscientos mil dineros de oro en fabricar su espléndida iglesia de *Mont-Miriam* (Santa Maria), que los mahometanos quemaron en tiempo del califado de Mectaden, hácia el año 342 de la *hégira* (1). Antiochia tuvo también una soberbia basílica dedicada á Nuestra Señora, y en donde se suspendían lámparas de oro delante de su imagen, que fué necesario muy pronto ceder á la piadosa codicia de la emperatriz Pulcherica, que la sustituyó con una pequeña

estatua de cedro de la Madre de Dios, milagrosamente encontrada en el tronco carcomido por el tiempo de un enorme ciprés, que arrastraba sus ramas en el Oronte (2). El Líbano, esta bella montaña que bajo un cielo de fuego, dice Tácito (3), conserva sus nieves y sus sombras; el Líbano, *cuyos cedros había el Señor plantado por sus manos*, escondía en sus cavernas de roca una muchedumbre de solitarios que se habían consagrado á María. Sentados al borde del río, que toma por su vecindad el nombre de *Santo*, que lleva aún, desliziándose entre dos márgenes de musgo pintorescamente sombreadas, estos hombres del trabajo, de la meditacion y de la oracion, esculpian á la sombra magestuosa de los cedros, que á través de su rico ramaje dejaban escapar sobre sus aguas una luz parecida á aquella que descendiendo en lluvia de púrpura, de zafiro y de oro desde lo alto de las ventanas góticas de nuestras catedrales, aquellas pequeñas efigies de la santísima Virgen, que los peregrinos de Occidente, al visitar la tierra santa en los primeros siglos del cristianismo, llevaban á Europa para depositarlas en las capillas señoriales, ó en las iglesias que ellos han hecho célebres por sus milagros.

María tuvo tambien santuarios en las soledades pedregosas del monte Sinai. En el fondo de una quebrada tapizada de verdura, y tan profundamente encajada entre inmensos peñascos que la cima de las mas altas palmeras guardaba una inmovilidad eterna, sin que sus hojas fuesen jamas balanceadas por el mas ligero soplo de aire, se elevaba en medio de un pequeño bosque de olivos, de álamos y de palmeras, un convento colocado bajo la invocacion de la Virgen. Nada turbaba el melancólico silencio de este oasis, incrustado en las peñas; solo el ruido espantoso de las tempestades que revientan continuamente sobre estas regiones elevadas, era apenas el que se hacia oír. Esta tumba pacífica, destinada al uso de algunos vivientes, no se animaba sino cuando se elevaban cánticos de alabanza por *Aquel que era mas grande que las montañas*, y por *Aquella por quien él había obrado cosas tan portentosas*.

En Persia, donde aun se ven las ruinas de una porcion de iglesias y de monasterios del nombre de María, los cristianos pusieron tambien el mas grande celo en edificar estos lugares de oracion. Eliseo Vertabed, autor armenio muy estimado

que floreció en el siglo V, nos ha conservado en su historia religiosa de las guerras de Armenia, un discurso del rey de los reyes Jesgird, en Occidente Isdignierdo, que prueba lo que decimos. "Yo supe por mis padres,—decia este príncipe en un gran consejo compuesto de sátrapas y de magos, donde se agítala la cuestion de una próxima persecucion contra los cristianos,—que desde el tiempo del rey Chabouh II (en 319), cuando la religion de Cristo comenzaba á esparcirse en Persia y mas allá de los países Orientales, nuestros principales *mobeds* (doctores) aconsejaron al rey abolir el cristianismo en sus estados. Procuero él, pero en vano; porque cuantos mas esfuerzos se ponian para detener esta religion en su curso, tantos mas progresos hacia. Los cristianos de Persia eran tan atrevidos, que fabricaban en todas las ciudades iglesias que superaban en magnificencia á las mansiones de los reyes; levantaban oratorios sobre la tumba de sus mártires, y no habia lugar habitado ó desierto que no cubriesen con sus conventos." (4)

La estincion del cristianismo fué decidido en este consejo, donde los magos eran los mas influyentes; pero el rey resolvió emplear la corrupcion antes de llegar á la violencia; ensayó desde luego, para valernos de esta frase persa, *verter el veneno mortal en la copa de leche*. Llamando á su puerta los *nakrars* ó grandes de Armenia, que gobernaban feudalmente pequeños principados, hereditarios en sus familias, bajo la autoridad de un *marzban* ó virey nombrado por la Persia, les prodiga las alabanzas y las palabras mas dulces, las promesas mas deslumbrantes, para obtener de ellos el sacrificio de su religion. Los que podieron obtuvieron gobiernos, títulos honoríficos, bellas y fértiles haciendas, ó caballos árabes soberbiamente encajados. Jamás habian salido del tesoro real tantos brazaletes de esmeraldas, tantos cintos de oro batido á martillo ó incrustados de rubies y de perlas; tantas piezas de brocado de Raun, cuyo fondo de rojo y oro contrastaba con las flores de pedrerías. Para conseguir el fin, á nada se atendia; todo se daba sin cuenta y sin medida. En tanto que los desertores de la verdadera fé pasaban en tan pequeño número al campo de los magos, el rey de los reyes se apresuraba tanto por

acabar con el cristianismo, que arrojando violentamente la máscara de moderación con que se cubría, lanzó un edicto verdaderamente curioso, donde después de haber elogiado, según las antiguas fórmulas de la corte de Persia, al Dios Santo, *Señor de las estrellas y la luna*, al poder del cual nada se oculta, *desde el sol hasta la noche sombría, desde el simple arroyuelo hasta las azules ondas de la mar*; prosigue exponiendo los puntos fundamentales de su propia y falsa creencia, y denigrando á los cristianos, con el fin de inspirar así la mas alta reverencia por sus propias virtudes (5). Este edicto real fué seguido prontamente de otro, que ordenaba á los armenios abrazaran sin dilacion el culto del fuego, contrajeran alianzas con sus parientes mas cercanos, contrariando la ley de Jesucristo, que declara que tales matrimonios son criminales, y concluia por ordenarles sacrificasen al sol cabras y toros blancos.

El apóstol ha dicho: "someteos á las potestades de la tierra"; pero Dios ha mandado preferir la muerte á la idolatría. Tambien los armenios, en lugar de conformarse con el edicto impío de la corte de Persia, continuaron celebrando en sus campos de caballería el servicio divino, y escuchando, tambien, los sermones de los sacerdotes, que á imitación de los antiguos levitas de Israel les acompañaban al ejército. En vano Isdigerdo, separándolos en pequeños cuerpos, los diseminó en los puntos mas lejanos y mas peligrosos de las fronteras; en vano les dió por cuarteles de invierno los desfiladeros mas horribles de las montañas, ó los países mas enfermizos; en vano ensayó el reducirlos por el hambre y la sed; mientras que, por otra parte, el pobre armenio, esprimido como la uva en el lagar, entregaba al fisco persa sus últimos granos de oro. El árbol de la fé, en medio de todas estas miserias, no quedaba por eso menos verde, *cual el bello ciprés cuya alta copa platean los rayos de la luna*. Los cristianos de Armenia lo habian soportado todo; pero la paciencia les falta cuando el rey de los reyes emprende arrobutamente el arruinar los monasterios colocados bajo la invocacion de los santos, y convertir las iglesias en templos del fuego. Sublévase de una estremidad á otra del reino, y el entusiasmo suple al número; todas las

fortalezas persas fueron tomadas, y todas las piras abandonadas á las llamas. Una gran batalla, en la cual los persas eran diez contra uno, dióse en las fronteras de la Georgia, á orilla de un riachuelo que lleva á Gour (Ciro), el pequeño tributo de sus aguas. El ejército persa presentaba el espectáculo mas espléndido y mas imponente. Sus elefantes de combate cargados de torres, de lo alto de las cuales los hábiles arqueros lanzaban sus flechas de álamo, se estendian por las alas, y en el centro estaba colocada la terrible *milicia de la izquierda*, la falange de los *inmortales*. Estos numerosos escuadrones, resplandecientes de oro, moviáanse al son de los clarines, de las trompetas, de los címbalos y de los campanillos del Indostan; las banderas rojas, amarillas y violetas flotaban cual tulipanes al estremo de las lanzas; los capitanes y los sátrapas arrancaron de sus vainas de oro sus espadas indianas, y lanzaron al galope sus rápidos caballos árabes, con frenos de oro y brillantes mantillas. Vestidos de color oscuro, llevando la cruz sobre sus estandartes oscuros tambien, los armenios, un puñado de bravos, después de haber elevado hácia el cielo sus manos y sus corazones, marcharon á encontrar al enemigo, al son de un canto sacado de los Salmos. "Sed juez entre nosotros y nuestros adversarios, Señor,—cantaban los insurgentes cristianos,—tomad vuestro arco y vuestro escudo por nuestra causa, que es la vuestra; arrojad el espanto en los innumerables escuadrones de estos impíos; que se disipen y dispersen delante de la señal augusta y santa de la cruz. A nosotros nos es igual morir por vuestro amor, y si damos la muerte á estos infieles, seremos los mártires de la verdad." (6)

Escitados por esta oracion, los armenios se lanzaron con furor sobre los persas, y del primer choque forzaron su ala derecha. La refriega fué terrible; el aire, erizado de flechas, asemejábase á *el ala de un buitre*, y las espadas azules centellaban cual la luz que hiende los cielos en un dia de tormenta. El entusiasmo, exaltado por la fé, triunfó; la derrota de los persas fué completa, y los cuerpos de nueve grandes sátrapas, *amigos del rey*, no tuvieron otra mortaja que las silvestres flores de la llanura, ni otra tumba que la boca de las bestias feroces. Las aguas del Lomeki cambiáronse en sangre, y

tan solo un caballero pudo escapar sobre un dromedario, para llevar á la corte de Persia la nueva de esta derrota.

Sin embargo, esta victoria tan grande y tan inesperada como fué, no podía ser decisiva; los cristianos de Armenia no tenían ni oro ni aliados. Marciano, el emperador griego, á quien ellos habían implorado con las manos juntas en nombre de Casro y de su Madre, había enviado con la mayor bajeza y espresamente, un embajador á la corte de Persia, para protestar al rey de los reyes que él no tenía parte ninguna en la revolución de la Armenia cristiana, ni que tampoco se mezclara en ella. Isdiguero comprendió que el César tenía miedo, y fiándose en su cobardía, resolvió proseguir la exterminación del cristianismo en Armenia: con todo no lo consiguió. Los cristianos, abrumados por el número, perdieron una gran batalla, en la cual fué muerta el héroe que los mandaba, Vartan el Mamigonien, un príncipe de origen chino, que sucumbió despues de prodigios de valor. La Armenia reducida al extremo, no se declara vencida; abandonáronse las ciudades por los bosques y los desfiladeros de las montañas; celebrase el oficio divino en el fondo de las cavernas. Los obispos armenios sufrieron el martirio con indomable constancia; los príncipes, acostumbrados al aire vivo y fresco de sus altas montañas, fueron transportados, cargados de hierros, al Korassan, bajo cuyo cielo de fuego reina el Simoun, cuyo soplo mata á la manera del rayo (7), y cuyo suelo es un mar de arena abrasada. Allí habrían ellos perecido de miseria, si dos confesores, mutilados por el sable de los persas, no hubiesen emprendido recoger limosna entre los cristianos vecinos, para remitirla á los grandes señores cautivos. Esto duró siete años. Uno de estos ángeles de caridad murió de cansancio en los ardientes desiertos de Kohistan, cuya calor ha comparado un viagero moderno á una plancha de hierro enrojecido al fuego; el otro continuó solo la misma obra de misericordia. Isdiguero, desarmado por tanta constancia, pone en fin un término á este duro cautiverio; pero esto no fué sino despues de cincuenta años de negociaciones, de treguas y combates, que Vahan el Mamigonien, sobrino del gran Vartan, el héroe de la Armenia, terminó esta guerra santa comenzada en 450 (8).

Si las iglesias cristianas de la Persia merecieron ser comparadas á los palacios de los reyes, de los que los poetas árabes nos han dejado descripciones tan fabulosas de magnificencia (9), las de los pueblos que habitaban entre el Ponto Euxino y el mar Caspio, eran bien pobres en comparación. Estos fueron en un principio edificios de madera, donde se llamaba á los fieles los dias de fiesta, golpeando dos planchas una con otra, porque las campanas eran desconocidas entonces. La primera iglesia de piedra de los armenios, fabricada cerca del manantial del Tigris, fué colocada bajo la invocación de María. Posain, como muchos santuarios de la Siria y del Asia Menor, una imagen milagrosa de la Virgen, que se había confiado á la guarda de santas mugeres (10).

La catedral de Mtkhetha, antigua capital de Georgia, fué la primer iglesia cristiana de este país. Los georgianos la dedicaron á la Virgen. Allí se guardaba en otro tiempo el famoso *Khilon*, uno de los vestidos desgarrados de Jesucristo. Continuamente destruida, pero siempre reedificada con elegancia en el mas alto estilo georgiano, vése aún brillar allí el mármol y el jaspé verde. Una inscripción escrita con letras de oro sobre una de las columnas, dice que este templo divino y venerable de María, *Reina de los georgianos*, Madre de Dios y siempre Virgen, ha sido reedificado por la munificencia y los cuidados de una princesa de Georgia, del nombre de Pebanpato.

La catedral de Mingrelia estaba igualmente dedicada á la Virgen, y se veneraba allí uno de sus vestidos, que se guardaba en una caja de ébano, incrustada de flores de plata. Este vestido, hecho de una tela preciosa, con el fondo de nátila y flores brillantes bordadas á la aguja, fué enviada á Charlino, cuando atravesaba la Mingrelia para volverse á Persia.

En las regiones del Cáucaso, que abunda en conventos dedicados á María, preferían siempre los puntos elevados y de difícil acceso para edificar los mas bellos monasterios; del mismo modo, estos estaban generalmente defendidos por fuertes castillos. El de Miriam-Nischin, en Georgia, estaba fabricado sobre una roca del Cáucaso, en medio de un bello lago de la montaña que lo hacia inaccesible por tierra; una fortaleza

que pasaba por insuperable lo protegía. El castillo y el monasterio fueron sitiados por Melik-Schah, bajo el reinado de Alp-Arslan, su padre, segundo sultán de la raza de los Seljuquides. En el momento en que el ejército del príncipe musulmán se disponía á entrar en las barcas para dar el asalto, y que la guarnición, diezmada por el hambre, veía venir esto atague con un desaliento mezclado de espanto, hizose sentir un horrible temblor de tierra, y el monasterio de Santa María cayó deshecho en el lago (11). Miráse como un milagro este desenlace extraño. «La Virgen,—dijeron los georgianos,—ha querido mejor ver su santuario abatido, que manchado.»

Delante de la puerta principal de Djoulfa, ciudad armenia, antigua y comerciante, situada cerca de uno de los vados más célebres del Araxes, se eleva un pico aislado sobre la estrecha meseta, en que se había construido, desde los primeros siglos del cristianismo, un monasterio en honor de la santísima Virgen. Las puntas de esta roca escarpada, donde florecen aún los lípidos jacintos azules y las olorosas mazorras de mejorana, están cubiertas de ricas tumbas y de antiguas piedras tumulares; ¿pero los habitantes, dónde están?... Cierta día antojósele á un déspota del Asia (12) borrar á Djoulfa, una ciudad de cuarenta mil almas, del número de las otras ciudades que se hallan sobre el globo, y envió allí á Thamas-Kouli-Beg, con la orden de hacerla desocupar en tres días precisos. Fue obedecido. Los habitantes enterraron á toda prisa sus riquezas en lugares escondidos, esperando, ¡vana esperanza! que Schah-Abbas, cuando el huracán de su cólera hubiese pasado, les permitiera volver á poblar su ciudad. Al tercer día, cuando fué necesario partir y que el último minuto de espera había corrido, cada uno tomando las llaves de su casa, siguió á los sacerdotes, que llevaban las de las iglesias. Llegados al pie del peñasco donde el santuario de María dominaba aún las tumbas antiguas de sus abuelos, su desesperación rompe en sollozos delirantes. Forzados, sin embargo, á proseguir su camino, los pobres desterrados arrojaron una última mirada sobre la pobre ciudad abandonada, y después de haber colocado sus iglesias y sus casas bajo la guarda especial de la Virgen santísima, arrojaron las llaves en el río.

Los egipcios, que jamás se habían arrodillado ante las divinidades extranjeras, y que parecían encerrados sin poder salir de su religión bestial, como la llama Flavio Josefo en el tiempo que aun florecía, habían abandonado á sus dioses que brotaban de la yerba, y desertado de los cañaverales del Nilo y sus asquerosos cocodrilos á quienes sus devotos servían de pasto (13), para adorar al Dios del Calvario. Los descendientes del viejo pueblo de los Faraones, habían fabricado desde muy temprano una bella iglesia en la aldea egipcia donde la santa familia se había refugiado para sustraerse á las impías pesquisas de Herodes, y le habían dado el nombre de Nuestra Señora de Matarich. Una linda fuente, donde la santa Virgen lavaba las mantillas del Niño-Dios, había recibido el nombre de fuente de María; y esta fuente, así como un gigantesco sicomoro, que tantas veces había dado sombra á la Madre y al Niño, era el fin de numerosos peregrinages. La catedral de Egipto estaba dedicada á Nuestra Señora.

La iglesia de Alexandria, que brillaba entre todas las iglesias del mundo cristiano como un faro que proyecta á lo lejos su luz, había atado, desde el siglo IV, á su silla patriarcal, un reino casi desconocido de los romanos, sobre el cual Plinio ha esparcido las cosas más extrañas del mundo (14): la Abisinia, cuyos pueblos, judíos, sabeos, idólatras en fin, á su voluntad estaban gobernados por dos reyes nacidos de Malcolá, la bella reina negra, que llenó de perfumes y de pedrerías la ciudad de Jerusalem, y que tuvo un hijo del rey Salomón. Un jóven mercader de Tiro, que traficaba en pedrerías, habiendo naufragado sobre las costas africanas del Mar Rojo, fué apreado al momento y conducido después á Axoum, la antigua capital de la reina de Sabá, y presentado como un cautivo de importancia al *neguz* (emperador), aquel príncipe á cuyo nombre los leones inclinaban la cabeza; y logra que el *neguz* le nombre su tesoro. Después de la muerte del príncipe negro, la educación de su hijo menor, Abreha, fué confiada al jóven tiro, que instruyó secretamente á su pupilo en su creencia, y concibió la magnífica esperanza de llegar á ser el apóstol de estos reinos semi-salvajes. Para obtener este fin, vuelve á Alexandria, donde san Atanasio le consagra obispo de Axoum.

A su vuelta, Frumencio, que fué nombrado *Abba-Salawa* (el padre de salud), bautizó á Abraha, con los principales personajes de su corte: un gran número del pueblo no tardó en seguir el ejemplo de sus gefes. Esta revolución religiosa obróse de la manera que toda revolución religiosa obrarse, es decir, sin vertor una sola gota de sangre. Abraha y su hermano Atzbeba, que reinaron juntos con una edificante armonía, predicaron ellos mismos el cristianismo á sus súbditos (15), y fabricaron numerosas iglesias en honor del verdadero Dios, bajo la invocacion de *Mariem* (María). Una de estas antiguas iglesias, á causa de las sombras que la rodeaban, tenia el lindo nombre de *Mariam Chuonitou* (Nuestra Señora de la verdura).

El cristianismo se extendía entonces sobre la costa opuesta del mar Rojo, en el Yemen, cuyos habitantes adoraban los astros y los árboles; en medio de ellos se encontraba un buen número de judíos. Un príncipe de esta nacion, que habia usurpado el poder supremo en Arabia, persiguió á los cristianos, y desterró en 520 á san Gregencio, árabe de nacimiento, y arzobispo de Taphar, capital de este país. San Aritas, gobernador de Nagran, antigua capital del Yemen, no habia querido apostatar su fé; fué aprisionado y conducido secretamente fuera de la ciudad, donde fué entregado á la muerte á la orilla de un arroyo; su muger y su hija perecieron tambien en medio de suplicios, con trescientos cuarenta cristianos (16); y como Dunaan continuaba en martirizar á aquellos que no querian renunciar su creencia, Caleb, rey de Abisinia, hizo en 530 una expedicion contra él, y le venció. Despues de lo cual el *neguz*, disgustado del trono, cambió su diadema á Jerusalem (17), abdicó la soberanía en favor de su hijo, y se encerró en un monasterio, no llevando con él sino una copa para beber, y una estera para acostarse. Las tropas africanas que él habia enviado al socorro de los cristianos de Asia, seducidas por la belleza y la riqueza de aquel suelo feliz, resolvieron fijarse allí. Estos fueron aquellos cristianos negros, mandados por el gobernador del Yemen, que hicieron contra los árabes de la Meca aquella guerra conocida con el nombre de la guerra del elefante. No obstante, la Arabia Feliz no duró largo

tiempo en su poder: los persas la conquistaron hácia el año 590, y aquellos fueron lanzados á su turno por los generales de Mahoma.

En tiempo de la conversion de los abisinios, la doctrina de Nestorio agitaba la Iglesia. Sabíase que las opiniones de este obispo, que rehusaba á María el título de Madre de Dios, fueron condenadas por el concilio de Efeso. Los abisinios, en su entusiasmo exagerado por la Virgen, no se contentaron con rechazar la heregia de Nestorio; al título de Madre de Dios, unieron el de *Mundi Creatrix*, para testificar la alta idea que ellos tenian de María. Nada, en efecto, es comparable al amor y al respeto de que ella es objeto, desde las orillas del Nilo Azul hasta las montañas de la Luna. Los errores de Dióscoro y de Euticheo, que los abisinios han seguido desgraciadamente, nada han cambiado en esta parte del país.

El viejo Oriente parecia rejuvenecido por su devocion á María; amaba su culto y solemnizaba pomposamente sus fiestas, cuya mayor parte eran de fundacion apostólica. La fiesta de la Anunciacion se guardaba desde el tiempo de San Atanasio; así es que él mismo nos dice que era una de las mas grandes fiestas del año, y como un preparativo á la de la Asuncion, que se celebraba con magnífico esplendor desde el Nilo hasta el Cáucaso, bajo el nombre de *pascua de Nuestra Señora*, por un ayuno de quince días (18).

Todo hacia augurar que el Evangelio iba á estendersc de una estremidad al otra del Asia, pues en el mismo tiempo se empezaba á anunciar al pueblo idólatra del celeste imperio, á aquel Santo nacido de una virgen que la tierra esperaba, decian los discípulos de Confucio, como las flores marchitas esperan el rocío; pero, ¡ay! un huracan mas furioso, mas destructor, mas irresistible que el viento abrasado del desierto, nacido como él en las llanuras arenosas de la Arabia, vino á combatir al cristianismo con una fuerza que Satanás sin duda le habia dado.

Desde ese instante se oyó vagamente un rumor de armas por toda la estension del mar de los Cañaverales; la Arabia se bate con furor contra la Arabia, y los árboles idólatras caen al mismo tiempo que los templos cristianos; despues, todo quedó



en silencio por esta parte, y las legiones de caballeros con el *abba* rayado de blanco y de negro, se precipitaron sobre la Siria cual nubes de langostas, abatiendo con el revés de sus cimitarras mil cuatrocientas iglesias cristianas. De allí se arrojan sobre la Persia, que sucumbe, abandonándolos el famoso estandarte de *Kawed*, del que dependían los destinos del imperio de los magos (19). Las llamas de la soberbia biblioteca de Alexandria alumbran su tempestuoso paso á través del Egipto; muy pronto saltan sobre las playas de Africa, donde en otro tiempo había dominado Cartago, y las sonetas corriendo. Llegados al lugar donde la antigüedad había colocado las columnas de Hércules, los fogosos vencedores alinearon sus corceles en largas filas sobre el estrecho de Gibraltar, y gritaron, agitando fieramente sobre sus cabezas las olas de hojas azuladas de sus espadas: "Dios de Mahoma, mirada; aquella es la tierra que falta á las conquistas de los *verdaderos creyentes*" (20). El Africa y el Asia debían encorvar sus cabezas llorosas bajo el yugo embrutecido y feroz del Islamismo, y las tinieblas de la ignorancia invadieron bien pronto el espléndido é ingenioso Oriente.

## LIBRO VI.

## Occidente.—Las Madonas.

CONSTANTINO, después de haber elevado en el recinto de Roma, esa ciudad divinizada, á quien el paganismo había colocado en medio de las estrellas (1), la soberbia basílica Laterana, había cerrado los templos paganos; pero no tuvo la mano bastante fuerte para arrancar las profundas raíces de la idolatría. Es verdad que la mayor parte de los patrios romanos resistía obstinadamente, fiel á los antiguos ídolos del imperio; el senado mismo se dividía en dos fracciones, la una pagana y la otra cristiana, lo que hacía decir á san Ambrosio, que aquello era como si hubiese dos senados. De esos senadores idolátras era de quienes decía Prudencio: "Los sucesores de los Catones, sumergidos en un vergonzoso error, niegan aún á los dioses de los troyanos; en el secreto santuario de sus hogares veneran los penates desterrados de Frigia; y el senado, me avergüenzo, honra al Jano de dos rostros, y celebra fiestas á Saturno."

En cuanto á la muchedumbre inmensa de proletarios, la

en silencio por esta parte, y las legiones de caballeros con el *abba* rayado de blanco y de negro, se precipitaron sobre la Siria cual nubes de langostas, abatiendo con el revés de sus cimitarras mil cuatrocientas iglesias cristianas. De allí se arrojan sobre la Persia, que sucumbe, abandonándolos el famoso estandarte de *Kawed*, del que dependían los destinos del imperio de los magos (19). Las llamas de la soberbia biblioteca de Alexandria alumbran su tempestuoso paso á través del Egipto; muy pronto saltan sobre las playas de Africa, donde en otro tiempo había dominado Cartago, y las sonetas corriendo. Llegados al lugar donde la antigüedad había colocado las columnas de Hércules, los fogosos vencedores alinearon sus corceles en largas filas sobre el estrecho de Gibraltar, y gritaron, agitando fieramente sobre sus cabezas las olas de hojas azuladas de sus espadas: "Dios de Mahoma, mirada; aquella es la tierra que falta á las conquistas de los *verdaderos creyentes*" (20). El Africa y el Asia debían encorvar sus cabezas llorosas bajo el yugo embrutecido y feroz del Islamismo, y las tinieblas de la ignorancia invadieron bien pronto el espléndido é ingenioso Oriente.

## LIBRO VI.

## Occidente.—Las Madonas.

CONSTANTINO, después de haber elevado en el recinto de Roma, esa ciudad divinizada, á quien el paganismo había colocado en medio de las estrellas (1), la soberbia basilica Laterana, había cerrado los templos paganos; pero no tuvo la mano bastante fuerte para arrancar las profundas raíces de la idolatría. Es verdad que la mayor parte de los patrios romanos resistía obstinadamente, fiel á los antiguos ídolos del imperio; el senado mismo se dividía en dos fracciones, la una pagana y la otra cristiana, lo que hacía decir á san Ambrosio, que aquello era como si hubiese dos senados. De esos senadores idolátras era de quienes decía Prudencio: "Los sucesores de los Catones, sumergidos en un vergonzoso error, niegan aún á los dioses de los troyanos; en el secreto santuario de sus hogares veneran los penates desterrados de Frigia; y el senado, me avergüenzo, honra al Jano de dos rostros, y celebra fiestas á Saturno."

En cuanto á la muchedumbre inmensa de proletarios, la

mayor parte se había entregado á Caisro de buena fé, y menospreciando los altares de Júpiter, se oprimía al redor de la tumba de los apóstoles (2).

La península italiana estaba dividida, como su capital, entre Júpiter y Jesús, Juno y María; la noche del error luchaba con todas sus fuerzas contra la aurora de la verdad. Los sacerdotes de los ídolos atribuían al abandono de sus dioses, las calamidades que precipitaban el imperio hácia su ruina. Si en el Latium el hambre se hacía sentir extraordinariamente, era el César que, *mal aconsejado* por los cristianos que formaban su corte, había suprimido los privilegios de las Vestales; si las fronteras eran inquietadas impunemente por los bárbaros, si los godos penetraban hasta el corazon del imperio, era porque se había destruido el altar de la Victoria. "Pedimos el estado religioso que tan largo tiempo sirvió de apoyo á la república,—decía Simmeo, prefecto de Roma, al emperador Valentiniano II,—pedimos la paz para los dioses y la patria, para los dioses indígenas; nuestro culto ha arreglado el mundo bajo sus leyes, él ha rechazado á Aníbal de nuestras murallas, y á los galos del capitolio. ¡Qué! ¿Roma rehuará en sus viejos dias aquello que en otro tiempo la salvó?... ¡La reforma en la ancianidad es tardía é insultante!"

El paganismo fué vencido en esta lucha por san Ambrosio; pero no por eso continúa menos en bregar contra la *verdadera religión*, que abrumó con sarcasmos, amargos desdenes y calumnias. Así fué que bajo Juliano, Roma reedificó, con un gozo delirante, el altar de la Victoria, que no impidió á los bárbaros de robarla muchas veces. Desmoralizada al ver los enemigos á sus puertas, volvió á hacerse pagana casi toda; las ceremonias prohibidas por Graciano y por Teodosio, reaparecen públicamente; el prefecto llama á los arúspices toscanos, y el último de sus cónsules rescueta, por otra parodia, las ceremonias augurales del dia de su instalacion. "Esto era ya demasiado,—dice Bossuet,—Dios se acordó, al fin, de tantos y tan sangrientos decretos del senado contra los fieles; de todas esas algazaras de gritos furiosos, con que el pueblo romano, ávido de sangre cristiana, había hecho retumbar en el Anfiteatro; y abandona á los bárbaros esa ciudad embriagada con

la sangre de los mártires.... Aquella nueva Babilonia, imitadora de la antigua, como ella soberbia con sus victorias, triunfante con sus riquezas, manchada de sus idolatrías, y perseguidora del pueblo de Dios, cae con el estruendo de una espantosa catarata; la gloria de sus conquistas, que atribuye á los dioses, se la arrancan; conviértese en despojo de los bárbaros; tomada tres y cuatro veces, es robada, saqueada y destruida; la cepada del bárbaro no perdona sino á los cristianos. Otra Roma, enteramente cristiana, renace de las cenizas de la primera; y solo despues de la invasion de esos mismos bárbaros, fué cuando se concluyó del todo la victoria de Jesucristo sobre los dioses romanos, que no solamente se vieron destruidos, sino olvidados." Cuando la idolatría estaba completamente muerta, ábranse de nuevo sus templos de mármol, se les purifica, y los mas hermosos fueron consagrados á la Virgen santísima, ante la cual se arrodilla toda la Italia con un fervor y una fé que, gracias á Dios, duran todavía. Los patrios; rivalizando en una santa envidia, fabricaron iglesias y capillas, decorándolas con una profusion que testificaba su piedad; los altares de María fueron incrustados de plata, de oro y piedras preciosas (3); lámparas no menos ricas los alumbraban; nada se perdonó para que el esplendor de la pompa religiosa correspondiese á la dignidad de la Virgen santa.

El pueblo que no tenia á su disposicion ni oro ni plata, le rinde un homenaje mas tierno, mas íntimo, mas pintoresco. Sobre los risueños ribazos del Bayés, en los fértiles campos de Campania, al fondo de las gargantas del Apenino, en los ventisqueros de los Alpes, en medio de los áridos matorrates de los Abruzos, véase levantar de distancia en distancia humildes altares á la Madona. Aquellas pequeñas y primitivas capillas, medio veladas entre raudas de yedra, ó de verdes encages de pámpano, se escondian humildemente bajo las añejos ramos de los bosques, y su sombra se proyectaba al medio dia sobre la suave corriente de los arroyos. Esta devocion tan fresca, tan ingénuo, si bien tan apropiada á las dulces inclinaciones y á las costumbres sencillas de aquella que es el objeto, subsiste aun en nuestros dias con toda su religiosa poesía. Victoriosa del tiempo y de las conmociones políticas, la Madona abraza

aún, bajo su sôlo de follage ó de jazmin, su misteriosa lamparilla. Cada noche, el pastor de la colina, el labrador del valle, y del mismo modo añadiré, el bandido de los caminos, encendiendo devotamente la llama vacilante, que brilla como una estrella protectora en lo alto de las montañas, y que se asemeja á una luciérnaga del bosque; el circo de tierra que la rodea, es sagrado; en aquel lugar, el asesino mas feroz de la Calabria no osaría tirar de su puñal, y se arrodilla y ora cuando las campanas lejanas suenan lentamente el Ave-Maria; aquel es el último lazo que le ata á la humanidad, y es muy raro que esa ligadura llegue á romperse para siempre (4).

Estas capillitas solitarias, perdidas en medio de los peñascos, despiertan en el alma del viajero menos religioso, mil sensaciones deliciosas, parecidas al perfume largo tiempo olvidado de una flor de la tierra natal, y que nos sorprende de repente en un pais extranjero. Un autor moderno, que no ensalza mucho el catolicismo, sino por el contrario, retrata de una manera encantadora las emociones que experimentó á la vista de una de estas Madonas escondidas en las montañas del Tirolo, "En un recodo de la montaña, dice, encontré un pequeño nicho trabajado en la roca; dentro su Madona, y á su lado la lámpara que la devocion de los montañeses enciende y enciende cada noche en las soledades mas apartadas; habia allí tambien, al pié del rústico altar, un ramillete de flores cultivadas y recién cogidas. Aquella lámpara aun humeante; aquellas flores del valle, frescas aún, á tantas millas en una montaña estéril ó inhabitada, eran ofrendas de un culto mas ingénio y mas tierno, que cuanto habia yo visto en este género hasta entonces. A dos pasos de la Madona estaba un precipicio, que era necesario rodear para salir del desfiladero; la lámpara de la Virgen debia ser utilísima de noche á los viajeros."

Durante la revolucion de 1793, y cuando la Francia acababa de apoderarse del reino de Nápoles, corrió el rumor de que ellos iban á cerrar las iglesias y abolir el culto de la Virgen santísima. A esta noticia, los paisanos de la Calabria tomaron sus largos fusiles; todas las campanas de esta region montañosa tocaron á rebato, y los mismos bandidos que llevaban la imágen de la Madona suspendida de una cinta roja, se mezclaron con

las tropas de línea, y pelearon como leones. Estas bandas calabresas fueron las últimas en dejar las armas (5).

De la Italia, el culto de la Madre del Salvador pasó bajo el cielo mas rígido y mas azul de las Galias. Los dioses olimpicos habian penetrado allí tras de las cohortes victoriosas de César, y los templos de Augusto y de Júpiter se elevaban al lado de los dolmens, los menhirs, y de los altares menos antiguos de Beleno. Los ídolos de los emperadores, servilmente aceptados por la poblacion galo-romana de las grandes ciudades, no tardaron en desaparecer despues de la conversion de Constantino; pero fueron necesarios siglos para destruir el culto de los árboles, de las piedras, y de los manantiales del druidismo materializado (6). En vano las virtudes activas, la dulzura untuosa, la angélica abstinencia de los anacoretas cautivaban la admiracion de las poblaciones galas; en vano la caridad ingeniosa, la integridad sin tacha, la religion dulce y compasiva de los obispos atraia sus almas al Dios crucificado, por una santa y poderosa magia; la vista de las encinas gigantescas, que se alzaban cual negros fantasmas en medio de los áridos matorrales, el aspecto de un roble cubierto de musgo, ó de una fuente divinizada, destruian en algunos instantes la lenta obra de los pastores cristianos.

En este estado de cosas, tan capaz de exasperar la paciencia mas experimentada, el clero galo se mostró digno de la mision religiosa y civilizadora que habia recibido de su divino maestro. El era, naturalmente caritativo y humilde de corazon; la necesidad lo hizo hábil. Impotente para romper las costumbres supersticiosas, que se ligaban estrechamente á las profundas raíces del viejo tronco celta, santificó lo que no podia abolir, y cambió en gloria de Dios las prácticas mismas de la idolatría. Los menhirs de las tierras desiertas, donde los hijos de Tentates iban continuamente á rogar á la claridad plateada del astro encantado, á quien llamaban *la bella silenciosa* (7); fueron coronados por una cruz de granito, arrojando así, á través de los ritos idolátricos, un pensamiento cristiano. Los rôbles de ochocientos años, de donde los druidas habian cortado con sus hoces de oro el ramo de los espectros (8), recibieron en sus troncos cavernosos la dulce imágen de María; así es como

los bárbaros encontraron, aun á la orilla de las fuentes de *las hadas* (9), las imágenes de María y de los santos.

Esta sustitucion, que anunció en aquellos que la hicieron un tan perfecto conocimiento del género humano, tuvo lugar no solo en las Galias, sino entre los belgas, los españoles y los bretones; y en todas partes fué coronada de suceso. Con el tiempo, las tradiciones misteriosas del druidismo descendieron del canto de los bardos á cuentos populares; las margaritas de los campos, el lirio de los bosques, los troncos olerosos de madre-selvas no fueron ya deshojados en la corriente de las aguas, en honor de la fuente divinizada; se les depositó sobre el rústico altar de María, y la lamparita de su capilla reemplazó las antorchas de madera resinosa con que los galos alumbraban los contornos de aquellos viejos robles, que se llamaron entonces *los robles del Señor*.

Cuando la invasion de los bárbaros, queriendo los cristianos sustraer á la profanacion de estos furiosos los objetos reverenciados de su culto, escondieron cuidadosamente las estatuas pequeñas de la Virgen en parages mas desviados y menos accesibles de sus bosques. Estas imágenes santas quedaron allí, no porque estuviesen olvidadas, sino porque la espada de los godos, de los hunos y de los vándalos abatía las poblaciones, como el segador abate la yerba de las praderas; y esto era á tal extremo, que en los países mas fértiles y mas populosos del mundo romano, el viajero caminaba muchos dias sin ver el humo de una sola cabaña (10).

Mucho tiempo despues, un gran número de estas Madonas de las fuentes y las florestas, reaparecieron con esplendor; y segun los antiguos cronistas españoles, belgas y franceses, milagros repetidos acompañaban su descubrimiento. Si una viva luz atraía de noche un cazador español, ó un pastor de los Pirineos, hacía un zarzal donde los pajarillos gorgueaban melodiosamente todo el dia, era que allí estaba una imagen de María en medio de las flores de un arbusto espinoso, y embalsamado por los perfumes de la brisa de los bosques. Otras veces, los zagales viendo á sus carneros arrodillarse en un otero cubierto de yerba finísima y sembrado de violetas blancas, escavaban el suelo donde se encontraban, y con indecible sor-

presa descubrían una pequeña estatua de madera, groseramente esculpida, pero en un estado perfecto de conservacion, que representaba la santa Virgen. Tambien sucedía que las estrellas al caer iluminaban la noche con un reguero de luz, descendiendo todas en un mismo lugar; como las luciérnagas en viage indicaban á los bandos españoles acampados bajo las torres de alguna ciudad mauritana, el lugar donde, desde el tiempo de Rodrigo, los santos religiosos habian escondido furtivamente, durante las noches de fuga y de alarma, una imagen milagrosa, para sustraerla á las profanaciones de los moros. Despues, eran caballeros sin miedo, ilustres princesas, que cabalgando con el halcon en el puño á traves de los hondos bosques de Francia ó Lasisitania, descubrían en el hueco de un viejo roble emblanquecido de musgo, ó en el fondo de algun peñasco cuyos espinos defendían la entrada, una pequeña Madona (11). A este aspecto, el poderoso baron, la noble dama, se santiguaban con un aire humilde y devoto; descendían á prisa de sus palafreos, se arrodillaban sobre la yerba delante de la Madona, y hacían el voto de consagrarle una capilla.

Nuestra Señora de los Espinos Floridos, fué encontrada sobre una roca llena de zarzas con circunstancias maravillosas: veid aquí cómo lo cuenta una sencilla leyenda del tiempo pasado.

“No muy lejos de la mas alta cima del Jura, pero bajando un poco hacia su pendiente occidental, veíanse aún mas de medio siglo atrás, un monton de ruinas que habian pertenecido al monasterio de Nuestra Señora de los Espinos Floridos, fabricado por la viuda de un caballero, el último de su raza, muerto en la conquista del sepulcro de nuestro Salvador. La noble castellana pasábase una noche de invierno en la larga avenida de su viejo castillo. Con el espíritu ocupado en meditaciones piadosas llegó hasta el matorral de espinos que indicaba despues el lugar del monasterio, y no fué poca su sorpresa al ver que uno de los arbustos estaba ya vestido de primavera; una claridad suave y pura, como aquella que desciende al nacer la aurora, le moestró los espinos en flor, y bajo aquel cortinado de verdura, reacamado de pequeñas estrellas blancas y rayos encarnados, estaba una estatua de la Virgen tallada con sencillez de una madera grosera, pintada por un pincel poco diestro, y revestida de

hábitos que revelaban un modesto lujo; el esplendor milagroso con que estaban esclarecidos aquellos lugares, dimanaba de ella. Transportóse la imagen santa piadosamente y con gran pompa á la capilla del castillo; pero al día siguiente no se la encontró allí. La reina de los ángeles había preferido la sombra modesta de sus espines favoritos, al suntuoso lujo de la capilla señorial; ella había vuelto en medio de la frescura de sus bosques á buscar la paz, la soledad y las suaves exhalaciones de sus flores. Todos los habitantes del castillo volvieron allí en la velada, y la encontraron mas resplandeciente que en la vigilia. Cayeron arrodillados en un respetuoso silencio. Poderosa Señora, dijo la castellana, *felicísima Santa María, pues que preferis este lugar, hágase vuestra voluntad*; y poco tiempo despues elevábase una abadía gótica en el mismo sitio en donde se había encontrado á la Madona milagrosa. Los grandes del reino la enriquecieron con sus dones, y los reyes la ofrecieron un tabernáculo de oro puro.<sup>11</sup>

La Bretaña abundaba en álmos consagrados al culto de María; el mas célebre estantaba sus ruinas á la orilla del Océano sobre una colina aislada que se levanta á alguna distancia de Lesneven. Revenenciábase allí á Nuestra Señora de los Puertos, cuya estatua, que era de plata maciza, era desde tiempo inmemorial un objeto de profunda veneracion para los devotos de la Armórica. El santuario, hoy día, está vuido de su Madona á quien robaron los *incorruptibles* agentes de la república; pero no es por eso menos frecuentado por un gran número de peregrinos de largos cabellos, de barba crecida, vestidos de pieles de cabra, que vienen á pedir á la Madre de Dios mejores dias, abundantes cosechas, ó la salud de algun pariente enfermo. Al varlos en este traje primitivo, anterior á la conquista romana, arrodillados devotamente á la sombra de los bosques y á la vista del Océano que bate sus rocas de granito con sus olas verdosas, y con los *dolmens* de los viejos héroes que marcharon á la conquista del Capitulo, os creereis transportado á la *Gallia-Cornata* de Plinio, y la ilusión será luego irresistible, si entonan un canto á la Virgen en el antiguo y sonoro idioma de los celtas, el language de aquellos.

El Berry tenia tambien su célebre Madona de la Encina, la

que un señor de Bouchet, buscando su gavilan en medio de los bosques, había encontrado en el hueco de uno de estos antiguos árboles sagrados de los galos, sobre el cual el ave cazadora se había parado, como para atraer allí la atencion de su amo. La encina que estendia las dulces tinieblas de su sombra sobre la graciosa estátua de María, al redor de la cual el anémoma se enredaba como el marco de un cuadro gótico, superaba un islote cubierto de yerba finísima, el que á su vez era cercado por una bella sabana de agua limpida, de un pequeño lago, al que no se por qué, se había dado el nombre de *Mar-Rojo*. Esta encina llegó á ser el objeto de tantas peregrinaciones, que despues de habers hecho una calzada que condujese allí, se le rodeó de un edificio religioso. La imagen riquísimamente adornada por la piedad de los habitantes del Berry, fué robada durante las guerras civiles de los protestantes; pero el conde de Maur hizo fabricar otra con la misma madera de la encina que tan largo tiempo la había abrigado, y que podia decir como la tierra embalsamada del poeta persa: "No soy la rosa, pero la he sobrevivido!" (12)

En Picardia una pequeña Madona, estaba depositada en el hueco de una vieja encina, en el camino que conducia de Abbeville á Hesdin; esta imagen milagrosa sobre la cual la madre selva dejaba caer cual un velo de flores sus festones de olor suavísimo, dominaba un oasis de verdura que contrastaba dulcemente con la desnudez del camino espuesta á los rayos del sol, y ofrecia un descanso delicioso al viajero de á pié y al noble peregrino que como san Luis, ó el señor de Joinville, pasaba descalzo á algun lugar sagrado para cumplir un voto hecho por alguna persona querida. El bandido de los tiempos feudales, quitándose su capiruzo de paño burdo, murmuraba allí tambien un *Ave María* á Nuestra Señora de la Fé; y la castellana, despues de haber orado á los piés de la Madona, abria su limosnero adornado de blasones plateados, y dejaba caer de su mano blanca y delicada una ligera lluvia de monedas de plata, en el tronco de la vieja encina, donde el pudor evangélico de los fieles de la edad media depositaba en secreto, para el pobre, la limosna que él tomaba allí sin vergüenza, y que ninguno cogia sino él (13). El viajero, despues de concluir sus

oraciones, se sentaba con los pies estendido sobre la yerba muelle y fresca que le recompensaba de su larga caminata: aspiraba el perfume de las flores; escuchaba el murmullo de la fuente vecina, y gozaba del contraste de la fatiga pasada y del reposo presente. Pero era necesario partir; ¡qué lístima!; La sombra era tan bella!; la yerba tan blanda!; el murmullo de la fuente, que parecía acallar su ruido para no cubrir el ligero sonido de la oracion que subia dulcemente hasta María, era tan encantador!... Santiguábase, al fin, murmuraba un ruego de despedida á la Virgen, deslizaba una moneda para el enfermo arrodillado á la orilla de la zanja, y sus bendiciones le seguian por el camino. “¡Buen viajero!; que Nuestra Señora os libre de todo mal!” y volvía la cabeza al recodo del camino, para arrojar una última mirada á la encina de Nuestra Señora.

El Anjou, donde los peregrinages de María datan desde un tiempo tan remoto, tenia, cerca de la aldea de Sablé, su encina contemporánea de los Plantagenets, y adornada de su Madona no menos antigua. Al pie de los bosques, sobre la frontera de la Lorona, una enorme encina gala, que los paisanos llamaban aún, por una antigua costumbre, el *árbol de las hadas*, llevaba en su seno, suavemente tapizado de musgo, una blanca y misteriosa imagen de la Virgen, delante de la cual Juana de Arco, la santa hija, iba devotamente á orar con todo su corazon contra aquellos mismos ingleses á quienes ella debia muy pronto hacer huir ante sus banderas. El Hainaut tuvo tambien sus viejas encinas con imágenes milagrosas; á la España, y al Portugal tampoco le faltaron; y en Inglaterra, bajo el reinado de Carlos I, veíase aún á sus hijos católicos invocar de rodillas á la Madona ausente, y Evelino nos dice, que se daba á estos árboles el nombre de *encinas de la procesion* (14).

Pero de todos los monumentos del reino vegetal que han sido consagrados á María, no hay ninguna que pueda disputar en belleza á la encina de Allouville, en el pais de Caux. La circunferencia de este viejo hijo de la tierra, es de treinta y cuatro pies bajo sus raices, y de veinte y seis á la altura de un hombre. El ostenta la cima grande y escavada del cedro,

y sus vastas ramas, que nacen del tronco á ocho pies de su base, se estienden horizontalmente hasta cubrir un grande espacio de terreno. El interior del árbol está hueco en toda su profundidad; habiendo sido destruidas las partes centrales hace muchos siglos, solo subsiste hasta ahora por la corteza y por los criaderos interiores de la albura; mientras tanto, cada año se cubre de bellotas y se adorna de un espeso follage. Se ha construido en la cavidad de esta encina, que data al menos desde novecientos años atras, y que ha visto caer los bosques druidicos, una capillita encantadora, revestida de mármol, en donde la imagen de María decora el altar. Una reja guarda este santuario, sin ocultar la santa imagen á los ojos del viajero. Debajo del santuario hay una celdilla; habitacion digna de algun nuevo *Styite*, á donde conduce una escaleta espiral que da vuelta al rededor del tronco. Esta habitacion aérea cubierta de un techo puntiagudo, forma un campanario superado de un cruz de hierro, que se eleva de una manera pintoresca bajo las ramas de la encina (15).

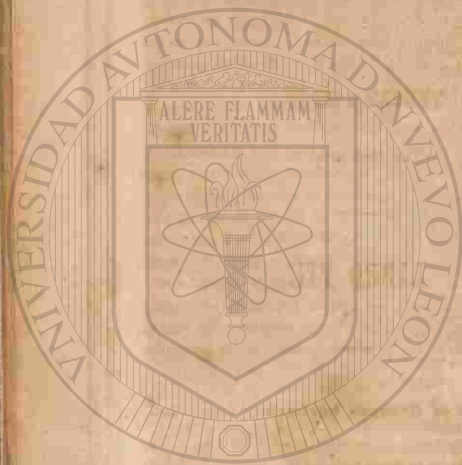
En ciertas fiestas del año, y sobre todo en la fiesta de la patrona, la capilla sirve para las ceremonias del culto, y las poblaciones de las aldeas vecinas se reúnen en tropel á los pies de la Virgen gala, que parece envolverlas maternalmente bajo su fresco manto de verdura. Estas buenas gentes aman entrañablemente á su Madona, y lo han probado. En la época desastrosa en la que todo cuanto tenia un culto era proscrito, cuando la menor manifestacion del catolicismo era castigada de muerte, una tropa de revolucionarios de Rouen marchó belicosamente hacia Allouville, con la intencion decidida de quemar la encina secular junto con la Virgen que abrigaba. Los paisanos de Normandía, aunque menos susceptibles de entusiasmo que los bretones, se reunieron armados bajo la encina, y rethazaron tan vivamente á los republicanos, que aquellos partieron con solo la vergüenza de su inútil tentativa. En lo mas fuerte del Terror, cuando los cantos piadosos habian cesado en todas partes de la Francia, cuando un pueblo enloquecido, adorando á Marat sobre el altar de Cauro (16) vaciaba: *¡No hay ya mas santos, no hay mas Dios, no hay mas alma inmortal!*—veíase levantar del medio de las ramas

nudosas de la encina de Allouville, la cruz de hierro de la ermita, y se leía aún sobre el frontispicio de su capilla esta inscripción dulce y tierna: A NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ.

Bajo los sucesores de Constantino el Grande, las Galias, donde el paganismo perdía terreno cada instante, se habían hecho cristianas casi enteramente. Desde los tiempos de Teodosio contenían diez y siete metrópolis, dedicadas la mayor parte á María, y ciento quince obispados, que gobernaban otros tantos obispos de gran saber, de una rara piedad, de una caridad sin límites, y cuya ilustre sangre se añadía á su influencia. El cristianismo se esforzaba entonces en dar costumbres santas y severas á estas poblaciones galas, apasionadas por los juegos del circo, las carreras de carros, y los placeres seductores del teatro; voluptuosidades enervantes y dañosas que floma, pagana y corrompida, arrojaba políticamente como cadenas de flores á los pueblos primitivos á quienes había tenido el trabajo de someter, y todo esto para quitarles el valor. Los obispos, que han sido tan ligeramente acusados de haber pactado con el paganismo, tan solo porque fueron impotentes para arrancar aquellas malas raíces paganas, ponían, por el contrario, todo su cuidado en estirparlas; y se lisongean ya de conseguirlo, cuando de repente, en medio de una profunda paz, y mientras que la Galia pasaba sus días sin cuidar del mañana, tranquila por las legiones que acampaban en sus grandes ciudades y en las sesenta fortalezas que protegían sus fronteras contra los bárbaros, ved aquí que el ruido de las trompetas guerreras se deja oír á la orilla del río que la separa de la Germania.... Al instante mismo espesos batallones enemigos se precipitan en las llanuras, donde los ecos repetían débilmente aún los últimos retornelos de las canciones galas; los campos devorados por el hierro y el fuego, los ríos tintos de sangre, las ciudades abandonadas al pillage, los circos demolidos, los templos de mármol de los antiguos dioses del imperio despedazados por el suelo, y las iglesias cristianas profanadas, anuncian la aproximación irresistible de estos feroces guerreros del Norte, cuyos dioses llevaban los títulos significativos de despobladores y padres de la matanza; entonces se lanzan de una vez sobre la Galia, como un ava-

lanche que se derrumba rugiendo por la pendiente de las montañas; el guerrero no tiene tiempo ni aun de tomar sus armas, y el espanto quita hasta el pensamiento de huir; los pobres y los opulentos, todos, todos experimentan igual suerte..... Un velo opaco y tenebroso, parecido al velo negro que la tempestad estiende sobre el horizonte de los mares, cuando las olas espumosas y cargadas de algas se estrellan con furor contra los arrecifes de la costa, cubre la bella provincia romana, y no deja brillar sino el color de la sangre y el resplandor de las armas. Desde el Rhin hasta los Pirineos, desde el Mediterráneo hasta el Océano, la Galia, en otros días tan floreciente, no es sino un vasto teatro de desolacion y carnicería. Esta época desastrosa, que vió derrocarse en desecho polvo el coloso romano, y que cambió la faz de la Europa Occidental, fué la espantosa vorágine que se tragó la civilization antigua toda entera; y Robertson, el grande historiador inglés, no vacila en decir, que si él fuese llamado para designar el periodo mas deplorable de la historia del mundo, nombraría sin vacilar aquellos tiempos que empiezan con la muerte de Teodosio el Grande y concluyen con el establecimiento de los lombardos en Italia.





### TERCERA ÉPOCA.

LA EDAD MEDIA.

### LIBRO VII.

#### Los tiempos bárbaros.

LA invasión de los bárbaros fué para la religión, como para los pueblos que vivían en la molición y civilización á la sombra de las águilas romanas, una época de terror, de duelo y de lágrimas, una noche de sangre alumbrada por el resplandor lejano de los incendios, horrosos con el choque de las espadas, y el correr de los guerreros, quienes tomaban por sí mismos el espantoso título de azotes de Dios. Cuando el ruido de esta gran marcha de hombres hubo cesado, y que se pudo distinguir alguna cosa á través del humo de las conflagraciones, y la polvareda de los campos de batalla, vióse que la Europa había cambiado de aspecto. Los sajones ocupaban la fértil Inglaterra, los francos se habían apoderado de las Galias, los godos de la España, y los lombardos de la Italia. No quedaba ni el menor vestigio de las ciencias, de las artes, de las instituciones civiles

y políticas del poderoso pueblo de Rómulo; la barbárie lo había invadido todo, y todo había desaparecido delante de ella. Por todas partes observábase nuevas formas de gobierno, nuevas leyes, nuevas costumbres, una sola cosa había resistido esta transformación general: el cristianismo, que debía consolar á los vencidos y humanizar á los vencedores.

El culto de María, debilitado algun tiempo por el arrianismo, que dominó fatalmente despues de la invasion de los godos y de los vándalos, floreció de nuevo bajo las banderas victoriosas de los francos. Clovis, que era el solo rey católico de su tiempo, concibió el designio de fabricar, bajo la invocacion de Nuestra Señora, y en la parte oriental de la ciudad, una iglesia metropolitana, de la cual él mismo colocó la primera piedra y que su hijo Childeberto concluyó (1). Esta iglesia, fabricada en el lugar de un templo de druidas, fué adornada de columnas de mármol, de frescos, un fondo de oro, y de un pavimento de mosaico. El poeta-obispo Fortunato, álabo sobre todo los cristales que esparcian en el interior una grande claridad; estos cristales eran un lujo importado de la Grecia y de la Italia, que no hacia sino introducirse en las Galias (2).

Clovis I hizo fabricar á nuestra Señora de Argentueil, donde la princesa Teodora hija del emperador Carlomagno, tomó el velo, despues de haber acompañado á su padre á Italia; esta abadía que estaba entonces en medio de los bosques, fué arruinada por los normandos, y reedificada con magnificencia por la piadosa reina Adelaida, muger de Hugo-Capeto, que se complacia en adornar los altares con bellas obras trabajadas de sus manos.

Los otros príncipes merovingios, sin exceptuar el mismo Chilpérico, el esposo sanguinario de Fredegunda, consagraron á la Virgen Santísima un gran número de capillas y de abadías. Radegunda, hija de Berthero, rey de Thuringa, la esposa santa y abandonada del rey Clotario, pidió llorando sobre su lecho de muerte, que se la enterrase en la iglesia, aun no concluida, de Santa María, que ella entonces hacia fabricar en Poitiers; esta misma piadosa princesa, que rehusó tomar de nuevo la corona de reina, que su feroz y voltario esposo la ofrecia, fundó en Neustrie, cerca de un manantial druidico que los galos de su

época se obstinaron aún en adorar secretamente; la iglesia de Nuestra Señora de Caillouville, que fué adornada de tantos santos é imágenes, que con la mejor buena fé se la comparaba al paraíso. De la iglesia merovingia nada queda, si no es la fuente que vierte siempre en el mismo lugar sus aguas bienhechoras, y adonde se viene desde muy lejos para buscar la salud. Cuando el agua está calma y reposada, púédese ver aún sobre las baldosas que sirven de fondo á la fuente de Nuestra Señora, la imagen de Santa Radegunda, con esta inscripcion: "Rogad por nosotros."

Otra esposa de Clotario I, la reina Waltrada, y una hija de este rey, la princesa Engeltrada, fundaron en Tours, hácia el año de 600, una bella abadía con el título de Nuestra Señora del Escrignol ó del Ecrin; en la cual, probablemente, emplearian estas princesas todas sus joyas (3), y muchas doncellas del mas alto nacimiento se encerraron con ellas en este monasterio, hasta que fué destruido por los normandos.

Gregorio de Tours nos cuenta, que había entonces en la capital de la Turena, una iglesia de Nuestra Señora, cuya santidad era tremenda; en las circunstancias mas solemnes jurábase con la mano sobre el altar, y era fama que los perjuros morian en el mismo año (4).

La real compañera de Clovis II, Bathilde, esta bella y santa princesa, que fué la perla de aquellos tiempos bárbaros, fundó la soberbia abadía de Chelles, donde se retiró cuando hubo terminado su gloriosa regencia; esta abadía situada en medio del espeso bosque donde Chilpérico había encontrado la muerte, fué colocada bajo la invocacion de la Virgen Santísima. Una gran dama de la corte merovingia, Lutruda, muger de Ebroin, aquel célebre mayordomo de palacio, sobrenombrado el Mario de los francos, porque para llegar al poder absoluto tomó la máscara popular, fundó despues de la muerte de su terrible esposo, la espléndida abadía de Nuestra Señora de Soissons, que fué inaugurada por San Dronisino. Seis princesas carlovingias gobernaron sin interrupcion esta abadía durante ciento cuarenta y cinco años. En aquel tiempo se miraba á Nuestra Señora de Soissons, como la flor de los monasterios religiosos del imperio franco, y las hijas de las mas grandes familias tomaban allí el

velo. La afluencia llegó á ser tal, que fué necesario poner límites; á ruego de la abadesa Imma, Carlos el Calvo fijó el número de religiosas en doscientas seis. Este príncipe mandó también establecer delante de la puerta del monasterio, una hostería y un limosnero para los viageros. Todo respiraba la piedad en esta opulenta casa: el oficio divino jamás se interrumpía, y las noches enteras valábase ante el Santísimo Sacramento. Cuando el rey estaba en el ejército, ó que su vida corría algun peligro, el número de religiosos que pasaban la noche delante del Señor era mas considerable que de costumbre. Siguiendo el uso de los tiempos feudales, este monasterio debia enviar al ejército su contingente de soldados. Su importancia disminuyó con la del imperio franco; pero dos reliquias de Nuestra Señora atrajeron allí durante toda la edad media un gran concenso de peregrinos de todos los países. Entretanto, ya nada queda sino algunas bóvedas de aquel claustro merovingio.

Una princesa austriaca, Pletruda, esposa de Pepino de Hóristal, fabricó también, en tiempo de la primera raza, la iglesia de Nuestra Señora de Colonia, que subsiste aún.

Pero de todas las fundaciones piadosas en honor de la Virgen Santísima, que se remontan á estos tiempos atrasados, no hay ninguno que recuerde un hecho mas dramático que aquel de Nuestra Señora de Tréves, en el antiguo pais de Tongres, la patria de los francos, que hacia entonces parte del ducado de Austria. ¿Quién no recuerda esa leyenda popular de Geneveva de Brabante? ¿De esa leyenda que ha sido referida por tantos trovadores y menestrales en las salas de armas de los poderosos barones del tiempo feudal, y cuyas estampas el pueblo de las cabañas pega aún á su mugriento hogar, despues de mas de mil años, cantando siempre en sus veladas la demanda gótica que encantaba á la corte de Carlomagno? Aquella historia de los siglos bárbaros, testificada por un monumento, recuerda una cosa verdaderamente trágica, un drama verdadero, de donde Shakspeare sacó, quizá porque á él le gustaba sacar de las viejas crónicas, los dos mas grandes caracteres que ha producido: Yago, calumniador y traidor á la vez; y Othello, el héroe de espíritu crédulo y corazon envidioso. Sifredo, palatino de Tréves, se arranca con dolor de los brazos de una esposa á quien

adoraba, para ir á combatir á los moros bajo el glorioso estandarte de Carlos Martel. Golo, primer criado del palacio del príncipe, es decir, uno de sus principales señores, á quien él habia confiado la custodia de su jóven esposa, un espejo de virtud, una perla de belleza, concibió por la santa y encantadora princesa una pasion audáz que la declara con insolencia; rechazado con el desprecio que merecia su traicion, el indigno favorito que habia meditado á sangre fria la deshonra de un hombre que le amaba, no vacila en calumniar bajamente á la muger que no habia podido corromper, porque todas las cobardias son hermanas. Sifredo le creyó, estaba lejos, amaba locamente á su muger, estaba envidioso; en el primer ímpetu de una indignacion que encontraba legitima, condena á morir á Geneveva y á su hijo; pero los criados á quienes él habia encargado de ejecutar la sentencia, no tuvieron valor para desempeñarla, y la princesa belga se interna en el bosque lleno de bestias feroces con su hijo, á quien alimenta la leche de una cierva salvaje. Durante seis años, la esposa inocente y calumniada vivió de raíces y frutos amargos, pidiendo con lágrimas incessantes á Dios que su inocencia fuese reconocida. La Virgen misericordiosa, enternecida de tantas lágrimas y de tanta desgracia, se le presenta un dia á la orilla de una fuente y la ofrece lo que pedia. Poco despues, durante una partida de caza, Sifredo que queria siempre á su muger y que nada habia podido consolarle de su pérdida, la encuentra en el fondo de una cueva, cubierta de harapos miserables, y no teniendo otro velo que sus largos cabellos. Golo confesó su infamia, y fué descuartizado por cuatro toros salvajes del Bosque Negro. Concluido este acto de severa justicia, Geneveva hizo erigir una iglesia en honor de María, en medio de los bosques donde habia vagado durante tan largo tiempo y en el lugar mismo donde la Madre de Dios se le habia aparecido. Hidolfo, arzobispo de Tréves, consagró esta iglesia en el año de 746 (5).

No obstante estas señales de veneracion tributadas á la Virgen, seria desfigurar la historia pintar su culto como si hubiese llegado á su mas alto periodo bajo la primera raza de nuestros reyes: este culto, para hablar así, no estaba sino en su nupura. Las devociones locales abservian á los señores y á la

plebe; san Martín de Tours, san Dionisio, san Gerónimo, san Hilario eran el objeto de una veneración enteramente tan exclusiva que fuera de Nuestro Señor, todo estaba arrinconado en la sombra. Solo los altares de estos santos estaban embutidos de oro, solo sus tumbas eran las que se cubrían de planchas de plata, solamente bajo las bóvedas de sus iglesias romanas se suspendían en *ex voto*, los vestidos tejidos de oro y bordados de perlas (6). La blanca imagen de María, las grandes figuras de los apóstoles, al ejército de los mártires, desaparecían ante los primeros obispos galos. También un impostor del nombre de Didior, que quiso establecer una secta en el siglo VI, se llamaba con una ingenuidad andaz *mas grande* que los apóstoles y *casti santo* como San Martín (7). Este modo de obrar, que nos causa alguna sorpresa, venía de la extensión de las luces; era porque las leyendas estaban antes que el Evangelio, y que la ignorancia que no ha sido sino un mal, no se detenia siempre al umbral de los templos cristianos; esto es por lo que los sucesores de los Basilio, de los Ambrosio, de los Crióstomos, merecían que Alfredo el grande dijese de ellos con un triste desaliento: "desde el Támesis hasta el Humber, ninguno comprende el *Pater*, y en el resto de la isla es peor aún." (8)

La Galia no se convirtió enteramente al Evangelio bajo los reyes merovingios; los francos habían completamente abjurado sus feroces divinidades germánicas, pero aun quedaban algunos vestigios del politeísmo en medio de los romanos de las ciudades, que continuaban en deducir augurios del vuelo ó del canto de los pájaros, en festejar el jueves en honor de Júpiter, en jurar por Neptuno, Pluton, Diana ó los génius; en fin, hasta osaban encender lámparas en los templos abandonados de los ídolos y en suspender ofrendas, como se lo reprochaba San Eloi en sus Homilias. Estos débiles retoños de la idolatría griega y romana, se secaron muy pronto ellos mismos sobre la tierra que no quería nutrirlos; pero el culto de los celtas, como lo hemos dicho ya en el capítulo antecedente, resistió con todas sus fuerzas al hacha sacerdotal y tardó siglos en morir. En el IV veíase aún pasear en los campos la imagen de la diosa Bericitha, que representaba la tierra trabajada. En el V, un canon del segundo concilio de Arles, dice que si un señor castellano

deja encender antorchas delante de los árboles, de las fuentes ó de las piedras, será separado de la comunión de los fieles, después de haber sido amenazado al momento y solemnemente informado. Al fin del siglo VI el concilio de Auxerre prohíbe hacer votos á las brujas, á los árboles ó á las fuentes (9). En un concilio de Nantes, cuya fecha fija Floordoan en el año 658, se manda á los obispos hacer arrancar aquellos árboles, á los que el pueblo breton persistía en tributar un culto supersticioso, y por los que tenía aún tanta veneración que no osaba cortar una de sus ramas. El sacerdote Paulino nos presenta estos mismos galos, que habían vuelto á hacerse idolatras con la mayor sencillez unas veces sirviendo manjares sobre las piedras sagradas que se encontraban al pié de estos árboles, otras con la humilde ofrenda de un puñado de fabuicos (10), rogando á un antiguo roble, que servía quizá de sepultura á algun antiguo jefe druida escondido bajo su corteza, que tomase bajo su protección sus mugeres, sus hijos, sus criadas y sus casas (11). Las capitulares de Carlo Magno imponían también penas severas contra estas supersticiones, que habían sobrevivido á la dinastía de Meroveo (12), lo que prueba que bien valía la pena de ocuparse de ella en los primeros años del siglo IX. En las dos Armóricas, oriental y occidental, era sobre todo donde el Evangelio, sembrado demasiado tarde, crecía con relativa lentitud; y por esto también el culto indígena, favorecido por sus bosques tan antiguos como el mundo, se mantenía á pesar de los concilios y de los obispos, que empleaban por lo mismo todos sus esfuerzos para extirparlo. El desierto de Seycy, en la península de Cotentin, estaba aun poblado en el siglo VII, de galos idolatras, que vivían, dicen los cánones de algunos concilios de aquel tiempo, positivamente como *bestias salvajes*. Pero si la idolatría, sostenida por los bardos, los adivinos, y algunos druidas errantes en los bosques, estaba obstinada, el celo cristiano tenía el ardor que era necesario para vencerla, y lo probó. En el fondo de estas soledades perdidas, reputadas como el asilo de los demonios, y en donde se veían cosas verdaderamente extrañas cuando las antorchas resinosas de los galos que marchaban de noche á alguna ceremonia prohibida, enrojeaban por debajo las hojas de las grandes

encinas; entonces formábase una sabana de llamas al redor de los *dolmens* negros plantados sobre los matorrales que doraba la luna (13); y allí era donde ermitaños, comunmente de este nacimiento, venían á establecerse sin temor en pobres cabinas de cesped, que muy pronto cubría la yedra unida al musgo. Sus lechos eran formados de las hojas secas y algunas veces de las mismas cortezas de los árboles; los frutos del laurel, las raíces salvages, su único alimento; una toga de lana tosca, blanca y cerrada toda, como la que llevaba el pueblo romano, su vestido (14). Abiéndose una senda á traves de los helechos tupidos de estos bosques vírgenes, cuyos caminos secretos ignoraban, estos buenos pastores iban buscando por todas partes las ovejas salvages que querían hacer entrar en el rebaño de Jesucristo. Cuando la fama de santidad de uno de éstos solitarios se esparcía como las emanaciones suaves y penetrantes del lirio de los bosques, á traves de las antiguas selvas de la Neustria, otros anacoretas corrían á ponerse bajo su disciplina; entonces se desmontaba la tierra enjuta y dura, que los matorrales y las zarzas obstruían tantos siglos; entonces las espigas comenzaban á dorarse sobre el declive de las colinas incultas; entonces, tambien, hacía el caer de la tarde, á la hora en que los pajarillos gorgcean en los árboles, los himnos de Sedulio en honor de la Virgen María se levantaban en modulaciones lentas y graves, en los mismos lugares donde en otro tiempo la victima destinada á morir bajo la cuchilla de piedra del Ovate, entonaba su canto de muerte para aplacar á los galos (15).

Las mugeres, este meso á la vez tímido é intrepido, que experimenta todos los temores y arrostra todos los peligros, quisieron contribuir por su parte á la muerte del paganismo, y vinieron á descansar, cual una bandada de blancas tórtolas, á la sombra de los bosques idolatras aún, bajo la proteccion de María.

San Fremond, un gran señor fatigado del mundo, y á quien la mitra episcopal va á buscar bajo el techo de paja de una cabana de ancoreta, y que llora su pobre celdilla en los palacios de los obispos de Cotentin, hizo fabricar en su soledad tan sentida, un monasterio de religiosos, que es uno de los

primeros de que se tuvo conocimiento en la Armórica neustriana, y le añade una bella iglesia que dedica á la Madre de Dios. Este monasterio, fabricado hácia el año 674, fué destruido por los normandos idolatras, y reedificado espléndidamente por sus descendientes, los normandos cristianos.

La vecindad de la Isla Británica, que los anglo-sajones, vencedores de los pueblos indigenas, habian sumergido de nuevo en la idolatría, era funesta á los pastores neustrianos, porque los idolatras de la Gran Bretaña hacían causa comun con los galos y los fortificaban en su resistencia. El Evangelio, favorecido por una princesa merovingia, habia penetrado de nuevo en la isla de los bretones hácia el fin del siglo VI, y se habia establecido allí, gracias á las sabias medidas de Gregorio el Grande; pero esto triunfo tan reñido, no era aún sino parcial. Edwin, uno de los príncipes mas poderosos de la heptarquía saxona, tuvo la gloria de asegurarlo. Habiendo, como Clovis, hecho un voto de abrazar el cristianismo si ganaba una victoria sobre los pérfidos reyes del pais de Gales, que habian querido hacerlo asesinar, ganada ésta, convocó el *wittena-gemote*, es decir, el gran consejo de los sábios, de los señores, y los guerreros de su pequeño reino, y despues de haberles espuesto los motivos para abjurar de sus antiguos dioses, les pide su opinion.

Era un espectáculo imponente, aquel senado anglo-sajon todo reunido, deliberando sobre el cambio religioso que se le proponía. El rey, jóven, bello y valiente, presidia esta asamblea, la corona en la cabeza, la espada en la mano, segun el uso de aquel tiempo, y envuelto en un largo manto, prendido sobre los hombros; á su lado estaban los sábios de la nacion, los ancianos de sus ejércitos, con vestidos talares y grandes mantos, cubiertos de una gorra de forma frigia; despues los gefes de guerra con el vestido corto y ceñido, onyos cascos redondos y sin vicera estaban adornados de una pluma caída; en sus brazos brillaban pesados brazaletes de oro; de un estrecho cinturón que rodeaba la espalda, colgaba su hacha de armas y su espada; en una mano tenían una lanza y en la otra un broquel redondo sembrado de clavos de oro; en el fondo estaban los sacerdotes cristianos, y el gran sacerdote de los ídolos.

El resultado de esta conferencia nacional, sobrepujó la esperanza de los obispos. El gran sacerdote de las divinidades paganas, fué el primero en declarar que ellas eran impotentes. Un guerrero, un *Thane*, compara la vida de un hombre al peso de un pajarillo, que atraviesa una sala de un solo vuelo (quizá le vió pasar en aquel momento). "Se vé la puerta por la cual entró,—dice el jefe sajón,—también la ventana que atravesó para salir; pero ¿de donde viene? ¿á donde va? Este es el emblema de nuestra existencia. Si la nueva fé nos arranca de esta incertidumbre, es necesario apresurarse á adoptarla." (16)

A esto, el rey se declara cristiano; y toda la asamblea renunció solemnemente el culto de los ídolos, y el pueblo imitó al sonado del príncipe. Esta revolución religiosa tuvo lugar el año de 620.

Los dioses germanos estaban vencidos en la Gran Bretaña, pero el druidismo vivía aún. Alienta en los viejos bosques insulares, donde los ingleses se tataban todavía como los salvajes de la América en todo el siglo VIII, aunque los concilios declaran que esta manía estraña, que había valido á los escoceses y á los britones el nombre de Pictos, ó guerreros pintados, era una invención diabólica (17). El rey Edgar prohibía, por un decreto datado el año de 967, las asambleas supersticiosas llamadas *frithgear*, que se tenían al rededor de las piedras drúidicas, que se adoraban aún en el Northumberland, el Cumberland, Yorkshire, Devonshire, Somersetshire, y sobre todo en el valle de Salisbury (18), el campo de Carnac de los ingleses, donde se encontraba la célebre *stone-herge* (el *chorrea giganteum* de los antiguos). Este decreto no fué escrupulosamente obedecido, parece; pues que Canuto, ó Canuto el Grande, se vió obligado á prohibir, hacia el siglo XI, el culto de las piedras de los manantiales y de los árboles. En cuanto á los anglo-sajones, se convirtieron absolutamente sin que quedase vestigio de su antiguo culto; y desde que pudieron remplazar en sus banderas la cruz de Nuestro Señor por el caballo blanco de Hengisto, levantaron á porfia sobre todos los puntos de Inglaterra, conventos, catedrales, iglesias, ermitas y capillas, en honor de la bienaventurada María

(*blessed Mary*), algunas veces sola, otras asociada á alguno de los apóstoles ó de los santos sajones cuando los llegaron á tener. Nada mas sencillo que la mayor parte de estas primeras capillas sajonas. Enormes troncos de árboles tomados á los bosques vecinos, y unidos con el musgo ó el césped mezclado de arcilla, formaban los muros; las paredes del interior, á donde se entraba por un pórtico bajo que decoraban algunas molduras en yeso, estaban revocadas con una tierra gredosa, que recibía cierta especie de pulimento, y sobre la cual se trazaban figuras coloreadas de un dibujo bárbaro (19). En el fondo del pequeño edificio, donde el viento, la lluvia y la luz penetraban reunidas á través de las rejas de mimbre que servía de vidriera (20), se elevaba sobre un altar en forma de tumba, y cubierta de un tapiz rojo con largas franjas (21), una imagen de la Virgen santísima, en traje de dama sajona. Un mirador, de donde pendía una campana enverdecida, coronaba el techo de paja de la capilla, empenachada enteramente de espadañas. Enfrente de este manerismo primitivo, veíase una cruz formada de dos árboles unidos con ramas de sauce y coronada por una guirnalda de yedra ó de box; esta era la señal del cambio de culto, y el trofeo del Cristo sobre Zerneboek y sobre Hertha. Un poco mas tarde, los obispos anglo-sajones hicieron venir de Roma pintores, vidrieros, y arquitectos (22); pero las catedrales y las abadías que fabricaron bajo la invocación de María y de los santos, participaban del gusto basto y poco gracioso que reinaba en esta época tan atrasada.

Cuando Guillermo de Normandía conquistó la Inglaterra, las iglesias anglo-normandas, con sus flechas atrovidas, sus espléndidos campanarios, y sus torres que se extendían en las nubes, vinieron á colocarse con todo el orgullo de su magnífica arquitectura al lado de las pesadas iglesias y de las pobres y rudas capillas de los sajones. Pero ellas, no obstante su falta de elegancia, retenían un encanto poderoso que obraba sobre la multitud subyugada; allí era donde los vencidos se reunían á llorar y á orar. Allí estaba la Virgen que habían venerado en mejores días; aquella Virgen que, según la costumbre de aquel tiempo, llevaba su trago nacional, les parecía mas atenta,

mas indulgente, mas dispuesta á socorrerlos en sus recintos religiosos, donde reinaba sobre las tumbas de sus abuelos, y sobre los santos de la vieja Inglaterra.

El cristianismo, que Santiago introdujo en España cuatro años despues de la muerte de Nuestro Señor, segun la antigua tradicion de aquel país, y que hizo tan rápidos progresos, florecia, mezclado con el arianismo, despues de la invasion de los godos y de los vándalos. El culto de María era allí popular, no obstante que estaba eclipsado entre tanto por el de san Vicente, el gran mártir de Cesar-Augusta, hoy dia Zaragoza, á quien Prudencio ha celebrado en sus versos verdaderamente antiguos, por su forma y su grandezza. Nuestra Señora del Pilar, que no fué en su principio, parece, sino una pobre capilla de toscas piedras y de césped, era ya una iglesia romana objeto de piadosos peregrinages, donde la estatua de la Virgen santísima, desde lo alto de su rica columna de mármol, parecia sonreir al pueblo aspañol arrodillado á sus piés. Nuestra Señora de Toledo, metropolitana de toda la España, cuya fundacion algunos historiadores españoles hacen remontar á los primeros siglos de la Iglesia, habia sido consagrada auténticamente el año de 630, por el rey godo Recaredo, el primer rey de España que ha merecido el título de Católico, pues él fué quien hizo arrojar á los arianos de su reino, despues de haber hecho condenar sus errores en un concilio tenido en Toledo. Pero el santuario de María mas visitado del pueblo español, en los tiempos atrasados cuya historia procuramos ligeramente bosquejar, fué el de Nuestra Señora de Covadonga, en Asturias. Bajo la bóveda natural de esta gruta asturiana, consagrada á María por los antiguos anacoretas que combatian entónces el druidismo en el fondo de los bosques españoles, donde se mantuvieron por largo tiempo (23), la bandera de la independencia, la bandera santa de la cruz, se habia refugiado, como en su último asilo, despues de la batalla de Geniz, que abandonó la España á los kalifas. Abandonando bosque tras bosque, montaña tras montaña, y retrocediendo con una lentitud heroica hasta el monte Antiba, desde donde se descubre el mar de los Cantabros, el último limite de la España, Pelayo, un jóven príncipe de sangre real, la sola esperanza de su patria, se

refugió por algun tiempo, con un puñado de valientes, en esta caverna inaccesible, que la piedad de los montañeses asturianos habia dedicado á la santa Virgen, y á la que decoraba su dulce imagen colocada sobre una piedra que servia de altar. Al entrar el héroe español en este templo salvaje, concibió magnificas esperanzas, y arrodillándose con sus compañeros al pié de la imagen venerada, coloca solemnemente la suerte desesperada de la España bajo la proteccion de *Nuestra Señora de Covadonga*. Tomó el nombre de la Virgen para grito de guerra, y se fortificó en la montaña que ella protegía. La Madre de Dios acogió benignamente los votos del príncipe godo, y le plugo manifestar su proteccion haciendo ganar á los españoles una grande victoria sobre los moros, á quienes mandaba el gobernador musulman, Alcamá (24.)

Atribuyendo á la Virgen Santísima esta victoria inesperada, Pelayo para manifestarle su reconocimiento, hizo fabricar cerca de la caverna que penetraba en un costado de la roca viva, y al pié de la cual corria el Anseba, una iglesia con el título de Nuestra Señora de Covadonga (*Nuestra Señora de la Caverna*), donde toda la España vino á orar (25.)

Los descendientes de Clovis el bello, el *cabelludo*, como le llama el prólogo de la ley sálica, habian degenerado de la bravura y de la habilidad de aquel príncipe. La lámpara de los merovingios, ya casi consumida, iba á extinguirse sin arrojar el mas mínimo resplandor; sus reyes indolentes no se mostraban al pueblo sino una vez al año, sobre un carro adornado de verdura y de flores, tirado por cuatro bueyes que conducian al campo de Mayo con un paso tardio y lento *estos fantasmas* de príncipes, y que el soplo de Carlos Martel podia y se desdobló de haer desaparecer. Eran piadosos, es verdad, y fabricaban muchos monasterios; pero la piedad sola no basta para sostener un cetro: y el de la Francia que es pesado, pide un brazo firme, un corazon intrépido, una cabeza fuerte y un espíritu sábio; los mayordomos de palacio, felizmente para la Europa cristiana, tenían todo aquello, como muy luego se vió en la contienda con el islamismo (26.)

Los moros, amos de la España, habian arrojado desde lo alto de los Pirineos, una mirada de codicia sobre la Francia, el mas

hermoso reino de Occidente; les pareció que sería bueno introducir el islamismo y cambiar las iglesias en mezquitas. Este proyecto fué tan pronto concebido como ejecutado. Las ricas llanuras del Mediodía fueron muy luego cubiertas de un ejército numeroso que robaba los santuarios á su paso y destruía los viejos pedestales, tratando desdenosamente de ídolos las estatuas de la Virgen y de los santos. Desde los Pirineos hasta el Rhin se tiembla por toda la Francia; las iglesias eran demasiado estrechas para contener las poblaciones arrodilladas que iban á pedir á Dios y á su santa Madre ayuda y socorros contra los infieles. Los obispos se armaban; los abades mitrados marchaban al combate bajo la bandera de su abadía. El abate de San Dionisio hacia llevar un oriflama que no era otro que el estandarte de su propio convento. La Aquitania desplegaba la imagen de San Marcial, y Carlos Martel el manto de San Martín de Tours, que era entonces el estandarte real de Francia. Era entonces una verdadera guerra santa; así vemos que aquellos que sucumbieron en esta lucha, fueron colocados en el rango de mártires.

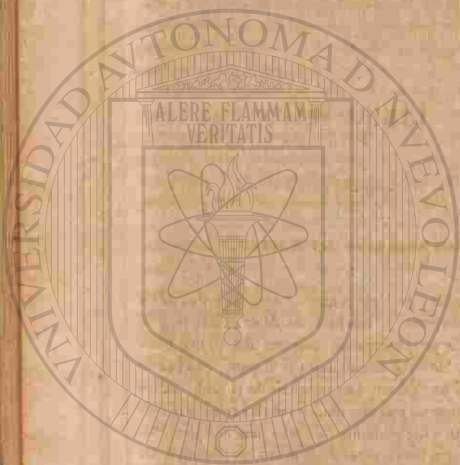
La batalla en que la cimitarra de los moros y el hacha de los franceses iban á decidir de los destinos del mundo, y asegurar el triunfo ó del Evangelio ó del Koran, se dió en las llanuras de Poitiers. Los dos ejércitos se contemplaron desde luego con igual sorpresa; los franceses no podían dejar de admirar aquella brillante caballería oriental, soberbia con tantos triunfos y cargada con los despojos del Africa y del Asia. La tierra retemblaba bajo las pisadas ardorosas de esos corceles árabes que horadaban el suelo con sus cascos y parecían decir: ¡pareceremos como su tipo inmortalizado en la sublime descripción de Job. La vista se deslumbraba con el brillo de las vestidas flotantes de los sarracenos, con la riqueza fabulosa de sus turbantes y los rayos que saltaban de sus corzas y sus bruidas cimitarras.

El ejército de los franceses, que se había formado en círculo para la batalla, presentaba á los hijos de Ismael un espectáculo menos nuevo é imponente. Aquellos guerreros ágiles, vestidos de hábitos cortos, y que superaban á los mas rápidos corceles en celeridad; aquella formidable infantería que en sus

maniobras reunía la antigua táctica de las legiones de Roma á la ferocidad de los germanos, y cuyo triángulo erizado de franciscas y de lanzas se avanzaba sobre los escuadrones moros con impetuosidad, pero con un movimiento uniforme, llevaba de sorpresa á los árabes, que se apercibieron muy pronto, dicen los antiguos cronistas, que no se las tenían que haber con los godos degenerados, y que vencer á Carlos era mas difícil que vencer á D. Rodrigo.

La batalla de Jerez que entregó la España á los moros, había durado ocho dias enteros; la batalla de Tours que salvó la Francia, no duró sino el espacio de un sol. Los árabes cargaron muchas veces sobre el ejército de Carlos Martel, arrojando sus batallones uno tras otro á la refriega, cual se suceden las olas sobre el mar en un dia de tormenta; pero su furia desordenada se estrellaba contra las masas formidables de los franceses, que un portugués, el obispo Isidoro, autor contemporáneo, compara á un muro de hielo contra el cual las nubes de árabes vienen á romperse y fundirse sin dejar el mas leve rastro. En fin, el feroz Ablerrama, teniente del Califa de Bagdad, cuya autoridad se estiende hasta la España, cae bajo el hacha poderosa de Carlos. Las sombras de la noche separaron á los combatientes, y al otro dia, cuando las tropas cristianas se precipitaban sobre el campo africano para completar su ruina, lo encontraron desamparado; los moros habían huido para siempre! Entonces cada batallon vencedor fué recibido en su ciudad libertada al son gozoso de las campanas y al canto de los salmos; y oyéronse repetir por todas partes estas palabras de la ley sálica: "Honor á Castro, que ama á los franceses, protege sus ejércitos y tiene su reino bajo su amparo!"





## LIBRO VIII.

### Los hombres del Norte.

EL último de los merovingios había cambiado la dalmática blanca y azul, el círculo de oro enriquecido de pedrerías, y la vara de oro de seis pies, encorvada como un báculo, que constituía el cetro de los reyes cabelludos, por la cogulla oscura de los claustros: era un fantasma menos. Hacia mucho tiempo que los mayordomos de palacio eran reyes de hecho, y la desaparición del último descendiente de Clovis, hizo tan poco ruido en el mundo, que las crónicas de la época se limitan á decir con una concisión donde el menosprecio parece despuntar bajo la indiferencia, que los francos reunidos en Soissons, desposeyeron á Childerico y dieron la corona á Pepino. Este príncipe de Austria que acababa de colocar atrevidamente sobre su frente la corona de Francia, violando, de acuerdo con los señores, todas las leyes de la monarquía, tenía una espada muy capaz de defenderla, y una cabeza bastante fuerte para llevarla. Su valor no era dudoso, su prudencia era proverbial, y se mostraba mas piadoso que su padre Carlos Martel, de gloriosa memoria, que había robado largamente á la iglesia despues de haberla salvado. Pepino, que se distinguía por su devoción á la Virgen Santísima, fué consagrado por Bonifacio, arzobispo de Mayensa, en la célebre iglesia abadial de Nuestra Señora de Soissons, donde Gisela, una de sus hijas, la hermana muy que-

rida de Carlo-Magno, tomó el velo. Esto fué aquel príncipe que donó al monasterio merovingio de Nuestra Señora de Argenteuil una parte del inmenso bosque que lo rodeaba. Pepino el Chico fundó en el antiguo bosque germano, que llegó á ser mas tarde tan célebre y tan temido bajo el nombre de Bosque-Negro, una encantadora capilla en honor de María. Hé aquí con qué motivo: un día que él cazaba con sus cortesanos en estos grandes bosques, se separó de ellos sin advertirlo; desorientado, y sin saber qué direccion tomar, vacila en escoger un sendero, cuando el ligero sonido de las campanas de una ermita llegó hasta él traído por las brisas del Otoño; el príncipe vuelve la rienda de su caballo del lado de donde le llega la invitacion religiosa, y distingue á poco rato en un parage rústico pero encantador, donde borbotaba una fuente de agua viva, una linda capillita fabricada, ó mas bien bosquejada, por un pobre monje escocés. Este modesto edificio construido sin el compás del arquitecto, ni la llana del albañil, no carecia por eso de sus magnificencias: la zarza habia entrelazado entre las estrechas aberturas, sus cercos morenos adornados de largas hojas de un verde sombrío, mientras que el follage de oro y de púrpura de la cepa silvestre, parecia salpicar sobre sus paredes destruidas las ricas tintas de un sol de Ocaso.

Los reyes de aquel tiempo, un si es no es fieros por naturaleza, se despojaban entre tanto de sus costumbres orgullosas ante todo emblema cristiano. Al descubrir la negra cruz de la ermita, el descendiente del vencedor de los moros, bajó la cabeza é inclinóse como lo habria hecho el mas infimo labriego de su reino; despues atando su caballo á un árbol, penetró en el pobre santuario colocado bajo la invocacion de María. La desnudez completa del lugar sagrado, y en donde á través de la techumbre húmdida vense ondear los pinos y correr los nublados, no entibia en manera alguna la piedad sencilla del valiente rey. Despues de haber respetuosamente orado delante de una Madona mal esculpida, que en nuestros dias haria llorar á un niño y temblar á un artista, el príncipe bastante conmovido y no queriendo salir del santo lugar sin dejar una muestra de su paso, colocó al pié del altar su toca bordada de oro y cubierta de piedras preciosas. Vuelto á su palacio here-

ditario de Heristal, no olvidó en medio de los cuidados y de las fiestas del reino, la pequeña ermita de María, que él fabricó de nuevo con magnificencia y dotó convenientemente (1).

Carlo-Magno, ó *Cárlos el grande* como le llaman los cronistas francos, no rechazó la herencia de religiosa piedad que su padre le habia legado. Conservase el recuerdo de una de sus piadosas visitas á Nuestra Señora de Marillais en Anjou, peregrinacion que data segun se pretende del siglo IV, y que era entonces una de las mas frecuentadas del mundo cristiano (2). Durante su viage á Italia, sus ricos dones á Santa María la Mayor, deslumbraron al pueblo romano, cuyos ojos estaban acostumbrados hacia mucho tiempo al esplendor y á las magnificencias. La Germania fué dotada por él de tres iglesias del nombre de Nuestra Señora; pero esto no fué todo.

Despues de haber exhumado la ciudad terminal de Grano, cuyo cadáver habia encontrado por casualidad estendido sobre los musgos y las zarzas del bello valle que riegan el Rin y el Mosá; Cárlos, que queria elegir allí el sitio para la capital del imperio franco, hizo fabricar al lado de su vasto palacio, bajo la invocacion de la Virgen, una capilla ú oratorio de forma octógona, cuyas mármoles hizo venir de Italia, y que alumbró con vidrieras incrustadas de oro, cerrándolas con puertas de metal. Esta capilla, que igualaba á las basilicas en extension, y que ofrecia mas tarde un magnífico asilo á los restos mortales del gran emperador, llegó muy pronto á hacerse célebre á tal punto, que la ciudad germana, de la cual ella era el mas bello título de gloria, honrábase de llevar su nombre. Desde el emperador Luis I hasta en 1556, treinta y seis reyes y diez reinas fueron coronadas en el altar de Nuestra Señora. Este santuario era tan frecuentado, que en 1496 se contaron en un solo dia ciento cuarenta y dos mil peregrinos.

La corte de Carlo-Magno lo imitaba en su piedad tierna y profunda por la Virgen Santísima. Cuando hizo publicar el bando de guerra contra el rey musulmán de Córdoba, y que llamaba á todos los condes de la Francia meridional bajo la victoriosa bandera, donde figuraba el arcángel San Miguel, el héroe de los franceses de aquella época, el celebre paladin Rolando, su sobrino, antes de atravesar los Pirineos, que debian serle tan

fatales, hizo una peregrinacion á Nuestra Señora de Roc-Amadour, en compañía de un gran número de altos y poderosos señores. El príncipe Carlovingio despues de haber invocado piadosamente á María, ofrecióle un don de plata del peso de su *bracmar* (espada) y le dedicó esta espada que habia adquirido una fama tan grande. Cuando él volvía á Francia cubierto de gloria, la retaguardia del ejército francés que él mandaba, fué embestida y atacada por todas partes en el valle de Roncesvalles. En vano los franceses opusieron á un peligro sin remedio un indomable corage; fueron hechos pedazos, ninguno quiso rendirse y todos perecieron, gefes y soldados. Para conservar la memoria de este acontecimiento desastroso, se erigió en este lugar sobre las fosas de los muertos de estos guerreros de valor fabuloso, una capilla dedicada á María, en la cual se colocó una inscripción que llevaba los nombres de Thierry de Ardenas, de Riolfes de Mas, de Guy de Borgoña, de Ogier el danés y de Olivier de Roland. Esta capilla situada cerca de la abadia de Roncesvalles, estaba adornada de frescos que representaban un combate; y durante diez y ocho siglos no se enterraron allí sino franceses. El último pensamiento del paladin Rolando, sobre el campo de batalla, donde espiró bajo los dardos de la traición, fué un acto de respeto hácia la Santa Virgen; quiso que su espada se llevase á Nuestra Señora de la Roc-Amadour, y se hizo cual lo habia ordenado.

Luis el piadoso ó el benigno, hijo de Carlo-Magno, llevaba siempre sobre él la imagen de María, ya sea que estuviere de caza ó de viage. Cuando salía momentáneamente de su corte, y se encontraba solo en los bosques, quitábase aprisa sus guanteletes sembrados de clavos de oro, y sacando de su seno la imagen venerada, la colocaba en el tronco de una encina y hacia su oracion. Esta misma imagen fué colocada mas tarde en la soberbia abadia de Hildesheim que hizo construir en honor de la Virgen santísima (3) y donde él mismo colocó por sus manos un rosal, que duró casi tanto tiempo como su bello monasterio.

Bajo Carlos el Grueso, monarca cobarde y malo, cuyo reinado triste y agitado preparó la caída de la raza de Carlo-Magno, los normandos conducidos por Sigifredo vinieron á sitiar

á Paris. Esta antigua capital de los *Parisii*, cuyo lugar amaba tanto Juliano el apóstata, no estaba mas estendida entonces que en el tiempo de César. La catedral de Nuestra Señora, fabricada por el rey Childeberto, hácia el Levante, dos gruesas torres al Mediodía y al Norte, y el palacio del rey ó de los condes en el Oeste, constituian las cuatro estremidades de su recinto. El Sena la cercaba con sus ondas azules. El lado del rio por el Norte, estaba cubierto de un espeso bosque, y la torre octógona que estaba en el recinto del cementerio de los Inocentes, servia para vigilar á los ladrones de este bosque de tan mala fama. En el lugar del cuartel de los Mercados, y en las cercanías de Santa Oportuna, estaba una ermita que se llamaba la ermita de Nuestra Señora del Bosque, porque estaba á la entrada de él. Los viñedos cubrian la montaña de Santa Genoveva; y el arrabal de San German, afamado por sus praderas bordadas de sauces, no era sino una pequeña villa abadia.

Sigifredo habia pedido desde luego que se permitiese el paso de sus tropas, que él queria conducir á Borgoña. Los parisenses rehusaron abrirle sus puertas, y el normando juró por los brazuletes de Thor, que su espada sabria abrirlas.

Eudes, hijo de Roberto el Fuerte, se encerró en Paris y resolvió defenderla contra estos bárbaros, que no contentos con robar las casas y las iglesias, querian hasta los cuerpos venerados de los santos (4). El sitio fué largo y mortífero: setecientos barcos normandos cercaban el Sena. Por ambos lados se empleaba en el ataque y en la defensa arietes, ballistas, catapultas, y recíprocamente se lanzan fuegos y dardos abrasados; las torres normandas estaban opuestas á las torres de las murallas sitiadas, y los enemigos se aproximaban á los muros bajo las galerías cubiertas que los parisenses llegaban comunmente á incendiar ó aniquilar bajo el peso de las vigas y de las piedras.

Desde el principio de esta lucha heroica y desesperada, Paris se colocó bajo la proteccion especial de la Virgen Santísima. Su estatua era paseada procesionalmente sobre las murallas durante la batalla, y los normandos la tomaban siempre por el blanco de sus flechas sin poder jamas conseguirla; los ar-

queros invocaban en alta voz el nombre de María al lanzar sus nubes de saetas y de piedras desde lo alto de las torres, y cada vez que se rechazaba á los piratas del Norte, la ciudad se iluminaba magníficamente en su honor con antorchas de cera blanca. «Ella es quien nos salva, decía Abbon; ella es quien nos alimenta y por su ayuda gozamos aún de vida. Amable Madre del Salvador, brillante Reina de los cielos, tú eres quien te has dignado arrancar al pueblo de Lutecia de la amenazante espada de los daneses.»

Algunos años mas tarde, la Virgen Santísima ayudaba, por un milagro, á rescatar de los normandos la ciudad de Nantes, y á arrojarlos de la Bretaña invadida por ellos. Alain, sobrenombrado despues Barba-Torcida, refugiado en Inglaterra con la flor de la jóven nobleza, emprendió reconquistar su patria: tenia veinte años, no poseia sino su espada y la proteccion de María; pero una espada en la mano de un valiente, es algo, y la proteccion de la Virgen puede valer muy bien un ejército. Desembarcó con algunos bretones en Cancale, y de triunfo en triunfo dejando tras de sí un largo reguero de cadáveres normandos, el héroe breton llegó al fin bajo los muros de Nantes, donde se habian refugiado los foragidos del Norte como en su último asilo. Rechazado con pérdida por los normandos, que habian reunido tropas numerosas al rededor de la ciudad, Alain se retiró con sus tropas hasta la estreñidad de la montaña, dejándose caer sobre la tierra, *terriblemente fatigado*, dice un viejo cronista breton, y sufriendo una sed extraordinaria: «comenzó entonces á quejarse gravemente, y á pedir con humildes ruegos el favor de la bendita Virgen María, suplicándola que le abriese una fuente de agua, en que él y sus caballeros quebrantados reparasen sus fuerzas. Los cuales ruegos oídos por la Virgen, abrióle segun deseaba una fuente, que aun es llamada la fuente de Santa María, de la cual, él y los suyos suficientemente refrescados y recreados, recobraron su valor y volvieron valientes á la batalla. Embistieron otra vez á los normandos, los mataron y despedazaron, excepto á aquellos que hallaron llevándose su botín á los barcos.»

Alain encontró la ciudad de Nantes saqueada y quemada; cubierta toda de polvo y de sangre: el jóven libertador habia

buscado largo tiempo con la vista en la desgraciada ciudad, donde no quedaban mas que lienzos de murallas ennegrecidas por las llamas, la magostuosa basílica de San Félix, cuyo techo cubierto de fino estano de Cornouailles, era tan brillante, dice un monge contemporáneo, que á los rayos del sol ó de la luna parecia de plata bruñida. ¡Ay! este techo habia desaparecido, y el cielo tan solo servia de cúpula á la antigua iglesia cuyos altares estaban despedazados, y sus tumbas abiertas. Para llegar hasta el parage donde estaba el altar, Alain tuvo que abrirse un sendero abatiendo las zarzas con su espada. El *Te Deum* de la victoria y los himnos de gozo á la Virgen en medio de las ruinas de este templo, no se cantaron por eso con menos fervor religioso; y antes de levantarse el jóven duque breton, reconocido al apoyo titular de la Virgen Santísima, prometió fabricarle la catedral que lleva hoy el nombre de Nuestra Señora de Nantes.

En el reinado de Carlos el Simple, y á expensas del mas bello florón de la corona de los reyes francos, se vió la conversion de un ejército entero de aquellos feroces y audaces piratas del Norte, que habian desolado por largo tiempo las costas de la Europa Occidental. La Neustria, bella y rica provincia que devastaron por casi un siglo, y á la que ellos con la espada danesa sobre la garganta de los habitantes (5) habian del mismo modo convertido al culto salvaje de sus dioses, les fué cedida junto con el dominio de la Bretaña, bajo condicion de que Rollon su jefe, que habia señalado su paso, á traves de la Françia atomorizada, con torrentes de llamas y de sangre, se hiciese cristiano. La condicion fué aceptada: el pirata normando se desposó con una princesa carlovingia que no vivió mucho, y se convirtió de buena fé. Las tempestades que se levantaban á la vista de las costas á donde ellos querian descender, fué causa de que creyesen que el santuario cristiano estaba protegido por un protector celeste poderoso (6). Entones ¡cosa estraña! el principio religioso dominaba en estos foragidos del Norte, que mas de una vez mandaron presentes y cirios á los abades á quienes venian precisamente á robar. Las primeras palabras que el nuevo duque normando dirigió á Franco arzobispo de Rnan, fueron para que le instruyese en

los Misterios del cristianismo, y para saber cuáles eran los santos mas afamados de Francia y de Neustria. El prelado nombró inmediatamente á Nuestra Señora y se estendió sobre su poder. "Bien, dijo el príncipe del Norte, despues de haber reflexionado un instante, es necesario hacer alguna cosa por ella, una vez que es tan poderosa." Al momento hizo una grande concesion de tierras á Nuestra Señora de Bayeux. La ciudad de Ruan habia dedicado á María su iglesia metropolitana, quemada por los normandos de Hasting, y reedificada bien ó mal algun tiempo despues; el duque fué bautizado allí con la mayor parte de sus capitanes diueses, y omenzó por engrandecerla y embellecerla, trabajo que sus sucesores continuaron con magnificencia (7). Nuestra Señora de Evreux, una de las mas antiguas iglesias de Normandía si se ha de creer á las crónicas que cuentan que San Taurino, primer arzobispo de Evreux, la fundó hácia el año 250, y la consagró al culto del verdadero Dios bajo la invocacion de la Virgen Santísima, recibió tambien ricos presentes de Rollon, que dió hasta en su muerte señales de la mas sincera piedad hácia la *Señora Santa María*, como la llamaban respetuosamente los príncipes y grandes de aquella época.

Estos duques normandos, generosos, alegres y valientes por naturaleza, eran en general muy devotos de la Virgen: en su altar recibian la investidura de aquel bello ducado que ellos llamaban fieramente su *Reino de Normandía*. Allí tambien venian á dormir su último sueño, bajo los baldosas grises de su capilla tendida de *bellas tapicerías de toda clase de sedas y de oro*, que representaban los principales pasajes de la historia de la Madre de Dios y trabajadas por las duquesas de Normandía (8). Roberto el Magnífico hizo fabricar el solo tres iglesias del nombre de María: Nuestra Señora de la Preservacion, para cumplir el voto hecho durante una tempestad que asaltó su nave en las aguas peligrosas del Archipiélago normando; Nuestra Señora de la Gracia, cerca de Honfleur; y en fin, nuestra Señora de la Piedad, bajo el castillo duquel que defendía á Harfleur.

Este príncipe tan devoto de María, quiso visitar su tumba y la de Cristo en Jerusalem; partió á caballo acompañado de

los señores mas ricos y mas fastuosos de su corte, todos cargados de oro, brillantes de pedrerías y rodeados de un tropel de escuderos, de caballeros y de pagos, como si hubiese sido el objeto marchar á un torneo. En los caminos, las poblaciones enteras salian para verles: su entrada en Roma hizo época. Los romanos miraban con una admiracion llena de asombro, estos bárbaros del Norte que habian hecho temblar hasta la iglesia, y cuyo rostro y alta talla hacian recordar los héroes de la antigüedad. Al ver sus bellos semblantes, sus brillantes jubones de malla, la larga espada danesa con empuñadura de oro que llevaban al costado, y sus cascos puntiagudos, bajo los cuales se escapaban sus cabellos blancos, preguntábanse quiénes eran estos príncipes del Septentrion que venian á visitar cual humildes peregrinos la ciudad de los apóstoles. El Papa les hizo una acogida distinguida, les dió su bendicion y colocó el mismo el borlon de peregrino sobre la espalda de su jefe y señor. De allí continuaron su camino para Constantinopla, la ciudad de María, que ellos ofuscaron con su magnificencia. Arrojan el oro y las perlas á su paso: la mula de Roberto iba herrada de oro, y cuando una de esas herraduras se desprendia, ningun normando se dignaba agacharse á recogerla; solo los griegos bajábanse para tomar entre el polvo los clavos de oro que perdía el caballo del normando (9). Al aproximarse á los santos lugares, el espíritu cristiano se hizo sentir; aquellos mismos viageros que habian atravesado orgullosos con la cabeza levantada y sin reconocer ningun derecho de peage, ya fuese por los rios bien defendidos, ya ante las murallas almenadas, esos hombres atrevidos que dejaban siempre traslucir la punta de la espada bajo el hábito del peregrino, no ha mucho orgullosos hasta la insolencia, no habrian podido ser reconocidos: tan humildes, modestos y devotos habian llegado á convertirse á la sola aproximacion de esta tierra santa, cuyo suelo pedregoso y abrasado hallaban con sus piés desnudos. Roberto, tan justamente llamado el Magnífico, visitó con la mas edificante piedad los santos sepulcros de Jesucristo y de la Virgen: cristianos y musulmanes recibieron de él limosnas tan soberbias, que el Emir de Jerusalem piándose de generoso, á su turno, rehusó aceptar el tributo que le daban estos espléndi-

dos peregrinos. Roberto hizo dejar en Jerusalem un presente considerable al Santo Sepulcro; Ricardo II, duque de Normandía, había hecho antes un presente de cien libras de oro. Cumplido el peregrinaje, el duque emprendo de nuevo por tierra el camino para su bello ducado, que no debía volver á ver jumas; murió en Nicea en Bithinia, regocijándose al aspecto de la muerte como sus abuelos *los reyes de la Mar* (10), y encomendándose á *la Señora Santa María* como sus predecesores cristianos habían hecho.

Los nobles normandos, que comenzaban á soñar en un reino bajo el brillante sol de Italia, no eran monos devotos á la Virgen que sus valientes príncipes. Ni la distancia ni el ruido de las armas, les impedía fundar iglesias en su honor. El famoso Tancredo y Roberto Guiscardo, señores de la pequeña ciudad marítima de Hantoville, en la que no ha quedado ni una piedra de su castillo, pero que parece aún la antigua iglesia sin campanario toda envuelta entre musgos y gramas donde estos *leones normandos* recibían el bautismo, enviaron á Geofredo de Monbray, obispo de Cotanza, desde el fondo de la Pulla, donde habían hecho retroceder á setenta mil sarracenos con solo quinientas lanzas normandas, la mitad de un tesoro que ellos acababan de encontrar, para que fabricase bajo la invocación de *Santa María*, aquella bella y encantadora catedral que arrancó á Vauban este grito de admiración: «¿Quién es el pagano sublime que ha arrojado esta noble estructura en medio de los aires?»

Precisamente en la misma época, un hermano de Roberto Guiscardo, el conde Roger de Hantoville, fundó en la Sicilia conquistada, la célebre catedral de Mesina, que dedicó á la Virgen Santísima siguiendo el uso de su casa. Este suntuoso edificio que fué consagrado el año de 1097, participaba un poco de todas las arquitecturas conocidas; el mosaico bizantino venía á unirse á los arabescos de los sarracenos; y á los graciosos cimborrios góticos, adornados de estatuas de Santos y de ángeles prodigiosamente dorados. En el suntuoso tesoro de esta catedral, se conservaba una carta de la Virgen Santísima, de la cual se enorgullecía la piedad de los habitantes de Mesina (11), y sobre la que muchos obispos sicilianos han es-

crito volúmenes á fin de demostrar su autenticidad un poco controvertible. En la misma catedral se celebraba todos los años la fiesta de *la Barra* destinada á perpetuar el recuerdo de la derrota de los sarracenos por los heroes normandos; la Virgen, representada por una señorita, figura en esta fiesta llevada sobre un carro de triunfo, mientras que figuras dobles y colosales representan á los musulmanes vencidos por el conde Roger.

De la Normandía vino la primera luz religiosa que disipó las tinieblas paganas del Norte, y la Virgen Santísima fué quien recibió en su bella catedral de Ruan las primicias de esta santa cosecha. Hadrul II rey de Dinamarca, que había venido á la cabeza de cien galeras al socorro de Ricardo sin Miedo, abjuró allí el paganismo, y Olaus, rey de Noruega, que había rennido su estandarte á la Normandía en una pequeña guerra que el duque Ricardo II sostenía contra Eudes conde de Blois, fué convertido al cristianismo por Roberto, arzobispo de Ruan (12), llegando á ser el apóstol de sus Estados. Este santo rey osó despedazar con sus manos la estatua de Thor, divinidad tutelara de la Noruega, en el viejo templo de Drontheim, que los piratas noruegos habían rodeado de una cadena de oro, y á donde venían á jurar sobre los brazaletes de este dios guerrero, cuya clava era tan terrible á los gigantes de los hielos. Olaus envió á Suecia los misioneros cristianos, que fueron allí bien acogidos, y los muros dorados del templo de Upsal, desembarazados de sus ídolos y purificados de sus sacrificios humanos (13), recibieron las imágenes benignas de Cristo y de su Madre.

No era culpa de los príncipes de la Europa cristiana si el sol del Evangelio se había levantado tan tarde en el horizonte de los reyes del Norte; desde la mitad del siglo VII el sajón Willibrod había hecho esfuerzos infructuosos para convertir la Jutlandia; esfuerzos que los misioneros enviados por Witikind, el convertido por Carlo-Magno, renovaron inútilmente en el curso del siglo VIII; el IX se abrió bajo auspicios favorables. Lanzado de sus Estados Harald-Klack, rey de una parte de la Jutlandia, vino á refugiarse á la corte de Luis el Benigno donde abrazó el cristianismo. Un cronista contemporáneo, Er-

moldo el Negro, abate de un monasterio del imperio franco, describe de una manera pintoresca la llegada del *Rey de la Mar* y de su flotilla danesa. "¿No veis brillar los rayos de la aurora y cubrir á lo lejos las aguas del río? ¿No veis esas naves que remontan el Rhin orgullosas con su pompa guerrera? ¿Cuánto brillan á la luz del sol sobre el espejo de las aguas, y al blando movimiento de las olas, aquellas velas blancas como la plata?" Esta conversión del príncipe de Jutlandia, fué casi solitaria no obstante los cuidados de Anshar, el apóstol del Norte; y aquellas naves de proas doradas, objeto de la sencilla admiración de los guerreros francos, no se detuvieron largo tiempo en las aguas de la Europa Occidental.

La conversión del rey Harald II aprovechó mas á la religión cristiana que á la del príncipe jutlandés. Vuelto á su patria prohibe los sacrificios, cierra los templos de los falsos dioses, fabrica iglesias cristianas y favorece con todo su poder la propagación del Evangelio. Su hijo Suenon, príncipe feroz y pirata por inclinación, se había erigido en campeón de la idolatría; le mata á traición de un flechazo, y vuelve á abrir los templos de Odin y de Thor, y arrasa las iglesias cristianas. Después de su muerte, que acaeció en 1014, el cristianismo levantó la cabeza y comenzó á extenderse otra vez. La transición de un culto al otro no fué tan brusca sin embargo, como entre los jóvenes é inquietos vencedores de la Galia y de la Inglaterra; las iglesias cristianas de Dinamarca se levantaron durante un siglo, al lado de la piedra de los sacrificios. Si el Cristo y su Madre eran venerados, los dioses de Walthalla no habían perdido su imperio por eso: Thor conservaba aún la clava en sus manos armadas de guanteletes de hierro, y si se cantaba un cántico á María bajo las bóvedas de la capilla, también se cantaba el himno de Odin, que se acostumbraba entonar en los combates, y era á Odin á quien se daba gracias después de la batalla, ofreciéndole un sacrificio de pájaros de presa. Parecía como á los guerreros del Norte abandonar de una vez sus divinidades belicosas, cuyas tumbas poseían, mientras que eran ellas también quienes habían hecho tan animosos á sus abuelos. Ellos convenían en que el Cristo fuese Dios, y consentían en adorarlo como tal; pero por qué lanzar de su trono á

los antiguos dioses de la patria, para colocar á un Dios extranjero? ¿No podían ellos reinar juntos? Walthalla amaba á las mugeres castas, bien podía entonces recibir á la Virgen María. Al abrigo de este último atrincheramiento, el paganismo era mas formidable que nunca, y los primeros neófitos cristianos con un pensamiento de conciliación hacían una monstruosa amalgama en los dos cultos (14). Este estado de cosas duró hasta el reinado de Canuto el Grande, que aseguró la preponderancia del cristianismo.

El culto de la Virgen Santísima contribuyó mucho al establecimiento del Evangelio entre los escandinavos. Desde tiempo inmemorial habían ellos colocado la virginidad en el cielo, bajo la protección de Falla, cuya blonda cabellera ataba una cinta de oro, y de Gasiona, que admitía en su cortejo oculto á las jóvenes castas. Tres vírgenes juntas bajo el fresco sagrado disponían del destino de los humanos, y vírgenes eran también aquellas *damas blancas* que marchaban sobre los lagos cual una columna de niebla, sentándose á media noche bajo la sombra helada de los pinos y cantando con una voz dulce y lenta, los himnos rúnicos que los escallos habían grabado con la punta de sus pañales sobre las rocas desplomadas que formaban la colina tumular de los héroes á quienes *habían llamado los cuervos del cielo* (15). Allí se oía blasfemar á estas bellas hadas del Norte, que se introducían invisiblemente, se dice, en la cabaña del trabajador y en las fortalezas del Jarl (conde) y tras de las cuales entraba la felicidad. Estas supersticiones, igualmente queridas de los grandes y del pueblo, (16) no se habían totalmente borrado jamas, sin la Virgen Santísima, que llegó á ser la protectora de los pulceiros y de las cabañas. La influencia de la ruina del cielo sobre la conversión de los escandinavos, se prueba por un hecho que nadie niega, y es que el cristianismo debió sus progresos en aquellos pueblos, á las madres de familia que ganaban en seguida á los guerreros (17).

Los primeros reyes de Dinamarca fueron fervorosos siervos de María. San Canuto, duque de Schlewig, le dedicó tres soberbias iglesias; Valdemaro II hizo colocar su imagen sobre su escudo embutido de oro, y habiendo sabido que los rusos li-

gados con los Esthonios, amenazaban la iglesia naciente de Riga, se empenó de un modo solemne en pasar el año siguiente en Esthonia, tanto en honor de la Santa Virgen como por la remisión de sus pecados (18). En aquella guerra, comenzada bajo los auspicios de María, fué cuando los daneses sorprendidos en su campo, perdieron su bandera nacional. Como comenzasen á retroceder ante los paganos, la Virgen Santísima á quien ellos habían piadosamente invocado antes de entrar en Esthonia, les dió, dicen los cronistas contemporáneos, una muestra sensible de su poderosa protección: una bandera roja con su cruz blanca cayó del cielo, y con esta bandera obtuvieron la victoria (19). El culto de María floreció largo tiempo en los tres reinos del Norte, y el gran número de catedrales, de monasterios y de ormitas que le dedicaron lo acredita. Cuando el viento abrasador de la reforma marchitó la flor celestial del catolicismo, este culto se mantuvo aún secretamente, y cincuenta años despues de Lutero, veíase venerar á María en la capilla subterránea de la catedral de Upsal (20). Esta religion consoladora concluyó en aquellas regiones heperbereas como había comenzado en Roma, en medio de las tumbas.

Baja la influencia de María, la Prusia, con todo el litoral del mar Báltico, recibió la luz del Evangelio. Los hermanos hospitalarios de la Virgen Santísima, mas conocidos por el nombre de caballeros teutónicos, civilizaron estos países bárbaros, donde el infierno (Peklus) y el Dios del rayo (Perkonnas) eran las principales divinidades.

En medio de las naciones de origen slavo, que substituyeron el cristianismo á sus ritos sangrientos, y pulieron sus costumbres bajo su influencia civilizadora, ningun pueblo honró mas devotamente á la Virgen Santísima que los húngaros.

Hacia el principio del siglo XI, San Estevan, primer rey cristiano de los hunos ó húngaros, fundó en accion de gracias de una victoria ganada al príncipe de Transilvania, Nuestra Señora de Alba Real. Esta magnífica basilica slava, no cedía en magnificencia á las mas suntuosas iglesias del Oriente: sus muros adornados de soberbias esculpturas, sus pavimentos de mármol, sus altares guarnecidos é incrustados de oro y piedras preciosas, sus vasos de plata, de oro y de onise, presenta-

ban un aspecto maravilloso. Sobre el altar de la Virgen estaban algunos pebeteros de plata, donde dos ancianos contemporáneos de las expediciones de Atila quemaban los mas raros perfumes del Asia, y magníficas procesiones tenidas muchas veces al dia venian á honrar á la Madre de Dios en su santuario.

Estos esplendores no parecieron suficientes á la piedad de los príncipes húngaros: quiso este descendiente del azote de Dios, que su cetro real ensalzase á la Virgen á quien él declaró soberana de sus Estados; así cada vez que el nombre de María era pronunciado en toda la estension de su vasto reino, no había un noble húngaro por alto que fuese su linage, que no se arrodillase como un vasallo delante de su Señora, y que no se inclinase en señal de profundo respeto (31). En el recinto fortificado de todos los castillos, se encontraban capillitas alumbradas con lámparas de cobre ó de plata maciza, que ardian noche y dia ante la imagen de María. Los príncipes palatinos llevaban tambien esta imagen á los combates, y le erigan un oratorio bajo sus tiendas.

El culto de María no fué recibido con menos entusiasmo en las riberas del Vistula. A contar desde el dia en que Dumbrowka, la hermosa princesa bohemia, convirtió al rey Micilias y le hizo romper los ídolos que sus padres habian elevado en honor de Pagoda [el aire tranquilo], de Pochwist [el cielo nebuloso] y de las sombrías divinidades del abismo, los polacos llegaron á ser esencialmente católicos: fabricaron capillas á porfia entre sus bosques de cedro en honor de la Madre de Dios. Las banderas paganas triunfantes en veinte campos de batalla, fueron el único lujo de estas iglesias primitivas escondidas bajo los pinos siempre verdes de los bosques slavos; pero cuando celebrando la misa el sacerdote de Jesucristo leía el Evangelio á estos héroes del Norte, arrodillados delante de un altar tan pobre como el pesobre de sanco del Salvador, hubieseis visto salir sus espadas hasta la mitad de la vaina en señal de protección y de defensa (32). Y esto no era una vana demostracion: la Polonia fué muy largo tiempo el baluarte de la cristiandad; sin Juan Sobieski, la media luna superaria quizá todas las torres de las ciudades del otro lado del Rhin.

La Polonia se consagró desde muy temprano á la Virgen



Santísima: María era solemnemente invocada bajo el título de *Reina de Polonia*, mucho antes que Juan Casimiro renovase esta consagración. Cada vez que el ejército polaco se preparaba á marchar contra los tártaros, la bandera de María era la que guiaba sus falanges belicosas (23); el grito dos veces repetido de Jesús era el grito de guerra; un cántico á la Virgen el himno del combate (24).

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS



## LIBRO IX.

### Los tiempos caballerescos.

EL gigantesco imperio de Carlo-Magno había desaparecido como un brillante fantasma; el último de los carolingios había sido despojado de su reino como de un manto, reducido á nada por las imprudentes liberalidades de sus padres, y los duques de Francia que también se decían descendientes de Carlo-Magno, después de haberse probado por dos veces este manto real, concluyeron por apoderarse de él. Antes de reunir la corona empotrécida á su gran feudo con el cual la dotaron los condes de Paris, habían dado brillantes pruebas de su devoción á la Virgen. Cuando aquel mal desconocido y terrible, que se llamó *fuego ardiente*, después de haber destruido la mitad del reino, se lanzó sobre la isla de Francia, Hugo el Grande alimentó á sus expensas á los pobres peregrinos enfermos que venían á pedir su salud, que obtenían de Nuestra Señora de Paris (1). Hugo Capeto, fundador de la tercera dinastía, tuvo por la Virgen Santísima una sincera devoción, y la reina Adelaida de Aquitania su piadosa esposa, coimó de sus dones

Santísima: María era solemnemente invocada bajo el título de *Reina de Polonia*, mucho antes que Juan Casimiro renovase esta consagración. Cada vez que el ejército polaco se preparaba á marchar contra los tártaros, la bandera de María era la que guiaba sus falanges belicosas (23); el grito dos veces repetido de Jesús era el grito de guerra; un cántico á la Virgen el himno del combate (24).



## LIBRO IX.

### Los tiempos caballerescos.

EL gigantesco imperio de Carlo-Magno había desaparecido como un brillante fantasma; el último de los carolingios había sido despojado de su reino como de un manto, reducido á nada por las imprudentes liberalidades de sus padres, y los duques de Francia que también se decían descendientes de Carlo-Magno, después de haberse probado por dos veces este manto real, concluyeron por apoderarse de él. Antes de reunir la corona empotrécida á su gran feudo con el cual la dotaron los condes de Paris, habían dado brillantes pruebas de su devoción á la Virgen. Cuando aquel mal desconocido y terrible, que se llamó *fuego ardiente*, después de haber destruido la mitad del reino, se lanzó sobre la isla de Francia, Hugo el Grande alimentó á sus expensas á los pobres peregrinos enfermos que venían á pedir su salud, que obtenían de Nuestra Señora de Paris (1). Hugo Capeto, fundador de la tercera dinastía, tuvo por la Virgen Santísima una sincera devoción, y la reina Adelaida de Aquitania su piadosa esposa, coimó de sus dones

la bella abadía de Nuestra Señora de Argenteuil, que poseyó desde entonces la santa reliquia que aun se espono hoy día á la veneracion de los fieles. Roberto que proclamó á Maria la estrella de su bello reino, fabrica en su honor monasterios en Puissy, en Melun, Etampes y Orleans, como lo sabemos por Helgaud. La iglesia de Orleans fué llamada Nuestra Señora de Buena Nueva, y construida en el parage mismo donde Roberto, que no era aún en aquella época sino el heredero presunto del reino, habia sabido que su padre Hugo Capeto acababa de librarse de la muerte.—Digno hijo de un rey!

Bajo el reinado de Felipe I, nieto de Roberto, principe que se mostró mas dispuesto á robar á la iglesia que á enriquecerla, sucedió un grande acontecimiento que dió por vasallos á los reyes de Francia los reyes de Inglaterra. Guillermo el Bastardo, hijo de Roberto el Magnífico, que murió durante su peregrinacion á la Tierra Santa, conquistó la Inglaterra en una sola batalla y estableció el dominio normando. Guillermo, como Roberto su padre, tenia una maravillosa devocion por la Virgen Maria: este conquistador tan bravo, tan hábil político, que hacia temblar toda la Inglaterra de un extremo á otro con un simple fruncimiento de cejas, no bien se hallaba enfermo, cuando juntaba sus manos belicosas para encomendarse á Maria. Cuando cayó malo en el castillo de *Chierbourg*, una pequeña ciudad defendida por buenos fosos y algunas torres redondas que el océano, magnífico sobre esta costa, batia con sus olas embravecidas dos veces al día, hizo voto de fabricar una linda capilla á la Virgen, si por su poderosa intercesion recobrava prontamente la salud; lo consiguió en efecto, y se apresuró á cumplir religiosamente su promesa. Hizo reedificar á sus espensas la soberbia abadía de Jumiége, donde el olero encontraba ciencia y el pobre pan, á condicion de que su iglesia que la reina Batilde habia dedicado á San Pedro, seria colocada bajo la invocacion de la Madre de Dios. El 1.º de Julio del año de gracia de 1068, asistió él con la duquesa Matilde y todos los altos barones normandos á la dedicacion de esta iglesia, y algunos años mas tarde pasó la mar tan solo para encontrarse en la de Nuestra Señora de Bayeux con sus dos hijos Guillermo y Roberto, en union de San Franco, arzobispo de

Cantobery, y Thomas, arzobispo de York, á quienes tambien habia invitado el obispo Felipe de Harcourt que la habia fabricado de nuevo. Entonces fué sin duda cuando la duquesa Matilde obsequió á Santa María de Bayeux con aquella célebre tapicería histórica, en que su paciente aguja ha trabajado la grande epopeya de la conquista de Inglaterra; *esta tela con bordados y leyendas* estaba tendida por toda la nave de la iglesia el día, y por las octavas de las reliquias dice el inventario del tesoro de Nuestra Señora de Bayeux, hecho en 1476 (2).

Esta bella y piadosa princesa, cuya memoria estaba en tan alta veneracion, que la esposa sajona de su hijo Enrique I de Inglaterra, cambiósse su lindo nombre de Edith por el de Matilde, á fin de agradar á la nobleza normanda, ha dejado otros testimonios de su devocion á la Virgen Santísima á mas de la tapicería monumental que le consagró.

Un día, hácia el fin del mes de Octubre, en una de las admirables praderas normandas, donde la yerba se parece á un inmenso tapiz de terciopelo verde salpicado de flores, se paseaba ella con algunas damas de su corte y sus dos niños, dos héroes futuros, de los cuales el primogénito debia immortalizarse por sus expediciones caballerescas en la conquista de Jerusalem, cuando un correo del duque Guillermo, que galopaba á toda brida hácia Ruan, detiene su poderoso caballo y al aperebirla, se lanza de un salto en la pradera.—¿Qué nuevas hay de Monseñor y del ejército normando? preguntó Matilde pálida de emocion...—La batalla se ha ganado, noble señora, respondió el correo doblando una rodilla y presentando á la jóven duquesa, cuya mano agitada se extendia hácia él, la misma con el sello pendiente que confirmaba la verdad de sus palabras; el perjuro Harold ha sido vencido; su cuerpo que no debia haber tenido otra sepultura que la arena de aquellas playas que él retenia injustamente contra nosotros, reposa en el coro de la abadía sajona de Waltham: la Inglaterra es vasalla de la Normandia." La princesa normanda se santignó de gozo, é hizo voto de fabricar en el parage mismo donde habia sabido el triunfante suceso de la expedicion de Guillermo y de sus caballeros, una iglesia que conmemorase este hecho, bajo

el nombre de Nuestra Señora del Prado, que fué cambiado despues en el de Nuestra Señora de la Buena Nueva. La comenzó, en efecto, algunos años mas tarde, y su hijo Enrique I, despues de haberla hecho concluir, la dotó magníficamente (3).

En su última guerra contra la Francia, Guillermo el Conquistador abandonó Nantes á las llamas; pero esas llamas que consumieron la iglesia de Nuestra Señora, arrojaban resplandores tan espantosos, que el caballo del rey de Inglaterra retrocedió encabritándose, y lanzó á su caballero, que cayó herido de muerte. Atribuyendo el accidente fatal que le arrancaba la vida, al incendio de la bella iglesia de la Virgen, legó por su testamento una suma considerable para reedificarla. Transportado á la vecina abadía de Roan, el conquistador de Inglaterra fué despertado al amanecer del 9 de Septiembre de 1087 por el sonido de una campana matinal. "¿Qué es aquello? preguntó levantando penosamente su cabeza enflaquecida, pero bella aún con aquella belleza fierá y varonil, que los mismos cronistas sajones que le tenían más miedo que amor, no le pudieron nunca rehusar. Como se le respondiese que eran las campanas de la iglesia de Santa María que tocaban á prima: "Señora Santa María, dijo el héros normando levantando sus manos; yo os encomiendo mi alma, dignaos reconciliarme con vuestro hijo Monseñor Jesus!" Y concluyendo estas palabras espiró.

Enrique I, que habia usurpado la corona á Roberto su hermano primogénito, á quien hizo sacar los ojos, y el mismo cuya devocion era tan dudosa aunque blasonaba mucho de ella, erigió fundaciones magníficas en Inglaterra, donde introdujo la arquitectura de los normandos, lo que no le impidió el poner fuego á muchas iglesias de Normandía. Quemé por ejemplo, en 1120, obsérvese la fecha, la catedral de Lisieux junto con la misma ciudad: esta antigua catedral que se remontaba á los primeros siglos del cristianismo, estaba dedicada á la Virgen como casi todas las catedrales normandas. El castigo de este incendio sacrilego siguióle muy de cerca; al fin del mismo año, la nave que conducía al hijo único del rey Enrique, Guillermo de Inglaterra, y á otros dos infantes reales menos legíti-

timos, zozabró en la rada de Gatevilla cerca de Havfleur, mientras el mar estaba bello y tranquilo proyectándose sobre la sombra brillante de la luna. Desde aquella época nadie vió sonreirse al rey Enrique.

La emperatriz Matilde, hija de este príncipe, tuvo una prueba señalada de la proteccion de la Virgen y de su poder sobre los elementos. Durante la guerra que ella hacia á Estevan de Blois, forzada á embarcarse para Normandía con un tiempo inseguro, tornóse este muy presto en una tempestad, en los peligrosos parages donde su hermano Guillermo, pocos años antes, habia perecido con la mitad de la corte de Inglaterra. La tempestad era una de aquellas que solo se ven en el mar embravecido: el horizonte se cubrió de un inmenso velo negro que caía desde el cielo al mar como un cortinaje funeral: las olas, grandes cual montañas y cargadas de algas de un verde blanquinoso, hinchábanse con sombría lentitud, viniendo despues á romperse con estrépito contra los costados de la nave real, y levantándola al mismo tiempo sobre sus dorsos húmedos, para precipitarla un instante despues en los espantosos abismos en que desaparecia enteramente. Los marineros al hacer la maniobra, sacudían la cabeza; mientras los señores ingleses se santiguaban de espanto encomendándose á Dios, á la Virgen Santísima y á San Jorge, patron de la nobleza. Matilde estaba de pié sobre la cubierta, y su rostro sereno aunque pálido, no desmentía la valiente raza de sus abuelos. "Tened esperanza, señores, decía volviéndose hácia sus feles nobles; Nuestra Señora es buena y poderosa; Nuestra Señora nos salvará; quiero entonar un canto en accion de gracias desde el momento en que se descubra la costa, y le ofrezco fabricar una abadía en el punto mismo en que desembarquemos." Apenas la princesa anglo-normanda habia pronunciado este voto, cuando las olas se apacignan, el viento calma y la nave se desliza como una gaviota sobre el mar. A poco un punto negro se distingue en un espacio azul del cielo, donde las nubes luyen esparcidas, y cada instante se estiende mas y mas; es una montaña de mediana altura, cuya negra cresta está coronada de una ermita. Un vasto bosque aparece en lontananza sobre el último plan del cuadro: entonces la voz ronca y aguda del vi-

gia deja caer desde lo alto del palo mayor estas palabras tan impacientemente aguardadas: *Cante, reina! . . . vecki terre.* (Cantad, reina, he ahí la tierra); y la hija de Enrique I púsose á entonar con una voz dulce y grave un cántico á la Virgen, que los barones ingleses repitieron gozosamente, con las manos juntas y la cabeza descubierta.

A pocos instantes la nave, libertada milagrosamente del naufragio, largó el áncora en la pequeña bahía de Equeurdreville. El primer cuidado de la princesa al desembarcar, fué señalar el lugar de su monasterio, que nombró la Abadía del Voto, y antes de dejar estos parages, colocó ella misma la primera piedra.

Matilde no vivió lo bastante para ver terminada la iglesia de la Abadía del Voto; pero la inauguró su hijo Enrique II rey de Inglaterra. En la necrología de esta abadía se lee: "El 4 de los yelos del mes de Septiembre murió la emperatriz Matilde, fundadora de este monasterio; debe decirse por ella un *Libera como por un castiigo.*"

Nuestro siglo tan frío en todo lo que respecta á Dios y á los santos, no debe reirse de los votos hechos á Nuestra Señora durante una tempestad: el mas increíblelo cree en algo cuando se halla en una barca espuesta á perecer. M. de Volney es una prueba.

Paseándose un día en el mar con algunos amigos á lo largo de las costas de Baltimore, levántase el viento de repente, y el pequeño bote americano, que llevaba la flor de los incrédulos de los dos mundos, estuvo veinte veces á punto de sumirse. Todos se habian ya puesto á orar, y el autor de las *Ruinas* hizo lo mismo que los otros. Cuando la tempestad se hubo apaciguado gradualmente, alguno que habia visto á M. Volney apoderarse de un rosario y á recitar *Ave Marias* con un fervor edificante mientras duraba el peligro, se aproximó á él y le dijo con maliciosa naturalidad:—"Mi querido señor, ¿á quien rogábais poco ha?—Se puede ser filósofo en el gabinete, respondió su compañero de viage un poco confuso de la aventura, pero no durante una tempestad."

La emperatriz Matilde quiso que sus restos mortales fuesen enterrados en la mas célebre de las abadías normandas de la

Virgen, en Nuestra Señora del Pico; su hijo Enrique que no era entonces sino duque de Anjou y de Normandía, le hizo levantar un sepulcro que cubrió con planchas de plata. Cuando fué hecho rey de los ingleses, continuó en proteger y honrar por *reverencia* á la Virgen y á su madre esta abadía, que fué reedificada en parte por sus liberalidades reales. En 1178 fué consagrada de nuevo por Rotron, obispo de Ruau; Enrique II asistió á esta piadosa ceremonia con su hijo Enrique Courmantel.

Ricardo Corazon de Leon, hijo y sucesor de Enrique II, hizo fabricar antes de su partida para la cruzada, Nuestra Señora del Buen Puerto en la diócesis de Evreux, y asistió con su brillante nobleza á la dedicacion de este monasterio que tuvo lugar en el año 1190 (4). Cuando su vida aventurera estuvo próxima á su fin, y que herido de muerte de una flecha, en el sitio sin gloria de una fortaleza, dictaba su última voluntad, ordenó en su testamento que su corazon fuese llevado á Nuestra Señora de Ruau, *por la ferviente devocion que habia tenido á este lugar;* y aquel corazon, el mas valiente quizá que ha latido jamas bajo una coraza de caballero, fué honestamente colocado al lado del coro, *hácia la sacristía, en una caja de plata, la cual fué tomada despues para el rescate de San Luis rey de Francia, que fué hecho prisionero por los sarracenos, y en aquel lugar mismo se hizo una de piedra* (5).

Este valiente campeon de la Cruz, que arrancó á los sarracenos sus fuertes ciudades, y de quien ellos jamas pronunciaron el nombre sin añadir *¡muerto sea!* el quiso ser enterrado al lado de su padre en Nuestra Señora de Fontevrault. Berenguela de Navarra, su muger, reposa allí al lado de él; sus estatuas pintadas y doradas, fueron acostadas sobre sus tumbas de piedra, y en medio de sus adornos, la reina Berenguela lleva sobre su corazon un medallón cuadrado, sobre el cual se ve á la Virgen Santísima rodeada de muchos cirios. La célebre Eleonora de Aquitania, madre del Rey Ricardo, vino á enterrarse en esta abadía algunos años despues, y reanó su sepulcro á estas tumbas reales, colocadas bajo las bóvedas góticas de la bella iglesia abadinal de Nuestra Señora.

A ruegos de ella misma, Juan sin Tierra, muerto de una in-

digestion en una abadía sajona (6) fué enterrado con gran pompa en la bella catedral anglo-normanda de Nuestra Señora de Worcester; pero si se ha de creer á los antiguos cronistas, el cuerpo de este príncipe cobarde y cruel, que había empapado sus manos en la sangre inocente de Arturo de Bretaña, y que había tenido la bajeza de hacerse turco para procurarse la alianza de los moros de España, no manchó por mucho tiempo la morada sagrada de María. Cuentan que en esta tumba deshonrada se oían de noche ruidos extraños, blasfemias, espantosas carcajadas, orgías, cosas terribles. . . . lo que dió lugar á los monjes de Worcester de desterrar secretamente fuera de aquella tierra consagrada el cuerpo de este príncipe condenado.

Los Plantagenets se distinguieron por su devocion á la Virgen y cubrieron la Inglaterra de aquellas bellas iglesias góticas de María, que subsisten aún en todos los condados, y que son el mas bello florón de su corona arqueológica. Nuestra Señora de York, á quien por su sencillez llena de grandeza han comparado á una nave á la vela; Nuestra Señora de Salisbury, otro diamante tallado en el mas bello estilo, que se colgaba de tapicerías de Flandes y se llenaba de luces y de flores en las solemnes fiestas de María; Nuestra Señora de Westminster, donde estaba, dice Froissard, una imagen de la Virgen Santísima en quien los reyes ingleses tenían *grande creencia* y que hacia *muchos bellos milagros*; la soberbia abadía gótica de Nuestra Señora de Walsingham, el peregrinaje favorito de Eduardo I y de su caballeresca corte; la bella catedral de Wills, cuya capilla de la Virgen es segun la opinion de los inteligentes, la perla de los monumentos góticos de la Gran-Bretaña; todos ellos serán siempre el mas bello testimonio de la piedad de estos príncipes hácia la Santa Madre de Nuestro Señor.

Los anglo-sajones que formaban las clases pobres, las clases comerciantes y el paisanaje de Inglaterra, no eran menos devotos á la Virgen que los príncipes del continente que los gobernaban por derecho de conquista. Teniendo otra opinion que los vencedores sobre casi todos los puntos, estaban sin embargo de acuerdo sobre el de mas grande importancia, el de religion; así es que los dos pueblos reunidos se iban con el borde en la mano en peregrinaje á Nuestra Señora de Radecliff,

una bella y antigua abadía llena de monumentos sajones, y á Nuestra Señora de Worcester, donde lady Warwick, la esposa del *hacedor de reyes*, ofrecia vestidos suntuosos para el uso de la Virgen Santísima, despues de haber rogado ya por la rosa encarnada, ya por la rosa blanca, segun el partido que protegía por el momento su valiente esposo (7).

El ayuno del sábado en honor de la Virgen Santísima, era practicado por el pueblo inglés desde el tiempo de Guillermo el Rojo. Un célebre ladrón, sajón sin duda, pues que San Ambrosio, el prelado normando que cuenta esta anécdota contemporánea, le llama ladrón sin mas cumplimientos, penetró una bella mañana en la cámara aislada de una pobre viuda para robarla; no encontrando nada que le conviniese en esta indigente morada, el célebre bandido se sienta sobre el único banquillo de la oscura sala con paredes de arcilla batida, donde hilaba la viuda, y le dice con un aire gracioso que remedaba el de un noble normando—"Y bien, comadre mia, ¿os habeis desayunado?—No, mi gentil caballero, respondió la pobre muger cesando de dar vueltas entre sus dedos al huso de fresno; no lo permita Dios, ¿no es hoy sábado? Yo ayuno todos los sábados del año.—Todos los sábados! repitió el ladrón asombrado y por qué?—¿Cómo por qué? en honor de la Virgen Santísima: ¿no sabeis que este es un medio por el que ella os hará la gracia de no morir sin confesion?—¡Ah! dijo el ladrón, me alegro el saberlo y de aquí en adelante hago el voto de ayunar tambien." Cumplió su palabra, y la Virgen por su parte no le faltó á la hora de la muerte. Herido fatalmente en una expedicion peligrosa, prolongó ella milagrosamente su vida para dejarle el tiempo de reconciliarse con Dios.

San Anselmo nos cuenta tambien que los atrevidos y orgullosos barones normandos honraban piadosamente á María, sin dejar de oprimir con todo su poder á los vencidos de Hastings. Uno de ellos, un gran señor, tenia por escuderos y por pages una tropa de *bribones* siempre dispuestos á obrar mal, y por independiente un *diablo encarnado*, que le persuadía sin cesar á este *pobre baron* ya de *ultrajar á aquel*, ya de *robar á este*, ya en fin de *matar á aquel otro*; así era que no se pasaba un solo dia sin que se señalase con tin á *cho detestable*. En medio de

esta bella vida, él rogaba devotamente á la Virgen día y noche saludándola con siete *Ave Marias* acompañadas de siete profundas genuflexiones, siendo esto lo que impidió á su infernal intendant el ahogar, como acostumbraba decir, y lo que le valió al fin la gracia de una conversión sincera (8).

Los bandidos sajones (*oullaws*); que se habían refugiado en el fondo de los bosques llegando á hacerse los mas hábiles arqueros de Inglaterra, para escapar á la pena capital que la ley normanda aplicaba á los delitos de caza, no sentían sino una sola cosa, y era el no poder ir á orar al altar de María, cuando un viejo monasterio sajón enviaba el sonido de sus campanas religiosas á los verdes bosques donde cantaba alegremente la alondra, ó donde corrían sin temor los corzos del rey. Aquellas antiguas baladas inglesas de negras letras, dice un anticuario de la Gran-Bretaña, que se cree obtenidas de balde, mientras se las paga á peso de oro, nos muestran á Robin Hood, el rey de los bosques, que despues de haberse encomendado á la Virgen, arriega su cabeza por solo ir á rezar sus devociones al monasterio cuyas campanas lejanas parecen llamarle.

“Hé ahí el estío; la campiña está verde, los árboles cubiertos de hojas y los ruiseñores gorgorean alegremente.”

“Los cervatillos dejan la colina, atraviesan la llanura y se ocultan en los espesos bosques.”

“Oh! qué hermoso día! la pascua nos ilumina con sus rayos, el aire está lleno de armonías y canciones.”

“Yo te saludo, alegre y limpia montaña, grita Little John; no, en todos los bosques cristianos no hay un hombre mas feliz que yo.”

“Y tú, mi buen amo, abre tu corazón á la alegría, á la dulce alegría teñida con la púrpura de Mayo.”

—“Ay! dice Robin Hood, yo sería tan feliz como tú, Little John, si en este día del Señor pudiese oír las visperas y matines.”

“Hace ya mas de un mes que no he adorado á Nuestro Señor, y si la Virgen María lo quisiese, yo iría á oír la misa en la iglesia que está allá abajo.”

“Aquella, dice Robin Hood, yéndose á la misa para adorar

allí la cruz del Salvador. Little John, mas prudente, se queda en los bosques de Sherwood y se arroja sobre los céspedes en flor.”

La España, que no era menos devota que la isla Británica, le habia elevado desde luego numerosos santuarios, y combatía bajo sus banderas. En 1212 Alfonso IX, habiendo ganado bajo el estandarte de la Virgen de los Siete Dolores su grande victoria de las Navas, donde los moros experimentaron una de sus mas sangrientas derrotas, fabricó en Toledo á Nuestra Señora de la Victoria, para depositar aquella santa bandera de María. El rey San Fernando, este excelente príncipe que no queria tomar sobre él aumentar los impuestos de su pueblo, y que temia mas, decía, las maldiciones de una pobre muger que á todos los ejércitos moros, atribuyó á la Virgen Santísima sus conquistas de Córdoba, de Jaen y de Murcia; en fin, Alfonso el Sábio compuso cantares en honor de la Madre de Dios, y fundó en honor suyo una orden de caballería (9).

El Portugal marchaba por el mismo camino con un ardor no menos grande. Alfonso I, en 1142, despues de haber derrotado con la proteccion de María, á quien se habia encomendado antes de la batalla, á cinco príncipes moros á los cuales habia arrancado cinco estandartes en las llanuras de Alentejo, fundó en su honor el soberbio monasterio de Alcobaca; no limitándose á esto, hizo homenaje de su reino á Nuestra Señora de Clairvaux, y ordenó que todos los años en la fiesta de la Anunciacion se pagase un tributo de cincuenta maravedises de oro, en señal de vasallaje á la señora del fondo en la persona de los abades de Clairvaux (10). Uno de los sucesores de este príncipe, D. Juan I, ofreció á nuestra Señora del Olivo tanto plata, cuanto pesaba su cuerpo armado de todas las piezas, y colgó como *ex-voto* en las paredes de la capilla de María, su lanza y su brillante cota de armas (11).

Los reyes de Dinamarca emprendían hácia el mismo tiempo, cruzadas contra los reyes paganos del Norte, en honor de la Virgen Santísima, y los polacos batian á los paganos de Prusia y Pomerania, cantando el *cóebro Bogu Rodzica* (Madre de Dios), un himno de combate dirigido á María, que San Andrés, obispo de Guesna, habia compuesto en el siglo X (12).

Los reyes de Francia no cedieron en devoción á los reyes extranjeros. Luis el Joven, y Felipe Augusto de gloriosa memoria, contribuyeron liberalmente á la reedificación de Nuestra Señora de París, que Mauricio de Sully, un grande obispo salido del pueblo, hizo erigir en el lugar de la vieja catedral merovingia del rey Childeberto.

Felipe Augusto, atribuyendo á la reina de los ángeles su magnífica victoria de Bouvines, fundó una soberbia abadía real cerca del bosque de Chantilly, y á orillas de las aguas profundas del Oise. Gnerin, obispo de Senlis, ministro y compañero de armas del rey, que habia desempeñado hábilmente el destino de mariscal de campo durante la batalla; Mateo de Montmorency que se habia inmortalizado tomando seis banderas enemigas; Enguerrando de Concy y Guillermo de Barres, que habian hecho al rey, durante este combate, una muralla que el ejército anglo-germano todo entero no habia podido forzar, quisieron asociarse á esta fundación conmemorativa hecha en honor de la *Sagrada Virgen Maria*, como decian los cartularios.

Blanca de Castilla, la célebre regente de Francia, fundó dos bellas abadías con el título de la Virgen Santísima: la abadía de Maubuisson, que ella llamó Nuestra Señora la Real, y Nuestra Señora de Lis; estos dos monasterios reales, según la voluntad de ella misma, se dividieron sus restos mortales.

El rey Luis IX, el príncipe mas santo y mas justo que ha ceñido la corona de Francia, el mejor de los reyes y el modelo de los caballeros, se distinguía por su tierna piedad hácia la Virgen Santísima. El contribuyó á la conclusión de Nuestra Señora de París, esta joya de piedra tan hábilmente cincelada, y á la que Pedro de Montereau, el mas célebre arquitecto de su época, ha llamado la santa capilla; despues de haberla hecho concluir para depositar allí la santa corona de espinas de Nuestro Señor, dedicó solemnemente la parte baja á Nuestra Señora, cuya estatua colocada bajo el pórtico, hizo un dia un milagro encantador en favor de una niña *bien juiciosa* si se ha de creer la tradición. Como la piadosa y linda niña, subida sobre un banco de piedra según la costumbre de los pobres

se levantaba sobre sus pequeños piés y extendía ansiosamente sus bracitos para colocar sobre la cabeza de la Madona una corona de rosas blancas, la *bucna Virgen* inclinó graciosamente hácia la angelical criatura su hermosa frente de mármol. Ho aquí por qué, dice un religioso del tiempo de Luis XIII, hasta el dia permanece la Virgen con la cabeza inclinada.

San Luis recitaba todos los dias con su limosnero mayor el oficio de la Virgen, y otro tanto hacia en sus viajes, prohibiendo que se le interrumpiese; ayunaba á pan y agua la víspera de las fiestas de nuestra Señora, y los sábados repartía en su honor grandes limosnas. *Cuando resolvió emprender su cruzada, vino á Nuestra Señora de París acompañado de su nobleza, llevando todos los piés desuados, el sombrero colgado del cuello, y el hordon en las manos, y así oyeron la misa con gran devoción.*

El rey á su llegada á Egipto encontró sobre la ribera donde queria desembarcar, un ejército musulman formado en batalla. El aire estaba oscurecido por las nubes de saetas que los sarracenos lanzaban sobre las chalupas francesas, mientras que sus lanzas brillaban á través del polvo que levantaban sus caballos, como el fuego tras una cortina sombría; su jefe llevaba *armas con extremos de oro, tan relucientes*, dice Joinville con su sencillo lenguaje, *que cuando el sol las tocaba por encima, parecían ser propiamente este astro luminoso*. Sus estandartes estaban superados de aquella antigua media luna de oro que era ya el emblema de los reyes turcos mucho antes de los dias de Ciro (14), y sus instrumentos de guerra hacían un ruido espantoso y muy extraño para los franceses. Pero Luis IX y sus valientes no se espantaban por tan poco! Cuando estuvieron á poca distancia de la ribera, el santo rey despues de haberse encomendado á Dios y á la Virgen, se arrojó el primero en la mar; las espumosas ondas le cubren casi enteramente, miles de saetas caen al rededor de él; pero ni las olas ni las flechas le detienen; el escudo á la espalda, el casco sobre la cabeza y la espada en la mano, lanzóse sobre los sarracenos con una furia verdaderamente francesa; todo el ejército vuela sobre sus pasos, y los africanos son puestos en completa derrota á los gritos estrepitosos de *Mont-Joie, saint Denis!* Cuando los ca-



balleros egipcios hubieron desaparecido agostados por el viento del miedo, las puertas de Damietta, la llave del Delta, se abrieron á los cruzados, cuyo primer cuidado fué hacer resonar el cántico de triunfo de un *Te-Deum* en la mezquita de los musulmanes, que fué consagrada por el legado romano bajo el título de Nuestra Señora de Damietta.

El ruido de esta gloriosa jornada llegó muy pronto á la Siria, donde se le atribuyó á la proteccion de nuestra Señora de Tortosa, una célebre Madona Siria á quien los mismos umbonectanos venían á implorar, y la que segun era fama, habia abandonado su santuario á fin de proteger el desembarco de los cruzados franceses. (15)

Muy pronto se supo el fin de esta desastrosa cruzada de Egipto tan brillantemente comenzada. San Luis, después de haber pagado un rescate enorme, volvió la proa de sus naves hácia la Siria; los cristianos que se habian apoderado de la Palestina en 1099, ya no poseian allí sino algunas plazas fuertes, en el número de las cuales estaba Nazareth, la ciudad natal de María, que se habia trasformado en una fortaleza feudal y cuyo primer señor franco habia sido el bravo de los bravos, Tancred, á quien el Taso tan noblemente ha cantado en su *Jerusalen libertada*. San Luis hizo reedificar las murallas de la fortaleza galilea, y habiéndose encontrado allí el día de la Asuncion, hizo cantar los oficios con acompañamiento de órganos é instrumentos de cuerdas en la iglesia de Santa María, donde comulgó solemnemente.

Cuando el rey Luis IX con la reina Margarita dejaban la Tierra Santa, una ráfaga de viento impelió la nave que los llevaba, bajo un alto promontorio que proyectaba su sombra á lo lejos sobre las olas. Habiéndose apaciguado la tempestad, se arrojó el ancla enfrente de esta montaña siria á la que coronaba un monasterio: en el silencio de la noche, al que turba apenas el murmullo de las olas adormecidas, oyese el sonido religioso de una campana lejana que llegaba con las emociones olorosas de la mejorana y del tomillo de los bosques. ¿Qué es aquello? preguntó vivamente san Luis, que despertaba en ese instante. Los marineros fenicios que tripulaban la nave, respondieron que eran las campanas del monasterio de Nuestra Señora del Monte Carmelo. El santo rey desembarcó á los primeros al-

bores de la mañana para oír la misa en el monasterio de María, cuyos religiosos vestidos con el ablas rayado de oscuro y blanco del año, guardaban un silencio riguroso y trabajaban con sus manos; el espíritu ferviente y cenobítico de los primeros solitarios del desierto reina allí aun. San Luis, penetrado de respeto por esta austera piedad, llevó con él seis religiosos á quienes llamó los hermanos de la orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo, y estableció en Paris á orillas del Sena. Ellos se mudaron mas tarde á la plaza de Maubert, y su nueva iglesia consagrada bajo el título de Nuestra Señora del Cármen, fué construida en gran parte por las liberalidades de Juana de Evreux, tercera mujer y viuda de Carlos II, llamado el Bello: esta princesa ofreció á la Virgen del Monte Carmelo su corona de diamantes, de esmeraldas y de rubíes, á la que unia su rico cinturón bordado de perlas, y el ramillete de flores de lis de oro cuajado de piedras preciosas que el rey le habia dado el día de su coronación. Mil quinientos florines de oro acompañaron este presente real. (16)

Los reyes de Francia, que se expusieron valientemente en los combatos, tenían la costumbre de ponerse bajo proteccion de la Virgen santísima siempre que lo requería la inminencia del peligro. Felipe el Bello habiéndose encomendado á María en un momento de extremo peligro en la sangrienta batalla de Mons-en-Puelle, donde habia desplegado todo el valor de un paladin, erigió grandes fundaciones á Nuestra Señora de Paris después de su magnífica victoria, y dió en perpetuidad á Nuestra Señora de Chartres tierra y la señoría de Barres, (17) con una renta de cien libras.

Después de la toma de Casel, Felipe de Valois, dicen los grandes cronistas de san Dionisio, vino á esta abadía para volver el oriflama que habia tomado al ir contra los flamencos, y después marchó á Nuestra Señora de Paris; cuando llegó se hizo vestir de las armas que habia llevado en la batalla de Casel, subió sobre su caballo de batalla y entró así á la iglesia de Nuestra Señora; entonces, dándole gracias muy devotamente, le presentó todas sus armas y el caballo en que iba montado. (18) El rey rescató sus armas y caballo del capítulo de Nuestra Señora

por la suma de mil libras; é hizo erigir su estatua ecuestre en frente del altar de María. Obsérvese que estas dos victorias de Mons-en-Puelle y de Casel fueron ganadas entre la fiesta y la octava de la Asunción. Después de haber batido á los flamencos en Rosbecq, Carlos VI, que no tenía entonces sino catorce años, y á quien llamaban el *Reyezuelo*, envió también su espada á Nuestra Señora de Chartres, su armadura riquísimamente embutida, y su espada real toda cuajada de delinea de oro. (19) Los reyes de Francia, por su parte, en su primera entrada en la capital del reino hacían el homenaje á nuestra Señora de la magnífica corona que recibían de la ciudad de Paris. La que ofreció Isabel de Baviera era de oro y pedrerías. (20)

Bajo Felipe de Valois comenzaron las guerras entre los ingleses; el rey Eduardo III se creía el legítimo heredero del trono por derecho de su madre Isabel, hermana de Felipe el Bello, muerto sin herederos y del cual era sobrino, mientras que Felipe de Valois no era de él sino primo segundo. Los pares y barones franceses se declararon por Felipe de Valois contra la princesa Isabel, no en virtud de la ley sálica que no habla de la exclusión de las mujeres, sino por la autoridad de los hábitos existentes autorizados por las costumbres. Eduardo respondió por un argumento singular que se encuentra en una carta escrita por él al papa: "Si el hijo, dice, es excluido del trono porque su madre no pudo ocuparlo, Jesucristo no tenía, pues, ningún derecho á la herencia de David, pues que él no descendía de este rey sino por la señora Santa María su madre."

Esta desgraciada idea de reinar sobre la Francia, que en hora fatal atravesó el espíritu de los monarcas ingleses, y que cubrió el reino de las flores de lis de un diluvio de sangre, fué despertada por una provocación caballeresca hecha en el nombre de la dulce Virgen María, quien probó mas tarde cuánto la desagradaba. Un falso traidor, Roberto de Artois, á quien el rey de Francia había agraviado, dice un historiador de Inglaterra, se vengó atizando la llama del resentimiento, casi extinguida en aquel joven rey de los ingleses, que no sonaba entonces sino en torneos y fiestas. Un día, trayendo en la mano una garza real que su halcón de Noruega había apresado, en las orillas del Támesis, entonces bordeado por innumerables sauces, se presentó

en el salón donde Eduardo daba un banquete real á sus grandes barones y á las nobles damas de su corte. Subiendo luego hasta el punto mas elevado del salón donde estaba el trono del rey bajo un dosel de tela de Bretaña con franjas de plata: "Traigo, dijo, á la mas cobarde de las avos, y la daré á aquel de entre vosotros que mas se le parezca; á mi ver es á tí, Eduardo, que te has dejado arrebatar el noble país de Francia, del que eres legítimo heredero." El fuego de la cólera brilló en los ojos del monarca inglés. ¡Sospechar de su coraje! al instante se puso rojo de vergüenza, y juró por el Dios del paraíso y su dulce Madre que antes de seis meses iría á retar á ese hijo de un conde que se hacía llamar indebidamente rey de Francia: cuando hubo jurado, el conde Artois presentó la garza real á los lores ingleses, que juraron cada uno por su parte guerra á los franceses, tomando por testigos de este funesto juramento, á la Virgen venerada que llevo el Dios muerto en la cruz; y á quien el caballero Longis hirió con su lanza. (21)

La primera expedición de los ingleses fué la batalla naval de la Esclusa. Los combates navales de entonces no se parecían en nada á los de nuestras flotas modernas; combatáse de cerca, las tripulaciones se esforzaban para despedazar el velamen del enemigo con largas guadañas y grandes flechas, mientras que los buzos barrenaban las embarcaciones bajo el agua á fin de echarlas á pique. El *ne plus ultra* de la habilidad de las maniobras consistía en hacer encallar á las enemigas sobre la costa, ó que se rompiesen contra las rocas. Eduardo, que mandaba su flota en persona, fué herido de una flecha desde el principio de la acción; pero no por eso dejó de combatir, haciendo preceder cada golpe de lanza de algunas de sus invocaciones favoritas: ¡Ah! ¡san Eduardo! ¡Ah! ¡san Jorge! ¡Ah! ¡santa María! mientras que la nobleza inglesa al lado de su estandarte rojo, donde brillaba un dragón de oro, (22) lanzaba sus poderosos gritos de guerra: ¡Nuestra Señora de Arundel! ¡Nuestra Señora de Arlehol! ¡San Jorge! porque en esta época caballeresca, cada guerrero de nota tenía por protector un santo á quien invocaba en alta voz durante la refriega. Eduardo deshonoró su victoria haciendo colgar en el peral de una verga á uno de los almirantes franceses que se había defendido bravamente; el otro que

había perecido con las armas en la mano encontró entre las ondas una tumba mas honrosa. En medio de esta escena de tumulto y de sangre, las bellas damas inglesas que habían venido en la galera real á buscar fuertes emociones, las mujeres de todas las épocas se asemejan á lo que parece del otro lado del estrecho, aplaudian el triunfo de sus caballeros; pero ninguna pidió misericordia para los vencidos! y la suerte de veinte mil cadáveres franceses enrojeció las azules olas del mar de Alemania. El rey de los ingleses, que durante el combate no se había olvidado de invocar á María, apenas hubo desembarcado en Flandes, cuando fué á pie, dice Froizard, con un *gran número* de nobles á su santuario de Ardenbourg. Así fué como principió esta guerra de cien años, durante la cual los ingleses pasaron su bandera desde el Garona hasta el Rin y desde el Océano al Mediterráneo.

Durante este lucha tan larga, intercalada de algunos armisticios durante los cuales los pies se posaban sobre la sangre y la mano sobre la daga, la Virgen santísima, á quien los ingleses continuamente robaban sus monasterios sin escrúpulo, no era menos, sin embargo, un objeto de veneracion. Después de haber destruido una ciudad entera de la que se alejaban cargados de botín, dejaban algunas veces una de sus estatuas perfectamente intactas sobre su pedestal; y cuando los habitantes desembarazados de ellos venian á visitar tristemente los escombros de la fortaleza, santiguábanse devotamente gritando: ¡Milagro! (23) Y era por cierto un milagro este acto de respeto en medio de una espantosa escena de devastacion.

Los santuarios donde la reina de los cielos le habia sido mas grato manifestar su poder, eran tenidos por una tierra santa y neutral; eran oasis de paz hácia los cuales caminaban de todos los puntos del horizonte soldados y caballeros de todos los países que se convertian en piosos peregrinos desde el momento en que prendian una pequeña imagen de la Virgen á su casco de acero pulido ó á su caperuza de sarga. En las crónicas manuscritas de Quercy se lee, que siendo apresados algunos soldados ingleses por otros de Cahors, fueron puestos en libertad con las palabras más dulces y afectuosas en el momento que se hicieron reconocer por peregrinos de nuestra Señora.

Las fiestas de la Virgen santísima eran escrupulosamente guardadas por las tropas inglesas, deteniendo siempre su marcha para celebrarlas. En 1380, Buckingham, que á través del corazón de la Francia se habia abierto un camino barriéndolo todo delante de sí, se detuvo con su ejército en el bosque de Marchenoir, para celebrar la fiesta de nuestra Señora de Setiembre. Los caballeros ingleses oyeron devotamente la misa en una abadía que encontraron en medio de los bosques, y las largas espadas de Burdeos estuvieron por aquel día vírgenes de sangre francesa. (24)

Un capitán inglés nombrado Norwick, á quien el príncipe Juan, duque de Normandía y heredero presuntivo del trono, habia sitiado repentinamente en Angulema, donde se encontraba faltar de víveres, sacó diestramente partido de esta devocion á la Virgen que era comun á ambos, pueblos para escapar al disgusto de rendirse á discrecion. El día de la vigilia de la Purificacion, una de las grandes fiestas de nuestra Señora, que se guardaba en Francia desde lostiempos de Pepino el Chico, salió de los muros y pidió hablar al príncipe; este se adelanta y le dice: ¿Venis á capitular?—No, respondió el inglés; pero somos vos y yo igualmente devotos al culto de la Virgen santísima; pido, pues, á vuestra cortesanía una tregua, y que durante todo el día consagrado á esta fiesta, se prohiba batirse á los soldados de ambas partes, sin que pueda alegarse pretexto alguno para lo contrario.—Consiento con toda mi alma, replicó el príncipe.

Al despuntar el alba del día siguiente, Norwick salió con la guarnicion y todos sus bagajes; los comandantes de los puestos franceses le detienen preguntándole cuál es el objeto de aquella salida. “Quiero aprovechar la tregua, respondió el general, para dar un paseo á mis soldados.”

Llevóse la noticia de este hecho al príncipe Juan, que dice: “La arteria es buena, ¡vive Dios! Dejados marchar como lo desean, y contentémonos con la ciudad.” (25)

No obstante los testimonios de respeto que la Virgen santísima recibia de los invasores, abandonólos para socorrer á los invadidos. A título de oprimida, la Francia habia encontrado gracia delante de ella, y lo probó mas de un milagro.

En Poitiers, el criado del maire que habia vendido la ciu-

dad á los ingleses y les habia prometido introducirlos una noche oscura en que la luna estuviese completamente oculta, fué imposible, sin embargo, hallar las llaves, quedándose estúpido al día siguiente de encontrarlas en las manos de una estatua de la Virgen en su propia catedral de Nuestra Señora. En Rennes, á quien por largo tiempo el duque de Lancaster habia sitiado inútilmente, desesperado de asaltar á esta ciudad valiente y tan bien defendida, mandó hacer una mina para volarla. La ciudad bretona duerme sobre un volcan sin temer la consecuencia del peligro que la amenaza; pero nuestra Señora vela siempre. Cuando la mina habia llegado á la catedral de Santa María y cuando el enemigo estaba á punto de ponerle fuego, vese en medio de una noche profundamente oscura, que los cirios de Nuestra Señora de San Salvador se encendían por sí mismos, las campanas puestas en movimiento por mano invisible suenan á todo vuelo, y cuando los habitantes se despiertan sobresaltados, corren en tropel atraídos por los extraños resplandores que iluminan la iglesia á media noche, preguntándose: "¿Qué significaba todo aquello?" La Virgen extiende con lentitud su brazo de piedra por el costado de la nave gótica, e indica con este movimiento el lugar donde la mina debía estallar. La ciudad prevenida á tiempo fué salvada. Podríanse citar otros ejemplos de la proteccion que María concedió á la Francia en esta época desastrosa; nos limitaremos á citar bajo la fe de escritores juiciosos y contemporáneos, el mas ruidoso de estos numerosos milagros.

Cipreses siempre verdes se levantarán sobre la noble frente de la Francia después de aquellas dos lamentables jornadas: la de Greçy, esa batalla donde pereció la flor de la nobleza francesa; la de Poitiers, donde el rey Juan fué hecho prisionero con ochocientos barones por el príncipe Negro; la nobleza estaba arruinada, el jóven regente sin tropas, las campiñas mas fértiles se cubrian de zarzas; las ciudades amenazadas de los horrores del asalto por el extranjero que acampaba á sus puertas, estaban destrozadas dentro por las facciones. Cuando al hombre le falta el apoyo sobre la tierra, se arrodilla y tiende sus manos suplicantes hácia el cielo, y así lo hicieron entonces todos los hombres de bien en las aldeas y en las ciudades. Pedíase á

Dios un prodigio por intercesion de María, para ver el fin de estas calamidades. La fe era grande y el dolor inexplicable: el prodigio fué concedido. Abusando de su posicion y del estado desgraciado de la Francia, Eduardo III, con quien el jóven regente, que se llamó después Carlos el Sabio, negociaba, propuso condiciones tan duras, tan vergonzosas, tan intolerables, que la Francia casi expirante como estaba, levantó la cabeza con generosa cólera y dijo: ¡No! A esta repulsa inesperada embarcóse Eduardo y viene á poner sitio á Chartres.

El ejército inglés plantó sus tiendas á poca distancia de los muros y enfrente de aquella espléndida catedral tan magníficamente reedificada por Julberto con los dones de los fieles ricos y pobres. La bella iglesia gótica, colocada sobre una altura que domina la ciudad y con sus altos campanarios que se descubren á diez leguas de distancia, tenia el aspecto de una ciudadela sagrada, mientras que el resto de la ciudad se desplegaba á su sombra. En este santuario universalmente reverenciado estaba un relicario de madera preciosa cubierto de espesas planchas de oro, donde se depositaba uno de los preciosos vestidos de María, su traje de fiesta de tela de Babilonia con flores azules, violetas, blancas y oro. Un día los normandos vinieron á sitiarse á Chartres, y los habitantes muy dispuestos á defender su templo, habian tomado por estandarte esta santa reliquia; pero los normandos huyeron á su vista. Era costumbre de aquella época hacer tocar á este relicario las camisas de la fina tela de Bretaña que vestian los grandes señores el día en que eran armados caballeros. Ricardo Corazon de Leon, á quien se le habian llevado hasta Inglaterra, habia ofrecido en retorno á nuestra Señora de Chartres una hermosa joya de oro y pedrerías que encerraba las reliquias de san Eduardo. La Madama de Chartres estaba pues en alta veneracion entre los caballeros ingleses, y mas de uno, en secreto, culpa sin duda al rey que venia á esponer á los sacrilegios y al pillaje los santos objetos de la catedral de María.

La ciudad, notificada para que se rindiese, contestó simplemente que no queria, y los enviados de Eduardo no vieron sino la puerta masiva, sólidamente encubierta de hierro, bajo la cual en un lindo nicho gótico decorado con adornos de la

época, estaba una blanca Madona con esta inscripción grabada sobre la piedra: *Tutela carnutum!* El sitio de la antigua capital de los cornutos se prolongó, y los fértiles campos de la Beauce estaban cruzados de espadas inglesas en lugar de espigas; el delin ensayó entablar una negociación para salvar la ciudad favorita de nuestra Señora, pero Eduardo se hizo sordo á sus ofertas y á sus representaciones. Los negociadores franceses, ridamente despedidos, no osaron conservar esperanza, y la ciudad parecía estar á punto de ser tomada, cuando aconteció, dice Fraizard, un milagro que *mucho humilló y rompió el coraje* del príncipe inglés. "Una despedida de las nubes, una tormenta tan grande y tan horrible descendió del cielo sobre el ejército del rey de Inglaterra, que parecía mas propiamente que el mundo se iba á acabar, porque caían del aire piedras tan gruesas, que mataban hombres y caballos, y así fueron deshechos los mas atrevidos."

"Si siembras en el jardín de la vida la semilla de la ira, decían los antiguos sabios de Juan, (26) la estrella tendrá que llorar." El rey de los ingleses debió hacer mentalmente algunas reflexiones de esta naturaleza, cuando el sol se levantó como una lámpara de oro para mostrarle los desastres de la noche. Todo su campo estaba casi destruido, las tiendas hechas girones dejaban colgar los pedazos de lienzo cual pabellones rotos, y sobre aquella llanura inmensa, cuyas verdes sembreras habían sido atropelladas por la caballería inglesa, siete mil caballos estaban extendidos sin vida al lado de sus caballeros. Ningun acontecimiento histórico está mejor certificado que este hecho singular: Eduardo fué de tal modo aterrorizado, que por largo tiempo le quedó la impresión de este milagro, como él mismo lo confesó al continuador de Nangis.

Algun tiempo después, conforme con la promesa que había hecho en medio de su espanto á la poderosa patrona de Chartres, firmó la paz concluida en Breigny, peguena aldea del país de Chartrain, y sus grandes lores, que llevaban la cabeza tan alta, despojándose momentáneamente de su arrogancia vinieron á arrodillarse delante de la Virgen con el pacífico y humilde traje de peregrinos.

Pero no se limitó á esto la intervencion de María en los ne-

gocios casi desesperados de la Francia. Ella sacó uno de esos hombres fuertes cuyo brazo de hierro basta por sí solo para sostener un reino que se derrumba; colocó el odio á los ingleses en el corazón de un joven breton, que hizo su aprendizaje bajo sus auspicios y tomó su nombre por grito de guerra. Los ejércitos que la bandera roja de Albion guiaba á los combates, fueron deshechos, cual las pajas que el viento arrebató, al grito de: *¡Nuestra Señora de Guesclín!*

Cuando la locura de Carlos VI, este príncipe tan valiente, tan querido del pueblo y tan devoto de María, hubo resucitado las esperanzas medio muertas de los reyes de Inglaterra, Enrique de Monmouth, pasando el estrecho, cedió á la tentación de reunir la noble corona de Francia á su corona mal adquirida, y obró peor mil veces que Eduardo y su hijo; entonces la Virgen no le opuso sino una joven de alma pura, que dejó caer de sus manos indignadas, su humilde cayado de *pastora* para empuñar la espada de las batallas. Encendidos los cirios místicos de la imagen venerada de nuestra Señora de Bernont y componiendo las flores de la hermita de Santa María, (27) fué cuando Juana de Arco escuchando las voces interiores que la excitaban, concebía el difícil proyecto de librar á la Francia de las *gentes de Inglaterra* y de hacer consagrar en Reims al joven delin Carlos. Todo fué hecho como la Virgen quiso y como la pastora lo anunció: Santa María de Reims, donde los reyes de aquella época antes de calzar la espuela de caballeros iban á ejecutar la *vela de armas* con los jóvenes señores de su corte, (28) abrió gozosa y flora sus grandes puertas para dejar pasar al verdadero rey de Francia, á aquel que podía ser con justicia el solo ungido del Señor. Una bandata de pajarrillos fué á comunicar á los ángeles esta nueva de feliz augurio, y cerca del príncipe, arrodillado al pie del altar donde Clovis había encorbado su alta cabeza de sicambre para recibir el agua del bautismo, *la hija de Dios, la hija de gran corazón*, la casta heroína enviada por la Virgen con un semblante donde la modestia se unía al mas vivo gozo, desplegó su bandera de tafetan blanco, donde se leían en letras de oro estos dos nombres tiernos, estos dos nombres salvadores: Jesús! María!



## LIBRO X.

## Las ordenes.

LA estrella de la caballería, que desde las cruzadas brillaba en el zenit de la Europa, tocaba ya en el horizonte; pero descendía como el sol que declina, y su disco ensanchado vertía aun una viva luz donde parecían confundirse el brillo del hierro y el resplandor sagrado de los cirios. Estos tiempos, más bellos y mejores que los nuestros, en que la religión era respetada y sus santas leyes obedecidas desde el palacio hasta la cabaña, fueron la época en que el culto de la madre de Dios llegó á su apogeo, porque todo se hacia para ella y por ella: "Es muy natural que cada uno la implore, decian en sus cantares los trovadores guerreros de Alemania, pues que en el cielo se ejecuta cuanto ella quiere; así se hacia, y aun cuando cada paladin tomaba por su protector celeste ya á Santiago, ya á san Jorge, á san Miguel ó san Martín, á quienes los señores feudales en su sencillo respeto por los habitantes del reino de los cielos, habían descifrado con nobles títulos, la Virgen *konrada* que reunia todas las condiciones de belleza, de dulzura y de angélica pureza que

convenían á la señora por excelencia, era el objeto de un culto muy superior á aquel que se daba al *baron* Santiago y á san Jorge el buen caballero; pregonábanse torneos y acometíanse empresas en honor de la señora santa María; reyes y caballeros *relataban las armas* en su capilla; su nombre traducido en todas las lenguas de Europa, era el grito de guerra de los barones flamencos, daneses é ingleses, como también de Duguesclin. En el combate de los Treinta, cuyo lugar indica aun una columna rota en medio de las retamas la de Baja-Bretaña, Beaumanoir se encomienda á Dios, á nuestra Señora y á san Ines. Viendo que sus compañeros de armas enrojecían la tierra con su sangre y que los ingleses llevaban lo mejor, arma caballero en nombre de nuestra Señora á Juan de Roche, un escudero de noble raza que era simple espectador del combate, y la fortuna cambiando de bandera se declaró por los bretones. (1)

Después de haberse encomendado á María, hátese uno contra diez con aquella confianza en el apoyo del cielo que triplica la fuerza del hombre; una buena causa, una conciencia pura y el apoyo de la Virgen basta para hacer *maravillas en las armas* y conseguir las victorias mas brillantes. En 1388 un ejército de vrbanteses entró en el ducado de Gueldres, donde todo fué entregado á fuego y sangre; el duque no tenía ni hombres ni dinero para rechazar á los invasores; sus consejeros eran de parecer que se encerrase en una de las plazas fuertes; pero él repitió esta tenida advertencia con una indignacion mezclada de cólera: "Yo no me encerraré ni en castillo ni en ciudad, gritó, ni dejaré quemar mi patria; queria mas bien ser muerto en los campos de batalla." Después de esta noble respuesta, el jóven duque se armó para el combate; pero antes de dejar á Nimega, fué á rogar devotamente delante de la imagen de nuestra Señora, en la cual tenía gran confianza, y el y sus caballeros se consagraron á la Virgen santísima. Concluidas estas oraciones, montó á caballo á la cabeza de cuatrocientas lanzas para ir á combatir un ejército de cuatro mil hombres. A la vista del enemigo, los consejeros del príncipe flamenco espantados á la disparidad del número, aun pretendieron disuadirle del combate; pero el duque colocando la mano sobre su corazón, exclamó: "Algo me dice que la jornada será mia. Desdoblada mi bande-

ra, y el que quiera ser caballero, que se adelante; yo le haré en honor de Dios y de la Señora santa María, de la cual tomé su permiso antes."

Y el bravo jóven duque cargó al enemigo á galope, gritando: ¡Nuestra Señora! ¡Gueldres! Los bravantases, completamente batidos, perdieron diez y siete banderas, "que encontráreis, dice Fraizard, delante de la imagen de nuestra Señora de Nimega, á fin de que sirvan de perpetua memoria." Después del combate, los de Gueldres tuvieron consejo sobre el campo de batalla. Algunos propusieron entrar en una ciudad vecina para colocar allí los prisioneros y curar sus heridos. "No, dijo el duque; yo me di y consagré al departamento de Nimega, y me he dado y consagrado hoy, al principio de la batalla, á nuestra Señora de Nimega; así, yo quiero y ordeno que volvamos por este lado, y vamos á dar gracias á la Señora que nos ha ayudado á obtener la victoria." (2)

Y partió al *gran galope* con sus caballeros para ofrecer á nuestra Señora sus acciones de gracias, y suspender como ex voto en su capilla sus armas rotas y abolladas?

En 1563, el rey Luis I de Hungría encontrándose con veinte mil hombres en presencia de ochenta mil infieles, ofrecióse con todo su ejército á la Reina de los ángeles, cuya imagen jamás abandonaba. Para dar gracias á nuestra Señora de la brillante victoria que habia ganado, hizo construir al rededor de la capilla de Aflenz, en Corintia, una sólida y bella iglesia, donde depositó la santa imagen á la cual atribuía su victoria, y la espada con la cual habia combatido. (3)

En el siglo IV, Luis, duque de Borbon, llamado el Grande, resolvió abandonar momentáneamente la Francia, á quien desahaban las revueltas de la minoridad de Carlos VI, para reprimir las atrevidas piraterías de los serracenos de Africa, que paralizaban el comercio marítimo de la Europa. Génova y los puertos del litoral francés, pedían una expedicion contra estos forajidos; Luis de Borbon oyó su súplica y resolvió hacer de aquel otro lado una cruzada en honor de la Virgen, á quien tenía grandísima veneracion. Hizo el llamamiento de su nobleza, á la cual corrieron á unirse el delfín de Auvernia Juan de Beauler, hijo del duqueso Lancaster; el conde Harcourt, Gautiero de Cha-

tilon, Guillermo de Hairaut, Felipe de Artois, conde de Eu, el señor de la Tremoville y Felipo de Aar, todos estos guerreros antes de levar el áncora, se ofrecieron solemnemente á la Virgen santísima, y tomaron por pabellon almirante la bandera del duque de Borbon, que estaba por entonces toda adornada de flores de lis de Francia con una blanca imagen de nuestra Señora, Madre de Jesucristo, sentada y figurada en el medio: el escudo de Borbon estaba bajo los pies de la linda imagen.

El duque de Borbon se hizo á la vela en una flota de 80 navios, que salió á la mar muy ordenadamente, bajo la guardia de Dios, de nuestra Señora y de san Jorge. Desembarcaron-se en medio del estio, delante de una ciudad que Froisard y Cristina de Pisau llaman Africa, y que se cree debe ser Túnez. Los cruzados de la Virgen santísima emprendian el sitio de esta plaza á la que cuatro veces intentaron tomar por asalto sin conseguirlo, pues los turcos les oponian una vigorosa resistencia. La llegada de los cristianos habia sido una señal de guerra santa para los musulmanes de Africa; los reyes de Bogia, de Tripoli, de Manol, enviaron sus tropas en socorro de la ciudad sitiada, y los cristianos tuvieron que defenderse de las emboscadas y de las sorpresas, nocturnas de los berberiscos; pero estas arterias fueron deshechas sin el menor socorro de centinelas ni avanzadas, de manera que el ejército de Maria reconoció la mano de su divina protectora. Un perro que no tenia ano conocido, hacia todas las noches tan buena guardia al rededor del campo de los cristianos, que era imposible á los turcos burlar su maravillosa vigilancia. Los soldados viendo algo de extraordinario en el instinto infalible de este animal, lo llamaban el perro de nuestra Señora.

Esta expedicion de Africa, emprendida bajo los auspicios de la Virgen, fué acompañada, segun Fraissard, de numerosos prodigios; cuenta que "los sarracenos queriendo sorprender á los franceses por un ataque nocturno, se aproximaban una noche muy calladamente al campo de los cristianos, cuando apercebieron delante de ellos una compania de damas todas blancas, y en especial una como primer jefe que era mas bella que todas las otras y llevaba delante un empalon todo blanco con una cruz bermeja. De este encuentro, y de la tal vista, fueron los sar-

racenos tan espantados, que en aquel momento no tuvieron ni poder ni valor para avanzar. (5)

Sea que Maria colocándose con su militia celeste entre los cristianos y musulmanes, quisiese proteger á la caballeria francesa que marchaba bajo su estandarte, sea que una alucinacion causada por la claridad dudosa de las estrellas y las flotantes banderas de los caballeros, fuese la sola causa del prodigio, lo cierto es que el campo fué salvado de una sorpresa de noche.

Los calores excesivos del clima, y una epidemia pestilencial diezmaron el ejército cristiano que pensó levantar el sitio de Túnez, después de nueve semanas de esfuerzos infructuosos; pero antes de retirarse dió dos batallas á los sarracenos, quienes no obstante su número fueron batidos; la bandera de Maria fué gloriosamente conducida por los caballeros franceses, y los cristianos hicieron tales prodigios de valor bajo este estandarte, que espantados los reyes de Túnez, se creyeron muy felices en concluir un tratado por el cual se obligaban á volver los cristianos esclavos, no molestar la navegacion del Mediterráneo, y á pagar, en fin, por los gastos de la guerra, diez mil bezantes de oro.

Las buenas ciudades del reino en los tiempos de calamidad, se colocaban bajo la proteccion especial de la Virgen santísima, como así tambien los soberanos. En 1357, después de aquella funesta batalla de Poitiers que segó la flor de la nobleza francesa, y donde el rey fué hecho prisionero por los ingleses, el preboste de los mercaderes, á nombre de la ciudad de Paris, hizo voto de ofrecer todos los años á la madre de Dios un cirio, cuya longitud igualara la circunferencia de los muros de la ciudad. La oferta se cumplió religiosamente hasta el tiempo de la liga, siendo interrumpida desde entonces durante veinticinco á treinta años. En 1605 se substituyó á esta larga bugia enrollada, una lámpara de plata con un grueso cirio que ardia sin interrupcion delante del altar de nuestra Señora, hasta en 1789. (6)

Ruan, en donde la imagen de Maria decoraba en otros tiempos todas las plazas, las encrucijadas, las puertas y todos los monumentos públicos, se colocó por un voto solemne bajo su proteccion en 1348, cuando la venida de aquella famosa peste negra, que habia destruido el globo, y que heria tan violentamente á sus víctimas, que se agonizaba, dicen los cronistas con-



temporáneos, mirándose unos á otros. Cuando la intercesion de la Virgen hubo puesto fin á este espantoso azote, se erigió en la catedral normanda una de las mas soberbias capillas del mundo, bajo el título de Nuestra Señora del Voto.

La estatua de Maria de mármol blanco, coronada de rosas blancas, tambien adorna el altar que le erigió el reconocimiento público, y los magistrados de Ruan colocaron delante de esta santa imagen una lámpara de oro macizo que ardia hasta el siglo VI, en que los protestantes la apagaron. (7)

Las ciudades de Francia no fueron solas las que se consagraron á la Virgen santísima; Génova, la soberbia, habia escrito sobre todas sus puertas *Citta di Maria*, y Venecia la bella habia adornado en 1385 la sala de su gran consejo, con un magnífico cuadro del Guaziato, discípulo del Giotto, representando á Cristo en el acto de coronar á la Virgen *Reina* de Venecia; bajo de esta pintura, que ha perecido hace muchos siglos, estaban escritos estos cuatro versos del Dante:

L'AMOR CHE MOSE GIA L'ETERNO PADRE  
PER FIGLIA AVER DI SUA DEITA TRINA,  
COSTEI CHE FA DEL FIGLIO SUA POI MADRE  
DELL' UNIVERSO QUI LA FA REGINA.

Los duxes de Venecia estaban obligados á dejar un cuadro á la señora, donde se les viera arrodillados delante de la imagen de la Virgen santísima, á fin de hacerles recordar que ella era la soberana de ellos y de la república. (8)

Esta devocion de los genoveses y los venecianos á la madre de Dios, era eclipsada por el ardiente culto que le rendia la pequeña república de Roma que se habia consagrado á Maria. Los parmesanos no tenían un día mas solemne que el 15 de agosto, fiesta de la Asuncion de la Virgen, patrona de su catedral y soberana de su república. Esta fiesta era igual á las de Pascua, y era tan respetada que la santa Sede al poner á Parma en entredicho, exceptuóla siempre de la excomunion, el día de la Asuncion de la Virgen.

Aquel día los jefes de familia á la cabeza de todas las personas de su casa salian con banderas desplegadas y entonando

cánticos, para ir á depositar flores y presentes en el altar de su soberbia catedral, cuyas bóvedas debia pintar mas tarde el Correggio. Un solo habitante de Parma dice, Turchi, que no hubiese concurrido á la catedral, hubiera sido deshonrado, y todos le habrian señalado con el dedo. En esta fiesta solemne en que todos los rangos se confundian, no existian tan poco preeminencias ni distinciones: habriase dicho que todos los miembros de una sola familia se reunian para festejar gozosamente á su madre.

Verdaderamente que es una devocion tierna y sincera, aquella que puede borrar los odios de partido! la de los parmesanos á la Madre de Dios alcanzaba hasta allí. El día de la Asuncion, en el año de 1323, los güelfos desterrados de Parma depusieron sus viejas enemistades, y con las manos juntas se presentaron bajo los muros de la ciudad y pidieron que se les permitiese entrar por el amor de la Virgen Santísima. La poblacion de la ciudad, á este nombre invocada humildemente el día de su fiesta solemne, olvidando sus rencillas y entregándose á la compasion, y por un movimiento espontáneo cada uno corrió á abrir las puertas. Güelfos y gibelinos se abrazaron vertiendo lágrimas de gozo, y se condujo á los desterrados en medio del entuciasmo de los ciudadanos á la célebre catedral de nuestra Señora donde se juró la paz sobre el altar de la Virgen; ésta paz duró cincuenta años. (9)

Para calmar estas ardientes facciones de güelfos y gibelinos, que dividian las ciudades de Italia en dos partidos, y convertian sus calles y plazas públicas en campos de batalla, no se pudo imaginar nada mejor que crear un orden de caballería enteramente pacífica, los *Frati Gaudenti*, ó caballeros de la Virgen, que sin renunciar al mundo se ocuparon en restablecer la paz y concordia en la península Italiana en el nombre y honor de la Madre de Dios.

Esta devocion á la Virgen que traía la paz á las ciudades, é inspiraba el valor á los guerreros, fué el alma de las órdenes militares, aquellos grandes ejércitos siempre triunfantes de la edad media que se ponderan por la mayor parte, é hicieron prodigios con la fe á la Madre de Dios. En esta fraccion religiosa y austera de la caballería, el culto ausente de los demás, es-

taba representado por una consagracion particular á la Virgen santísima; por esto es que los caballeros de San Juan de Jerusalem invocaban á María al recibir su espada, invocacion que los caballeros de Malta, última trasformacion de aquella órden célebre, hacian aun últimamente. Los caballeros teutónicos tomaban el nombre de *caballeros de la Virgen*. (10) Las tierras que conquistaron de los paganos del Norte de Europa, las llaman *tierras de María*; la Virgen era su dama celestial, y á decir verdad, ella era entonces *la dama de todo el mundo*, como lo manifiestan las ingenuas leyendas de la edad media. Estas órdenes sometidas á una organizacion poderosa que participaba de la disciplina de un ejército y de la severidad de una regla, conquistaron en el nombre de María provincias que acumulaba para componer reinos; el órden de los caballeros teutónicos vino á ser como se sabe la monarquía prusiana, y bajo el nombre de caballeros de Rodas, los Hospitalarios han reinado sobre una de las mas bellas islas del mar del Levante. A estas órdenes religiosas y caballerescas que estendian el culto de María por milagros de herbura, vinieron á juntarse las órdenes reales, de las que María era tambien generalmente la patrona. El rey Juan fundó en su honor la órden de los caballeros de la noble casa, mejor conocida con el nombre de caballeros de la Estrella. Estos caballeros se reunian todos los sábados siempre que las circunstancias lo permitian, pero en caso contrario, debian dar á los pobres quince sueldos parises en memoria de los *quince gozos* de nuestra Señora. Tenian el permiso de llevar una bandera de estrellas con una imagen de la Virgen, ya fuese para hacer la guerra á los enemigos de la fé, ya puramente para servir á su señor, juraban morir antes que rendirse, y no huir mas lejos que el espacio de cuatro fanegas de tierra; esto en caso de que la superioridad del número les forzase á la retirada.

Cárlos VI, este pobre príncipe cuyo valor precoz habia ganado á los catorce años la célebre batalla de Resbeeg, *que irritó tan duramente á los ingleses, que ella hubiese bastado para suscitar envidia si estuviese muerta*; así al menos lo dice el señor Juan Froissard, instituyó tambien durante los primeros años de su reinado una órden de caballería en honor de la Virgen santísima, para cumplir un voto que habia hecho en el Languedoc.

durante su viaje á Tolosa, cazaba frecuentemente en el antiguo bosque de Banecirn, con Oliverio de Clisson, Pedro de Navarra y otra porcion de los señores de su corte. Cierta dia que persiguiendo con demasiado ardor una bestia salvaje, se habia separado de su comitiva, sorprendiéndole la noche en medio de tierras montuosas, de soledades sin caminos y de grandes bosques poblados de osos y jabalíes de los antiguos montes druidicos; para aumentar los peligros de su situacion, las tinieblas se hacian cada instante mas espesas, y una atmósfera nebulosa le ocultaba las estrellas. Aterrado de su aislamiento y no sabiendo que direccion tomar, el príncipe hizo un voto solemne á nuestra señora de la Esperanza, y se colocó humildemente bajo su amparo. Al instante un ligero viento dispó las nubes, y el astro brillante de la noche derrama sus rayos de gris perla alumbrando un sendero trillado que condujo al jóven monarca fuera del bosque. A la mañana siguiente, Cárlos, seguido de sus caballeros completamente armados, á excepcion de la cabeza, vino á cumplir su voto á la capilla de María. Para perpetuar el recuerdo de su peligrosa aventura, fundó poco tiempo después la órden de nuestra señora de la Esperanza, y quiso que una estrella fuese su símbolo. (12)

El año de 1370, Luis II duque de Borgoña, instituyó la órden de los caballeros del Bando de Nuestra Señora. Esta órden se componia de veintiseis caballeros que llevaban un cinto de terciopelo azul celeste adornado de bordados de oro, con el lema *Esperanza*, recamado de una bordado de lo mismo; la hevilla de oro finísimo, la componia la cabeza de un cardo con esmalte verde. El dia de la Concepcion de nuestra Señora, que era la gran fiesta de la órden, los caballeros del Bando vestian una ropa suntuosa de damasco encarnado, y un manto azul celeste adornado de bordados de oro, sobre el cual llevaban el gran collar de la órden compuesto de rombos y de lirios de oro, con la palabra *Esperanza* sobre cada rombo. Del extremo del collar colgaba un medallón ovalado, que llevaba la imagen de María y bajo el cual se veia una cabeza de cardo, esmaltada de verde y blanco. (13)

La devota y caballerésca Esparta, tuvo tambien órdenes reales fundadas en honor de María. Alfóso, ó mas bien, don Al-

fonso el Sábio, fundó una orden de caballería que colocó bajo la protección de la Virgen; y don Jaime II rey de Aragón para recompensar el valor de los habitantes de Mortera, cuyo castillo fabricado en la cima de una alta montaña había heroicamente resistido muchas veces á los moros, fundó en 1319 una orden de caballería bajo el título de Santa María de Mortera, á la cual con el consentimiento del Papa regaló generosamente los bienes que la orden suprimida de los Templarios poseía en el reino de Valencia.

Un poco mas tarde, hácia la mitad del siglo XV, Cristian I rey de Dinamarca, fundó en honor de la santísima Trinidad y de la Virgen, la orden real del Elefante, cuyos miembros hacían voto de varios empeños piadosos, sobre todos el de defender la fe católica con peligro de su vida; el elefante era el símbolo de las virtudes de la orden.

Las órdenes reales y militares no fueron las únicas en tomar á María por patrona; la milicia religiosa, que triunfa con la oracion bajo el escudo de la fe, quiso marchar también bajo la bandera de la Virgen, y se distinguió por otro género de heroísmo. En Occidente, la primera orden religiosa, fundada especialmente en honor de María, fué la de Citeaux que tuvo por su fundador á san Roberto, un jóven gentil hombre de Normandía, á quien su familia destinaba á la profesion de las armas y que quiso ganar mas bien el reino de los cielos, que las grandezas de la tierra. El año de 1098, fundó en un lugar desierto, erizado de matorrales y de espinos, que le habia dado el duque de Borgoña, la célebre abadía de Citeaux, é hizo tomar el hábito blanco á veinte religiosos que le habian acompañado en honor, y segun algunos cronistas de Citeaux, después de una revelacion de la Virgen santísima. Roberto y sus religiosos á fin de merecer la protección de María, se impusieron la vida mas humilde, mas laboriosa, mas pobre y mas austera que ha sido posible imaginar. Desterraron de sus templos todo aquello que tenia lamienor apariencia de lujo. La iglesia de su abadía no poseía sino una cruz de madera; los incensarios y candelabros eran de hierro, y los cálices de cobre dorado; los ornamentos de tela ordinaria; el báculo del abad era simplemente el baston de madera encorvado de que se servian entonces los ancia-

nos. Para evitar todo aquello que pudiese distraerles del retiro y del recogimiento, convinieron en no permitir que ningún príncipe ni señor llevara su corte en adelante á la iglesia ó al monasterio, segun era costumbre en las grandes fiestas. Estas reglas no se dieron sino poco á poco. La mayor parte son del abad Estevan sucesor de Alberico que habia sucedido á Roberto en el año de 1109. En el año siguiente, fué tan grande la carestía en el monasterio, que el abad se vió obligado á salir á mendigar montado sobre un asno y acompañado de un hermano. El rigor que se observaba fué la causa de que Citeaux se viese abandonado; nadie se presentaba para reemplazar á los religiosos que morian, y el abad comenzaba á temer seriamente que el nuevo instituto pereciese en su cuna; pero María que le protegía no lo permitió y le hizo un presente magnífico en la persona de San Bernardo, que se retiró allí con muchos de sus parientes el año de 1113. Tenia apenas diez y siete años; á los diez y nueve, fué enviado á Clairvaux en calidad de abad poniéndose entonces á desmontar aquel sitio lleno de malezas. Mientras que san Bernardo echaba los fundamentos de Clairvaux, La Ferté, Pontigny y Marimord, que son los otros tres hijos de Citeaux, se poblaban por la gracia de la Virgen santísima. El agreste lugar donde se elevaba la abadía de Marimord, austera entre todas las abadías existentes, fué un obsequio piadoso de Olderico de Granmort, y de Adelina su esposa, señores de Chaiseul. (14) Estas cuatro abadías fueron las primeras y las madres de muchas otras, en cuyos pormenores no entraremos, pero que eran igualmente austeras y religiosas, y todas dignas de la celestial protección de su patrona. Los religiosos trabajaban en los bosques y en los campos, sembraban los granos, limpiaban las sementeras, trabajaban los prados, cortaban los árboles y los conducían sobre sus espaldas. De vuelta al monasterio recibían con agradecimiento, lo que se les daba para alimentarse: una libra de pan-bazo mezclado, y un potaje hecho con hojas de haya. Su lecho era de paja, su almohada un saco de arena, y después de haber reposado algunas horas se levantaban á media noche, para cantar alabanzas al Señor. Tal era la vida piadosa de estos monjes de la Virgen, á quien honraba su conducta segun la expresion que el mismo Dios emplea en los santos libros. También ella se dig-

naba darles sensibles testimonios de su beneficencia. Cuentan los anales de Citeaux, que cuando estos buenos religiosos, de vida tan austera, de corazón tan puro, de manos tan laboriosas, sudaban bajo el peso del trabajo sin atreverse ni acercarse á sus labios enardecidos por la sed el agua de la vecina fuente, ni á sus miembros lánguidos por el calor del estío, la frescura deliciosa de los bosques seculares que limitaban sus desmontes, la Virgen con su velo blanco enjugaba el sudor del trabajo sobre la frente pálida y surcada de arrugas de los hermanos. (15)

Hombres de ilustre nacimiento corrían á Citeaux. El príncipe Henrique, hermano de Luis el jóven, entró de monje en Clairvaux el año 1149. San Malaquias, que descendía de los reyes de Irlanda, y que era el patriarca de aquella isla, cambió sus hábitos pontificales por los humildes vestidos de sarga y de lana de los religiosos de la Virgen. Walero, uno de los primeros señores de la corte de Escocia y muy querido del rey su padre, que le asociaba á todas sus partidas de caza, abandonó el mundo y las pompas que le rodeaban, para encerrarse en el monasterio de Citeaux. El rey había notado muchas veces que el noble jóven, en lugar de perseguir á las liebres y á los corzos, se retiraba á la soledad en los grandes helechos, ó bajo las agasantes de las breñas, y esto solo para leer y orar. "será necesario que yo le haga un obispo" dijo un día el piadoso monarca con aire meditabundo: Walero se le anticipó y se hizo monje en Warden.

En 1129 Euerardo conde de Mans, dejó la corona de príncipe soberano por la corylla de Citeaux. Presentóse disfrazado á uno de los abades de la orden, y se le confió el cuidado de uno de los rebuños del monasterio, y habría quedado siempre incognito, si algunos señores de Manceaux no le hubiesen reconocido haciendo pastar las ovejas al borde de un arenal; otro jóven señor de muy alto nacimiento que había tomado el hábito en Citeaux, fué encargado de conducir todos los días á las grandes encinas de un bosque contiguo, una tropa de puercos para que se alimentasen allí de bellotas y fábucos. Una tarde en que el novicio no había rezado, escuchó la voz de Satanás, el padre del orgullo que murmuraba á su oído, diciéndole que desemeñaba una ocupacion muy extraña para el hijo de un po-

deroso baron. El jóven noble, tan piadoso hasta entonces, se mordió los labios y todo su fervor se evaporó como el humo. La noche descendía; volvióse al monasterio y entró á la capilla. Quien le hubiera visto arrodillado delante del altar de nuestra Señora sumergido en una meditacion profunda, hubiera dicho: "He allí un santo cuyo pensamiento está en el cielo;" su pensamiento no había tomado ni por asomo un vuelo tan elevado; él pensaba en el castillo de su padre, y no sabía cómo huir. "La noche está sombría, dijo el novicio arrojando una mirada fuera de la capilla, el viento anuncia una tempestad, y este es el momento á propósito para marchar; ser porquero! yo, el hijo de uno de los mas grandes señores de la corte! ¡Oh! ¡es una afrenta infame! Levántase y atraviesa la nave con paso resuelto: cuando iba á traspasar el dintel reconoció una mujer; creyó soñar desde luego; pero no, la tenía siempre delante de sus ojos, allí, al pié mismo de la capilla; era una mujer hermosa como un ángel y majestuosa como una reina; con una sonrisa de compasiva piedad, y con un gracioso movimiento de su mano, le hace seña de seguirla, y él obedece maquinalmente. La desconocida se dirigió hacia el cementerio, al que la luna medio velada por espesos nubarrones, alumbraba con una claridad extraña; los grandes árboles sombríamente agitados por la tempestad parecían gemir sobre los muertos que yacían á sus piés, y los buhos mezclaban sus gritos lúgubres al ruido del huracan. Un calorío helado empezó á correr por todos los miembros del jóven religioso; su bella y tranquila conductora extendió la mano, y he aquí que entonces las cubiertas de césped de las tumbas se abren lentamente, y que los muertos se levantan frios y pálidos en sus sudarios. El novicio estaba á punto de desmayarse de espanto; cuando la desconocida mirándole con una ternura llena de compasión, le dice con una voz dulce y penetrante: "Espera algunos dias mas, y tú, pobre niño, no serás sino un puñado de polvo como ellos. ¿A dónde quieres ir? ¿qué piensas? ¿No sabes, hijo mio, que concluyen las glorias de este mundo?" Al decir estas palabras la Virgen, porque era ella, desapareció, los sepulcros se cerraron, y el jóven novicio, que ya no soñó en salir del convento, llegó á ser un modelo de humildad y virtud. (16)

La órden de Citeaux, que se habia extendido por toda la cristiandad, fué suprimida en Francia al principio de la Revolucíon.

La órden de Fonterrault, fundada en 1100 por Roberto de Arbuicelle para honrar la santa obediencia de Jesucristo á los mandatos de su Madre, y el respeto filial de Juan por la Virgen, no podia nacer sino en la caballeresca edad media. En esta órden, que tuvo por religiosas altas y poderosas damas y por abadesas princesas de sangre real, las mujeres mandaban á los hombres, y los abades no habrian osado tratar de hermana á la abadesa, ú quien debían con toda humildad llamar su madre, (17) siendo al mismo tiempo soberana absoluta de la órden. La fundacion de esta órden levantó algunas tempestades en su origen. Marbado, obispo de Rennes, y Godofredo, obispo de Vendoma, espantados de la extrañeza de esta obediencia en sentido inverso, se pronunciaron contra Fonterrault; pero no por eso dejó de subsistir hasta la Revolucíon. Esta era el monasterio en que solo eran elevadas á abadesas las princesas de sangre real.

Siete mercaderes de Florencia fundaron tambien hácia la segunda parte de la edad media, la órden de Servitas ó siervos de María, que dió á la Iglesia de san Felipe de Benizzi, autor de la tierna devocion de los siete dolores de la Virgen. En fin, el dulce nombre de María fué unido á la órden de Nuestra Señora de la Merced, destinada á rescatar de la esclavitud á los cristianos cautivos de los infieles. Esta órden, fundada el 2 de agosto de 1218, es una de aquellas obras que honran á la humanidad; las reglas eran en extremo severas, y conservaba un medio término entre las órdenes militares y las otras puramente monásticas.

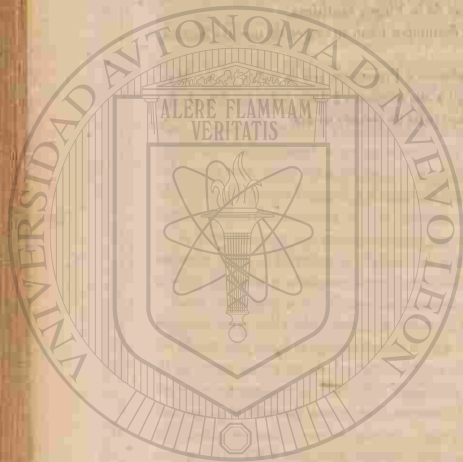
Si las otras órdenes religiosas de los tiempos caballerescos se colocaron menos directamente que las que acabamos de hablar bajo el patronato inmediato de la Virgen santísima, todos la honraron á porfia y se fundaron bajo su influencia. Los antiguos cartujos dedicaron á María su primera capilla, que subsiste en medio de las rocas de donde fué primitivamente fabricada, y que lleva el nombre conmemorativo de Nuestra Señora de las Cabañas. (18)

La cuna del órden de los franciscanos fué una capillita antiquísima y casi completamente destruida, fabricada en un prin-

cipio por cuatro solitarios de la Palestina que le habian dado el nombre de Nuestra Señora de Josafat, porque se reverenciaban allí algunas reliquias de la Virgen santísima.

La órden de los dominicos tomó su origen de nuestra Señora de Praille.

San Norberto reformó á Premontré por la órden de la Madre de Dios y obligó á sus religiosos á decir todos los dias el oficio de la Virgen bajo pena de pecado mortal.



## QUINTA ÉPOCA.

DESDE LA EDAD MEDIA HASTA NUESTROS DÍAS.

## LIBRO XI.

## El Renacimiento.

Al principio del siglo XV la Europa católica estaba siempre arrodillada delante de María, cuyas catedrales seculares se concluían con una admirable constancia. En aquel tiempo los pobres obreros que hacían *su viaje a Francia*, ofrecían sus martillos en todas partes en donde la piedad de los fieles levantaba iglesias: la mayor parte no pedían salario; se les daba algunas raciones y se acostaban sobre la tierra desnuda. Cien mil hombres trabajaron de este modo, y por más de dos siglos en la catedral de Strasburgo que el obispo Werren había dedicado á María. Algunos de estos obreros se dedicaban exclusivamente á la construcción de capillas de la Virgen santísima; trabajaban *por el amor de Dios* y rehusaban cualquiera otro trabajo. Los había en medio de ellos quienes se imponían cada día

como un trabajo expiatorio la confección de un cierto número de hojas de encina, de arabescos ú otros adornos diferentes: á este trabajo piadoso se daba el nombre de rosario del *picoteur* (cantero). El entusiasmo llegó hasta el sexo débil; veíase á las mujeres tomar el cincel para esculpir las Madonas; la estatua de la Virgen santísima que se ve á la entrada de la catedral de Strasburgo, con una corona sobre la cabeza y un cáliz en la mano derecha, es la obra de Sabino, hija de Ervin, célebre arquitecta como su padre y su hermano, cuya obra grandiosa continuó aun después de la muerte de ellos.

Estos artistas, que habían luchado cual gigantes con el pensamiento de lo infinito para traducirlo en piedra, no se enriquecían con sus empresas colosales; se habrían avergonzado de ello; se les pagaba su trabajo mas dignamente: después de su muerte, la majestuosa basílica que habían fabricado, levantando sus baldosas de mármol negro los recogía piadosamente en su seno, y se habría dicho que sus altas y sáfíles agujas, que penetraban las nubes como la oración de una alma pura, iban á patrocinar su causa delante del Eterno.

Los ebanistas consagraban igualmente sus trabajos á la Virgen. Las sillas del coro de las antiguas iglesias estaban adornadas, la mayor parte, de aquellas esculturas en que el artista se complacía en concentrar en un espacio estrecho alguna tierna escena de la vida de María. Las catedrales de Auch y de Evreux, dedicadas ambas á la Virgen, han tenido la felicidad de conservar muchos de estos grabados, cuya pérdida sería irreparable.

Esa terrible prensa periódica que hace tanto bien ó tanto mal según las pasiones que la animan, nació entonces bajo las bóvedas de la catedral de Paris, como una inocente paloma que no se atreve aun á salir del nido que ella misma se ha hecho en el hueco de una piedra. Un gran candelabro con brazos divergentes que partían á la altura de la vista, estaba enclavado en uno de los muros de Nuestra Señora, casi cerca de una de aquellas puertas de entradas laterales que son la obra maestra de la cerrajería. Al nivel de aquellos brazos guarnecidos de bujías de cera amarilla, estaba colgada por una cinta, una tablilla escavada y barnizada de cera. Allí cada mañana, con anuen-

cia y bajo la responsabilidad de los directores ó redactores en jefe de la época, el obispo corregidor ó regidor, el impresor en cera, burilaba con su estilo el anuncio oficial de lo que interesaba, sobre todo á las poblaciones de aquel viejo y buen tiempo, la venida de una bula, el triunfo de una batalla, etc. En seguida cada letrado era libre de venir, á la claridad de las bujías indispensables en los edificios oscurecidos por los cristales, á leer á los curiosos reunidos esta gaceta cotidiana en toda la acepción de la palabra, pues que la nueva del día siguiente borraba la del anterior.

En toda la Europa católica, aun de uno á otro extremo, se fundaban entonces cofradías en honor de la Virgen. Los príncipes alemanes se engalanaban con escapularios, y los reyes ingleses de la rosa encarnada se hacían consagrar con una hoja milagrosa, *mas resplandeciente que el oro fino, que la bendita Virgen María habia dado expresamente para ellos, los lancastres á santo Tomás Bequet durante su destierro.* (1)

En Francia los estudiantes de los grandes colegios en donde se daba tantos dote-píos á nombre de nuestra Señora, se levantaban al despuntar el día para rezar en comun el oficio de la Virgen, los príncipes le rezaban también á horas determinadas con algunos otros oficios de la Iglesia. Una pieza pequeña colocada aparte en sus aposentos, y casi parecida á las capillas domésticas de los romanos, estaba consagrada especialmente á las devociones de la mañana. El duque de Orleans, tío de Carlos VI, cuya vida estaba tan lejos de ser edificante, tenía en el palacio de San Pablo un oratorio enriquecido con esculturas góticas de madera de Irlanda, sobre cuya puerta se leían estas palabras: *Retiro donde reza sus horas monseñor Luis de Francia.* (2)

El Rosario (3) y escapulario eran el adorno de los grandes y del pueblo, de los magistrados y de los guerreros. Los reyes de Francia le sustituyeron al collar caballeresco, cuya moda habían traído los cruzados de Oriente, la tierra de los trajes espléndidos. En los canastillos de boda se ponía un rosario de valor, y las grandes señoras de la época del Renacimiento, como también las de la edad media, estaban generalmente representadas sobre sus tumbas de piedra con un rosario en la mano. Esta oración

inventada en sus principios para el pueblo humilde, había llegado á ser la oracion de todo el mundo. Los plebeyos y los nobles rezaban su rosario yendo al campo ó viniendo á la ciudad, los litigantes en la corte al ver á sus abogados, y los cristianos de todas clases al ir á ganar indulgencias á las iglesias lejanas. Los reyes mismos daban el ejemplo: Blanca de Castilla rezaba todos los dias su rosario. Eduardo III rey de Inglaterra dió su rosario enriquecido de perlas á Eustaquio de Ribeaumont, caballero de Francia que le había vencido dos veces. En el inventario hecho después de la muerte de Carlos V, dice Le Lage, se vieron figurar diez rosarios de oro. Los suizos en Grandsen encontraron en la tienda ducal de Carlos de Borgoña su *Pater* (rosario) en que estaban los apóstoles representados en medallas de oro macizo. (4) Es bien sabido que el famoso condestable Anna de Montmorency rezaba siempre su rosario cuando marchaba á la cabeza de sus soldados. "Si alguna vez dejaba un *Pater noster* sin concluir para mandar alguna operacion militar ó para dar la señal del ataque, después anudaba cenciendamente sus *Ave Marias*, dice un historiador de la época, pues era tan gran devoto."

• El rosario (*Chapulet*), que trae su nombre de las coronas de flores que se llamaban en la edad media *chapels* ó *chapeaux*, era la corona espiritual de María: existía entonces una gracia y poética creencia; decian que tras de cada cristiano que le rezaba con atencion y fervor, se colocaba un ángel, algunas veces visible, que ensartaba en un hilo de oro una rosa por cada *Ave Maria* y un lirio de oro por cada *Pater noster*, y que después de haber colocado esta guirnalda sobre la frente del devoto siervo de María, desaparecía dejando tras él un embriagante olor de rosa. (5)

Los reyes de Escocia y sus grandes vasallos, llevaban rosarios con cuentas de oro para preservarse de todo mal; los bravos caballeros de las fronteras los hacian mas sencillos, de los castaños dorados por el sol de otoño, y jamás le rezaban con tanto fervor, dice Lesley, como en sus expediciones contra los ingleses. Los rosarios de oro desaparecieron con la última soberana católica, la desgraciada reina María; pero los habitantes del *Border* que se refugiaban en los bosques, se mantuvie-

sen firmes en su creencia por muchísimo tiempo, y resistiesen noblemente las sacudidas de la reforma. Esta fué la última práctica del catolicismo en Caledonia; con ella cayó la antigua religion de Bruce, de Wallace y de David I; religion á la cual la Escocia y la Inglaterra debian, segun la misma confesion del radical Cobbett, todo lo que ella había tenido en grandes hombres y en grandes cosas.

Los georgianos y los pueblos de Italia los fabricaban de las coronas con tanta economía como los escoceses: empleaban los huesos del sinamomo, que los italianos llaman aun *F albergo dei paternostri*.

La piedad tierna y sincera de nuestros abuelos á la Virgen santísima, se revestia entonces con las formas mas suaves y mas afectuosas. Con las bayas, con los arbustos, con sus frutos, hasta con los zarzales mismos, con todo la componian guirnaldas religiosas; las flores, los matorrales, las plantas de Europa y Asia llevaban su nombre, y traian su recuerdo en medio de los campos y los bosques. El narciso en su corola recamada de púrpura, recibió el nombre de lirio de María, la rosa de Jericó, el sello de Salomon vinieron á ser su rosa y su sello, la pulmonaria salpicada de blanco fué la leche de nuestra Señora. La Escocia tomó por emblema su cardo bendito. La Arabia cristiana llamó humo de Santa María una especie de ajeno con flor blanca que se cria en sus méganos arenosos; el pastor de las montañas designa bajo el nombre de yerba de Santa María la menta de los Alpes, el romero y la persicaria; los musulmanes de Oriente apellidaron al oloroso panporeino; *boktour Miriam*, esencia de María, y la misma planta tiene en Persia el nombre de *tchen Miriam*, mano de María; una planta de primavera en Europa, recibió el nombre de manto de Nuestra Señera, el arándano de negras y dulces bayas fué su señal, los sorbetes de los Alpes sus cidras, y el tapiz de tomillo silvestre donde se posa la abeja fatigada, recibieron tambien su nombre.

En algunos países del Norte, al contrario, se evitó escrupulosamente el dar el nombre de la Virgen, no solamente á las cosas, sino aun á las personas, temiendo que su nombre no concluyese por ser tratado con irreverencia, ó no fuese llevado dignamente. Entre los polacos ninguna mujer se llamaba María, y



esta prohibición se llevó tan lejos, que Ladislao IV al desposarse con María Luisa de Nevers, quiso que se expresara en las cláusulas del contrato que la nueva reina dejaría su nombre de María, que lastimaba el respeto que los polacos tenían á la Madre de Dios, y que no llevaría sino simplemente el nombre de Luisa. (6)

En los primeros años del siglo XIV, el papa Inocencio XII, temeroso con justicia por las conquistas de los musulmanes, instituyó una oración á la Virgen bajo el nombre de *Ave Maria*; esta oración para la cual se había escogido la hora mas misteriosa y la mas dulce del trabajo, aquella en la que el día se extingue, (7) se rezaba en España, en Francia é Inglaterra al primer golpe de campana del *couvre-feu*. Todos los católicos decían entonces tres *Ave Marias* por el triunfo de los ejércitos cristianos, y pedían á la Virgen santísima que concediese paz, unión y prosperidad á los reinos sometidos á la fe. Luis XI en 1475 instituyó el *Angelus* tal cual subsiste, en honor del misterio de la Encarnación, y quiso que á la oración de la tarde que se rezaba por la paz general de la cristiandad, se uniese otra por la tranquilidad particular de su reino. Su orden estaba concebida en estos términos: "Se manda á todo francés, caballeros, soldados y pecheros, que se arrodenen al toque de mediodía, que se santigüen devotamente y que oren á nuestra Señora para obtener una buena paz."

La orden fué ejecutada con una exactitud que probaba hasta qué extremo era popular la devoción á María. Durante el siglo XV, á la primera campanada del *Angelus*, en las casas, en las calles, en los campos, en los caminos, no había un solo francés que no se prosternase para orar á la Virgen santísima. Cumplido este deber, los paseantes y los viajeros se levantaban y proseguían su camino. (8)

En aquellas inmensas procesiones, cuya cabeza llegaba á la iglesia de San Dionisio, mientras las últimas filas se estaban ordenando aun á la salida de Nuestra Señora, (9) la bandera de tafetan bordado de oro de la Virgen, se levantaba entre todas las santas banderas, y marchaba solamente tras la cruz, los reyes, las reinas, los obispos, los pro-hombres de la clase media mejor y la mas distinguida del pueblo, eran hermanos de nuestra Se-

ñora. (10) y en estas piadosas reuniones veíanse confundir los turbantes bordados de oro de los príncipes con los gorros mitad rojos mitad azules del vecindario parisiense.

En el ángulo de cada calle, una estatua de María groseramente esculpida en roble, ennegrecida por el tiempo, y cubierta de un velo de encaje antiguo, elevaba su frente secular bajo un inmenso ramo de flores, que las piadosas gentes del cuartel renovaban cada mañana á la hora en que las trompetas tocaban la diana desde lo alto de las torres del Chatelet. (11) Estas flores, misteriosamente depositadas antes del alba, se las tomaba por dones de los ángeles, que venían, se contaba, á enseñar á los cristianos á honrar á su Reina. Durante la noche ardían lámparas constantemente en estos pequeños nichos grises, que todos los sábados además estaban completamente iluminados. (12) Este fué el primer alumbrado de las calles; su claridad era menos luminosa sin duda que la que se emplea en nuestros días, pero tenía sobre aquella una gran ventaja: á él se unía un pensamiento piadoso, propio para hacer reflexionar á una población creyente; las místicas lámparas de las Madonas brillaban de trecho en trecho á través de las grandes ramas de flores perfumadas, cual un ligero cordón de estrellas que parecían decir al vagabundo que caminaba de noche para cometer quizá alguna mala acción: Existe allá arriba de esta ciudad adormecida, un ojo que jamás se cierra y que vela siempre sobre sus calles desiertas y silenciosas: *¡el ojo de Dios!* (13)

Aquellas pequeñas Madonas de las esquinas no estaban tan adornadas, es verdad, como aquellas de plata maciza sobre altares de oro y mármol; pero no por eso eran menos queridas del pueblo. Los jóvenes de todos los barrios venían en procesion descalzos y coronados de flores cantando letanías á la Virgen santísima; todo el mundo les seguía sin reparar en el tiempo que hiciese, y el concurso era algunas veces tan grande, que apenas se podía transitar por la calle. Una imagen de cidra de un pie de alto apenas, y que había pertenecido á la casa de Joyeuse, colocada después entre dos torrecillas puntiagudas sobre la puerta del convento de los reverendos padres capuchinos de la calle de San Honorato, llegó á ser la causa de una corta guerra civil entre dos barrios de Paris. Algunas personas un poco

mas devotas que lo que convenia, quisieron apoderarse de la Madona milagrosa para adornar su propia parroquia; no bien hubo llegado este rumor á oídos del vecindario del barrio, cuando al instante tomaron sus armas. La calma no se restituyó sino después de la pomposa traslación de la santa imágen á la iglesia misma del convento. (14)

La Reina del cielo que inspiraba á los ejércitos de la edad media la confianza en la victoria, reinaba tambien sobre las escuadras y los navios mercantes de aquel siglo XV, que fué llamado con justicia el siglo de los descubrimientos. Cristóbal Colón emprendia el descubrimiento del Nuevo-Mundo bajo los auspicios de la Virgen, cuyas horas rezaba sobre su buque, en un manuscrito precioso que le habia regalado el papa Alejandro VI y legó al morir á la república de Génova su patria. Don Enrique de Portugal que presidia y concurrió al descubrimiento de las Indias Orientales, fabricó en Belen una iglesia á nuestra Señora, acompañada de un hospital para los marinos de su patria. Juan Gonzalvo Zares, su primero, su mas hábil marineró, hizo fabricar en Módena una iglesia á nuestra Señora. Cuando los portugueses bajo el mando de Vasco de Gama, desembarcaron por la primera vez en la costa de Coromandel, creyeron bajo la fe de algunas antiguas relaciones de viajes, encontrar los cristianos de Santo Tomás, y se dejaron conducir por los indígenas al templo de una diosa de las Indias, á la que á pesar de sus cuatro brazos y sus enormes orejas de oro, tuvieron el candor de tomarla por la Virgen María, y en consecuencia la hicieron oracion. Entre tanto uno de ellos concibió sus dudas, y gritó con orgullo mirando al idolo cuyas repugnantes facciones recordaban cualquiera otra cosa mas bien que á la dulce Virgen María de los cristianos: "Si aquí se adora al diablo, lo que es muy posible, debe entenderse que nuestras oraciones no se dirigen sino á la Madre de Dios!"

Los portugueses después de haberse establecido en la India, fieles á su devoción á María, la dedicaron en Goa una soberbia iglesia toda dorada interiormente, Nuestra Señora de *Asara*, ó de la Misericordia; muchas otras iglesias, tales como nuestra Señora de Granganor y de Meliapor, se edificaron por sus cuidados en diversos lugares de la India y hasta en la emboca-

dura del Ganges, el reino sagrado del Indostan. Habia entre ellos una piadosa costumbre; y era ofrecer á María la décima parte del botin ganado á los idolatras, y esta costumbre fué causa de que se construyesen muchas capillas particulares en su honor. Aun en nuestros dias, sus naves jamás pasan á vista de las capillas de la Virgen, situadas sobre la costa de la soberbia Macao, sin saludarlas con descargas de toda su artillería. (15) Los españoles, que no eran menos devotos que los portugueses á la divina Madre del Salvador, llevaban sobre sus galeones cargados de barras de oro, una estatua de plata maciza, ante la cual los intrépidos marineros de Isabel la Católica oraban dia y noche. En un tiempo mas cercano á nosotros, los filibusteros de la isla de Tortuga habian arrebatado á los españoles en un combate naval una de estas imágenes; los españoles despojados de cuanto poseian, no pensaron en reclamar nada, sino solo su Madona venerada. El gobernador general entabló una negociacion con los foragidos únicamente para salvar á la *santa Señora* de las profanaciones á que ella estaba expuesta entre estos piratas que se jactaban de vivir sin fe ni ley; pero sin embargo, rehusaron volverla.

La Italia, que brillaba entonces entre todos los reinos católicos por el renacimiento de las artes, consagró la paleta de sus pintores, el cincel de sus escultores y la pluma de sus poetas, para celebrar los esplendores de María.

Desde Cimabue, que fundó la escuela italiana hácia el año de 1240, hasta Carlos Maratti y Salvator Rosa, que pasan por sus últimos maestros, es decir, durante un espacio de quinientos años, la pintura produjo un número inmenso de obras maestras, en las que la historia de la Virgen santísima contribuyó en la mayor parte para su composicion. Rafael, entonces bello, poético y piadoso como un ángel, adivinó el primero en su admirable *spozalizio*, el aire de cabeza noble y sencillo, la fisonomía bella y seria y la actitud celestial de la Madre del Divino Amor y de la santa Misericordia. Diríase, al ver sus virgenes, que un dia de fervorosa oracion la Virgen acompañada de su corte angelica se le habia aparecido sentada sobre un trono de nubes, y que él la habia pintado en su gloria cual la viera. Cuántos hombre de genio no marcharon sobre las huellas de aquel

gran maestro! Miguel Angel, el Correggio, el Ticiano, los Caracchios, el Espagnoletto, el Dominichino, aquel austero Carlo Dolce que habia consagrado su pincel á la Virgen María, y aquel fiero Salvator Rosa que hacia peregrinajes á Nuestra Señora de Loreto. ¡Cuánta riqueza de imaginacion! ¡Cuántas concepciones sobrenaturales! ¡Qué profundo sentimiento de la santidad del arte entre estos grandes maestros de la Italia! Aquellos hombres prodigiosos que han desheredado el porvenir y hecho olvidar el pasado, no temian mostrarse fieles servidores de la Virgen santísima. Ellos encendian cirios delante de sus imágenes, y quitábase al pasar frente á ellas su *birreta*, rezaban como todo el mundo su rosario; y su mas grande ambicion era la de adornar una iglesia cristiana con alguna pintura sagrada, á lo cual se preparaban como para una obra santa. "Sonad todas las trompetas, poned á vuelo á todas las campanas, escribia Salvator Rosa al doctor Ricciardi; después de treinta años de vivir en Roma, después de seis lustros enteros de esperanzas desvanecidas, y después de una existencia llena de tribulaciones continuas de parte del cielo y de los hombres, he sido al fin llamado por la primera vez para pintar un cuadro de altar mayor!" Esto, como se ve, es el éxtasis. Pero tambien, cuánto ama, alienta y protege el catolicismo á este arte, que dotaba á sus templos de tantas obras maestras! La sede apóstolica, cuán noblemente no eleva hasta ella al hombre de genio! cómo salva las distancias, cómo borra las distinciones sociales para honrar á los ilustres talentos, para hacerlos caminar á la par con las mas grandes fortunas y los patrios mas nobles! El Giotto, aquel rústico que abandonó su rebaño en un romántico valle de Toscana por trabajar en la escuela de Cimabue, fué el protegido del papa Clemente V; y fué el sucesor de san Pedro quien buscó primero al artista. Miguel Angel destinado por su padre á ser un pobre cardador de lana, fué honrado con algo mas que el favor; él poseyó la amistad y la confianza de Julio II. Ofrecióse á Rafael, hijo de un pintor pobre y oscuro, por un lado el capelo, por el otro la mano de la nieta de un cardinal amigo de Leon X, aquel magnifico protector de las artes. Sanfranco, aquel *parmegiano* tan popular en el siglo XVIII, era el amigo íntimo de los cardenales, caballero del santo imperio romano y

el especial protegido del papa. Caravaggio, el hijo de un albañil, recibió la cruz de la órden de Malta, una soberbia cadena que el gran maestre le colocó al cuello con sus propias manos, y dos esclavos para servirle. Claudio Larrain, que principió por ser cocinero y molador de colores, fué el amigo del elegante cardenal Bentivoglio, y favorito distinguido de Urbano VIII. Los cardenales gastaban una parte de su fortuna en obras maestras, que hacen aun el ornamento de las iglesias ó de espléndidos museos, y á su ejemplo todos los príncipes católicos alentaron las artes y adornaron los altares de grandes pinturas religiosas.

He ahí lo que ha hecho el catolicismo por la pintura. Los protestantes obraron de muy diferente modo. Calvino, que menospreciaba la poesia y colocaba los órganos mismos en el rango de *locas vanidades*, no se expresa con menos acritud y vehemencia contra la *pintura idolatra*; así es como los cuadros religiosos fueron despedazados sin misericordia por sus feroces sectarios; y esta aversion por un arte tan noble duró por tanto tiempo, que en las actas pasadas por el parlamento de Inglaterra en 1630, se mandó que todos los cuadros de la galería real que representasen la Virgen, ó la *segunda persona de la Trinidad*, fuesen quemados públicamente. ¡Qué mas habria hecho el califa Omar?

Es digno de observarse que los dos jefes de las sectas protestantes, al declamar tan ardentemente contra los cuadros católicos, se sentaban sin embargo con mucha complacencia delante de un pintor, á fin de que sus partidarios poseyesen su retrato, y multiplicaban estas imágenes tanto cuanto les era posible. "Lutero, dice un autor anglicano, *se lionjeó siempre de multiplicar su retrato y el de su fea mitad*. (16) Su estatua erigida en Vittemberg, está expuesta á la veneracion de los luteranos de Alemania, y el mismo M. Lemnier compara esta veneracion á la que los católicos rinden á nuestra Señora de Loreto. Calvino, poseido de la misma extraña manía, recordaba á los hugonotes de Francia esta juiciosa pregunta de Sacoñay: "¿Por qué odiais las imágenes y las pinturas? Vuestro Calvino no toma por cierto mas placer en hacerse ver en su retrato, tallado en Génova, con mano tan maestra, que tan vi-

vamente representa sus rostro y su ojos hundidos, y que le muestra tan malo cual es él mismo." (17)

La estatuaría se levanta también grande y majestuosa bajo la inspiración de María. La Grecia había sentado, vestido y acostado sus estatuas; pero ella no había adivinado la postura suplicante de nuestra Señora de los Dolores; ella no había colocado la inocencia y la pureza delante de Dios, ella entregaba á las bacantes ó al viejo Sileno sus bellos niños de mármol. María llevando en sus brazos al niño Jesús, había venido á revelar al arte y á la sociedad juntas, la religión de la maternidad, y había abierto á la escultura la carrera inexplorada de las cosas modernas. La escultura renació, como su hermana, en la tierra clásica de las artes, la bella Italia; como su hermana, ella fué protegida allí por los príncipes de la Iglesia romana, que habían conservado las nobles producciones de los grandes maestros de la antigua Grecia. Una bula había sido lanzada por el vicario de Jesucristo para defender de parte de la Iglesia la mutilación de las estatuas antiguas. Si el escultor moderno puede estudiar aun aquellas obras maestras del arte, solo lo debe á Martín V.

Benvenuto Cellini, uno de los mas grandes artistas del siglo de León X y uno de los mas peligrosos espádachines de Italia, no por eso dejaba de tener una fe menos profunda en la Virgen, vengativo como era, y nadie lo era tanto como él: á vista de una Madona no habría osado sacar de su vaina de seda el stilette magníficamente cincelado, y un día que por sus fechorías había sido arrojado en una prision, creyó ver en un éxtasis á la Virgen en medio del disco del sol llevando á su divino Hijo sobre sus rodillas, y mandándole á él la mas divina, la mas adorable sonrisa. "Yo la vi, dice en una carta que aun se conserva, con mis propios ojos claros y limpios, y adoré á Dios en alta voz."

Entre los grandes poetas del Renacimiento los mas ilustres se distinguan por su devoción á María. El Dante la cantó en versos magníficos en su *Paraiso*. "Oh señora! exclama, tú eres tan grande, tan poderosa, que cualquiera que implora una gracia y no recurre á tí, quiere que sus deseos vuelen sin alas." (18) En las pintorescas soledades de Vaucluse, de Litérno y de Arquea, donde el Petrarca se encerraba para invocar la inspi-

cion poética que hacia del tumulto de las ciudades, vése aun el campanario de su capilla particular, cuyo altar se halla adornado por una soberbia Madona del Peruginó. A los pies de aquella santa imagen compuso él su invocación á María, su última *cancion*, tan humilde, tan tierna, tan cristiana y en la que *humilló su corazón ante la Virgen dulce y piadosa*, á fin de que le guiase en el camino en que se encontraba descarriado y que le encomendara á su Hijo en el momento en que entregase su alma. (18) El Tasso, volviéndose de Mantua á Roma, se desvia de su camino para ir á cumplir un voto á nuestra Señora de Loreto; llega allí cansadísimo del viaje y sin dinero para cumplirle, pero una feliz casualidad conduce al mismo tiempo á aquel lugar á uno de los príncipes de Gonzaga, que le era muy afecto y quien proveyó á todas sus urgencias. Repuesto de su fatiga, cumplió con la mas fervorosa devoción todos los deberes de su peregrinación, y compuso en honor de nuestra Señora de Loreto el mas bello canto que se ha hecho jamás. (19)

El Tasso también, tendido sobre su lecho de muerte en el convento de San Onofre, pidió al joven Rubens, que le había arrancado á los calabozos de Ferrara, que quitase de su cuello una pequeña Madona de plata, que él mismo había dado en otro tiempo al padre del gran pintor. "Tú la guardarás, le dice, cuando yo haya dado mi último suspiro." Rubens obedeció esta voz agonizante, y el autor de la *Jerusalén libertada*, después de haber hecho quemar algunos bosquejos poéticos concebidos durante las horas de delirio de su horrible é injusta pasión, se puso á orar en voz baja, teniendo en sus manos temblonas por el frío de la agonía, la imagen cuya vista le alentaba á morir en paz. Cuando el cadáver del gran poeta, á quien se había dejado faltar de todo durante su vida, hubo obtenido los honores del triunfo, Rubens no tuvo valor de acompañar al fúnebre cortejo; corrió, por el contrario, á refugiarse en el rincón mas oscuro de San Pedro de Roma, y allí prostrado ante el altar de la Virgen púsose á rezar con gran fervor teniendo contra su corazón la pequeña Madona de plata que había tomado de las manos hechas del Tasso.

La música, que se había purificado al aliento tierno é inspirador de la Virgen santísima, comenzó á renacer entonces ha-

jo sus auspicios. Desde el siglo V, Leduio, cuyos versos eran particularmente agradables en aquella época, la había celebrado en su *Carmen Paschale*. En el XII, un religioso de San Victor había compuesto para ella las letanías que tan perfectamente se armonizaban en las altas bóvedas de las catedrales, el sonido majestuoso del órgano, los velos blancos, las grandes franjas de brocado de oro, y las rosas olorosas que los niños destojaban. En la edad media y en los siglos que le siguieron, este era el canto de los peregrinos que volvían de algun santuario fabricado sobre los infanios del océano ó incrustado en el basalto de las montañas. Aquella larga secuela de nombres divinos y de apodos graciosos, interpolados con estas palabras tan sencillas y tan tiernas: Rogad por nosotros! era arrojada al viento que llevaba su continuo y suave sonido al fondo de los valles invisibles ó sobre la vasta superficie de las olas. Hubiérase creído que los ángeles de Dios que besaban la sombra de María al pasar á su lado, como poéticamente dice el español Zorrilla, sembraban sus alabanzas en los espacios del éter.

Los Natales, estos cantos tan gozosos que están llenos del recuerdo de la Virgen de Belem; los Natales cantados de noche al resplandor de las antorchas y á través de las campañas embalsamadas de nieve, ó cerca de los pesebres antiguos adornados de verdura y de las flores del invierno, eran entonces el canto favorito de todas las provincias de la Francia. Los himnos de nuestras iglesias han impreso á la música un carácter noble y severo que llena el alma, la hincha y la sumerge en lo infinito. Los Natales mas simples en sus efectos, le han dado un tinte completamente pastoral; es el goce de un ave que para celebrar un misterio de gozo se eleva alegremente hacia Dios, es el perfume de los bosques que embalsaman el altar de la joven madre del Salvador. La poesía rústica y campestre que se une á estos aires encantadores, respira la sombra de los bosques, el suave olor de los esteros blancos, el perfume de la colmena y el balido de las ovejas, es el canto del pueblo, el canto de los pastores, el canto de la naturaleza misma. En los Natales, María es representada como una Virgen siempre joven, siempre bella, siempre ingenua, que envuelve en sus pobres velos al Rey de los ángeles y que está demasiado absorta en su gozo para pensar en la des-

nudez del establo ni en la paja del pesebre. El pueblo endurecido en las privaciones de la naturaleza, no pensaba tampoco en la indigencia, sino en la felicidad de la Madra de Cristo; es un cuadro de Claudio Lorrain, donde todo es luz. En el *Stabat*, (20) este canto del siglo XIII al que los italianos han nombrado tan poéticamente *il pianto di Maria*, no se piensa ya en los gozos de la Natividad, sino en los terrores del Gólgota. Es un canto de agonía donde reina un abatimiento lúgubre mezclado de dolores que penetran el alma, es la narracion puramente de los sufrimientos de una madre que mira expirar á su vista un hijo adorador. Para penetrarse de las inconcebibles tristezas que este canto encierra en los misterios dolorosos que dejó entrever, sería necesario oírle como lo hemos oído nosotros, en una de las vastas iglesias de Italia, donde el pueblo ora con fe y canta con el alma; diríase que la voz majestuosa del órgano está entremezclada de sollozos y que los ángeles lloran por su Reina. Ninguna religion desde que el mundo existe ha entregado á la poesía y á la música un tema parecido al del *Stabat*. Los dolores de María al pié de la cruz llaman todo el poder de la armonía y las grandes inscripciones poéticas. Este tema, aunque de un grande efecto tal cual se le ha concebido, está aun lejos de la perfección; llevarla hasta allí sería el último, el sublime esfuerzo del arte.

En la época del Renacimiento continuábase con mucha pompa y brillo los concursos de poesía fundados en honor de la Virgen santísima durante los tiempos caballerescos, en Ruan, en Diepe, en Caen, bajo el nombre de *pois* ó *paltrads*. La asamblea se reunía en una iglesia de la Virgen, y el que triunfaba recibía del príncipe de *puis* una palma de oro. (21) este fué el origen de la academia francesa. Los juegos florales, que mas tarde concedían un lirio de plata á la mejor poesía sobre la Virgen, se estableció en Tolosa, donde existe aun.

En el siglo V declinó de María que era *honorum poetarum magistrum*; en el X era aun la reina de todos los poetas del mundo cristiano. Los bretones, que habían sustituido la balada dialogada al canto terrible y misterioso de los druidas, casi siempre interpolaban en ellos una invocacion á María. Los cantantes de la Guiena, los trovadores de Provenza, no pasaban jamás

delante de sus santuarios sin ir á cantar acompañándose de la gaita y la bandurria algun bello canto compuesto para ella, lo que alentaba así á estos pobres hijos de la armonía errante, cuyos ingenuos cantares pagaba la Madona algunas veces con una sonrisa ó una graciosa inclinacion de cabeza, que los hacia mas felices que á los grandes artistas obsequiados con copas de oro por los principes cuyas victorias celebraban. Los descendientes de los bardos de Inglaterra, que cantaban como el ave del paraíso, ya á la sombra de los claustros, ya bajo sombra de las breñas acompañándose del arpa sajona, no tenían canto mas dulce ni mas pedido que las baladas donde se contaba algun milagro de la Virgen santísima. El canto italiano tan justamente enyanecido, comenzó por el madrigal, el himno á María que el gondolero entonaba en sus lagunas, el *contadino* napolitano á la sombra de sus cepas y el pescador de Sicilia en su barca arrastrada por la brisa. La poesia española habia señalado su Renacimiento desde la edad media por sus cantos consagrados á María. En el siglo XIII, Gonzalo de Berceo, el primer poeta español conocido, se llamó el poeta de la Virgen santísima, y Luis de Leon nacia un poco mas tarde para celebrar dignamente la poesia lirica de España. Los poetas tudescos en Alemania, habian trabajado su ruda lengua desde muy temprano para cantar á la Virgen, á quien celebraban hasta el siglo VI con una fe admirable y una sencillez deliciosa. "Es necesario que nos escuchés, cantaba el poeta mas popular de la Germania, Walter de Wolgedweide; sentimos un placer tan puro en honrarle!" Conrado de Wurtzbourg no era menos devoto ni menos tierno á María. En los reinos del Norte, los cánticos de la Virgen habian hecho olvidar los cantos belicosos de los feroces scaldas, de los cuales no ha quedado sino el himno fúnebre de Regnier Ladbrog, aquel salvaje rey de la mar que escribia sobre las negras murallas del torreón donde le habia encerrado su enemigo con terribles serpientes, las sangrientas bañanas que él habia emprendido en las sombrías costas del Báltico y el alborotado mar de Alemania, cuyas ondas habia *enrojecido cual la herida reciente de un guerrero*. En la Lithuania, que apenas acababa de abrazar el cristianismo, el himno á María reemplazó los cánticos de Mildá, la diosa de la belleza, de la prima-

vera y de las rosas, y los bartinikas, aquellos rápsodas ambulantes de la Rusia Blanca que se creían inspirados y que presidian á los circos de música en la fiesta de las mieses y en la fiesta mas risueña aun de las flores, abandonaron en el siglo XV al dios Satwaros, su Apolo oriental, para pedir su inspiracion poética á María, á quien habian proclamado gran duquesa de los lithuanenses. (22)

La Virgen, que alentaba las artes, velaba también por la conservación de los imperios, y la dulce Reina del cielo tenia aun por vasallos á los reyes de la Europa católica en general y á los de Francia en particular. En 1478, el rey Luis XI desmembró el Artois, del condado de Bolonia, y lo regaló á la Virgen María, á quien declaró condesa de Bolonia. A título de tributo feudal colocó sobre su altar un corazon de oro con el peso de trece marcos, y prometió que sus sucesores al trono estarían obligados á renovar el homenaje y la ofrenda á la *Virgen señorial*. Sábese que este príncipe cruel, pero lleno de genio, que desdenaba el fausto hasta caer en el extremo contrario, no llevaba otro adorno en sus audiencias solemnes que una pequeña Nuestra Señora de plomo, prendida á su casquete real; y acostumbraba decir que hacia mas caso de este pedacillo de plomo que de todo el oro de un reino.

Se le enterró como lo habia ordenado, en Nuestra Señora de Clery, á la cual tuvo tan fuerte apego, que Sixto IV á sus instancias prohibió bajo pena de excomunión el llevar á otro lugar el cuerpo de Luis.

Ana de Bretaña, que fué dos veces reina de Francia, fabricó algunas capillas á la Virgen, y quiso que su escupulario fuese depositado en la caja de oro que debia encerrar su corazon, el cual envió á los bretones. El mausoleo de Francisco II, último duque de Bretaña, habiendo sido abierto en el año de 1727, se encontró en la bóveda entre el ataúd del príncipe y el de Margarita de Foix un cofrecito de plomo, en el cual habia una caja de oro en forma de corazon, superado de una corona real y cercado por la órden del cordón de un trabajo exquisito. Esta caja que habia contenido el corazon de la reina Ana, no contenia mas entonces que un poco de agua, y los restos del escupulario que la piadosa princesa habia llevado en honor de María.

Francisco I habiendo sabido que un hugonote había tenido la audacia de mutilar en medio mismo de París una imagen de nuestra Señora, condenció solemnemente á hacer una reparación á la Madre de Dios, debiendo ir descalzo, con la cabeza descubierta y un cirio en la mano. Los señores de la corte y los miembros del parlamento seguían al monarca, que colocó por sus propias manos sobre el altar donde había tenido lugar la mutilación, una magnífica estatua de la Virgen. (23)

En España, la obra comenzada por Pelayo bajo los auspicios de María para librar á la península de los moros, acababa de ser consumada por la toma de Granada. El primer grito de la independencia española en la caverna de Covadonga había sido *¡María!* La última victoria había sido alcanzada bajo su bandera por Fernando el Católico, que había hecho grabar en oro sobre su magnífica hoja de Toledo la imagen protectora de la Virgen y escribir sobre sus estandartes: *Ave María.*

## LIBRO XII.

### Las últimas herejías.

EN la Caramania desierta, hácia el golfo Pérsico, vegeta un arbolillo á quien los persas llaman *gulbad samoun* (flor que empozoña el viento). La herejía acababa de despertar en la fría Alemania, y como aquella flor empozoñada que inocula á las cálidas brisas del este persa una cualidad tan mortífera, que mata al desgraciado que la respira, así aquel soplo fatal que partía de los países germánicos, comenzó á matar á las almas, y á matarlas por millares. Entonces fué cuando la luz viva y encantadora de la bella Estrella que, tan benignamente reflejaba en el zenit del mundo cristiano los ardientes rayos del Sol increado, se oscureció en medio de las brumas espesas que la noche del error extendía sobre el cielo del Norte, y esparció un abatimiento sensible en los mismos países fieles que ella continúa en alumbrar.

Francisco I habiendo sabido que un hugonote había tenido la audacia de mutilar en medio mismo de París una imagen de nuestra Señora, condenció solemnemente á hacer una reparación á la Madre de Dios, debiendo ir descalzo, con la cabeza descubierta y un cirio en la mano. Los señores de la corte y los miembros del parlamento seguían al monarca, que colocó por sus propias manos sobre el altar donde había tenido lugar la mutilación, una magnífica estatua de la Virgen. (23)

En España, la obra comenzada por Pelayo bajo los auspicios de María para librar á la península de los moros, acababa de ser consumada por la toma de Granada. El primer grito de la independencia española en la caverna de Covadonga había sido *¡María!* La última victoria había sido alcanzada bajo su bandera por Fernando el Católico, que había hecho grabar en oro sobre su magnífica hoja de Toledo la imagen protectora de la Virgen y escribir sobre sus estandartes: *Ave María.*

## LIBRO XII.

### Las últimas herejías.

EN la Caramania desierta, hácia el golfo Pérsico, vegeta un arbolillo á quien los persas llaman *gulbad samoun* (flor que empozoña el viento). La herejía acababa de despertar en la fría Alemania, y como aquella flor empozoñada que inocula á las cálidas brisas del este persa una cualidad tan mortífera, que mata al desgraciado que la respira, así aquel soplo fatal que partía de los países germánicos, comenzó á matar á las almas, y á matarlas por millares. Entonces fué cuando la luz viva y encantadora de la bella Estrella que, tan benignamente reflejaba en el zenit del mundo cristiano los ardientes rayos del Sol increado, se oscureció en medio de las brumas espesas que la noche del error extendía sobre el cielo del Norte, y esparció un abatimiento sensible en los mismos países fieles que ella continúa en alumbrar.



Los sectarios del siglo VI se desencadenaron con violencia contra las imágenes de María y de los santos; la secta patricia de Lutero, debe hacérsela justicia, mostró á este respecto alguna moderación; (1) pero los furiosos de los calvinistas sobrepujan cuanto se puede imaginar.

Enemigos de las letras y de las artes tanto como del catolicismo, encubren un fogoso radicalismo bajo un semblante de religión; atacan con panfletos incendiarios, ya al papa, ya al príncipe, ya aquella pequeña minoridad que se agitaba violentamente para dictar sus creencias á la inmensa mayoría de los franceses que las derrochaba, cubrió la Francia de escombros y funerales. "Estos buenos reformadores, dice un conde de Lyon testigo ocular de sus victorias, *comenzaron por reformar el reposo de la tranquilidad pública.*" En Tours, en Blois, en Poitiers, en Bourges, en Rouen, robaron completamente las iglesias, mutilaron los santos y arrastraron en el lodo las imágenes de CRISTO y de la Virgen, cantando irrisoriamente las *Litanias.* (2) En Gascuña enterraban vivos á los católicos, despedazaban á los niños, y abrían el vientre á los sacerdotes para arrancarles las entrañas. Los muertos mismos no fueron respetados en sus tumbas empolvadas. Los hugonotes arrancaron á Luis XI de su sepulcro, quemaron lo que los gusanos mismos del ataúd habían perdonado, y osaron arrojar al viento las cenizas de un rey cuya raza ocupaba el trono. Los padres y los abuelos de los reyes de Navarra y de los príncipes de Condé, no fueron mejor tratados que Luis XI. Las tumbas de la casa de Angulema (la casa reinante) tuvieron la misma suerte. Los señores de Longueville, arrancados medio enteros aun de sus sepulcros, fueron arrojados á los perros. (3)

El conde canónigo Saconay, que conocia muy cerca á los hugonotes de aquel tiempo, nos ha dejado en pocas palabras la relación de sus hazañas en las iglesias de Lieon. "Uno de sus principales predicadores, dice Ruffi, con una espada de dos manos que llevaba de la misma manera que pintan á san Pablo, entró con sus satélites en la grande iglesia de San Juan, donde hizo derribar del medio de la santa iglesia á una imagen del Crucificado de grandísima estatura, parte de plata y el resto cubierto de planchas del mismo metal; cuando la imagen esta-

vo en el suelo, Ruffi se tiró furiosamente sobre ella, pisoteándole la cabeza; pero viendo á algunos de sus soldados y ministros que se aprovechaban de la plata mucho mas aprisa de lo que él deseaba, temiendo que se *contaminasen*, desvainó su grande espada, agiténdola por algunos instantes. *¿Y qué dice, no será yo respetado? ¿Y habrá algun otro que despedace antes que yo este grande idolo?* y diciendo así, corta la cabeza á la santa imagen de Jesús crucificado; levántala, y la mostró gritando: *He aquí la cabeza del idolo.* Pero sin embargo, como era de plata, él no la desamparó. Otros rateros querian tambien tener parte en el botín y despedazaban las imágenes de oro y plata para arrancarles algun pedazo antes de entregarlas á los grandes ladrones. A un ángel le llevaban una ala, á un santo un brazo, á una Virgen la cabeza, etc. Fundieron un Crucifijo de plata maciza que estaba en la iglesia de San Estévan, diciendo con zumba que el pobre Crucifijo estando desnudo, habia tenido frio por mucho tiempo, pero que ellos le calentarian tambien, que no volveria jamás á tenerle. Fundieron igualmente las láminas y otros adornos de los altares, que eran de tela de oro frisado, sin que les resultase gran ventaja de una cosa que valia, sin embargo, mas de diez mil escudos. Ved allí, pues, un Evangelio bien entusiastamente y bien ardiente!"

Las ermitas cuyas corporaciones seculares llamaban al viajero que habia perdido el camino prometiéndole un lecho para la noche, una cena frugal y una acogida hospitalaria, fueron arrasados por los calvinistas, que tuvieron la barbarie de herrar como á sus caballos de batalla á los piadosos ancianos que las habitaban (4).

Los sacerdotes se huían con las reliquias, los Crucifijos y las estatuas de nuestra Señora, como en el tiempo de la invasion de los piratas normandes. Uno de ellos fué á esconder hasta el fondo de Galicia la imagen de nuestra Señora de Beth-Aram, donde subsistian, y á quien los pastores habian antes encontrado milagrosamente en los bosques (5).

En Paris á los ojos mismos de la corte que los protegía entonces, mataron en San Medando, durante el sermón, á un gran número de católicos indefensos. Las parroquias sobrecogidas de la

insolencia de estos facciosos que asistian al sermón con la daga en el puño y el arcabuz á la espalda (6), pidieron que se pusiese artillería á la puerta de las iglesias para defenderlas, y llegó el momento en que las ceremonias del culto católico no podian celebrarse ya en un reino cristianísimo, sino al abrigo de una batería de cañones (7). "Entonces fué cuando comenzaron en París, dice M. Capéfigue, esos escandalosos motines populares destinados á aniquilar todas las antiguas creencias. Fijábanse carteles contra la Eucaristia, contra la misa, sobre todo, hasta en los palacios del Louvre. Los muros de las iglesias y los postes de las plazas públicas testificaban cada mañana "aquél ardor del proselitismo que caracteriza á la reforma (8)."

Después de haber llegado á los excesos mas inauditos que exasperan hasta el último punto á la población católica, los hugonotes publicaron un sinnúmero de apologías hipócritas, en que se colocaban en el rango de mártires. "El protestantismo, dice M. de Chateaubriand, proclamaba la intolerancia de Roma, degollando á los católicos en Inglaterra y Francia, arrojando al viento las cenizas de las tumbas, encendiendo hogueras en Ginebra, manchándose con las violencias de Munster, y dictando leyes atroces para tiranizar á los irlandeses, apenas medido libertados hoy después de tres siglos de su opresion (9)."

Los reyes no estaban mas tranquilos que los pueblos, ni el trono estaba menos amenazado que el altar. *Esas gentes son los perturbadores del reposo público*, decía Enrique VIII, enviándolos á la hoguera junto con los católicos de Inglaterra.

*Yo veo la anarquía á través de su bandera*, decía Francisco I. En efecto, Lutero habia establecido como principio, que se podia hacer la guerra á los soberanos á fin de propagar el protestantismo (10), y el predicador calvinista de los Rosarios escribía en sus obras estas máximas, que aplicaba en sus manifestos contra Catalina de Médicis: *Es lícito matar á un rey ó á una reina que se opone á la reforma de la Iglesia!* (11).

Esta insolencia y otras teorías subversivas, á las cuales no faltaba su práctica, atrajerón sobre los autores de nuestras discordias civiles tristes represalias; la política de un príncipe mortalmente irritado por una tentativa de los protestantes contra su persona (12), arrojó á la corte á un partido extremo.

Creyó, lo que era verdad, que se agitaba para la soberanía real la cuestion de *ser ó no ser*, y añadió á nuestra historia una página de sangre. La matanza de San Bartolomé libró á los Valois de la suerte de los Estuardos (13), y al catolicismo de una ruina inminente; pero esta fué una medida inhumana que la religion de CRISTO reprueba, y cuya mancha sacude de su manto. Catalina y Carlos habian disminuido la herejía y aniquilaron á los facciosos. Los obispos católicos protestaron contra este acto de intimidacion y de violencia salvando á los calvinistas en sus palacios (14). Estos sectarios que tanto han pregonado y abultado sus desgracias, *no han olvidado nada sino aquello*.

Fernando el Católico, que no queria que esta mala y envenenada planta de la herejía invadiera las bellas vegas de la España y contaminara su pueblo verdaderamente cristiano, habia opuesto desde el principio á este gran mal un gran remedio, la inquisicion, que detiene su marcha audaz al pié de los Pirineos.

La Italia, desgarrada entonces por las guerras civiles, fué menos feliz, y el protestantismo desplégó en el saqueo de Roma todos sus furres; el condestable de Borbon habia designado á sus soldados herejes en la mayor parte á la capital del mundo cristiano como una rica presa desnuda de defensa, á quien podian despojar casi sin un solo golpe. El espíritu que animaba á los jefes de estas hordas desordenadas, hará conocer el de los soldados. El coronel laterano Fransberg, que marchó al sitio de Roma con el condestable, habia hecho construir una hermosa y sólida cadena de oro, cosa que no le habia costado mas trabajo que el de robarla en las iglesias, *expresamente*, decía él, *para ahorcar al papa con sus propias manos* (15).

Roma sin aliados y atacada de improviso, se defende desde luego bravísimamente, y en el primer asalto el condestable de Borbon fué herido mortalmente de un arcabuz. Apenas tuvo tiempo de mandar que se le cubriese con su capa para ocultar su muerte á las tropas, cuidado inútil, sin embargo, porque este ruido de siniestro agüero circuló inmediatamente, y los soldados herejes, dice un historiador contemporáneo que habia recogido sus noticias en los mismos lugares, no combatieron sino para vengarle mas *endriabladamente*, lo cual ejecutaban á los gritos de

*¡sangre! ¡sangre! ¡Borbon! ¡Borbon!* Nada pudo resistir á estas hordas imperiales, ebrías de cólera y empapadas de sangre; las murallas fueron escaladas, los romanos se replegaron entonces y la funesta victoria de la impiedad se prosiguió de calle en calle con tal furor, que se hubiese dicho que *el infierno se habia desencadenado* y combatía bajo las banderas del príncipe de Orange, quien tuvo la triste gloria de poner fin á esta criminal empresa. "Los arcabuzazos, dice Brautome en su Vida del condestable de Borbon, los gritos de los combatientes, las quejas de los heridos, el ruido de las armas, el golpe de las picas, el sonido estrepitoso de las trompetas y el redoble continuo de los tambores que animaba á los soldados al combate, hacian tal ruido, que habria acallado el ardor del trueno si una tempestad hubiera estallado en aquel momento." Los vencedores persiguieron á los vencidos tan de cerca, que apenas tuvieron tiempo para cerrar las verjas del castillo de San Angelo y la fortaleza de la Roma moderna, donde el papa se habia refugiado á toda prisa, acompañado de algunos cardenales. Y ni aun esto habrian alcanzado sin el valor denonado y caballeresco de tres nobles jóvenes romanos de una de aquellas nobles familias patricias que ascienden auténticamente hasta el siglo de Augusto. Cuando todos se habian replegado á Roma saqueada ya, y aun cuando los príncipes de la Iglesia perseguidos por los lasquetos, dirigian sus caballos al escape hácia la ciudadela, tres, Orsini, Juanino, Antonio y Valenia, *bravos y valientes señores*, dice Brantane y Jerona Mathey, se replegaron *con doscientos buenos hombres* á la cabeza del puente Sixto, para combatir á los imperiales dejando así libre el paso. El príncipe de Orange á la cabeza de sus batallones herejes, vino á atacarlos y *de una y otra parte se combatió valerosamente*. No obstante, el príncipe al fin cargó con tanta furia, que se vieron forzadas á abandonar el punto que habian tan heroicamente defendido; pero esto no fué sino después de haber visto cerrarse tras de los ilustres fugitivos las puertas de hierro de la ciudadela. Vencida Roma, prosigue el mismo historiador, los losqueretes, que neciamente habian sido imbuídos en la nueva religion, se ponen á matar y á robar sin perdonar ni las santas reliquias de los templos, ni los conventos, ni á los ministros de la religion,

ni los ornamentos de las Madonas; *su crueldad se extendió hasta sobre los mármoles y las estatuas antiguas*. Segun la costumbre de los hugonotes de aquel tiempo, mezclaron sacrilehas chocarrerías á sus escenas de sangre, de pillaje y de asquerosa disolución. *Vestidos de cardenales, hicieron procesiones por toda la ciudad rezando por burla las letanias de la Virgen santísima*. Después de haberse manchado de infamias que sería vergonzoso referir, y vergonzoso tambien el oír, estos infieles, observa Brontome, fueron de allí á poco á morir casi todos al sitio de Nápoles, después de haber perdido de uno ú otro modo el oro sacrilegamente robado en los altares y en los templos, lo que hizo deier á los españoles que *el diablo se lo habia llevado*. (16)

En la Gran Bretaña, el culto de María, en otro tiempo tan popular, fué abolido por Enrique VIII y el fratricida Somerzet; el pueblo lloró por mucho tiempo á la Madre de las misericordias, y venia á orar comunmente á la claridad protectora de las estrellas sobre las ruinas silenciosas de sus santuarios devastados. Los paisanos galos, estos dominicanos de Inglaterra, que habian abrazado el cristianismo antes de la llegada de los sajones, no pudieron hacerse á la ausencia de los santos, con los cuales habian elevado sus viejos robles, sus *merhiers* (17) y sus fuentes druidicas. Vigilados y fatigados como estaban por los últimos Tudores y mas tarde por Cromwell, no podian profesar el catolicismo; y no teniendo por otra parte ni altares ni sacerdotes, se fueron haciendo paganos poco á poco: no hace muchos años que aun era cuestionable entre los anglicanos si se iria á convertir á estos *grasesos idólatras*, que faltos de simpatía por el árido y multiforme protestantismo, habian llegado á adorar á los árboles y los manantiales, como hacian los antiguos bretones del tiempo de César. (18)

Los habitantes de la frontera meridional de la Escocia no tuvieron menos repugnancia que los galos á abrazar la nueva doctrina.

El *border*, mas que ninguna otra parte del reino, estaba bajo la proteccion inmediata de María. Se habia dado su nombre al lago mas claro, (19) á las fuentes mas azules, á las ermitas mas pintorescas. Allí eran donde se elevaban Melrose y

Jedburgh, dos majestuosas abadías dedicadas á la Virgen santísima, dos edificios prodigiosos levantados por la fe que obraba milagros en un país tan pobre y continuamente agitado por las guerras extrajeras ó intestinas. ¡Qué caballero del *border* al pasar por Jedburgh no había pedido en nombre de la Virgen María una hospitalidad siempre concedida generosamente? ¡Qué *cheftoir* de las montañas no se había quitado su gorra azul adornada de una pluma de ojuela, delante de Melrose, el mas célebre y el mas frecuentado de las cuatro principales peregrinaciones del reino? Las baldosas de la inmensa basilica cubrían todo lo que la Escocia tuvo de mas noble en nacimiento y de ilustre en valor. Allí se hallan las cenizas de los héroes cuyas efigies acostadas sobre el mármol juntaban devotamente sus manos como para invocar á Jesus y á María, dos nombres que los católicos unian siempre. La Virgen santísima reinaba allí sobre los vivos y sobre los muertos. Durante el dia todo respiraba al rededor de ella cantos sagrados, y por la tarde cuando la tempestad rugía y el resplandor intermitente de la luna centellaba sobre los vidrios incrustados como esmeraldas en sus frágiles cruceros de piedra, habríase creído que todas las guirnaldas petrificadas, que todas las banderas caballescenas que decoraban la iglesia, se agitaban al viento, y que los viejos lores escoceses se levantaban armados de punta en blanco sobre sus tumbas para saludar á la santa Madre del Redentor. (20)

Al pié del altar reverenciado de Nuestra Señora de Melrose, los ingleses y escoceses deponían sus odios hereditarios, sin aperecer sino como pacíficos y humildes peregrinos. Los jefes de un *Clan* se reunían á rogar allí por la salud de las almas de los guerreros de un *Clan* enemigo caído bajo su *derk*, ó bajo su *claymare* durante el período de sus guerras de montaña. (21)

Los pecheros lloraban allí sus faltas delante de la consoladora de los afligidos, y después se levantaban llenos de confianza ó iban á levantar monumentos expiatorios, cuyo nombre perpetuase el recuerdo de sus remordimientos. (22)

Los predicadores calvinistas enemigos tan declarados de las artes, destruyeron á Melrose y á Jedburgh con un considerable número de santuarios de menor fama. De todos los esplendo-

res que rodeaban á la Virgen de Melrose no quedaron sino algunos restos del altar, que cubrieron bien pronto las altas yerbas y los arbustos de las ruinas. En los primeros tiempos y á través de las tinieblas de la noche deslizóse de vez en cuando una sombra negra por entre dos arcos despedazados de la iglesia abacial, y oíase un murmullo de voces humanas que se mezclaban al ronco ruido de las olas del Soveed. Era un religioso que venia furtivamente á celebrar los divinos misterios para un reducido número de fieles que no habían desertado aun el antiguo culto; estas visitas llegaron á ser tan peligrosas, que el clero debió renunciarlas por prudencia; pero nada pudo impedir al pueblo que enterrase sus muertos en los cementerios destruidos de sus antiguas abadías, y por un sentimiento de delicadeza que hace honor á los escoceses, no se enterró por largo tiempo sino mujeres en los recintos funerarios donde reposaban las virgenes del Señor. (23)

La primera cosecha que los apóstoles del calvinismo hicieron en las montañas del *border*, los desalentó de tal modo, que resolvieron abandonar los *Clare* á su mala suerte, y aguardar á que la carencia de luces, la privacion de los sacramentos y la falta total de las ceremonias del culto proscrito, los arrojasen en las filas del protestantismo, lo que con el tiempo se efectuó. (24)

Bajo Jacobo VI los *border*s esaban aun tan resfriados por la doctrina de Ginebra, que el rey se apoyaba en sus *Clans* belicosos, durante sus desidencias con su Iglesia demócrata. (25) Cien años después rogábase aun al borde de las fuentes que saltaban delante de las capillas arruinadas de María y de los santos y se llevaba el agua de estos manantiales á distancias grandísimas para procurar la salud de los enfermos. (26)

Los recuerdos que mas se unen á María viven aun en los valles y en los bosques del *border*; se les encuentra en sus baladas históricas que cantaban los pastores y los montañeses. "Cortés un caballero traidoramente asesinado sobre un matorral donde en un manantial de nuestra Señora lavaba sus profundas heridas, y al que llevan á su capilla para cantarle la vigilia de los muertos: Este otro es un poderoso baron á quien se enterró al pié del de la cruz de Santa María, y sobre la tumba del cual

vendrán los religiosos á orar, *mientras que en la Escocia se ruegue á nuestra Señora*. El bardo expresándose así creía decir, *siempre* aquellos son los caballeros que dejaban sus rosarios de oro en prenda de su fe etc." A cada peligro se invocaba á Dios y á nuestra Señora, jamás al uno sin el otro.

Los restos esparcidos del catolicismo se refugiaron en el Norte de Escocia, y allí protegidos por los interminables matorrales, y sus filas de arenosas montañas se han mantenido en algunos castillos solitarios que bañan las olas tormentuosas del océano setentrional. Allí es donde se ha rogado por tan largo tiempo por el restablecimiento de los Estuardos á la misma Virgen á quien aquellos príncipes honraban. El cardenal de York, el último vástago de aquella familia infortunada, habia ido á unirse con su hermano á la tumba donde se oraba aun, y algunos pobres montañeses que no pueden creer en la extinción de aquella antigua raza, ruegan todavía. (27)

La Inglaterra, católica en el fondo, ha quedado fiel al culto de la Virgen santísima, y esto en medio de la persecucion mas larga y mas opresiva que ha existido jamás. El pobre irlandés, so pena de no tener ni pan ni asilo, era forzado no solo á recompensar generosamente á los sacerdotes de una religion que no profesa, sino tambien á practicar sus ritos; pero no menos afecto de alma y corazon á la religion de sus padres venia á asistir al oficio divino á los subterráneos ignorados de sus viejas mansiones feudales, entre las ruinas de los monasterios, en las grutas sonoras en que los druidas habian celebrado en otro tiempo al murmullo agitado sus sangrientos ritos, de los cuales han heredado el espíritu y las fábulas. En las alturas se colocaban centinelas para proteger los ritos proscritos y la cabeza del sacerdote puesta á precio cual la de un bandido; porque los sabuesos protestantes que habian tomado el nombre de *mars hurtero* (cazadores de misas) engolosinados por el cebo de cinco libras esterlinas, precio á que los comisarios de Dublin pagaban la cabeza de todo eclesiástico perteneciente á la comunión de Roma, buscaban á los *papistas* á través de las montañas y los bosques como si fuesen bestias salvajes. Felizmente este tiempo espantoso ha pasado, y hoy dia seis millones de católicos invocan libremente á nuestra Señora en aquella verde isla que tan

justamente ha merecido su nombre glorioso y antiguo de *Isla de los Santos*.

No fué solo en Inglaterra donde el culto de la Virgen santísima arrancado por el huracan del protestantismo, dejó vestigios numerosos de su existencia: las ruinas melancólicas y pintorescas de los monasterios dedicados á María cubren aun los mas bellos sitios de Alemania. Un gran número de ciudades del Norte llevan su nombre todavía; en Dinamarca le tienen los golfos, y la Stiria, el Austria, la Iliria, la Suiza, el Tirol y el gran ducado de Baden, poseen aun los santuarios en que las poblaciones del otro lado del Rhin venian á orar á Nuestra Señora. Por estos restos, majestuosos todavía, de un culto tan general y tan respetado en otro tiempo, se puede juzgar de la extension de su antigua influencia, como se juzga de un naufragio por el número de mástiles medio despeduzados y las velas desgarradas que flotan sobre el agua.

El culto de María reconquistó en el Nuevo Mundo lo que habia perdido en el viejo. Los misioneros españoles embarcarse con una imagen de nuestra Señora, á quien invocaban durante su peligrosa navegacion, y al término de su viaje la depositaban bajo alguna palmera de ramos gigantescos, emprendiendo con la proteccion de María, que les huía fuertes, decian, como un ejército formado en batalla, la civilizacion y conversion de las dos Américas.

Los guerreros que se propusieron conquistar los paises extranjeros, arrastraban tras ellos cuanto podia ser necesario para una obra de destruccion y de sangre; armas, soldados, parques de artillería; la devastacion les precede y las lágrimas les siguen. Los misioneros católicos marchaban á la conquista de las Indias Occidentales con una imagen de María, una cruz y un rosario; y gracias á sus esfuerzos casi sobrehumanos, las poblaciones arrancadas á los antros salvajes y á la sombra de grandes bosques, vinieron á formar pequeñas colonias donde se vió retoñar el cristianismo fresco y puro como en los tiempos de la primitiva Iglesia.

Aquellos religiosos que han enriquecido con un sinnúmero de conocimientos preciosos la botánica, la historia y la geografía, se hacian artistas y tambien artesanos para instruir á sus

• *cristianados*, y guiaban á sus nuevos fieles no solo por el camino de las artes, sino tambien por el de la salud. Vióse entonces á ignorantes salvajes que no ha mucho se sentaban á un festín de carne humana: tomar el compás del arquitecto, el cincel del escultor, la paleta del pintor, y levantar con sus manos templos á Dios, y capillas á María. El rezo del rosario era el ejercicio que mejor sentaba á un pueblo cazador; así es que en la tarde, cuando á la sombra de los tulipanes y de las magnolias se tendían al raso sobre la sábana, habrían oído la salutación angélica, repetida en el idioma de los bosques por todas las colinas americanas. María era la madre del salvaje como lo era del europeo, y no se la invocaba con menos religiosidad en el templo resplandeciente de oro que los primeros conquistadores españoles habian fabricado en su honor en Méjico y en Potosí, que en las iglesias campestres que los piadosos misioneros le habian dedicado bajo el título de nuestra Señora de Loreto y de nuestra Señora de los Dolores, ya sea al borde del rio de las Amazonas, ó sobre las riberas del Huron.

La América no fué el término de las conquistas de los servidores de Dios y de María. Ellos exploraron las regiones abasadoras del África, y convirtieron á los príncipes negros de la Guinea y de Monomotapa, y al mismo tiempo penetraron en Ceilan, en la península de la India, en el Japon, en la China; y en todas partes la imagen de nuestra Señora fué tratada con veneracion y fervor. Las damas mongolas se inclinaban delante de la Madre de Jesús, llamándole la santa, la gloriosa María. Las damas de la China le ofrecian perfumes y flores, y los japoneses, que pagaron bien caro por su enérgica consagracion á la fe verdadera, rezaban en sus largos rosarios de cristal, al atravesar las ciudades idólatras llenas de bonzos y paganos (29). Estos triunfos obtenidos en tierras tan lejanas, no fueron los únicos que vinieron á consolar á la Madre de Dios de los ultrajes del protestantismo. Apenas Calvino habia descendido á la tumba, cuando la batalla de Lepanto fué ganada por los españoles bajo la bandera de la Virgen Santísima (30); Juan Sobieski hizo homenaje igualmente á la Madre de Dios de su célebre victoria sobre los turcos en el sitio de Viena, y su primer cuidado al entrar en la ciudad libertada, fué ir á pros-

ternarse con la frente sobre la tierra, delante del altar de nuestra Señora, donde él mismo cantó un *Te-Deum* en accion de gracias. El magnífico estandarte de los mahometanos fué enviado á nuestra Señora de Loreto (31); y el héroe polaco conservó un trofeo que le pertenecía, dice, más que todos los otros, que se habia descubierto entre las ruinas de la aldea de Wislou. Véase allí á nuestra Señora, cuya corona estaba sostenida por ángeles, que llevaban en sus manos dos libros con estas inscripciones latinas: *In hac imagine Maria, vinces Johannes. In hac imagine Maria, victor ero, Johannes.* Juan, por esta imagen de María vencerás. Por esta imagen de María, yo, Juan, seré vencedor.

Aquella imagen fué mirada como milagrosa; Juan Sobieski la destinó á su capilla real de Zolkiew, y desde entonces ella le siguió en todas sus campañas.

En el año de 1647 Fernando III se consagró solemnemente él, su familia y el imperio á la Reina del cielo.

Una gran columna fué levantada en la hermosa plaza de Viena en honor de la Concepcion Inmaculada de María, y su estatua con la luna á sus piés, hollando al mismo tiempo con ellos la cabeza de la serpiente, fué colocada en lo alto de la columna.

El calvinismo agitaba siempre la Francia, y su soplo helado penetraba en las masas: emortiguábase lenta, pero fatalmente, el sentimiento religioso, porque los diálogos insolentes y las impías chocarrerías, hacen siempre el peor efecto sobre el pueblo, que no raciocina sobre su creencia y la pierde ó la recobra segun los elementos que cautivan su atencion. Las iglesias y los altares devastados habian perdido ese santo prestigio que dan la pompa y las tradiciones de homenaje. Las Madonnas despojadas y derribadas de sus pedestales, se levantaban tan pobres, que el corazon se comprimia al contemplarlas y los piés se alejaban de su santuario sin quererlo. El clero calumniado, arruinado, envilecido, no se sacaba ya sino de entre las filas del pueblo que le despreciaba, porque el pueblo, que abriga siempre un gran desprecio por el nacimiento, jamás respeta á sus iguales. En fin, las abadías colocadas en sociedad, pertenecian á militares que se encargaban de colocar allí superiores cuyo cargo se limitaba al de intendentes de las privaciones de una comuni-

dad que en adelante debía aplicar sus economías al uso de los pobres, sino al del capitán ó cortesano que era el abad en compañía. Esta enormidad, que sin el socorro de las revoluciones habría concluido por hacer caer todos los monasterios de la Francia, duraba aun bajo Enrique IV. (32) no obstante las justas reclamaciones del clero, y no concluyó sino bajo el reinado de Luis XIII. Desde Luis XI hasta este príncipe, es necesario repetir uno á uno los hechos que testifican la veneracion de los reyes por la Virgen Santísima. Luis XII hizo la peregrinacion á Nuestra Señora de Loreto, y Enrique III en 1585 envió allí al duque de Joyeuse, con una corte magnífica, para ofrecer presentes y hacer un voto á la Santa Madonna. El mismo príncipe habiendo fundado el orden del Espíritu Santo, colocó en el número de los estatutos, que *cada caballero estaria obligado á rezar todos los dias una decena del rosario.*

Hacia el fin del siglo IV se ayunaba aun en toda la Europa católica la vigilia de las fiestas de la Virgen santísima, y ninguno estaba exceptuado de esta práctica religiosa. Los licenciosos capitanes de Carlos IX y Enrique III, se defendian valerosamente de haber violado la abstinencia en la vigilia de la Asuncion de nuestra Señora. Habiendo hecho algunos al atravesar la Italia, uno de los historiadores mas atrevidos y menos escrupulosos de aquel tiempo, juzga á propósito callar sus nombres *por respeto á su buena fama*, y protesta que aquellos gentiles-hombres estaban completamente ignorantes de la fiesta del siguiente dia.

El culto algo descuidado de María se levantó majestuosamente en el reinado de Luis XIII. Aquel príncipe para dar gracias á la Virgen por las ventajas que habia conseguido contra los protestantes, y obtener por su intercesion una paz gloriosa con las potencias de Europa que le hacian entonces la guerra, declaró en un edicto fechado en San German de Laye (10 de febrero de 1633) que "tomando á la santísima y gloriosísima Virgen por protectora especial de su reino, le consagra particularmente sus Estados, su persona, su corona y sus súbditos, suplicándola defendiese la Francia contra el poder de todos sus enemigos, ya fuese en la paz, ya en la guerra. "Para monumento de esta consagracion, Luis prometió hacer reedificar

el altar mayor de la catedral de Paris, y de colocar allí una imagen de la Virgen teniendo entre sus manos á su precioso Hijo descendido de la cruz, y haciéndose representar él mismo á los piés del niño y de la Madre en el acto de ofrecerles su cetro y su corona.

Quiso, por otra parte, que el dia de la Asuncion se hiciese memoria de su edicto en todas las iglesias de Francia durante la misa mayor, y después de visperas se hiciese una procesion solemne, á la que debian asistir todas las corporaciones soberanas y todos los magistrados de las diversas ciudades de Francia.

Luis XIV heredó de su padre la devocion á la Virgen santísima. El fué quien en 1723 hizo ejecutar á Coustou el grupo que se conoce con el nombre de Voto de Luis XIII, en que las dos figuras de mármol colocadas á cada lado representan á Luis XIII y á Luis XIV ofreciendo sus coronas á la Virgen. Este príncipe regaló á la iglesia de Boloña la suma de 12.000 libras para cumplir el *ex-voto* de oro, que los reyes de Francia desde Luis XIII ofrecian á la Virgen á título de homenaje. Propagó con todo su poder el culto de la Concepcion inmaculada, y obtuvo del papa Alejandro VII en 1657 una bula que Clemente XI confirmó en 1668 para hacer celebrar esta fiesta en su reino, y á su ruego concedió el papa indulgencias en el rezo del Angelus.

Quiso recibir la confirmacion del dia de la Inmaculada Concepcion de la Virgen santísima: este hecho está certificado por esta inscripcion de la capilla del Louvre:

HAC SACRA DIE IMMACULATÆ CONCEPTIONIS,  
LUDOVICUS XIV, REX,  
SUSCEPIT HIC SANCTISS. CONFIRMATIONIS SACRAMENTUM.

Y debajo letase esta inscripcion:

IMMACULATA DOMINA, SALVUM FAC REGEM.

Luis XIV heredó de su madre Ana de Austria una grande veneracion por nuestra Señora de Liesse, y vino en 1652 y 1673 y dos veces con la reina en 1680. María Tatesa, la piadosa española, esta reina que no dió jamás á su real esposo otro

disgusto que el de su muerte, fué tambien allí en 1677 y 1680. Después de la muerte de Ana de Austria, su hijo ofreció por el reposo de su alma cincuenta mil misas en los principales santuarios, dedicadas sobre todo á la imagen santísima.

Después del tratado de los Pirineos, envió á dar gracias y ofrecer ricos dones á nuestra Señora de Chartres, á nuestra Señora de Loreto y á nuestra Señora de la Gracia.

Luis el Grande, como su padre Luis XIII, pertenecía á la cofradía del escapulario, y rezaba habitualmente su rosario. El padre de La Rue admitido un día á una audiencia particular de este príncipe, le encontró piadosamente ocupado en rezar su rosario formado de grandes cuentas: manifestando el padre una gran sorpresa acompañada de respetuosos y edificantes sentimientos, "no os sorprendáis, le dijo el rey; yo me vanaglorio de rezar mi rosario; es una práctica que conservo de la reina mi madre, y sentiría mucho faltar un solo día á esta devoción."

El embajador de España se presentó en la brillante corte del gran monarca con su rosario en la mano, y nadie encontró nada que tachar en esta acción.

Segun una antigua costumbre, poníase entonces entre los regalos de boda un rosario de soberbias horas de la Virgen. Esta costumbre duró hasta el tiempo de Luis XV.

Luis XIII habia tomado la Rochela, el último baluarte del calvinismo en Francia; Luis XIV aniquiló esta turbulenta herejía por la reyocacion del edicto de Nantes. Esta medida que aseguró la tranquilidad del reino, ha sido culpada en términos muy amargos. Se olvida que los calvinistas eran entonces los facciosos incorregibles que no se avergonzaron de llamar á los ingleses.

Luis XIV, el monarca mas grande de su siglo, expiró murmurando con sus labios agonizantes el *Ave Maria*, que habia repetido con voz firme por muchas veces consecutivas, mientras que se rezaban cerca de él las oraciones de los agonizantes.

## LIBRO XIII.

### Los tiempos modernos.

DEL seno del Mediterráneo, cuyas olas azules se embalsaman á diez leguas de distancia con el dulce perfume del naranjo, se levanta una isla pedregosa, cuyas montañas coronadas de nieve, cuyos bosques de pinos, cuyas colinas sembradas de enormes castaños, que recordarian la Suiza si sus enormes ramos de mirto, sus bosques de naranjos y de limoneros, sus alamedas de olivos gigantescos, sus robustos granados de rosas encarnadas y sus restos de torres romanas, no dijese á gritos que aquella era una tierra de Italia. Aquel país es la tierra natal de Paolí, el gran patriota, y de Napoleón, el grande emperador; la Córcega, una isla italiana que forma hoy día uno de los departamentos de la Francia.

Esta isla, fértil é inculta á la vez, está habitada por una raza primitiva, pobre, belicosa y hospitalaria como los *Highlands* de Escocia ó de las montañas del Cáucaso; afecta al catolicismo y en todo tiempo pura de toda la herejía, es astudiza hasta el exceso por lo que toca al honor, y olvidando el mandato divi-



disgusto que el de su muerte, fué tambien allí en 1677 y 1680. Después de la muerte de Ana de Austria, su hijo ofreció por el reposo de su alma cincuenta mil misas en los principales santuarios, dedicadas sobre todo á la imagen santísima.

Después del tratado de los Pirineos, envió á dar gracias y ofrecer ricos dones á nuestra Señora de Chartres, á nuestra Señora de Loreto y á nuestra Señora de la Gracia.

Luis el Grande, como su padre Luis XIII, pertenecía á la cofradía del escapulario, y rezaba habitualmente su rosario. El padre de La Rue admitido un día á una audiencia particular de este príncipe, le encontró piadosamente ocupado en rezar su rosario formado de grandes cuentas: manifestando el padre una gran sorpresa acompañada de respetuosos y edificantes sentimientos, "no os sorprendáis, le dijo el rey; yo me vanaglorio de rezar mi rosario; es una práctica que conservo de la reina mi madre, y sentiría mucho faltar un solo día á esta devoción."

El embajador de España se presentó en la brillante corte del gran monarca con su rosario en la mano, y nadie encontró nada que tachar en esta acción.

Segun una antigua costumbre, poníase entonces entre los regalos de boda un rosario de soberbias horas de la Virgen. Esta costumbre duró hasta el tiempo de Luis XV.

Luis XIII habia tomado la Rochela, el último baluarte del calvinismo en Francia; Luis XIV aniquiló esta turbulenta herejía por la reyocacion del edicto de Nantes. Esta medida que aseguró la tranquilidad del reino, ha sido culpada en términos muy amargos. Se olvida que los calvinistas eran entonces los facciosos incorregibles que no se avergonzaron de llamar á los ingleses.

Luis XIV, el monarca mas grande de su siglo, expiró murmurando con sus labios agonizantes el *Ave Maria*, que habia repetido con voz firme por muchas veces consecutivas, mientras que se rezaban cerca de él las oraciones de los agonizantes.

## LIBRO XIII.

### Los tiempos modernos.

DEL seno del Mediterráneo, cuyas olas azules se embalsaman á diez leguas de distancia con el dulce perfume del naranjo, se levanta una isla pedregosa, cuyas montañas coronadas de nieve, cuyos bosques de pinos, cuyas colinas sembradas de enormes castaños, que recordarian la Suiza si sus enormes ramos de mirto, sus bosques de naranjos y de limoneros, sus alamedas de olivos gigantescos, sus robustos granados de rosas encarnadas y sus restos de torres romanas, no dijese á gritos que aquella era una tierra de Italia. Aquel país es la tierra natal de Paolí, el gran patriota, y de Napoleón, el grande emperador; la Córcega, una isla italiana que forma hoy día uno de los departamentos de la Francia.

Esta isla, fértil é inculta á la vez, está habitada por una raza primitiva, pobre, belicosa y hospitalaria como los *Highlands* de Escocia ó de las montañas del Cáucaso; afecta al catolicismo y en todo tiempo pura de toda la herejía, es astudiza hasta el exceso por lo que toca al honor, y olvidando el mandato divi-

no que prescribe el perdón de las ofensas, se hace justicia por sus propias manos, y después de siglos se venga la afrenta con el asesinato.

El primer aspecto del país, civilizado como es, encierra no sé qué perfume salvaje; concérese que está habitada por un pueblo esencialmente devoto á la Virgen Santísima; su imagen se eleva á la entrada de las aldeas, en las encrucijadas, al borde de las fuentes, en lo alto de los promontorios y en medio de los bosques de naranjos que se extienden sobre las costas. Las cercanías de Bastia están cubiertas de deliciosas y pequeñas capillas á la italiana dedicadas á la Anunciación, á la Visitación ó á nuestra Señora del Buen Consejo. El día de estas fiestas, que llegan en la primavera ó en el estío, se abandonan las villas para ir á visitar á las Madonas, á las cuales se llega por senderos olorosos y bordados de flores. Cada familia después de haber rogado á la Virgen, se sienta á la fresca sombra de los grandes árboles y se abandona á un gozo moderado haciendo una colación campestre.

La Córcega tuvo en otro tiempo muchas catedrales; la mayor parte fueron fabricadas bajo el título de Asunción. Entre tanto la fiesta más solemne de María, es la de la Inmaculada Concepción. Empieza con una novena, y el sonido de las campanas y el ruido de los cañonazos la anuncian; los buques están empavesados; el pavimento de las calles se riega de mirto; se hace una solemne procesión al rededor de la ciudad y al compás de una música militar en la que los hermanos de la Concepción, con traje de penitentes, y la antorcha encendida en las manos, preceden á la imagen de la Virgen adornada de una corona de plata, con gargantillas de piedras preciosas y brazaletes de oro. Al mismo tiempo los altares de María cargados de una profusión de flores arrojan sobre las baldosas sagradas la claridad de seis mil luces. Aquella es una fiesta enteramente religiosa y el gozo expansivo.

En los campos, el cura, el vicario, ó simplemente el anciano, rezan el rosario todas las tardes á la hora en que la campana de la villa toca la *agonta del día que se extingue*. Algunas veces se entrevé entre la nube lejana y sobre la punta de una roca fracturada, una sombría figura apoyada sobre su ca-

raba; es un proscrito que aventura su vida para mirarse á la oración común, porque la Madona es la última esperanza de estos hombres fogosos, pero creyentes, que llevan su imagen sobre el pecho, pidiendo en su nombre á los pastores un poco de leche ó un mendrugo de pan negro, para alimentar su miserable existencia. En estos últimos tiempos un joven corzo compañero del célebre bandido Santa Lucía, defendiendo su vida solo y herido contra un regimiento de línea y una nube de gendarmes, invocaba á la Virgen en aquella lucha desesperada, mientras que sus parientes y sus amigos de rodillas al pié de la roca que les había servido de último asilo, rezaban por él las oraciones de los agonizantes; todo hacía creer, dice el autor que cuenta esta escena conmovedora, que el último pensamiento de este desgraciado sería para Dios, porque se encontró sobre el una medallita de la Virgen santísima á quien estrechaba contra su corazón mientras que sus parientes y amigos rogaban por él.

El 30 de enero de 1735, la nación después de haber sacudido el yugo de la república de Génova, reunió sus cortes generales para darse un gobierno nacional, y eligió por reina de la Córcega á la Virgen santísima, elevando su bandera hasta en los últimos combates de su joven libertad agonizante. Los dos Paoli, Pascal y Clemente, los dos grandes capitanes, los dos muy devotos á María, (1) hicieron respetar aquella bandera. Clemente, de quien la historia habla tan poco, pero al que la tradición local recuerda siempre, antes de combatir hacía rezar el rosario á sus soldados puestos de rodillas. Algunos ingleses asombrados de esta costumbre le hicieron observar en muchos encuentros, que mientras el enemigo marchaba á ellos, sus soldados prosternados no podían defenderse. "Dejadlos rogar, millores," respondía Paoli con su voz marcial y acentuada. Concluida la oración, los corzos se levantaron como leones y no cesaron un solo paso, porque el soldado que ora no sabe huir; los verdeanos enseñaron esto á la república francesa. Pascal Paoli hizo fabricar dos capillas á la Virgen santísima, la una en Pastoneccia cerca de *Porta-Nuova*, teatro de la sangrienta batalla que vió perecer la nacionalidad de la Córcega, y en donde un gran número de sus parientes que eran los nuestros, perdieron la vida; la otra en Morazaglia, donde se levantaba su cas-

fillo de gentil-hombre corto. Durante su destierro fabricó otra en Inglaterra.

Desde el tiempo del rey Teodoro, el consejo nacional hizo grabar en el reverso de las monedas de oro y de cobre: *Monstra te esse Matrem*.

Napoleon se complacia en decir que la Virgen santísima era la reina de su patria, y mientras que fué un simple oficial, manifestó mucha devoción por una Madona francesa que se encontraba en el convento de las ursulinas de Auroenne, y continuamente iba á orar allí. La imagen de esta Virgen ha sido transportada á la parroquia en que se la venera.

A través de las saturnales de la regencia y al reinado corrompido de Luis XV habíase llegado al fin del siglo XVIII, en que la religión había sido herida por el soplo impuro é irónico de la mala filosofía. La revolución de 1793 vino á lanzar á la Virgen de sus altares, y á Dios de sus templos. Se dió orden de cerrar las iglesias y destruir cuanto tuviese alguna apariencia de simulacro cristiano. ¡Ay! fué un triste espectáculo el ver caer los calvarios y mutilar las Madonas, que se abrigan púdicamente bajo los verdes follajes de los bosques. En la Baja-Bretaña, sobre todo, fué donde la devastación tuvo en que ejercitarse. "Podriase asegurar sin exageración, dice M. Emilio Souvestre en su interesante obra sobre los bretones, que algunos parajes de nuestros caminos de travesía están empedrados con santos; aquel es un empedrado completo de cabezas, de cuerpos y de miembros cristianos." Aquellos días están llenos de grandes profanaciones, pero también de nobles rasgos de una consagración digna de los tiempos antiguos. La Bretaña, más que ninguna otra parte, ofreció una resistencia pasiva, ínfima y tenaz que llegó á fatigar á la misma persecución; pero ella no cedió ni á la cólera ni al miedo. Al pasar cerca de los nichos viudos ya de sus Madonas, el primer breton se quitaba triste y piadosamente su gorro de grandes borlas, y seguía su camino rezando el *Ave Maria*. El domingo sentábase con su familia delante de su puerta, y allí permanecía en un profundo silencio, con los ojos clavados sobre la iglesia de su aldea, (2) en donde tantas veces había invocado á Jesús y María. "Yo haré derribar vuestros campanarios, decía Juan-Ban Saint-André al corregi-

dor de una aldea, á fin de que no tengais objeto que os recuerde vuestras supersticiones de otro tiempo."—"Pero estais obligado á dejarnos las estrellas, respondió el paisano, que se ven de mas lejos que nuestro campanario." Su devoción sin alturas tenía alguna cosa de exaltada, de melancólica que se aurraba simpáticamente en las ruinas religiosas, con las cuales estaban cubiertas las campanas. La Virgen que había desaparecido de sus iglesias campestres, se había refugiado bajo sus techos de paja, y leíase bajo sus estatuas de barro, cien veces mas respetadas que los penates de los antiguos: "Santa Madre de Dios, sed la protección de esta morada." Y quién sabe lo que hubiera sucedido, si un azul hubiese osado romper esta imagen colocada á la sombra del hogar doméstico, porque allí, bajo las cortinas de sarga verde del arrendador breton, había siempre una vieja carabina, y si la Bretaña es el país de los sentimientos religiosos, también lo es de los profundos y eternos rencores. Aun queda un poco del moho celtico sobre el oro de las virtudes de estas buenas gentes; este pueblo es, el solo de la cristiandad á quien se le haya ocurrido asociar el nombre de la Virgen misericordiosa á un pensamiento de venganza, y elevar santuarios bajo el título extraño y mas verídico que cristiano de *Nuestra Señora del Odio*. (3)

Las peregrinaciones á la Virgen santísima no concluyeron en Bretaña bajo el reinado del Terror, solo se revistieron de formas galanas. Tenian lugar de noche á través de tierras desiertas donde los *merhers* y las hayas del Dios *sin nombre* vestían con grandes fantasmas el luto de sus pardos musgos. Cada peregrino llevaba en la mano derecha un rosario y en la izquierda una antorcha, y todas estas figuras pálidas y medio veladas con sus largos cabellos, ó bandas caídas de sus gorras blancas, pasaban lentamente entre los matorrales salmodeando un cántico á la Virgen. Algunas veces una columna republicana emboscada al borde de un soto ó tras un vallado de espinos ó castaños, que se prolongaban sobre un camino ahondado, hacía fuego sobre la rústica procesion. El paisano breton no por eso dejaba volver algun día después á sus peligrosas devociones. En alguna provincia vecina los aldeanos que á la luz de una noche estrellada iban á orar á Dios y á nuestra Señora al fondo

de alguna quebrada lejana, atravesaban las aldeas ocupadas por soldados azules cantando á la Virgen himnos que iban puestos en aires republicanos.

Durante aquel tiempo las iglesias de las ciudades eran entregadas al pillaje. Robábase el oro, la plata, el hierro, las rejas, los mármoles, las entabladuras; arrancábanse las obras de arte que decoraban los muros, desgarrábanse los cuadros, y obreros pagados á gran precio estaban encargados de hacer desaparecer las esculturas de las murallas y de las bóvedas; hacíanse bajar las campanas para convertirlas en moneda, y esta fabricación patriótica costó al Estado, según su misma confesión, veinte millones. (4)

“Insensatos! dice Laharpe levantando sus palabras atrevidas y mordaces contra los ejecutores de aquellas sacrílegas devastaciones, insensatos! ¿está acaso la creencia grabada sobre las murallas? ¿está acaso escrita la religión sobre los cuadros? No, ella está en los corazones á donde no podéis llegar, en las conciencias que os condenan, en el espectáculo del universo que habla á todos los hombres, en el cielo que os juzgará. ¡Destruidores imbéciles! habreis cantado victoria; ¿dónde se encuentra hoy ese triunfo? Temblais de rabia cada día al ver la afluencia que llena nuestros templos: no son ya ricos, pero son siempre sagrados; están desnudos, pero llenos. La pompa ha desaparecido, pero el culto ha quedado; ya no se huellan los mármoles y los preciosos tapices, pero prósternase en los escombros y se lleva sobre las ruinas.”

El bello cántico á María “yo pongo mi confianza, oh Virgen! en vuestro socorro” era el canto del cadalso. En 1792 dos carretas llenas de pobres mujeres realistas, que caminaban á la guillotina, pararon al frente de un banquete cívico, servido por lo más selecto del Terror. La señora de Montmorency-Laval, venerada por su virtud y respetable por su bello nombre, tan antiguo é ilustre en Francia, iba encima de estas carretas con las manos atadas tras de la espalda, con seis de sus religiosas, porque era abadesa de las carmelitas de Montmartre, una orden religiosa fundada en Oriente bajo el patronato de María, como ya lo hemos dicho en otra parte. Estas santas hijas de la Virgen á quienes la tempestad revolucionaria había arrojado sobre

las alas tormentosas del mundo para perecer allí, cantaban el himno de los vencedores, el cántico de su patrona, ni más ni menos que si estuvieran ocultas bajo sus velos en el coro de su bella iglesia. ¿No se podía dejar cantar en paz á las nobles mujeres que iban á morir?... No; la horrible calma de los miserables que deshonraron la república, estalla al oír este canto piadoso; una centena de tevanistas, ataviados de gorros rojos, se lanzan sobre las carretas sobre el palo levantado, gritando al mismo tiempo: “¡Silencio las beatas! que canten la *Marsellesa!*... ¿Que se obedezca al pueblo!... ¡Vamos! ¡a Marsellesa, al momento!” Las hijas de María como si no hubiesen oído aquellos gritos espantosos, continuaban sin embargo su dulce canto. Irritados con esa resistencia pasiva con la cual no contaban, aquellos feroces bandidos detienen, maldiciendo, los caballos, y se disponen á maltratar cobardemente á las pobres mujeres para quienes la muerte debe llegar dentro de pocos instantes; pero existe siempre tanta nobleza en el pueblo francés aun en los momentos mismos en que se encuentra descarriado, que otros republicanos acudieron gritando: “¡Muerte á los que quieren asesinar á las mujeres!” y empuñase entonces una lucha terrible al rededor de los carros. Un jóven patriota cuya cabeza está cubierta de un gorro frigio arranca el sable á uno de los gendarmes, y colocándose cerca de la carreta en que las carmelitas espantadas se apretaban al rededor de su venerable abadesa, para los golpes que le dirigia con tanto coraje como sangre fría; pero no obstante sus esfuerzos, uno de aquellos golpes ha llegado á una jóven religiosa que está herida en el pecho de un sablazo. Su vida se acababa con la sangre, que corria á borbotones sobre sus oscuros vestidos, y la palidez de la muerte se extiende ya sobre su dulce y paciente rostro. “Santa que vas á subir al cielo, gritó una mujer del pueblo atrodillándose delante de la religiosa que espiraba, bendecidme.—Bendita seas, respondió la hija del Carmelo con una voz desfallecida, y vos que nos habeis defendido en el camino de la muerte, continuó presentándole su rosario de una riqueza verdaderamente aristocrática al republicano enternecido, aceptad este don de mi reconocimiento...”

Las carretas se pusieron en marcha otra vez, y los canios si-

guieron... Cuando cesaron, todos los corazones de aquellas desgraciadas mujeres habian dejado de latir, y María habia recibido en su seno á sus fieles servidoras.

La revolucion arrastró en su torbellino las órdenes religiosas consagradas á María, de la misma manera que el viento de la tempestad arrebató las plantas útiles: el de los carnelitas dejó tras sí algo parecido al perfume de la rosa muerta y derrotada; es el agua bienhechora y balsámica que lleva su nombre.

De setecientos mil edificios que cubrian el suelo de la Francia, en cada uno de los cuales habia un altar de la Virgen santísima, quedan apenas dos mil iglesias dignas de la atención del anticuario y del artista; las otras quemadas, compradas, robadas, destruidas, convertidas en hornos para cal, presentarán apenas algunos restos miserables, mantiales de largos é inútiles pesares! "Ved, pues, exclama M. Julio Jarin con generosa indignación; ved á qué ruinas incompletas se ha consagrado tanto dinero, tanta paciencia y tanto genio!... Se ha deshonrado á las ciudades. Privadas de estas obras maestras, ¿á qué se parece una reunion de hombres? aquello no es una ciudad, sino un hormiguero. Tambien se ha deshonrado al paisaje, que tanto partido sacaba de esas agujas, de esos campanarios, de todas aquellas altas murallas; lo que no han podido destruir lo han manchado á su placer. De las mas nobles torres góticas se han hecho almacenes, las mas correctas iglesias ojivales se han convertido en caballerizas... Aquella época fabulosa fué tan perversa y tan infinita en su genio de aniquilamiento universal, que apenas se le puede comprender. (5)

El culto de María atetargado por algun tiempo en Francia, se despertó muy pronto y tomó de nuevo su imperio consolador sobre las almas. Napoleon, fiel á sus impresiones de la infancia, escogia el día de la Asuncion para su propia fiesta patronal, y la instituyó en la solemnidad mas grande del imperio; muy pronto reaparecieron las procesiones, las cruces, las blancas banderas y los cantos sagrados en esas bellas catedrales góticas de María, cuyos muros desnudos y altares empobrecidos recordaban la Iglesia primitiva, mientras que sus brillantes peristilos, sus frágiles columnillas, sus torres fieramente levantadas hasta las nubes,regonaban la época creyente y caballeresca

de los tiempos de la fe. Todo lo que habia sufrido, todo lo que habia gemido, cuanto habia temblado, en fin, bajo el espantoso reinado del Terror, vino á arodillarse á los pies de María; la reacción religiosa fué enérgica, inmensa, y se hizo sentir en las ciudades y en las aldeas. La Virgen tuvo de nuevo altares campestres en el fondo de los bosques. Sus santuarios, donde no se habia oido por largo tiempo sino el canto de los pájaros ó el zumbido de la abeja revoloteando sobre las pálidas rosas del matutal, resonaron otra vez con los cánticos de los peregrinos. Dícese un paso de gigante en la devocion de la Inmaculada Concepcion, y la Francia entera consagró á la Virgen el mes de las flores, al cual piadosa y prácticamente se habia dado el nombre de mes de María. Las clases mas altas dieron el ejemplo de la devocion á la Virgen; los descendientes de los caballeros sin miedo y de los poderosos barones que en otro tiempo le elevaron tantas capillas y monasterios, la honraron otra vez como en el antiguo y buen tiempo. La piadosa y noble reina María Amalia dió ejemplo.

En Francia, la devocion á María no solo es tierna, sino tambien respetuosa; el francés ve siempre en el cielo á la Virgen santísima, y la honra en consecuencia. En Italia el culto de la Madona tiene algo de mas fervoroso y al mismo tiempo mas familiar. El italiano tiene á la vista desde la cuna imágenes graciosas que le recuerdan los actos de bondad y de misericordia de María. Ella es la protectora de la infancia, el sueño del adolescente, la última esperanza del pecador; por todas partes las fiestas religiosas elevan su pensamiento cual se eleva la rosa de la niña por entre las aguas profundas; el ardiente italiano la ve en todas partes, la bendice con todo su corazon, y cuando su oracion no es escuchada, lejos de culpar á María, dice golpeándose el pecho: "Es culpa mia! la Madona no me ha escuchado porque soy un grande pecador." Admirable fe aquella ciertamente! fe cristiana sobre todo, porque en iguales ocasiones los paganos arrastraban á sus dioses por el lodo.

La devocion á la Virgen que produjo en la edad media el *Duomo* de Pisa, aquella bella catedral de María, cuyas puertas de bronce, trabajadas segun los diseños de Juan de Boloña, representan los principales pasajes de la vida de nuestro Señor y de

la Virgen santísima; Nuestra Señora de las Flores, la suntuosa metrópoli de Florencia, que se asemeja á una montaña de mármol de diversos colores tallada en forma de una cruz latina, y tantas obras maestras de grande estilo; aquella devoción, decimos, es tan fervorosa aun como en esa época la mas ilustre de la Italia moderna.

Al desembarcar en Génova, esa ciudad que lleva tan legítimamente el título de soberbia, y que parece haber sido fabricada, dice madama Huel, por una asamblea de reyes, la primera cosa que llama la atención es la devoción del pueblo genovés á la Virgen. En cada ángulo de aquellas calles formadas de palacios, llenas de innumerables hombres del pueblo con sus trajes pintorescos y de mujeres con sus largos velos blancos, se levanta una graciosa Madona esculpida ó pintada que ampara á todo el cuartel; durante el día está embalsamada con los perfumes penetrantes del mirto ó del jazmín, y en la noche se halla iluminada por una lámpara, al mismo tiempo que grupos numerosos se arrodillan á sus pies para rezar las letanías. Es siempre el mismo tiempo en que Andrea Doria rezaba sobre sus galerías el oficio de la Virgen, y puede leerse aun sobre las puertas de la majestuosa ciudad; *bitta di Maria*. Cuéntanse aun en aquella ciudad cincuenta oratorios consagrados á la Virgen Santísima.

Venecia, la reina destronada del Adriático, jamás echaba una barca al mar sin adornarla con la imagen de Santa María. Durante el cólera se refugió en el seno misericordioso de nuestra Señora de la Salud, á quien implora en las grandes calamidades con referencia á San Marcos mismo, su patron, y ofrecióle una soberbia lámpara de plata del peso de ciento seis libras con adornos de cinceladuras de plata sobredoradas. La bella iglesia de María donde se suspendía el *ex-voto*, debe su origen á un beneficio igual. Fabricóse en 1531 sobre el mismo lugar de una casa donde se había declarado la peste de la que la intercesion poderosa de la Madona había libertado á Venecia. En el centro de la cúpula luce esta inscripción de una sencillez noble y antigua: *Unde origo, inde solus*.

Nada es comparable á la veneracion que los toscanos tienen á la Madona; en los caminos, sobre los puentes, en las calles, en

las casas se encuentra siempre su dulce imagen sonriendo al transeunte que se descubre delante de ella, y creyéndose que toma parte en cada feliz acontecimiento del hogar doméstico. En cada fiesta de la Virgen los *cantodius* de las cercanías de la encantadora ciudad de Florencia descienden de las alturas plantadas de árboles frutales y regadas de los claros arroyuelos que la encierran como en un semicírculo, y conducen una mula elegantemente enjaezada, la cual cargan con cestas llenas de los mas hermosos racimos de pequeñas gavillas de espigas, de ramas de naranjo y de granado cuajados de frutos y de flores. Ataviados con sus vestidos de fiesta, atraviesan en procesion la ciudad y van á depositar sus frutos y sus flores al pié del altar de la Virgen.

Cuando el gran duque de Florencia, un soberano modelo, volvía á sus Estados después de la caída de Napoleón, su primer cuidado fué trasportarse á la iglesia de *Santa Maria della Nunziata*, donde un gentío inmenso va todos los dias á honrar muy devotamente una imagen de la Virgen, que se dice haber sido acabada por un ángel. En reconocimiento de su vuelta inesperada á sus Estados, el excelente principe hizo colgar en la capilla de María una lámpara del mas exquisito trabajo.

Roma no es menos devota á la Madona que Florencia. A cualquiera hora de la mañana ó de la tarde que se recorra la vasta ciudad de San Pedro, se encuentran siempre grupos de romanos arrodillados delante de la Madona, rogándole con una devoción y un fervor verdaderamente notables. En las calles, sobre las plazas públicas, en las casas, se ve su imagen, delante de la cual arden una ó muchas lámparas llenas del mas puro aceite. Tanto el pobre como el rico, todos se imponen este gasto, y tal vez se privarán del pan para poder subvenir á él. Es un espectáculo edificante á la vez que pintoresco, una de esas calles de Roma alumbradas por millares de lucernas, parecidas á las luciérnegas de un bosque, y resonando con la agresta música de los *pifferari* de la Calabria ó del Abruzzo. Estos músicos montañeses reúnen á todas horas una grande afluencia de fieles al pié de las Madonas, pero sobre todo en el Adviento, porque parecen querer introducir con sus aires rústicos la fiesta de los pastores, la santísima noche de Navidad.

El día de la Asuncion es cuando se revela sobre todo la ardiente devocion de los romanos á María. En aquel día se abandonan todas las iglesias por Santa María la Mayor, la iglesia real con muros de mármol de Paros. La villa deliciosa del roble, con su aire saludable y sus bellas sombras se abandona igualmente; á esta práctica *l'aria cattiva* á la vez que la fiebre reinan en Roma: ¿pero qué importa? la peste existirá, y sin embargo, todos miran. ¡Acaso la Madona no es mas poderosa para protegerlos que la peste para destruirlos! ¡Piadosa confianza! fué verdaderamente maravillosa en los tristes tiempos que alcanzamos! El pueblo romano está allí todo junto, en los lugares vecinos que conducen á la soberbia iglesia de María, y la fiesta se hace con la mayor espléndidez posible. Los hombres se visten con su pintoresco vestido de terciopelo azul; las mujeres se atavian con sus collares de coral, y bajo un gracioso tocado blanco recogen sus largos cabellos de un negro de ébano, prendiéndolos con una aguja de plata ó oro. Todas llevan enormes ramilletes de las mas bellas flores que vienen á ofrecer á la Madona. Aquel tropel inmenso de creyentes, aquel pueblo del que María es la reina absoluta, se arrodilla en la tierra abrasada que caldean los rayos devoradores del sol de Italia, ó se apoyan de pié contra las cascas que proyectan su sombra sobre esas plazas desiertas. Los italianos, nacidos bulliciosos y gesticuladores, aquellos hombres que parecen siempre servir de tipos para el pintor, olvidan en aquel instante sus costumbres; un solo cuidado los ocupa, ¡la oracion! y rezan con toda su alma, pues rezan con los ojos, con el gusto, con los labios, con el corazon, y se puede decir sin que sea exageracion, que vierten toda su alma á los piés de María.

Cuando el papa ha terminado el divino sacrificio y ha bendecido solemnemente á todo el pueblo arrodillado, las grandes puertas de la vasta iglesia ruedan lentamente sobre sus pozos de bronce, para dar paso á la muchedumbre, que la llena con dulces cantos, flores y perfumes. Llega la noche, se ilumina la ciudad y Roma entera rueda en las calles. Cada uno sin distincion, sin privilegio y con una fraternidad digna de la edad de oro, se agrupa al rededor de su propia Madona, de la Madona del cuartel, por la cual el príncipe romano deja su pala-

cio de mármol, el artesano su tienda y la niña el techo de sus padres; todos oran con tierno fervor. Las mujeres rezan el rosario, los hombres cantan las letanias. De vez en cuando una de aquellas hermosas voces italianas que parecen descender del cielo, entonan un cántico á María y todos callan para escuchar, pero aun aquel silencio es una oracion mental á la Virgen.

“Yo recordaré toda mi vida, dice un viajero moderno, la bella fiesta de la Natividad de la Virgen y la reunion del 8 de setiembre en la plaza Navona, donde circulaban de diez y ocho á veinte mil almas. La imagen de la Madona, magníficamente iluminada, presidia la alegría popular, y bien se conocia al ver por todas partes la decencia, la reserva, y como cierta especie de recogimiento. La vista de una numerosa familia sumisa á la autoridad paterna, puede solo dar la idea de igual compostura en medio de los regocijos públicos, cosa que aun era mas notable en el momento en que la multitud se retiraba en paz, despues de concluidos los fuegos artificiales: cualquiera como yo habria podido ver en esto una prueba de la sabiduría y de la mansedumbre del gobierno pontifical.”

En Nápoles, frente al mas bello mar y bajo el mas espléndido cielo del mundo, la devocion á la Virgen se extiende siempre con la frescura de un lirio que acaba de abrirse. Las fiestas de la Madona son fiestas populares llenas de abandono y alegría; sus iglesias en número de catorce en solo la ciudad de Nápoles, reúnen todo lo que la pintura, la arquitectura y la escultura han podido desplegar de lujo y de grandezza; las capillas de María, todas bellas y espléndidas, están adornadas de lapislázuli, de topacios, de jaspero y de otras piedras preciosas. En la iglesia de *Santa Maria Nuova*, la imagen milagrosa de la *Madona delle Grazie* está colocada bajo un dosel de plata cubierto todo de pedrería. Sobre el monte Paurlippo la iglesia de *Santa Maria Fortunata* ocupaba el antiguo templo de la Fortuna, donde el paganismo suspendia sus *ex-voto*. El monte Rullignano está coronado de una de las mas bellas iglesias napolitanas de María. Cinco arrabales de Nápoles llevan el nombre de la Virgen santísima. Los napolitanos le han consagrado el Vesubio, aquella bella montaña cuya base, podria compararse á los jardines de Armida, mientras su

cúspide se asemeja á una puerta abierta del infierno sobre un rincón desolado del caos. Cuando el cráter vomita sus grandes olas de ardiente lava y cuando toda la bahía se ilumina en medio de la profunda noche, como si el incendio final que producen las sibilas fuese á destruir á nuestro globo, el napolitano amenazado, se tranquiliza rogando á María, y los habitantes de las aldeas vecinas del volcan, corren delante de la lava con imágenes de la Madona, á quien oponen á sus destrucciones.

La Sicilia, así como la Cerdeña, es siempre una tierra esencialmente católica; el culto de María es honrado, sobre todo en Palermo y en Mesina. La bella catedral que los reyes de la raza normanda dedicaron á la Virgen santísima, existe siempre en aquella última ciudad; solamente el *campanile* y la aguja que superaba la gruesa torre apoyada contra el portal, han sido destruidos durante el famoso terremoto de 1753, y los sicilianos no han pensado en reedificarlos.

En el Piamonte y en Saboya nuestra Señora es religiosamente honrada. En 1669, el rey Carlos Emanuel declaró á la Madre de Dios la principal protectora de su casa y de sus Estados; aquella declaración ha sido continuamente renovada por los piadosos sucesores de este príncipe.

En España el culto de María ha sido universal y espléndido hasta fines del siglo XVIII. En la catedral de Toledo, colocada bajo la invocación de la Virgen santísima, admiraban todos la capilla de *Nuestra Señora del Sagrario*; las columnas y el pavimento eran de mármol, la forma era octógona; veíanse en los sagrarios vasos de oro enriquecidos de diamantes y de otras piedras de gran valor. La estatua de la Virgen santísima, que tenia en sus brazos un niño Jesús de doce pulgadas de alto, de oro macizo é incrustado de diamantes, era también de plata maciza y estaba sentada sobre un trono del mismo metal. La catedral de Sevilla tenia por su parte la célebre capilla de *Nuestra Señora de los Reyes*, fabricada por san Fernando, y cuya riqueza era tan inmensa, que pasaba por ser uno de los mas espléndidos santuarios del mundo. La capilla de la Presentación en Burgos era casi tan célebre. En Madrid, la iglesia de *Nuestra Señora de la Alameda* es una de las mas espléndidas de la

ciudad. Atribuyen á esta Madona el descubrimiento de una gran cantidad de trigo encontrado en el fondo de una torre por una casualidad enteramente providencial, en el momento en que la ciudad oprimida por el hambre estaba á punto de rendirse: el milagro está pintado al fresco en uno de los muros de la capilla de nuestra Señora; pero mucho dudamos que aun existan el altar y la balaustrada de plata maciza.

A un cuarto de legua de Madrid en el recinto de un vasto convento de dominicos, el que hoy sin duda se encuentra desierto como tantos otros, se veneraba la imagen milagrosa de nuestra Señora de Atocha, una madona negra á quien ordinariamente vestían de viuda, cosa que jamás se ha hecho en ninguna otra parte, al menos que lo sepamos nosotros; pero en los dias solemnes la adornaban con vestidos de reina sembrados de magníficas pedrerías. La capilla, lóbrega por su estructura, estaba alumbrada por cien lámparas de plata y oro macizo; los reyes católicos tenían allí su tribuna oculta por una reja de cristales, y allí en Nuestra Señora de Atocha, era donde se cantaba el *Te-Deum* de la victoria. Carlos III, rey de España, fundó una orden de caballería en honor de la Virgen santísima, á quien él declaró la *patrona universal de España é Indias*.

Hoy día el astro brillante del cristianismo oculta ligeramente en España su hermoso disco; pero la nube pasará y la Virgen santísima recobrará muy pronto sus derechos en aquella nación esencialmente religiosa y caballeresca, y como el doctor español que nos ha hecho el honor de traducir esta obra, creemos que la posteridad añadirá algunas páginas de oro á la historia española, en lo perteneciente al culto purísimo de María.

En Portugal, donde María es la reina desde los dias de Alfonso I, su culto es siempre nacional y florece cada día; ella es la madrina de nacimiento de todas las niñas y sus imágenes son veneradas en bellas y ricas capillas.

La Inglaterra, donde las sectas se asemejan á las cabezas de la hidra, comienza á volver sus ojos hácia el culto romano; numerosas iglesias católicas se levantan en todos los condados bajo el modesto título de capillas. No hace mucho que en Irlanda se encendían en las alturas hogueras de alegría para cele-



brar á la moda antigua un milagro obtenido mediante una novena á la Virgen; era la maravillosa libertad de O'Connell.

Los belgas son siempre el pueblo devoto de María, van en peregrinacion á sus santuarios y le consagran las mas bellas y encantadoras capillas de sus catedrales góticas.

Los tiroleses tapizan sus muros y sus casas con hechos sacados de la historia de la Virgen santísima.

La rica y tranquila Bohemia multiplica las imágenes de la Madre de Dios en los caminos y las ciudades. En las campiñas de trecho en trecho, una rústica capilla de María, á la vez lugar de oracion y parador de reposo, levanta su techo puntiagudo superado de una cruz, como para indicar al viajero que ella le ofrece un abrigo contra el sol ó la lluvia, y aquella invitacion es religiosamente escuchada.

El Austria con sus costumbres sencillas y puras, con sus gustos poéticos y religiosos, ha quedado fiel á María, y en ninguna parte las ceremonias sagradas de su culto tienen un carácter mas sério y mas tierno.

La Polonia es siempre el reino de la Virgen santísima, á quien los polacos desde 1655 invocan en sus letanías bajo el título de *Regina cali et Poloniae*. Los jóvenes poloneses cuelgan á su cuello la imagen de la Virgen; las madres las ponian tambien en otro tiempo al de sus valientes hijos, cuando salian para ir al combate. Las grandes damas tienen en sus aposentos un oratorio adornado con un retrato de la Virgen; y aquella fiera nobleza polonesa que eclipsaba en fausto á todas las cortes de Europa en las fiestas de Natividad, jamás dejaba de colocar en el lugar de honor de sus santuosos banquetes un manojito de paja en recuerdo de la profunda pobreza de Jesús y María en el establo de Belen.

Los lituaneses, que si se atiende al orden de fechas son los últimos hijos de María en Europa, pues que no se convirtieron sino hasta el siglo XV, le han permanecido fieles tambien, á pesar del protestantismo, que desde que ha hablado de suprimir el culto popular de María se ha estrellado á sus puertas. Ella es la que reemplaza hoy á la blanca Saulé, su divinidad favorita, aquella bella diosa del sol que segun las leyendas místicas de sus abuelos, cada mañana salia de su palacio oriental colocado so-

bre un carro de oro iluminado con mil antorchas de blanca cera para alumbrar el dia, teniendo por compañeros á *Vukazins* (la estrella de la noche) y á *Aursra*, la aurora. Las mujeres lituanieses fieles á las antiguas costumbres de su tierra natal, celebran aun bajo los auspicios de María sus fiestas favoritas de la vuelta de las flores y la conclusion de las mieses; y en el primer dia de la primavera, antes de la salida del sol, depositan sobre sobre sus altares las violetas que vienen á coger desde muy lejos; á ella es á quien invocan sentadas al rededor de la última yerba, mientras sus ágiles dedos tejen gerofélicos con flores, dándoles como en Oriente un pensamiento á cada hoja y un símbolo á cada planta. Aquel pueblo de Lituania, que ama apasionadamente los bosques, los campos y las bellas flores sobre todo, que cultiva al rededor aun de sus mas pobres cabañas, aman á la Virgen santísima mas aun que á todas esas cosas.

Los rusos, que siguen los ritos de la Iglesia griega, profesan la mas grande veneracion por la Virgen; á cualquiera distancia que aperciban su imagen, se prosternan muchas veces, y multiplican con extrema rapidéz la señal de la cruz. En Moscow una estatua de la Virgen á la cual se atribuyen milagros, decora una de las puertas del Kremlin; dos centinelas con la cabeza descubierta montan la guardia de dia y de noche, y el pueblo jamás deja de descubrirse respetuosamente al pasar cerca de aquella imagen.

El Czar se hacia coronar en otro tiempo en la bella catedral moscovita de la Asuncion, donde están depositados los cuerpos de los patriarcas rusos; el recinto del santuario estaba cubierto de planchas de plata y oro; los vasos sagrados y los vestidos episcopales de esta catedral son aun de una riqueza inaudita; la imagen de la Virgen santísima colocada en un gran cuadro sobre el fondo dorado de aquella iglesia, la sacan en las procesiones en una soberbia carroza de cristales, como los carruajes que en otro tiempo servian para la coronacion de los reyes de Francia. Cuatro caballos soberbiamente enjaezados arrastran con un paso lento y solemne este moderno carro triunfal.

Los griegos, aunque oismáticos, tienen siempre el mismo respeto por la *Panagia*; Morca tiene muchos, y muy bellos con-

ventos dedicados á María; el mas célebre es el de la Asuncion sobre el monte Cileno. A algunas jornadas de la célebre cascada de la Stixis, que lleva hoy el dia nombre de Mawonero. Este convento, que posee desde el siglo VIII una imágen milagrosa de María, obsequiada por una princesa imperial de Constantinopla nombrada Eufrosina, está fabricada enteramente de una grande caverna de ciento veinte piés de elevacion con otros tantos de largo. Un sendero estrecho y rápido trazado sobre el flanco de la montaña, conduce á la entrada de aquel convento, que tiene, como los castillos antiguos, una puerta con un ristre de hierro, defendida además por una muralla lateral, pasada con numerosas y agudas pans y guarnecida con cuatro piezas de artillería. Este estrecho sendero tan fácil de interceptarse, y en el cual los torrentes de agua hacen cada invierno enormes zanjas, es el solo camino que conduce al monasterio de María, siendo de esta manera inexpugnable aquel santo asilo donde la Panagia es invocada desde hace muchos siglos por los helenos. En la última guerra de la independencia el célebre Ibrahim procuró apoderarse de él, pero en vano. Los trescientos religiosos que le habitaban, se hicieron soldados por necesidad, y supieron defender con valor el santuario secular de su patrona capital. Las costumbres de esos *coloyers*, como les llaman los musulmanes, son sencillas y puras como en el tiempo de su antigua fundacion; gozan de una independencia completa, son laboriosos, fuertes y siempre dignos siervos de la Virgen misericordiosa, han tendido siempre una mano caritativa á todo el que se encuentra oprimido por la desgracia ó el sufrimiento. En el siglo XIV los monges de la Tesalia y de la Fócida encontraron un asilo en el convento de la Asuncion, en el momento mismo en que perseguidos por los turcos, huían sin esperanza de volver al suelo querido de su patria. En el XVII, los pobres religiosos que escaparon á las matanzas de Constantinopla se refugiaron en este convento. En fin, en el siglo XVIII, cuando la guerra devastadora que siguió á la insurreccion de la Morena, habia destruido todo el rededor de ellos; solo su comportamiento, enteramente cristiano hacía los turcos de Calavrita, á sus oraciones y al abandono de una parte de sus riquezas, solo á costa de estos sacrificios se pudo arrancar

á la apostasia ó á la muerte una gran parte de griegos de la Acaya.

Los kleptos, esos bravos montañeses, que tan valientemente y por tan largo tiempo han tenido á raya á los turcos, no son menos devotos á la Panagia que los habitantes de la Morena. Durante siglos y siglos no han tenido otros lugares de oracion que algunas capillas arruinadas, que se suponian habitadas por los vampiros, ó algun oratorio construido en la roca misma bajo la proteccion de la Virgen. Al romper el alba se les veia algunas veces trepar las altas montañas con su puñal encorvado á la cintura y su largo fusil colocado en banda sobre la espalda para ir á misa ó simplemente para ir á rogar en alguna capilla extraviada, que se desplomaba sobre precipicios espantosos, cuya vista tan solo habria dado pavor á un soldado turco. Allí era donde se iba á colgar el *ex-voto* prometido á la Panagia en el momento del peligro, y siempre religiosamente entregado. Aquellas ofrendas generalmente eran efectos preciosos conquistados de los musulmanes con el plomo y con el hierro ó inspiraban el respeto mas religioso; la pública devocion los guardaba, y jamás un klepto, por grande que fuese su necesidad ó su miseria, habria tenido ni siquiera el pensamiento de robar uno de esos objetos consagrados. M. de Touqueville en su viaje á Grecia, cita el hecho de un jefe de banda que habiendo robado cierto *ex-voto* de una capilla dedicada á la Virgen cerca de Vanitza, fué entregado por sus mismos pollicares á Ali-Pachá, por cuyo mandato fué ahorcado. La devocion de los peregrinajes lejanos, tan difícil como era para hombres colocados en la posicion de los kleptos, no les era por eso desconocida. A la edad de sesenta años el famoso partidario Bhechavis partió á pié pura Jerusalem con el mosquete sobre los hombros, seguido de su *protopallikare* (ayuda de campo) y murió en los santos lugares, que parecian las tumbas de Cristo y de la Virgen (6) como parecia haberlo deseado.

El monte Athos, llamado por los griegos modernos *Agion Oros* (montaña Santa) pertenece siempre á María como en los primeros tiempos de los Césares de Bisancio.

Las islas del Bósforo y del Archipiélago encierran numero-

sos conventos de María, aunque pobres; las campanas de estos monasterios del rito griego están suspendidas al viejo tronco de algun ciprés de prodigioso grosor, que cual un fastama se levanta cerca de alguna iglesia ó cementerio. En Scia la mas bella isla de aquellos mares, casi toda la poblacion era católica. Tratada dulcemente, gracias á la poderosa proteccion de la sultana favorita, la encantadora isla habia guardado su religion, su alegría y sus bellos sombras. Acogíase allí al extranjero ofreciéndole ramas cargadas de frutas, y cuando se alejaba se le obsequiaba con flores como recuerdo de hospitalidad. Nada igualaba la pompa de sus fiestas; tenia sus arcontes católicos, como los tuvo en otro tiempo Atenas; sus hijas eran bellas y puras como la sonrisa de María, su *Panagia* idolatrada. La revolucion estalló, y toda aquella alegría, toda aquella paz concluyeron con una horrible matanza. Trescientos jóvenes, las mas hermosas de la isla, fueron degolladas sin piedad por los feroces soldados osmanlies á la orilla de su brillante mar. Ellas cayeron unas tras otras, con las manos juntas y los ojos levantados al cielo invocando á la Virgen, quien las vengó mas tarde, porque el tigre que habia mandado aquellas atroces ejecuciones, Ali-Pachá abasado él y su navio por el intrépido Canaás, vino á morir poco después sobre la ribera misma que él habia inundado de sangre, y el vencedor dió solemnes gracias á la Virgen por su victoria.

En la Anatolia y las islas que la cercan; en Chipre, en Tenedos, la raza griega ha tenido en toda su fuerza el culto de María. Mahoma ha triunfado en las ciudades; pero en las cimas de los montes y en la region de los mublados, se enarbola la sagrada bandera de la *Panagia* sobre los altos monasterios. Algunos helenos han olvidado la lengua de Demóstenes y de Isócrates, pero no el Evangelio, pero no la devocion á María, y rezan en turco el simbolo de su fe y la salutación del ángel. (7) Allí, en lugar de las iluminaciones de Courban-Bairam, se hacen fuegos de alegría á los cuales se ha dado el nombre adoptivo de hijos de la Virgen, y á la fiesta de Mahoma la fiesta de nuestra Señora del Monte Olimpo.

Los georgianos, que llevan en su estandarte la imagen de San Jorge, y que solos, gracias á su indomable coraje, entra-

ron hácia la edad media en Jerusalem con banderas desplegadas, para concluir sus devociones, sin pagar el tributo impuesto á los otros cristianos; (8) los georgianos son siempre los fieles súbditos de la Virgen sagrada, la reina celestial de su patria montañesa; los picos mas elevados están coronados entre ellos con una iglesia ó una capilla de María, pero colocada á tanta altura que ni aun ellos mismos pueden subir en todo tiempo, y se ven forzados, dice Chardin, á saludarla tan solo profundamente desde el fondo de sus valles, cosa que jamás dejan de hacer.

El habitante de Mingrelia, que duerme con la cabeza apoyada sobre su carabina y la cimitarra al lado, va á venerar en sus iglesias las reliquias de la Virgen santísima, que se guardan allí con profundo respeto desde los primeros siglos del cristianismo.

La Armenia, enclavada en medio de poblaciones musulmanas, tanto se ha doblegado ante el baron como en presencia del Zend-Avesta y ha quedado casi lo mismo que estaba en el siglo V poco después de las guerras santas; tan no lo ha hecho, que está dividido en dos campos, de los cuales el uno profesa el cristianismo con Roma y el otro con Nestorio; pero en una y otra parte la Virgen es religiosamente venerada. Todo armenio ayuna quince dias antes de la fiesta de la Asuncion, introducida antiguamente en las legiones del Cáucaso; y como este pueblo ha conservado de los judíos los sacrificios de los animales, apenas se encontrará en aquel dia ninguna buena familia armenia que no sacrifique un cordero en honor de María.

El Líbano, aquella hermosa montaña de cien leguas de circuito, cuya base occidental baña el Mediterráneo, mientras que la Palestina las limita al Mediodia, está toda poblada de católicos. Sobre una de sus llanuras elevadas está la aldea del Eden, llena de limpidas aguas, de frescas sombras, y dominándola una iglesia arzobispal: en esta iglesia existe un altar elevado á María, y á la derecha de aquel altar es donde nace de una manera tan maravillosa el Nakar-Rossena (*rio principal*), que descendiendo de una inmensa roca erizada de cipreses. El Nakar-Kadisha (*rio santo*), el hijo de las eternas nieves, que vió en otro tiempo sobre sus orillas á tantos solitarios ocupados en

reproducir en cedro la imagen de María, se precipita siempre de las mas grandes alturas en sabanas espumantes, y conserva el nombre que recibia de la piedad de los ermitaños de sus rocas, desde los primeros siglos de la Iglesia. A una hora de camino del lugar donde el rio santo reúne sus aguas rápidas y bulliciosas, se levanta Tiro, la antigua dominadora de los mares; su célebre catedral de Nuestra Señora, destruida durante las últimas guerras de las cruzadas y poco tiempo después de su reedificación no son ya sino ruinas magnificas cuyas grandes bóvedas e inmensos arcos se diseñan sobre el brillante azul del cielo de Siria, en donde se oye como un quejido profético el ruido monótono y lejano de las olas; pero en una iglesia menos visible, las cuatrocientas ó quinientas familias católicas que pueblan á Tiro invocan siempre con fervor á María. La linda ciudad de Nazareth, á donde se llega por una encantadora alameda de olivos, está tambien poblada de católicos su iglesia de tres naves, fabricada por el modelo de la de Santa Elena, está siempre llena de peregrinos y de fieles que van á orar allí. Por todos los muros se encuentra no solo el dulce nombre de María, sino tambien sus imágenes, á las cuales la piedad de los cristianos de Oriente se complace en adornar con las flores mas bellas.

La Jerusalem moderna, cuya poblacion parece formada de los restos de los pueblos, que ve en su seno la sinagoga judía, al lado de la mezquita musulmana y de la iglesia cristiana, no está, el cielo sea loado desprovista de altares á María; la descendiente de los reyes de Judá es invocada aun de rodillas en la capital del santo rey David, y todas las diferencias religiosas se borran al pié de la tumba donde el armenio, el georgiano, el árabe, el turco y el cristiano de Occidente se reúnen y donde del mismo modo se ve rogar á las márgenes turcas bajo sus velos; mientras que un caloyer griego, vierte gotas de rica esencia de rosa sobre las cabezas de aquellos que vienen á honrar á María.

La veneracion que en el Levante se tributa á la Virgen, ha dejado muy atrás hasta la de los mismos infieles. Los turcos y los persas, que la ruegan del modo mas honroso, la tienen por la mujer mas pura y mas perfecta que ha existido jamás. Tam-

bien se les ha visto continuamente ofrecer lámparas consagradas delante de sus imágenes, traer á las iglesias sus niños enfermos, rogar devotamente sobre su tumba, y lo que es mas extraño todavia entre los adoradores de Alah, fabricarle templos ellos mismos. (9)

En Abisinia el culto de la Virgen santísima es siempre tan popular como en los tiempos pasados; las iglesias que llevan su nombre oriental de *Mariam*, se encuentran en gran número en las ciudades, en lo alto de las montañas y sobre las orillas de los rios; están cubiertas de rastrojo, rodeadas de una galería exterior y superadas de una cruz de hierro, cuyos brazos numerosos están adornados con huevos de avestruz, un cementerio, que es un asilo inviolable los rodea, y están magnificamente sembradas por sabinos y alcós gigantescos. En el interior se ven adornados los muros de brillantes frescos que representan á la Virgen, san Miguel ó san Jorge, uno de los santos mas populares del Oriente; el pavimento está algunas veces cubierto de tapices de Persia que los musulmanes traen de Massaouh y que venden carísimo á los cristianos. Generalmente hay una galería al rededor de estas iglesias, y en el centro se encuentra un santuario cuadrado, cuyo acceso no es permitido sino á los sacerdotes; allí es donde se coloca el ara santa que encierra el pan y el vino destinados a la comunión. La veneracion que los abisinios tienen á la Virgen es tan grande, que segun ellos el mundo ha sido creado por ella y para ella; hacen preceder la fiesta de la Asuncion de un ayuno de quince dias como los coptos y los sirios; sus reyes se titulan *hijos de la mano de Mariam* (María) y muchos de entre ellos toman su nombre. En fin viajeros que han recoocido la Abisinia en 1837, nos dicen que los abisinios cuando piden una gracia ó hacen una invitacion, es siempre en el nombre de María; ellos no juran sino por María (*bé Marianca*), y siempre tienen su nombre en los labios.

Esta devocion ardiente de los abisinios á la Madre de Dios, ha dejenrado algunas veces en verdaderos actos de fanatismo. En 1714 cuando los misioneros alemanes de la orden de San Francisco, enviados por el papa Clemente XI, probaron de traerlos á la unidad de la fe, los monges cismáticos traspasaron

los límites, haciendo circular el rumor de que aquellos religiosos de Europa eran enemigos declarados de la Virgen santísima. Esa mentira tuvo consecuencias espantosas; el pueblo se revolucionó, el emperador, que protegía á los misioneros, fué envenenado, y los padres Liberat, Veis, Pié de Zerbe y Samuel Bienco fueron apedreados por un populacho enfurecido. Un monge etíope arrojó la primera piedra gritando: "Maldito y excomulgado será de la Virgen santísima el que no arroje cinco piedras á sus enemigos!" Ay, aquellos pobres franciscanos fueron, por tanto, los mártires que la Virgen tuvo en el mundo!

Hoy día el culto de María se extiende en las Indias paso á paso. El rosario se reza entre los indios desde las costas del Malabar, entre los chinos, los siameses, los pueblos de Tonquin y de la Cochiuchina; este es el solo libro de oraciones que poseen aquellos católicos de países tan lejanos, y esta es la primera cosa que piden al percibir algún sacerdote de Europa (10) Las iglesias de las Indias llevan comunmente el nombre de María; la de la Natividad de la Virgen en Pondichery es una de las más notables. Se ha fundado en esta iglesia del Malabar una novena que es la causa de un gran número de conversiones en un país, en que las conversiones son tan difíciles, y se empieza con una procesion hecha de noche con mucha pompa. Dos altares que los fieles del Malabar adornan con cajas de flores y musolinas bordadas de oro, reciben á su turno bajo los globos de fuego que los iluminan, la santa imagen de María llevada sobre un carro triunfal. La procesion desfila con lentitud al sonido de una música ruidosa entre dos líneas de antorchas. En cada uno de los altares de descanso cesan todos los ruidos, y una voz infantil canta las alabanzas de la santa Madre de nuestro Señor, después de lo cual la imagen de la Virgen es solemnemente llevada á la iglesia y colocada sobre su altar magníficamente iluminado. (11)

La América meridional se distingue siempre por su devocion á María. El Brasil le ha fabricado iglesias modernas, donde le ha prodigado riquezas iguales á su poder. El Perú le dedicó desde el principio su magnífica catedral de Lima, bajo el título de la Asuncion, y construyó su pavimento de plata en lugar de mármol. Cuzco, la ciudad de los incas, ha consagrado á Ma-

ría su templo del Sol, cuyas murallas estaban cubiertas de espesas planchas de oro macizo y de extraordinarias dimensiones. Los dominicos, cuyo templo forma hoy día la iglesia abadial, habian erigido á María una capilla enteramente peruana por los brillantes materiales de que estaba adornada; baldosas de plata, altar de plata, estatus deslumbrante de oro, espléndidos ex-voto españoles y americanos, nada faltaba allí. María tuvo altares no menos ricos en el antiguo templo de Quilla (*la luna*), que los antiguos peruanos habian levantado de plata; en el de Yllapa (*el rayo*) y de Chasca (*la estrella de la tarde*). En Méjico, las catedrales y los altares dedicados á la Virgen son de una rara magnificencia. La catedral de la Asuncion en Méjico, empezada en el siglo XVI y terminada en el XVII, posee dos estatuas de la Virgen que exceden con mucho á cuanto la Europa puede ofrecer de más espléndido en este género. La primera es una nuestra Señora de la Asuncion de oro macizo incrustada de piedras preciosas y de un peso considerable; la segunda una Concepcion de plata maciza. La catedral de Puebla de los Angeles, dedicada á la Concepcion, tiene un grande altar de María que solo él vale tanto como un templo; el altar es de plata y está cercado de columnatas con plintos y capiteles de oro bruñido.

En Santo Domingo, bajo la dominacion francesa, todos los años hacíase pomposamente la procesion del voto de Luis XIII. Desde que se ha erigido la república de Haití, se ha relegado aquella costumbre; pero no la devocion á María, á quien los negros invocan siempre con una confianza sin límites. Los haitianos tienen dos peregrinaciones á la Virgen, el uno en la antigua parte española y el otro en la antigua parte francesa; comunmente va uno mandado por muchos; cuando un negro peregrino parte para el piadoso viaje, golpea á todas las puertas antes de ponerse en camino y recoge las ofrendas que cada uno envía á la Virgen. Los negros de distincion han llevado de África un uso pagano que han cristianizado en las Antillas; cuando ellos quieren asegurarse si poseen el afecto de sus esposos, llevan á la orilla de su mar resplandeciente con el sol una ligera tabla de las islas, toda pasada con canutos de caña, en los que colocan velas de cera blanca encendidas; después de haber invocado á María, colocan con minuciosas precauciones la pequeña,

jaugada sobre las olas de su pequeño golfo, y si se mantiene algun tiempo sobre las aguas sin sumergirse, bendicen á la Virgen persuadidos que pueden tranquilizar su corazon.

La numismática, que ha conservado la efigie de los soberanos perdidos para la historia, ha querido eternizar el recuerdo del culto de María. Entre casi todos los pueblos cristianos se han gravado medallas en honor de la Virgen y se ha colocado su imagen sobre monedas.

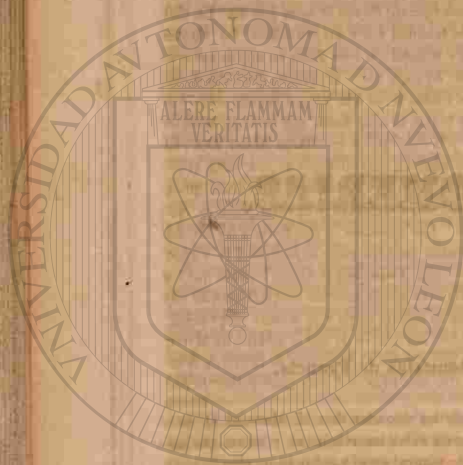
La emperatriz Teofania, que en 950 se desposó con Romano el jóven, es la primera que nos presenta la figura de la Virgen sobre las monedas. Ella está colocada sobre el reverso; su cabeza adornada de una aureola, lleva un velo, y sus dos manos están levantadas á la altura del pecho; al rededor se lee la inscripcion: Madre de Dios.

El segundo marido de esta princesa, Juan Zimisces, que subió al trono imperial en 960, hizo tambien grabar una medalla sobre la cual se veia por un lado la figura de Cristo, Emmanuel. Sobre el reverso está colocada la Virgen sentada sobre un trono y teniendo al niño Jesús sobre sus rodillas. Delante de ella están representados los tres magos llevando sus ofertas; encima de la Virgen hay una estrella y bajo sus piés dos palomas.

El primer emperador que colocó la imagen de la Virgen sobre sus monedas, fué el emperador Romano IV, llamado Diógeno, que subió al trono en el año de 1068. Vese sobre sus medallas á la Virgen teniendo sobre su pecho la cabeza del niño, tal como lo habia prescrito el concilio de Efeso. La Virgen lleva el vestido y el tocado de una emperatriz, al rededor de su cabeza están entrelazados á sus cabellos muchos hilos de perlas, y se ve su frente ceñida con la diadema imperial. Conserva la nimbo ó aureola, pero no tiene velo. Sobre el reverso de la medalla se lee esta inscripcion: *La Madre de Dios sea propicia al emperador Romano Diógeno*. Muchos emperadores pusieron aun la efigie de la Virgen sobre sus monedas; pero desde Juan Zimisces hasta la toma de Constantinopla no se encuentra ya la letra *M* sobre las monedas del Bajo Imperio.

No solo fueron los griegos los que dieron á María esta señal de respeto; muchos de los Estados modernos llevan aun sobre sus monedas la efigie de la Virgen santísima.

En los Estados del papa se ve sobre el nuevo escudo romano la imagen de la Virgen sobre un campo de plata, llevado sobre las nubes y teniendo en una mano las llaves y en la otra una arca con esta inscripcion: *Supra firmam petram*. La ciudad de Génova tiene tambien sobre sus genovinos, *La Virgen llevada sobre nubes* y teniendo al niño Jesús en uno de sus brazos; la inscripcion es: *Et rege eos*. El Austria tiene dos ducados de oro, sobre los cuales se ve á la Virgen llevada sobre nubes, teniendo en sus brazos al niño Jesús, que tiene en la mano el globo del mundo, y la inscripcion es: *Maria Mater Dei*. El mismo Estado tiene tambien maximilianos de oro, sobre el reverso de los cuales está la Virgen llevando al niño Jesús, quien tiene en sus manos el globo del mundo, y su inscripcion es: *Salus in te sperantibus*. Los carolinos, ó tres florines de oro del mismo imperio, presentan tambien sobre su reverso á la Virgen santísima llevando al niño Jesús, con la misma leyenda que los maximilianos. La Baviera acuña tambien maximilianos de oro y carolinos que llevan la misma efigie y la misma inscripcion. El Portugal pone sobre sus cruces de oro el nombre de María, *María*, superado de una corona de dos ramos de laurel; en el lado opuesto se encuentra una cruz con esta inscripcion: *In hoc signo vinces*.



## ROMERIAS.

### Romerías de Francia.

“LA devoción de las romerías, dice M. Michaud, (1) se ha tratado de fomentar en todas las religiones, y existe por otra parte un sentimiento natural en el hombre hacia ellas.”

Esta observación es tan justa como verdadera; todos los pueblos han tenido en efecto lugares consagrados á donde se han hecho un deber ir en ciertas épocas conmemorativa, para penetrarse más vivamente de los beneficios de la Divinidad, visitando los sitios que se han creído santificados ó por su presencia ó por sus milagros.

Las peregrinaciones son tan antiguas como las mismas sociedades; las del Oriente, como muy juiciosamente lo observa Boulanger se unen casi todas á los recuerdos del diluvio. En efecto estas romerías, cuya institución se pierde en la noche de los siglos, tienen generalmente por objeto las altas montañas, donde se formó el primer núcleo de las grandes naciones del Asia, que cual dos ríos descendieron de las entrañas pedregosas de sus montes. Los chinos, que se creen hijos de las montañas,

trepan de rodillas los flancos escarpados de Kicou-hou-chan; los tártaros orientales van á venerar el Chan-pa-ghan como el tronco de sus hordas, y asimismo algunos gentiles indos, el Pыр-пан-jal. Los japoneses emprenden al menos una vez en su vida la peligrosa romería de Ise, montaña de donde descendieron sus abuelos. Los apalacitas ó floridianos salvajes á la vuelta de cada estación van á sacrificar sobre el monte Olami, para dar gracias al sol, que salvó, dicen ellos, á sus padres de un diluvio, etc. Estas romerías están fundadas sobre tradiciones corrompidas por los tiempos, pero históricas sin duda; allí se encuentran las huellas, se ven los efectos del pensamiento de profundo terror que se manifiesta en la llanura de Sennaar con la erección de la famosa torre de Babel. Los pueblos que existían después del diluvio, desalentados con la confusión de las lenguas y no pudiendo refugiarse por consiguiente en torres que subiesen hasta las nubes, se establecieron al manos sobre las altas montañas para garantizarse, si era posible, de los desastres fortuitos de un nuevo diluvio, y solo cuando faltó el pasto á los ganados y rehusó producir los frutos necesarios al sustento de las colonias nacientes, se les vió establecerse en las llanuras que generalmente continuaban en despreciar antes de descender á ellas; de allí viene el respeto de los orientales por sus montes sagrados, respeto que testifican por visitas anuales acompañadas de votos, de ofrendas y de oraciones.

Después de haber venerado la cima de los pueblos, se veneró el de los cultos; después los lugares que recuerdan grandes hechos, y últimamente los hombres que se ilustraron por hazañas heroicas ó religiosas. Así es como el pueblo judío conserva hace tantos siglos la tumba de Esther y Mardoqueo, donde todos los hebreos esparcidos por el Asia van en romería desde dos mil años atrás. Cosa extraña, que el sepulcro de dos desterrados conservado por el reconocimiento de algunos cautivos, haya sobrevivido al grande imperio de los asirios, y que él tan solo salvase del olvido las ruinas de Ecbatana!

El hombre es como la yedra; es necesario que él se apoye en alguna parte, es necesario que alguna cosa le sostenga para que tenga el valor de vivir. Cuando él no encuentra ni simpatía ni consuelo en medio de sus semejantes, invoca instintiva-

mente á los habitantes de un mundo mejor, y reclama de ellos aquellos socorros que la sociedad le rehusa, ó que no puede concederle. Nada prueba mejor esta inclinación del alma, que la conducta de los indios, oprimidos por los primeros vireyes portugueses; aquellos pueblos desarmados é inofensivos no encontrando protección ni apoyo entre los sucesores de Alfonso de Albuquerque, venían suplicantes á sentarse al pié de la tumba de este grande hombre, pidiendo al ilustre muerto acostado bajo el mármol monumental, aquella justicia que los vivientes no querían conceder ni á sus derechos ni á sus lágrimas.

El protestantismo, que descolora y pulveriza todo cuanto toca; ha querido abolir las piadosas visitas que los cristianos han hecho en todo tiempo á los lugares, que Cristo ha santificado por sus sufrimientos, ó que su madre ha hecho célebres por sus beneficios. Los turcos, enemigos furiosos de las imágenes, han encendido lámparas de oro delante de los altares de María; ¿pero qué protestante ha colocado una luz delante del Santo Sepulcro? ¿qué protestante ha orado junto al pesebre de Belen, donde rogaron Saladin y el califa Omar? Dicen que "no son sino supersticiones esas devociones locales; Dios está en todas partes;" ¿quién lo duda? .. Los católicos no necesitan que se les enseñe la primera pregunta de su catecismo, que aprenden desde niños; lo saben, sí, y sabían también quinientos años antes que existiera en el mundo un monge apóstata del nombre de Lutero, que Dios oía en todas partes la oración de las almas fieles, y que esas oraciones son igualmente bien recibidas en todas partes; pero ¿quién impide á Dios que quiera conceder algunas gracias á esos viejos santuarios, donde le plugo manifestar su poder por medio de prodigios? .. Existían en Judea una multitud de verdes y hermosos colinas, que habría podido designar David para el lugar de su templo, y sin embargo, escogió el sitio pedregoso de Areuna, el Jebuseen, porque allí había hecho Dios brillar en otro tiempo su misericordia; (2) y si se ha de dar crédito á una tradición encantadora que bajo la oscura tienda del árabe se ha conservado como una flor del desierto, era porque aquel lugar había sido santificado en otros días por un noble rasgo de amor paternal. (3) El hombre por naturaleza es tan imperfecto y tan inclinado al mal, que siempre tie-



ne alguna expiacion que hacer antes de acercarse al origen de toda santidad: cuando esa expiacion le parece proporcionada á su falta, experimenta una confianza mas íntima en el socorro del cielo, de allí la exaltacion generosa de los mártires, que esperaban en proporción de sus torturas: el peregrino obra desde luego bajo el mismo principio; él reúne la fatiga, las privaciones, las incomodidades del viaje á la oracion que viene á ofrecer, y espera en virtud de los sufrimientos que se impone, encontrar gracia delante del Dios mismo que tanto sufre; ¿y por qué entonces ha de ser vana esta esperanza?

El ilustre Robertson á quien no han cegado las mezquinas preocupaciones de su secta, confiesa francamente los beneficios, que debe la Europa á las peregrinaciones de ultramar. Los primeros frutos son la emancipacion de los comunes, la creacion del comercio y de la marina, la propagacion de las luces, la mejora de la agricultura y la introduccion de innumerables plantas, árboles y cereales que contribuyen hoy dia al consumo de los pueblos occidentales, y después la manumicion de los esclavos, para lo cual contribuyeron las romerías mas que ninguna otra cosa; porque el señor feudal que descalzó (4) se mezclaba á los peregrinos de todas condiciones que emprendian con él algun santo viaje, comprendia mas facilmente en sus horas de humildad y penitencia, que esos esclavos despreciados, á quienes la antigüedad colocaba en el rango de cosas, eran sin embargo sus hermanos delante de Dios, y cuando en algun antiguo santuario obtenia la gracia que habia ido á buscar tan lejos de su castillo, continuamente le venia el pensamiento de libertar á cierto número de sus vasallos en honor de Cristo, enemigo de la esclavitud, y de la bendita Virgen María, toda dulzura y misericordia. (5)

Las romerías que datan desde el diluvio, (6) que han sido recibidas entre los cristianos y que fortifican entre los católicos el sentimiento religioso, llenando el alma al mismo tiempo de emociones generosas y edificantes, (7) son, pues, á pesar de lo que dicen los protestantes, que no tienen ningun conocimiento del corazón humano, una cosa buena, laudable, útil y agradable á la Divinidad. Estas primeras prácticas se ven honradas desde los primeros tiempos de la Iglesia; María, las santas muje-

res y los apóstoles fueron los primeros peregrinos, y los creyentes de Europa y Asia marcharon al instante tras sus huellas.

“Todos corren aquí, dice San Gerónimo, que escribia en el siglo IV; Jerusalem está lleno de hombres de todas las naciones; todo galo de distincion viene aquí. El breton, separado de nuestro universo, si hace algun progreso en la religion, deja su sol pálido para buscar una tierra que no conoce sino por el nombre y el testimonio de las Escritores. ¿Qué necesidad hay de hablar de los armenios, de los persas, de los pueblos del Indo, de la Etiopía, del Egipto, tan fértil en solitarios, del Ponto, de la Capadocia, de una y otra Siria, de la Mesopotamia y de los enjambres de fieles que nos envia el Oriente? Según la profecía del Salvador, en el lugar mismo en que está el cadáver, allí se reunirán las águilas. Ellos vienen á estos lugares en tropel y nos edifican con el brillo de sus virtudes; su lengua es diferente, pero su religion es la misma. (8)”

Los musulmanes, que dicen con razon que el ir á visitar las tumbas de los muertos de *alma pura* es una práctica piadosa y eminentemente saludable, están arrodillados de continuo en los lugares á donde aquellos van en peregrinacion. Después de la toma de Jerusalem, el califa Omar quiso ir á Belen; entró en la iglesia, é hizo su oracion al pie del pesebre, donde nació el Señor Mesías (*Aisa Resoul*). Quiso además que los musulmanes no orasen sino el uno después del otro, temiendo que con la muchedumbre se originase algun desorden incompatible con la santidad del lugar, y prohibió el que se reuniesen por ningun otro motivo que el de la oracion; Saadi mismo es quien nos lo dice, y la tradicion de Jerusalem, añade que el mismo príncipe fué á orar á la tumba de María.

Además de los lugares de la redencion habia en la Tierra Santa otras famosas romerías; Nuestra Señora de Edessa en Mesopotamia, á donde venian en tropel los primeros cristianos; Nuestra Señora de Seydnai, donde un sultan de Damasco colocó una lámpara que ardia perpetuamente en reconocimiento de una gracia que habia obtenido por intercesion de la Virgen; Nuestra Señora de Belmet, á dos horas de marcha de Trípoli, y en fin, Nuestra Señora de Tortosa, cuyos milagros en la edad media resonaron en toda la cristiandad, y á cuyo lugar los musul-

manes mismos traían á veces sus hijos para bautizarlos, persuadidos como estaban que aquella ceremonia, gracias á la protección de la Virgen santísima, debía preservarlos de todo mal. (10)

En las memorias del señor de Joinville se lee, que habiendo vuelto de una romería á Nuestra Señora de *Tourtouze*, de donde él trajo algunas reliquias y camelotes, dieron estas lugar á una agradable equivocación. Habiendo llevado el mismo senescal las reliquias al rey envió á uno de sus oficiales con algunas piezas de bellas telas de Trípoli para la reina Margarita, á quien quería complacer. La reina, que sabía que el señor de Joinville estaba de vuelta y que traía algunas reliquias de Tortosa; al ver entrar en su aposento al caballero del senescal de Champagne con una pieza en la mano, fué á arrodillarse delante de él suponiendo que eran las reliquias en cuestión. El caballero portador del paquete, que ignoraba el motivo de la acción de la reina, se arrojó también mirando á Margarita sin saber que hablar. La princesa viéndole en aquella postura le mandó levantarse, añadiendo con piadosa bondad "que no le convenia arrodillarse teniendo el honor de llevar las santas reliquias.

—¿Qué reliquias, señora? preguntó el caballero enteramente asombrado; no traigo ninguna: esto es tan solo una pieza de camelote que el señor de Joinville os envía; á esto, la reina y los demás que le acompañaban se pusieron á reír, y dijo la reina al caballero, *mal día para vuestro señor, por haberme hecho arrodillar delante de sus camelotes.* (11)

Las romerías á la Madre de Dios no han perdido nada de su fervor en Asia, y los francos se asombran algunas veces de encontrar mujeres turcas orando devotamente en la tumba de la Virgen. (12) con las hijas de Sion, las ricas armenias, las griegas del país del otro lado del mar y las árabes católicas. El culto de la Virgen entre las naciones cristianas del Oriente, no es una de las cosas que menos llaman la atención de los viajeros; encuentran, sobre todo, digno de observación aquel culto que somete los destinos humanos al poder de una mujer en una tierra donde la mujer es tenida en tan poco. (13)

Entre los galos, las peregrinaciones precedieron con mucho al establecimiento del cristianismo. Una de las romerías mas frecuentadas de la Galia Occidental, era una gruta sombría con-

sagrada al dios Beleno, sobre la roca entonces rodeada de bosques, donde se levantan hoy en medio de arenas movedizas la fortaleza anfibia del monte San Miguel (14). Allí era donde los pilotos de la Armada iban á comprar á los druidas del monte *Belen* las flechas encantadas á las cuales atribuían localmente el poder de cambiar los vientos y disipar las tempestades. Cuando la montaña escarpada que fué el último baluarte del druidismo recibió una abadía cristiana, y cuando se le hubo consagrado solemnemente á san Miguel Arcángel, la gruta de Belen se transformó en una deliciosa capilla dedicada á la *Estrella de los mares*, á María protectora de los marítimos: esta capilla fué fabricada de guijáres bruñidos por las olas y arrojados por el océano; en el interior las paredes y la bóveda estaban adornadas de ramas de coral, de marmitas de ámbar y brillantes caracoles recogidos en todas las riberas y llevados por los pescadores marítimos: el altar era un trozo de roca al que le habían dejado la aspereza de un escollo, mientras que al pedestal se veían suspendidos como *ex voto* anclas de salvamento y cadenas de cautivos. Antes de la revolución era visitada esta capilla por largas procesiones de marineros libertados del naufragio, y aquellos hijos del océano con un fervor que no es raro entre ellos, entonaban con una voz roncá, como el ruido de las olas el *ave, maria stella*, de Fortunato, obispo de Poitiers, ó el gracioso *Salve regina*, que segun una vieja tradición que cuenta el padre Barry, los ángeles mismos cantaban al borde de los fuertes. Los reyes de Francia hasta Luis XV visitaron casi todos este santuario de María, y aun se pretendió que un antigua tradición conservada en los archivos de la abadía, amenazaba las más grandes destrucciones, hasta la tercera generación, á la posteridad del rey que se dispensara de hacer una romería á san Miguel y á nuestra Señora. Si la predicción existe realmente, ella se la verificado con bastante certeza.

Las romerías de Francia se presentan á nosotros cargadas de maravillas que nos ocultan su origen; habláremos como nuestros padres, que no han hablado sino demasiado bien. Las maravillas que la tradición nos ha legado de siglo en siglo, no son para nosotros, católicos de diferente especie, un artículo de fe y la crítica puede analizarlas sin herir á la Iglesia; entre tanto,

según nuestro parecer, no se ganaría gran cosa en desecharlas; dice muy bien el mozo á las grandes cadenas, la yadra á las antiguas abadías y lo maravilloso á las leyendas góticas.

Siguiendo las tradiciones lionesas apoyadas en una bula de Inocencio IV san Pothin erigió el primer oratorio en que se invocó á María en las Galias. Se supone que él llevó desde el fondo del Asia una pequeña estatua de la Virgen, que depositó en un subterráneo solitario y sombrío á orillas del Saona y frente á la colina de Fourvière. En este lugar agreste y solitario levantó un altar al verdadero Dios, y colocó la imagen, que fué trasportada mas tarde á un templo fabricado sobre la colina misma, de donde tomó el nombre de Nuestra Señora de Fourvière. La veneración de los fieles de la edad media rodeaba siempre esta iglesia, y era una romería de gran fama en todo el departamento de Lion; pero los calvinistas, que han destruido y robado tantos y tan ricos santuarios no concedieron gracia á los de Lion. La Iglesia de Fourvière, en la que desde el nacimiento del cristianismo cada generación habia señalado su paso con dones que serian hoy tan preciosos, tanto para el anticuario, como para el escultor y el pintor, como para el peregrino, no conserva sino sus cuatro muros desnudos, que no pudieron fundir en el crisol donde han desaparecido tantas obras maestras que tuvieron la desgracia de ser de oro ó de plata.

El cabildo de San Juan no soñó en reedificar la iglesia de Fourvière, sino mucho tiempo después de las revueltas de los protestantes, trabajándose entonces hasta que se restableció la catedral y el claustro. El altar de María fué consagrado al fin el 21 de agosto de 1586, y desde aquel momento la confianza de los habitantes se volvió hacia el faro de salud. "La fuente de los prodigios parecia agotada; dice un antiguo historiador; pero comenzaron de nuevo al fin del siglo VI y todo Lyon se estremeció de gozo. (15)

Durante la revolución de 1793, la iglesia de Fourvière fué vendida; pero cuando la calma se restableció, el celoso prelado que gobernaba la antigua iglesia de Pothin y de Irene, el santuario de María fué restablecido en su culto, habiéndose inaugurado el 19 de abril de 1805, por el soberano pontífice Pio VII. (16)

En 1832 y 1835, amenazado Lion por el cólera, levantó los

ojos hacia la santa montaña y la Virgen dijo á la plaga: "Tú no pasarás de ahí." La capital de Lion, respetada contra toda esperanza, cambió sus gritos de alarma en cánticos de gozo; oraciones y acciones de gracias fueron justas y solemnemente ofrecidas á María en su santuario protector.

Desde la feliz época en que este santuario ha sido vuelto al culto, la piedad parece haber redobrado el fervor por nuestra Señora, y en Fourvière es donde se verifica y se renueva. Los habitantes de Lion y de las campiñas vecinas se aglomeran sobre los senderos de la colina de María; á cualquiera que sea la hora en que se llegue, siempre se encuentra uno en medio de una piadosa muchedumbre de personas de todo rango, de toda edad y de toda condición. Uno de los dias de 1815 un peregrino poco común que habia comenzado por observar á Lion desde lo alto de la colina, como un hombre que quisiese estudiar el puente y su debilidad, se presentó en la iglesia de Nuestra Señora, y los fieles levantando un instante sus ojos bajos durante la oración, se dijeron interiormente: ¡El mariscal Suchet! y en efecto era él, el mariscal del imperio, el hijo de Lion, á quien se habia confiado la defensa de su ciudad natal, y que atravesaba en ese instante con lentos pasos la nave de la basílica de María á la vez que en su semblante respetuoso se mezclaba un no sé qué de dulce y de tierno, algo como el lejano recuerdo que despierta y arrulla el alma con una música invisible. Entró á la sacristía é hizo suplicar á uno de los capellanes que se dignase venir donde él estaba, y al instante apareció el vicepresidente. "Señor abad, dijo el mariscal adelantándose hacia el eclesiástico: cuando yo era niño, mi piadosa y buena madre me traía continuamente aquí á los pies de nuestra Señora, y este recuerdo lo tengo bien presente; diré mas, este recuerdo me ha sido siempre muy caro y jamás lo he olvidado; tened la bondad de hacer decir algunas misas por mi intención;" y después de haber colocado tres napeleones sobre la mesa donde se registraban las ofrendas, el brillante héroe de la época gigantesca, fué á arrodillarse piadosamente ante el altar de María, donde oró por algunos momentos con edificante piedad. El mariscal Suchet terminó tambien dignamente su noble y leal carrera, por lo cual fué alabado sobre su tumba.

La romería de Nuestra Señora de Puy, en Velay, pasa igualmente por una de las más antiguas de Francia. Dicese que durante la ocupación de la Galla por los romanos, una señora gala que san Jorge, obispo de Puy, había bautizado, encontrándose cercana á la muerte fué aconsejada que recobraría su salud sobre la cima del monte *Anitium* poco distante de su habitación: se hizo llevar con esta esperanza, y apenas estuvo sentada sobre la roca volcánica de Puy, (17) cuando un dulce sueño vino á adormir sus sentidos, entonces en medio de su sueño, vió á una mujer celestial, cuyos deslumbrantes vestidos flotaban como un diáfano vapor á la vez que una corona de piedras preciosas ceñía su frente: esta mujer, de una belleza arrobadora, estaba rodeada de un cortejo de espíritus angélicos. "Quién es esta señora?" preguntó la hija de los galos á uno de los espíritus bienaventurados, ¿quién es esta reina tan graciosa, tan noble y tan bella que viene á consolarme á mí pobre enferma, y en tan extrema aflicción? Es la Madre de Dios, respondió el ángel: ella ha elegido esta roca para ser invocada, y así te manda que lo pretendas á san Jorge su servidor: pero á fin de que no tomes la orden del cielo por un vano sueño, despiértate, mujer, ya estás buena. Al despertar la gala no tuvo en efecto ni languidez, ni fiebre: penetrada de reconocimiento, se apresuró á correr á donde estaba el obispo, y le contó de viva voz el mensaje del ángel.

Después de haber escuchado las órdenes de la que él veneraba más después de Dios, san Jorge se inclinó como si la Virgen misma le hubiese hablado, y seguido al instante por algunos servidores y acompañado de la gala convertida, fué á visitar la roca milagrosa: su asombro fué inexplicable al verla cubierta de nieve, aun cuando los calores de julio se hacían sentir en la llanura: cuando aun no había vuelto de su asombro, apareció un ciervo que se puso á correr sobre aquella nieve de hielo, trazando con sus ligeros piés la planta de un vasto edificio. El santo obispo caminando de sorpresa en sorpresa, hizo cerrar con un cercado el paraje que el ciervo había recorrido, y muy pronto se levantó una catedral en aquel lugar favorecido, al rededor de la cual se reunió la ciudad de Puy, que se tiene por inexpugnable, gracias á la protección de María.

La pequeña estatua de la Virgen que se viene á venerar desde el fondo de España y de todas las provincias del Mediodía de la Francia, data desde las cruzadas, tiene dos piés de alto y está sentada sobre una silla, á manera de las divindades del Egipto, llevando al Niño sobre sus rodillas. Lo que llama la atención, es que esta estatua está envuelta de los piés á la cabeza con bandas de una tela finísima encaladas sólida y muy cuidadosamente como se practica entre las momias egipcias, el estilo de esta estatua, la madera de cedro de que es hecha y las bandas que la cubren, han hecho presumir que es la obra de los solitarios del Líbano, que la han construido por el modelo de las estatuas egipcias. Esta imagen de nuestra Señora fué traída por san Luis á su vuelta de la Tierra Santa.

Los soberanos pontífices han alentado esta romería con su ejemplo y con sus beneficios, y muchos papas han venido cual simples peregrinos.

Los obispos de Puy recibieron grandes privilegios de la corte de Roma por consideraciones á nuestra Señora; entre otros la dependencia inmediata de la santa sede y el *Pallium*. Muchos reyes de Francia vinieron tambien á venerar á María sobre la montaña del *Anitium*. Carlos VII en 1422, que no era entonces sino delín, vino á encomendar á nuestra Señora de Puy su causa desesperada, y en la misma iglesia fué donde se le proclamó rey de Francia.

El rey René hizo tambien esta romería con un gran séquito de hombres y de caballos; un gran número de moros, probablemente convertidos á la fe cristiana, le seguían en su traje oriental.

La capilla de Nuestra Señora de los Montes ó de Ceignac, sentada sobre una colina y rodeada de otras varias, en el antiguo bosque de Cayrac, entre el Vézur y el Aveyron, es célebre por la romería de un palatino húngaro, que en 1550 recobró religiosamente la vista gracias á la intercesión de nuestra Señora. Este señor, alligido en la flor de su edad por la mas triste ceguera, dejó las orillas del Danubio con cien hombres de armas, para venir á pedir á nuestra Señora de los Montes el fin de sus largos sufrimientos. Embarcóse en el mar Adriático, y después de haberse alejado de las costas de Italia.

entró en el golfo de Lyon; pero allí una tempestad horrible vino á dispersar las naves de su pequeña flota, y no fué sino con gran trabajo, que su escudero pudo salvarle en una chalupa que pudo ganar la costa. Entristecido con este acontecimiento desastroso y llorando la suerte de sus compañeros de armas, el príncipe ciego, acompañado de su fiel servidor, se internó en las montañas del Languedoc, dirigiéndose á pequeñas jornadas hácia la capilla de Nuestra Señora de los Montes, á donde llegó en 1150. Un cazador que tenía sus redes sobre las verdes riberas del Viaur indicó á los peregrinos el vado del río y los condujo á una colina desde donde se descubría la iglesia. El palatino, privado hacia muchos años de la dulce luz del cielo, no pudo ver el edificio religioso que aparecía en lontananza, pero oyó el alegre repique de sus campanas matinales y se prosternó sobre la tierra, húmeda aun con el rocío, bendiciendo á Dios y á nuestra Señora por haber llegado al término de su largo viaje. Entró lleno de fe en el santuario que él venia á buscar desde tan lejos, é hizo decir una misa solemne en el altar de María. Terminada la misa y mientras que el príncipe ciego rogaba con lágrimas delante de la imagen de la Virgen, un ruido de armas causado por peregrinos que entraban en la iglesia, atrajo su atención, y levantó instintivamente sus ojos sin mirarla: ¡oh sorpresa! vió su bandera, y aquellos peregrinos prosternados, cuyas pellizas orientales contrastaban con las capas oscuras del paisano del Languedoc; aquellos eran sus fieles húngaros! Un grito de felicidad y de reconocimiento se escapó: ¡ha recobrado la vista y sus soldados están allí! Nuestra Señora ha tratado á su vasallo con una generosidad de soberana y no había hecho las cosas á medias.

Siete lámparas de plata maciza fueron el don que el príncipe húngaro ofreció á la Virgen; por sus órdenes también se erigió una cruz sobre la colina donde había hecho oración, y se grabó esta historia con caracteres góticos. Un grupo en relieve colocado en el santuario de María, representaba al príncipe palatino y á su escudero arrodillados delante de la imagen de la Virgen; debajo estaba una inscripción latina concebida en estos términos:

ECCE PALATINUS PRIVATUS LUMINE PRINCEPS,  
MUNERA MAGNA FERENS, SED MELIORA REFERT.  
VIRGINIS AUSPICIIIS, DIVINO IN LUMINE, LUMEN  
CERNIT, ET EXULTAT, DUM PIA PERFICERENT.  
INSUPER ET CENTUM FAMULUS IN LITTORE FRACTOS  
INVENIT INCOLUMES; DICITUR INDE LOCUS.

En el número de los bienhechores de la capilla de Nuestra Señora de Ceignac, se encuentran los duques de Arpajon, el cardenal de la Pelagrua, sobrino del papa Clemente V, y un gran número de obispos y de altos personajes.

La romería de nuestra Señora de Roc-Amadour, á una ligera distancia de Cahors, está situada en la parte mas árida y mas montañosa de Quercy. Un santo, del cual una tradición local, que nada apoya, ha querido hacer de él el Zevedeo del Evangelio, penetra en el siglo III en un laberinto de rocas que levantan sus crestas soberbias sobre una quebrada estrecha y profundamente escavada en la que en Lauzon rueda sus aguas; esta quebrada, que se llama hoy el valle de Roc-Amadour, se llama ba entonces el Valle Tenebroso porque abundaba en bestias feroces.

Aquel paisaje triste, pero sin grandeza, que recordaba la Tebaida, tenía sin duda analogía con los pensamientos elevados y austeros del anacoreta; construyó una celdilla sobre uno de los puntos culminantes de la montaña, y al nivel del nido de las águilas escavó en la roca un oratorio para la Madre de Dios. La población galo-romana de los bellos valles de Figeac y de San Ceré, que algunas veces le percibía desde lejos sobre la cúspide de aquellas montañas estériles y salvajes, cuya soñolienta altura daba vértigos, le dieron el sobrenombre de *Amator rupis*; este nombre el único que nos ha llegado, ha sido cambiado en el de *Amador*, pues es mas conforme al genio del dialecto meridional.

La pequeña estatua de la Virgen se asemejaba á aquellas que los nuevos cristianos de las Galias veneraban en los troncos ahuecados de los robles, y hacia milagros en favor de los peregrinos fervorosos que venian á invocarla en su santuario de las rocas; las romerías se multiplicaron, y muy luego llegaron á

ser tan frecuentados, que se fabricó una ciudad al pie del santo lugar: esta ciudad, fundada sobre una región desolada sobre un suelo ingrato y del mas difícil acceso, gracias á la devoción de nuestros padres llegó á ser una de las principales ciudades de Quercy; tuvo torres, consules y blasones, donde tres penascos de plata se ostentaban con lirios de oro sobre un campo de *gruetes* (rojo).

Encima del campanario de la antigua iglesia de Roc-Amadour se levantaba á una altura prodigiosa una ciudadela destinada á proteger el rico santuario de María; aquellos bastiones que se diseñaban fieramente sobre las nubes y que hoy cubren el suelo con sus restos, no pudieron rechazar de la santa montaña á los sombríos sectarios de Calvino que habrían atravesado el imperio para obtener el oro efíscido. La capilla de Nuestra Señora tiene en nuestros días un baluarte mejor, su pobreza.

Esta romería era célebre desde los tiempos de Carlomagno. El paladin Rolando, sobrino del emperador, fué á Roc-Amadour en 778, ofreció á la Virgen un don de plata del peso de su *braemar* (espada), y después de su muerte en los campos de Roncevalles, aquel *braemar* fué llevado á Roc-Amadour. (18) En el año de 1170, segun Rogerio de Hoveden, Enrique II rey de Inglaterra y duque de Guyena, vino á Roc-Amadour para cumplir un voto que habia hecho á la Virgen santísima durante una larga enfermedad, de la cual se vió libre en Montegercel. Como las tierras vecinas á Quercy *no tenían grande amor á los ingleses*, la monarquía insular se rodeó de un pequeño ejército á fin de hacer este piadoso viaje. Enrique dejó muestras de su beneficencia en la capilla de Nuestra Señora y á los pobres de Roc-Amadour.

Entre el número de los ilustres peregrinos que vienen á honrar á María en su santuario de la montaña, se cuenta á Simon de Montfort, legado del papa; Alnardo Amalric, que fué después obispo de Narbona, San Luis acompañado de sus tres hermanos, de Blanca de Castilla y de Alfonso, conde de Bolonia que subió después al trono de Portugal; el rey Cários el Bello, el rey Juan, Luis XI y una porcion de poderosos señores.

Entre los grandes obispos que en diversos tiempos visitaron la capilla milagrosa de Nuestra Señora, encontramos un nom-

bre tan caro á las letras, á la humanidad y al catolicismo, que no podemos dejarlo entre la muchedumbre: este nombre con que la Francia se honra y que impone á la impiedad misma, es el del cisne de Cambray. Consagrado desde la cuna á nuestra Señora de Roc-Amadour, Fenelon vino mas de una vez á pedir al fondo de Quercy lo que él ha puesto sobre sus libros, un rayo de miel ática, y que se le concediese además la atrevida sabiduría que tan noblemente empleó en enseñar á los reyes.

Dos cuadros suspendidos en *ex-voto* en el santuario de María representan dos fases solemnes de su existencia. En el primero acaba de nacer y reposa en su cuna; en el segundo, jóven y ya doctor, viene á hacer homenaje á su divina protectora de los primeros tiempos de su naciente genio. A poca distancia hay una tumba sobre la cual vino mas tarde á llorar y á orar; era la de su madre que quiso dormir su último sueño á la sombra del altar de María.

Algunas veces no eran peregrinos aislados, sino ciudades y provincias en masa las que caminaban á Roc-Amadour. "En 1546, dice M. de Malleville en sus crónicas de Quercy, el 21 de junio, día y fiesta del santísimo Sacramento y de san Juan, fué el gran día de indulgencias de Roc-Amadour, á cuyo lugar el concurso de los pueblos del reino fué tan grande, que muchas personas de todas edades y sexos fueron ahogados por el gentío, estando las tiendas abiertas en grandísimo número por todas partes de la campaña á manera de un gran campo."

Los dones que recibió el santuario de Roc-Amadour fueron de una gran magnificencia; entre ellos estaba el bosque de Saily, fabricado en 1119 por Odon, conde de la Marche, *á la bienaventurada Marta de Roc-Amadour*; las tierras de Fornellas y de Orbanella, dadas en 1181 por Alejandro IX, rey de Castilla y de Toledo, por el bien del alma de sus padres.

El año de 1202 Sancho VII, rey de Navarra, regaló una renta de 48 piezas de oro para el alumbrado de la capilla de Nuestra Señora, y en 1208, Savario príncipe de Mauléon, gran capitán y célebre trovador, cedía en perpetua y pura memoria á la bienaventurada María de Roc-Amadour su tierra de Lisieau, oxenta de toda imposicion y de toda carga. En 1314 el papa Clemente XV hizo un legado á la misma iglesia "para tener un

cirio encendido perpetuamente en un vaso ó taza de plata en la capilla de la bienaventurada Virgen María de Roc-Amadour á fin de hacer á esta Virgen bienaventurada y obtener la redención de su alma."

Sería demasiado largo citar los otros beneficios hechos á la capilla de María en los contornos de esta roca bendecida; resplandecía un *ex-voto* de oro de perlas y piedras preciosas; las princesas españolas habían trabajado con sus manos ricas tapicerías, y catorce lámparas de plata maciza, cuyas cadenas entrelazadas formaban una magnífica randa, ardían noche y día. Por un contraste que no se encuentra sino en el cristianismo, el altar de la Madona era de madera como en el tiempo de san Amadour, y la estatua era de roble negro apenas pulimentado. Notábase en la media naranja de la capilla y dentro de un campanario de brillantes vidrieras una pequeña campana sin cuerda que sonaba por sí misma cuando *la estrella de los mares* quería manifestar toda su omnipotencia en favor de las naves en peligro que la invocaban en medio de las soledades del Océano.

La Virgen de Quercy era una presa demasiado brillante para que pudiese escaparse al protestantismo. El 3 de setiembre de 1592 Durás se apoderó de Roc-Amadour; las cruces fueron rotas, las imágenes despedazadas, los ricos adornos quemados y hechos trizas, las campanas fundidas y el cuerpo de san Amadour pulverizado á martillazos, fué sverlegemente abandonado á las llamas. (19) Los ateos de 93 pusieron el sello á estas devastaciones.

Hoy día las torres de la ciudad están ocultas bajo la yerba; los arbolillos crecen sobre los escombros de la ciudadela; la grana brota entre las piedras desunidas de la magnífica escalera de doscientos setenta y ocho escalones, que conducía de la ciudad al santuario aéreo de María; la bandurria de los cantadores del Languedoc no celebra ya los milagros de nuestra Señora, y el viento de la noche silba solo en aquella antigua capilla, donde por *economía* se han suprimido los órganos. La Virgen de Roc-Amadour podría nombrarse la *Virgen de las rutinas*, y sin embargo, ella hace milagros todavía.)

La peregrinacion de Nuestra Señora de Licée, en Picardía, aunque menos antigua que las de la Francia meridional, pues

que no se remonta sino hasta el siglo XII, las sobrepaja no obstante en celebridad. El origen de la estatua de la Virgen que decora este santo lugar, es enteramente maravilloso; se ha conservado una tradicion no solo en el departamento de Francia en el que se encuentra, sino tambien en la Tierra Santa, (20) y se asegura asimismo que existe en los archivos de los caballeros de Malta. (21) He aquí esta tradicion, que lleva un sello oriental muy pronunciado.

Faulques de Anjou, rey de Jerusalem, habiendo reedificado en cuatro distintos lugares de Ascalon la fortaleza de Bensabée para proteger la frontera de su reino contra las correrías de los sarracenos, confió la guardia á los bravos y piadosos caballeros de San Juan de Jerusalem: esta valiente guarnicion tenia encuentros continuos con los infieles, que bajo el soldan de Egipto, poseian el antiguo país de los Filisteos. Un dia los caballeros de San Juan, entre el número de los cuales se encontraban tres hermanos de la antigua y opulenta casa de Eppes, Picardía, cayeron en una emboscada, y no obstante los prodigios de su valor, fueron presos y cargados de hierros por los musulmanes, quienes los escoltaron hasta Egipto. Los señores de Eppes tenían la mirada orgullosa, la estatura elevada y el porte hercúleo de los antiguos valientes del Norte de Francia. El soldan conoció todo esto desde luego y quiso ganárselos para su falso profeta. Principió por arrojarlos en un calabozo para quebrantar su osadía, é hizo brillar á sus ojos la perspectiva mas seductora á fin de arrastrarlos á la apostasia. Los tres guerreros que habian sido inaccesibles al temor, se mostraron sordos al brillo del oro y á la voz de la ambicion; el soldan, engañado entonces en sus esperanzas, les mandó sus muy famosos imanes á fin de disputar con ellos sobre la fe; pero los buenos caballeros, poseídos de odio al islamismo, se volvieron de repente teólogos sutiles, y defendieron tan perfectamente el cristianismo con sus argumentos, como lo habian hecho ya con el escudo en el brazo y la lanza en la mano. El soldan creyó su honra comprometida en vencer á los cautivos, y creciendo su obstinacion en proporcion de la resistencia, juró que los caballeros de San Juan seguirian el estandarte del profeta aun cuando le hubiese de costar la mitad del Egipto. Tenia él una hija bella, casta,

cumplida y digna en todo de seguir una creencia mejor; envióla al calabozo donde los caballeros frances languidecían en las cadenas, y la encargó que les hiciera una pintura espantosa de los suplicios que se les preparaban. Los caballeros recibieron á la princesa con los testimonios de respeto que se prodigaban entonces á las damas, pero rechazaron sus insinuaciones con el valor determinado de hombres que aceptan el martirio, y le explicaron su creencia de una manera tan persuasiva, que la jóven musulmana se puso á meditar y reflexionar sobre Cristo y su bienaventurada Madre. Una imagen milagrosa y radiante que los ángeles habían llevado, dicen, á los piadosos campeones de la fe cristiana, acabó la conversion de la jóven infiel. Una noche en que ella había ganado á fuerza de oro á los guardias de los tres guerreros francos, entró en la prision con una caja de pedrerías y huyó con ellos del palacio de su padre.

Después de haber atravesado el Nilo en una barca preparada para recibirlos, los fugitivos se dirigieron hácia el lado de Alejandría, esperando quizá ocultarse temporalmente en los monasterios coptos de las salidas de san Macario; pero después de algunas horas de marcha, la princesa agitada de fatiga, desea reposar un momento, y no obstante la inminencia del peligro, los tres caballeros de San Juan resolvieron quedar en vela á fin de que descansase; hicieronle descansar en un campo lleno de verdura, y ellos mismos se sentaron á una respetuosa distancia; la princesa se adormecía, y sus compañeros de viaje, después de haber luchado aunque en vano contra la somnolencia que debia suceder necesariamente á largas noches sin reposo, se durmieron también profundamente.

Ninguno supo cuánto tiempo había durado su sueño. El mayor de los tres caballeros de Eppes fué el primero que se despertó; el sol comenzaba á dorar las copas de los árboles, entre los que se oía el dulce canto de los pájaros. El caballero cruzado observó el paisaje con una viva sorpresa; ellos se habían dormido á la vista del Nilo y de las Pirámides, bajo las frescas ramas de los palmeros, y se despertaban bajo una encina de rudos troncos, al bordo de un límpido manantial y sobre el mas fresco césped salpicado de blancas margaritas. A muy corta distancia las torres negras y redondas de un viejo castillo ba-

ronial, le recordaban el cazar, donde á su partida para la Tierra Santa había dejado á su madre cubierta de lágrimas por su separacion. Un pastor que conducía su rebaño á los campos le sacó de su incertidumbre; el castillo que tenía á su vista era su propio castillo de Marchais, y se despertaba en Picardía, en la misma avenida que sus padres habían plantado. Bendijo á la Virgen santísima y contó el milagro á sus compañeros cuyo asombro fué igual al suyo.

Ellos que habían conservado la imagen de la Madona oriental, fabricaron una bella iglesia para depositarla en ella, y la princesa musulmana recibió el bautismo en la capital de Leon.

Que aquella estatua de María haya llegado á Francia por medios mas naturales, se puede creer sin pecado; pero lo que es imposible poner en duda, es que ella fué traída de la Tierra Santa por tres señores de Eppes, caballeros de San Juan de Jerusalem.

Los nombres mas ilustres de la monarquía figuran en la lista de los peregrinos de Nuestra Señora de Liesse; entre ellos se se leen el del duque de Borgoña, de Luis II de Borbon principe de Condé, duque de Mercoeur, del principe Alberto Enrique de Ligne, de madama Francisca de Francia reina de Inglaterra, de los principes de Lougueville, del mariscal de Ancre, de la señorita de Guisa, del conde de Egmont, de Luis de Orleans, hermano de Carlos VI, de Carlos VII, del Rey René, de Luis XI, de Francisco I, de Enrique II, de Carlos IX, de la reina María de Médicis, de Luis XIII, de Ana de Austria, de Luis XIV, etc.

Muchos de estos grandes personajes, no contentos con dejar ricos dones á Nuestra Señora de Liesse, colocaron su misma estatua, la de Luis II de Borbon, principe de Condé, era de oro.

María de Arquin, entonces gran mariscal de Polonia y que fué después reina de aquel país en 1671, vino á la capilla de Nuestra Señora y ofreció á la Virgen santísima un niño de plata que representaba al principe Alejandro Sobieski su hijo con una cadena de oro enriquecida de diamantes, para manifestar así que ella se consagraba á la Madre de Dios como su esclava. (22)

Este santuario, como los otros, fué robado por los hugonotes, y la Revolucion vino después á llevarse lo que quedaba.



La capilla de Nuestra Señora de Liesse atrae aun un concurso inmenso de peregrinos.

En las leyendas de san Lifardo de Meung, que vivía en 550, se hace mención del arrabal de Clery y de un oratorio que se había dedicado á la Virgen santísima. En 1280 los trabajadores colocaban allí una estatua de nuestra Señora que habían encontrado un día bajo la reja de su arado. Este descubrimiento hizo mucho ruido y llamó la atención de los mas ilustres señores de la época. Entre aquellos señores, Simon de Melun, un poderoso varon que había acompañado á san Luis á la Africa y á quien Felipe el Bello elevó á la dignidad de mariscal de Francia, formó el designio de fabricar allí una colegiata; pero la muerte que recibió gloriosamente en el sitio de Courtray, le impidió efectuar aquel proyecto, que su mujer y su hija se impusieron el deber de llevar á cabo. Felipe el Hermoso, cuyas victorias de Flandias las había obtenido bajo la protección de María, sorprendido de la asistencia de los fieles que iban á Nuestra Señora de Clery, aumentó el número de sus canónigos y resolvió reedificar la iglesia; pero la muerte, que viene á atraerse en tantos proyectos, no le dejó esta vez sino el mérito de la intencion. Entre tanto, la iglesia fué comenzada bajo su reinado, y continuó, gracias á la munificencia de su tercer hijo Carlos, duque de Orleans, Felipe de Valois, aquel noble príncipe que en los países conquistados decía á sus soldados: *Respetad las iglesias!* hizo terminar la de Nuestra Señora, que el inglés Salisbury saqueó durante el célebre sitio de Orleans. Luis XI, cuyos jabones viejos los hacia reparar con mangas nuevas para usarlos hasta que estaban raídos completamente, pero que, cuando le agradaba sabia desempeñar tambien con magnificencia su papel de rey, hizo construir la iglesia de Clery, la dotó con 2239 escudos de oro, la dió grandes rentas, erigió en capilla real y dotó ricamente á sus canónigos.

Este monumento, objeto de tanto gusto y de tantos cuidados, fué destruido por un incendio en 1742 cuando se le acababa de techar. *El fuego redujo todo á cenizas*, dice la crónica de Luis XI, pero la iglesia fué reedificada de nuevo bajo la inspeccion del secretario del rey.

Habiendo Luis XI recobrado la salud en Clery y atribui-

yendo su restablecimiento á la santidad de la Virgen, enriqueció con nuevos dones su colegiata é hizo construir su tumba, "y se ponía muchas veces, dice uno de sus historiadores, para ver si el lugar venia justamente con su cuerpo y si estaba bien proporcionada para recibirle después de su muerte;" él fué enterrado allí segun sus deseos, y poco después su mujer Carlota de Saboya.

Los calvinistas, que no tributaban mas respeto á las tumbas de los reyes que á los altares de los santos, rompieron la estatua de Luis XI y violaron su tumba real para robarla. Aquella tumba, restablecida por Luis XIII, fué mutilada de nuevo durante la Revolucion, y reedificada otra vez por Luis XVIII. La devocion reina aun con el mas grande fervor en la vieja iglesia de Luis XI.

La romería de Nuestra Señora del Espino, cerca de Charlons sobre el Marne, comenzó en los primeros años del siglo XV. En el año de 1419, en la antigua fiesta de la Asuncion, dos jóvenes pastores que conducian sus rebaños al lado de una capillita dedicada á san Juan Bautista, percibieron una luz brillante sobre un matorral de espinas que no estaba lejos; los carneros que iban delante, se asustaron de aquella luz y huyeron; pero los corderillos se acercaron sin temor al matorral: los pastores siguieron su ejemplo, y descubrieron una pequeña imagen de la Virgen santísima que llevaba en los brazos á su niño divino: habiéndose aumentado la luz milagrosa á la caida de la noche, corrieron de todos los lugares de donde podia ser vista, y como el paraje donde se obró el milagro era elevadísimo, se pudo comprobar en diez leguas á la redonda. El obispo de Charlons á la cabeza de su obitildo y muchos curas de las aldeas vecinas vinieron en procesion á esos lugares, y encontraron el matorral tan verde como en medio del estío, sacaron la imagen de la Madona y la trasportaron á la capilla de San Juan Bautista, que se encontraba á algunos pasos de allí.

Aquel prodigio atrajo á la capilla á todos los fieles de la campana, no tardando en llegar á ser una romería célebre. Por los diseños de un arquitecto irlandés se construyó una soberbia iglesia tan solo con las ofrendas de los peregrinos, con lo cual aquel trabajo se continúa con perseverancia: no obstante las

guerras de los ingleses y á pesar tambien de estar los habitantes empobrecidos y robados, no vacilaban por eso en dejar su arado para ir á buscar piedras hasta el fondo de la Lorena. Sus trabajos empezaron con nueva actividad con una magnífica suma enviada por Carlos VII para continuar el bello edificio. Se pasó un siglo para concluirlo, y durante aquel siglo, á pesar de las guerras, de la peste negra, del hambre y de todas las plagas en fin, de las cuales la peor era ciertamente la de los ingleses, el fervor se habia sostenido siempre. Las ciudades de Chalons y de Verdun quisieron contribuir al adorno de este edificio, que debia perpetuar el recuerdo del matorrel milagroso. La una le dió soberbios vidrios pintados que representaban la historia del milagro, la otra campanas magnificas; las liberalidades de los fieles ricos y pobres, grandes y pequeños hicieron el resto.

Durante las guerras de religion, los protestantes ingleses, años de una parte de Champagne, habian oido hablar de las riquezas que encerraba el santuario de Nuestra Señora del Espino y formaron el proyecto de robarla y destruirla; pero el señor del Espino con noble resolucion y fe sincera, hizo rodear la bella iglesia de palizadas, y poniéndose á la cabeza de un puñado de jóvenes reunidos por el patriotismo y el amor á Maria, lograron rechazar á los enemigos y salvar el altar de la Madonna. Los ingleses, forzados á batirse en retirada, se condujeron como vándalos; hicieron una gran descarga sobre los vidrios quebrando así la mayor parte. Entre tanto por una especie de prodigio, el famoso lienzo de vidrio sobre el cual estaba representado el encuentro de la estatua milagrosa, quedó intacto. En memoria de esta feliz jornada, la iglesia de Nuestra Señora del Espino, hasta la época de la Revolución, ofrecia todos los años á los descendientes del gentil hombre que la habia salvado de la profanacion y del saqueo, dos espadas benditas que recibian el día de la Asuncion al pie del altar de la Virgen.

Todos los años tiene lugar una procesion solemne en esta iglesia; un gran número de niños de una complexion delicada, que se les viste de blanco en honor de la Virgen santísima, asisten allí el 15 de agosto con un cirio en la mano; aquellos niños van á orar á Maria. Desde su entrada en el mundo, la cien-

cia ha fallado contra ellos un venedicto de muerte, pero las madres han apelado piadosamente á la Virgen, y esperan, gracias á su apoyo caritativo, conservar esas frágiles plantas, que crecen á la sombra de su proteccion sagrada y de la cual necesitan para aclimatarse sobre la tierra. Nada mas tierno que ver á esos angelitos vestidos de blanco y páldos como las flores que forman sus coronas, arrodillándose á los pies de Maria, y repetir sin comprender aun la oracion que se les enseña, en la que piden su pobre y tierna vida, que es tambien la vida de sus madres. . . . Cuando las rosas de la salud han aparecido sobre sus mejillas infantiles, cuando el sétimo año ha pasado en fin sobre sus jóvenes cabezas y que van á dejar la blanca librea de la Virgen, ¡con cuánto gozo las madres consoladas los traen á la misa de accion de gracias! ¡cuántas oraciones salidas del corazón no se levantan entonces hácia nuestra Señora del Espino en aquel altar!

Existe en los Vosgos una romería, en la que se perpetúa una supersticion entre las pobres mujeres del pueblo, que tiene la energía cristiana y maternal, todo á la vez. Hácia el año de 1070, un religioso de Serones fabricó al borde de un torrente solitario una ermita y una capilla de donde se venia á invocar á nuestra Señora del Meir; esta romería cayó en desuso ó fué suprimida en seguida. Hoy día la capilla está arruinada, y una cruz de piedra hecha pedazos se levanta solitaria en medio de los escómbros; pero bajo aquellas ruinas existen bóvedas subterráneas y un altar de piedra informe, donde se vienen á depositar aun los niños, á quienes la muerte ha herido en el umbral de la vida y que no han podido recibir el sello sagrado que debia hacerlos ángeles. "Apenas acostados sobre aquesta piedra, dice el Cicerone, que sirve de guia en este lugar sombrío, sus ojos se abren otra vez, un soplo ligero se escapa de sus pequeños labios cerrados por la muerte, el agua del bautismo corre sobre su frente, y después se duermen de nuevo para subir al cielo." Al escarbar un poco de tierra, descúbrese, al alrededor del altar consagrado de la Virgen que resucita á los recién nacidos, á fin de que puedan ir á la morada de Jesús, los despojos de aquellas pobres flores humanas marchitadas por el soplo helado de la muerte en el primer albor de su mañana: la ternura

ignorante pero exaltada que viene á pedir el milagro á María, los ha depositado bajo su manto á fin de que no pueda olvidarlos.

Si la incredulidad se indigna de esta superstición de corazon, las almas tiernas y piadosas no verán sino un motivo de dulce compasion. Sin duda que alguna madre se ha engañado creyendo ver reanimarse los vertos labios de su hijo al contacto de sus besos para recibir el agua santa, pero aquel que osare pensar que María no puede hacer cuando le plazca tan grandes milagros, en verdad que ese será un atrevido mortal.

Los Pirineos, aquellas bellas montañas de hermosa cabellera, cuyos flancos encerraban en otro tiempo tantas minas de oro, donde las cascadas de agua brillantadas por el sol caen desde una altura tan prodigiosa, desprendiéndose de tal manera de una roca vital, que se asemeja á una inmensa pieza de gusa plateada que se desenvuelve en los aires; los Pirineos, cuyos lugares frescos y graciosos como el Eden antiguo, están entristecidos por hundimientos de rocas gigantescas que ofrecen la imagen del caos, no están tan poco desprovistos de santuarios dedicados á María. El mas antiguo y el mas famoso es el de Nuestra Señora de Héas, donde corren todos los habitantes del Bearn y del Bigorra. Entre los precipicios de Héas se levanta un altar, en el paraje mismo en que el cabrero no habria osado jamás colgar una alpaca momentánea contra la tormenta: los romanos hubieran dedicado aquel lugar al genio de las tempestades; los cristianos le han ofrecido á aquella que aduerme los vientos y apacigua los tormentas. El 8 de setiembre, dia del nacimiento de María, y el 15 de agosto, recuerdo de su gloriosa muerte, se reúne en Nuestra Señora de Héas una muchedumbre prodigiosa de los valles vecinos. Al volverse cada peregrino arranca un fragmento de roca bendecida, que con gran respeto lleva á su cabaña cual si fuera una reliquia.

Las comeras de las montañas son pintorescas; pero cuán tierra no lo son las de las costas! ¡Cuánto no consuela desde la mar profunda la vista de un santuario de María, que se levanta desde lo alto de un promontorio y cuyo agudo campanario parece perderse entre las nubes!... El marinero, que le saluda con tristeza cuando se separa de la tierra donde dejó á su

mujer y sus hijos, la señala con éxtasis á su vuelta; aquel campanario le parece bello como la esperanza, y mezcla á las inquietudes que oprimen no obstante su corazon, al ver de nuevo una familia que dejó después de tantos meses, de años tal vez, no sé qué confianza religiosa, que le hace creer que todo va bien, gracias á la proteccion de la buena Virgen... Además, es tambien que quizá nuestra Señora le habria salvado del naufragio á él y á la tripulacion de su barco, y el primer cuidado de estas pobres gentes al arribar á tierra, será ir con los piés desnudos como en lo mejor de la edad media, y suspender á las paredes de la capilla marítima el *ex-voto* que se ofreció cuando el huracan bramaba rompiendo los mástiles y desgarrando los velos. El *Vigía* de Dieppe, en su número de 3 de octubre del año pasado, cuenta una de aquellas tiernas escenas que impresionan al pueblo particularmente, no obstante la impietad de los tiempos. "Una escena de un género verdaderamente conmovedor tuvo lugar ayer en la iglesia de San Jacobo, dice aquel diario. La tripulacion del Lugar *El Otoño*, que sufrió una violenta tempestad en el dia 3 de setiembre, lo creia ya todo perdido, cuando el maestro de pesca Luis Contron, tuvo el pensamiento de hacer un voto á nuestra Señora del Buen-Socorro en nombre de sus compañeros. Apenas habia pronunciado el voto, cuando un rayo de sol penetrando de repente la oscuridad profunda en que se hallaban envueltos, vino á volverles la esperanza y á reanimar su abatido aliento. Aquel voto era el que estas buenas gentes cumplan ayer en la capilla de Nuestra Señora del Buen-Socorro. Ayer, pues, todos los marineros de la tripulacion libertada del naufragio, llegaron descalzos y con la cabeza desmenuada, vestidos con su traje de mar y trayendo á la capilla de Nuestra Señora sobre sus robustas espaldas el *ex-voto*, colocado sobre una angrilla y rodeado de banderolas azules, acompañados además de sus amigos, de sus parientes y de una muchedumbre considerable. El señor cura les dirigió una allocucion llena de sensibilidad, y después de la misa de accion de gracias rezó el *De-profundis* por el capitán y cuatro marineros que perecieron entre las olas.

Nuestra Señora de la Gracia es una de las capillas marítimas mas antiguas de Normandía; aquel santuario fué fabricado,

como lo hemos dicho ya, en cumplimiento de un voto que hizo en una grande tempestad un duque normando muy devoto de la Virgen. El lugar de esta linda capilla, rodeada de grandes árboles, cercada de césped esmaltado de flores, es bello y sossegado como los ríos y frescos parajes de la magnífica provincia de que forma parte. Nuestra Señora de la Gracia se parece á la fortaleza de Honfleur, desde la pequeña montaña cuya cima corona, se descubre la embocadura del Sena y mas lejos el océano con sus grandes olas de un verde oscuro, que recibe en su seno al río de ondas azuladas. Dos caminos conducen á esta capilla, el uno rudo y pedregoso, el otro suave y unido. En otros tiempos los habitantes de Honfleur se pusieron á trazar y suavizar la pendiente, cubriéndola con una arena fina y desleída. Á fin de que una encantadora princesa que se habia hecho amar en aquellos lugares por su generosa bondad, pudiese subir la sin fatiga, yendo á ofrecer sus oraciones y sus votos á la Virgen santísima. El huracán de las revoluciones arrebató muy lejos á la noble dama, de la misma manera que el viento arrastró la hoja de una rosa; pero el recuerdo de sus beneficios subsisten aun.

Un día, no hace mucho tiempo, masas compactas de espectadores llenaban la pequeña esplanada cubierta de césped, que corona á Nuestra Señora de la Gracia; se habian estacionado sobre los flancos de la roca, se agarraban á los matorrales, se trepaban sobre los árboles, y todos los ojos se volvan sobre las olas para buscar un objeto esperado; el entusiasmo era grande, pero religioso, y aun á una algarabía de sombrero; las oraciones subian al cielo y las lágrimas caían de los ojos; un navío pasó bajo la roca de Nuestra Señora; un navío enlutado con un ataud sobre el puente; el heleno hizo descender sobre él sus oraciones... el pueblo lloraba. Aquel día no hubo ninguna capilla de la Virgen sobre las dos orillas del Sena, donde una multitud de fieles se rogaban por el alma del grande emperador, y nuestra Señora de la Gracia fué ardientemente invocada por aquel ilustre naufrago de la fortuna, muerto sobre un escollo en que flotaba, miseria inmensal la bandera inglesa.

A media legua de Parrie y en un puertecito de mar á diez leguas de Nantes, se levanta pintorescamente sobre una altura

que se desploma sobre el océano, la aldea marítima y la iglesia de Santa María; aquella iglesia cuyo campanario anuncia una remota antigüedad, y que posee en su estrecho cementerio la sepultura de un cruzado, está en grande veneracion entre los marineros bretones, que vinieron allí continuamente á colocar sus votos. Cuando una embarcacion bretona viene á pasar bajo su velo rosado á vista de la iglesia de Santa María, los marineros se quitan el sombrero y rezan el *Ave Maria*. Ningun paisano de la costa entra en la mar para bañarse sin sumergir su mano entre las olas y santiguándose en seguida piadosamente al mismo tiempo que vuelve su cabeza al santuario protector; los pescadores batidos por las tempestades, que son mas peligrosas sobre las costas que en alta mar, conservan la esperanza mientras que descubren á lo lejos el campanario de la iglesia de Santa María: *la Virgen los ve*. Aquel pensamiento les impide desalentarse, y es siempre para ellos una esperanza de salud.

Quando las altas y fieras olas del Atlántico azotadas por un viento furioso se adelantan mugiendo desde el fondo de las ensenadas arenosas de la Guinea, y se retiran de las riberas rotando los guijarros con un ruido ronco y espantoso, si aparece en el horizonte marino una barca que lucha con todas sus fuerzas contra la tempestad, entonces las mujeres, las madres, los niños y los marineros de la vieja Antioquia, invocan á nuestra Señora del Areachen por el pobre navío que puede estrellarse contra la costa y arrojar quizá sobre la playa natal el cadáver de alguna persona querida. Esta capilla de María á donde vienen á refugiarse nubes de blancas gaviotas que con sus graznidos agudos anuncian la aproximacion de la tempestad, se eleva en un lugar salvaje y solitario, al que salpican aquí y allá algunos bosquecillos de copa piramidal. Ya sean los marineros ó ya pobres mujeres alarmadas, llegan descalzas repasando entre sus manos encallecidas las negras cuentas de su rosario, y numerosos *ex-voto* suspendidos á las antiguas paredes anuncian que mas de una oracion ha sido escuchada por la Virgen santísima.

Nuestra Señora de la Guarda, cuya capilla del siglo XIII está fabricada sobre la cima de una alta montaña caliza de un gris azulado y desde donde se descubre el Mediterráneo con sus

islas, su castillo de If y sus olas, ya brillantes, ya sombrías, reciben los últimos pensamientos y la última mirada del marino provenzal que se aleja de su patria. Allí es donde él se dirige cuando su buque entra al puerto después de un viaje en los países lejanos del Levante. Tampoco es raro ver á estas gentes subir de rodillas la montaña sobre la cual se levanta esa antigua capilla, para dar gracias á Aquella á quien ellos con una familiaridad completamente italiana llaman *la buena* Madre de la Guarda, por haberlos salvado de los peligros del mar, del viento y de la tempestad. Pero no solo es para los marinos para quienes la Madona de Marsella es buena y caritativa; ella es el ángel tutelar de la ciudad, quien en todas las calamidades se dirige á ella con una piadosa confianza. Cuando el cólera, que assolaba y despoblaba la Francia, aparecía sobre la tierra provenzal, la bella y antigua ciudad de los focios se arrojó como un solo hombre delante de su amadísima protectora, que no la desamparó. Así Marsella para testificar su reconocimiento acaba de consagrarle una magnífica estatua de plata maciza admirablemente trabajada. ¡Esto es muy bello!

Nuestra Señora de Lavarena, sentada en Córcega ó á la vista de las azules olas del Mediterráneo, manda á los peregrinos, como igualmente á las embarcaciones cuyas velas se escapan en el horizonte, el perfume de sus naranjos como una graciosa revelación de su presencia. Aquel santuario, dedicado á la Natividad de la Virgen, fué oscuro por largo tiempo, y los pescadores de coral, que frecuentaban aquella bella parte de la costa de la isla, venían todos á rogar á allí, cuando hacía la mitad del siglo XVII la Madona corsa hizo milagros cuyo ruido llegó hasta la Italia. La iglesia fué entonces agrandada y enriquecida; un gran concurso de fieles insulares llegaba el día de la fiesta de la patrona descalzos y con un cirio en la mano, cosa que aun se practica con la misma devoción que en otro tiempo. El cuadro que adorna esta capilla, obra de un pintor italiano, representa á María niña aun, á quien santa Ana dejó caer graciosamente un velo diáfano.

## ROMERIAS EXTRANJERAS.

EL origen de la célebre romería de Nuestra Señora de las Ermitas, la Loreto de Helvecia, se remonta hasta los tiempos hermosos de Carlomagno. El santo que primero habitó la ermita de Einsiedeln, era un joven señor suevo, nombrado Meinrad, perteneciente á la ilustre familia de los condes de Hohenzollern. Dotado de aquel genio meditabundo que forma el rasgo distintivo del carácter germánico, Meinrad, llegado apenas á la adolescencia, se complacía en internarse en el espesor de los bosques que cubrían entonces su patria, y se entretenía solo con Dios, al ruido de las fuentes murmurantes que corren bajo la sombra de las encinas. La noche le sorprendía de continuo leyendo atentamente la Escritura en un antiguo libro de broches de oro que había heredado de sus padres, ó meditando profundamente sobre los milagros y los beneficios de la Virgen santísima. Su alma se exalta en la soledad, y menospreciando el mundo y sus fútiles bienes, Meinrad hizo sus votos en la abadía de Reichenau, que dejó en seguida para fijarse en una pequeña ermita fabricada sobre la falda del monte Ezel, en donde vivió siete años; pero la fama de sus virtudes bajó hasta el fondo de los valles. Los pastores y los leñadores vinieron á su morada, después los señores y últimamente las damas mas nobles, para pedirle sus consejos y oraciones. Estos homenajes eran un tormento para el joven ermitaño, que no deseaba sino la oración contemplativa y la paz de los bosques; una noche dejó positivamente su ermita, llevándose por toda fortuna la estatua de la Virgen, el solo adorno de su capilla, y se refugió en un bosque del canton de Schowytz, que llevaba el nombre característico de *bosque tébre go*.

islas, su castillo de If y sus olas, ya brillantes, ya sombrías, reciben los últimos pensamientos y la última mirada del marino provenzal que se aleja de su patria. Allí es donde él se dirige cuando su buque entra al puerto después de un viaje en los países lejanos del Levante. Tampoco es raro ver á estas gentes subir de rodillas la montaña sobre la cual se levanta esa antigua capilla, para dar gracias á Aquella á quien ellos con una familiaridad completamente italiana llaman *la buena* Madre de la Guarda, por haberlos salvado de los peligros del mar, del viento y de la tempestad. Pero no solo es para los marinos para quienes la Madona de Marsella es buena y caritativa; ella es el ángel tutelar de la ciudad, quien en todas las calamidades se dirige á ella con una piadosa confianza. Cuando el cólera, que assolaba y despoblaba la Francia, aparecía sobre la tierra provenzal, la bella y antigua ciudad de los focios se arrojó como un solo hombre delante de su amadísima protectora, que no la desamparó. Así Marsella para testificar su reconocimiento acaba de consagrarle una magnífica estatua de plata maciza admirablemente trabajada. ¡Esto es muy bello!

Nuestra Señora de Lavarena, sentada en Córcega ó á la vista de las azules olas del Mediterráneo, manda á los peregrinos, como igualmente á las embarcaciones cuyas velas se escapan en el horizonte, el perfume de sus naranjos como una graciosa revelación de su presencia. Aquel santuario, dedicado á la Natividad de la Virgen, fué oscuro por largo tiempo, y los pescadores de coral, que frecuentaban aquella bella parte de la costa de la isla, venían todos á rogar á allí, cuando hacía la mitad del siglo XVII la Madona corsa hizo milagros cuyo ruido llegó hasta la Italia. La iglesia fué entonces agrandada y enriquecida; un gran concurso de fieles insulares llegaba el día de la fiesta de la patrona descalzos y con un cirio en la mano, cosa que aun se practica con la misma devoción que en otro tiempo. El cuadro que adorna esta capilla, obra de un pintor italiano, representa á María niña aun, á quien santa Ana dejó caer graciosamente un velo diáfano.

## ROMERIAS EXTRANJERAS.

EL origen de la célebre romería de Nuestra Señora de las Ermitas, la Loreto de Helvecia, se remonta hasta los tiempos hermosos de Carlomagno. El santo que primero habitó la ermita de Einsiedeln, era un joven señor suevo, nombrado Meinrad, perteneciente á la ilustre familia de los condes de Hohenzollern. Dotado de aquel genio meditabundo que forma el rasgo distintivo del carácter germánico, Meinrad, llegado apenas á la adolescencia, se complacía en internarse en el espesor de los bosques que cubrían entonces su patria, y se entretenía solo con Dios, al ruido de las fuentes murmurantes que corren bajo la sombra de las encinas. La noche le sorprendía de continuo leyendo atentamente la Escritura en un antiguo libro de broches de oro que había heredado de sus padres, ó meditando profundamente sobre los milagros y los beneficios de la Virgen santísima. Su alma se exalta en la soledad, y menospreciando el mundo y sus fútiles bienes, Meinrad hizo sus votos en la abadía de Reichenau, que dejó en seguida para fijarse en una pequeña ermita fabricada sobre la falda del monte Ezel, en donde vivió siete años; pero la fama de sus virtudes bajó hasta el fondo de los valles. Los pastores y los leñadores vinieron á su morada, después los señores y últimamente las damas mas nobles, para pedirle sus consejos y oraciones. Estos homenajes eran un tormento para el joven ermitaño, que no deseaba sino la oración contemplativa y la paz de los bosques; una noche dejó positivamente su ermita, llevándose por toda fortuna la estatua de la Virgen, el solo adorno de su capilla, y se refugió en un bosque del canton de Schowytz, que llevaba el nombre característico de *bosque tébre go*.

Treinta y dos años después fué asesinado por dos foragidos, con los cuales había partido el agua de su manantial y los frutos salvajes de su bosque. Los pájaros del cielo persiguieron á los asesinos, que sufrieron mas tarde el castigo que merecía su crimen. (1)

Después de la trágica muerte de Meinnad, su celdilla, donde se habían obrado muchos milagros, fué abandonada durante medio siglo. Al fin de este tiempo una pequeña sociedad de eremitaños vino á establecerse bajo la guía de San Bennon, que pertenecía á la casa ducal de Borgoña; de allí el nombre de Nuestra Señora de las Ermitas que recibió de Einsiedeln, San Eberando consagró sus bienes, que eran innumerables, á construir en aquel paraje un monasterio del cual fué él su primer abad.

La capilla de la Virgen tal cual era en el tiempo de san Bennon, fué colocada en la vasta iglesia del convento, en la cual la celdilla de Meinnad formaba el coro. Los franceses destruyeron esta capilla que había resistido á los atentados furiosos del protestantismo; pero Dios permitió que la estatua milagrosa de la Virgen fuese salvada á tiempo. En el año de 1803 se colocó con mucha solemnidad en la iglesia de Einsiedeln, y en 1817 recobró alguna parte de su antigua magnificencia, gracias al concurso de los mas distinguidos artistas y de las abundantes limosnas de los fieles.

El monasterio de Einsiedeln no se levanta ya bajo un cielo benigno; su campanario cubierto de nieve una gran parte del año, se destaca sobre nublados sombríos, que encierran las grandes heladas. En sus pies se extiende una tierra estéril, donde cosechas miserables sazonan con gran dificultad; allí no se encuentran sino frutos vanos y sin sabor, y los campos no se alegran sino por la linda flor de lila de la manzana de tierra; pero nuestra Señora se complace en manifestar su poder, y el camino pedregoso de la montaña santificada, está regado con la sangre mas noble de Germania; porque mas de un conde del imperio, mas de una noble señora alemana se imponen el deber de subir descalzas á Einsiedeln; en la vieja Alemania aun queda algo del fervor de los valientes de Federico. En cuanto á las poblaciones católicas de la Helvecia, nada iguala á su confian-

za en nuestra señora de las Ermitas, y existen pocas familias aun en los cantones mas lejanos donde se dispensen de esta antigua romería.

“La primera cosa que se sorprende en la bella iglesia de Einsiedeln, dice un viajero francés que la visitó en 1830, es la capilla milagrosa donde la modesta imágen de la Virgen santísima se halla expuesta. Se decía la misa, y una gran concurrencia de fieles, hombres, mujeres y niños de todo rango y de toda edad, asistían al santo sacrificio aguardando con fervor el momento de la comunión; en otro lado se atropellaban al rededor de los confesonarios, y mas allá, después de haber comulgado, escuchaban en las capillas laterales la misa de acción de gracias. Casi todos los cantones de la Suiza tenían sus representantes en aquel lugar; allí se veían los grandes faldellines de Friburgo, la saya corta de Guggisberg, el talle adornado de cadenas de plata y el boton adornado de encaje negro de las mujeres de Berna, los moños blancos de Schwytz, el collar de terciopelo de Schaffouse y la gorrita del Valois. En un grupo mas lejano y que presenciaba las ceremonias con cierta especie de respeto habria conocido cualquiera las cintas, los chales y la apostura elegante de las mujeres de Francia. Los hombres menos numerosos y vestidos con mas uniformidad, traicionaban igualmente su origen por ciertas diversidades de fisonomía; podíase reconocer entre ellos franceses, alemanes italianos; pero el respeto y el fervor eran iguales en todos.”

En una visita de devoción á la abadía de Einsiedeln, la reina Hortensia, aquella encantadora y desgraciada princessa que en los días de su esplendor constituía el mas bello adorno de la corte de Napoleon, depositó sobre el altar de la celebre Madona suiza una soberbia rama de *hortensia* con grandes diamantes; aquel *ex-voto* era el de una madre que no tenia sino un solo hijo á quien amar sobre la tierra y que rogaba á la Madre de Cristo para que protegiese y libertase de todo mal á un joven de alma noble y grande que recordaba muy bien que habia nacido al ruido del cañon de Wagran y en medio de las hazañas fabulosas de la época imperial. . . . ¡Ojalá la hija de Josefina, la emperatriz popular, sea escuchada de la Virgen santísima á quien ella imploró tan ardientemente durante su vida, lle-

na toda de nobles!.... ¡Ojala la Madona de Cinsiedeln pueda inspirar pensamientos de justicia y de grandeza á aquellos que tienen en sus manos la llave del sombrío y triste castillo donde languidece hace tanto tiempo el sobrino de Napoleon!.... ¡Ojala en un momento feliz quiera hacer recordar que en 1815 el emperador á ruegos de la reina Hortensia permitia á la duquesa de Orleans y á la duquesa de Borbon que se quedasen en Francia, asignando á la primera 40.000 francos de renta y 20.000 á la segunda!.... ¡Ojalá, en fin, quiera murmurar á los oídos de aquel á quien concierne, que la prision de un príncipe es un mal precedente para otros y que es peligroso dejar á los pueblos ejemplos semejantes!

Se han escrito volúmenes en Suiza sobre los milagros obrados por la Madona de Cinsiedeln; escogeremos entre aquellas narraciones maravillosas una pequeña leyenda fantástica del siglo XVII que hemos encontrado en un libro piadoso y muy raro impreso en Friburgo. Los suizos creían piadosamente en la autenticidad de esta extraña historia; los franceses son libres de no hacerlo.

En una de aquellas inmensas salas de la edad media cuyos muros estaban adornados de pinturas al fresco, del género mas horrible, y al rededor de las cuales se veían esos bancos de piedra que no se encuentran sino en las mansiones feudales de Alemania, estaban sentados á la mesa algunos gentileshombres de la Helvecia que hacían circular el vino del Rin en enormes copas. En lo mas bello del festin tudesco y mientras que un jóven oficial llamado Bertoldo decia las mas grandes locuras, se introdujo un peregrino que marchaba descalzo á Nuestra Señora de las Ermitas, y el que se habia visto forzado á pedir la hospitalidad porque la aproximación de la tempestad hacia ya gemir los grandes pinos de un bosque vecino y rugir las ondas del lago que se extendia al pié de la montaña. El señor castellano se levantó de su lugar y condujo cortesmente á su nuevo huésped al lado de una vasta chimenea gótica, donde ardian robles casi enteros. Cumplido aquel deber, volvió á la mesa, y Bertoldo, sin respetar la austeridad del viajero, empezó otra vez las conversaciones insensatas é impías que habia interrumpido, arrojando de vez en cuando al peregrino una mirada de sosia-

yo, como para asegurarse del efecto que producian sobre él sus audaces y malas palabras; pero el rostro pálido y enflaquecido del santo hombre conservaba la inmovilidad del mármol. Concluido el festin los convidados pidieron sus caballos para volverse cada uno á su casa: "La noche está sombría, dijo el castellano al jóven descreido, que tenia el honor de pertenecer á su familia tú tienes que pasar un desfiladero frecuentado por los espíritus errantes que durante las tinieblas corren el mundo para hacer mal; temo que te encuentres con algun suceso desgraciado: créeme, quédate.

—Bah, respondió riendo el oficial, que estaba al servicio de la Francia; yo no temo ni á Dios ni al diablo.

—¿Estais bien seguro deello? preguntó el peregrino con un tono de sombría chanza que hizo estremecer á todos.

—Tan seguro, honrado peregrino, que brindo á la salud de Lucifer, y le suplico que me sirva de escolta esta noche si por acaso la tiene disponible.

—Bien lo merecieras, respondió el señor de la casa poniéndose pálido.

—Roguemos por vos á nuestra Señora, dijo el viajero sin volver la cabeza, porque bastante necesidad tendreis de ello.

—Os lo dispengo, respondió Bertoldo haciendo al santo hombre un saludo chocarrero. Algunos momentos después estaba á caballo, y tarareando un estribillo báquico bajaba la pendiente de matorrales que coronaba el castillo.

La luna era adelantada, el silencio profundo y la soledad absoluta. La luna llena y solitaria brillaba á intervalos entre gruesos nubarrones negros, sobre un cielo sin estrellas, mientras que grandes relámpagos surcaban el horizonte. El jóven gentilhomme, ya sea por un motivo ó ya por otro, no contó mas, pero juraba siempre. Llegó en fin al sitio peligroso que le habia indicado su pariente, que llevaba el nombre muy conocido en la Helvecia de *Camino del Diablo*. Era una garganta profunda escavada entre las paredes rojizas de dos montañas; un lugar siniestro donde el colono de los Alpes apenas habia osado aventurarse á mediodía. En aquella hora avanzada á la que el silencio, la oscuridad y las supersticiones hacían mas espantoso, el jóven suizo, mas inquieto cada instante, llevaba maquinal-



mente la mano á su espada, y avergonzado después, se reía de su miedo. "Ya he conjurado solemnemente á Lucifer para que me sirviera de porta-antorcha, dijo el descreído, que deseaba dar á su orgullo la satisfacción de una bravata; pero ó el bribón se hace el sordo... ó el infierno está vacío."

El trueno retumbó entonces á lo lejos y un largo relámpago iluminó los bosques y la montaña, dejándole ver dos manos asquerosas posadas sobre la cabeza de su caballo. "¡Ah!" gritó el oficial que sentía ponerse pálido; después recobrando su insolencia, exclamó agitando su espada fieramente: "¡Fuera! canalla del infierno, ¡dos miserables *bergmaennlein!* (manos); esto es bueno para un vaquero de los Alpes."

Los *bergmaennlein* desaparecieron, y el galope de dos caballos que descendían con la rapidez del viento la pendiente casi vertical de la montaña, hizo volver á Bertoldo suavemente la cabeza: eran dos caballeros cubiertos de armas negras y montadas en caballos del mismo color; sus ojos brillaban cual carbones encendidos á través de sus mismas caídas; á sus brazos estaba atada por cadenas de acero bruñido el mongenstern de la antigua Alemania y una clava de combate guarnecida de grandes puntas de hierro que aparecían rojas aun de sangre humana, mientras que dos fuegos fátuos jugaban sobre sus cascos á manera de garzotas.

Los sombríos caballeros colocaronse en silencio, al lado del pálido oficial; arañaron las riendas de sus manos temblorosas y los tres caballos partieron con la viveza del relámpago; las montañas desaparecían unas tras otras, chispas de fuego saltaban de los guijarros esparcidos por el camino, y las distancias no se percibían si no se devoraban. Los frágiles puentes de ramas flexibles bajo los cuales rugían espantosas cataratas y en los que no se habría atrevido á asentar el pié el mas atrevido cazador, los salvaban con pasmosa celeridad. Llegaron así á la region de los eternos bienes, y los caballos redoblando su furia se dirigieron hácia un abismo en el fondo del cual el ruido apenas perceptible de un torrente, redaba en una profundidad vertiginosa. De repente, del fondo de aquellas tinieblas enrojecidas á intervalos por fuegos subterráneos, se levantaban una multitud de voces roncadas y ahuecadas: "¡Venganza! ¡venganza!

gritaban, que se nos entregue el seductor, al falso amigo, al duelista!—Os lo traemos ya," respondieron los caballeros agitando sus pesados clavos de combate.

Un sudor helado corría de la frente de Bertoldo, sus cabellos se erizaban de espanto y sus facciones se contraían por estremecimientos de horror, porque en el número de aquellas voces cruzadoras habia acentos muy conocidos, voces que le llegaban á el alma; los remordimientos comenzaban á hablar mas alto que el miedo.

"Venga á nosotros el jugador desenfrenado, el maldiciente, el blasfemo, el perjuro!" gritaron las voces del abismo.

Los lúgubres guías de Bertoldo reían bajo las viseras de sus cascos, pero reían con una risa metálica, horrible, que helaba la sangre, al mismo tiempo que respondían á las voces subterráneas: "Os lo traemos, os lo traemos ya!"

"¡Venga á nosotros el impío!"

—¡Hele aquí! gritaron los negros caballeros.

Los tres viajeros llegaban en ese instante al borde de una roca fracturada, bajo la cual se abria el abismo, que reclamaba imperiosamente al gentilhombre de la Helvecia. Un segundo mas y todo habria concluido... Pero he aquí que los dos caballeros en medio de su furioso galope, quedan inmóviles como dos estatuas ecuestres de mármol negro. El murmullo lejano de una campana vino á espirar sobre los peñascos emblaquecidos por la nieve; era el oficio de media noche que tocaban en Nuestra Señora de Einstedeln. Bertoldo comprendió que la influencia de la Virgen habia paralizado el terrible poder que le arrastraba á los infiernos, y santiguándose á toda prisa, se encomendó ardiente y sinceramente á la Madona protectora, que parecia intervenir entre él y el castigo ejemplar que confesaba contrió haber merecido. La campana cesó y el jóven oficial sintió una horrible opresion de corazon al ver á los dos caballeros agitarse violentamente sobre sus corceles negros; pero la voz del arrepentimiento habia penetrado hasta el trono estrellado de María, y las fantasmas después de un rato de pesar y de rabia, se precipitaron al fondo del abismo dejando á Bertoldo sobre el borde. La luna, que se habia desempañado de

las nubes que poco ha habían oscurecido el cielo, brillaban como una lámpara de plata en lo alto de la bóveda del firmamento alumbrando magníficamente el paisaje; el caballero reconocía con viva sorpresa que se hallaba sobre una de las llanuras mas elevadas de Rigi, de la cual pudo apenas descender con mil trabajos. Algunos días después, el jóven señor, con profundo asombro de sus compañeros de placer, marchaba descalzo á Nuestra Señora de las Ermitas, y en satisfaccion de sus orgas hacia el voto de que á excepcion de la agua de los manantiales, ninguna otra bebida pasaria por sus labios.

En un rincon ignorado del canton de Untewald, á orillas de un sendero que cual una larga serpiente ondula entre los fragmentos destruidos con que están cubiertos los flancos de la montaña, en el paraje mas estrecho en donde el viajero contemplando á sus piés los mas profundos precipicios y sobre su cabeza los peñascos mas espantosos se adelanta como entre dos amenazas de muerte, se eleva un profundo oratorio abierto, y adornado de alegres pinturas que representan á la Virgen santísima. Aquella dulce imagen así colocada lejos de toda habitacion y de todo socorro ha recibido, el nombre de Nuestra Señora del Pasajero. Ese lugar, continuamente maldito, se llamaba en tiempos muy remotos el *Coladero del diablo*. Después de haber buscado los medios de hacerle mas seguro, se imaginó fabricar una capilla y colocar una santa imagen, á fin de que cualquiera que fuesen el espanto ó el peligro, ninguna persona se olvidase invocar el nombre del buen Dios y hacer la señal de la cruz. ¿Pero dónde encontrar obreros bastante atrevidos para ir á trabajar allí? Entretanto se presentaron muchos, que después de haber armado su corazon por medio de la piedad y con la asistencia de la santa misa, resolvieron marchar á aquel paraje. Entonces la Madre de Dios, para probar á aquellos obreros piadosos que le era agradable esa resolucion con que luchaban entre los terrores supersticiosos y los peligros reales, "ató los peñascos vacilantes con hilos de la Virgen, asegurados á los tallos de las yerbas y á los muros de las rocas." Desde aquel tiempo, dicen los suizos, de Unterwald, el pasaje es muy seguro y no se encuentran peligros ni de dia ni de noche. Nuestra Señora es tan buena, que protege á todos los viajeros

no solo á los que van á verla, sino tambien á los que pasan sin honrarla.

La romería de María-Zell en Austria no cede en nada en celebridad á Nuestra Señora de Einsiedeln. Su fundador, cuyo nombre se ha perdido, era un religioso de la abadía de San Lamberto que hácia la mitad del siglo XII vino á establecerse en el valle de Affleuz á fin de convertir á la fe algunas poblaciones corintias idólatras aun. Aquel piadoso aleman llevaba con él una pequeña estatua de la Virgen santísima y tallada en madera de tilo, que expuso á la veneracion de los neófitos y que á falta de altar colocó sobre el tronco secular de un árbol caido. Los pastores corintios abrigaron mejor aun á la pequeña Madona, pues la pusieron en una choza semejante á las cabinas de los leñadores, y venian en tropel á esa pobre casilla, donde sus sencillas oraciones eran continuamente escuchadas por la poderosa Virgen.

Tales fueron los humildes principios de esa famosa romería, cuyos peregrinos de hoy son príncipes y emperadores. En 1230 Enrique Margarie de Moravia y su mujer Ana, en reconocimiento de una cura milagrosa obtenida por intercesion de Maria, hicieron fabricar la capilla de piedra que se ve en medio de la iglesia, y cuyo altar recibió la imagen, que habia quedado hasta entonces sobre el tronco del árbol. Luis I rey de Hungría, después de una victoria inesperada sobre los turcos, hizo fabricar la iglesia que rodea la capilla. Los musulmanes llegaron en 1530 hasta María-Zell, pero en el momento en que su jefe dirigia la punta de su lanza contra la estatua milagrosa de la Virgen, quedó ciego, y sus soldados aterrados de espanto emprendieron la fuga. Los emperadores Matías, Fernando II, Fernando III y Leopoldo I fueron en peregrinacion á María-Zell. María Teresa hizo allí su primera comunión en 1728; el emperador Francisco fué tambien en 1814, y el emperador actual, que no es menos devoto á Maria que sus grandes abuelos, hizo esta romería con su esposa y una gran parte de su corte. Una ofrenda magnífica de piedras preciosas señaló la munificencia de dos ilustres peregrinos que iban á implorar el apoyo de la reina del cielo para gobernar sabia y paternalmente sus pueblos cual lo hicieron sus gloriosos y católicos predecesores.

A orillas del mar de Iliria y á trescientas cincuenta toesas sobre el nivel del mar, se levanta una montaña que lleva el nombre de *Monte Santo*: sobre la cima de aquella montaña hay un monasterio de franciscanos, al cual se va á reverenciar la imagen milagrosa de Santa María de Castagnizza; el rey Carlos IX, un príncipe benéfico, monarca piadoso, reposa allí bajo la guarda de la ilustre protectora de la Francia; un día quizá, cuando las pasiones tormentosas hayan calmado, se concederán seis pies de tierra francesa al descendiente de San Luis, de Enrique IV y de Luis XIV.

En el palatinado de Kalisz, en Polonia, existe una pequeña ciudad sentada sobre una altura en una situación fortísima, donde el viajero que reconocía aquel reino en el año de 1750, no deraba ya las fortificaciones á la *moderna*. Esta ciudad, que estaba guardada en otro tiempo por compañías de ordenanza, era la de Czenstochowa, mucho mas célebre aun por su abadía de los *Padres de la Muerte*, ó sea religiosos de la congregación de San Pablo, la cual encerraba una imagen milagrosa de María. Los polacos y los extranjeros corrian á este santuario donde cada peregrino rico dejaba magníficas ofrendas. Además de la imagen de la Madona, la cual afirmaban los religiosos que era el verdadero retrato de la Virgen pintada por san Lucas, opinión muy aventurada, exponían á la veneración de los fieles una reliquia de menos autenticidad, la mesa en que acostumbraba comer la santa familia. Centinelas polacos de honor estaban colocados á la puerta del santuario de Nuestra Señora de Czenstochowa, como tambien en diferentes parajes del monasterio, y cada mañana se colocaban flores recién cogidas, á los pies de la Virgen; pero toda la gracia alegre y dulce del culto de María, no podía impedir que se sintiese en aquella santa capilla una especie de terror religioso que helaba la sangre.

Las catacumbas con sus lúgubres decoraciones y osamentas humanas, no eran ni con mucho tan espantosas como aquellos monges parecidos á espectros, que llevaban sobre sus negros vestidos cabezas de muertos con dos huesos en cruz, tales como se les ve en los estandartes mortuorios, (3) y que pintaban calaveras en todos los parajes de su iglesia. Esta devoción á la Virgen de Czenstochowa, ha sido trasplantada á Francia

por los polacos de nuestros días. Una piadosa familia de Polonia que habitaba en las cercanías de París, conmovida por un sentimiento parecido á aquel que condujo á la viuda de Hector á dar el nombre famoso de Simois á un oscuro arroyuelo del Epiro, concibió la idea verdaderamente tierna de inaugurar en un viejo roble del bosque de San German la imagen de la Madona tutelar de la Polonia. El 13 de agosto de 1840 á presencia de un numeroso concurso de polacos de ambos sexos, un sacerdote polaco tambien, consagró la imagen santa en el bello árbol que se le habia escogido para templo, por falta de oro sin duda para fabricarle uno mejor; entonces arrojándose toda aquella asamblea sobre la yerba, se puso á rezar con una voz llena de emoción y de lágrimas, las letanías de la Virgen santísima; en seguida se rogó por los muertos, por la patria ausente, y pidieron al cielo dias mas prósperos, retirándose después de haber fortificado su valor con el sentimiento religioso que hace sobrellevar tantos males.

La Bélgica se ha distinguido siempre por su tierna piedad hacia María. Ella posee y posee aun numerosas romerías, entre las cuales solo citaremos la de Nuestra Señora de Hall, de quien Justo Lipsa, uno de los sabios mas distinguidos del siglo XVII, nos ha dejado una interesante descripción.

Nuestra Señora de Hall, situada en una linda ciudad rodeada de un agradable paisaje que riega el Sena, pasa por una iglesia encantadora en esta tierra tan católica desde los antiguos Países Bajos, donde las iglesias son magníficas. La estatua es de madera dorada y está coronada de oro finísimo. La Virgen sostiene en una mano á su divino hijo, y en la otra lleva un lirio, aquella flor encantadora emblema de la castidad, que los habitantes de los Pirineos nombran poéticamente *Andredana María arrosa* (la rosa de la Virgen María). En otro tiempo llevaba sobre el pecho seis gruesas perlas con un bello rubí en el medio. Doce ciudades y villas que habian sentido los efectos de su protección, se habian encargado de sus vestidos. El primer domingo de setiembre, sus diputados en testimonio de su reconocimiento y de su consagración, le llevaban doce vestidos magníficos. En aquel día se hacia una solemne procesion, en la cual los diputados de las doce ciudades paseaban en triunfo á

la Virgen por todo Hall y sus arrabales. El día de Pentecostés los habitantes de Lieja tienen tambien la costumbre de venir allí en procesion. (4)

Muchos príncipes han contribuido á enriquecer este santuario. Según Justo Lipsé, sobre el altar se encuentran los doce apóstoles y á las extremidades dos ángeles con antorchas, siendo todo de plata. Ningun altar ofrecia un número tan grande de lámparas, de cotas de armas, de estandartes, de cruces, de cálices y de tan diversas figuras de oro y plata. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, le habia regalado entre otros ricos presentes, una segunda estatua de la Virgen con un soldado y un caballo de plata, uno y otro armados de todas las piezas; Carlos su hijo la regaló un halcón de plata; el emperador Maximiliano enriqueció este santuario con un árbol de oro; Carlos V con una cota de armas; el papa Julio III con una lámpara de plata. En cierto lugar se veian las estatuas del emperador Maximiliano, de Alberto duque de Saxe y arrodillada la de uno de sus certisimos. Sobre sus cabezas estaban las banderas con las que los vencedores habian prestado homenaje á María; velase tambien un *Remontrance* de plata dorada de un peso considerable, dada por Enrique VIII rey de Inglaterra. El mismo Justo Lipsé no contento con haber escrito la historia de nuestra Señora de Hall, colgó su pluma de plata delante de la imagen de María.

Después del Santo Sepulcro y de San Pedro de Roma, no existe en toda la cristiandad una romería mas famosa que la de la *Santissima Casa di Loreto*. La santa casa de Nazareth fué venerada por los cristianos desde el tiempo mismo de los apóstoles, y santa Elena la rodeó de un templo que recibió el nombre de Santa María. Bajo la dominacion de los califas árabes, una multitud de peregrinos francos venian á adorar á Dios y honrar á su Madre en aquella sencilla y pobre morada donde Jesús y María habian llevado por tan largo tiempo una vida laboriosa y retirada; pero cuando los turcos seldjucidas hubieron sojuzgado á sus antiguos amos, los peregrinos de Europa que se aventuraron á penetrar en la Siria para visitar á Jerusalem y Nazareth, sufrieron los mas bárbaros tratamientos, cuya narracion inflamando á los corazones del Occidente entero, los precipitó sobre el Asia.

Quando Geofredo de Buillon fué proclamado rey de Jerusalem, Tancredo, cuyas altas hazañas ha cantado el Taso, fué nombrado gobernador de Galilea; aquel príncipe era muy devoto de María, lo probó aun mas con las suntuosas ofrendas con las que enriqueció la iglesia de Nazareth.

Después de la desastrosa expedicion de san Luis, aquel rincón de tierra que se miraba como la cuna del cristianismo, fué defendido palmo á palmo por los bravos caballeros del Temple, que vertian lágrimas de rabia y de sangre á la vista de lossantos lugares profanados por los sarracenos.

La Galilea, regada con la sangre de los guerreros latinos, habia llegado á ser mahometana. «Dios no quiso, dice el padre Torsellini, (5) que la santa casa de María quedase expuesta á las profanaciones de los bárbaros, y la hizo trasportar por los ángeles á Esclavonia y de allí á la Marca de Ancona, en medio de un bosque de laureles que pertenecia á una piadosa y noble viuda llamada *Lauretta*. Corrió el rumor, añade, que á la llegada á la casa santa, los grandes árboles del bosque italiano se inclinaron en señal de respeto, y que habian permanecido de aquella manera, hasta que cayeron abatidos por los vientos, el hacha ó la ancianidad.

La iglesia de *Loreto*, una de las mas bellas de Italia, ha sido adornada á gusto de los papas, que como el resto de los fieles iban allí en romería. Tres puertas de bronce cincelado dan entrada al templo, en el centro del cual se levanta la santa casa con su vestido de mármol blanco bordado de magníficos bajos-relieves, que el Brayante diseñó, habiéndolos ejecutado Sansovino, Sangallo y Bandinelli.

La estatua milagrosa de la Madona tiene treinta y tres pulgadas de altura; está tallada en cedro, cubierta de magníficos vestidos y colocada sobre un altar resplandeciente de piedras preciosas; (6) se asegura que el nicho que ocupa está cubierto de planchas de oro, (7) y un gran número de lámparas de plata maciza arden continuamente delante de ella.

La sala del tesoro no ostenta ya las riquezas que podrian pagar el rescate de la Italia, pero aun en nuestros dias ha recibido magníficos donativos de los príncipes y de los papas. Entre aquellos regalos piadosos se nota un viril de oro enriquecido de

diamantes, un cáliz y un incensario ofrecidos á la Madona por el emperador Napoleon, un cáliz de plata dorada adornado de rubies y aguas marinas, ofrecido en 1819 por el príncipe Eugenio Beauharnais; otro cáliz enriquecido de diamantes por la princesa de Baviera, su esposa; una gran cruz de oro y de diamantes, y una corona de amatistas, de rubies y diamantes ofrecidos en 1816 por los reyes de España, cuando su peregrinación á Loreto; un ramillete de diamantes ofrecido en 1815 por María Luisa, hermana del rey de España, reina de Etruria y duquesa de Luca; un corazón inmenso de oro purísimo con una piedra preciosa en el centro, colgado en una cadena de esmeraldas y de amatistas, don del emperador de Austria á la Madona. Sería imposible enumerar las piedras preciosas y los ricos presentes de toda clase ofrecidos por príncipes y reyes bajo el sencillo título de *dono di una pia persona*, en el registro que contiene el nombre de los bienhechores *della Santa Casa*.

Las bellas letanías de Nuestra Señora de Loreto fueron el *ex-voto* con que un célebre compatriota florentino de los primeros años del siglo XVIII pagó un milagro á la Virgen santísima. Aquel compositor, nombrado Barroni como Beethoven, perdió de repente el oído, y después de haber agotado inútilmente los socorros del arte, invocó el de María y partió en peregrinación á Nuestra Señora de Loreto. Allí, después de haberla invocado con fe, se vió sano, y en su reconocimiento por la santa Madona, improvisó en su alabanza un coro, que bajo el título *Litania della Santa Casa*, fué ejecutado por primera vez el 15 de agosto de 1737. Esta letanía se cantaba después todos los años en la fiesta de la Madona. Pasando Rossini por Nuestra Señora de Loreto, se encantó con aquella cantinela y la *ar-rojó*, dice él, en su *Tancredi*. (8)

Los papas han querido testificar su respeto á María haciendo su milagroso santuario de Loreto el objeto de su devota solicitud. Gregorio XIII fundó un colegio en el recinto de Loreto para los jóvenes ilirios, como para consolar á los dálmatas de la pérdida de la Madona, que no se detuvo un momento entre ellos sino para emprender su vuelo á las bellas riberas de la Italia. Sixto V fundó la orden de los caballeros de Loreto, consagrados á defender particularmente el litoral del Mediterráneo ita-

liano contra las correrías de los berberiscos. Benedicto XIV embelleció con una generosidad verdaderamente perseverante este santuario, donde Pio VII después de su cautiverio vino á arrodillarse antes de entrar en Roma, dejando como una señal de su paso un soberbio cáliz de oro con esta inscripción: "Pio VII, soberano pontífice, libertado el día de la Anunciacion de la Virgen santísima á su paso de Francia para Roma, ha dejado en Loreto este monumento de su devocion y de su reconocimiento." Su santidad Gregorio XVI hizo igualmente su romería á Loreto.

En España se ha consagrado al culto de María el Monserate, un monte aislado que se encuentra á diez leguas de Barcelona, y que era, segun el célebre naturalista Humboldt, el grande Atlas de los antiguos, al pié del cual el bello reino de Valencia ostenta las manzanas de oro del jardin de las Hespérides. Aquella montaña, que á su forma extraordinaria debe su nombre de *Monte Serrats* (montaña aserrada), parece compuesta de diversas rocas que la muestran dividida y cubierta de conos espirales ó copas de pinos, dispuestas de tal manera que se cree de lejos como obra de los hombres. A distancia aparece un monton de grutas y de pirámides góticas: de cerca cada cono se ostenta solo como una montaña, y todos estos conos terminadas por peines de pastor, una planta que hace mucho ruido cuando el viento sopla con alguna fuerza sobre ellas, formando toda ella una masa enorme de cerca de cinco leguas de circunferencia. Probablemente debida á esta singular configuración es que se inventó la fábula de los gigantes que habian hacinado montañas sobre montañas para escalar el cielo.

Sobre una meseta de esta célebre montaña se fabricó el soberbio convento dedicado á la Virgen santísima, y el cual es una de las mas célebres romerías de la cristiandad. Una inscripción del año 1239, conservada en el convento debajo de un cuadro de la misma época, cuenta de esta manera la fundacion de este bello monasterio: "Bajo el gobierno del conde de Barcelona, Geofredo el Velludo, es decir, en el año 808, tres jóvenes pastores que en una tarde vieron descender del cielo una gran claridad acompañada de una música melodiosa, corrieron á notificarlo á sus padres. El baillío y el obispo de Manresa vinie-

ron con todas aquellas personas al paraje indicado y vieron igualmente la celeste luz; después de haber buscado por algun tiempo, descubrieron la imagen de la Virgen, que quisieron trasportar á Manresa; pero habiendo llegado al lugar donde actualmente se encuentra el monasterio, no pudieron pasar mas adelante. Aquel prodigio movió al conde de Barcelona á fabricar un convento de mujeres, para el cual sacó las monjas de la abadía real de las Puellas de Barcelona; la primera abadesa de Nuestra Señora de Monserrate fué su hija Richilda, que tomó posesion hácia el año de 895. Aquella comunidad de religiosas subsistió hasta 976, en que el conde de Barcelona Borrell, con el consentimiento del papa, entregó el monasterio á los benedictinos.

El convento de Monserrate es un grande y noble edificio, situado sobre una meseta muy estrecha y respaldado á la montaña, que lleva el nombre de Meseta de Santa María; encima se adelantan enormes peñascos que parecen siempre próximos á caer, estando defendidos por tejos de la montaña, cual si fuesen fortificaciones naturales, y por la parte que es la única accesible le defienden seis fuertes torres. Además del convento y de la iglesia de Nuestra Señora, el recinto fortificado encierra un hospicio para los viajeros, un hospital y una enfermería. La iglesia de Nuestra Señora de Monserrate no tiene sino una sola nave, lo que no impide que sea muy espaciosa; las sillas de coro son de un trabajo exquisito. La imagen de la Virgen tiene el rostro casi negro como la de Toledo, la de Guadalupe y muchas otras que se veneran en España; está puesta de pié, representada en una edad ya avanzada, y aunque muy morena, su rostro es gracioso; está sentada sobre una silla hecha en forma de trono y tiene en la mano derecha un globo de donde nace un lirio, mientras que sostiene con la otra al niño Jesús sentado sobre sus rodillas, bendiciendo con su mano derecha y sosteniendo con la otra un mundo superado de una cruz.

Los habitantes de la montaña están divididos en cuatro clases, á saber, los monges, los ermitaños, los niños de coro y los legos, que se suceden sin interrupcion en sus oraciones. La disposicion de los lugares es tal, que desde muchas ermitas se oye el canto del monasterio, y el sonido de las campanas de diferen-

tes ermitas, repetido por los ecos, se corresponde en los recordos de las fragosidades de la montaña. Desde lo mas elevado de las alturas de Monserrate se descubren los reinos de Valencia y de Murcia y hasta las islas Baleares formando así el mas bello panorama del mundo.

Los príncipes y los reyes de España ascendian continuamente á pié el sendero montuoso que conduce al altar de María, y un sin número de cautivos venian á depositar las cadenas que habian llevado entre los moros. San Ignacio de Loyola antes de consagrar su vida á la religion, fué allí á *velar las armas*, siguiendo el uso y costumbres de la antigua caballería, de cuyas reglas tenia llena la cabeza; después de haber orado toda la noche y después tambien de haberse consagrado solemnemente á la Virgen en calidad de su caballero, segun las ideas de guerra que aun bullian en su espíritu y bajo cuya impresion, dice el padre Bouhours, su historiador, conocia las cosas de Dios, colgó su espada en una columna cercana al altar, como una señal de que renunciaba á la milicia del siglo, y después de haber comulgado de madrugada, partió de Monserrate.

Nuestra Señora del Pilar, en Zaragoza, es una de las romerías mas antiguas y magníficas de España. El rey Fernando poco antes de su muerte, fué allí con la reina Cristina, y todos después de haber orado muy devotamente delante de la imagen venerada de la Virgen de Zaragoza, cual verdaderos reyes católicos, le dejaron al partir dos pruebas de su munificencia.

La catedral, dedicada á María, es una gran planta de quinientos piés de largo con tres espaciosas naves y una infinidad de capillas. Los viajeros modernos celebran mucho esas capillas de mármol y de jaspé, á cuyos muros estaban suspendidos *ex-votos* de oro, de plata y de piedras preciosas; sus lámparas de plata proyectaban sobre los muros tapizados de brillantes objetos, una claridad tan deslumbrante, que resultaba al rededor de la estatua, resplandeciente tambien con millares de piedras riquísimas una especie de vértigo de óptica, que la hacia desaparecer completamente en medio de aquella extraña impresion producida por las luces, el brillo del oro y el fuego que brotaban los rubíes y diamantes. El aderezo de la Virgen coloca-

do sobre una columna de jaspe que podría tener tres pies de alto, estaba avaluado entonces en muchos millones.

Una romería muy célebre todavía en España es la de *Nuestra Señora de Guadalupe*. El padre Mariana asegura que esta imagen, que tenía gran fama desde el siglo IV, fué enviada por el papa Gregorio el grande á San Leandro, obispo de Sevilla. En 1340, el rey D. Alfonso dotó aquel santuario que reunía á su dominio privado. Cuarenta y nueve años después D. Juan I lo dió á los monjes gerónimos, añadiendo el señorío de una gran villa que se formó mas tarde. El convento que tomó el nombre de Santa María, está situado en el centro de la ciudad actual, y como los tiempos eran poco seguros aun en la época en que fué fundado, tiene mas bien el aire de una soberbia ciudadela que de un monasterio pacífico. En ella hay un hospital para los pobres enfermos, un hospicio para los extranjeros, dos colegios y dos bellos claustros.

Juan Alfonso, célebre arquitecto español, comenzó en 1839 la iglesia, que tiene tres naves, y cuyas paredes están adornadas con magníficos *ex-voto*, comprobando, dicen los españoles, mas de tres mil milagros auténticos de la Virgen santísima. La imagen de María está sobre el altar mayor, el cual no ha muchos años que alumbraban mas de cien lámparas de plata maciza; está vestida de blanco y lleva en sus brazos al Niño divino. La reina doña María, mujer de don Juan II, su hijo don Enrique, y algunos otros principes, escogieron su sepultura en aquella iglesia, que enriquecieron con magníficos cuadros de Zurbaran y de Jordan.

El culto de nuestra Señora de Guadalupe salvó el Océano, y por medio de milagros se estableció en Méjico, país enteramente consagrado á la Madre de Dios. Una relacion impresa en Roma en 1786, cuenta que un indio convertido, que por oír misa en honor de la Virgen iba todos los sábados á Méjico, distante ocho millas de su aldea, tuvo una milagrosa aparición sobre una colina que gozaba en otro tiempo de gran celebridad entre los mejicanos idólatras, quienes le daban el nombre de *Topijacac*, y la habían consagrado á *Tanantim*, la madre de los dioses. Un sábado, el 9 de diciembre de 1531, pasando el dichoso Diego al pie de aquella colina, oyó una dulce

armonía, que tomó por el momento por el canto de los pájaros, pero que después de haberla escuchado mas atentamente, se vió obligado á atribuirla á los ángeles. Sobre el *Topijacac* se posaba una nube radiosa, de donde se destacaban los mas espléndidos colores, al mismo tiempo que saliendo una dulce voz, llamó por su nombre al piadoso mejicano. Completamente asombrado y no pudiendo darse cuenta de una aventura tan maravillosa, Diego trepó la colina, en la cima de la cual encontró á una mujer de la mas majestuosa belleza: sus blancos vestidos arrojaban oleadas de luz que reflejándose en los peñascos de alrededor, parecían transformados en monstruosos diamantes. La Virgen santísima, porque era ella, dijo á Diego que deseaba que se le erigiese un templo sobre aquella colina, bajo el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe, y añadió que se lo informase así á Juan de Zumárraga, que era entonces el obispo de Méjico. El prelado escuchó en silencio esta narracion y mandó retirarse al mejicano, diciéndole que él necesitaba una garantía positiva de la veracidad de sus palabras y una señal mas segura de la voluntad del cielo. Instruida la Virgen por su enviado de la inutilidad de su embajada, le ordenó que subiese á lo mas alto de la colina y que recogiese un ramillete de flores. No era la estacion de las flores, y además la cima de aquel peñasco no habia producido nunca sino cardos y espinas; pero Diego no por eso dejó de obedecer sin replicar, y su fa fué recompensada, porque al instante se encontró entre las flores mas perfumadas y mas hermosas, é hizo un ramillete que María le ordenó que fuese á presentar al obispo; "él creará esta vez," dijo la Virgen sonriéndose.

Diego volvió al palacio episcopal, donde el magnífico olor que exhalaban las flores que traía ocultas bajo su manto, atrajo la atención de los familiares del obispo, quienes obligaron á Diego á que se las dejase ver, queriendo tocarlas al mismo tiempo; pero ¡oh sorpresa! las flores se habian impreso sobre la tela, y no eran ya sino rosas y lirios pintados! El obispo apareció, y Diego abriendo los pliegues de su vestido, perfumado de un olor celestial, encontró con profunda sorpresa que las flores arreglándose entre sí formaban una deliciosa imagen de María. El prelado después de haberse arrodillado, desprendió el manto de

encima de los hombros del mejicano y lo colocó en su capilla, aguardando que se le erigiese otro santuario, el mismo que se apresuró á fabricar en el lugar designado por la Virgen santísima. Concluido el edificio, se trasportó á la imagen, que hizo desde entonces infinitos milagros, llegando á ser la mas célebre Madona de la América.

No pudiendo contener este nuevo santuario la muchedumbre que corría á él de todas partes, se pensó en fabricar otro hácia el año de 1695. El arzobispo de Méjico Francisco de Aguiar y Seixas colocó la primera piedra, siendo esta la espléndida iglesia que se admira hoy día y en la que se gastaron 2.270.000 libras. El primero de mayo de 1709 se trasportó la santa imagen á este lugar, colocándola sobre un trono de plata valuado en 100.000 pesos.

Multiplicándose las ofrendas de día en día, se han construido ricos altares de bellos mármoles, y se ha enriquecido el tesoro con muchos vasos preciosos. Sola la gran lámpara de plata sobredorada pesa mas de seiscientos marcos, y el trabajo sobrepuja á la materia. Al rededor del santuario se extiende una gran balaustrada de plata que se prolonga hasta el coro, que segun la costumbre española, ocupa el fondo de la iglesia. Esta primera balaustrada está seguida de una segunda de madera preciosa adornada con un número infinito de figurillas de plata de un trabajo exquisito. Un virey de Méjico, don Antonio María Bucareli, rodeó la imagen de una corona de oro macizo, enriqueció el altar con doce candelabros de oro tambien, y en 1749 se fundó un cabildo para servir el santuario. Méjico se consagró solemnemente á nuestra Señora de Guadalupe, y el 12 de diciembre se instituyó en fiesta de guarda, bajo el rito de primera clase, con una octava privilegiada. Benedicto XIV extendió esta fiesta á todos los Estados del rey católico, y una ciudad se levantó al rededor de aquel santuario. Guadalupe es para la América lo que el Loreto para la Europa. La imagen representa una Concepcion immaculada con esta inscripcion: *Non fecit taliter omni nationi.* (9)

Nuestra Señora de Lanipadouze, colocada sobre un islote desierto cual un faro entre Malta y Africa, pero cuya lámpara, alimentada por turno, ya por los cristianos, ya por los musul-

manes, quedó perpetuamente encendida durante muchos siglos, Nuestra Señora de Monte Nero que domina Liorna, cuya iglesia, frecuentada por una muchedumbre inmensa de peregrinos y llena con *ex-votos*, se levanta sobre aquella mar de Toscana á donde en las vigalias de la Virgen las jóvenes italianas van á arrojar las coronas de flores que en otro tiempo ofrecian á las ninfas y á Anfritre; Nuestra Señora de la Misericordia cerca de Savona, en el valle de San Bernardo, el mas bello santuario erigido en honor de María que la piedad del pueblo genovés ha construido jamás en su litoral; Nuestra Señora de la Consolacion en Turin, del Encanto en Moriena, de los Abismos cerca de Chambery; de Passaw, donde los sacerdotes franceses hostigados por las bayonetas revolucionarias, iban á orar para poder volver otra vez á su querida patria, llorando los hermosos rios de la Francia al borde del majestuoso Danubio, el rey de los rios germánicos.

En cuanto á los demás santuarios de María esparcidos por todo el mundo, nos remitimos al Calendario histórico que va á continuacion. Este Calendario, publicado en la memoria de Luis XIV, comprende todas las peregrinaciones de la Virgen en toda la cristiandad y una multitud de fundaciones piadosas que le hacen en extremo interesante; es, por otra parte, una obra muy rara que dificilmente se hallará en ninguna librería. Inútil es decir que gran número de los edificios consagrados á la Madre de Dios que entonces florecian, no son hoy día mas que un monton de ruinas; no en vano han pasado los tiempos y las revoluciones. Este Calendario, que completa nuestro trabajo sobre las peregrinaciones, lo insertamos sin otra garantía que la de las autoridades que el mismo autor refiere con sus fechas y sus milagros, tal cual existe hace ya siglos. ®



## CALENDARIO HISTORICO

DE LAS

## PRINCIPALES FIESTAS

DE LA

## SANTISIMA VIRGEN MARIA

y de algunas iglesias dedicadas en su honor. (\*)

ENERO 3.—*Nuestra Señora de la Sicheva*, en el Ducado de Bravante: se cuenta que esta imagen sudó cuatro gotas de sangre en el año de 1306.—En el día 5 de este mismo mes, año de 1606, fué curado milagrosamente por intercesion de esta imagen un hombre parálitico.

7.—*Regreso de María con Jesús y san José de Egipto á Judea.*

10.—*Nuestra Señora de los Guis*, en Constantinopla, donde se veía uno de los husos de la Virgen con algunas de las mantillas del niño Jesús.

14.—*Nuestra Señora de la Palabra*, en España, llamada así por haber concedido el uso de la palabra á un mudo de nacimiento en el año de 1514.

15.—*Nuestra Señora del Pontico*, en Roma, donde se venera una imagen que se dice traída del cielo por un angel, á la bienaventurada Galla.

16.—*Nuestra Señora de Montserrat*, en España: libertó en este día infinitos cautivos de la tiranía de los turcos.

17.—*Nuestra Señora de la Paz*, en Roma: salvó á la capital del mundo católico del saqueo con que la amenazó, año de 1483, el duque de Calabria, después de haberla sitiado; y en seccion de gracias el papa Sixto IV la erigió un suntuoso templo bajo esta advocacion.

21.—*Nuestra Señora de la Consolacion*, en Roma: esta imagen es célebre por los muchos milagros que ha hecho.

24.—*Nuestra Señora de Damasco*: se asegura salió de esta imagen pintada en madera un aceite milagroso que dió la vida al sultan de Damasco, año 1203, y en reconocimiento este colocó una lámpara delante de ella, para que continuamente esté encendida.

27.—*Nuestra Señora de la Vida*, en Provenza: cuentan las crónicas que esta imagen ha resucitado muchas veces á los niños que mueren sin bautismo, á fin de que pudiesen recibir este sacramento.

28.—*Nuestra Señora del Buen Socorro*, en Francia: esta imagen es muy afamada por sus milagros.

(\*) Siguiendo el consejo de algunas personas respetables, solo publicamos un extracto de este *Calendario*.

30.—*Nuestra Señora de la Rosa*, en Italia; según una crónica antigua, fueron encontradas tres rosas en el mes de enero entre los brazos de esta imagen.

FEBRERO 2.—*La Purificación de nuestra Señora*: esta fiesta fué instituida el año 344, en tiempo que una peste desoladora arrebató diariamente diez mil personas en Constantinopla.

4.—*Nuestra Señora del Pilar*, en Zaragoza, España; llamada así porque en el año 76, según la tradición, la Virgen santísima se apareció á Santiago el Mayor sobre un pilar de jaspe y le mandó fabricar una iglesia que se cree es la primera que se ha dedicado á Nuestra Señora.

9.—*Octava de la Purificación de nuestra Señora*, instituida en la catedral de Saintes, á causa, se dice, que la noche de la octava se oyeron sonar las campanas por sí mismas con mucha armonía. Habiendo los sacristanes acudido á la iglesia, vieron muchos hombres desconocidos que llevaban cirios encendidos y que cantaban melodiosamente himnos en honor de la Virgen, reverenciada en una capilla de esta iglesia bajo el título de *Nuestra Señora de los Milagros*. Entonces, acordándose dulcemente, rogaron á uno de los últimos de aquella augusta y religiosa comitiva que les diera un cirio en prueba de tan sorprendente maravilla, y este cirio se conserva aun con el mayor respeto en dicha iglesia.

10.—*Nuestra Señora de la Paloma*, en Italia, fabricada, dicen, en el lugar que señaló una paloma revoloteando días enteros al rededor de unos alhambres que trabajaban y á los cuales parecía designar el plano de un templo.

16.—*Nuestra Señora del Espino*: llamada así porque esta imagen fué encontrada en un espin blanco.

19.—*Nuestra Señora de la Buena Nueva*, imagen muy milagrosa y venerada.

20.—*Nuestra Señora de Bolonia*, sobre el mar, donde se ve una imagen, que dicen fué traída por los ángeles en un navio, año 633. Luis XI regaló á esta iglesia en el año 1475 un collar de oro del peso de dos mil escudos, y ordenó que todos los reyes de Francia hiciesen el mismo presente á su advenimiento al trono.

21.—*Nuestra Señora del Buen Puerto*, protectora de los marineros.

24.—Este mismo día del año de 1591, habiendo San Gregorio el Grande sacado en procesion la imagen de la Virgen pintada por san Lucas, la peste que entonces destruía á Roma cesó en el acto.

27.—*Nuestra Señora de las Luces*, cerca de Lisboa, en Portugal; hacia mucho tiempo que se observaba una luz en aquel paraje, sin poder penetrar la causa de este fenómeno, cuando la Virgen Maria se apareció á un prisionero y le prometió la libertad bajo la condicion de que haria fabricar una iglesia en este lugar elegido por Maria.

MARZO 1.—Establecimiento de la fiesta de la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora, por Sixto IV, año de 1476, con concesiones é indulgencias para aquellos que asistiesen á la misa.

6.—*Nuestra Señora de Nazareth*, en Portugal; esta imagen ha sido

honrada en Nazareth desde el tiempo de los apóstoles, si hemos de dar crédito á un escrito antiguo sobre la misma imagen.

7.—*Nuestra Señora de la Estrella*, en Portugal; se le llamó así á causa de una estrella que vió brillar un pastor en el lugar en que se fabricó la iglesia.

11.—*Nuestra Señora de los Bosques*, en Portugal; esta imagen fué encontrada en un bosque, en donde habia sido escondida por la reina Malfada, mujer de Alfonso I.

12.—*Nuestra Señora de los Milagros*: se cree que esta imagen se encontró acabada cuando el escultor llamado Romualdo pensaba comenzarla.

18.—*Nuestra Señora de la Emperatriz*, en Roma; una tradicion cuenta que esta imagen habló á San Gregorio el Grande el año de 593.

24.—*Vigilia de la Anunciacion de nuestra Señora*: en este día la Virgen santísima celebró la Pascua en Jerusalem año 49.

25.—*Anunciacion de nuestra Señora*: esta fiesta fué instituida por los apóstoles, y es la mas antigua de todas.

27.—*Aparicion de nuestro Señor á la santísima Virgen inmediatamente de su resurreccion*.

29.—*Aparicion de nuestra Señora á san Domt*, obispo de Clermont en la Auvernia, á quien mandó decir misa una noche en la que él se habia quedado en la iglesia para rezar sus oraciones. Apoyándose el santo contra un pilar como para ocultarse, las piedras se emblandecieron de tal modo que conservaron la impresion de su cuerpo, la cual se ve hoy dia; pero la Virgen le obligó á oficiar, y concluida la ceremonia, le dejó la casulla que los ángeles le habian traído para celebrarla. Este presente celestial se conserva con el mayor respeto en Clermont.

31.—*Nuestra Señora de la Santa Cruz*, templo donde se conserva una parte del velo de la Virgen.

ABRIL 4.—*Nuestra Señora de la Gracia*, en Normandía; es imagen muy milagrosa y su santuario sumamente concurrido.

5.—*Aparicion de nuestra Señora al papa Honorio IV*, para la confirmacion de la orden de Nuestra Señora del Cármen.

7.—*Nuestra Señora de los Desamparados*, en España; esta imagen muy venerada está en una capilla, en la que se dice se oye un gran ruido siempre que es asesinado alguno en las cercanías de la ciudad.

12.—*Nuestra Señora de la Caridad*, en Frandía; dicen que esta imagen ha llorado varias veces.

MAYO 2.—*Nuestra Señora de Oriolo*, en España, donde se conservan los cabellos de la Virgen Maria.

9.—*Nuestra Señora de Loreto*, en Italia; esta capilla es la casa de Nazareth donde el ángel anunció á Maria el misterio de la redencion.

20.—*Nuestra Señora del Sudor*, Italia; dicen que esta Madona sudó sangre y agua el año 1611, presagando así un gran incendio que ocurrió al dia siguiente.

23.—*Nuestra Señora de los Milagros*, en San Omer, en donde se conserva un guante y parte de los cabellos de la Virgen.

27.—*Santa María la Mayor*, en Nápoles, en cuya iglesia se conserva la imagen de la Virgen pintada por san Lucas.

JUNIO 12.—*Cuentan las crónicas* que un día semejante nuestra Señora se apareció á San Herman y le dió un rizo de sus cabellos.

17.—*Nuestra Señora del Bosque*, cerca de Bolonia, sobre el mar. Esta capilla es muy afamada en el país.

20.—*Nuestra Señora de Blaquernes*, en Constantinopla. Posee el sudario de la Virgen santísima.

22.—*Nuestra Señora de Narri*, Italia. Dicen que esta imagen habló á la bienaventurada Lucía, á quien concedió tener en sus brazos al niño Jesús.

25.—En un día igual, año de 431, declaró el Concilio de Efeso que la Virgen debía ser llamada Madre de Dios.

JULIO 2.—*La visitación de la Virgen santísima*. Esta fiesta fué instituida por Urbano IV, año 1385.

12.—*Dedicación de Nuestra Señora de todas las Gracias*, Francia. Esta casa fué establecida por Ana de Bretaña para la fundación de la orden de San Francisco de Paula.

14.—*Nuestra Señora del Zarzal*, Portugal. Esta imagen fué vista por un pastor en medio de un zarzal escondido, y en este mismo lugar se le erigió un templo y un monasterio.

16.—*La fiesta del Rosario*. La tradición dice que nuestra Señora se le dió ella misma hacia el año de 1241 al bienaventurado inglés Simon Stock, y esta devoción se ha extendido después por todo el mundo.

17.—El año 1565, Pio V aprobó la reforma de los carmelitas descalzos, instituidos por santa Teresa.

22.—*Nuestra Señora de la Guardia*, Francia. La Reina de los cielos es muy honrada en esta iglesia, en donde todos los sábados, desde media noche hasta Mediodía, se expone el santísimo Sacramento. Allí se ven más de treinta lamparas de plata con brazos de coral de un tamaño extraordinario.

27.—Los caballeros de Rodas, en el año 430, ganaron una señalada victoria sobre los turcos con el favor de la santísima Virgen, que se apareció sobre las murallas de aquella ciudad, llevando una lanza en la mano; el enemigo espantado se retiró con el mayor desorden, perdiendo además una gran parte de sus soldados.

5.—*Dedicación de Nuestra Señora de las Niervas*, llamada la Mayor, y en otro tiempo del Pesebre, en Roma, á causa de que se guarda allí el pesebre en que nació el Salvador. Fué fabricada por Juan Patricio y su mujer, en el lugar mismo que se encontró cubierto de nieve el 5 de agosto.

13.—*Muerte de nuestra Señora* á presencia de los apóstoles, á excepción de Santo Tomás. Como su divino Hijo Jesucristo, resucitó y subió al cielo al tercer día.

15.—*La ascension de la Virgen santísima*. Segun san Bernardo, esta fiesta fué instituida desde el tiempo de los mismos apóstoles.

18.—*En un día semejante se abrió el sepulcro de la santísima Virgen*, y como señal de que había subido al cielo, no se encontró en ella sino el sudario, que despedía un suavísimo olor.

19.—*Nuestra Señora de Jerusalem*, en Portugal; iglesia construída á imitación de la de Jerusalem. Dicen que la misma Virgen santísima dió el plano.

22.—*Octava de la Asuncion de la Virgen Santísima*, instituida por el papa Leon IV, año 847.

31.—*Dedicación de Nuestra Señora de los Fundidores* en Constantinopla, donde se conservaba el cinto de la Virgen. Habiendo tomado los franceses esta ciudad, aquel precioso tesoro fué llevado por Nirellon, obispo de Saisons, quien lo colocó en la celebre abadía de Nuestra Señora con una parte tambien del velo de la Reina de los cielos.

SEPTIEMBRE 2.—*Nuestra Señora de las Ortigas*, en Alemania. Esta imagen empezó á hacer milagros el año 1441.

16.—*Nuestra Señora de las Buenas nuevas*, en Orleans; fabricada por el rey Roberto, año 996, en el mismo lugar que había recibido la buena noticia de que su padre se había librado de una muerte que parecia inevitable.

19.—*Nuestra Señora de la Salud*, en Gascuña.

20.—*Nuestra Señora de los Pies de plata*, en Lorena, donde se ve una imagen que segun tradicion antigua, avisó á cierta mujer el año 1281, de una traicion que se preparaba contra la ciudad, y en señal de ello la imagen extendió uno de sus pies, que se encontró ser de plata.

23.—*Nuestra Señora de Balbanera* en España: esta imagen fué encontrada en un roble, en el lugar mismo donde aun se ve hoy la magnífica iglesia que Alfonso IV rey de Castilla la hizo fabricar.

27.—*Nuestra Señora del buen Encuentro*. Esta imagen de barro cocido fué descubierta milagrosamente el año 1523.

OCTUBRE 2.—*Nuestra Señora de la Asuncion* en Nápoles: fabricada por las religiosas agustinas, en reconocimiento del beneficio que les hizo la Madre de Dios, advirtiéndolas que dejasen una casa que se desplomó en el instante en que ellas salieron.

8.—*Nuestra Señora de los Dones*, en Avignon. La tradición atribuye la fundación de esta iglesia á santa Marta, y dice fué consagrada por el mismo nuestro Señor.

10.—*Nuestra Señora del Claustro*, en Francia. La imagen de nuestra Señora colocada en el santuario de la Magdalena, fué preservada de un incendio, año 1624, aunque el nicho donde estaba fué reducido á cenizas.

22.—*Nuestra Señora de Bajo de tierra*, á media legua del gran Cairo. Se cree por tradicion que la Virgen vivió en esta capilla subterránea por espacio de algunos años.

24.—*Nuestra Señora de las Ermitas*, en Suiza, donde en otro tiempo había una pequeña ermita en medio de los bosques, ocupada por san Meceruado, hasta que el emperador Othon, segun la orden que había recibido del cielo, la hizo trasformar en una iglesia. Este templo encierra una capilla de nuestra Señora que dicen fué consagrada el año 1418 por nuestro Señor, acompañado de ángeles y de santos que desempeñaban los misterios ordinarios de la Iglesia en presencia de la Virgen.

27.—*Nuestra Señora de la Silla* en Lombardia, del otro lado del

P6, donde está fabricada una iglesia por órden expresa de nuestra Señora.

**NOVIEMBRE 3.**—*Nuestra Señora de Rennes*, en Bretaña. Los ingleses habian hecho una mina para volar la ciudad, y se cuenta que los cirios de la capilla se encontraron milagrosamente encendidos, que las campanas sonaron por sí mismas, y se vió á la imagen de la Virgen santísima extender el brazo hacia el medio de la iglesia, donde se hallaba la mina, que fué descubierta por este medio.

4.—*Nuestra Señora de la Puerta Suiza*, en Milan. La tradición cuenta que esta imagen recibió un día los homenajes de los ángeles, á quienes muchas personas vieron arrojarse delante de ella.

6.—*Nuestra Señora del Valle Florido*, á siete leguas de Lion. Esta iglesia es llamada así, porque la imagen de la Virgen del altar mayor fué encontrada por unos pastores en un ancho prado sembrado de preciosas flores hacia el tiempo de la fiesta de Navidad.

8.—*Nuestra Señora de la Bella Fuente*, en la Rochela. Esta imagen es venerada desde tiempo inmemorial.

12.—*Nuestra Señora de la Gruta*, en la diócesis de Samego, Portugal. Esta capilla se construyó en la misma roca y lugar en que fué encontrada una imagen de la Virgen.

14.—*Nuestra Señora de la Guarda*, en Italia. Esta imagen estaba en la iglesia de Santa Sofia, en Constantinopla, con esta inscripción: "Este cuadro, pintado por san Lucas, debe ser llevado al monte de la Guarda y colocado sobre el altar de la iglesia." Un religioso griego partió para Italia con la imagen, que se le confió hacia el año 433, y la depositó en el monte de la Guarda.

25.—*Nuestra Señora de la Roca*, en Toscana. Esta imagen está colocada en una roca donde dos pastores piadosos se postraban para orar. La Virgen santísima les mandó fabricar una iglesia en aquel lugar.

26.—*Nuestra Señora de los Montes*, en Italia. Esta imagen fué milagrosamente encontrada el año 1500.

29.—*Nuestra Señora de la Corona*, en Palermo, llamada así porque allí era donde los reyes de Sicilia recibían la corona real como heredando que no la obtenían sino de la Madre de Dios y no la querían sino por ella.

30.—*Nuestra Señora de la Grueta*, en Italia. Una pobre mujer llamada Petruccia se propuso fabricar esta iglesia, cosa que parecía imposible á todos; sin embargo, no por eso dejó ella de colocar la primera piedra, y aseguró que no moriría sin que la Virgen santísima la concluyese. En efecto, á poco tiempo después, la iglesia se encontró milagrosamente acabada.

**DICIEMBRE 8.**—*La Concepcion de la Virgen santísima*. Esta fiesta comenzó en el Oriente hace más de 900 años.

10.—*Institucion de las religiosas de la Concepcion de nuestra Señora*, por Beatriz de Libra, á quien se dice que se le apareció la Virgen Maria el año 1484, cubierta de un vestido blanco, escapulario del mismo color y manto azul. Beatriz, hermana del bienaventurado Andrés, tomó aquel hábito para su órden, que aprobó Inocencio VIII.

11.—*Nuestra Señora de los Angeles*, en el bosque de Libori, á cua-

tro leguas de Paris: tres mercederes habian sido maltratados el año 1312 en este bosque por dos bandidos que los atron á los árboles con el designio de dejarlos morir, si no hubiesen recurrido á la Virgen, quien al instante les mandó tres ángeles para que los pusiesen en libertad. Después de este milagro se obraron otros muchos, lo cual ha hecho muy célebre aquella capilla.

15.—*Octava de la Concepcion de nuestra Señora*, instituida por el papa Sixto IV.

19.—El año 657, á la hora en que san Ildefonso retaba matines, dicen que se le apareció la santísima Virgen acompañada de un gran número de bienaventurados, y llevando en la mano el libro que él habia compuesto en alabanza suya, le dió las gracias y en reconocimiento le regaló una casulla blanca. Este celeste presente se conserva aun en Oriado, España, donde Alfonso el Casto le hizo llevar solemnemente á la iglesia de San Salvador, que él habia hecho construir.

24.—*Celebracion del matrimonio virginal de nuestra Señora y san José*, cuya fiesta hace muchísimos años que se celebra.

25.—Este mismo día, á media noche, la Virgen purísima dió á luz al Salvador en el establo de Belen, donde al mismo tiempo brotó una fuente milagrosa.





## NOTAS.

### CAPITULO I.

#### Origen y antigüedad del culto de Maris.

- (1) Wagenseil, *Excerpta ex Gem.*
- (2) *Ecclesi.* c. XLIX, v. 18.
- (3) Benjamin de Toledo, *Itinerario*, p. 70-80.
- (4) Epiphanius, de *Vitis Prophetarum*, t. II, p. 241.
- (5) "Le hizo construir un mausoleo según las costumbres de los iraníes (Iran era antes de Ciro el verdadero nombre del vasto reino que se llama hoy Persia), llenó su cráneo de musgo y ámbar, envolvió su cuerpo con seda de China, le colocó sobre un trono de marfil, como se coloca el de los reyes, y suspendió sobre él una corona; en seguida pintó la puerta de su sepulcro de encarnado y azul." (Fir-dousi, *Libro de los Reyes, Kei Khosrou*.)
- (6) *Viajes de Robert Ker Porter en América y en Escocia.* La tumba actual de Esther y Mardoqueo ocupa el mismo lugar que la antigua, que fué destruida por Tamerlan.

(7) Esta fiesta, que fue instituida por Mardoqueo y Esther, se celebraba con toda solemnidad el 14 ó 15 del mes de Ader, que es nuestra luna de febrero. Los judíos tenían en otro tiempo la costumbre de hacer una cruz de madera, sobre la cual hacían pintar el nombre de Aman, que después hacían pasar por la ciudad, á fin de que la pudiesen ver todos. En seguida la quemaban y arrojaban sus cenizas al río. El emperador Teodosio prohibió representar esta comedia por temor de que se pudiese hacer alusión en ella á la muerte de Jesucristo.

(8) Entre los persas cada mes tenían por protector un ángel: se confiaba á los ángeles la vigilancia de los mares, de los ríos, de los montañas, de los campos, de los ganados, de los árboles, de las yerbas, de los frutos, de las flores y de las semillas; dirigían también los astros; se ofrecían oraciones á los ángeles para obtener su protección en la desgracia. Los persas modernos ofrecen aun sus sacrificios al ángel de la luna. (Firdousi, *Libro de los Reyes*.—Charlin, *Viaje en Persia*.)

(9) Gen., XLVIII, v. 16.

(10) El autor de la *Predicación de san Pedro*, que es muy antiguo y á quien cita san Clemente de Alejandria, hace decir á este apóstol que no es solo necesario adorar á Dios con los judíos, porque aunque ellos hacen profesion de no reconocer mas que un solo Dios, adoran también á los ángeles. (Clem. Alex., lib. V.)

(11) San Agustín habla de las curaciones milagrosas que obraba el polvo del sepulcro de san Juan Evangelista. Aun hoy mismo se ve entre las ruinas de Efeso la iglesia de san Juan.

(12) La historia del martirio de san Policarpo, escrita en forma de carta, á nombre de la Iglesia de Smyrne, por los mismos que habían sido testigos de él, y dedicada á la iglesia de Filomela, contiene estas palabras: "Nosotros retiramos del fuego sus huesos, mas preciosos que el oro y las perlas, y los llevamos á un lugar conveniente, donde esperamos poderlos reunir todos los años para celebrar la fiesta del martirio del Señor, á fin de que nuestros sucesores tengan un estímulos mas para sufrir los mismos combates."—San Policarpo consumió su sacrificio el año 166 el 24 de febrero, dia en el cual la Iglesia de Esmirna celebraba su fiesta en el siglo XIII, como se ve por las actas de san Pedro.

(13) Braepar. Evang., t. XIII, c. 7.

(14) S. Cipr., *Epist.* 28.

(15) S. Crisost., *Hom.* 66 *ad pap. Antioch.*

(16) Duillé, en su libro de las *Traditions des latins*, l. IV, c. 16.

(17) *Toldos Huld.*, p. 115.

(18) *Cronología sacra*. . . al año 35 de Cristo.

## CAPITULO II.

### Los ídolos.

(1) Todos saben el chiste de aquel cortesano de Neron, el cual como se viese injuriado y amenazado por una vieja sacerdotisa, á la cual habia muerto dos ganzos sagrados, gritó con ira arrojándole al mismo tiempo dos monedas de oro: "Tened; he allí con qué podéis comprar dioses y ganzos."

(2) Véase á *Celso*.

(3) Filon da detalles que hacen erizar los cabellos sobre esta costumbre de abandonar á los niños. Los judíos solamente condenaban este uso bárbaro.

(4) Las vestales llevaban el nombre de *Amata*, en recuerdo de Amata, primera virgen romana que se consagró al culto de Vesta. (Aulu-Gell., lib. I, c. 12.)

(5) La austera continencia de las mujeres cristianas, arrancaba gritos de admiración á los mismos paganos. San Juan Crisóstomo cuenta que el célebre sofista Libanio, de quien recibia lecciones de anatomía, al saber por él que su madre habia envidiado á la edad de veinte años y que desde entonces no habia querido casarse otra vez, exclamó volviéndose al auditorio idólatra: "¡Oh dioses de la Grecia! ¡qué mujeres se encuentran entre estos cristianos!" (*Sancti Crisostomi vita*.)

(6) Séneca, *Tratado de los beneficios*.

(7) Los primeros cristianos se reunían para rezar las horas de sexta, de sexta y de nona, segun se encuentra anotado en los Actos de los apóstoles. En la vigilia de las fiestas solemnes pasaban la noche en oracion, y cantaban himnos en honor de Jesucristo, como lo testifican san Basilio y Sócrates.

(8) Los dioses á quienes se llamaba indiferentemente Lares ó Penates, eran las divinidades tutelares de la casa, y recibían su culto. Ofrecíaseles incienso y vino, se les coronaba de flores y se encendía una lámpara delante de su pequeñas estatuas. En Lyon, en el año de 1505, se encontró una lámpara de cobre de dos mecheros, cuya cadena estaba asegurada á un trozo de mármol sobre el cual se leía esta inscripción:

Laribus sacrum.  
P. F. Romam.

Lo cual quiere decir: *Pública felicitati Romanorum.*

(9) Las mas antiguas imágenes de la Virgen, pintadas sobre madera, y cuya rancia antigüedad no está comprobada, llevaban casi siempre un velo azul.

(10) Antes de llegar á Grecia el culto de Mithra pasó á la Persia, en la Capadocia, en donde Strabon, que había viajado allí, dice que vió un gran número de sacerdotes de Mithra. Los misterios de Mithra, que se celebraban en el fondo de las cavernas, tenían algo de horrible, según los santos padres. Inmolábanse víctimas humanas, como aparece por un hecho que cuenta Sócrates en su Historia eclesiástica, el cual dice que habiendo descubierto los cristianos de Alejandría una caverna cerrada hácia mucho tiempo, en la que refería la tradición que se habían celebrado los misterios de Mithra, encontráronse huesos y cráneos de hombres, los cuales se sacaron para manifestarlos al pueblo de aquella gran ciudad.

(11) Plin., lib. X, epist. 97.

(12) Wheeler's Travels.

(13) Pouqueville, Voyage en Morée, t. I.

(14) S. Cir. Alex. Oper. t. V, p. 2.

(15) Los árabes, mientras el sol permanece sobre el horizonte, como el calor es excesivo, se acogen regularmente bajo sus tiendas. Cuando va á ocultarse, salen y gozan entonces del cielo y de la frescura mas agradable. La noche es en parte para ellos lo que el día para nosotros; así es que sus poetas jamás celebran los encantos de un bello día; pero estas palabras: ¡Leilil! ¡Leilil! ¡oh noche! ¡oh noche! las repiten en todas sus canciones. (Sav., nota sobre el c. 7 del Coran.)

(16) Geladeddin, nota sobre el c. 16 del Coran.

(17) Los árabes idólatras tenían muchas hembras de camellos consagradas á los dioses de la Caaba, y la nata de su leche servía

para las libaciones. (Lavy en una nota sobre el c. 5 del Coran.) Los habitantes de la Meca ofrecían una porción de sus frutos y de sus rebaños á Dios y otra á sus ídolos. (Selafeddin, nota sobre el c. 6 del Coran.)

### CAPITULO III.

#### Las catacumbas.

(1) Sabemos por Arnobio y Eusebio que el Evangelio en los tres primeros siglos se había extendido mucho mas allá de la dominación romana entre los persas, los setas, los ceitas y muchos otros pueblos que no se citan. (Arnob. Adv. Gentes, lib. II, c. 12.—Euseb. Demonstr. Evang., lib. III, c. 5.)

(2) Mich., V, 7.

(3) Uno de los altares sobre los cuales se cree que celebró san Pedro el oficio divino y que el papa san Silvestre encerró bajo el altar mayor de San Juan de Letran, fué el examinado el 29 de marzo de 1658, bajo el pontificado de Alejandro VII, por el caballero Baromini, de acuerdo con el sacristan mayor de la Basílica; tiene cuatro palmas de ancho y ocho de largo; su forma es la de un cofre.

(4) Tacit., Annal., lib. XV, c. 44.

(5) Esta primota persecucion, terriblemente cruel, fué ocasionada por el incendio de Roma, á la cual el mismo Nerón había prendido fuego, atribuyéndolo después á los cristianos, vistiéndose á catos de túnicas empapadas de pez ó de otras materias combustibles, y después se les prendia fuego, á fin de que pudiesen servir de antorchas durante la noche. Nerón dió un espectáculo en sus jardines, en el cual condujo sus carros á la luz de antorchas tan funestas. (Véase la Hist. Ecclési. t. I, p. 98.)

(6) Apolog. S. Just.

(7) S. Amb., de Virg., lib. I, c. 6.

(8) Véase á Prudencio en sus dos libros contra Simaco. Según este autor, la familia de Anicio fué la primera familia patricia que abrazó el cristianismo en Roma.

(9) Flavio Clemente, primo hermano de Domiciano y cuyos dos

hijos habían sido nombrados por el mismo emperador para sucederle en el imperio, apenas hubo dejado el consulado cuando fué entregado á la muerte como cristiano. La princesa Demetila su mujer, cristiana tambien, fué abandonada en una isla. (*Hist. Ecclés.*, t. I, p. 105.)

(10) El templo de Juno Lucina era frecuentado con preferencia por las mas grandes matronas de Roma, y la entrada estaba vedada á los cortesanos; allí era donde las madres hacian votos para casar ricamente á sus hijas.

(11) *Apolog.* Tertull.

(12) Luciano, *de Morte Peregrini.*

(13) Astolfi, *Delle Imagini miracolose.*

(14) M. Raoul-Rochette atribuye la invencion de estas pequeñas estatuas á los gnósticos; pero los mismos gnósticos las hacian remontar á un tiempo mucho mas remoto que el de su secta. Segun todas las apariencias, este uso se estableció entre los primeros patricios de Roma que se convirtieron al cristianismo. Las imágenes de Jesucristo, de la Virgen y de los apóstoles, sustituyeron á las de la Fortuna y á otras muchas divindades que se colocaban coronadas de flores sobre el altar de los lares, siendo tan pequeñas, que en caso de necesidad se podian llevar consigo. Una de estas figurillas, que representaba á Harpócrates, dios del silencio, fué encontrada en Bretaña; era de oro, su tamaño dos pulgadas y pesaba dos luises. (Véase *Hist. Ecclés. de Bret.*, t. III, p. 350.) Sábese por otra parte que los antiguos llevaban al cuello ó aseguraban á sus vestidos figurillas de la Fortuna. De aquí vino la costumbre de llevar las Madonas, Espíritu Santo y cruces de oro ó piedras preciosas. La Iglesia, que es tan sabia, no pudiendo destruir esta costumbre, cambió el objeto.

(15) Simpliciano, gobernador de la Sicilia, vendió á los ciervos del mártir Bonifacio el cuerpo de su maestro por quinientos escudos de oro.

(16) Una pintura antiquísima del cementerio de San Calixto en Roma, representa todavía á la Virgen santísima en su traje.

(17) Lamprid, in *Alex.*, c. 29-31.

(18) Os habéis escapado si sois cristiano, decía Heraclio á san Simforiano á fin de que no permaneciese allí.

(19) Harpiefield, *Hist.* lib. I, c. 3.

(20) Los galos y los bretones insulares no se reunian en sus tem-

plos sino durante la noche y cuando la luna estaba en el primer cuarto ó en el plenilunio. Esta costumbre tradicional se remonta hasta la mas remota antigüedad. (*Hist. Ecclés. de Bret.* t. IV, p. 540.)

(21) El venerable Beda asegura en su *Historia eclesiástica* que desde esta época remota un gran número de druidas se hicieron cristianos.

(22) *Poems of Ossian; a dissertation concerning the ara of Ossian.*

(23) Véase á *Ossian.*

(24) *Ibid.*

(25) Highlands, montañas de Escocia, literalmente *tierras altas.*

(26) Culdée en gaél Cuidich, ermitaño, solitario.

(27) Euseb., *Hist. Ecclés.*—Sulpicius Severus.

#### CAPITULO IV.

##### Los iconoclastas.

(1) Constantino no quiso que hubiese en Constantinopla un solo idólatra, y no dejó los idólos sino en los lugares profanos para que sirviesen de ornamento. *Hist. Ecclés.*, t. I, p. 523.

(2) Lactantius, *Institut.*, v. 20.

(3) D'Herbelot, *Bibliothèque orientale.*

(4) Niceph. *Hist. Ecclés.*, l. XIV et XV.

(5) Niceph., l. XV, c. 25. Esta iglesia, que fué fabricada con mucha magnificencia, tenía dos cristales pintados, pero no cuadros. Al fin del siglo VI la pintura sobre vidrio era nueva aun.

(6) Leon IV, hijo de Constantino Coprónimo, se habia robado del templo de Santa Sofia una de aquellas coronas de oro que el emperador Mauricio consagrara á la Virgen, y á esto se atribuye su muerte, ocurrida poco tiempo después. (*Blond.* l. XXI, décad. 2.)



(7) El emperador Andrónico II llevaba ordinariamente sobre su cuello una de estas pequeñas estatuas de la Virgen, de oro, y de una dimension tan pequeña, que al momento de su muerte la colocó en su boca á falta de otro viático.

(8) Antiquités de la chapelle, etc., du roi de France.

(9) *Hist. Ecclés.*—Leon el Isaurico era tan cruel, que no pudiendo comunicar su furor contra las imágenes á los letrados encargados del cuidado de la biblioteca pública, los hizo encerrar allí rodeando el edificio de maderas y materias combustibles y les hizo prender fuego. Las medallas, los innumerables cuadros y mas de tres mil manuscritos, fueron consumidos en este incendio.

(10) Los protestantes han declamado violentamente contra este concilio, que se explica con tanta claridad sobre el culto de las imágenes. En el siglo décimosexto se horrorizaban de la emperatriz Irene, á quien calificaban de *rabiosa*, afirmando que habia establecido la adoracion de las imágenes. (Carta al obispo de Angers sobre los milagros de nuestra Señora de Ardilliers en 1594.)

(11) Este es el traje con que la Virgen santísima está representada en las medallas de Zimisceo y de Teofania.

(12) *Hist. de l'Arian.*, por el padre Maimbourg, t. II.

(13) Josefo hace una magnífica descripcion del modo con que se adornaban las ciudades para los triunfos.

#### CAPITULO V.

##### Las guerras santas.

(1) D'Herbelot, *Biblioth. Orient.*

(2) Astoli, *delle Imagini miracolose.*

(3) *Taciti Historiarum*, lib. V.

(4) *Histoire du soulèvement de l'Arménie chrétienne*, por Elisée Vartabed, c. III.

(5) "Nazarenos, no creáis á los jefes que elegís, decía á los

armenios en este edicto real que Elisée Vartabed nos ha conservado, porque son mentirosos y embaucadores. Lo que os enseñan con sus palabras lo desmienten con sus obras; comer de carne, dicen, es pecado. . . . ¡y por eso no la comen ellos! Casarse, dicen, es una cosa justa. . . . ¡y entre tanto no quieren ellos ni mirar siquiera á las personas de otro sexo! No se peca acumulando honrosamente una fortuna, dicen esos hombres, y sin embargo, no cesan de predicar y ensalzar la pobreza. Alaban el infortunio y difaman la prosperidad; desprecian toda clase de gloria; visten un traje grosero como los mendigos; prefieren las cosas viles á las preciosas; alaban la muerte y menosprecian la vida; en fin, han llegado hasta erigir la castidad en virtud, de suerte que si sus discípulos les escuchasen, muy pronto llegaría el fin del mundo. (Soulèvement de l'Arménie chrétienne, c. II.)

(6) Elisée Vartabed, c. III.

(7) El simoun es un viento mortal que ahoga á los viajeros y á los animales si no se apresuran á esconder el rostro en la arena. En la descripción de Njebuhr, p. 6, 7 y 8, edición de Copenhague, se encuentran detalles muy curiosos sobre el simoun. Este viento se levanta entre el 15 de junio y el 15 de agosto; sopla con gran ruido, parece rojo é inflamado y mata por una especie de sofocacion. Sin embargo, el efecto mas sorprendente no es la misma muerte que causa, sino que los cadáveres de aquellos á quienes hiere los deja como en un estado de disolucion, sin que pierdan por eso ni su figura ni aun su color, de suerte que se diria que duermen. Si se toca á estos cadáveres, la parte tocada se desprende con el tacto.

(8) Continuacion de Elisée Vartabed, por Lazare Parbe, c. III.

(9) La descripción que hace Antor del palacio de Cosroés se parece á aquellas de *Las mil y una noches*; pinta salones de mármol y cornetas rojas, fuentes de agua de rosa, estanques de donde se elevan columnas de esmeraldas, superados de pajaros de oro bruñido con ojos de topacios.

(10) *Géographie ancienne de l'Arménie*. Venecia, 1822.

(11) D'Herbelot, *Biblioth. Orientale*.

(12) Scha Abbas despobló completamente en 1605 la ciudad de Djoulfa.

(13) Josefo, *contra Appton*, l. II.

(14) Según Plinio y algunos otros geógrafos antiguos, la Abisinia estaba poblada de hombres que no tenían en el rostro ni nariz ni boca; tenían colocados los ojos en el centro del estómago, y se encontraban

traban tambien hombres sin cabeza ó con cabeza de asno. etc. Plinio, que cuenta estas cosas prodigiosas, l. VI, c. 30; y l. V, c. 8, no agota la materia y se detiene modestamente, temiendo, dice, aparecer increíble.

(15) "Salud, Abreha y Atzbeha, que habeis reinado simultáneamente con la mas grande cordura, que con vuestra voz habeis predicado la religion de Cristo á aquellos que seguian el rito de Moisés, y que habeis erigido templos en su honor." (*Liturgia abyssinienne, Commémoration des morts.*)

(16) Ha aquí una oracion dirigida á los mártires de Nagran por la iglesia de Abaina:

"Saluto pulchritudinem vestram amonam.

"O sidera Nagranil gemine que illuminatis mundum.

"Conciliatrix sis mihi illa pulchritudo, et pacificatrix.

"Coram Deo iudice, si steterit peccatum meum,

"Ostendite ei sanguinem quem effuditis propter pulchritudinem ejus."

(*Liturgia abyssinienne.*)

(17) "Salud, Caleb! á vos que abandonásteis el signo de vuestro poder, cuando enviásteis en ofrenda vuestra corona al templo de Jerusalem; á vos que no abusásteis de vuestra victoria cuando destruísteis el ejército de los sabios." (*Liturgia abyssinienne.*)

(18) El día 1.º de agosto se llamaba en el calendario de Siria *Saum Miriam*, el ayuno de Nuestra Señora, porque los cristianos de Oriente ayunaban desde este día hasta el 15, al que llamaban *jithr Miriam*, es decir, la conclusion del ayuno ó la pascua de Nuestra Señora. (D'Herbelot, *Biblioth. orient.*, t. I, p. 2)

(19) Los antiguos romanos habian ligado el destino de su imperio al templo de Júpiter Capitolino, el cual fué quemado precisamente á la aparicion del cristianismo; los persas tenian una antigua tradicion que anunciaba la caída del imperio mago en el momento en que su estandarte cayese en manos del enemigo: el imperio cayó en efecto al mismo tiempo que su estandarte en la batalla de Kadesia. Esta bandera, que fué en su origen un delantal de herrero, levantado en una guerra de independencia contra el tirano Zohak y aceptado como una señal de felicidad por Feridoun, uno de los mas grandes reyes de Iron (antigua Persia), fué cubierto de brocado de Roum y adornado con una magnífica imagen del sol y de piedras preciosas; estaba coronada por un globo de oro que figuraba la órbita de la luna, y al rededor flotaban grandes banderas rojas, amarillas y violetas. El estandarte se llamaba *keweiani direfah* (estandarte de Kewed). Los reyes de Persia, después de Feridoun, se habian impuesto el deber de adornarla con piedras preciosas, y á fin de colocarlas se vieron obligados á alargar desmesuradamente esta famosa bandera, que llegó á tener veintidós pies de largo y quince de ancho, cuando

cayó en manos de los árabes que la despedazaron, distribuyéndola en la masa del botín. (Price, *Muhamm. history*, t. I, p. 116, et Huft Koloum. t. IV, p. 126.)

(20) Florian, *Précis historiques sur les Maures.*

## CAPITULO VI

### Las Madonas.

(1) "Escóchame, oh magnífica reina de tu universo! oh Roma admitida en los cielos estrellados! exclamaba Rutilio, célebre poeta pagano del último período de las letras romanas. Gracias á tus templos, no estoy lejos de los cielos." Roma era en efecto una ciudad divinizada que tenia sus sacerdotes y sus templos.

(2) "Todo este populacho que sube los altos pisos de las casas y que se alimenta con el pan que se le da desde lo alto de los ricos pórticos, visita al pié del monte Vaticano la tumba donde reposa este precioso rehén, las cenizas de san Pedro."

(3) Las contratablas de algunos de los altares de Venecia eran de oro usuzco; la superpuesta en el altar de la Virgen de Santa Sofia de Constantinopla era compuesta de oro y piedras preciosas, fundido todo en el mismo crisol.

(4) El respeto de los bandidos italianos por la Madona, es una cosa muy sabia; uno de ellos se dejó prender sin resistencia porque los *birri* le atacaron un sábado, día en que él habia hecho voto delante del altar de la Virgen santísima de no servirse nunca de sus armas aun cuando fuese para defender su vida. (Véase al padre Barry.)

(5) L'Italie, por Lady Morgan, t. III, c. 24. — *Voyage en Italie*, por M. R. C.

(6) Véase la introduccion de la *Histoire ecclésiastique de Bretagne*.

(7) Benezais, *Ben, bel, sos*, silencioso. *Hist. Ecclés. de Bret.* t. IV, p. 496.

(8) Legui, *Hist. Ecclés. de Bret.*, t. IV, p. 564.

(9) *Hist. Ecclés. de Bret.*, t. IV, p. 561, y t. I, p. 293.

(10) La despoblación general que se siguió á la invasión de los bárbaros excede todo lo creíble. Muratori dice que en el octavo y noveno siglo era tal la carezca de habitantes en Italia, que estaba infestada de lobos. (*Murat. Antiq.*, t. II, p. 163.)

(11) Matilda, reina de Portugal, cazando con su halcón encontró una pequeña Madona, que llevó el nombre de Nuestra Señora del Bosque. (Véase á Vasconcelos in *Descriptione regni Lusit.*, c. VII, l. 5.)

(12) *Saadi Gulistan.*

(13) Estos árboles en que los viajeros depositaban sus limosnas, que veían á tomar los pobres en la noche sin ser vistos, eran tan venerables, dice M. de Marchangy, que ninguno que no fuese pobre se habría atrevido á tomar un óbolo.

(14) Bajo el reinado de Cárlos II se encontraba aun en muchos condados de Inglaterra robles muy antiguos á los cuales se daba generalmente el nombre de *robles de la procecion*. (*Mém. d'Evelyn.*)

(15) Véase *Antiquités normandes* por Ducatel.

(16) En las fiestas de la Razon, dice Laharpe, era donde se colocaba sobre un altar el busto de Marat, obligando á los sospechosos de fanatismo, es decir, á los que creían en Dios, á arrojarse delante de Marat." (*Véase Du fanatisme dans la langue revolutionnaire*, p. 61.)

## CAPITULO VII.

### Los tiempos bárbaros.

(1) Félibien, *Hist. de Paris*, t. I.

(2) El autor mas antiguo que habla de las vidrieras pintadas, es san Gerónimo en su comentario sobre Ezequiel, citado por Ducange, *verbo Vitre*. Después de san Gerónimo es san Gregorio de Tours, y últimamente Fortunato. Pablo el Silencioso, escritor contemporáneo de Fortunato, da una descripción muy detallada de la iglesia de Santa Sofia tal cual existia entonces, en la cual describe las hermosas ventanas de vidrios de colores que adornaban la cúpula de la basílica bizantina. (*Hist. de Bizancia* por Ducange.)

(3) *Galla Christiana*, t. IV.

(4) Gregorio de Tours, de *Gl. M.*, c. 19.

(5) *Add ad Molan. de Belgic.*

(6) Véase la *Vie. de Dagobert*, por el monje de San Dionisio.

(7) Gregorio de Tours.

(8) Robertson's *History of the emperor Charles V.* vol. I, p. 186.

(9) Este cánon está concebido en estos términos: "*Non licet inter, sentes, aut ad arbores sarcivos, vel ad fontes rota exsolvere.*"

(10) Después de haber levantado cuidadosamente la corteza del roble, hacíase en él una escavacion cuadrada en la que se introducía el cadáver del druida, cerrándola después con un trozo de madera verde, sobre el cual se dejaba caer la corteza, y el árbol continuaba viviendo. En estos robles se han encontrado huesos casi reducidos á polvo acompañados de nueces y fabacos en estado de perfecta conservación.

(11) *Paul.*, lib. I *Paschalis Operis*, c. 2.

(12) *Capitul. Caroli Magni*, lib. I, tit. 64.

(13) Las asambleas druidicas mas augustas eran en la luna nueva ó en plenilunio. La de la luna nueva comenzaba el sexto dia, cuando es te astro daba la luz suficiente para alumbrar la campiña; pero su claridad no impedía que llevasen antorchas. (Véase la introduccion á la *Hist. Eccles. de Bret.*, p. 184.)

(14) Hasta el siglo sexto el clero gustaba la túnica blanca y sencilla del pueblo romano. En el año de 428, el papa Celestino reprochó á los eclesiásticos de Viena y de Narbona, quienes en lugar de la toga comenzaban á usar manto y cioto, manifestándoles que no es sino el amor á la castidad lo que se nos recomienda en el Evangelio al leerse en él las palabras de ceñirse la cintura; que era necesario no romper con la supersticion, la disciplina que tantos santos obispos habian autorizada, y finalmente, que el clero no debia distinguirse de los fieles por el vestido, sino por la ciencia y la pureza de su vida. (*Fleury Mœurs des chrétiens*, c. 41.—*Ibid.*, t. II, p. 185.)

(15) M. Pire Chivallier, en su interesante y patriótica obra de la Bretaña, inserta un canto báltico curiosísimo atribuido á la victima sobre el dolmen, el cual ha sido compilado por M. de La Villemarqué — "Séñid! séñid! cuyas alas huelen los aires; á ti cuyo hijo era protector de los grandes fueros, el heraldo báltico, el ministro ó el padre del abismo! — La lengua mia entonará mi cancion de muerte en medio de la valla de piedras que circunvala el mundo."

(16) *Hist. de Anglet*, por M. de Roujoux, t. I.

(17) Esta costumbre de tatuarse fué condenada en 787 por un concilio de Northumbria, como impiedad pagana y rito diabólico. (Véase *Concil. Labbe*, t. VI.)

(18) Véase *Cambden's Britannia*.

(19) *Hist. de Anglet.*, por M. de Roujoux, t. I.

(20) Sir James Hall de Dangles en su *Essai sur l'architecture gothique*, hace retroceder los crucesos de piedra, tan ligeros y tan elegantes de las grandes ventanas ogivales, á la imitación de esas rejillas de mimbre, de las cuales hacen mención las primeras leyendas cristianas de Inglaterra. (Véase *The Edinburgh philosophical Transactions*.)

(21) Es necesario acordarse que los antiguos altares de los cristianos fueron la tumba de los mártires; las telas que cubrían los antiguos altares eran generalmente rojas y de un color rojo, para imitar así el color de la sangre. Algunas veces se iba hasta Roma para procurarse telas que hubiesen estado sobre la tumba de san Pedro y san Pablo. (*Hist. Ecclési. de Bret.*)

(22) "Misit legatarios in Galliam, qui vitri factores artifices videlicet Britannii ea tenuis incognitis, ad cancellandos ecclesias porticus et coenacularum ejus fenestras abducerent. (Véase *lib. de Witremuthensi monasterio*, c. 5.)

(23) Los concilios duodécimo y décimosexto de Toledo, uno de los cuales se verificó en 681 y el otro en 693, amonestan en los cánones once y doce, que los que tributan un culto religioso á las piedras y á los árboles, sacrifican á Satanás.

(24) Segun el padre Mariana, este ejército era compuesto de mas de sesenta mil hombres. Sebastian, obispo de Salamanca, y Ambrosio de Morales, le hacen ascender á muchos mas.

(25) La iglesia de Nuestra Señora de Covadonga se conservó hasta 1775 en que fué presa de las llamas; el piadoso rey Carlos III quiso reedificarla con magnificencia, y con este objeto mandó comenzar los trabajos que aun no se han concluido; este santuario está situado en la provincia de Oviedo.

(26) La palabra *islamismo* significa consagración á Dios.

## CAPITULO VIII.

### Los hombres del Norte.

(1) Astolfi *Delle immagini miracolose*.

(2) Grandet, *Hist. Ecclési. d'Anjou*.

(3) *Triple Cour.*, nomb. 75.

(4) Véase *Antiq. de Rouen*, p. 102.

(5) Durante sesenta y cuatro años, dice Rouault, el Cotanzado tuvo el dolor de ser profanado por las ceremonias de los ídolos del Norte y por los sacrificios que se les ofrecia hasta en la ciudad de Cotanza. (*Abregé de la Vie des ineques de Coutances*, p. 151.)

(6) "Un ejército danés, que habia desembarcado sobre las costas de Bretaña con el objeto de robar la rica y célebre abadía de Rhédon, se atemorizó tanto con una tormenta que estalló sobre su campamento, que los piratas, en lugar de robar é incendiar la abadía, y juzgando además que era protegida por un Dios digno de su respeto, llevaron presentes, encendieron cirios y colocaron centinelas por todo el alrededor á fin de impedir así el pillaje. Habiendo seis soldados infringido las órdenes de godofredo, su jefe, tomando algunas cosas de la abadía, fueron castigados con la muerte en el mismo dia. *Mabilonius in Actis SS. Ord. S. Bened.*, sect. IV, parte segunda.)

(7) Este principe fué enterrado en la catedral de Nuestra Señora, que él hacia fabricar entonces. "El condeyó sus dias en Ruan como buen católico, dice Taillepie, y fué enterrado con gran pompa y fúnebre solemnidad en la grande iglesia de Nuestra Señora, hacia el lado del Mediodia. (*Antiquités de la ville de Rouen*, pag. 107.)

(8) La duquesa Gonnor, segunda mujer de Ricardo sin miedo, duque de Normandía, hizo grandes presentes á las iglesias, dice Taillepie, y especialmente á Nuestra Señora de Ruan, á la cual regaló bellos ornamentos que ella misma les trabajaba en compañía de los bordadores y obreros; hizo tambien las colgaduras de diferentes telas de seda y bordadas con bellos pasajes é imágenes de la Virgen Maria y de los santos, para adornar la iglesia. (*Ibid.*, pag. 112.)

(9) Véase *la Normandie*, por M. Julio Janin.

(10) Habiendo un peregrino normando encontrado al duque, á

quien los árabes llevaban en litera, acercóse tristemente al príncipe moribundo y le dijo: "Monseñor, ¡qué noticia llevaré de vos á vuestra tierra!—Dirá, respondió Roberto sonriendo, que me has visto llevar al paraíso por cuatro diablos, y al mismo tiempo señaló á sus conductores."

(11) Esta carta, que fué primero traducida del griego por Lasca-ri, á quien se le echó en cara el haberla inventado, se encontró mas tarde en Siria, entre los antiguos manuscritos del obispo de Mardin, en Siria, y fué traducida al latin por don José Allemari, noble maronita, intérprete de lenguas orientales en la biblioteca del Vaticano. No pudiendo nosotros examinar el valor de esta pieza, que á pesar de los numerosos reclamos ha sido colocada en el número de los escritos apócrifos, la reproducimos como un documento curioso y antiguo.

Maria Virgo, Joachim et Anse filia, humilis ancilla Domini, Mater Jesu Christi, qui est ex tribu Juda et de stirpe David, Messanensis omnibus salutem, et a Deo Patre omnipotente benedictionem.

Per publicum documentum constat vos misisse ad nos nuncios, fide magna; vos scilicet credere filium nostrum a nobis genitum esse Deum et hominem, et post resurrectionem suam ad coelum ascendisse, vosque, mediante Paulo, apostolo electo, viam veritatis agnovisse. Propterea vos vestramque civitatem benedicimus et protegimus, et defendimus eam in saecula saeculorum.

Data fuit haec epistola die quinto, in urbe Hierusalem, a Maria Virgine, cujus nomen supra, anno XXXXII a Filio ejus saeculo primo, die 3 junii, luna XXVII.

La chiesa metropolitana de Messina fu dedicada ala beatissima V. M. della Sacra Lettera, e vi si celebra tutti gli anni una grande festa.

L'antica o pia tradizione della sacra lettera della gran Madre di Dio sempre Vergine Maria, scritta alla nobile ed eccellente città di Messina, illustrata con nuovi documenti, ragione verisimili congetture, del P. Maestro D. Pietro Menniti, abate generale di S. Basilio Magno.

(12) *Antiquités de la ville de Rouen.*

(13) Los escandinavos inmolaban á Odin en tiempo de guerra á los prisioneros, y en tiempo de paz á los criminales; pero no siempre se echaba mano de personas tan humildes, y en las grandes calamidades se sacrificaba hasta á los mismos reyes á fin de apaciguar á los dioses. Así, el primer rey Veruelando fué quemado en honor de Odin para hacer cesar una grande plaga; sabemos tambien por la historia de Noruega, que los reyes no perdonaban ni á sus propios hijos. Haquin, rey de Noruega, ofrecia á los suyos en sacrificio para obtener una victoria, y un rey de Suecia consagró á Odin sus hijos con el objeto de que prolongase su vida. (V. Wormius, *Monument. Danic. et Sax. grammat.*, l. X.)

(14) Muntey, *Hist. de Danemark*.—Mallet, *Hist. de Danemark*.

(15) "Cuando Rogvaldo fué muerto, dice el célebre scaldia del Norte Regner Lodbrag en su *Epicidium ó canto fúnebre*, todos los sepultureros del cielo le lloraron." Era sin duda porque él le daba suntuosos banquetes de cadáveres.

(16) La religion de los escandinavos se habia corrompido enteramente; ya no consistia en el culto de un Dios supremo; las luces que habian dimanado de allí, parecian sin embargo no depender del mismo ser, y por el camino de esa pendiente casi insuperable que siempre ha llevado á los hombres á multiplicar los objetos de su adoracion, estos habian adquirido un derecho igual al gobierno de este mundo. El culto de las hadas y de los genios, los augurios y predicciones, habian llegado á ser poco á poco la religion esencial del Norte. (Mallet, *Hist. de Danemark*.)

(17) *Ibid.*

(18) *Chronique livonienne*, p. 122.

(19) Mallet, que critica esta leyenda, confiesa sin embargo que ningun historiador danés explica de una manera satisfactoria el origen de esta bandera, pero conviene en el prodigio.

(20) M. Marmier, *Lettre á M. Salvandy*.

(21) Bonifacius, *Hist. Virg.*, l. II, c. 2.

(22) Esta costumbre se remonta hasta Micislas, que fué el primer rey de Polonia. (*Hist. de Pologne*, por M. L. S., t. I, p. 43.)

(23) La Virgen Maria fué reina de Polonia; así es que siempre que se armaba contra los tártaros, su imagen decoraba el estandarte nacional. (*La Pologne historique et littéraire*, t. I, p. 396.)

(24) Desde el siglo décimosexto vemos que san Adalberto, obispo de Guezna, fué el compositor de los cantos sagrados para las tropas polacas que combatian contra los pomerianos y paganos prusos. Un himno de san Adalberto, *Boga-Rodriga* (Madre de Dios), ha sido por mucho tiempo el canto de guerra de los polacos. (Alb. Swinski, *Coup d'œil historique sur la musique religieuse et populaire en Pologne*.)

## CAPITULO IX.

## Los tiempos caballerescos.

- (1) Félibien, *Hist. de Paris*, t. I.
- (2) Esta preciosa tapicería, contemporánea de la conquista de Inglaterra, quedó, por desgracia, desconocida durante seis siglos. Expuesta solamente en ciertos días del año en la nave de la catedral, la tradición le había dado el nombre de la *toilette* del duque Guillermo. El padre Montfaucon, fue quien llegó á descubrir que estaba en Bayeux, enriqueciendo sus *Monuments de la monarchie française* con diseños de esta tapicería, tan poco conocida hasta entonces.
- (3) En tiempo del arzobispo Godofredo, el rey Enrique, primero de este nombre y rey de Inglaterra, hizo fabricar el priorato del Prato, llamado Nuestra Señora de Buena Nueva en Ruan, la cual junta con el puente de Ruan, las había comenzado su difunta madre Matilde. *Ant. de la ville de Rouen*, page 136.)
- (4) Gallia Christiana, t. IV.
- (5) *Antiquités de la ville de Rouen*, p. 137.
- (6) Según los cronistas sajones, el rey Juan murió de una indigestión de pescado y cerveza que había devorado en un convento de bernardos en Swineshead.
- (7) La costumbre de vestir á las estatuas de la Virgen, que aun subsiste en Francia, España é Italia, ha existido tambien en Inglaterra. La condesa de Warwick ofrecia continuamente sus vestidos y sus velos mas ricos á Nuestra Señora de Worcester, y en la Historia de Irlanda por Leland, se lee que estas estatuas llevaban anillos de gran precio.
- (8) San Anselmo en su libro *des Miracles de Notre-Dame*.
- (9) Little-Jhon (*Juanito*) era el teniente del célebre bandido sajón Robin Hood, que se llamaba el rey de Sherwood, porque con su banda se mantenía en aquel inmenso bosque inglés.
- (10) El rey don Alonso el Sabio dedicó varios libros de poesías á la Madre de Dios, y con respecto á algunas, ordenó en su testamento que se cantasen en sus Estados. (*Vease Poesía española*, p. 162.)
- (11) Angelus Manrique. *Annal Cisterc.*, cap. 5 ad ann. 1142.

- (12) El P. Pablo de Barry, *Paradis, Ouvert, etc.*
- (13) Véase la nota 24 del c. VIII.
- (14) Véase á Félibien, *Mœurs des rois*.
- (15) El señor de Joinville, que antes de emprender su viaje á el Asia iba á Nuestra Señora de Tortosa, cuenta que esta célebre Madona siria hizo un milagro en favor de un pobre *endemoniado*, el cual fué llevado un día ante el altar de Nuestra Señora de Tortosa, y como él empezase á orar, prosigue el señor de Joinville, para que nuestra Señora lo libertase de su mal, el diablo, á quien el pobre tenia dentro del cuerpo, respondió: "Nuestra Señora no está aquí, sino en Egipto, á fin de ayudar al rey de Francia y á los cristianos que llegan hoy á pié á la Tierra Santa, contra los paganos que están á caballo." El senescal añade que el mismo día en que el demonio pronunciaba estas palabras, el ejército francés desembarcaba en Egipto.
- (16) Félibien, *Historia de Paris*.
- (17) Sebastian Rouillard, c. 6.
- (18) En los antiguos Breviarios de Paris, *lectio quinta*, se lee...
- (19) *Essais hist. sur Paris* por M. de Sainte-Foix, t. IV, p. 162.
- (20) Froissard, t. II.
- (21) Mas par i cheli Dieu qui en la croix fu mis.  
Et ferus de la lanche du chevalier Longis.  
Car je voue et promets á la Vierge honorée  
Qui porta cheli Dieu qui fist chiel el rousée, etc.  
*Le Vœu du Héron.*
- (22) Chronique de Stowe.
- (23) Nuestra Señora de Vassiviere fué así respetada en medio de los escorbos de aquella plaza, la cual habían destruido y saqueado los ingleses. (Véase á Du Chesneé c. 9, § 10, nombr. 6.)
- (24) Véase á Froissard, t. II, p. 112.
- (25) *Ibid.*
- (26) Iran era el nombre de la Persia antes de Ciro.
- (27) Declaracion de los testigos en el proceso de Vaucoulens sobre las costumbres de Juana de Arco.

(28) Froissard.

(29) "En el nombre sagrado de nuestros reyes, dábase libertad desde tiempo inmemorial á doscientas ó trescientas docenas de pájaros." (*Essais historiques sur Paris* por M. de Sainte-Foix, t. V, p. 25.)

ALERE FLAMMAN  
VERITATIS

CAPITULO X.

Las ordenes.

(1) Froissard, t. XIII.

(2) *Ibid.*, t. I, p. 112.

(3) Esta iglesia corintia, conocida bajo el nombre de María-Zell, es aun una de las romerías mas célebres de la Alemania católica. El emperador Matías fué allí á dar gracias de una victoria ganada contra los turcos en 1601. Fernando III hizo concluir la iglesia tal como se la ve hoy día, y María teresa hizo en ella su primera comunión el año 1723.

(4) Froissard, t. XI, p. 266.

(5) *Ibid.*

(6) Sauval, *Mém. ms.* Encuéntrase aun entre las cuentas de recibos y gastos del dominio de Paris en el año de 1488, un artículo concerniente á esta bugía. "A la viuda Gerbelot, la suma de 27 libras 15 sueldos y ocho dineros; á ella igualmente debido por la cruzada señorial, por ciento diez y siete y media libras de cera, trabajada en un sino colocado sobre una candelera de madera, fabricada y entregada por ella el 12 de febrero al precio de cuatro sueldos y ocho dineros la libra; suma del sino de nuestra Señora, cincuenta y tres libras, once sueldos y ocho dineros."

(7) Annot, *Hist. de la ville de Rouen*, t. II.

(8) *Délices de l'Italie*, t. I, p. 80.

(9) *Chronic. Parm. in med. ann. 1323.*—*Chronic. Parm.* apud Murator, 10, *Rer.*

(10) En 1191, el papa aprobó la institución de estos caballeros, bajo el título de hermanos hospitalarios de la Virgen santísima, poniéndolos bajo la regla de san Agustín.

(11) Dice un proverbio vulgar, y es una verdad, que la envidia nunca muere. Le recuerdo aquí, porque los ingleses son por naturaleza nebulosos del bien ajeno, que desean para sí. Sabed, pues, que el rey de Inglaterra y sus tios, y los nobles de la corte están únicamente enojados del bien y del honor que han logrado el rey de Francia y su nobleza en la batalla de Roseboque, y dicen en Inglaterra los caballeros cuando de esto hablan en sus reuniones: "¡Ah! santísima Virgen! los franceses están muy satisfechos del triunfo que han logrado sobre un puñado de gente indisciplinada. Plegara á Dios que ese Felipe de Artevelle hubiera tenido que habérselas con dos mil de nuestros soldados y seis mil arqueros, y de seguro que ninguno hubiera escapado, ó hubieran muerto, ó habrían sido hechos prisioneros."

(12) La institución de Nuestra Señora de Buena Esperanza está probada por una antigua pintura que se ve en los muros del claustro de los carmelitas de Tolosa, cerca de la capilla de Nuestra Señora de la Esperanza, y en la cual el rey de Francia está representado á caballo inclinándose ante la imagen de la Virgen; algunos señores están pintados tambien armados de punta en blanco, pero con la cabeza descubierta; sus nombres, escritos al pie, están casi borrados, pero pueden leerse aun los del duque de Turcna, del duque de Borbon, de Pedro de Navarra, de Enrique de Bar y de Olivier de Clisson. Todos estos personajes están pintados del tamaño natural; en el fondo de esta pintura se ven muchos lobos y javaltes etc., y mas arriba, sobre una especie de friso, los ángeles llevan banderolas sobre las cuales se halla escrita tres veces la palabra *esperanza*. (Donn Vaissette, *Histoire du Languedoc*, t. IV, p. 396.)

(13) Favín, *Hist. de Navarre*, l. VIII.

(14) *Annales cistercienses* á R. P. Manrique, ann. 1115, c. 1.

(15) *Ibid.* ad ann. 1199, c. 5, y 1222, c. 6.—Ann. 1121, c. 6.

(16) Ann. 1297, c. 4.

(17) Un decreto del parlamento mandaba á los monjes de Fontevrault que llamasen á la abadesa su madre y no su hermana. (V. los *Ann. de Fontevr.*)

(18) *Sacellum beatae Mariae de Casalibus*. Esta capilla, á la cual los cartujos han conservado con respeto como la primera cuna de la orden, subsiste aun: adornada con gusto y oculta en el fondo de los bosques, tiene una agradable perspectiva.

## CAPITULO XI.

## El Rosarimito.

- (1) Boucher, *Annales de l'Aquitaine*, t. IV, p. 3.
- (2) *Félib.*, t. I, p. 654.—*Sauval, Mém. ms.*
- (3) El Rosario fue instituido el año de 1208 por santo Domingo; pero él no fue precisamente el inventor. Desde el año de 1094, Pedro el ermitaño imaginó hacer con cuentas de madera una especie de Rosario, con el cual los soldados cruzados, cuya mayor parte no sabía leer, contaban cierto número de *Pater* y de *Ave*, las cuales variaban según la solemnidad de las fiestas. Antes que él, cuentan los antiguos historiadores que las personas devotas decían una serie de *Pater* y de *Ave* sobre los diferentes nudos de una cuerda; *per cordula nam nodis distinctam.* (*Regl. de la confr. du Rosaire.*—Astolfi.—Gabriel Pennotus, in *Hist. tripart.*)
- (4) *Hist. de Louis XI*, por M. Laskaen, p. 91.
- (5) El Rosario debe su origen á un joven religioso de la orden de san Francisco. Antes de tomar el hábito de los hermanos menores tenía la costumbre este joven de hacer todos los dias una guirnalda de flores para coronar la imagen de nuestra Señora; no pudiendo continuar en su convento esta práctica de devoción, estaba á punto de dejar el hábito, pero cuando pensaba en esto apareciósele nuestra Señora y le ordenó que sustituyese á la corona de flores la corona espiritual del rosario. (El padre Alex. Sala, *Nécl. ed. pour hon. la V. M.*, p. 672.)
- (6) Dovendo Ladislao IV, premiere per taglio la figura del duca di Nivern, chiamata Maria Aloisa, messe questa special condizione che la reina, per riverenza della Vergine, si chiamasse nell'aveire solamente Aloisa. (*Il P. Paolo Segueri*, t. VII, p. 571.)
- (7) Polidoro Virgilio atribuye la institucion del *Ave Maria* de la tarde al papa Juan XII y la de la mañana á Teodoro, arzobispo de Colonia.
- (8) Alexis Montell, *Vie privée des français*, t. I.
- (9) Capet, *Hist. de la Ref.*
- (10) Esta cofradía, la mas antigua de las de Nuestra Señora de

Paris, fué establecida en 1168, y se le daba el nombre de la *grande cofradía de nuestra Señora, de los señores, de los sacerdotes y de los vecinos acomodados de Paris*; el rey, la reina y el obispo de Paris pertenecian á ella, y en las tres órdenes de esta cofradía no se recibia sino á las personas de mas nota. (*Le Maire*, t. II, p. 79.—*Traité de la police*, t. I, p. 372.)

- (11) Alex. Montell, t. I.
- (12) *Hist. de Notre-Dame-de-la-Paix*, por el padre Medard, capuchino.
- (13) Este es aun el solo alumbrado de muchas de las ciudades de Italia; he aqui lo que escribia un autor de aquel pais en 1803: "Il popolo è divoto alle Madonne, per cui ve ne sono in ogni angolo delle strade con fanali accesi di notte. Essi tengono illuminate le strade, e così la *dirazione supplitice alla polizia*" (*Descrizione di Napoli*, p. 259.)
- (14) Véase la *Hist. de Notre-Dame-de-la-Paix*.
- (15) Aun so ve en la capilla doméstica de Miguel Angel, en Florencia, grandes rosarios que pertenecieron y los cuales llevaba en sus viajes.
- (16) *Lettere di Salvator Rosa al dott. Gio: Batista Ricciar. di cettera* 20.
- (17) Los partidarios escoceses del Coverat menospreciaban la poesía, la cual trataban de arte profano é inútil; este grosero fanatismo ha durado por tan largo tiempo en algunas partes de Escocia, que Wilson, autor de un poema titulado la *Clyde*, recibido treinta años hace de una plaza de maestro de escuela de Greenock, se vió obligado á prometer por escrito que renunciaría á la poesía. Los puritanos llamaban desdeñosamente á las gargantas los órganos huecos. (Walter Scott, *Border Minstrelcy*.)
- (18) *Journal de la chambre des communes*.
- (19) *Mém. sur Salvator Rosa*, por Lady Morgan.
- (20) *Archives curieuses*.
- (21) Dante, *Il Paradiso*, c. 33.
- (22) *Le Rime del Petrarca* (Firenze) t. III, c. 8.
- (23) Esta es la opinion de Giuguaré.



(25) Créese que el *Stabat Mater dolorosa* fué compuesto por Inocencio III, uno de los grandes papas de la Iglesia y fundador de dos grandes órdenes, los dominicos y franciscanos; otros lo atribuyen á Japoro de Todi, á san Gregorio, y algunos á san Bernardo.

(25) *Bis Antiq. de la ville de Rouen.*

(26) *Esquisse sur la religion païene et les traditions populaires de Lithuaniens, por Félix Wrotnowski.*

(37) El P. Barry, *Paradis, etc.*



CAPITULO XII.

Los últimos herejes.

(1) Los de la confesion de Augsbourg honran á los santos con himnos imágenes y dias de fiesta; pero no convienen en que se les debe invocar. Stuyter, ministro de Eibergén, compuso un bellissimo poema de los privilegios y virtudes de la santa Madre de Dios. Empero no sucede así con los otros sectarios, que ó menosprecian á la Virgen Santísima, ó no la consideran sino como una mujer igual á las otras. (*Du culte des saints et de la sainte Vierge, por el obispo de Castoria, p. 2 y 3.*)

(2) *Archiv. curicus. de l'Hist. de France.—Astolvi.*

(3) *Archiv. curicus., etc.—Capef., Hist. de la Réf.*

(4) *Archiv. curicus.*

(5) La capilla de Nuestra Señora de Beth-Aram, que fué arruinada por los hugonotes, se reedificó el año de 1615 por Jean de Sallette, obispo de Lescaur, pero la imagen milagrosa habia desaparecido.

(6) "Los calvinistas iban al sermón armados hasta los dientes, y á veces se ha encontrado tambien caminando de una manera hostil: iban á dos á caballo acompañados de veinte infantes que marchaban en órden de batalla." (*Archiv. curicus.*) Este pueblo evangélico que sale de los sermones con ojo feroz y miradas amenazantes, según el testimonio de Erasmo, estaba pronto siempre á tomar las armas, y mas pronto igualmente á combatir que á disputar.

(7) Véase *Archiv. curicus., etc.*

(8) *Capefuge.*

(9) M. de Chateaubriand, *Essai sur la litt. angl., t. I.*

(10) Esta era igualmente la opinion de Calvino, quien añade: "Las potestades de la tierra al oponerse á los progresos de nuestra doctrina, dan su dimision. . . . Vale mas escupirles el rostro que obedecerles." Los hugonotes habian comprendido tan perfectamente á sus apóstoles, que Catalina de Médicis encontró hasta en su misma cámara un libelo, en que le decian que se la daría de puñaladas si no asesiñaba á todos los católicos que la rodeaban. (*Capef., Hist. de la Réf.*)

(11) *Ibid.*

(12) "Dicen algunos que si nuestro rey Carlos hubiese sido bastante cruel para los hugonotes, estos no le hubiesen llegado á ser tan grandes personajes; pero lo que le irritó mas sobre todo fué la jornada de Meaux, porque los otros se podian disculpar con alguna honesta causa de religion; pero esta jornada se pudo llamar propiamente un atentado contra la persona del rey, de su hermano y de la reina, á quienes habrian muerto voluntariamente si lo hubiesen podido. Así el rey decia continuamente que jamas les perdonaria aquella accion; y bien le servia, decia él, el hacer ostentacion de defensa en medio de sus suizos, con los cuales marchando en batalla entre las bellas y animadas palabras que les decia, deseaba de esta manera mas bien morir rey que vivir siervo y cautivo. El levantamiento del martes de Carnaval le hirió tambien en lo mas hondo del corazon, y aun se irritó mas contra los hugonotes por haber estos corrompido á monseñor su hermano y al rey de Navarra, y haberles inducido é impellido á hacerle la guerra, encontrándose entonces en el estado mas miserable de su enfermedad." "Al menos, decia él, habrian debido aguardar mi muerte; pero esto hubiera sido amarme demasiado." (*Vie de Charles IX, por Br., p. 16.*)—Es digno de notarse que el autor era contemporáneo de Carlos IX, que vivía en su corte; que llama atrevidamente á la *Saint-Barthelemy* un *degello* infame y que la religion no daba derecho ninguno para semejante determinacion.

(13) He aquí cómo Swift, grande escritor político y miembro distinguido de la Iglesia de Inglaterra, juzga á los calvinistas en el año de 1732: "Los puritanos, que desde el reinado de Isabel han sido una *espiña constantemente introducida en el costado de la Iglesia nacional* (a perpetual thorn in the church's side); fueran la causa principal de la rebelion y de las matanzas de la Irlanda. Con la ayuda de una multitud de panfletos emponzoñados comenzaron por introducir en el pueblo el odio contra el rey; en seguida fomentaron una guerra civil en la que encontraron la muerte miles de ingleses, y después de haber

suprimido el poder real en provecho de la anarquía, trastornaron la Iglesia de Inglaterra hasta los cimientos y á la luz del mundo hicieron parecer á su rey en un cadalso. Estos sectarios han intentado efectuar las tres acciones mas culpables que pueden penetrar en el corazón de los hombres: abandonar de Dios; la muerte de un príncipe bueno y piadoso, el trastorno de la monarquía y la destrucción de la Iglesia nacional; pero no han logrado ninguna de las tres cosas." (Swift's works, vol. IV.)—En Reccecia, en la batalla de Philpauli, ganada por Leslie, jefe de los calvinistas partidarios del Covenant, contra el marqués de Monrose, los presbiterianos mataron á sangre fría á muchos prisioneros. De otros cuenta Wisliart que fueron precipitados al Tweed desde lo alto de un puente, mientras que un ministro presbiteriano que presidía la ejecución exclamaba frotándose las manos: "¡Esto va lindamente!" (*Border Minstrelsy*)—Durante el período de Cromwel, la Iglesia de Inglaterra fué declarada sospechosa (suspecte), y los puritanos, que tan ruidosamente habrían pedido para ellos la libertad de conciencia, una vez llegados al poder cerraron todas las iglesias anglicanas. Evelyn cuenta que penetraban armados de fusiles en las catedrales de Inglaterra, y que amenazaban á los anglicanos que se disponían á celebrar la cena el día de Navidad. También Swift les dice: "Si un día vuestra secta llega á ser la dominante, y nosotros, que pertenecemos á la iglesia nacional, descendemos al rango de disidentes, temo mucho que no nos queráis tolerar entonces. Mis dudas á este respecto están fundadas en mas de cincuenta panfletos escritos por otros tantos teólogos de vuestra secta, que declaman altamente contra la tolerancia idólatra á la que califican de *arrapado del papismo* (a rag of popery), y á la cual definen como una *iniquidad legal*. Ciertamente que me alegraría infinito saber en qué época, en qué lugar y ante qué reyes renunciaron sus sucesores á esta doctrina." Bajo el reinado de los primeros príncipes de la casa de Hannover, comenzaron de nuevo á pelear ruidosamente la persecucion contra los anglicanos, quienes les respondian con ironía: "Sereis tolerados como una recompensa de lo pasado, y esto es muy justo; pero si os permitimos crecer entre nosotros cual los cardos, no es esta una razon para conducir á nuestros jardines cual las rosas." (Swift's works, vol. IV.)

(14) El obispo de Lixieux, Juan Henmyer, desobedeció temerariamente la órden del rey Carlos IX, abriendo las puertas de su palacio á aquellos calvinistas que con tanta indignidad habian tratado á los obispos normandos. Muchos otros obispos, y en particular los de Bayona, Valencia, Viena, Oleron y de Uzès, incurrieron en el castigo de la corte por extender su proteccion á los reformados.

(15) Brantôme, *Capitaines étrangers*, t. II.

(16) *Ibid.*, t. I.

(17) En el condado de Berknock, en el país de Gales, aun se en-

cuentra un *menhir* de altura gigantesca que lleva el nombre de *Maryen* y *Marysien* ó piedra de la Virgen María. (*Cambden's Britannia*.)

(18) Goudon's *Modern Geography*, p. 217.

(19) El bello lago de Santa María, situado en el manantial del río Yarrow, en el Border, y el cual se cubre continuamente de numerosas bandadas de cisnes salvajes, tomó su nombre de una linda capilla de nuestra Señora, á la cual iba en romería la nobleza escocesa de la frontera. La capilla ha caído, pero el lago conserva su dulce nombre y sus magníficos pájaros.

(20) He aquí cómo Walter Scott, que tenia el mas bello talento para pintar y una ciencia de arqueólogo al servicio de su graciosa poesía, he aquí, repito, cómo describe las magníficas ruinas del Melrose, vistas á la claridad de la luna.

If thou would'st view fair Melrose a night,  
Go visit it by the pale moon-light;  
For the gay beams of lightsome day  
Gib, but to flout, the rains gray.  
When the broken arches are black in night,  
And each shafted oriel glimmers white,  
When the cold light's an certain shower  
Streams on the ruin'd central tower;  
When buttress and buttress, alternately,  
Seem fram'd of ebon and ivory;  
When silver edges the imagery  
And the scrolls that teach thee to live and die,  
When distant Tweed is heard to rave,  
And the owlet to hoot o'er the dead man's grave,  
Then go—but go alone the while—  
Then view St. David's ruin'd pile;  
And, home returning, soothingly swear,  
Was never scene so sad and fair!

(*The Lay of the last Minstrel*, canto second.)

(21) Existe aun un tratado de paz entre dos *clans* enemigos, por el cual los jefes de uno y otro se obligan á emprender las cuatro romerías de Escocia, por la salud de las almas del *clan* contrario que hayan muerto durante la guerra. Estas cuatro romerías eran Scoon, Dundee, Paisley y Melrose. (Introduccion de *Border Minstrelsy*.)

(22) Estas penitencias monumentales eran frecuentes en el Border; algunos de estos edificios aun subsisten, tales como la torre du *Repentir* en el Dumfriesshire, y segun la tradicion vulgar, la iglesia de Linton, en el Roxburghshire. (*Border Minstrelsy*.)

(23) Véase Johnson, *Voyage aux Hébrides*. Los montañeses

escoceses aún continúan en nuestros días en enterrar sus muertos en los viejos cementerios católicos: una de las más bellas islas del lago Lomond, la isla de los Monjes, es el lugar de sepultura de muchos clero, las tumbas de los señores de Macgregor y de algunas nobles familias que se suponen descendientes de los antiguos reyes de Escocia, se levantan al rededor de la iglesia abacial destruída por los furroses sectarios de Calvino.

(24) Este sistema no solo ha sido puesto en práctica, sino argu- llosamente confesado por los mismos anglicanos. Swift, en sus célebres parábolas sobre Irlanda, aconseja seguida como una práctica buena. "Las tierras de los católicos, dice, les han sido arrebatadas casi todas, y no se les permite adquirir otras, lo cual ha hecho abjurar á las grandes propiedades. Los sacerdotes católicos que aun se encuentran en Irlanda no deben tener sucesores, así, el clero protestante no tendrá el trabajo de ganarse á las clases inferiores, que van á encontrarse sin jefa, sin sacerdotes, sin vobis y sin culto." Swift's works, vol. IV. (*Letter from a member of the Parliament*).—La frontera de Escocia fué sometida á este sistema negativo, y si no salió victoriosa como la Irlanda, luchó sin embargo antes de ceder, y el protestantismo no dominó allí sino después de haber destruído las iglesias y extinguido las luces de la antigua fe.

(25) Un autor anglicano escocés dice: Jamás pudo olvidar el clero calvinista que su elevación era debida más que al abatimiento á la caída del trono. El clero reformado durante dos siglos, fué algunas veces enemigo declarado y siempre rival ambicioso de su príncipe. Los discípulos de Calvino difícilmente podían evitar una tendencia á la democracia, y las formas republicanas de su administración eclesiástica se cubían como un modelo que debía seguir el gobierno del Estado. La teocracia, impacientemente reclamada, se ejercitaba con vigor, y las ofensas cometidas en palacio pertenecían á la insolente jurisdicción de los ministros. Reprendían al príncipe formalmente por no haberse cuidado de decir algunos *châtes* antes ó después de la comida, y por permitir el recreo y diversiones de la reina. Pronuncióse una seria maldición contra todo gentilhomme que favoreciera al rey en su querrela con el conde de Gowrie (un conspirador). Los favoritos del monarca, que presenciaban el sermón, fueron comparados á Aman, la reina á Herodíada, y el mismo á Achab, á Herodes y Jeroboan. Semejantes excesos de celo caían muy lejos de ser agradables á Jacobo VI (Walt. Sc., *Histoire d'Écosse*, et *Border Minstrelsy*, t. III).—Carlos II murmuraba de continuo al oído de sus confidentes, que el calvinismo no era la religion de un *gentleman* (caballero).

(26) Un médico calvinista del siglo XVII censuraba amargamente á los habitantes del *Border*, los cuales iban todavía á muchos fuegos consagrados con el objeto de sacar el agua contra las enfermedades. (*Account of the presbytery of Pentpont*.)

(27) Un célebre escritor escocés cuenta que en las castillas católicas de Escocia se oraba todas las tardes por el restablecimiento de los Estuardos, y esto aun mucho tiempo después de la muerte del cardenal de York. Muchos montañeses escoceses no pueden persuadirse aun que la raza de sus antiguos reyes haya desaparecido para siempre. No son los Estuardos los que han muerto, decía un montañés á un viajero francés; quien ha muerto es la lealtad.

(28) *Lettres édifiantes.—Annales de la propagation de la foi.*

(29) El papa había mandado esta bandera bendita á don Juan, quien la hizo enarbolarse sobre su navio almirante.

(30) El tamaño de esta bandera era de doce pies de largo y ocho de ancho: los extremos eran verdes y el fondo rojo; era de paño, los adornos estaban bordados de plata y las inscripciones árabes con letras de oro. En el medio de esta bandera musulmana, la cual depositó el héroe polaco á los pies de la Virgen, leíanse estas palabras, que recibian un solemne mentís de las imágenes cristianas que impedían la humillación del cruzado delante de la cruz: "No hay sino un solo Dios, y Mahoma es su profeta." (Véase la *Histoire de Pologne*, por Leonard Chodzko.)

(31) Véanse las *Mémoires de Jacques Sobieski*.

## CAPITULO XIII.

### Los tiempos modernos.

(1) "Squilla si tentato  
Che parla il giorno pianger che il notte"  
(Dante, *Purg.*, l. VIII)

(2) Pascal Pall todos los días iba misa en Górcago, y más tarde en Inglaterra, en una capilla fabricada por el un honor de la Virgen santísima.

(3) *Voyage dans le Finistère.*

(4) "Cerca de Treguier existió una capilla erigida en memoria de San Juan del Oído, y el pueblo no ha cesado de creer en la fuerza de las oraciones dirigidas en aquel lugar." (*Les Dériseurs Bretons*, por M. Souvestre, t. II.)

- (5) *Laharpe, du Fanatisme dans la langue revolution.*, p. 49.
- (6) *Ibid.*, p. 41.
- (7) M. Jules Janin, *la Normandie*.
- (8) Faurel, *Chants populaires de la Grèce*.
- (9) *Occident et Orient*, por M. Berault.
- (10) F. de Belleforest, l. II, c. 5, de su *Hist. univers.*—Chalcondyle, l. IX de la *Hist. des turcs*.
- (11) Sitiado un páchá de Mossoul por el famoso Thamas de Kouli-Kan, hizo el voto de fabricar dos iglesias á la Virgen Maria en caso de que pudiese conservar su ciudad. Thamas levantó el sitio, y el páchá, fiel á su promesa, mandó construir dos iglesias cuya magnificencia, desconocida en aquellos países, atestigua el peligro, el espanto y el reconocimiento del musulmán. (Véase la carta del obispo de Babilonia en los *Annales de la propag. de la foi*.)
- (12) *Voyage en Abyssinie*, por los señores Combes y Taminier, 1825-37.
- (13) *Annales de la propag. de la foi*.
- (14) *Ibid.*
- (15) *Ibid.*

#### ROMERIAS DE FRANCIA.

- (1) *Hist. des crois.*, t. I.
- (2) Sobre el lugar de Arcana fué donde el ángel exterminador detuvo sus asolaciones despues de la oracion de David. "En todos tiempos, dice un grande autor eclesiástico, ha señalado Dios ciertos lugares destinados particularmente á recibir los votos de los hombres. Será necesario tener solo para la historia de la Iglesia una incredulidad que no se haga para otra ninguna, el no creer que Dios ha querido que sus rairas fuesen reveridos mas particularmente en ciertos lugares, y que para atraer á los pueblos á ellos, les concedié gracias que niega á otras partes."
- (3) Jerusalén era una heredad. Dos hermanos poseian el terreno donde despues se levantó el templo; uno de ellos era casado y tenia

muchos hijos; el otro era soltero, pero ambos cultivaban en comun el campo que habian heredado de sus padres. Llegado el tiempo de la cosecha, los dos hermanos reunieron sus gavillas é hicieron dos partes iguales que dejaron en el campo. Durante la noche, el hermano soltero tuvo un hermoso pensamiento y se decía á sí mismo: "Mi hermano tiene hijos, y además su mujer está criando á un niño; no es justo pues que mi parte sea igual á la suya; vamos, tomemos de lo que me pertenece algunas gavillas que añadiré secretamente á las suyas; él no lo conocerá y así no podrá rehusarlas." En la misma noche despertase el otro hermano y dice á su mujer: "Mi hermano es jóven, vive solo y no tiene á nadie que le ayude en su trabajo ni quien le consuele en sus fatigas; no es justo pues que tomemos una parte igual de la cosecha; levantémonos y vamos á poner secretamente en su parte algunas gavillas de las nuestras; mañana no se apercibirá de ellos y así no podrá rehusarlas." Ambos lo hicieron como lo habian pensado; cada uno de los dos hermanos sorprendiése infinito al ver que ambas partes estaban siempre iguales, y ninguno de los dos podía darse cuenta de este prodigio. Hicieron lo mismo durante muchas noches; pero como cada uno llevaba á la parte de su hermano el mismo número de gavillas, los montones permanecian siempre iguales; hasta que en una noche pusieron los dos de centinela á fin de conocer la causa de este milagro, y uno á otro víéronse llevando las gavillas que se destinaban mutuamente. Así es que el lugar en que un tan bello y tan perseverante pensamiento habia ocurrido á la vez á dos hombres, debia ser agradable á Dios necesariamente, y los hombres lo recogieron bendiciéndolo para fabricar en él la casa de Dios.

- (4) Véanse las *Mémoires* del señor de Joinville.
- (5) Un gran número de viejas actas de manumision llevan aun esta piadosa fórmula: "Cedemos y abandonamos á nuestro Señor y á la bienaventurada Virgen Maria todos nuestros derechos sobre... etc."
- (6) Si se ha de creer en las viejas tradiciones del Asia, las romerías remontan á un tiempo mucho mas lejano aún. Segun los rabinos, los hijos de Adán fueron mas de una vez á contemplar de lejos al paraíso terrenal, y algunos de los hijos de Seth se establecieron sobre la cima de una montaña desde donde podian percibirle, esperando siempre que el libertador prometido les haria entrar de nuevo en él.
- (7) El doctor Johnson, protestante zeloso y uno de los mas profundos pensadores de Inglaterra, confiesa que "si los hombres van diariamente á visitar los lugares que han sido el teatro de grandes batallas, volviendo de ellas con impresiones mucho mas vivas que las que llevaron el partir, una curiosidad del mismo género puede disponernos naturalmente á explorar los países lejanos que fueren la cuna de nuestra religion, y creo, añade el doctor inglés, que ningun hombre puede visitar los lugares de aquellas escenas imponentes sin confirmarse en sus santas resoluciones..." (*Rasselas*).

- (9) S. Hier., Ep. 17.
- (9) Omar quiso ir á Bethelem: entró en la iglesia é hizo su oracion en el pesebre donde nació el Señor Mesias, y ordenó que sus musulmanes no orasen allí sino de uno en uno, mandando expresamente que no se reuniesen ni gritasen en aquel lugar. (Gulistan, *des Maure des Rois*, p. 301.)
- (10) Tortosa se llama hoy Trípoli de Siria.
- (11) *Hist. de saint Louis*, por el señor de Joinville.
- (12) *Occident et Orient*, por M. Barrault.
- (13) Todo el Oriente, con excepcion de los judios, conserva un profundo respeto por la Virgen, á quien Mahoma en el Coran colocó en el número de las cuatro mujeres santas. Chardin cuenta que habiendo sido aconsejados los judios de Persia para que hablasen mal delante de algunos sectarios de Ali, estuvieron á punto de ser muertos por su culpa, y se vieron obligados á dejar la ciudad donde habia pasado aquella escena.
- (14) El bosque inmenso que rodea el monte de San Miguel fué anegado hácia el año de 708.
- (15) *Hist. de Notre-Dame-de-Fourvières, ou Recherches historiques sur l'autel tutélaire des Lyonnais*.
- (16) *Ibid.*
- (17) En la Auvernia y en el Languedoc se le da á una alta montaña el nombre de *Puy*, de la palabra italiana *poggio*.
- (18) Duplex, *Hist. de France, Charlemagne*, c. 8.—Habiéndose perdido á robado este bracciar, sustituyó una maza de armas, que lleva el nombre de espada de Rolando.
- (19) Ojo de Gisey, *Hist. de Roc-Amadour*.
- (20) Véase la *Hist. de Notre-Dame-de-Liesse*, por el abate Villette, Addit. au disc. prélim., p. 100.
- (21) *Hist. de Notre-Dame-de-Liesse*, p. 10, 11 y 12.
- (22) *Ibid.*

## ROMERIAS EXTRANJERAS.

- (1) Los asesinos fueron descubiertos por dos cuervos que los persiguieron continuamente hasta Zurich, abriéndose paso á través de las ventanas de la hospedería en donde habian entrado los asesinos, y no los dejaron hasta después de haber sido testigos de su suplicio. En memoria de este acontecimiento es porque la abadía de Reichenau lleva dos cuervos en sus armas.
- (2) Véase *Voyage en Suisse*, 1839, por M. Veuillot.
- (3) *Hist. des ordres monastiques*, t. II, c. 44.
- (4) *Diva Virgo Hallensis*.—Millot, *Hist. des troubad.*, t. I, p. 467.
- (5) *Historia Lauretana*, c. 2, p. 6.
- (6) "El altar de la Madona resplandece con el oro y piedras preciosas." (*L'Italie* por Lady Morg., t. III, c. 25.)
- (7) "La vaga nicchia é ricoperta di lame d'oro." (Don Vincenzo Murri, *Storia della Santa Casa*.)
- (8) *Gazette Musicale*.
- (9) A fin de manifestar los mejicanos su respeto por nuestra Señora de Guadalupe, acaban de dar su nombre al primer barco de vapor que han tenido.

## INDICE

DE LOS CAPITULOS DEL TOMO SEGUNDO.

	Pags.
CAPITULO I.—Origen y antigüedad del culto de María.....	6
— II.—Oriente.—Los ídolos.....	13
— III.—Occidente.—Los catacumbas.....	25
— IV.—Oriente.—Los iconoclastas.....	35
— V.—Oriente.—Las guerras santas.....	43
— VI.—Occidente.—Las Madonas.....	55
— VII.—Los tiempos bárbaros.....	69
— VIII.—Los hombres del Norte.....	85
— IX.—Los tiempos caballerescos.....	101
— X.—Los órdenes.....	127
— XI.—El renacimiento.....	143
— XII.—Las últimas herejías.....	161
— XIII.—Los tiempos modernos.....	177
Romerías de Francia.....	205
Romerías extranjeras.....	233
Calendario histórico de las fiestas de la Virgen santísima..	255



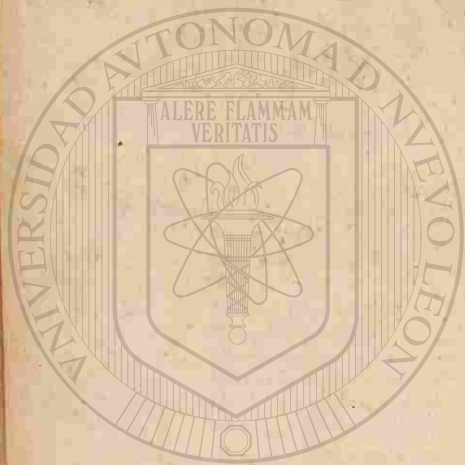
## NOTAS.

## CAPITULO I.

	Page.
— I.....	296
— II.....	285
— III.....	287
— IV.....	289
— V.....	270
— VI.....	273
— VII.....	274
— VIII.....	277
— IX.....	280
— X.....	282
— XI.....	284
— XII.....	295
— XIII.....	292
Romerías de Francia.....	291
Romerías extranjeras.....	288

FIN DEL INDICE DEL SEGUNDO TOMO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





